

ANTOLOGÍA

(LITERATURA I)



3er. Semestre

Preparatoria

Núm. 15



3er. Semestre

31A

PN508

A5

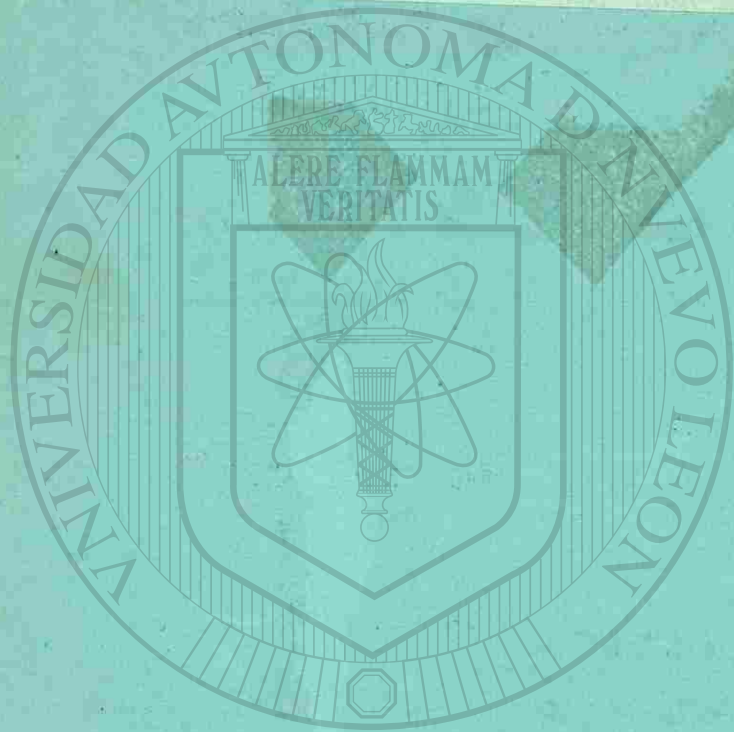
v.1

0405

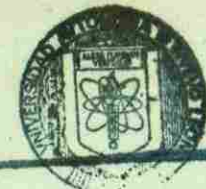
0112-76360



1020115150



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LIBRO N.º _____

FECHA _____

BIBLIOTECA CENTRAL
Sección Libro Alquilado

LIBRO N.º _____

FECHA _____

0405

Noviembre 2/84

ADVERTENCIAS:

Cumple con el plazo, otros necesitarán el mismo libro.
Cuida los libros, son tuyos y de la Universidad. Si DA-
ÑAS UN LIBRO tienes que sustituirlo.



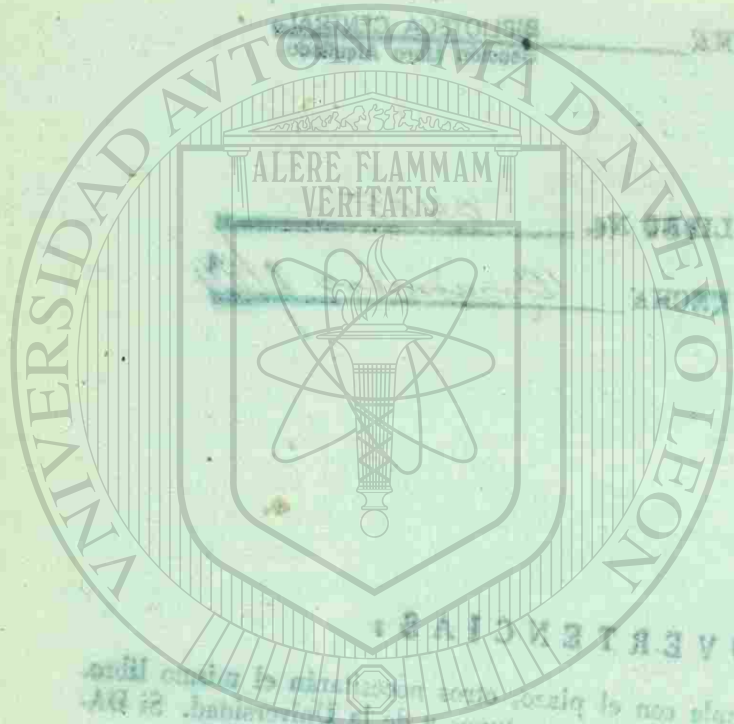
LIBRO ALQUILADO

0405



ANTOLOGIA.

LITERATURA I.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Cada libro que se presta debe ser devuelto en el mismo estado en que se recibió.
LAS UNIDADES DE LA BIBLIOTECA

U A N L

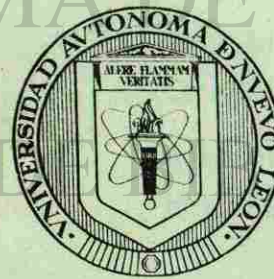
Coordinadoras:

- Celina Leal de Rodríguez.
- Diana A. Guerra de Muzza.
- Elsa P. de la Garza de Sáenz.
- Patricia I. Barranco de González.
- Socorro Imelda Balderas de Gzz.

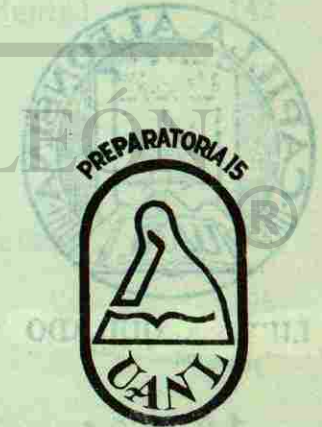


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



LIBRO ALQUILADO

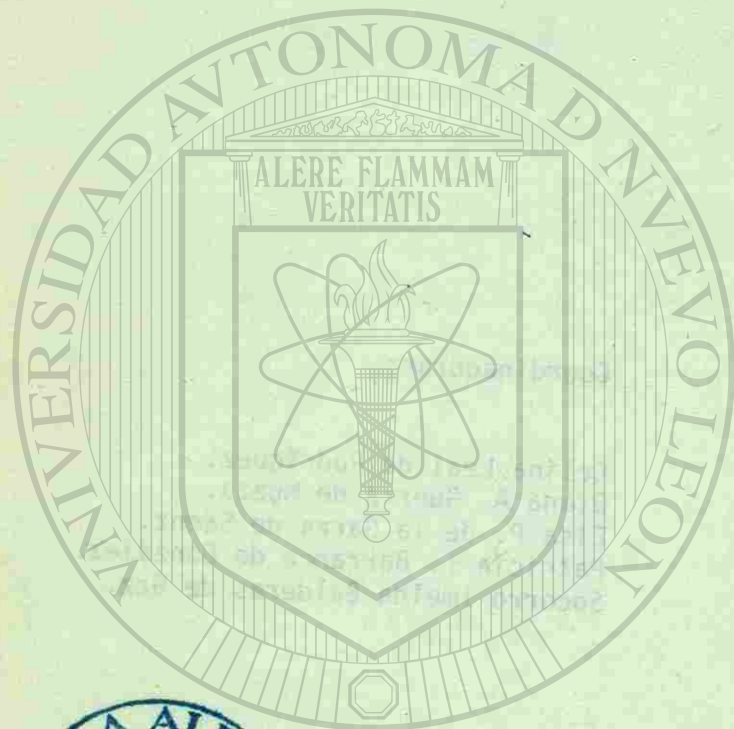


0405

PN508

A5

v.1



FONDO UNIVERSITARIO

128504

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE DE CONTENIDO.

	Pág.
I. Nota biográfica de Homero.	1
RAPSODIA IX DE LA ODISEA. (Épica).	3
II. Nota biográfica de Safo.	19
POEMAS. (Lírica).	21
III. Nota biográfica de Anacreonte.	25
POEMA. (Lírica).	27
IV. Nota biográfica de Sófocles.	31
EDIPO REY. (Drámatica).	33
V. Nota biográfica de Aristófanes.	75
LAS AVISPAS. (Drámatica).	77
VI. Nota biográfica de Cervantes.	141
EL LICENCIADO VIDRIERA. (Renacimiento).	143
VII. Nota biográfica de Shakespeare.	175
ROMEO Y JULIETA. (Renacimiento).	177
VIII. Nota biográfica de Bécquer.	281
EL MONTE DE LAS ANIMAS. (Romanticismo).	284
IX. Nota biográfica de Poe.	295
METZGERGERSTEIN. (Romanticismo).	297

	Pág.
X. Nota biográfica de Pérez Galdós.	307
MARIANELA. (Realismo).	309



REFERENCIA BIBLIOGRAFICA.

489

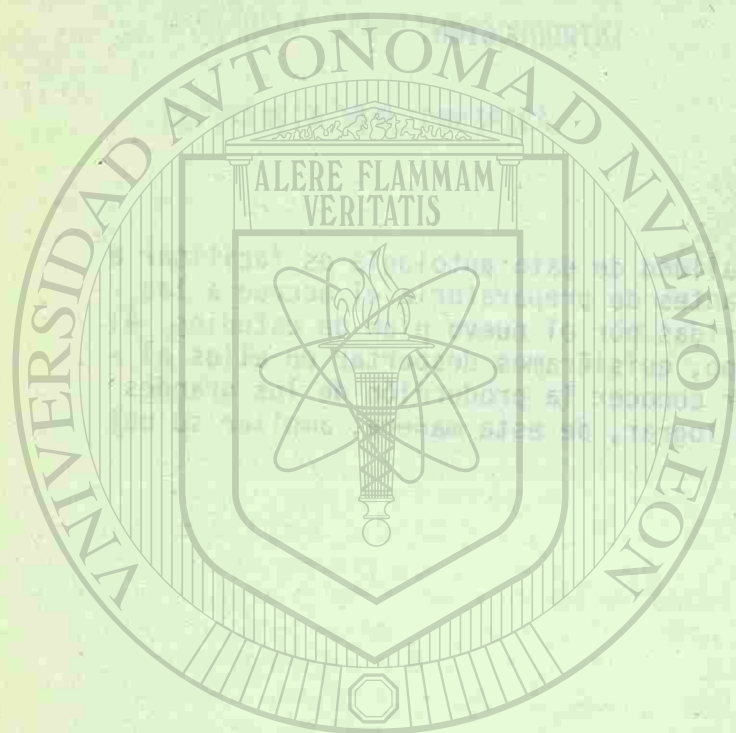
INTRODUCCION.

La finalidad de esta antología es facilitar a los estudiantes de preparatoria el acceso a las obras sugeridas por el nuevo plan de estudios. Al mismo tiempo, quisiéramos despertar en ellos el interés por conocer la producción de los grandes autores y lograr, de esta manera, ampliar su cultura.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

HOMERO.

Los orígenes de la literatura griega se han perdido. Los griegos atribuían a Orfeo, a Lino y a Museo los primeros intentos de canto, pero ni la antigüedad conoció sus obras, ni la existencia de tales personajes es cosa demostrada. Para nosotros la literatura griega empieza con el nombre de Homero, y con las dos epopeyas famosas: la Ilíada y la Odisea. Durante más de cien años se ha abatido tal tormenta polémica sobre ambos poemas y su autor, que su sitio en la historia queda algo oscurecido y su reputación lesionada incluso inmerecidamente. Baste decir que las dos obras fueron compuestas hacia el siglo IX o el VII a. C.; que su estilo, construcción e índole suponen la existencia de un autor único; que no hay razones suficientes ni buenas para abandonar la tradición antigua y universalmente aceptada de que el autor se llamaba Homero y que procedía de la costa griega del Asia Menor. Por otra parte es igualmente seguro que Homero no sacó la épica de la nada; su obra representa la culminación de una larga tradición de bardos; a tal tradición debe sus temas, su lengua, su métrica y muchos de los recursos que emplea para hacer su obra inteligible y atractiva. El estado actual del poema no está exento de interpolaciones y de cambios lingüísticos posteriores. Pero el giro creador del gran poeta queda manifiesto a lo largo de los poemas, que no pueden ser obra de una escuela de autores, sino de un hombre solo, alimentado por una rica tradición. Ambas obras son epopeyas heroicas. Celebran las hazañas de una generación ya desaparecida, capaz de realizar cosas imposibles para los hombres posteriores. Sus valores corresponden a una edad que todo lo juzga según la talla del hombre heroico, tan señalado en la guerra como en el consejo. Los poemas son eco de acontecimientos que agitaron al mundo y se compusieron como un segundo acto que siguió a la guerra y a la conquista. Los conquistadores se instalan en sus nuevos dominios y los bardos divierten a sus amos recitando hechos heroicos. Homero está ya lejos —en el tiempo—, de la guerra que canta, pero se ha nutrido con las tradiciones de la edad heroica. Compone sus versos para oyentes, no para lectores, y su arte logró desarrollarse en las cortes de los conquistadores griegos y los

colonos de Jonia. La edad heroica corresponde a los siglos XII y XI a. C., cuando las tribus griegas confederadas trataron de establecer nuevos reinos en el Asia Menor y Egipto. Conocemos por documentos históricos la inquietud que este empeño despertó en los faraones y los monarcas hetitas, pero entre los griegos, la imaginación poética cristalizó aquellas luchas de razas en torno al sitio de Troya, opulenta fortaleza que resguardaba el paso de Europa y Asia, sobre los Dardanelos. En esta elaboración poética, muchos acontecimientos resultaron adulterados; pero los bardos épicos conservaban la memoria de los esfuerzos y victorias: también de los desastres de aquella época, cuando los hombres eran todavía hijos de los dioses.



RAPSODIA IX DE:

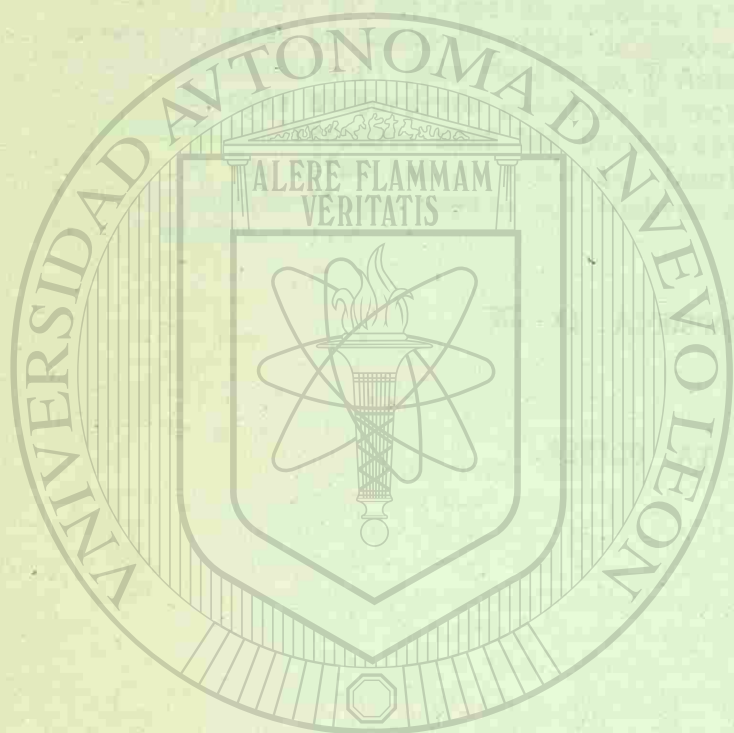
LA ODISEA.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HOMERO. ®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

RELATOS A ALCINOO. CICLOPEA.

Respondiéndole el ingenioso Odiseo:

2 *Odiseo*.— "¡Rey Alcino, el más esclarecido de todos los ciudadanos! En verdad que es linda cosa oír a un aedo como éste, cuya voz se asemeja a la de un numen. No creo que haya cosa tan agradable como ver que la alegría reina en todo el pueblo y que los convidados, sentados ordenadamente en el palacio ante las mesas, abastecidas de pan y de carnes, escuchan al aedo, mientras el escanciador saca vino de la cratera y lo va echando en las copas. Tal espectáculo me parece bellísimo. Pero te movió el ánimo a desear que te cuente mis luctuosas desdichas, para que llore aún más y prorrumpa en gemidos. ¿Cuál cosa relataré en primer término, cuál en último lugar, siendo tantos los infortunios que me enviaron los celestiales dioses? Lo primero, quiero decir mi nombre para que lo sepáis, y en adelante, después que me haya librado del día cruel, sea yo vuestro huésped, a pesar de vivir en una casa que está muy lejos. Soy Odiseo Laertíada, tan conocido de los hombres por mis astucias de toda clase; y mi gloria llega hasta el cielo. Habito en Itaca, que se ve a distancia: en ella está el monte Nérito, frondoso y espléndido, y en contorno hay muchas islas cercanas entre sí, como Duliquio, Same y la selvosa Zacinto. Itaca no se eleva mucho sobre el mar, está situada la más remota hacia el Occidente —las restantes, algo apartadas, se inclinan hacia el Oriente y el Mediodía—, es áspera, pero buena criadora de mancebos; y yo no puedo hallar cosa alguna que sea más dulce que mi patria. Calipso, la divina entre las deidades, me detuvo allí, en huecas grutas, anhelando que fuese su esposo; y de la misma suerte la dolosa Circe de Eea me acogió anteriormente en su palacio, de seando también tomarme por marido; ni aquella ni ésta consiguieron infundir convicción a mi ánimo. No hay cosa más dulce que la patria y los padres, aunque se habite en una casa opulenta, pero lejana, en país extraño, apartada de aquéllos.

Pero voy a contarte mi vuelta, llena de trabajos, la cual me ordenó Zeus desde que salí de Troya.

39 "Habiendo partido de Ilión, llevóme el viento al país de los cicones, a Ismaro: entré a saco la ciudad, maté a sus hombres y, tomando las mujeres y las abundantes riquezas, nos los repartimos todo para que nadie se fuera sin su parte de botín. Exhorté a mi gente a que nos retiráramos con pie ligero, y los muy simples no se dejaron persuadir. Bebieron mucho vino y, mientras degollaban en la playa gran número de ovejas y de flexípedes bueyes de retorcidos cuernos, los cicones fueron a llamar a otros cicones vecinos suyos; los cuales eran más en número y más fuertes, habitaban el interior del país y sabían pelear a caballo con los hombres y aun a pie donde fuese preciso. Vinieron por la mañana tantos, cuantas son las hojas y flores que en la primavera nacen; y ya se nos presentó a nosotros, ¡oh infelices!, el funesto destino que nos había ordenado Zeus a fin de que padeciéramos multitud de males. Formáronse, nos presentaron batalla junto a las veloces naves, y nos heríamos recíprocamente con las broncíneas lanzas. Mientras duró la mañana y fuese aumentando la luz del sagrado día, pudimos resistir su arremetida, aunque eran en superior número. Más luego, cuando el sol se encaminó al ocaso, los cicones derrotaron a los aqueos, poniéndolos en fuga. Perecieron seis compañeros, de hermosas grebas, de cada embarcación, y los restantes nos libramos de la muerte y del destino.

62 "Desde allí seguimos adelante con el corazón triste, escapando gustosos de la muerte aunque perdimos algunos compañeros. Mas no comenzaron a moverse los corvos bajeles hasta haber llamado tres veces a cada uno de los míseros compañeros que acabaron su vida en el llano, heridos por los cicones. Zeus, que amontona las nubes, suscitó contra los barcos el viento Bóreas y una tempestad deshecha cubrió de nubes la tierra y el ponto, y la noche cayó del cielo. Las naves iban de través, cabeceando; y el impetuoso viento rasgó las velas en tres o cuatro pedazos. Entonces las amainamos, pues temíamos nuestra perdición; y apresuradamente, a fuerza de remos, llevamos aquéllas a tierra firme. Allí permanecemos constantemente echados dos días con sus noches, royéndonos el ánimo la fatiga y los pesares. Mas, al punto que la Aurora, de lindas trenzas, nos trajo el día tercero, izamos los mástiles, descogimos las blancas velas y nos sentamos en las

naves, que eran conducidas por el viento y los pilotos. Y -- habría llegado incólume a la tierra patria, si la corriente de las olas y el Bóreas, que me desviaron al doblar el cabo de Malea, no me hubieran obligado a vagar lejos de Citera.

82 "Desde allí dañosos vientos lleváronme nueve días por el ponto, abundante en peces; y al décimo arribamos a la tierra de los lotófagos, que se alimentan con un florido manjar. Saltamos en tierra, hicimos aguada, y pronto los compañeros empezaron a comer junto a las veleras naves. Y después que hubimos gustado los alimentos y la bebida, envié algunos compañeros -- dos varones a quienes escogí e hice acompañar -- por un tercero que fue un heraldo -- para que averiguaran cuáles hombres comían el pan en aquella tierra. Fuéronse pronto y juntáronse con los lotófagos, que no tramaron ciertamente la perdición de nuestros amigos; pero les dieron a comer loto, y cuantos probaron este fruto, dulce como la miel, ya no querían llevar noticias ni volverse; antes deseaban permanecer con los lotófagos, comiendo loto, sin acordarse de volver a la patria. Más yo los llevé por fuerza a las cóncavas naves y, aunque lloraban, los arrastré e hice atar debajo de los bancos. Y mandé que los restantes fieles compañeros entrasen luego en las veloces embarcaciones; no fuera que alguno comiese loto y no pensara en la vuelta. Hiciéronlo en seguida y, sentándose por orden en los bancos, comenzaron a batir con los remos el espumoso mar.

105 "Desde allí continuamos la navegación con ánimo -- afligido, y llegamos a la tierra de los ciclopes soberbios y sin ley; quienes confiados en los dioses inmortales, no plantan árboles, ni labran los campos, sino que todo les nace sin semilla y sin arada -- trigo, cebada y vides, que producen vino de unos grandes racimos -- y se lo hace crecer la lluvia enviada por Zeus. No tienen ágoras donde se reúnan para deliberar, ni leyes tampoco, sino que viven en las cumbres de los altos montes, dentro de excavadas cuevas; cada cual impera sobre sus hijos y mujeres, y no se entrometen los unos con los otros.

116 "Delante del puerto, no muy cercana ni a gran distancia tampoco de la región de los ciclopes, hay una isleta poblada de bosque, con una infinidad de cabras monteses, -- pues no las ahuyenta el paso de hombre alguno ni van allá los cazadores, que se fatigan recorriendo las selvas en las cumbres de las montañas. No se ven en ella ni rebaños ni labra-

dfos, sino que el terreno está siempre sin sembrar y sin arar, carece de hombres, y cría bastantes cabras. Pues los cíclopes no tienen naves de rojas proas, ni poseen artifices que se las construyan de muchos bancos —como las que transportan mercancías a distintas poblaciones en los frecuentes viajes que los hombres efectúan por mar, yendo los unos en busca de los otros—, los cuales hubieran podido hacer que fuese muy poblada aquella isla, que no es mala y daría a su tiempo frutos de toda especie, porque tiene junto al espumoso mar prados húmedos y tiernos y allí la vid jamás se perdiera. La parte inferior es llana y labradera; y podrían segarse en la estación oportuna mieses altísimas por ser el suelo muy pingüe. Posee la isla un cómodo puerto, donde no se requieren amarras, ni es preciso echar áncoras, ni atar cuerdas; pues, en aportando allí, se está a salvo cuanto se quiere, hasta que el ánimo de los marineros les incita a partir y el viento sopla. En lo alto del puerto mana una fuente de agua límpida, debajo de una cueva a cuyo alrededor han crecido álamos. Allí, pues, nos llevaron las naves, y algún dios debió de guiarnos en aquella noche oscura en la que nada distinguíamos, pues la niebla era cerrada alrededor de los bajeles y la luna no brillaba en el cielo, que cubrían los nubarrones. Nadie vio con sus ojos la isla ni las ingentes olas que se quebraban en la tierra, hasta que las naves de muchos bancos hubieron abordado. Entonces amainamos todas las velas, saltamos a la orilla del mar y, entregándonos al sueño, aguardamos que amaneciera la divina Aurora.

152 "No bien se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, anduvimos por la isla muy admirados. En esto las ninfas, prole de Zeus que lleva la égida, levantaron montaraces cabras para que comieran mis compañeros. Al instante tomamos de los bajeles los corvos arcos y los venablos de larga punta, nos distribuimos en tres grupos, tiramos, y muy presto una deidad nos facilitó abundante caza. Doce eran las naves que me seguían y a cada una le correspondieron nueve cabras, apartándose diez para mí solo. Y ya todo el día hasta la puesta del sol, estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino; que el rojo licor aún no faltaba en las naves, pues habíamos hecho gran provisión de ánforas al tomar la sagrada ciudad de los cíclopes. Estando allí echábamos la vista a la tierra de los cíclopes, que se hallaban cerca, y divisábamos el humo y oíamos las voces

que ellos daban y los balidos de las ovejas y de las cabras. Cuando el sol se puso y sobrevino la obscuridad, nos acostamos en la orilla del mar. Mas, así que se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, los llamé a junta y les dije estas razones:

172 "Odiseo. —Quedaos aquí, mis fieles amigos, y yo con mi nave y mis compañeros iré allá y procuraré averiguar qué hombres son aquellos: si son violentos, salvajes e injustos, u hospitalarios y temerosos de las deidades.

177 "Cuando así hube hablado, subí a la nave y ordené a los compañeros que me siguieran y desataran las amarras. Ellos se embarcaron al instante y, sentándose por orden en los bancos, comenzaron a batir con los remos el espumoso mar. Y tan luego como llegamos a dicha tierra, que estaba próxima, vimos en uno de los extremos y casi tocando al mar una excelente gruta, a la cual daban sombra algunos laureles; en ella reposaban muchos hatos de ovejas y de cabras, y en contorno había una alta cerca labrada con piedras profundamente hundidas, grandes pinos y encinas de elevada copa. Allí moraba un varón gigantesco, solitario, que entendía en apacentar rebaños lejos de los demás hombres, sin tratarse con nadie; y, apartado de todos, ocupaba su ánimo en cosas inicuas. Era un monstruo horrible y no se asemejaba a los hombres que viven de pan, sino a una selvosa cima que entre altos montes se presentase aislada de las demás cumbres.

193 "Entonces ordené a mis fieles compañeros que se quedasen a guardar la nave; escogí los doce mejores y juntos echamos a andar, con un pellejo de cabra lleno de negro y dulce vino que me había dado Marón, vástago de Evantes y sacerdote de Apolo, el dios tutelar de Ismaro; porque, respetándolo, lo salvamos con su mujer e hijos que vivían en un espeso bosque consagrado a Febo Apolo. Hízome Marón ricos dones, pues me regaló siete talentos de oro bien labrado, una cratera de plata y doce ánforas de un vino dulce y puro, bebida de dioses, que no conocían sus siervos ni sus esclavas, sino tan sólo él, su esposa y una dispensera. Cuando bebían este rojo licor, dulce como la miel, echaban una copa del mismo en veinte de agua; y de la cratera salía un olor tan suave y divinial, que no sin pena se hubiese renunciado a saborearlo. De este vino llevaba un gran odre completamente lleno y además viandas en un zurrón; pues desde el primer instante se figuró mi ánimo generoso que se nos presentaría un hombre dotado de

extraordinaria fuerza, salvaje, e ignorante de la justicia y de la leyes.

216 "Pronto llegamos a la gruta; más no dimos con él, porque estaba apacentando las pingües ovejas. Entramos y nos pusimos a contemplar con admiración y una por una todas las cosas; había zarzos cargados de quesos; los establos rebosaban de corderos y cabritos, hallándose encerrados separadamente los mayores, los medianos y los recientes; y goteaba el suero de todas las vasijas, tarros y barreños, de que se servía para ordeñar. Los compañeros empezaron a suplicarme que nos apoderásemos de algunos quesos y nos fuéramos; y que luego sacando prestamente de los establos los cabritos y los corderos, y conduciéndolos a la velera nave, surcáramos de nuevo el salobre mar. Mas yo no me dejé persuadir —mucho mejor hubiera sido seguir su consejo— con el propósito de ver a aquél y probar si me ofrecería los dones de la hospitalidad. Pero su venida no había de serles grata a mis compañeros.

231 "Encendimos fuego, ofrecimos un sacrificio a los dioses, tomamos algunos quesos, comimos, y le aguardamos, sentados en la gruta, hasta que volvió con el ganado. Trafa una carga de leña seca para preparar su comida y descargóla dentro de la cueva con tal estruendo que nosotros, llenos de temor, nos refugiamos apresuradamente en lo más hondo de la misma. Luego metió en el espacioso antro todas las pingües ovejas que tenía que ordeñar, dejando a la puerta, dentro del recinto de altas paredes, los carneros y los bucos. Después cerró la puerta con un pedrejón grande y pesado que llevó a pulso y que no hubiesen podido mover del suelo veintidós sólidos carros de cuatro ruedas. ¡Tan inmenso era el peñasco que colocó a la entrada! Sentóse enseguida, ordeño las ovejas y las baladoras cabras, todo como debe hacerse, y a cada una le puso su hijito. A la hora, haciendo cuajar la mitad de la blanca leche, la amontonó en canastillos de mimbre, y vertió la restante en unos vasos para bebérsela y así le servía de cena. Acabadas con prontitud tales faenas, encendió fuego, y a través, nos hizo estas preguntas:

252 "Polífemo:—¡Oh forasteros! ¿Quiénes sois? ¿De dónde llegasteis navegando por húmedos caminos? ¿Venís por algún negocio o andáis por el mar, a la ventura, como los piratas que divagan, exponiendo su vida y produciendo daño a los hombres de extrañas tierras?

256 "Así dijo. Nos quebraba el corazón el temor que nos

produjo su voz grave y su aspecto monstruoso. Mas, con todo eso, le respondí de esta manera:

259 "Odiseo.—Somos aqueos a quienes extraviaron, al salir de Troya, vientos de toda clase, que nos llevan por el gran abismo del mar; deseosos de volver a nuestra patria llegamos aquí por otra ruta, por otros caminos, porque de tal suerte debió de ordenarlo Zeus. Nos preciamos de ser guerreros de Agamenón Atrida, cuya gloria es inmensa debajo del cielo —¡tan grande ciudad ha destruido y a tantos hombres ha hecho perecer!—, y venimos a abrazar tus rodillas por si quisieras presentarnos los dones de la hospitalidad o hacernos algún otro regalo, como es costumbre entre los huéspedes. Respeta, pues, a los dioses, varón excelente; que nosotros somos ahora tus suplicantes. Y a suplicantes y forasteros los venga Zeus hospitalario, el cual acompaña a los venerandos huéspedes.

272 "Así le hablé; y respondiome en seguida con ánimo cruel:

273 "Polífemo.—¡Oh forastero! Eres un simple o vienes de lejanas tierras cuando me exhortas a temer a los dioses y a guardarme de su cólera; que los Cíclopes no se cuidan de Zeus, que lleva la égida, ni de los bienaventurados númenes, porque aún les ganan en ser poderosos; y yo no te perdonaría ni a tí ni a tus compañeros por temor a la enemistad de Zeus, si mi ánimo no me lo ordenase. Pero dime en qué sitio, al venir, dejaste la bien construida embarcación: si fue, por ventura, en lo más apartado de la playa o en un paraje cercano, a fin de que yo lo sepa.

281 "Así dijo para tentarme. Pero su intención no me pasó inadvertida a mí que sé tanto, y de nuevo le hablé con engañosas palabras:

283 "Odiseo.—Posidón, que sacude la tierra, rompió mi nave llevándola a un promontorio y estrellándola contra las rocas, en los confines de vuestra tierra; el viento que sopla ba del ponto se la llevó y pude librarme, junto con éstos, de una muerte terrible.

287 "Así le dije. El Cíclope, con ánimo cruel, no me dio respuesta; pero, levantándose de súbito, echó mano a los compañeros, agarró a dos y, cual si fuesen cachorritos, arrojólos a la tierra con tamaña violencia que el encéfalo fluyó del suelo y mojó el piso. De contado despedazó los miembros, se aparejó una cena y se puso a comer como monta-

raz león no dejando ni los intestinos, ni la carne, ni los medulosos huesos. Nosotros contemplábamos aquel horrible espectáculo con lágrimas en los ojos, alzando nuestras manos a Zeus; pues la desesperación se había señoreado de nuestro ánimo. El Cíclope, tan luego como hubo llenado su enorme vientre, devorando carne humana y bebiendo encima leche sola, se acostó en la gruta tendiéndose en medio de las ovejas. En entonces formé en mi magnánimo corazón el propósito de acercarme a él y, sacando la aguda espada que colgaba de mi muslo, herirle el pecho donde las entrañas rodean el hígado, palpándolo previamente; mas otra consideración me contuvo. Habríamos, en efecto, perecido allí de espantosa muerte, a causa de no poder apartar con nuestras manos el grave pedrejón que el Cíclope colocó en la alta entrada. Y así, dando suspiros, aguardamos que apareciera la divina Aurora.

307 "Cuando se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, el Cíclope encendió fuego y ordeñó las gordas ovejas, todo como debe hacerse, y a cada una le puso su hijito. Acabadas con prontitud tales faenas, echó mano a otros dos de los míos, y con ellos se aparejó el almuerzo. En acabando de comer, sacó de la cueva los pingües ganados, removiendo con facilidad el enorme pedrejón de la puerta; pero al instante lo volvió a colocar, del mismo modo que si a un carcaj le pusiera su tapa. Mientras el Cíclope aguijaba con gran estrépito sus pingües rebaños hacia el monte, yo me quedé meditando siniestras trazas, por si de algún modo pudiese vengarme y Atenea me otorgara: la victoria. Al fin parecióme que la mejor resolución sería la siguiente. Echada en el suelo del establo veíase una gran clava de olivo verde, que el Cíclope había cortado para llevarla cuando se secase. Nosotros, al contemplarla, la comparábamos con el mástil de un negro y ancho bajel de transporte que tiene veinte remos y atraviesa el dilatado abismo del mar: tan larga y tan gruesa se nos presentó a la vista. Acerquéme a ella y corté una estaca como de una braza, que di a los compañeros mandándoles que la puliesen. No bien la dejaron lisa, agucé uno de sus cabos, la endurecí, pasándola por el ardiente fuego, y la oculté cuidadosamente debajo del abundante estiércol esparcido por la gruta. Ordené entonces que se eligieran por suerte los que, uniéndose conmigo deberían atreverse a levantar la estaca y clavarla en el ojo del Cíclope cuando el dulce sueño le rindiese. Cayóles la suerte a los cuatro que yo mismo hubiera

escogido en tal ocasión, y me junté con ellos formando el quinto. Por la tarde volvió el Cíclope con el rebaño de hermoso vellón, que venfa de pacer, e hizo entrar en la espaciosa gruta a todas las pingües reses, sin dejar a ninguna dentro del recinto; ya porque sospechase algo, ya porque algún dios se lo ordenara. Cerró la puerta con el pedrejón, que llevó a pulso; sentóse, ordeñó las ovejas y las baladoras cabras, todo como debe hacerse y a cada una le puso su hijito. Acabadas con prontitud tales cosas, agarró a otros dos de mis amigos y con ellos se aparejó la cena. Entonces lleguéme al Cíclope, y teniendo en la mano una copa de negro vino, le hablé de esta manera:

347 "Odiseo.—Toma, Cíclope, bebe vino, ya que comiste carne humana, a fin de que sepas qué bebida se guardaba en nuestro buque. Te lo traía para ofrecer una libación en el caso de que te apiadases de mí y me enviaras a mi casa, pero tú te enfureces de intolerable modo. ¡Cruel! ¿Cómo vendrá en lo sucesivo ninguno de los muchos hombres que existen, si no te portas como debieras?

353 "Así le dije. Tomó el vino y bebióselo. Y gustóle tanto el dulce licor que me pidió más:

355 "Polífemo.—Dame de buen grado más vino y hazme saber inmediatamente tu nombre para que te ofrezca un don hospitalario con el cual huelgues. Pues también a los Cíclopes la fértil tierra les produce vino en gruesos racimos, que crecen con la lluvia enviada por Zeus; mas esto se compone de ambrosía y néctar.

360 "Así hablé, y volví a servirle el negro vino: tres veces se lo presenté y tres veces bebió incautamente. Y cuando los vapores del vino envolvieron la mente del Cíclope, díjele con suaves palabras:

364 "Odiseo.—¡Cíclope! Preguntas cuál es mi nombre: ilustre y voy a decirte; pero dame el presente de hospitalidad que me has prometido. Mi nombre es Nadie; y Nadie me llaman mi madre, mi padre y mis compañeros todos.

368 "Así le hablé: y enseguida me respondió con ánimo cruel:

369 "Polífemo.—A Nadie me lo comeré al último, después de sus compañeros, y a todos los demás antes que a él: tal será el don hospitalario que te ofrezca.

371 "Dijo, tiróse hacia atrás y cayó de espaldas. Así echado, dobló la gruesa cerviz y vencióle sueño, que todo lo

rinde: sañale de la garganta el vino con pedazos de carne humana, y eructaba por estar cargado de vino. Entonces metí la estaca debajo del abundante rescoldo, para calentarla, y animé con mis palabras a todos los compañeros; no fuera que alguno, poseído de miedo, se retirase. Mas cuando la estaca de olivo, con ser verde, estaba a punto de arder y relumbraba intensamente, fui y la saqué del fuego; rodeáronme mis compañeros, y una deidad nos infundió gran audacia. Ellos, tomando la estaca de olivo, hincáronla por la aguzada punta en el ojo del Cíclope; y yo, alzándome, hacíala girar por arriba. De la suerte que cuando un hombre taladra con el barreno el mástil de un navío, otros los mueven por debajo con una correa, que asen por ambas extremidades, y aquél da vueltas continuamente: así nosotros, asiendo la estaca de ígnea punta, la hacíamos girar en el ojo del Cíclope y la sangre brotaba alrededor del ardiente palo. Quémole el ardoroso vapor párpados y cejas, en cuanto la pupila estaba ardiendo y sus raíces crepitaban por la acción del fuego. Así como el broncista, para dar el temple que es la fuerza del hierro, sumerge en agua fría una gran segur o un hacha que rechina grandemente, de igual manera rechinaba el ojo del Cíclope en torno de la estaca de olivo. Dió el Cíclope un fuerte y horrendo gemido, retumbó la roca, y nosotros, amedrentados, huímos prestamente; mas él se arrancó la estaca, toda manchada de sangre, arrojóla furioso lejos de sí y se puso a llamar con altos gritos a los Cíclopes que habitaban a su alrededor, dentro de cuevas, en los ventosos promontorios. En oyendo sus voces, acudieron muchos, quién por un lado y quién por otro, y parándose junto a la cueva, le preguntaron qué le angustiaba:

403 "Los cíclopes.—¿Por qué tan enojado, oh Polifemo, gritas de semejante modo en la divina noche, despertándonos a todos? ¿Acaso algún hombre se lleva tus ovejas mal de tu grado? ¿O, por ventura, te matan con engaño o con fuerza?

407 "Respondióles desde la cueva el robusto Polifemo:

408 "Polifemo.—¡Oh, amigos! "Nadie" me mata con engaño, no con fuerza.

409 "Y ellos le contestaron con estas aladas palabras:

410 "Los cíclopes.—Pues si nadie te hace fuerza, ya que estás solo, no es posible evitar la enfermedad que envía el gran Zeus; pero, ruega a tu padre, el soberano Posidón.

413 "Apenas acabaron de hablar, se fueron todos; y yo

me ref en mi corazón de cómo mi nombre y mi excelente artificio les había engañado. El Cíclope, gimiendo por los grandes dolores que padecía, anduvo a tientas, quitó el peñasco de la puerta y se sentó a la entrada, tendiendo los brazos por si lograba echar mano a alguien que saliera con las ovejas; itan mentecato esperaba que yo fuese! Mas yo meditaba cómo pudiera aquel lance acabar mejor, y si hallaría algún arbitrio para librar de la muerte a mis compañeros y a mí mismo. Revolví toda clase de engaños y de artificios, como que se trataba de la vida y un gran mal era inminente, y al fin parecióme la mejor resolución la que voy a decir. Había unos carneros bien alimentados, hermosos, grandes, de espesa y obscura lana; y sin desplegar los labios, los até de tres en tres, entrelazando mimbres de aquellos sobre los cuales dormía el monstruoso e injusto Cíclope: y así el del centro llevaba a un hombre y los otros dos iban a entrambos lados para que salvaran a mis compañeros. Tres carneros llevaban, por tanto, a cada varón; mas yo, viendo que había otro carnero que sobresalía entre todas las reses, lo así por la espalda, me deslicé al vedijudo vientre y me quedé agarrado con ambas manos a la abundantísima lana, manteniéndome en esta postura con ánimo paciente. Así, profiriendo suspiros, aguardamos la aparición de la divina Aurora.

437 "Cuando se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, los machos salieron presurosos a pacer, y las hembras, como no se las había ordeñado, balaban en el corral con las tetas retesadas. Su amo, afligido por los dolores, palpaba el lomo a todas las reses que estaban de pie, y el simple no advirtió que mis compañeros iban atados a los pechos de los vedijudos animales. El último en tomar el camino de la puerta fue mi carnero, cargado de su lana y de mí mismo, que pensaba en muchas cosas. Y el robusto Polifemo lo palpó y así le dijo:

447 "Polifemo.—¡Carnero querido! ¿Por qué sales de la gruta el postrero del rebaño? Nunca te quedaste detrás de las ovejas, sino que, andando a buen paso, pacías el primero las tiernas flores de la hierba, llegabas el primero a las corrientes de los ríos y eras quien primero deseaba volver al establo al caer de la tarde; mas ahora vienes, por el contrario, el último de todos. Sin duda echarás de menos el ojo de tu señor, a quien cegó un hombre malvado con sus perniciosos compañeros, perturbándole las mentes con el vino, Nadie,

pero me figuro que aun no se ha librado de una terrible muerte. ¡Si tuvieras mis sentimientos y pudieses hablar, para indicarme dónde evita mi furor! Pronto su cerebro, molido por golpes, se esparcirá acá y acullá por el suelo de la gruta y mi corazón se aliviará de los daños que me ha causado este despreciable Nadie.

461 "Diciendo así, dejó el carnero y lo echó afuera. Cuando estuvimos algo apartados de la cueva y del corral, soltéme del carnero y desaté a los amigos. Al punto antecogimos aquellas gordas reses de gráciles piernas y, dando muchos rodeos, llegamos por fin a la nave. Nuestros compañeros se alegraron de vernos a nosotros que nos habíamos librado de la muerte, y empezaron a gemir y a sollozar por los demás. Yo, haciéndoles una señal con las cejas, les prohibí el llanto y les mandé que cargaran presto en la nave muchas de aquellas reses de hermoso vellón y volviéramos a surcar el agua salobre. Embarcáronse en seguida y, sentándose por orden en los bancos, tornaron a batir con los remos el espumoso mar. Y, en estando tan lejos cuanto se deja oír un hombre que gruta, hablé al Cíclope con estas mordaces palabras:

475 "Odiseo.—¡Cíclope! No debías emplear tu gran fuerza para comerte en la honda gruta a los amigos de un varón defenso. Las consecuencias de tus malas acciones habían alcanzado, oh cruel, ya que no temiste devorar a tus huéspedes en tu misma morada; por eso Zeus y los demás dioses te han castigado.

480 "Así le dije; y él, airándose más en su corazón, arrancó la cumbre de una gran montaña, arrojóla delante de nuestra embarcación de azulada proa, y poco faltó para que diese en la extremidad del gobernalle. Agitóse el mar por la caída del peñasco, y las olas, al refluir desde el ponto, empujaron la nave hacia el continente y la llevaron a tierra firme. Pero yo, asiendo con ambas manos un larguísimo botador, echéla al mar y ordené a mis compañeros haciéndoles con la cabeza silenciosa señal, que apretaran con los remos a fin de librarnos de aquel peligro. Encorváronse todos y empezaron a remar. Mas, al hallarnos dentro del mar, a una distancia doble de la de antes, hablé al Cíclope, a pesar de que mis compañeros me rodeaban y pretendían disuadirme con suaves palabras unos por un lado y otros por el opuesto:

494 "Los compañeros.—¡Desgraciado! ¿Por qué quieres irritar a ese hombre feroz que con lo que tiró al ponto hizo

volver la nave a tierra firme donde creíamos encontrar la muerte? Si oyera que alguien da voces o habla, nos aplastaría la cabeza y el maderamen del barco, arrojándonos áspero peñón. ¡Tan lejos llegan sus tiros!

500 "Así se expresaban. Mas no lograron quebrantar, la firmeza de mi corazón magnánimo; y, con el corazón irritado, le hablé otra vez con estas palabras:

502 "Odiseo.—¡Cíclope! Si alguno de los mortales hombres te pregunta la causa de tu vergonzosa ceguera, dile que quien te privó del ojo fue Odiseo, el asolador de ciudades, hijo de Laertes, que tiene su casa en Itaca.

506 "Así dije: y él, dando un suspiro, respondió:

507 "Polifemo.—¡Oh dioses! Cumpliéronse los antiguos pronósticos. Hubo aquí un adivino excelente y grande, Telémaco Aurímida, el cual descollaba en el arte adivinatoria y llegó a la senectud profetizando entre los cíclopes; éste, pues, me vaticinó lo que hoy sucede: que sería privado de la vista por mano de Odiseo. Mas esperaba yo que llegase un varón de gran estatura, gallardo, de mucha fuerza; y es un hombre pequeño, despreciable y menguado quien me cegó el ojo, subyugándome con el vino. Pero, ea, vuelve, Odiseo, para que te ofrezca los dones de la hospitalidad y exhorte al ínclito dios que bate la tierra, a que te conduzca a la patria; que soy su hijo y él se gloria de ser mi padre. Y será él, si te place, quien me curará y no otro alguno de los bienaventurados dioses ni de los mortales hombres.

522 "Habló, pues, de esta suerte; y le contesté diciendo:

523 "Odiseo.—¡Así pudiera quitarte el alma y la vida, y enviarte a la morada de Hades, cómo ni el mismo dios que sacude la tierra te curará el ojo!

526 "Así dije. Y el cíclope oró en seguida al soberano Posidón, alzando las manos al estrellado cielo:

528 "Polifemo.—¡Oyeme, Posidón que ciñes la tierra, dios de cerúlea cabellera! Si en verdad soy tuyo y tú te glorias de ser mi padre, concédeme que Odiseo, asolador de ciudades, hijo de Laertes, que tiene su casa en Itaca, no vuelva nunca a su palacio. Mas si le está destinado que ha de ver a los suyos y volver a su bien construída casa y a su patria, sea tarde y mal, en nave ajena, después de perder todos los compañeros, y se encuentre con nuevas cuitas en su morada.

536 "Así dijo rogando, y le oyó el dios de cerúlea cabe

llera. Acto seguido tomó el Cíclope un peñasco mucho mayor que el de antes, lo despidió, haciendo voltear con fuerza inmensa, arrojólo detrás de nuestro bajel de azulada proa, y poco faltó para que no diese en la extremidad del gobernalle. Agitóse el mar por la caída del peñasco, y las olas, empujando la embarcación hacia adelante, hiciéronla llegar a tierra firme.

543 "Así que arribamos a la isla donde estaban juntos los restantes navíos, de muchos bancos, y en su contorno los compañeros que nos aguardaban llorando, saltamos a la orilla del mar y sacamos la nave a la arena. Y, tomando de la cónca va embarcación las reses del Cíclope, nos las repartimos de modo que ninguno se quedara sin su parte. En esta partición que se hizo del ganado, mis compañeros, de hermosas grebas, asignáronme el carnero, además de lo que me correspondía; y yo lo sacrificué en la playa a Zeus Cronida, que amontona las nubes y sobre todos reina, quemando en su obsequio ambos muslos. Pero el dios, sin hacer caso del sacrificio, meditaba -- cómo podrían llegar a perderse todas mis naves de muchos bancos con los fieles compañeros. Y ya todo el día, hasta la puesta del sol, estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino. Cuando el sol se puso y sobrevino la obscuridad, nos acostamos en la orilla del mar. Pero, apenas se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, ordené a mis compañeros que subieran a la nave y desataran las amarras. Embarcáronse prestamente y, sentándose por orden en los bancos, tornaron a batir con los remos el espumoso mar.

565 "Desde allí seguimos adelante, con el corazón triste, escapando gustosos de la muerte, aunque perdimos algunos compañeros.

SAFO.

La "décima musa", como llamó Platón a Safo, nació en Ereso, en la isla de Lesbos (hacia -600). De su vida pública se sabe que las revueltas políticas la obligaron a buscar refugio en Sicilia. Ya casada se instaló en Mitilene, donde vivió con su pretendida hija y congregó en torno suyo un grupo de muchachas de la mejor sociedad griega a quienes instruía. De las muchachas que se le entregaban para formarlas, Safo profesaba a todas cálida amistad y por alguna sentía amor fervoroso, sin olvidar por ello a su propia familia, especialmente a su hermano -- Caraxo. El poeta Alceo pretendió su amor, pero la de "la dorada sonrisa", le rechazó.

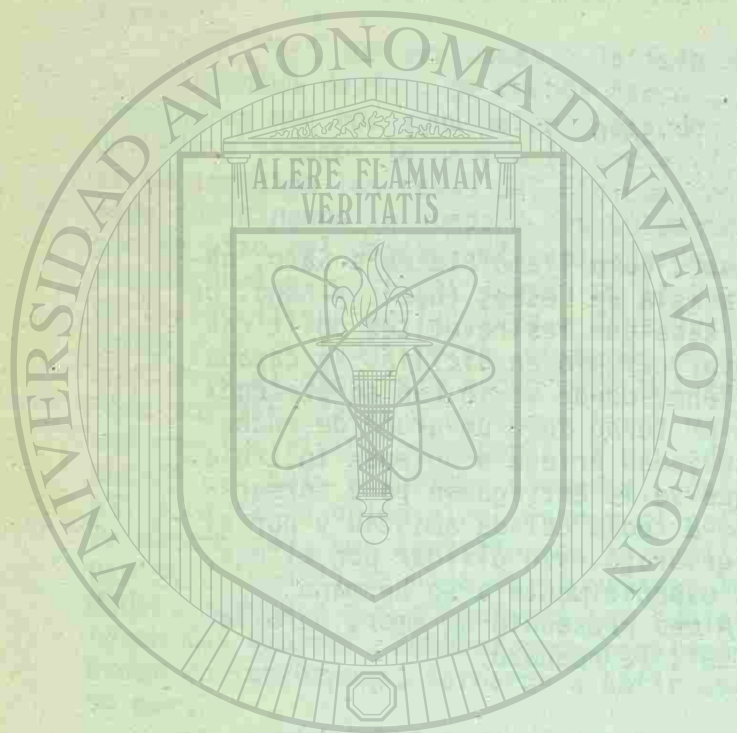
llera. Acto seguido tomó el Cíclope un peñasco mucho mayor que el de antes, lo despidió, haciendo voltear con fuerza inmensa, arrojóle detrás de nuestro bajel de azulada proa, y poco faltó para que no diese en la extremidad del gobernalle. Agitóse el mar por la caída del peñasco, y las olas, empujando la embarcación hacia adelante, hiciéronla llegar a tierra firme.

543 "Así que arribamos a la isla donde estaban juntos los restantes navíos, de muchos bancos, y en su contorno los compañeros que nos aguardaban llorando, saltamos a la orilla del mar y sacamos la nave a la arena. Y, tomando de la cónca va embarcación las reses del Cíclope, nos las repartimos de modo que ninguno se quedara sin su parte. En esta partición que se hizo del ganado, mis compañeros, de hermosas grebas, asignáronme el carnero, además de lo que me correspondía; y yo lo sacrificué en la playa a Zeus Cronida, que amontona las nubes y sobre todos reina, quemando en su obsequio ambos muslos. Pero el dios, sin hacer caso del sacrificio, meditaba -- cómo podrían llegar a perderse todas mis naves de muchos bancos con los fieles compañeros. Y ya todo el día, hasta la puesta del sol, estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino. Cuando el sol se puso y sobrevino la obscuridad, nos acostamos en la orilla del mar. Pero, apenas se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, ordené a mis compañeros que subieran a la nave y desataran las amarras. Embarcáronse prestamente y, sentándose por orden en los bancos, tornaron a batir con los remos el espumoso mar.

565 "Desde allí seguimos adelante, con el corazón triste, escapando gustosos de la muerte, aunque perdimos algunos compañeros.

SAFO.

La "décima musa", como llamó Platón a Safo, nació en Ereso, en la isla de Lesbos (hacia -600). De su vida pública se sabe que las revueltas políticas la obligaron a buscar refugio en Sicilia. Ya casada se instaló en Mitilene, donde vivió con su pretendida hija y congregó en torno suyo un grupo de muchachas de la mejor sociedad griega a quienes instruía. De las muchachas que se le entregaban para formarlas, Safo profesaba a todas cálida amistad y por alguna sentía amor fervoroso, sin olvidar por ello a su propia familia, especialmente a su hermano -- Caraxo. El poeta Alceo pretendió su amor, pero la de "la dorada sonrisa", le rechazó.



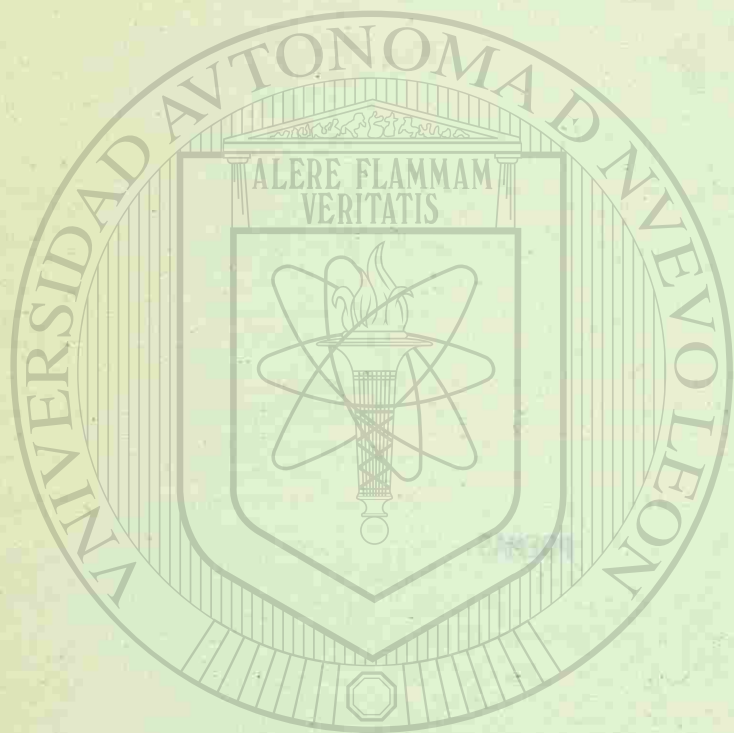
JUANIL

POEMAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

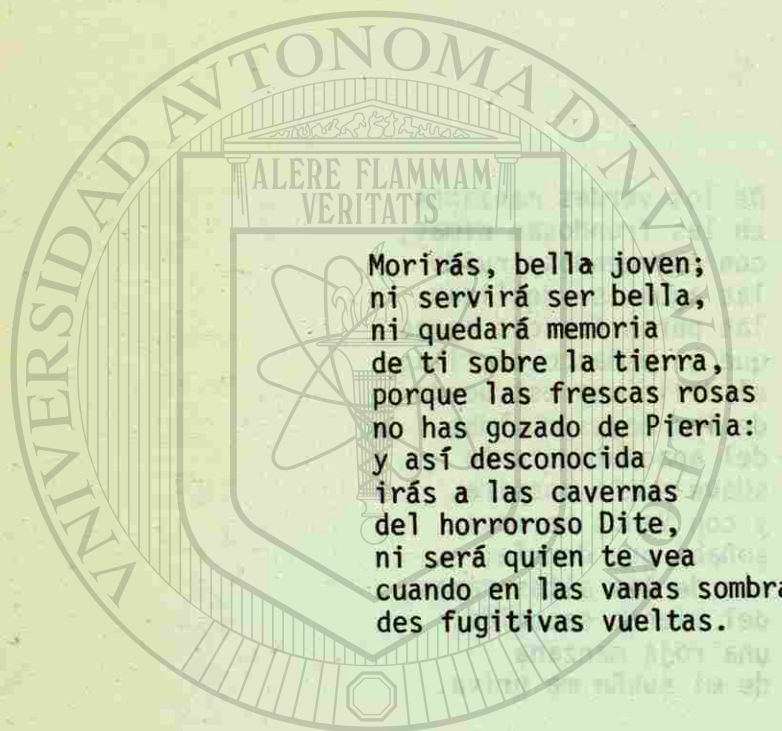
SAFO. ®



De los verdes manzanos
en las frondosas cimas,
con estruendoso ruido
las aguas se deslizan,
las puras frescas aguas
que el peñasco destila;
el delicioso estruendo
de las hojas movidas
del apacible viento
süave sueño inspira,
y con Venus hermosa
soñaba que dormía;
mas de las altas ramas,
del viento sacudida,
una roja manzana
de mi sueño me priva.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



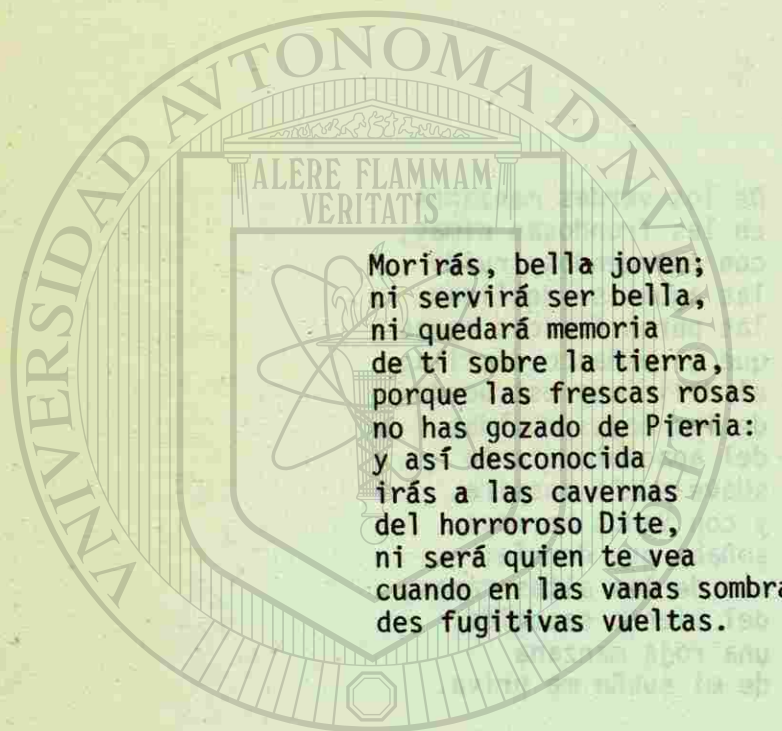
Morirás, bella joven;
ni servirá ser bella,
ni quedará memoria
de ti sobre la tierra,
porque las frescas rosas
no has gozado de Pieria:
y así desconocida
irás a las cavernas
del horroroso Dite,
ni será quien te vea
cuando en las vanas sombras
des fugitivas vueltas.

ANACREONTE.

Anacreonte nació hacia el año 570 y murió en 470 en Teos (Jonia, Grecia). Amigo íntimo de Polícrates, tirano de Samo, fue expulsado de su patria por una sublevación. Se dice que murió ahogado - con una pepita de uva, dejando Odas y Epigramas, - aunque se le han atribuido muchas composiciones - que no le pertenecen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



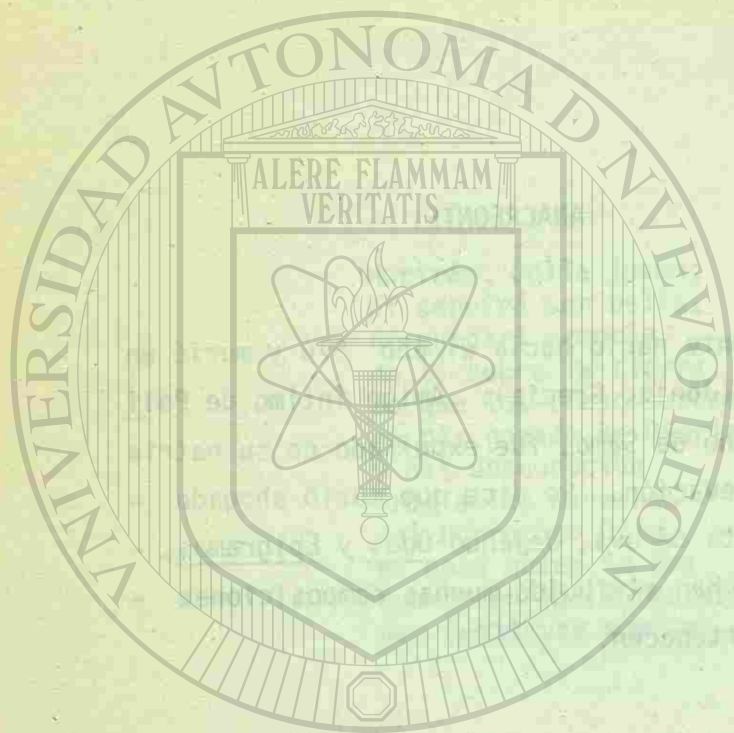
Morirás, bella joven;
ni servirá ser bella,
ni quedará memoria
de ti sobre la tierra,
porque las frescas rosas
no has gozado de Pieria:
y así desconocida
irás a las cavernas
del horroroso Dite,
ni será quien te vea
cuando en las vanas sombras
des fugitivas vueltas.

ANACREONTE.

Anacreonte nació hacia el año 570 y murió en 470 en Teos (Jonia, Grecia). Amigo íntimo de Polícrates, tirano de Samo, fue expulsado de su patria por una sublevación. Se dice que murió ahogado - con una pepita de uva, dejando Odas y Epigramas, - aunque se le han atribuido muchas composiciones - que no le pertenecen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



JUANIL

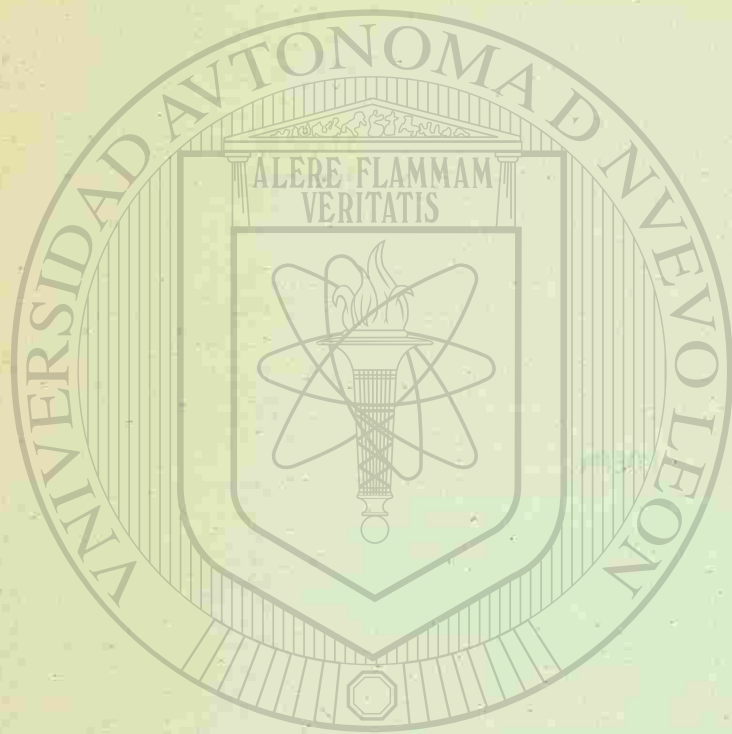
POEMA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ANACREONTE.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

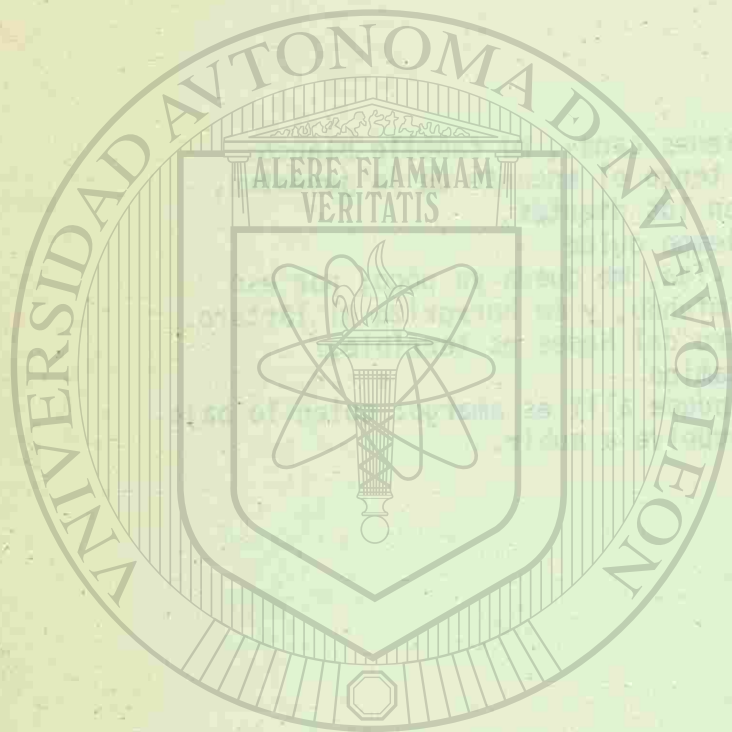


Mis sienes canas, mi cabello blanco:
ya no tengo el encanto de la juventud,
me caen los dientes.
Del tiempo dulce
de la vida, me queda ya poco; por eso
voy gimiendo, y me horroriza el Tártaro.
El antro del Hades es terrible,
y el camino
que conduce allí es amargo: quien lo baja
ya no vuelve a subir.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

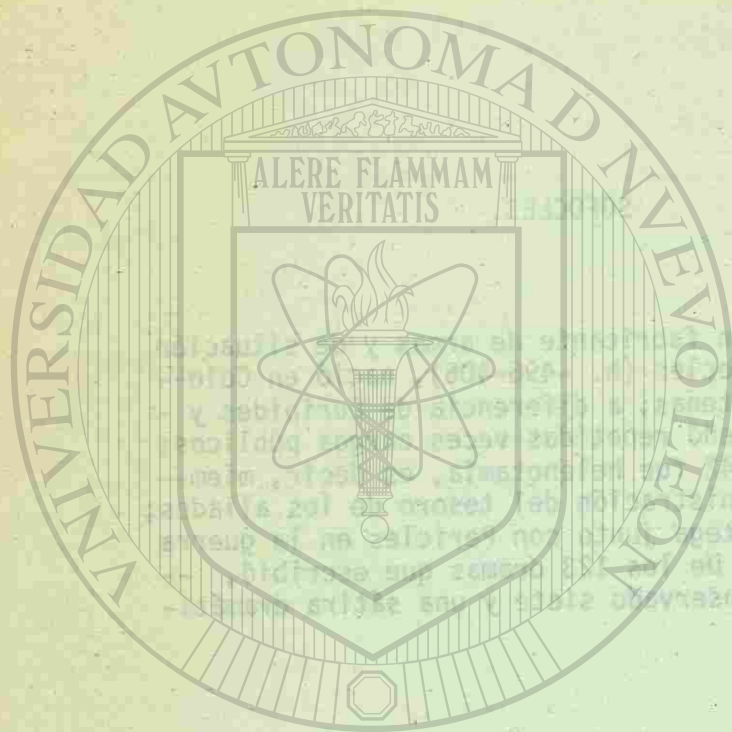


SÓFOCLES.

Hijo de un fabricante de armas y de situación acomodada, Sófocles (h. -496-406), nació en Colonna, junto a Atenas; a diferencia de Eurípides y Esquilo desempeñó repetidas veces cargos públicos; en -443 y -442 fue helenotamía, es decir, miembro de la administración del tesoro de los aliados; en -441 estratega junto con Pericles en la guerra contra Samos. De los 123 dramas que escribió, -- sólo se han conservado siete y una sátira dramática.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

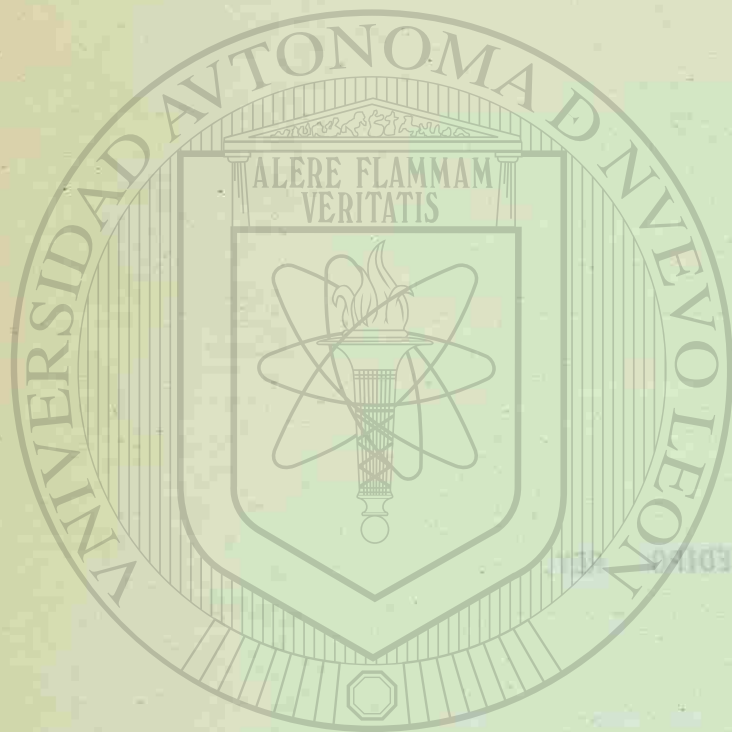


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LIBRO ALQUILADO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EDIPO REY

Escenario

Tebas. Palacio real. Altar de Apolo Licio. Sacerdote de Zeus y un grupo de niños con ramas de olivo.

Personas

Edipo, rey de Tebas.
Yocasta, su esposa y viuda del rey Layo
Creón, hermano de Yocasta
Tiresias, vidente oficial de la ciudad, anciano y ciego, guiado por un lazarillo
Sacerdote de Zeus
Un mensajero
Un pastor, que fue siervo de Layo
Un paje del palacio
Antígona e Ismene, hijas de Edipo y Yocasta, aún niñas
Coro de ancianos
Grupo de suplicantes
Pajes, criados, pueblo

EDIPO REY

EDIPO.—¡Hijos, progenie renovada del remoto Cadmo! ¿Qué mueve esta reunión? ¿A qué esas suplicantes disposiciones? Postrados en tierra, con ramos de oliva... ¡y toda la ciudad saturada del perfume de los sacrificios del incienso y, en toda ella, lamentos y clamores!

¿Qué es? —me dije yo—. Pero en lugar de que los mensajeros me dieran razón, he preferido venir en persona. Aquí estoy. Soy Edipo. Todo el mundo celebra su gloria.

Se dirige al sacerdote. A ti, anciano, te toca darme razón. ¿Qué motiva esta humillada situación por tierra? ¿Algo teméis? ¿algo anheláis?

¡Ah, si de mí depende remediarlo: tened por dada la ayuda! ¡Qué duro fuera yo si ante este cuadro no me llenara de conmiseración!

SACERDOTE.—Vamos, lo digo. Rey, rey de mi patria, Edipo. ¿Ves qué edad tienen los que aquí están congregados? Están ante el altar. Unos son niños débiles,avecillas que el vuelo alzar no pueden. Otros, son viejos, por la anciana tormenta rendidos, como soy yo, sacerdote de Zeus, y aun así. —Acá está la gallarda flor de los pubescentes, y luego, todos, todos sus vasallos. En esta plaza, todos agrupados cabe el altar. Y otros allá ante el templo de Palas, o al lado de la tumba del agorero Ismeno.

Turbión de males pesa sobre esta ciudad. Está abrumada ya. Oleaje de sangre la sumerge. No puede alzar cabeza entre las turbulentas ondas. Los frutos de la tierra, en sus mismos tallos se agostan. Los rebaños que van por las praderas pa-
ciendo, caen yertos ante la muerte. Y lo más duro y cruel: el germen humano atormenta a las madres, pero no es fecundo.

Un numen que arde en fuego contra la ciudad pugna. La destruye, la anonada. Es la tremenda Peste. Queda vacía y silenciosa la tierra de Cadmo y el Averno se enriquece de lamentos, de gemidos interminables.

No, no intentamos ni yo ni estos hijos asimilarte a los dioses. Pero sí te juzgamos el primero de los hombres. El que conoce, como nadie, los alternantes cambios y mudanzas de la

vida humana; el que sabe también de las misteriosas y secretas determinaciones de los dioses. Llegas apenas a Cadmos y nos libertas del tremendo tributo que a la horripilante encantadora dábamos. Nada sabías no habías buscado informes, nada te habíamos dicho. Te guiaba un dios —eso se pensó, eso se dijo— te guiaba un dios, y nos salvaste la vida.

También ahora a tí venimos. Edipo amado de todos, Edipo poderoso: venimos a tí suplicantes todos. ¡Debes hallar para nosotros un remedio! Recibas de los dioses el consejo, o te lo dé un hombre... nada importa. Sabe el hombre regir, si ha sufrido, y el que en fortuna adversa ha visto su vida atormentada, ese es el que puede remediar los males ajenos.

¡Oh, el mejor de los hombres: esta ciudad restaura! ¡Tú mismo te aprovechas de tu obra, si nos defiendes, serás, como fuiste, un salvador, un defensor. ¿Qué dijeran, si no? ¡Que nos alzaste para sumergirnos! La patria consolida; la ciudad afirma. ¡Qué feliz fue tu actividad antaño: que ahora se renueva. Reinar sobre hombres: esa es la grandeza de un rey! ¿Quién quisiera reinar en un desierto, desolado y sin hombres? ¡Un fortín, una nave, nada son si no el vivir de hombres les da vida!

ED.—Hijos que compadezco: ya lo supe. Conozco vuestros males, conozco la incierta fortuna. Sufrís, sufrís es cierto. Los males se acumulan sobre vuestras cabezas. Y nadie habrá que sufra más de lo que sufro yo. Vosotros, cada uno, su propio dolor saborea: el dolor propio solo. Pero en mi alma el dolor de todos se amadriga: el vuestro, el de la patria, el mío.

¡No despertáis a un hombre que sueño domina! Ved que he llorado mucho, he cavilado larga y profundamente mil proyectos, mil medios... y ansioso y angustiado, sigo buscando.

Tras mucho meditar, hallé un remedio, y ya lo puse en obra. Al hijo de Meneceo, que es mi cuñado Creón lo envié a la Pitia mansión de Febo para que consultara al oráculo acerca de lo que hay que hacer, qué determinación tomar para alcanzar que la ciudad sea salva. Y han pasado los días bien medidos para que él de su comisión regresara y estoy afanado pensando lo que puede haber sucedido. Pero él regresará. Cuando regrese un perdido serfa yo, si no pusiera en obra lo que el dios haya dicho.

SAC.—¡Al buen dicho tuyo: ya me dan la noticia: Creón —regresa!

ED.—Ah, rey Apolo, que su mensaje sea afortunado para salvar a la ciudad: ¡su rostro radiante ya lo dice!

SAC.—Dulce será, yo creo; bien lo pregona su semblante: ¿a qué, si no, esa corona de florido laurel que lo ciñe?

ED.—Muy pronto lo sabremos. Tan a la medida está que ya mi voz puede ser por él oída.

Príncipe, mi cuñado, hijo del Meneceo, ¿qué nuevas traes para nosotros de parte de dios?

Entra Creón.

CREÓN.—¡Nuevas felices! Digo muy bien: los males más infaustos, si hallamos medio de contrarrestarlos, en buena dicha llegan a trocarse.

ED.—¿Qué dice ese lenguaje? Nada conforta tampoco nada aumenta el afán tu modo de expresarte.

CR.—¿Lo digo ante todos? ¿O entramos al palacio? ¡Dispuesto a hablar estoy!

ED.—A todos habla. Son sus angustias las que oprimen mi alma más que las propias mías.

CR.—Hablaré, entonces, lo que del dios he oído. Nos impone Febo riguroso el mandamiento de que arrojemos de esta ciudad una mácula que la infesta. Que no dejemos que medre, porque terminará por ser incurable.

ED.—¿Qué medio impone? ¿De qué mal se trata?

CR.—Echar fuera asesinos. O hacer que muerte por muerte se pague. Una sangre vertida es la fuente de todos estos males.

ED.—¿Muerte de quién el oráculo señala?

CR.—Fue Layo, nuestro rey de antaño, oh príncipe. El gobernaba antes que tú en esta ciudad ejercieras imperio.

ED.—Lo oí decir. A él jamás lo vi.

CR.—Murió él. Y ahora el dios nos urge a que, sin miramientos, con dureza se castigue a los matadores.

ED.—¿En qué región habitan? ¿Quién puede husmear la pista de tan viejo crimen?

CR.—Dijo el dios que aquí están. Lo que se busca, se halla. Lo que se deja, perdido queda.

ED.—¿En su casa, en el campo, en tierra lejana? ¿Dónde fue asesinado Layo?

CR.—A recibir oráculos divinos —dijo él— partía. Se fue y jamás regresó.

ED.—¿Algún mensajero, algún compañero de camino no vio los hechos? ¡El pudiera darnos informe!

CR.—Es que murieron todos. Uno solo quedó. Pero tan dominado por el espanto que jamás ha podido darnos informes, -- sino es de un solo dato.

ED.—Y, ¿ese cuál es? De uno se puede deducir todo. Un leve principio es ya base para la esperanza.

CR.—Ladrones, así dijo, le salieron al paso y le dieron la muerte. No sucumbió a la fuerza de un brazo, sino al empuje de una gavilla.

ED.—Un ladrón, si no tenía ya paga aquí, ¿cómo podría haber osado cometer tal crimen?

CR.—Hubo quien lo pensara. Pero, ya muerto Layo, nadie hubo que se echara a cargo el vengar su muerte. ¡Era tanta nuestra zozobra...!

ED.—¿Zozobra? ¿Cuál? ¿Tan grande que impidiera hacer justicia al rey mismo muerto? ¡Hundido el trono no hubo quien lo amparara!

CR.—La Esfinge de cantos enigmáticos y falaces, esa fue. Nos hizo que mejor atendiéramos a lo del momento presente, dejando en el silencio lo que el misterio había envuelto en sombras.

ED.—Tomaré el asunto otra vez desde el principio. Febo ha hecho su recta acción. Tú otro tanto. Bien ha sido buscar esta forma de hacer justicia al muerto. El dios y tú hallarán en mí al vengador. No, no lo hago por amigos remotos: lo hago por mí mismo. Quien a él asesinó a mí mismo puede exterminarme. Debo echar fuera esta mácula. No por el rey muerto, por mí mismo pugno.

Ea, niños, ya. Rápidos levantaos de esas gradas y llevaos los ramos suplicantes. Un hombre vaya y reúna al pueblo todo de Cadmos. Haré yo cuanto pueda. Un dios me asista y venzo, o perezco.

Entra Edipo a su palacio.

SAC.—Levantémonos, niños. Eso que dice el rey era el motivo de nuestra plegaria. Febo que ha enviado tales enseñanzas, venga cual salvador de nuestros males y cual poder que hace huir la peste.

Llega el Coro de quince ancianos.

CORO EST. 1.—¡Dulce palabra de Zeus que da la Pito rica a esta nuestra ciudad llegas! ¡A esta Tebas la famosa! Mi mente hundida en espanto empuja a mi corazón. Oh dios de las horas negras, oh Delio de los cantares ¿qué respuesta trae tu oráculo? Me estremezco de terror, ante tí, dios de la salud. ¿Qué vas a imponer a nuestros hombres? ¿qué don nos vas a pedir? ¿Harás que lo ya olvidado, a vivir torne otra vez?

¡Habla, Palabra inmortal, hijo de la Aurea Esperanza: dí tu oráculo!

ANT. 1.—A tí primero yo clamo, oh hija de Zeus, Atena inmortal. Y a la reina de esta tierra, tu hermana Artemis, la que tiene solio en medio de nuestra plaza. Y a tí también Apolo lanzador de dardos.

¡Ah, los tres a un tiempo sed defensa, sed amparo, triples en vuestra ayuda! ¡En tiempo antiguo cada vez que una desdicha se tendía sobre esta ciudad, lanzábais fuera de los confines la mala peste y la ruina ardiente!

Es ahora cuando debéis repetir vuestra piedad.

EST. 2.—¡Ay, ay, misero de mí... males sin número te atormenta el pueblo con la peste, y no halla mi pensamiento un medio para exterminarla. Ya los frutos no medran en la tierra antes opulenta; ya los dolores de las madres van resultando infecundos. Y vuelan hacia el Averno mis hijos uno tras otro, cual las aves fugitivas en su vuelo sin rumbo. El dios del remoto poniente está en acecho para recibirlos!

ANT. 2.—¡Con innúmeros muertos la ciudad se aniquila. Yacen en tierra sus hijos, sin que haya compasión. Nadie por ellos llora. Las jóvenes esposas al altar se refugian, las madres de canosas cabezas se atumultan en lloro. Y todas lloran sus tremendos infortunios. Surge vibrante y luminoso el peán, pero en acorde de dolientes ayes. ¡Hija de Zeus, sálvanos: tú cuyo rostro, al proteger sonríe!

EST. 3.—El bronco Ares, sin escudo ni lanza, hoy se ensaña batallador contra nosotros. Me acosa, me aniquila. Haz que ya retroceda, que se aleje de esta ciudad con la mayor presteza, que el violento vendaval lo arrebathe. Vaya a remotas playas, ya a la desolada de Anfitríte, ya a los inhóspitos riscos de tormentoso Tracio... Cuando la noche llega, si ella perdonó algo, ella, cruel, a destruirlo se apresura. ¡Ven a nosotros, padre Zeus, dueño solo del arco fulgurante, ven

con un solo tiro, acaba con tus males!

ANT. 3.—¡Oh, Licio dios, oh defensor Apolo... Salgan ya de tu arco los dardos invencibles. Ve por delante frente al enemigo. Dardos también Artemis, que con ellos destruye cente lleante en los cerros de Licia. Venga también el de los rizados de oro, Baco el triunfante, rubicundo y bello, él que en orgías se place, él que a todos en locura enciende, llegue y sus baccantes, las errabundas Ménides, hasta nosotros vengan. Alce radiante antorcha contra los turbios númenes que nos destruyen, que sea para todos los adversos, baldón y oprobio.

Sale Edipo. Oye los versos últimos del Coro.

ED.—¿Es lo que pides? Lo que pides yo haré que se vea cumplido. Oye mi designio, atiende y cumple lo que yo he de decir. Si el medio de salvarte pones en práctica, tendrás que ser liberado de todos los males.

Voy a hablar ante todos. Nada sé de los hechos, nada de las versiones que acerca de ellos corren. Hoy soy un ciudadano, como todos. Nada tuve que ver con ese delito. Ni la mínima noticia tuve de él. Ea, pues, yo mando que todos los que esta ciudad de Cadmos habitan atiendan:

El que sepa quién fue el autor de la muerte de Layo, hijo de Lábdaco, preséntese y declárelo. ¡Vive el culpable aquí! Hable y se le hará una concesión de indulgencia. Nada la ciudad, ni en castigo, ni en venganza habrá de hacer en su contra. No sólo el silencio que calla, sino la gratitud que premia: eso tendrá.

Ah, pero si en callar se empeña, si temeroso oculta, ya a sí mismo, ya a un amigo suyo, yo mando en tal caso terriblemente:

Sea el que fuere, en este territorio, sobre el cual ejerzo el imperio, nadie le diga palabra, ni le deje asociarse a los sagrados ritos, ni siquiera a las abluciones lustrales. Quiero y mando que todos a ese sin piedad lo expulsen, de su propia mansión, de la ciudad entera. Él, él es ciertamente la causa de nuestra horrible peste. Eso el oráculo de Delfos manifiesta. Ya veis como me propongo vengar al muerto y vengar el derecho del dios.

Y el asesino, si obró solo, o si obró con cómplice, lleve una vida dura, cruel e intolerable. Maldito y desdichado para siempre.

Y si él en mi casa mora, o si yo, sabiendo lo que es, lo acajo, vengan sobre mí todos esos males que para él auguro.

Todo esto ruego que miréis vosotros para que sea cumplido. Hacedlo por el dios, hacedlo por la patria, que sucumbe desprovista de frutos, dejada en el olvido por los dioses.

Lo manda un dios, pero si no lo mandara, os tocaría a vosotros urgir vindicta. ¡Murió el varón más recto, el rey tan bueno! ¡hay que hacer las pesquisas para descubrir al asesino! Ahora yo impero en su lugar, yo tengo el poder que antes tuvo, tengo su mismo tálamo y a su consorte misma. Tuvieramos los hijos por comunes, si a él no se le hubiera negado descendencia. ¡Aun en eso la fortuna le fue adversa! Me hago por todo eso el defensor de Layo, tan al grado de lucha como si hubiera él sido mi padre. Todo medio habré de poner en juego, buscaré con afán hasta no descubrir al culpable. ¡Mató al hijo de Lábdaco, hijo que fue de Pilodoro, y este del remoto Cadmo, y en el tronco supremo, su padre fue Agenor.

Dioses, a vosotros apelo: si alguno rehusa seguir mis mandatos, ni frutos en sus campos, ni hijos en sus mujeres habréis de concederles. Los abate la peste, los mate un infotunio más potente.

Y vosotros, oh habitantes de Cadmos, que secundéis mis órdenes, seais siempre asistidos por la Justicia, amparadora y aliada, y los dioses todos os cubran perpetuamente de bienes.

CORIF.—Solemnes imprecaciones son tus palabras, oh rey. Yo también habré de hablar en el mismo elevado tono. Yo el re gicida no soy, ni sé dónde él pueda hallarse. Dilucidar el asunto toca a Febo que ha mandado que se busque al asesino. Él lo habrá de descubrir.

ED.—Justamente. ¿Pero hay mortal alguno que pueda forzar a los dioses a hacer lo que ellos no quieren?

CORIF.—Segunda insinuación formulo.

ED.—Y si una tercera hay, dí todo, sin demora.

CORIF.—Rey del oráculo es Febo, rey del oráculo Tiresias. Es lo que tengo sabido. ¿Por qué no acudir a él, para que descifre el misterio? ¿Te parece, rey?

ED.—Tampoco he descuidado ese medio. Ha tiempo que envié a traerlo por indicación de Creón, mediante dos emisarios. Me admira que aún no haya llegado.

CORIF.—Y otra cosa no hay. Sí, algunos vagos rumores, algunas viejas hablillas...

ED.—¿Cuáles son? Cuido de todo lo que se diga.

CORIF.—Que murió dicen a manos de caminantes.

ED.—También lo he oído. Pero al que vio eso, ¿quién lo ve ahora?

CORIF.—Por poco temor que tenga, si llega a saber tus amenazas, no tardará en presentarse.

ED.—A quien no espantan obras, menos teme palabras.

CORIF.—Vaya. Tenemos ya a quien pueda descubrirlo. He aquí al divino vidente, el único de los hombres que de nacimiento tiene el don de la verdad.

Llega Tiresias llevado por un niño y con dos criados de Edipo.

ED.—¡Oh Tiresias, que todo lo comprendes, lo mismo aquello que puede decirse, que lo que el labio humano no puede pronunciar; los misterios del cielo, y los de la tierra. Ciego eres pero miras en qué amarga dolencia la ciudad se halla abatida. Tú eres, príncipe, el único que salvarla y protegerla puede.

Febo responde a nuestra pregunta —lo sabrás acaso por mis enviados— que el medio seguro y único de dar fin a esta triste plaga es descubrir y dar muerte a los que a Layo asesinaron, o si no, al menos lanzarlos fuera de esta tierra.

No nos niegues tu ciencia: ya sea que del vuelo de las aves, ya sea que de otra fuente la saques. Da tu saber profético y salva, primero, a tí, después a la ciudad y a mí por fin. Salva de esta mácula del asesinato a todos. En tu poder estamos: el más bello de los trabajos es ser útil a otros en lo que uno tiene y en lo que uno puede.

TIRESIAS.—¡Ay, ay: terrible es el saber cuando el que sabe de ello no aprovecha. Bien lo sabía, pero lo había olvidado. De tenerlo presente, acá no hubiera venido!

ED.—¿Eso qué es? ¿Te pesa haber venido?

TIR.—Deja que torne a casa. Harás bien a tí mismo, me lo harás a mí. Insisto y te lo ruego.

ED.—Ni dices lo acertado, ni a la ciudad muestras amor, a ella que te dio el ser, si no nos das respuesta.

TIR.—Advierto que tú mismo tampoco hablas lo justo. No quiero errar también y me retiro.

ED.—¡No, por los dioses, no! No te vayas, sabiendo lo que sabes. Rendidos todos a tus pies lo pedimos.

TIR.—Es que todos estáis desatinados... ¡Nunca habré de revelar mis desdichas, por no decir las tuyas...!

ED.—¿Qué dices? ¡Lo sabes y no hablas! ¿No te das cuenta de que callando nos traicionas a nosotros y arruinas la ciudad?

TIR.—No quiero a mí causar dolores, y tampoco a tí mismo. ¿Por qué en vano me arguyes? ¡Nada de mí lograrás saber!

ED.—¡No! ¡Malvado el más malvado: a una roca pusieras en enojo...! ¿Con que no dices nada? ¿Terco y pertinaz te mantienes?

TIR.—¡De ira me inculpas...! ¿Y la tuya? ¡Tiene en tí mansión y a mí me censuras!

ED.—¿Quién no se enojara, cuando oyera las palabras que dices? ¡Ese modo que tienes de ofender a la ciudad!

TIR.—¡Ya llegará la adversa suerte, sea que yo hable, sea que calle!

ED.—¿Llegará? Dilo luego. Aquí y al punto.

TIR.—Ni una palabra más proferiré. Obra cual quieras. Enójate con la ira más vehemente que puedas.

ED.—Vaya, vaya... en mi enojo ya voy percibiendo que tú fuiste el autor de todos estos hechos, que tú los llevaste a obra, no por tu mano, sino por mano ajena. Ciego eres, que si ojos tuvieras, afirmarías que tú fuiste y sólo tú quien el delito perpetró...

TIR.—¿De veras? Oye ahora, ten atención a lo que digo. Todo lo que tú dices contra el culpable, cae sobre tí. No, yo no te hablo, tú hablar no puedes, ni a estos, ni a mí, sábelo bien. Esta tierra está manchada por la infamia de un culpable. Y el culpable, eres tú.

ED.—¡Tales son tus palabras ante mí, atrevido! ¿Piensas que has de librarte de mis manos?

TIR.—Me siento libertado. La verdad nutro en mí y en ella fío.

ED.—¿Verdad de quién has aprendido? ¡Ese tu arte mendaz no!

TIR.—¿De quién? ¡Tú me obligaste a que hable sin quererlo!

ED.—¿Hablar qué? Repítelo, quiero oírlo mejor.

TIR.—¿No lo entendiste antes? ¿Me fuerzas a que hable?

ED.—No sé de cierto qué dijiste. Dilo otra vez.

TIR.—Ese asesino que buscas, ese asesino, eres tú.

ED.—Ah, no dirás dos veces ese insulto. No te alegraré de ello.

TIR.—Y más diré, para que más te arda.

ED.—Dí cuanto quieras... no sabes lo que dices.

TIR.—Verdad pura digo. No lo piensas, y vives unido a los seres que más se aman. Y ni siquiera te das cuenta de la infamia en que vives.

ED.—¿Tú estas pensando que vas a seguir con tus ofensas sin recibir castigo?

TIR.—¡Claro: la verdad tiene sus fueros!

ED.—Los tiene, sí; menos para tí, ciego miserable, ciego del alma, como de los ojos. Ciego del alma, ciego del oído.

TIR.—¡Pobre de tí... sobre tí estás amontonando todos los dicterios que van a llover sobre tí! Todos habrán de vilipendiarte de cuantos estén presentes. Ni uno solo quedará sin hacerlo.

ED.—Noche perpetua nutre tus pupilas. Ni a mí, ni a nadie que de ojos disfrute podrás dañar.

TIR.—No te impone el Destino que caigas bajo el golpe de mi mano: Apolo bien lo sabe, él de mil recursos tiene el tesoro. El te dará tu pago.

ED.—Toda esa trama quién la planeó, ¿Creón o tú?

TIR.—No Creón fue: tú fuiste el autor de estas desdichas.

ED.—¡Riqueza, mando, ciencia de las ciencias...! ¿de qué sirven? La vida envidia nutre solamente. Todos atisban, todos están en acecho. Hambre de mandar tienen. Este imperio la ciudad puso en mis manos, sin yo buscarlo. Y Creón espera, anda tramando, anhela hacer que yo caiga. El que se dice amigo... Y como vanguardia envía a este vidente loco y trapacero, pura engañifa, que no busca sino el lucro de sus ojos cegados... Cegados para el uso, pero bien abiertos para el interés.

Vamos hablando claro. ¿Con qué demuestras tú que eres vidente? Estaba aquí la Esfinge, que con mil cantos enigmáticos a los ciudadanos perdía, ¿diste norma de salvación a los ciudadanos? ¡Verdad es: no para todos era resolver esos enigmas! Era necesaria ciencia. Ciencia profunda... ¿cantos de aves? ¿un dios asistente? ¡No, hombre! Y vino Edipo, vine yo... el ignorante, el inculto y eché abajo los artificios de la Esfinge. Y nada les pedí a las aves, y ahora tú piensas echarme abajo y acaso crees que algún día vas a estar muy sentado a la derecha de Creón, rey ya de Tebas.

¡No. Les va a ser difícil y les va a costar muy cara esta mi repulsa! Yo, si no fueras como eres un anciano, como parece, azotara tu rostro para que advirtieras tu falsedad.

CORIF.—Bien nos parece a todos: si aquél habló sin tino, también tú, Edipo. Y, ¿eso qué importa? Lo que importa ahora es que se cumpla lo que el oráculo manda. El dios nos urge. Hay que ver cómo lo acatamos.

TIR.—Rey eres, no lo niego. Pero somos iguales en derecho de hablar. Déjame que conteste. Tengo también poder y derecho. Yo no estoy sujeto a tí estoy sujeto a Apolo. Y no soy de los que sirven como favorecidos a Creón. Oye pues lo que diga:

Te burlas de mí por ser ciego. Tú, tú sí ves. Pero no ves en qué desgracia vives. Ni dónde vives ni con quién cohabitas. ¿Sabes de quién naciste? En la tierra, en el Hades, repugnante serás a quien te mire. Doble azote tendrás: el de una madre, el de un padre también. Fuera de esta tierra habrán de expulsarte. ¡Terrible cosa: hoy miras: un día ya no verás... serán tus ojos perpetuas tinieblas. Y, ¿a dónde irás? ¿Qué tierra podrá pisar tu planta? ¿Qué puerto habrá, qué monte Citerón a que te acojas? ¡Qué ayes de dolor ha de repetir el eco, cuando adviertas tu boda, esa boda de males que es núcleo de tormentas que tú soñaste dichas! Y mayores infortunios aún que harán iguales a ti y a tus hijos.

Eso... eso... y ahora sigue insultando a Creón, sigue vilipendiando mis predicciones. Ten por seguro que ningún hombre jamás será azotado por el Destino como lo serás tú.

ED.—¿Es posible sufrir que oigamos estas cosas? ¿No llega a lo excesivo? ¡Fuera, malvado! ¡Nunca más a esta casa retornes! ¡He dicho: Fuera!

TIR.—¡Nunca hubiera venido, si tú no me obligaras! ¿Quién me llamó?

ED.—Y yo, ¿sabía acaso que tú tales locuras ibas a proferir? Ciertamente, si lo supiera, ¿iba yo a llamarte?

TIR.—¡Loco, necio... muy bien, así me juzgas! ¡No fue el juicio que de mí hicieron tus padres!

ED.—¿Mis padres? ¿Quiénes? Detente, ¿yo de quién soy hijo?

TIR.—¡Este día te da vida y también te da muerte!

ED.—¿Enigmas siempre? ¿Voces veladas siempre? ¿Cuándo hablas claro?

TIR.—¡No que eres el más diestro para descifrar enigmas!

ED.—¡Echamelo en cara, si te place: de eso nació mi grandeza!

TIR.—¡Esa fue la ventura desdichada que te hundió en la ruina!

ED.—Esta ciudad salvé... inada me importa!

TIR.—Muy bien; vámonos, niño, veme guiando.

ED.—Vete, bien que te lleve. Estando aquí me enojas; si te vas, yo descansaré. No me has de causar penas.

TIR.—Dicho quedó y ya parto. Y agrego la razón de haber venido acá. No me amedrenta tu enojado rostro. Tú no podrás arruinar mi vida. Voy a decir de nuevo.

Tú ha tiempo indagas quién fue el asesino de Layo. El está aquí. Es un advenedizo que adquirió domicilio entre nosotros. Vamos a ver muy pronto que no es advenedizo: es nativo de Tebas. Y cuando sepa el hecho, no va a sentir alegría. El que ahora ve, será ciego; el que ahora es poderoso en riquezas, va a ir a mendigar su pan a tierras extrañas, apoyado en un pobre bastón. Se va a ver pronto que es hermano de sus propios hijos, y también su padre. Y de aquella de quien él nació, es al mismo tiempo hijo y consorte, y para su padre, -- usurpador de su esposa y matador suyo.

Ya está: no hay más. Pienso en lo que acabo de decir. ¿Dirás que miento? ¡No: sería negar mi calidad de vidente!

Se va Tiresias. Entra Edipo al palacio.

CORO. EST. 1.—¿Quién es, quién es el que señala de Delfos el Oráculo desde la roca enhiesta? ¿Quién, el que, con manos empapadas en sangre, pasó de lo tremendo que decirse no pueda a cosa más tremenda que ningún labio proferirá?

¡Vengan, lleguen ahora los caballos indómitos, hijos de la tormenta, que llega el hijo de Zeus, con arsenal de rayos y relámpagos, y en pos de él caminan presurosos las Moiras y las funestas diosas de la venganza y de la muerte!

ANT. 1.—Desde la altiva cumbre del Parnaso que nieves amontona, salió la voz vibrante y poderosa. Manda que se rebusque la huella del homicida, a quien nadie conoce. El está por ahí, bajo una arboleda sagrada, o ambula enloquecido por los hirsutos riscos, cual si fuera un toro sin manada, maldito en sus pisadas, maldito en sus bramidos. No quiere que a él lleguen oráculos sagrados que de Delfos provienen, allí donde se arraiga el ombligo mismo de la tierra. ¡Vienen, vie-

nen ya, aunque él no quisiera, van en torno de él haciendo giros!

EST. 2.—¡Espantoso es, sí espantoso el temor que me infunden los agüeros del sabio vidente. Creer en ellos no puedo, tampoco desecharlos!

No sé qué decir puedo. Vuelo entre la esperanza y los temores. Nada miro detrás, nada delante de mi vida.

¿Pues, qué relación entre los hijos de Lábdaco y el linaje de Pólibo? ¡Nada hay en el pasado, nada hay en el presente para atar pudiera vínculos entre ellos! ¡He de dar un fallo adverso contra Edipo por rumores? ¡Sentada está su fama! y, ¿cómo defender a los descendientes de Lábdaco, contra el asesinato?

ANT. 2.—Zeus y Apolo, sí, son concededores plenos de la verdad y perciben todo lo referente a los mortales, ¡pero que entre los hombres un adivino sepa más que yo!, ¿podré admitirlo? ¡No tiene la verdad un juicio único! Un saber a otro sabe supera. Un hombre vence a otro hombre en conocimientos. Mientras yo claras no mire las pruebas; mientras plenamente apodícticas no sean, no puedo dar asenso a las acusaciones que formulan los que aquí han pregonado los delitos.

Cierto es que vino la doncella con alas y él dio inapelable demostración de que salvaba a esta ciudad augusta. ¡Por eso yo en mi mente nunca a él pudiera imputarle maldades!

Entra Creón por el lado derecho.

CR.—Señores ciudadanos: he tenido noticia de que el rey Edipo contra mí ha formulado cargos calumniosos. No puedo yo sufrirlo y a eso vengo. Pues si en el infortunio del presente sospecha en mí culpa alguna, sea en mis palabras, sea en mis hechos, ¡acabe ya el límite de mi vida! ¿A qué, si se me informa, he de vivir? ¡No es una simple inculpación esta: es ruina sin igual el que me vituperen de malvado, malvado a la ciudad y malvado ante los seres que yo amo!

CORIF.—¡De ira nació quizás el vituperio: no brotó de razones de la mente!

CR.—¿No se ha afirmado que por mis instigaciones dio falsas profecías el vidente?

CORIF.—Verdad es; se dijo... pero no sé cuál fuera el sentido de eso.

CR.—¿De ojos en equilibrio, de mente en su juicio pro-

viene esta grave acusación en contra mía?

CORIF.—Eso no sé. Lo que mis amos hacen no lo veo. Él mismo viene aquí, sale de la casa.

Edipo sale del palacio.

ED.—¡Conque eres tú! ¿cómo aquí vienes? ¿Osas pisar mi suelo? ¡Tú, el asesino que a mi vida atenta, tú el ladrón que ambicionas mi solio...! Dilo, di, por los dioses: ¿Qué te figuras que hay en mí? ¿Impotencia? ¿Incapacidad de discurrir? ¿Qué hay para que así me trates? ¡No iba yo a descubrir tus artimañas... tus engaños, tu loca ambición! ¿Crees que no puedo castigarlos? Locó eres, sí, cuando intentas escalar un trono usurpado. Son poder o riqueza los únicos que triunfan.

CR.—Debes hacer lo que yo diga. Calla. Hablaste ya. Serás juez de mis dichos, pero óyelos primero.

ED.—Hábil en el hablar tú, pero yo tardo en comprender. Duro y malévolo hacia mí te descubro.

CR.—Eso, eso ahora es lo que debes oír.

ED.—Eso, eso es lo que no debes negar, que eres un malvado.

CR.—¿Crees que basta tu altivez? Si no tienes razones en que fundarla, andas descaminado.

ED.—Crees que tú puedes hostigar a un allegado, sin dar el pago de castigo, eres el que anda fuera de camino.

CR.—Te concedo razón. Dígame que es justo lo que dices. Dame a conocer ahora de qué delito me acusas.

ED.—¿Fuiste tú o no quien dijo que debía venir aquí el santo adivino?

CR.—Y en el mismo dictamen persevero.

ED.—¿Qué tiempo hace que Layo...

CR.—¿Layo qué? ¿Qué le pasa? ¡No se adónde vas!

ED.—...murió en muerte violenta?

CR.—¡Según; pueden ser muchos y largos años que ya corrieron.

ED.—¿Y en ese tiempo era ya el adivino quien ejercía el oficio?

CR.—¡Sabio y diestro amado, como ahora mismo!

ED.—¿Y en ese tiempo hizo mención de mí?

CR.—Ante mí nunca y acaso en forma alguna.

ED.—¿Es que no hicisteis averiguaciones acerca de la forma en que cayó el difunto?

CR.—Se hicieron, sí. ¿Cómo no? ¡Nada se logró saber!
ED.—¿Y cómo no declaró ese sabio lo que ahora proclama?
CR.—¡Eso no sé! Lo que ignoro, lo callo.
ED.—Algo sabes y vas a decirlo, si no has perdido el

juicio.

CR.—Di qué; si lo sé; te lo digo.

ED.—Lo que sabes es que, si no se hubiera puesto de acuerdo contigo, no me atribuyera la muerte de Layo.

CR.—¿Dice eso? ¡Allá tú lo sabes! Ahora van mis preguntas, como vinieron las tuyas.

ED.—Pregunta cuanto quieras. Nada podrás sacar tocante al asesino.

CR.—Va pues. ¿Estás casado con mi hermana, sí o no?

ED.—¿Cómo negarlo. Cierto es lo que preguntas!

CR.—¿Eres o no el rey por derechos de ella? ¿Sois iguales?

ED.—Lo que ella quiere, yo también lo quiero.

CR.—¿Y no soy yo también el tercero en el mando?

ED.—Eso, eso te denuncia como traidor amigo.

CR.—Pues eso no. Piensa conmigo un momento. ¿Quién hay que quiera reinar en zozobras, si puede dormir tranquilo con el poder en sus manos? Yo, lo digo por mí, -y lo dirá todo hombre en sus cabales- prefiero reinar a llamarme rey.

Cuanto yo necesito de tí lo tengo todo. Y nada me afana. Si rey yo fuera, tendría que preocuparme al extremo. Y aun así, ¿crees tú que yo prefiera un trono cercado de congojas a una vida libre, sin penas y sin afanes? ¡Sí, soy un mentecato, pero no llega a tanto mi necesidad! Bien quisto soy de todos, todos a mí se rinden, y el que algo lograr quiere de tí, a mí se acerca. Eso basta para que lo obtengan. ¿Me juzgas tan insensato que yo dejara esta situación para adquirir la que está cargada de angustias? Para no ser traidor basta tener la cabeza en su lugar. Ni me placen estos pensamientos, ni tengo trato con quien los abrigue.

Hay un modo de salir de dudas. Envía al santuario Pitio a quien pregunte al dios, que solicite un oráculo: él dirá si he sido un mendaz. Y si entonces hallas que el agorero y yo nos hemos puesto de acuerdo, dame la muerte. Y eso será por dos condenaciones: la que tú hagas y la que yo desde ahora estoy haciendo.

Pero infamarme por pura sospecha, darme el baldón de traidor, sin pruebas no lo tolero. Injusto es lo mismo tener

por malo al justo, que venerar como justo al malvado. Un amigo perder, si es leal, es una tragedia, tanto como si la vida misma se perdiera; si él se pierde, se pierde la vida!

Te va a enseñar el tiempo. Es el único que da a conocer quién es el hombre honrado, pero, para saber quien es un traidor, con un día basta.

CORIF.—Bien hablaba este, para quien huya del error. Dar un fallo de prisa expone a mil errores.

ED.—Si hay un traidor en las sombras camina para asestar me el golpe, y va de prisa; de prisa tengo que ir para esquivar sus tiros. Me quedo quieto, inactivo, me da su golpe y yo quedo en el inútil vacío.

CR.—¿Qué pretendes, en fin? ¿Vas a desterrarme?

ED.—¡Eso no: poco es. Voy a matarte: ¿cómo destierro?

CR.—Di siquiera por qué me aborreces.

ED.—¿Vas pensando en que eres culpable? ¿Que obedecer no quieres?

CR.—Cierto, pues te veo loco.

ED.—¡Pero en lo que me atañe!

CR.—Y ¿en lo mío por qué no?

ED.—¡Ah, no: tú traidor eres!

CR.—Y, ¿si nada entiendes?

ED.—Al rey se le obedece.

CR.—A un rey; no a un tirano.

ED.—¡Ciudad, ciudad, ahora!

CR.—También la ciudad es tan mía como tuya.

CORIF.—¡Alto, príncipes: oportuna sale la reina! Ella podrá calmar esta contienda.

Sale Vocasta y se coloca entre Edipo y Creón.

YOCASTA.—¡Ah desdichados, ¿gritar y discutir con tal ardor por una nada? ¿No os hace sentir bochorno el ver que la tierra está en agonía y levantáis así contiendas íntimas? Tú regresa al palacio. Tú, Creón, a tu casa. ¡No una bicoca cause infortunios!

CR.—¡Tu esposo, él fue, oh hermana! Ese Edipo que inventa mil agravios en mi contra. Y dos caminos fija: o desterrarme, o matarme.

ED.—De acuerdo: es que lo he descubierto en una trama para quitarme a mí la vida con traición alevosa.

1020115150

CR.—¡No, y no! Maldiganme los cielos si algo hice de lo que me imputas.

YOC.—¡Cree por los dioses, tú, Edipo! ¡Respetas el juramento y a mí que estoy presente, respétame también! ¿Y qué ante los demás? ¿No te refrenas?

CORIF. EST.—¡Oye la voz, rinde la voluntad, oh rey: te lo estoy rogando!

ED.—¿Qué debo yo rendir la voluntad? ¿En qué?

CORIF.—Considera a ese hombre: ya no es un niño y ahora por sus juramentos es más grande.

ED.—¿Te das cuenta de lo que pides?

CORIF.—Me doy.

ED.—¡Di qué quieres!

CORIF.—Tú allegado es. Lo ampara un juramento. ¿Cómo acusarlo por vagas sospechas?

ED.—Tú a tu vez, piensa. Eso que solicitas, significa mi muerte, o mi destierro de esta tierra.

CORO.—¡No, no: tomo por garante el primer dios entre todos los dioses: al Sol invicto! ¡Que muera yo deshecho, aborrecido de dioses y hombres, en la forma más dolorosa y macabra, si tal pensamiento ha entrado en mi mente!

Pero el dolor de mi patria me recuece en amargura el alma: ella se va extinguiendo en mil males, y peores son los que ahora se intentan.

ED.—¡Aléjese este... nada me importa morir en todos modos, nada ser expulsado de la ciudad con oprobio! ¡Tu palabra me ha herido: las de él, no! Doquiera que se aloje, será aborrecido.

CR.—Resuelves, te decides, pero tu odio perdura. Dominado de la ira, eres insufrible. Gente cual tú es la que atormenta más que a su propia alma.

ED.—¡Como sea, vete. Ya queremos paz!

CR.—Me alejo, ya me alejo. ¡Si me conocieras! Para estos, soy el mismo.

Sale Creón.

CORIF.—¿Señor no piensas que hay que llevar al rey adentro?

YOC.—¡Debo saber qué ha sucedido!

CORIF.—Palabras simples, vanas suposiciones, pero, cu

do es infundado, todo nos ofende!

YOC.—¿Se debe a los dos?

CORIF.—Exacto.

YOC.—Y, ¿qué asunto era ese?

CORIF.—¡Ya basta, basta! Mucho sufre la tierra para que agreguemos: deja eso en paz.

ED.—Hombre de seso dices ser y ¿te das cuenta a dónde quieres llevarme? ¿Nada te interese ya? ¿Tan duro has hecho el corazón?

CORO.—Príncipe, ya lo he dicho. Y no una vez. Si de tí me desviara un solo instante, sería el más loco, el más insensato.

De ti fue la liberación, cuando la ciudad se hallaba a punto de hundirse en el naufragio. Y ahora eres acaso el único que puede guiarla como buen timonel.

YOC.—Por los dioses, también a mí declárame, oh príncipe, la causa de tu enojo tan intenso.

ED.—Voy a decirlo: a ti sobre todos venero. Es la causa Creonte y lo que contra mí ha urdido.

YOC.—Di todo, si es prudente, dí el proceso de los hechos.

ED.—¡Declarar sólo que yo soy el matador de Layo!

YOC.—¿De sí mismo lo dice? ¿De otro recibió el dicho?

ED.—Trajo acá un adivino pervertido. Él bien se cuida de nada declarar.

YOC.—Ten buen cuidado de no preocuparte de esta inculpa-ción. ¿Adivinos? ¡Engaño! ¡No hay hombre que vaticinar pueda! Voy a darte una prueba bien precisa y bien breve.

Pues bien, le llegó a Layo cierta vez de parte, no de Febo, sino de quienes le sirven, un vaticinio. Que era destino suyo que muriera de un hijo suyo en mí engendrado.

Y a Layo es fama pública que sucumbió a manos de unos forrajidos extranjeros, en un sitio en que convergen tres caminos. Y el hijo que tuvimos, no bien había cumplido tres días, cuando Layo mandó que lo arrojaran a una montaña desierta tras haberle ensartado los pies con un garfio de hierro.

Te vas ya dando cuenta qué mal quedó el oráculo de Apolo: ni el niño fue asesino de su padre, ni Layo, cual temía horrosamente, fue matado por mano de su hijo. ¡Así de ciertos son los oráculos! Luego en nada los tengas, que cuando un dios necesita que algo se realice, él mismo lo revela sin tardanza.

ED.—¡Qué vuelo azota mi alma vagabunda, qué revuelta agitada invade mi mente, oh mujer, cuando te oigo!

YOC.—¿De qué congoja te ves forzado a recapacitar?

ED.—Acabo de oírte decir que Layo sucumbió en donde convergen tres caminos...

YOC.—Eso se supo entonces, eso se dice ahora.

ED.—¿En qué punto preciso del país se realizó el hecho?

YOC.—La tierra es Fócida, y el lugar preciso es donde el camino de Delfos se une con el de Dáulide.

ED.—¿De eso qué tiempo hace?

YOC.—Puntualmente días antes de que tú tomaras el trono de esta ciudad se difundió en ella la noticia.

ED.—¡Ay, ay, Zeus, qué has decretado hacer de mí?

YOC.—¿Qué pesadumbre invade tu alma, oh Edipo?

ED.—No preguntes aún; más bien dime qué aspecto tenía Layo, en qué edad se hallaba...

YOC.—Alto, cual nieve comenzaban a ponerse sus cabellos su figura no distaba mucho de ser cual la tuya.

ED.—¡Mfsero de mí... yo, yo, -lo estoy pensando- me mal dije a mí mismo hace momentos!

YOC.—¿Qué has dicho? Oh rey, me domina el terror si ves tu rostro.

ED.—Desmaya mi alma horriblemente con sólo pensar que el adivino sí veía y muy bien. Una pregunta más: desharás mis dudas.

YOC.—Pavor se apodera de mí, pero pregunta: diré la verdad que yo sepa.

ED.—¿Cómo iba? ¿Solo? ¿Con muchos acompañantes, cual un alto sujeto conviene?

YOC.—Por todos, cinco, un heraldo entre ellos. Una carroza conducía a Layo.

ED.—¡Ay, diáfano cual el día...! Pero, mujer, ¿quién vino a dar la noticia?

YOC.—Un criado de la casa, el único que sobrevivió de los dos ellos.

ED.—¿Y ahora vive? ¿Se halla en esta casa?

YOC.—No. Cuando regresó y vio que te habías entronizado y vio morir a Layo, vino a rogarme besando mi mano que lo dejara ir al campo a pastorear rebaños. "Así, decía, cuando más lejos de la ciudad, mejor." Dejé que se fuera. Digno era el hombre de eso y más, aun siendo esclavo.

ED.—¿Regresar puede acaso y lo más pronto?

YOC.—Claro que puede, pero, ¿por qué con tanto anhelo su presencia?

ED.—Oh, mujer, me temo que he hablado demasiado. Quiero verlo a toda costa.

YOC.—Vendrá, seguramente, pero, oh príncipe, ¿acaso no merezco saber qué te atormenta?

ED.—¿Cómo negártelo? Mi angustia es tal hoy que pierdo toda esperanza. Y, ¿qué mejor confidente podría tener que tú para confiarle mis temores y mi angustia en tal infortunio?

Pólibio de Corinto fue mi padre; mi madre, fue Mérope, de la Doria. Era el primero entre los ciudadanos yo allí, hasta una incidencia que bien valía ser atendida, pero con el ardor con que a mí me impresionó. Un hombre en un festín, cuando ya se llegaba a término, ya ebrio él, me dijo que yo era un hijo adoptado por mis padres. Me dio gran desazón esta noticia y apenas pude dominarme ese día. Al día siguiente me puse a urgir en alegatos a mi padre y madre sobre lo cierto o falso del asunto. Se airaron ellos contra el que había proferido tal aserto. Por el momento me dejaron satisfecho. Pero el pensamiento de aquel dicho me punzaba el alma a la continua y más y más se me clavaba en el corazón.

A ocultar de mi padre y de mi madre partí a Pito, y allí Febo nada me respondió tocante a mi pregunta. Pero dio una tremenda profecía, insufrible de oírse. Que subiría yo al lecho de mi propia madre, y de ese trato engendraría yo una prole abominable para todos los hombres, y que yo habría de ser el asesino de mi propio padre. No bien oí este monstruoso anuncio, me di a la huida, alejándome del rumbo de Corinto, guiado por las estrellas. Irme lejos, muy lejos, donde estos vaticinios no pudieran cumplirse: tal era mi anhelo.

Y así errando llegué hasta el sitio en que tú afirmas que fue muerto el rey. ¡A tí, mujer, toda la verdad he decirte! Cuando en mi caminata llegué al sitio donde convergen los caminos, di de manos a boca con un heraldo y luego con una carroza en que era conducido un hombre al correr de los corceles. Un hombre en todo semejante al que tú me has descrito. El heraldo al principio y en seguida el anciano me querían sacar del camino con violencia. Arrebatado de ira yo doy un golpe al que me echaba: Me ve el anciano y queda detenido hasta que yo llegué y cuando estoy a tiro, da contra mí, sobre de la cabeza,

furioso azote con su fueite de dos puntas. ¡Cuán caro le costó! Como un relámpago lo hice caer de espladas con mi bastón que le asesté certero. Quedo en medio del carro. Lo maté a punto y maté a los otros.

¿Qué hombre habrá más infeliz que el que a tus ojos tiene, si aquel extranjero era pariente de Layo? ¿Podrá haber más aborrecible que él a las deidades? Si tal, nadie, nadie, ni ciudadano, ni extraño a esta ciudad podrá acogerme en su casa ni dirigirme siquiera la palabra. Todos deben echarme de su hogar. ¡Bien veo ya que yo ha poco al maldecir al asesino me estaba maldiciendo a mí mismo! ¡Yo mismo he decretado mi propia expulsión del país! ¡Yo profano a su propia esposa, cuando la tomo en mis brazos, en estos mismos brazos que a ella le dieron muerte...! ¿Puede haber hombre más infame? ¿Puede existir un ser más colmado de impureza? ¡Huir debo, tengo que ir al destierro... y ya no podré nunca ver a mis seres amados y ya no podré nunca pisar el suelo de mi patria! ¡Ah, si yo regresara a ella me expondría a contaminar el lecho materno, matar a Pólipo que me crió, que me engendró...!

¡Ah nadie negar puede que un dios nefasto y adverso ha decretado contra este infeliz hombre este cúmulo de desgracias! ¡No, no, oh sacra majestad de los dioses, nunca vea yo ese día! ¡Morir mil veces antes, perderme a la vista de los mortales, antes de ver la mácula horrenda sobre mí!

CORIF.—¡Nos aterra, oh príncipe, todo esto! ¡No te rendas, conserva la esperanza: oye primero al criado que ha sobrevivido!

ED.—Esa es la chispa de esperanza que me resta: oír lo que el pastor diga: fuera de eso, nada.

YOC.—¿Pero, si viene, qué lograr esperas?

ED.—Voy a decirte. Si dice las cosas al igual que tú, no entro ya en el problema.

YOC.—¿Y qué palabra mía te ha preocupado?

ED.—"Forajidos", dijiste a los hombres que lo mataron. Si el pastor declara que fueron varios, ya no soy yo. Uno es muchos. Pero si afirma que el asesino viajero era uno solo... ¡probadado está el delito que me abrumba!

YOC.—Eso él propaló ante todos. Nadie desmentir puede. Y eso ha repetido siempre la ciudad entera. Todos lo oyeron no solamente yo. Pero demos por caso que diga algo diferente, nada prueba con eso. El oráculo dijo que Layo moriría a manos

de un hijo suyo. Eso afirmó Loxias. ¿Cómo va a ser su hijo el que lo mata, si su hijo había muerto mucho antes? Así que desde ahora nada me importan oráculos, y no deberé atender ni los primeros ni los últimos.

ED.—Piensas muy bien. Pero, con todos, manda a alguno que traiga acá a ese campesino. Y que no tarde.

YOC.—Mando por él de prisa. Pero entremos a casa. Basta que a tí te agrade para que yo lo quiera.

Entran ambos al palacio.

CORO. EST. 1.—¡Haga la Moira que por siempre guarde yo la pureza integral, tanto de obras como de palabras! ¡Leyes sublimes que en la altura imperan rijan y hagan que sean rectas todas! En los cielos nacieron y el Olimpo es su único padre. No les dio el ser ningún hombre; no habrá de dominarles el sueño del olvido. ¡Un dios grandioso en ellas hay: nunca envejece!

ANT. 1.—¡El orgullo excesivo alimenta al tirano! El orgullo, si llega a desbordarse de infatuada grandeza y ya no atiende a lo útil y no lo justo cuida, sube y se encumbra a la altura más elevada, pero desde allí se despeña en un profundo y apretado abismo!

¡Hagan un dios que la ciudad tenga luchas que elevan, combates que dan gloria y jamás de ellos esté falta! ¡Y ese dios mismo sea el auspicio y el guía!

EST. 2.—Pero si hay alguien que, engreído en su orgullo, en palabras o en obras vulnera a la Justicia, desdeña a las deidades en sus templos, ivenga sobre él la Moira incontrastable de su soberbia abata! El se lo ha merecido, que sólo ansía ganancias criminales, sin retroceder ante el crimen mismo y al sacrilego despojo de los dioses llega y tiende su mano a lo que es intocable.

¿Alguien habrá que pueda jactarse de que, bajo el peso de tales delitos, guardar puede su vida incólume al iracundo azote de los dioses?

Si esa conducta tolerable fuera, ¿qué fin tiene que yo celebre ahora los ritos santos con danzas sacras?

ANT. 2.—¡No ya no habría de ir al onfálico templo que centra la tierra, ni al santuario de Abe, ni al mismo Olimpo,

si todos los humanos no se rinden a marcar con su dedo la ruta de lo recto!

¡Oh Zeus, supremo gobernante del cosmos, si tal eres en hecho, como lo eres de nombre, no dejes que a tus ojos el mal se oculte, ni a tu poder inmortal se sustraiga!

¡Por tierra ruedan ahora los oráculos de Layo! ¡Ya nadie tiene a Apolo por digno de honores: todo lo que es divino!

Sale Yocasta con dos criadas que llevan flores, vasos de perfumes, y una corona de laurel y se encamina al altar de Apolo.

YOC.—Magnates de esta tierra: me vino el pensamiento de ir a los santuarios de los dioses para ofrecer con mis manos estas guirnaldas y estos perfumes. Oprimido de amargura está el ánimo de Edipo en fatal exceso. Ya no tiene tino para discurrir acerca del porvenir, teniendo en cuenta lo pasado. Quien de desdichas hable, ese es el que lo domina.

Nada pueden con él mis exhortaciones, por esto acudo a tí, oh Licio Apolo, como que eres el sostén nuestro tan cercano. Vengo en plegaria a tí, traigo estas ofrendas y estos anhelos. Que haya una purificación de toda mácula. Perdidos en un mar de zozobras y temores estamos todos al ver destrozado por el pavor al que de esta ciudad rige el gobernalle.

Llega un mensajero.

MENS.—Señores, ¿me diríais en dónde se halla el palacio de Edipo rey de esta tierra? Y, mejor ciertamente, en dónde se halla él mismo. Lo sabréis acaso.

CORIF.—Este es el palacio y él dentro se halla, oh extranjero; esta dama que miras, madre es de sus hijos.

MENS.—¡Feliz sea siempre y con felices viva, ya que es tan perfecta consorte de aquél!

YOC.—¡La felicidad para tí, extranjero: tu fineza lo exige! Pero, di, ¿a qué vienes? ¿Qué noticias reportas?

MENS.—¡Dicha para esta casa y también a tu esposo, oh señora!

YOC.—¿De dónde vienes? ¿Qué es lo que dices?

MENS.—Yo vengo de Corinto. Lo que voy a decir te será

grato. Acaso un poco triste...

YOC.—¿Qué puede ser? ¿Cómo tiene doble eficacia?

MENS.—Hacerlo rey de la tierra del Istmo han convenido los habitantes. Así se supo allí.

YOC.—¿Qué pues? ¿Ya no reina Pólipo?

MENS.—No. La muerte reina en él ya en su tumba.

YOC.—¿Qué dices! ¿muerto es Pólipo?

MENS.—Si no digo verdad, el muerto sea yo.

YOC.—¡Esclava, pronto, corre, comunica al rey estas noticias!

Sale una criada.

¡Oh designios de los dioses! ¡Cuán ocultos sois! Temeroso de matar a ese hombre a tiempo Edipo huyó de su patria, y ahora ese hombre ha muerto, rendido a su destino, no por mano de su hijo.

Llega Edipo.

ED.—¡Oh mi mujer amada, Yocasta noble ¿a qué me haces venir fuera de casa?

YOC.—Oye qué dice este hombre y observa al oírlo en lo que vienen a quedar los oráculos divinos.

ED.—¿Ese quién es? ¿Qué me dice?

YOC.—Proviene de Corinto: trae la noticia de que tu padre Pólipo ya no existe. Muerto es.

ED.—¿Qué dices, extranjero? Tú mismo decláramelo.

MENS.—Declarar debo, en principio exactamente. El sucumbió a la muerte.

ED.—¿Fue por traiciones? ¿Fue por enfermedad?

MENS.—¡A viejos cuerpos leve peso rinde!

ED.—La enfermedad, según entiendo, pudo acabar con él.

MENS.—Y la edad larga que sobre él pesaba.

ED.—¡Vaya, vaya, mujer!, ¿aún habrá quien dirija la vista al pítico santuario, o al vuelo de las aves y sus graznidos? Proclamaban que yo habría de matar a mi padre: ¡Muerto ya, reposa bajo tierra! ¡Y yo acá lejos ni siquiera he tocado el acero! ¡Ah...! ¿y si murió de pena por estar yo ausente? ¡eso también hubiera sido darle muerte! Una cosa es segura:

Pólipo ya está en el Hades y se llevó consigo como carga los pretendidos oráculos.

YOC.—¡Qué tiempo ha que te lo estoy diciendo!

ED.—Lo decías, pero yo estaba cautivado por el temor.

YOC.—Desde ahora es preciso no poner en ellos nunca el pensamiento.

ED.—¿Y el lecho maternal no ha de temerse?

YOC.—¿Qué ha temer el hombre, si está bajo el dominio de los hados? ¿Si nada con certeza puede prever? Lo mejor es vivir sin preocuparse, cada uno como pueda. Además, ¿por qué angustiarte por bodas con la madre? ¡Muchos las tienen en sueños se unen maritalmente con sus madres! Pasa mejor vida quien de estas necedades hace burla.

ED.—Bien aprobará todo lo que dices, si no estuviera viva la que me dio a luz. Pero como vive, fuerza es que todo yo lo tema, por bien que tú hables.

YOC.—¡Buen argumento...! ¿qué me dices de tu padre en el sepulcro?

ED.—Bueno, consiento; ¡pero ella vive y temo...!

MENS.—¿De qué mujer estáis hablando tan temida?

YOC.—De Mérope, anciano, la esposa de Pólipo.

MENS.—Y, ¿por qué ha de inspiraros esos temores?

ED.—Por un divino oráculo espantoso.

MENS.—¿Cabe decirse? ¿Ha de guardarse en secreto?

ED.—Oh no. Pues declaró Loxias un día que yo habría de casarme con mi propia madre y enrojecer mis manos con la sangre de mi padre. Es tal la causa de que yo viva lejos de Corinto y ha mucho tiempo. Buena ha sido mi suerte, pero ¡es tan dulce ver de nuevo los ojos de sus padres de uno!

MENS.—¿Por sólo esos temores andas desterrado de tu patria?

ED.—¡No quiero, anciano, ser asesino de mi padre!

MENS.—¿Por qué, señor, no ha acabado tu ansiedad? De buena gana vine para serte provechoso.

ED.—Cierto y tu recompensa será digna.

MENS.—¡Lo que más me movió a que viniera es la esperanza de que a tu lado yo sacara en mi tierra gran ventaja!

ED.—Es que no he de volver a casa de mis padres.

MENS.—Ay, hijo mío... bien se percibe que no te das cuenta de lo que estás diciendo.

ED.—¿Cómo, anciano? ¡Por los dioses, decláramelo!

MENS.—Si por esa razón temes tornar a tu hogar...

ED.—¡Sí! temo que resulte verídico Febo!

MENS.—¿Macularte recelas con volver a tus padres?

ED.—Eso, anciano; ese es el temor que me obsesiona.

MENS.—Debes saber, entonces, que sin razón lo temes.

ED.—¿Cómo que no? ¿No soy yo su hijo acaso?

MENS.—Nada tuyo era Pólipo en cuanto al linaje.

ED.—¿Qué dijiste? ¿No era él quien me engendró?

MENS.—¡Tanto te dio la vida como yo!

ED.—¿Cómo? ¿No eres extraño, no era él mi padre?

MENS.—Ni te engendró él, como no te engendré yo.

ED.—¿Hijo me llamó siempre; hijo, cómo no serlo?

MENS.—Mira, príncipe: tú fuiste un don que mis mismas manos le hicieron.

ED.—¿Y cómo había de amarme tanto, siendo hijo de otro?

MENS.—Es que estaba antes dolorido por no tener hijos.

ED.—¿Cómo me diste? ¿Tú me habías comprado? ¿Me encontraste acaso?

MENS.—Te encontré en un boscoso vallecito del Citerón.

ED.—¿Por qué andabas por esos parajes?

MENS.—Apacentaba mis rebaños remontados.

ED.—¿Eras pastor, entonces, y andabas trashumando por un salario?

MENS.—¡Ah hijo, y fue entonces cuando pude salvarte la vida!

ED.—¿Qué mal sufría yo cuando tú me tomaste?

MENS.—Tus pies ahora pueden rendir el testimonio.

ED.—¡Ay de mí, cierto es; deformados los tengo... y de mucho tiempo atrás, ¿cómo lo explicas?

MENS.—Yo te quité unos garifos que tus pies traspasaban.

ED.—¡Ah dolorosa ofensa de mi infancia: aún conservo las señales!

MENS.—¡De esa triste eventualidad te dieron nombre!

ED.—Di, por los dioses, ¿mi padre, mi madre quiénes fueron?

MENS.—Eso no supe. Tiene que saberlo el que te entregó a mí.

ED.—¿Luego de mano de otro me tomaste? ¿No me tomaste tú?

MENS.—No. Otro pastor te entregó a mí.

ED.—Y, ¿ese quién es? ¿No puedes dar más clara la noticia?

MENS.—Uno de los de Layo, era su nombre.

ED.—¿Del rey que señoreaba en esta tierra?

MENS.—Muy cierto. De él era un pastor.

ED.—¿Vive aún? ¿puedo verlo?

MENS.—Eso, mejor que yo, lo sabréis vosotros (al Coro).

ED.—¿Hay entre los presentes quien conozca al pastor?

¿Vive en los campos o se aloja en la ciudad? Dadle a entender que llegó la hora de aclarar todo esto.

CORIF.—Pienso que no es distinto del que ha tiempo pedías que se presentara. Pero aquí está Yocasta. Ella lo diga.

ED.—Mujer, tú sabes si es el mismo el que ha momentos quería llamar, ¿ese es el que dicen?

YOC.—¡Sea o no sea, qué? Deja en paz todo. Ningún caso hagas de cuanto aquí se ha dicho; no pienses tonteras.

ED.—Pues no: llega el momento. Con tales signos definir yo quiero lo que a mi origen toca.

YOC.—¡No, por los dioses...! Si amas tu vida, no lo intentes. ¡Basta ya de dolores!

ED.—No temas, no receles. Aunque resulte yo tres veces esclavo, de tres esclavos descendiente, nada te agravia a tí.

YOC.—No prosigas, te ruego: ¡convéncete!

ED.—No quede convencido, si no aclaro hasta no saber la verdad.

YOC.—Te doy lo que es discreto, te digo lo mejor.

ED.—Eso mejor que dices me exaspera hace tiempo.

YOC.—¡Ay, infeliz, que nunca descubrieras quién en verdad eres!

ED.—Vaya uno luego y traiga a ese pastor. Ella, quede gloriosa en su riqueza y en su linaje altivo.

YOC.—Ay, ay, infeliz una y mil veces. ¡Ya para tí no tengo otro nombre! ¡Eso para siempre y por vez última...!

Yocasta se mete al palacio violentamente.

CORIF.—¿Qué pasa, Edipo? ¿Por qué la señora, plena de amargo encono, súbitamente huye? ¡Ese silencio en que ahora se encierra puede estallar en males!

ED.—¡Estallen los que fuere! ¡Tengo que requerir sobre mi origen, por mísero que sea! Ella se cree rebajada porque

me juzga de baja estofa. ¡Como mujer, siempre lo excelso sueña! Hijo soy de la Suerte, la Suerte generosa que tanto bien me ha dado, ¿cómo avergonzarme de ella? De esa madre nací. Los años mis hermanos han hecho de mí, a un tiempo, un pequeño y un grande. De tal modo nacido, no quisiera ser otro del que soy. Saber de quién procedo no mudará mi ser.

CORO. EST.—Si vidente soy y en verdad soy listo, yo juro por el Olimpo que mañana en el plenilunio he de celebrarte, oh Citerón, como cuna de Edipo, y más: como su padre y su madre. Han de danzar allí los coros por los dones que a mi rey hiciste. ¡Oh Febo el aclamado con alaridos, haz que sean gratos a ti estos deseos!

ANT.—¿Quién, hijo, entonces, quién te dio a luz? ¿Quién de las Ninfas que no mueren, fecundada por Pan, que las montañas cruza errabundo, y ella lo hizo tu padre? ¿O alguna amada de Loxias: para él todos los campos y los prados le son muy gratos? ¿O fue el señor que en Cilene domina? ¿O fue Baco divino que las cumbres habita el que te obtuvo, traicionero y sagaz, de mano de una Ninfa de Helicón, él que en las montañas con las Ninfas se entrega a salaces juegos?

Llegan dos esclavos conduciendo al viejo pastor.

ED.—Fuerza es que lo suponga, ancianos; yo jamás he visto al pastor que ahora veo. Debe ser el que espero. Igual es en vejez a este mensajero. Los que lo traen son mis servidores. Pero tú mejor que yo puedes saberlo: lo habrás visto hace tiempo.

CORIF.—Tenlo por cierto. Lo conozco bien. Sobre otro alguno era pastor fiel a Layo.

ED.—Ahora te pregunto a tí, mensajero de Corinto, ¿de este hablabas?

MENS.—El es. Lo ven tus ojos.

ED.—Al recién venido: Ahora tú, anciano. Mírame aquí y responde lo que yo te pregunte. ¿Fuiste de los siervos de Layo?

SIERVO.—Siervo y no adquirido. En su casa nací.

ED.—¿En qué tareas te gastabas la vida?

SIER.—Lo más de mi vida se me fue en pastorear.

ED.—¿Y en qué región principalmente tenías tus apriscos?

SIER.—En el Citerón algunas veces; otras en lugares diferentes.

ED.—Y a este hombre que hoy miras, ¿lo viste alguna vez? ¿lo conociste?

SIER.—¿Haciendo qué? ¿Qué hombre dices?

ED.—Al que miras ante tí. ¿Trabajaste con él alguna vez?

SIER.—Puede ser... los recuerdos son lentos en venir.

MENS.—Oh rey, nada te asombre. Yo con prudencia voy a despertarle los recuerdos. Bien sé que tiene en la memoria cómo en aquel remoto tiempo en las laderas del Citerón andábamos juntos, él con sus dos rebaños y yo con uno. Fue tres veces que pasamos el estío en esa región, y cada vez, seis meses, desde la primavera hasta el día en que inicia su viaje el Arturo. Cuando llegaba el invierno, él se iba a los apriscos de Layo y yo me iba a mis propios rediles. ¿Es así o no, tú, como lo he dicho?

SIER.—Dices verdad... mas, ¡pasó tanto tiempo!

MENS.—Un paso más: ¿recuerdas en cierta ocasión me diste un niño, para que yo lo prohiciera como mfo?

SIER.—¿Y eso a qué? ¿A qué fin van tus historias?

MENS.—Ese es el punto. Amiguito, ese niño de entonces...

es este rey.

SIER.—¡Desgraciado, te callas o te pego!

ED.—Anciano, ¡quieto: tus palabras son las que habrían de azotarse, no él!

SIER.—¿Qué, oh el mejor de los reyes, en qué te ofendí?

ED.—Nada dices del niño por quién te preguntan...

SIER.—¡Ese habla sin tino, y además se esfuerza en va-

no!

ED.—¿No hablas de buena gana? ¡Hablarás entre lágrimas!

mas!

SIER.—¡Oh por los dioses...! ¡a un viejo hacer violencia?

cia?

ED.—Pronto. Las manos a la espalda y bien atadas.

SIER.—¡Ay desdichado de mí... ¿por qué, por qué? ¿Qué

es lo que saber quieres?

ED.—¿Le diste el niño de quien se está hablando?

SIER.—Lo dí... ¡mejor me hubiera muerto en ese día!

ED.—Pero morirás hoy, si no hablas lo que debes.

SIER.—¡Mal por doquiera; si hablo, también muero!

ED.—Ese hombre, bien se ve, quiere escabullirse.

SIER.—No y no. Ya lo digo. Yo lo dí. Lo dije ha poco.

ED.—¿De dónde lo tomaste? ¿era tuyo o ajeno?

SIER.—Mfo ciertamente no: de otro lo recibí.

ED.—¿De qué ciudadano? ¿De qué hogar?

SIER.—¡Por los dioses, oh rey, ya no preguntes más!

ED.—Perdido estás, si vuelvo a preguntarlo.

SIER.—¡Nació en casa de Layo!

ED.—¿Era un esclavo? ¿Era del rey pariente?

SIER.—¡Ay de mí... me abismo en el espanto, si pienso en que lo diga!

ED.—Y yo también, si lo oigo. Pero debe oírse.

SIER.—¡Se decía que era hijo de él... Nadie mejor pudiera declararlo seguro que tu esposa que está dentro!

ED.—¿Luego ella te lo dio?

SIER.—¡Eso, oh rey!

ED.—¿Y para qué fin?

SIER.—¡Que yo lo aniquilara!

ED.—¿Al que dio a luz? ¡Infame!

SIER.—Temerosa de oráculos divinos.

ED.—¿Cuáles?

ISER.—Se afirmaba que él tenía que dar muerte a su padre.

ED.—¿Por qué, entonces, lo diste a este anciano?

SIER.—¡Me sentí lleno de lástima por el niño, oh rey! Yo tuve la certeza de que él lo llevaría a su país de donde era. Pero él le salvó la vida. Hizo muy mal. Si eres tú en verdad el que él dice, ¡isabe que eres el más desdichado de los hombres!

ED.—¡Ay, ay... ¡Todo resultó verdadero! ¡Oh luz: es la vez última que te miro! Bien probado quedó que yo soy hijo de quien nacer no debiera. Me uní en nupcias con quien era ilícito. Y dí la muerte al que nunca matar podría.

Entra fuera de sí al palacio.

CORO. EST. 1.—¡Ay raza de mortales: nada en vosotros veo sino una nada que vive en un instante!

¿Hay algún hombre, hay algún hombre que logre un grado acaso de la felicidad? ¡Todo es una apariencia: brilla, se alza, reluce y se abisma en las sombras para siempre!

¡Eres un paradigma de la vida humana, Edipo sin ventura: cuando veo el fin de tu fortuna, ¿cómo llamar podría feliz a alguno de los mortales?

ANT.1.—¡El, que voló tan alto; él, que dominó fortunas y riquezas; él que feliz se creyó...! ¡Si, Zeus, él había acabado con la doncella mágica de curvas garras, él logró mantener nuestra ciudad como una fortaleza que desafía a la muerte!

¡Edipo, yo te proclamo, yo te alabo y bendigo, tú nuestro rey has sido, y en esta Tebas augusta tienes la mayor fama!

EST.2.—¡Y ahora, ¿quién más mísero, quién con mayor abrumadora carga de infortunios? ¡En un punto de la cumbre de la dicha, precipitado al abismo de la infamia y el dolor!

¡Edipo amado y grande...! ¡Posible fue: en el mismo tálamo entró el padre y el hijo por puerta de desdichas! ¡Un puerto fue para ambos el mismo regazo! ¡Y el seno de una madre por largo tiempo pudo tenerte a tí en amor, habiendo de él salido!

ANT.2.—El tiempo todo mira y todo lo descubre. El solo abominar pudo una boda que no era boda, sino sacrilegio. En un mismo nudo estuvieron el padre y el hijo. El que recibió vida, en la misma mujer que se la había dado sembró también la vida.

¡Ay, ay, raza de Layo... nunca te conociera, nunca en tus ojos hubiera yo puesto los míos! ¡Lamentos y ayes, gemidos y llanto... inada más, sino eso me queda!

Decir lo justo debo: tú enalteciste mi cabeza, y tú también la abates hasta el polvo. Tu mis ojos ahora para la dicha de cierras.

Sale del palacio un siervo.

SIER.—Nobles, magnates sin igual de esta tierra... ¡Vais a ver lo que nunca, vais a oír lo que jamás pensasteis ver y oír! ¡Duelo y llanto sin freno tendréis que levantar, si seguís fieles a la raza de Lábdaco!

Pueden el Istro y el Fasis unidos en uno verter aquí sus aguas: no lograrán con ellas lavar y extirpar la mácula que este palacio satura. Vais a verla lucir siniestramente y muy en breve. ¡Máculas bien sabidas, máculas voluntarias...! ¿qué hay que más torture que el mal que cada uno con su resuelta voluntad se busca?

CORIF.—Dignos de llanto sin término eran ya los infortunios que hemos conocido, ¿qué males nuevos anunciarnos puedes?

SIER.—Decir una palabra será decirlo todo: todo lo sabes: ha muerto la noble Yocasta.

CORIF.—¡Ay, infeliz de ella...! ¿quién pudo darle muerte?

SIER.—Ella se la dio misma. De lo más cruel no soy testigo. Pero lo sé por quien lo vio. Tú también saber debes esta amarga desdicha.

Cuando encendida de ira, con frenético paso, entró a las estancias interiores, corrió furiosa al aposento en que el tálamo yace. Mesaba sus cabellos con locura. Entró, cerró, comenzó a dar alaridos. Llamaba a Layo que ha tanto tiempo murió. Hacía memoria del pasado, del hijo que engendraron en nefanda dfa. Ese que al padre habría de dar la muerte; ese que a ella había de hacer que diera como fruto unos hijos que hijos ser no pueden. Y llorando en furor, gritaba al tálamo en donde tuvo un hijo de su esposo e hijos de su hijo.

Tal es la historia. Su fin no lo conozco. Gritó por otro lado Edipo, y ya no pudimos, por ir a él, mirar cómo acababa aquel lamento de desesperada amargura.

Edipo vagabundo por todo el palacio gritaba a voz en cuello que le diéramos una espada, que trajéramos arrastrando a su presencia a esa mujer: mujer, que ya su mujer no era, sino el campo feraz donde él tuvo la vida y por su propia obra la tuvieron sus hijos. Tal era su frenética locura rabiosa que un dios, hay que pensarlo, empujaba su ímpetus, regía sus pasos.

De repente alzó más la fuerza de su grito y, como si alguno lo empujara, se abalanzó contra la puerta de la cámara nupcial. Rompió el cerrojo, quebrantó las tablas, rajó la aldaba y se precipitó dentro del cuarto...

Allí estaba la reina suspendida y ondulando en la cuerda atada por el nudo que ella misma formó. Ahorcada, ahorcada por sus manos mismas.

La mira el rey, lanza dolientes gritos, suelta la cuerda, y el cuerpo cae por tierra dando un tumbo ruidoso. ¡Ay dolor, ay dolor, lo que miramos! Dos broches de oro tenía ella en su ropaje. Los arrebató Edipo y con veloz empuje se los clava en sus mismos ojos, mientras exclamaba:

"¡Ojos, no veréis más ni el mal que sufro, ni el crimen que cometo! ¡Dormid la muerte de la noche eterna y las tinieblas podrán defenderos de ver lo que no quise ver jamás, y tampoco aquello que tan anheloso ver ansiaba!"

Mil veces repitió tales lamentos, y, entre tanto, se abrían ensangrentados sus párpados y su sangre escurría entre la barba y las mejillas, y él alzaba las manos en convulsión tremenda. Bien en breve la sangre, de roja se tornó en negra que como capa de ignominia se apelmazó a su rostro.

¡Así en un punto a dos azota la desgracia: común era su crimen, común fue su infortunio: el varón y la mujer en el mismo abismo rodaron juntamente! ¡Ayer la dicha, para los dos unidos, dicha que parecía ser verdadera en sumo grado: hoy la desventura, el gemido, la muerte, la ignominia, la desdicha sin nombre y sin medida... todo infortunio se reunió en ellos sin que uno solo falte!

CORIF.—¿Tiene ahora el infortunado alguna liberación de sus males?

SIER.—Con grandes voces clama que las puertas sean abiertas y que entre alguno y traiga ante todos los descendientes de Cadmo al patricida y al de su madre... ¡Ah, yo decir no puedo los horrendos dicitos que él profiere! Habla como quien se dispone a ir al destierro, y que ya vivir no puede bajo este techo que él mismo colmó de maldiciones. Inválido quedo, necesita un apoyo y un guía. ¡El negro mal que cayó sobre él nadie podría soportarlo!

Vas a verlo al momento. Ya las puertas se abren, ya los cerrojos suenan. El espectáculo que ofrece a los ojos es tal que, aun el peor enemigo tendría que verter lágrimas.

Sale Edipo apoyado en un paje, con toda la cara llena de sangre y va trastavillando hasta llegar a la escena.

CORO. CORIF.—¡Tremenda vista que se ofrece a los hombres... la más terrible que pude ver en mi vida...! ¡Infortunado!, ¡qué locura se apoderó de tí? ¡Qué maléfico numen se echó en furioso ímpetu salvaje en tu contra, ya cuando estás caído bajo el azote implacable de la Moira?

¡Ay, ay, infortunado, si ni siquiera verte puedo cara a cara, cuando estoy tan ansioso de decirte tanto y de preguntarte tantas cosas, de examinarte detenidamente: tal es el

bolor pavoroso que en mí produces!

ED.—¡Ay, ay, ay... infeliz soy! ¿A qué rumbo de la tierra habré de huir en mi desdicha? ¿A dónde dirigir mi voz, que no quede perdida en la sombra del silencio? ¡Ah numen maligno a qué punto llegaste!

CORIF.—¡Tremendo para verlo, tremendo para oírlo!

ED. ESTR.1.—¡Oh tinieblas, oh de engañosos giros negra nube, sobre mí te agravas, no puedes resistirme, y todo me trituras y haces polvo!

¡Ay de mí, ay de mí: otra vez qué punzante aguijón de tortura has penetrado en mí agudo, recuerdo de mis males!

CORIF.—¡Quién asombrarse puede que, perdido en ese oleaje de infortunios hoy, de doble desdicha te sientas herido: la que padeces y la que recuerdas!

ED. ANT.1.—¡Ay, amigo tú, el único me restas, y aún a mi lado perseveras! ¡Aún llegas a ser tolerante con un pobre ciego!

¡Ay, ay, aunque verte no puedo, tu voz muy bien conozco: no es posible dejarte en el olvido!

CORIF.—¡Horrible es lo que hiciste! ¿Cómo osaste destruir tus pupilas? ¿Qué maléfico numen avasallarte pudo?

ED. ESTR.2.—¡Apolo fue, Apolo, amigos, quien funestos, sí, funestos infortunios hizo míos, muy míos! ¡Pero mi propia mano, esta mi mano, los descargó sobre mí mismo, desdichado! ¿Por qué había yo de ver, si para el que ve, nada dulce había que ver pudiera?

CORIF.—¡Tal cual lo dices es!

ED.—¿Qué ver había para mí que fuera amable? ¿Qué había que oír que placer me diera, amigos míos?

¡Sacadme ya de aquí... pronto, muy pronto! Al monstruoso enemigo abominable, a los dioses el más aborrecible, a los hombres el más funesto, echad fuera de aquí!

CORIF.—¡Maldito al igual por tu infortunio que por haberlo conocido: cómo anhelara yo que no lo hubieras sabido jamás!

ED. ANT.2.—¡Hubiera perecido aquel que un día me levantó del prado y desprendió los garfios que sujetaban mis pies, y en esta forma me arrancó a la muerte y me dejó vivir! ¡Favor funesto que hacer no debiera!

¡Hubiera entonces muerto yo, y no fuera lo que soy hoy: tortura de mí mismo y de los míos.

CORIF.—¡Ese al igual fuera mi anhelo!

ED.—¡No a mi padre jamás matado hubiera, ni fuera para los hombres el desposado con quien le dio el ser!

¿Qué soy ahora, ¡Un hombre sin los dioses, hijo de los impíos, el que engendró otros hijos, nacidos del mismo seno del que él había nacido!

¡Y si algún mal existe, más antiguo y horrible que estos males, ese tiene que ser herencia de Edipo!

CORIF.—No sé cómo juzgar tu acción rectamente. Mejor fuera que hubieras muerto y no que vivas ciego.

ED.—No me digas que estuvo mal hecho lo que hice y ya no trates de hacerme reflexiones. ¿Para qué eran mis ojos, si al bajar al Hades, encontraba a mi padre y a la desdichada madre mía, podría ver acaso, con esos ojos, su propio semblante? ¿Y con crímenes que exceden a aquellos que se pagan con la horca? ¿Eran acaso esos ojos para ver a los hijos que nacieron en esta forma execrable? ¡No, estos mis ojos ya no podrán ver nada de eso! ¡Yo mismo he hecho imposible esta vista, yo, que fui el más excelente hombre de Tebas, cuando puse la ley de que todos echaran de sus hogares al malvado, al que los dioses declaraban infame, al que era hijo de Layo! ¿Podría ver a los ciudadanos con ojos inmutables, yo que con mis crímenes arrojé la peor mancha sobre ellos? ¡Nunca jamás! ¡Ojalá que de igual modo hubiera yo podido tapiar mis oídos, fuente por donde fluyen los sonidos al alma! ¡De esta manera ni oyera voces, ni contemplara la luz...! ¡Dulce es para la mente vivir sin el contacto de los infortunios de afuera!

¡Oh, Citerón!, ¿por qué me acogiste? ¿por qué, si me recibiste, no me mataste al momento, para que nunca jamás revelara a los hombres de dónde había yo procedido!

¡Oh, Pólipo, oh Corinto y aquella antigua casa que llamé paterna, aunque sólo fuera de nombre... nutristeis en mi una hermosura, bajo la cual iba medrando un maligno tumor de males: se abrió el tumor y he venido a ser descubierto el más infame de los infames!

¡Oh tres caminos, oh secreto valle y el encinar que cierran los tres caminos que convergen! ¡Vosotros visteis caer la sangre que era la de mi padre y la que bebisteis ávidos! ¿Y olvidasteis lo que ante vosotros hice? ¿Y sabéis lo que hice cuando acá llegar pude?

¡Ah, bodas, bodas... de vosotras floreció mi vida y luego

en nuevas bodas por mí la disteis a otros! Y el mundo mirar pudo en nefanda mezcla padres, hermanos, hijos todos un mismo ser a un tiempo, y vírgenes, esposas, madres unidad en una sola... lo más infame que los hombres vieron! ¡Pero no ha de decir el hombre lo que no le es lícito hacer!

Una vez más lo imploro: haced lo que os pido, con la mayor prisa llevadme a un sitio oculto, dadme la muerte, arrojadme a los mares, o a un sitio tan lejano, donde los hombres no puedan volver a verme. ¡Por los dioses, lo imploro, y haced la gracia de tomar a un infeliz...! Nada temáis: no hay nadie que pueda acumular el peso de tantos males. El único soy yo.

CORIF.—Llega oportuno para oír tus ruegos Creón. El te dará el consejo y la ayuda que requieres. El queda como único guardián de esta tierra, cuando tú has faltado.

Llega Creón con personas de la ciudad.

ED.—¡Ah, mísero de mí!, ¿qué decir puedo a este? ¿Podrá confiar en mí, cuando tan duramente me mostré cruel con él?

CR.—¡No he venido, oh Edipo, para hacer mofa de tu infortunio, ni menos para reclamarte por tus dictérios de hace poco. (A los que vienen con él): Ahora vosotros: si no acatáis a los hombres, respetad siquiera la sagrada luz del Sol que todo llena de vida. Cubrid, ocultad ya esa mácula que ni la tierra, ni la santa lluvia, ni la luz de los cielos puede sufrir. Cuán pronto podáis, metedlo al palacio. Sólo los de una familia pueden ver y oír sin baldón los males de los miembros de ella.

ED.—Por los dioses te ruego que me oigas: contra toda esperanza has hecho morir mis congojas, oh tú el mejor de los hombres, ante el más infeliz y detestable de todos los mortales. Atiende a lo que diga: no es para mí, sino para tí el bien.

CR.—¿Qué es lo que anhelas con tanta insistencia?

ED.—¡Lo más pronto que puedas échame de este país... vete ya yo a dar a tierras donde ningún mortal hablarme pueda!

CR.—Lo haría yo, si antes no fuera necesario consultar a un dios qué debo hacer. Tenlo por cierto.

ED.—¿De un dios? ¡Pero él ya publicó su dictamen: morirá el patricida, morirá el impío! ¡Yo, que perdido estoy!

CR.—Tal fue su fallo, cierto. Pero en la tremenda situación en que estamos, deber es preguntar cuál ha de ser la norma de conducta.

ED.—¿Y así por un desdichado harás aún consultas a los dioses?

CR.—Sí, porque tú también conocerás con certeza qué disponen los dioses.

ED.—Quedo convencido. Pero voy a rogarte ahora que tengas en cuenta mis últimos deseos.

Allá en el interior de este palacio, está ella tendida, yerta por la muerte: haz las exequias que a tu afecto te sugiera. Dale un sepulcro. Es tuya. Cumple con tus deberes.

Y, por mí, por mí, ¿qué? Que nunca, mientras viva, mi patria tenga la ignominia de que yo habite dentro sus murallas. Pero deja que viva en las montañas. En ese Citerón, que fue la cuna y hoy ha de ser la tumba de Edipo. ¿No en vida lo asignó mi padre, consintiendo en ello mi madre? ¡Qué allí me maten muertos, ya que viviendo yo, matarme intentaron!

¡Qué bien lo sé: habrá dolencia, no habrá infortunio alguno que acabe con mi vida... ¿no hubiera muerto entonces, cuando infante, si el destino no me tuviera señalado para ser el más desdichado de los hombres en su mayor infamia? ¡Obre la Moira en mí como le plazca!

Ahora mis hijos: Creón, no te afanes por ellos. Varones son formados: ellos miren qué necesitan, de dónde sacan vida. Pero mis hijas... ¡Ay mis dos infortunadas hijas!... Jamás el pan comieron sin que yo en la mesa junto a ellas estuviera, que tenían a gloria y dicha comer del mismo plato la parte que les dejaba yo... ¡Cúdalas, ámalas, defiéndelas! Último favor pido: deja que yo las toque con mis manos, deja que por vez final las acaricie y que lllore sobre ellas por nuestros infortunios. ¿No eres un noble príncipe, nacido de un linaje sin mancilla? ¡Deja que vengan ellas y mis manos las toquen como antes... Me haré la ilusión de que las veo...!

Se oye en el interior llanto de niñas.

¿Qué es, qué es? ¡Ah, por los dioses: oigo llorar... ¿son mis dos hijas? ¿No me oyó Creón? ¿No me tiene lástima y me envía lo más amado? ¡Mis dos hijas! ¿Es verdad lo que digo?

CR.—Dices bien. Yo soy quien te las trae. Un ligero consuelo para tí que las amabas tanto.

Llega Creón trayendo a las dos niñas.

ED.—¡Tuya la dicha sea y que los númenes malignos contra tí no se ensañen y te hagan siempre prosperar!

¡Hijas, hijitas mías, ¿en dónde estáis? Acercaos a estas manos hermanas de las vuestras. Debéis el don a ellas de gozar de esos ojos. Estos ojos hoy muertos, os dieron los ojos, sacados de la misma fuente de donde yo había salido. Ciego estaba ya entonces, y no supe lo que hacía.

Llorar es mi consuelo, cuando ya no puedo veros; llorar por el destino cruel que os han de dar los humanos. Vida amarga ha de ser la que os espera. ¡Ir a reuniones de la ciudad, tomar parte en una fiesta universal, intentar asistir a un espectáculo... ¡no, ya no! De todo eso seréis excluidas.

Y ha de llegar el día en que esperéis la mano que os conduzca al tálamo nupcial. No habrá ninguna. ¿Qué hombre habrá que se atreva. Ay, hijas mías, quién ha de querer soportar la pesadumbre de destruir su vida, como quedó desecha la de vuestros padres? ¿Falta algún crimen? ¡No, están aquí todos juntos! Vuestro padre asesinó a su propio padre; se unió en matrimonio con la misma a quien debía la vida y de esa infausta unión, el fruto sois vosotras! ¡Vosotras que nacisteis de la misma fuente de donde él había brotado!

¿Así ha de haber quien vuestra boda anhele? ¡Nadie, hijas, nadie! Solas para siempre, en perenne y estéril retraimiento iréis llevando a costas el fardo insoportable de vuestras vidas!

Ah, Creón, hijo de Meneceo: tú quedas como el único padre. Ella y yo muertos estamos ya. ¿Dejarás que tus sobrinas vayan por ese mundo mendigando? ¿dejarás que sucumban, sin dejar un retoño de su sangre, que es la tuya?... ¡No mides su desgracia al tenor de la mía inigualable! Ten compasión de ellas: niñas y abandonadas, sin otra mano que las pueda apoyar, si no es la tuya.

¿Me lo prometes, Creón? Tiende a mí tu diestra...

Creón da la derecha a su cuñado.

Y, ahora a vosotras, hijas. ¡Si discreción ya por la edad tuvierais, qué cosas os diría! Y nada más: impetrad de los dioses vivir en norma austera y moderada y tener un destino menos infausto que el de este padre que os dio mísera vida.

CR.—Bastó al dolor y al llanto: entra a la casa ahora.

ED.—He de obedecer, aunque no es nada grato.

CR.—Todo a su tiempo bueno es.

ED.—¡Pido antes de marcharme...!

CR.—Habla, dílo, sabrélo.

ED.—Destiérrame de esta ciudad.

CR.—Me estás pidiendo lo que a un dios le toca.

ED.—Para los dioses soy odioso ha tiempo.

CR.—¡Ya! Obtendrás lo que has pedido.

ED.—¿Luego das tu palabra?

CR.—Lo que yo pienso no lo digo en vano.

ED.—Sácame ahora de esta casa.

CORO.—¡Vamos: deja las niñas!

ED.—¡No, no... a ellas no me las quites!

CR.—¡No quisiera ya hacer en todo tu voluntad: cuando tuviste poder tu vida fue una serie de fracasos!

Salen las niñas hacia el gineceo. Edipo entra al palacio y el Coro inicia su final canto.

CORO.—Habitantes de mi patria Tebas; mirad a Edipo hoy. Fue el más perito en resolver enigmas, pudo llegar a ser el más alto de los hombres. El que lo miraba sentía envidia por su dicha y su altura.

Y ved a qué abismos lo precipitó el ruedo del Destino.

A quien no ha visto aún la luz del final día, jamás le llaméis dichoso. Dejad que vaya al seno de la muerte, sin haber gustado la amargura del dolor de la vida.

ARISTÓFANES.

Gran poeta cómico de Atenas, de Rodas o de Egina, Aristófanes nació a mediados del siglo —v— y floreció principalmente durante la guerra del Peloponeso. Transformó la comedia en un arma con que flageló los vicios y las costumbres de su tiempo y dio al traste con la antigua comedia. Compuso cincuenta y cuatro obras de las que nos quedan once con muchos fragmentos de otras; entre las principales destacan: Los caballeros, La paz, Lisístrata, Las avispas, Las aves, La asamblea de las mujeres, Las ranas, Las nubes, Los acarnienses, Pluto, etc.

Creón da la derecha a su cuñado.

Y, ahora a vosotras, hijas. ¡Si discreción ya por la edad tuvierais, qué cosas os diría! Y nada más: impetrad de los dioses vivir en norma austera y moderada y tener un destino menos infausto que el de este padre que os dio mísera vida.

CR.—Bastó al dolor y al llanto: entra a la casa ahora.

ED.—He de obedecer, aunque no es nada grato.

CR.—Todo a su tiempo bueno es.

ED.—¡Pido antes de marcharme...!

CR.—Habla, dilo, sabrélo.

ED.—Destiérrame de esta ciudad.

CR.—Me estás pidiendo lo que a un dios le toca.

ED.—Para los dioses soy odioso ha tiempo.

CR.—¡Ya! Obtendrás lo que has pedido.

ED.—¿Luego das tu palabra?

CR.—Lo que yo pienso no lo digo en vano.

ED.—Sácame ahora de esta casa.

CORO.—¡Vamos: deja las niñas!

ED.—¡No, no... a ellas no me las quites!

CR.—¡No quisiera ya hacer en todo tu voluntad: cuando tuviste poder tu vida fue una serie de fracasos!

Salen las niñas hacia el gineceo. Edipo entra al palacio y el Coro inicia su final canto.

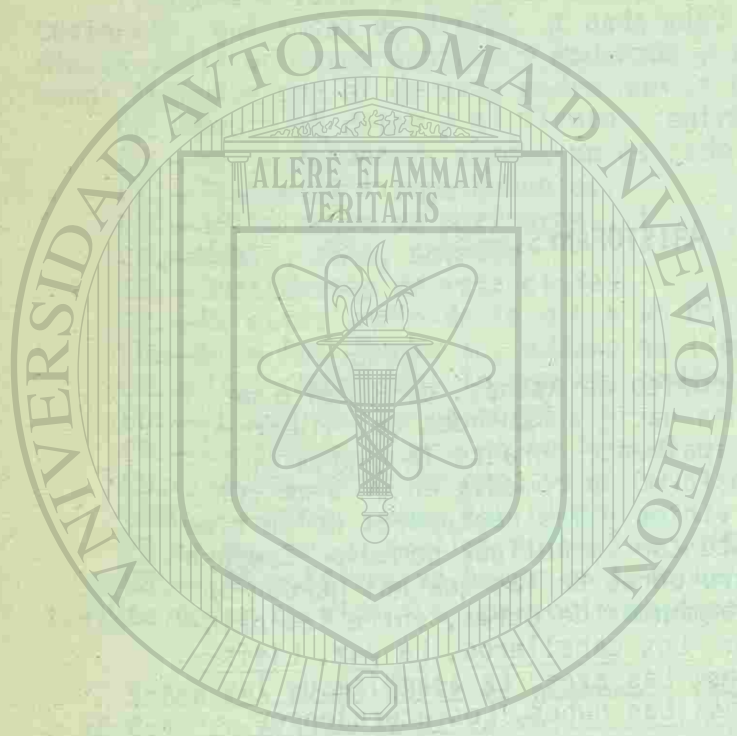
CORO.—Habitantes de mi patria Tebas; mirad a Edipo hoy. Fue el más perito en resolver enigmas, pudo llegar a ser el más alto de los hombres. El que lo miraba sentía envidia por su dicha y su altura.

Y ved a qué abismos lo precipitó el ruedo del Destino.

A quien no ha visto aún la luz del final día, jamás le llaméis dichoso. Dejad que vaya al seno de la muerte, sin haber gustado la amargura del dolor de la vida.

ARISTÓFANES.

Gran poeta cómico de Atenas, de Rodas o de Egina, Aristófanes nació a mediados del siglo —v— y floreció principalmente durante la guerra del Peloponeso. Transformó la comedia en un arma con que flageló los vicios y las costumbres de su tiempo y dio al traste con la antigua comedia. Compuso cincuenta y cuatro obras de las que nos quedan once con muchos fragmentos de otras; entre las principales destacan: Los caballeros, La paz, Lisístrata, Las avispas, Las aves, La asamblea de las mujeres, Las ranas, Las nubes, Los acarnienses, Pluto, etc.



JUANIL

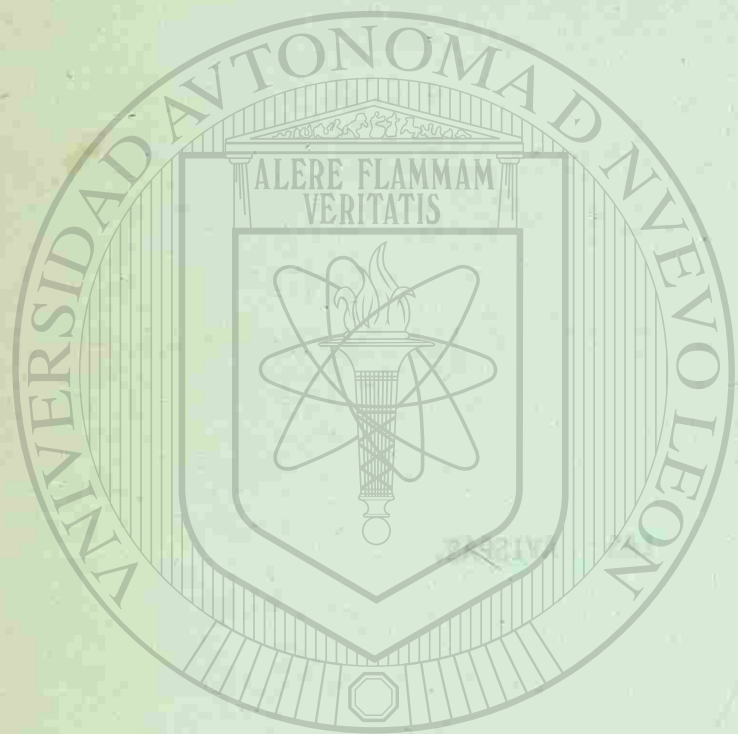
LAS AVISPAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Aristófanes.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENARIO.

Casa de Filocleonte en Atenas. Sobre la terraza está durmiendo su hijo Bdelicleonte. Frente a la casa dos esclavos sentados a un lado y otro, que hacen esfuerzo para dominar el sueño. Uno de ellos se queda dormido al abrirse el acto. El otro se esfuerza en despertarlo.

PERSONAS

Dos esclavos de Filocleonte, Sosias y Xantias.
Bdelicleonte, jefe de la casa.
Filocleonte, su padre.
Coro de Avispas (formado de viejos).
Hijo del Corifeo.
Un perro.
Un convidado.
Una mujer.
Un hombre.

-Sosias.— ¡Qué pasa, amigo!... ¡Xantias infeliz! (Lo sacude).

-Xantias.— Es que estoy aprendiendo a hacer guardia dormido.

Sosias.— ¡Muy poco estimas entonces tus costillas! ¿No te das cuenta de qué clase de fiera estamos vigilando?

-Xantias.— ¡Lo sé muy bien, pero quiero por unos momentos olvidar mis penas! (Se vuelve a dormir).

-Sosias.— ¡Con tu pan te lo comas! ¡Vamos, a mí también me va entrando un dulce sopor en las pupilas!

Xantias.— ¡Estás loco también... te vuelves un sacerdote de Cibeles!

Sosias.— No, pues, pero es un sueño que Sabazio me envía

-Xantias.— ¡Ajá! ¿con que también, como yo, rindes culto a Sabazio? Yo hace unos momentos sentí que me invadía un sueño tan dominante como si fuera un soldado medo... y ¡qué lindo sueño tuve!

Sosias.— ¡Igual yo, como nunca, de veras! Cuenta tú primero.

Xantias.— Me parecía que un águila, pero descomunal en tamaño, se lanzaba sobre el ágora y con sus garras aferraba un escudo de bronce y se alzaba después a las alturas y subía muy alto... y ése es el mismo escudo que vi echar a un lado por Cleónimo en el campo de batalla.

-Sosias.— Eso sí que es enigma de sobremesa... Adiviné qué significa —dirá un convidado— un mismo animal arroja el escudo en el cielo, en la tierra y en el mar. No hay dife-

rencia entre el enigma y Cleónimo.

Xantias.— ¡Ay de mí!... ¿qué infortunio me va a venir a mí que tal cosa he soñado?

Sosias.— ¡Nada te turbe. Nada funesto pasa, si no es por fallo de los dioses!

Xantias.— Algo tremendo era. Un hombre que en el combate arrojaba lejos su escudo. Pero, cuenta tú el tuyo.

Sosias.— ¡Ese sí que es grande cosa! Se refiere a la nave entera de la ciudad.

Xantias.— Dímelo poco a poco y con todos sus pormenores.

Sosias.— Me parecía primero que en el Pnix estaban celebrando su asamblea unos carneros, con sus báculos y todo, y con sus capas cortas. Y vi luego, según pienso, que les estaba haciendo su discurso una enorme ballena tragadora de todo y que tenía una voz de trueno que a todos espantaba.

Xantias.— ¡Fuchi, fuchi!

Sosias.— ¿Qué te pasa?

Xantias.— ¡Basta, basta ya no hables! Tu sueño huele a cuero podrido.

Sosias.— Y esa malvada ballena llevaba consigo una balanza en que estaba pesando la grasa del buey.

Xantias.— ¡Ay, infeliz de mí, es que quiere dividir nuestra Grecia!

Sosias.— Y me parecería que Teoro — con cabeza de cuervo, estaba junto a ella sentado en el suelo, y entonces — Alcibiades me dijo tartajeando: "Mila, Teolo tiene cabeza de cuervo".

Xantias.— ¡Muy de verdad Alcibiades ha tartajeado así!

Sosias.—Es cosa rara: Teoro convertido en cuervo...

Xantias.—¡Muy en su punto: es lo mejor!

Sosias.—¿Cómo?

Xantias.—¿Cómo? Un hombre que de repente se muda en cuervo, claro que está destinado a que se lo coman los cuervos.

Sosias.—Lo haces muy bien interpretando sueños. ¿Te tendré que pagar tus dos óbolos por ello?

Xantias.—Espera, deja que yo les dé razón a los que nos están mirando. Dos palabras. No más. Favor de no esperar de nosotros cosa mayor. Ni siquiera algunos chistecitos robados a Megara. Ni siquiera tenemos una canasta de nueces para echarlas a los espectadores, en demanda de aplausos. Ni a un Heraclés enojado porque le falló la cena. Ni acaso vamos a censurar a Eurípides. Menos a Cleonte, para darle una nueva sobada. Y eso que anda muy arriba.

Tenemos, en cambio, un tema que tiene su meollo. Muy al alcance del público y con más sal que una comedieta boba. Tenemos un amo que duerme allá muy en lo alto, y nos ha dado encomienda de cuidar a su padre que tiene encerrado, para que no vaya a salir. Este señor está enfermo de una rara dolencia. Nadie daría en el clavo, ni aun si la decimos. Ni siquiera se la imaginan.

¿A ver? ¿La adivinan? ¡Va que no! Por allí dice Aminias el hijo de Pronapo, que es estar muy dado al juego. No, señores por Zeus, que no. Anda equivocado. Cada león piensa que todo son de su condición. Allá está que le está diciendo a Dercilio que es la afición a la bebida. Tampoco: ésa es enfermedad de ricos. Y dice Nocostrato que esa dolencia podrá ser su amor a los sacrificios, o a los extranjeros. ¡Por un perro que, Nocostrato, a él no le gustan los fuereños! Con oír que Filoxeno ama a los extranjeros, le dan náuseas.

No darán en qué consiste el mal. Por mucho que cavilemos. Yo se lo voy a decir. Silencio, pues. Mi amo está loco por

ser juez. Le gusta infinito el tribunal de Helio. Si no se sienta en el primer escaño se pone furioso. Y ni duerme siquiera. Por la noche está soñando en que va a dar el fallo y apenas pestañea, cuando ve el reloj de agua que está midiendo el tiempo. Y como está acostumbrado a votar, amanece con los tres dedos agarrotados, como apretando la piedrecita con que se da el voto. Parece que está ofreciendo el incienso de la luna nueva.

A veces le pasa que ve en una puerta escrito, por ejemplo: Lindo Pirilampo, o precioso Demo. Y al momento escribe abajo: Viva la urna para votar. Una vez cantó el gallo antes de cerrar la noche y luego dijo: Está sobornado por mis enemigos para que me despertara tarde. Cena y grita para que le den sus zapatos. Se va de carrera al tribunal y allí se planta hasta que amanece, tendido en las gradas de la entrada y apenas se recuesta en algunas de las columnas.

Es de mal genio y siempre está echando la línea larga de condenación. Parece abeja o parece moscardón. Siempre que regresa trae las manos llenas de cera. Y como hay que dar el voto con piedrecillas, por si le faltan, tiene un gran repuesto de matatenas.

Y ésa es su locura, que cuanto más le impiden, más enjuagar se aferra.

Esta es la razón de que lo tengamos bajo la guarda de los cerrojos. No quiere su hijo que salga y está con gran empeño de curarlo de su dolencia. Primero trató de persuadirlo con muy buenos modos, de que no se pusiera la capita de los jueces, y no saliera de casa. Nada logró. Luego lo bañó y lo purgó y ni así.

Un día lo puso a bailar las danzas de los coribantes, pero él echó a correr con todo y su pandero y se metió al tribunal a juzgar. Como vio que todos los medios se le frustraban, se lo llevó a Egina y lo hizo dormir una noche en el templo de Asclepio. Pero el viejo apareció al despuntar el día en la ventanilla para ir a juicio.

Desde entonces no lo dejamos salir, pero se nos escapaba por los caños de agua y por los desagüeros. Los tuvimos que tapar con trapos y tablas. Nada sirvió, porque él ponía clavijas de palo en el muro y deteniéndose como podía se dejaba ir abajo.

— ¡Ni remedio! Tendimos una red alrededor de la casa y aquí estamos vigilando.

Este viejo se llama Filocleonte, ¡por Zeus que sí! Y su hijo que está allí es Bdelicleonte. Y es tremendo, que intenta corregir a su padre.

Bdelicleonte. *(Despierta y grita desde el tejado.)*—Xantias, Sosias, ¿están dormidos?

Xantias.— ¡Ay, ay!

Sosias.— ¿Qué pasa?

Xantias.— ¡Despierta Bdelicleonte!

Bdelicleonte.— ¡Uno de los dos, pronto, venga para acá! Mi padre se ha metido en la cocina y allá está escondido royendo como rata no sé que cosa! ¡Vamos, que no se escape por el tubo del baño! Y tú, firme, pegado a la puerta.

Sosias.— ¡Muy bien, patrón!

Bdelicleonte.— ¡Oh, gran Poseidón!... ¿quién hace tanto ruido dentro de la chimenea? ¿Quién eres tú?

Filocleonte. *(Dentro de la chimenea.)*— ¡Yo soy, soy el humo que va saliendo!

Bdelicleonte.— ¿Conque humo? ¿De qué palo?

Filocleonte.— De higuera.

Bdelicleonte.— ¡Por Zeus que sí... es la madera que peor humo despide! ¡Vamos, abajo! ¿Dónde está la cobertura de la chimenea? ¡Abajo, dije! Sobre la tapadera pondré una

viga. Y busca otro medio... Este te falló. ¡Qué infeliz soy... un día van a apodarme el hijo del ahumado!

Sosias. *(a su compañero.)*— ¡Está empujando la puerta!

Bdelicleonte.— ¡Pronto, apriétala bien y con fuerza! Allá voy yo en persona. Mucho cuidado con los cerrojos, con la barra de cierre, no vaya a roer la tranca...

Filocleonte. *(Detrás de la puerta.)*— ¿Qué están haciendo? ¿No me van a dejar salir para ir al juicio? ¡Malvados... va a quedar libre de culpa Dracontides!

Bdelicleonte.— ¿Y eso te va a pesar?

Filocleonte.— Una vez consulté a Apolo en Delfos y me dijo que si se me escapaba un acusado, me moriría yo luego...

Bdelicleonte.— ¡Vaya Apolo, qué oráculos tiene!

Filocleonte.— ¿Me dejan salir o no? Porque si no, revienta.

Sosias.— ¡No, por Poseidón, eso si no, Filocleonte!

Filocleonte.— Me voy a poner a roer los cerrojos con mis dientes.

Sosias.— ¡Pero si ni dientes tienes!

Filocleonte.— ¡Ay, infeliz de mí! ¿cómo no pudiera martarte? Anda, dame una espada, o si no, dame la tablilla en que se escribe la condenación de un reo.

Bdelicleonte.— Este hombre está tramando una cosa mala.

Filocleonte.— ¡Por Zeus que no, no más espero salir para vender mi burro con albarda y todo! Esta es la nueva luna.

Bdelicleonte.— Y ¿yo no podría venderlo mejor que tú?

Filocleonte.— Como yo, no.

— Bdelicleonte.— ¡Claró que no: mejor!

— Filocleonte.— Traíganme mi burrito.

— Xantias.— Se está viendo el pretexto que pone para que lo dejen suelto.

Bdelicleonte.— ¿Eso crees? ¡Pues no! Ya le entendí la trampa. Por eso voy yo mismo a vender el burro en el mercado. Y él ni se da cuenta.

Entra a sacar el asno y sale con él, pero en el animal va atado por la panza Filocleonte.

¡Ah, tonto burro!, ¿de qué estás rebuznando? ¡Te venderán hoy! Camina más aprisa. ¿Qué te pasa que te rindes? ¿Vas cargando algún Odiseo?

Xantias.— ¡Por Zeus! ¿qué miro? ¡Lleva atado un hombre en la panza!

Bdelicleonte.— ¡Pero, ¿quién es?... ¿veamos?

Xantias.— El es, ¿quién podría ser?

Bdelicleonte.— Yo mismo voy a verlo. ¡Sí, es un sujeto! Pero, ¿quién puede ser? ¿Oye, hombre, quién eres?

Filocleonte.— ¡Nadie por Zeus!

Bdelicleonte.— ¡Tú, nadie!... ¿de dónde eres?

Filocleonte.— De Itaca, soy hijo de Espanta-yeguas.

Bdelicleonte.— ¡Nadie te llamas, dices: ya tendrás muy bien de qué arrepentirte! ¡Sácalo tú luego! Mañoso y qué bien protegido iba. Sólo le faltó rebuznar como pollino pegado a la madre.

Filocleonte.— Si no me sueltan, hacemos un litigio.

Bdelicleonte.— Litigio y, ¿por qué?

Filocleonte.— Por la sombra de un burro.

Bdelicleonte.— ¡Descarado y sinvergüenza y lleno de mañas!

Filocleonte.— ¿Yo descarado? ¡No por Zeus! Lo vas a ver bien pronto, cuando tengas que comerte lo que deja el último juez.

Bdelicleonte.— ¡Llévate tú el burro, y tú, métete a casa!

Filocleonte.— ¡Oh colegas de juicio y tú, Cleonte, ayúdame!

Se mete y cierran la puerta tras él.

Bdelicleonte.— ¡Ahora grita cuanto quieras, ya con la puerta cerrada!

(Al esclavo.)—Y tú amontona piedras ante la puerta, pon el cerrojo y echa bien la tranca y ponle este rollo de hierro para mayor seguridad.

Sosias.— ¡Ay, un terrón me cae!... ¿quién me lo echa?

Bdelicleonte.— Podrá ser un ratón que anda arriba.

Sosias.— ¡Qué ratón ni qué ratón: es el malvado viejo que trata de escaparse entre las tejas... mira... es todo un juez que usa sus mañas!

Bdelicleonte.— ¡Malhaya mi alma... se ha convertido en gorrión...! ¡Se vuela, sí se vuela!... ¿en dónde está la red? ¡Epa, epa y epa más...! ¡qué camorra, mejor sería estar cuidando a Escione que un padre como éste!

Sosias.— Ahora bien, ya lo espantamos y lo hicimos retroceder... Ya no puede escaparse. Fuera bueno dormir un poco.

Bdelicleonte.—¡Tarugo! ¿no ves que en breve van a venir sus colegas de juzgado a buscarlo?

Sosias.—¿Qué estás diciendo? ¡Si aún no ha amanecido!

Bdelicleonte.—¡Por Zeus que sí, ahora se levantan muy tarde! Ellos andan a media noche cantando los versos sidonios de Pirrinico, al brillo de sus linternas. Y desde afuera lo están llamando.

Sosias.—Si es menester, los corremos a pedradas.

Bdelicleonte.—¡Tonto!, esos viejos son malos. Cuando se enojan se parecen a las avispas: llevan sobre el trasero un agujón picante y van picando mientras saltan y dan voces. Parecen chispas.

Sosias.—No te dé cuidado. Con tal de tener piedras, los echo a volar.

Se meten y sale el coro formado de viejos con sus bordones y con una larga punta atrás, como si fueran avispas.

Corifeo.—¡Adelante, a fuerte paso! Oh Comias, no te retrases. Antaño no eras así, por Zeus que sí. Tenías un temor de perro. Pero ahora Carianides te saca ventaja andando. ¡Ah, Estromoro el de Contilo, que es el mejor de los jueces! Y ¡ino van allí acaso Evergides y Cebes el de Flía?

¡Esto es todo lo que resta de aquella briosa juventud cuando tú y yo hacíamos de centinelas de Bizancio...! ¡Ah, fue cuando robamos de una panadería su mortero al panadero y nos fuimos a cocer verdolagas después de hacer astillas el artefacto...!

Vamos, señores, entren: hoy es día de la Torre de Lakes. Dicen todos que tiene su dinerito muy bien guardado. Ayer ordenó Cleonte que viniéramos y bien provistos para tres días, aunque fuera de cólera para castigar sus malos hechos.

Vamos, mis compañeros, antes de que luzca el día. Vamos y al ir en marcha, mucho cuidado a los lados, con la lámpara

en alto, no vaya a ser que una piedra nos cause tropiezo

Sigue el Coro andando y los niños con antorchas lo van guiando.

Un niño.—¡El lodo, papá! ¡Papá, cuídate del lodo!

Corifeo.—Alza una paja del suelo y despabila tu lámpara.

Niño.—No, que me basta el dedo para despabilarla.

Corifeo.—¿Cómo con el dedo? La mecha se hará más larga y está tan caro el aceite. Como que a ti no te cuesta, tú no tienes que pagarlo. (Le da un soplamocos.)

Niño.—¿Ah, sí? ¿Conque ésas tenemos? Sigán dando sus moquetes y nos largamos a casa, por Zeus que sí! ¡Apagamos las linternas y regresen como puedan, solos y a oscuras... ¡bah! Y si se quedan a oscuras chapotearán en el lodo, como si fueran patos!

Corifeo.—¡Esta sí! Yo que he castigado a gente más grande que tú. ¡Ah!, pero me voy atascando en el lodo! ¡Ay si nos mandara el cielo un buen aguacero en el término de cuatro días...! ¿Ven que ya tienen moho las cubiertas de las linternas? Si eso resulta, es que viene una buena temporada de lluvia. Andan atrasados los frutos y están pidiendo a gritos su regadita, con la ayuda del viento del norte.

Se detiene el Coro ante la casa de Filocleonte.

¿Qué pasa con nuestro colega, el que vive aquí; por qué no aparece para reunirse con la compañía? ¡Nunca había pasado eso! El siempre iba adelante cantando versos de Frinico. Como que es un hombre amante de la música. Eso quiere decir que aquí tenemos que estacionarnos y cantar, señores, hasta que la música lo llame. Tal vez al oír nuestras canciones, salga luego lleno de placer.

Coro: Estrofa.—¿De dónde procede este hecho de que el viejo no se presenta y ni siquiera responde? ¡Si perdería las chinelas! O andando a oscuras se dio un buen tropezón y --

tiene torcido el tobillo. ¡Claro, como está tan viejo! ¡O le ha salido un chipote?

Antes fue el más decidido y el más terco entre nosotros. Por más que le suplicaran, él bajaba su cabeza y decía solo el proverbio: Intentas cocer una piedra.

Antistrofa.— ¡No vaya a ser por causa de ese hombre que ayer intentaba escabullirse, engañándonos! El afirmaba que era amigo de Atenas y que él primero que nadie había dado a conocer aquello de Samos. Eso lo tendrá en ascuas y tal vez hasta fiebre tenga y esté bien acostado. Porque así es este hombre.

¡Epa, amigo: levántate y no te dejes abrumar por las cosas que trae la suerte! Acaba de caer un pollo gordo, uno de los que entregaron lo que nos pertenece en Tracia. ¡Hay que echarlo a cocer!

Niño.— Adelante, adelante.

Niño: Estrofa.— ¿Quieres oírme un momento? ¡Algo te quiero pedir!

Corifeo.— ¡Claro que sí, mi chiquito! Di, pues que quieres que yo te compre. ¿Un juego de huesos para jugar a la taba, verdad, niño?

Niño.— No por Zeus, sino higos secos, Papacito, es lo mejor.

Corifeo.— ¡Eso sí que no, muchacho, aunque te ahorques de rabia!...

Niño.— ¡Ah, sí? No sigo alumbrando. Por Zeus que no.

Corifeo.— ...con tan desmedrado salario tengo que hacer mi gasto: infeliz como soy de tercer grado..., tengo que comprar harina, leña, carne... y ahora sales pidiendo higos.

Niño: Antistrofa.— Ahora bien, papá: ¿si al arconte se le antoja que hoy no se instale el tribunal, con qué vamos a

comprar el almuerzo? ¿Tienes alguna esperanza para darnos, o nos vas a señalar el camino del precipicio de Heles?

Corifeo.— ¡Por Zeus, oh miserable de mí, no sé con qué vamos a comer hoy tú y yo!

Niño. (Declamando.) — ¡Pobre madre desdichada! ¿por qué me diste la vida?

Corifeo.— Para que me dieras tú el trabajo de nutrirte.

Niño.— ¡Ay morralito mío, eres un adorno inútil!

Unidos los dos.— ¡Ay, ay, ay... juntos hemos de sufrir!

Aparece Filocleonte asomándose por una claraboya.

Filocleonte.— ¡Amigos míos, hace tiempo que desde esta abertura estoy oyendo sus voces! Pero no puedo responder... ¿qué he de hacer? Encerrado estoy aquí porque ha tiempo estoy pidiendo que me dejen ir a revolver las urnas de votación con ustedes y hacer el mal que se pueda.

Alza la voz como en plegaria:

¡Ah, Zeus el de los retumbantes truenos, múdame en humo al momento, o en Proxénides, o en el hijo de Selos, que es estuche de trampas! ¡No resistas piadoso a concederme el favor, o bien haz que tu rayo, oh señor de las fuerzas, haz que me vuelva ceniza y luego levántame y llévame limpiándome con tu soplo y arrójame en una caliente fritura, o siquiera conviérteme en la piedra en que se cuentan los votos!

Coro: Estrofa.— ¿Quién es ése que te encierra y te atranca tan bien la puerta? ¡Dilo, que hablas con amigos!

Filocleonte.— Mi hijo mismo. Pero, por favor, no alcen la voz, que él está arriba durmiendo... ¡bajen, bajen el tono!

Coro.— ¡Qué tarugo! ¿qué pretende, al tratarte de ese modo? ¿qué achaque tiene para eso?

rinde: salíale de la garganta el vino con pedazos de carne.
Filocleonte.—¡Señores, no consiente en que yo vaya a juicio y en que haga algún perjuicio a alguno! Está muy dispuesto para darme una buena vida, pero yo no quiero.
Coro. (Con los puños vueltos hacia Bdelicleonte.)—¡Que a eso se atreve el infame! ¿Eso hace este merolico? Tú eres el que dice la verdad a los jóvenes. ¡Ajá, tiene que ser un conspirador, cuando se atreve a tanto!

Corifeo.—Ahora te toca a ti mismo buscar un medio eficaz para que en manera oculta puedas bajar sin ese hombre.

Filocleonte.—¿Qué medio podría ser ése? Ayúdenme a buscarlo, que para todo estoy presto. Con estas ganas que tengo de ir por los tribunales y manejar las conchitas con que fallamos el voto.

Corifeo.—¿No habrá por ahí un huequito por el que puedas deslizarte, para salir fuera del muro? Por ahí podrías colarte, como se coló Odiseo, bien envuelto en sus hilachas. ¡Ese sí que era mañoso!

Filocleonte.—Todo, todo está tapiado, ni un resquicio queda ya, por donde se cuele un mosco. A ver si buscan otro medio para que yo me escurra.

Corifeo.—Y, ¿no te acuerdas de aquel tiempo, en que éramos pobres conscriptos, cuando la toma de Naxos, en que pudiste escabullirte por medio de asadores robados por tíes, que ibas clavando a la pared, como alcayatas?

Filocleonte.—Me acuerdo, sí... y eso ¿qué? Me ardía sangre de joven en las venas. Era yo aún hábil para robar. Estaba en pleno vigor. Y nadie me estaba vigilando y podía escapar a la hora que me diera la gana. Sin temor ni miedo a ninguno. Y ahora parecen centinelas, a la puerta están apostados con sus armas que parecen asadores, como si fueran a atrapar a un gato ladrón de carne. Y ahí están, los puever.

Corifeo: Antistrofa.—Pues como sea, date prisa. Ya avicina la aurora, ándale abejita mía.

Filocleonte.—Pienso que sea lo mejor que me ponga a roer la red y que me perdone Dictina.

Corifeo.—Eso es pensar como hombre. Ese sí quiere salvarse. Dale fuerte a tus quijadas.

Filocleonte.—Ya la ven; roída está. Por favor, no den ni un grito. No lo sepa Bdelicleonte.

Corifeo.—¡No temas, amigo, no temas! —¡Con que suelte una palabra, lo haré que se muerda el alma y vele por su vida... que aprenda a no pisotear los decretos de las... dos diosas!

Corifeo.—Atate la cuerda al cuerpo y déjate venir por la ventana, lleno el corazón de Diopites.

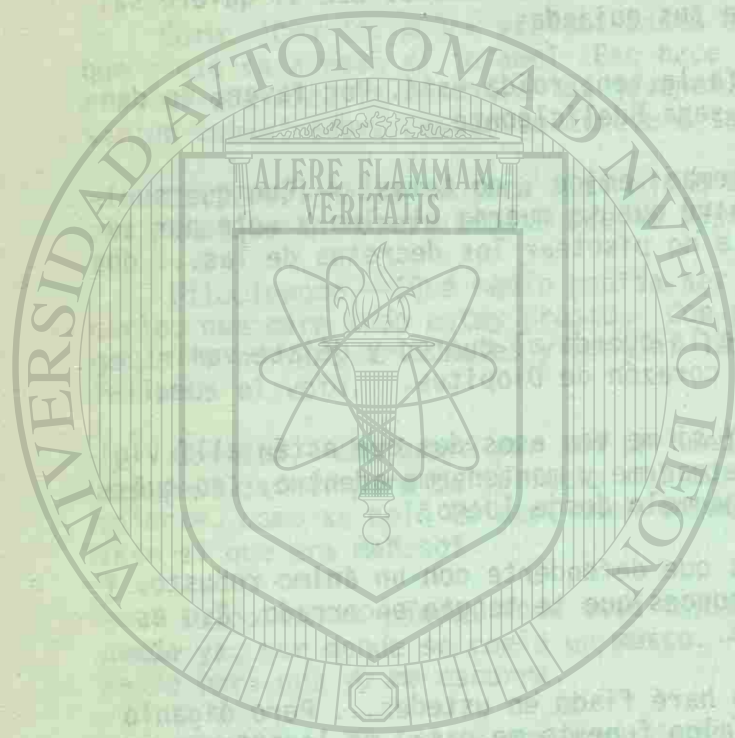
Filocleonte.—¡Y si me ven esos dos que están allí vigilando y hacen para retraerme y mantenerme adentro, ¿en qué podrán ayudarme? Díganmelo desde luego.

Coro.—Tendremos que defenderte con un ánimo robusto. Y se hará imposible entonces que te tengan encerrado. Eso es lo que hacer pensamos.

Filocleonte.—Lo haré fiado en ustedes... Pero díganlo y piénselo bien. Si algo funesto me pasa, me levantan y me lloran y me van a sepultar a la entrada del tribunal.

Corifeo.—Nada te pasará. Nada temas. Ora, mi fuerte y valiente, déjate caer atrevido y antes aclama a los dioses de tus antepasados.

Filocleonte.—¡Licos, dueño mío, héroe mi vecino, eres semejante a mí que se complace en el lloro de los que son acusados. Siempre benigno no oyes los lamentos de los que están ante el tribunal. Ven acá para que atiendas a este tu fiel vecino, ya que te has establecido en sitio cercano al juicio. Ahora tenme compasión, libera a tu vecino y te prometo que nunca me voy a desaguar ni menos a cosa mayor junto a la cerca de tu santuario!



Oigan primero el asunto, pero, por favor, no griten.

Coro.—¡Por Zeus que sí y hasta el cielo!

Bdelicleonte.—¡Sábetelo, no cejaré!

Coro.—¡No se puede tolerar: manifiesta tiranía! ¿Dónde estás? Teoros, enemigo de los dioses, y dónde los que adulan al frente de toda línea?

Sosias.—¡Ahora sí, son agujones, por Heraclés! ¿no los miras?

Bdelicleonte. — ¡Bien los veo, son esos mismos que mataron a Filipo, hijo de Georgias.

Coro.—¡Ah, sí! Esos mismos te darán la muerte. Cada uno en su lado, saque su agujón, vaya contra él. ¡Juntos, en buen orden, con furor e ira... ya se dará cuenta del enjambre que en su contra ha provocado!

Xantias.— ¡Las cosas se ponen mal! ¡Por Zeus, hay que combatir! Y yo que tiemblo de miedo cuando veo esos agujones.

Coro. (A Bdelicleonte.)—¡Pero deja a ese hombre... Y si no, yo te lo digo, tendrás que tener envidia a las tortugas por su concha.

Filocleonte.—¡Ahora es cuando, mis amigos y colegas del tribunal, como avispas irritadas ataquen por su trasero; -- otros, píquenle en los ojos y en los dedos también!

Bdelicleonte. (Abre la puerta e intenta echar a su padre hacia adentro.)—¡Ora, Midas, Frix, a ayudar aquí, y tú también Masientias! (Van saliendo los esclavos nombrados).

Sujéntenme bien a ese hombre y por nadie lo suelten. Que si no, ya la pagarán en el cepo bien sujetos y en ayuno de -- largo tiempo.

(Al coro): ¡Ya sé la treta, señores, muchas veces la -- he sufrido... ¡llamarada de petate!

Sale de la escena.

Coro. (Al principal esclavo.)—Si no lo sueltas luego, ya probarás mi aguijón.

Filocleonte.—¡Ay, Cécrope, héroe, príncipe, por los pies eres dragón...! ¿vas a dejar que estos bárbaros me retengan tan vilmente? ¡Esos que yo mismo impuse a beberse sus lágrimas en cuatro medidas!

Coro.—Al ver esto, ¿quién aún niega que la vejez está repleta de males? Manifiesto está. Y véanlo ahora. Esos re tienen a su viejo amo por la fuerza. Ese que antaño les dio pieles de cabra y túnicas de abrigo para que se resguardaran del rigor del tiempo. Sus gorros de piel de perro, y sandalias para los pies que no sufrieran en el invierno. ¿Y siquiera ahora con una mirada le pagan la diligencia de antes? ¿Se acuerdan acaso de sus viejas sandalias?

Filocleonte.—¿Me sueltas o no, malvado? ¿Ya no recuerdas cuando te pesqué robando las uvas y te até a un olivo y te di tu buena vapuleada? Tan desollado quedaste que dabas envidia a otros. Ingrato eres de verdad. ¡Suéltenme, suéltenme ya, antes de que mi hijo llegue!

Coro.—Bien pronto van a saber lo que se llama justicia. Van a ver cómo castigan los hombres de la justicia.

Sale Bdelicleonte con un palo y una antorcha que da a dos esclavos.

Bdelicleonte.—Dale, dale, Xantias, echa fuera esas avispas de esta casa.

Xantias.—Lo hago ya.

Bdelicleonte.—(Al otro.)—Y ahora tú, con esta antorcha hazlos huir con el humo.

Sosias.—¿Se largan o no? ¡Qué diablos! Ya las vamos ahuyentando.

Bdelicleonte.—Tú con tu palo y tú con tu antorcha echa fuera a Esquines, el hijo de Selarcio.

Xantias.—Tienen que irse, tienen que irse y ya van retrocediendo.

Bdelicleonte.—No, no las echarás fuera, si acaso oyeron un día y estuvieron saboreando los cantos de Filocles.

Coro.—Claro cual la luz está que para los pobres fue implantada la tiranía, lentamente, suavemente. Pero tú el descendiente de Aminias, de larga cabellera y mañas, has anulado las leyes que regían a la ciudad y ahora sin ninguna base, sin ninguna base, sin ninguna autoridad, pretendes dominar todo.

Bdelicleonte.—Vamos, ¿no será posible que sin estar tallando y sin gritos desaforados, nos pusiéramos en orden y entráramos en armonía?

Corifeo.—¿Tus palabras, oh gran pícaro? Eres enemigo del pueblo, partidario de la tiranía de un hombre, nada menos que Brasidas. Llevas tus franjas de lana y hace tiempo que no te cortas la barba.

Bdelicleonte.—¡Sí, por Zeus, mejor sería que me separara de mi padre, para no tener tantos enojos como estos que día a día tengo que soportar!

Corifeo.—Ni en el principio te hallas, no eres perejil o apio, y por eso dejas ir esos versos de a centavo. Nada te pasa ahora, sino cuando el sinégora te haga ver tus mil errores y acostarte con la justa acusación. Eres un conspirador.

Bdelicleonte.—¡Vaya, ya, por todos los dioses...! ¿No se largarán de mi presencia? ¿Hay algún decreto de que me estén moliendo todo el día?

Corifeo.—¡No y no, claro que no! Mientras tenga yo un aliento, porque tú a tirano apuntas.

Bdelicleonte.—Eso sí, para ustedes todo es tiranía, todo es conspiración. Chica o grande, la cosa, allá la dirigen

¿Tiranía? Hace cincuenta años que ni el nombre he oído. Pero ahora es algo vulgar. Como el pescado salado, y eso es lo que se oye ahora en las plazas y en los mercados.

Si alguno compra orfos y no quiere anchoas, luego el que vende éstas alza la voz quejándose: "Este quiere darse gusto como la tiranía." Y si otro compra puerros para darle sazón a sus sardinias, la verdulera dice viéndolo de reojo: "Hum, cómo qué me pides puerros? ¿Intentas restaurar la tiranía? ¿Estás pensando que Atenas te va a dar para tus condimentos?"

Xantias.—Eso es, y hasta la muchacha con quien entré ayer por la tardecita, porque la invitaba yo a ciertos juegos hípicas, me preguntó mañosa: ¿A poco quieres restaurar la tiranía de Hipias?, y se llenó de enojo.

Bdelicleonte.—Eso es lo que les gusta a éstos estar oyendo ahora, y hoy mismo, a mí que me propongo que mi padre quede libre de su manía y haga a un lado delaciones y juicios y tonteras, que no salga tan temprano de su casa y se dé una vida digna de Morico, me acusan de conspirar y de que intento restablecer la tiranía.

Filocleonte.—Y, por Zeus, que lo merece justamente, porque yo no quiero dejar esa vida, aunque me dieras pechugas de ángel. A mí no me llenan ni pescados finos, ni anguilas, lo que me llena es un procesito, bien cocidito con su salsa, en la estufa.

Bdelicleonte.—Por Zeus, es que te encanta andar en enredos. Pero, óyeme, por favor, calladamente y te haré ver que en eso estás cometiendo muchos errores.

Filocleonte.—¿Errores al ejercer el juicio?

Bdelicleonte.—¿No te das cuenta de que eres hazmerrear de la gente esa, ante la cual casi te postras en acatamiento? Sin darte cuenta, eres un esclavo.

Filocleonte.—¿Esclavo yo? ¡Si a todo el mundo yo gobierno!

Bdelicleonte.—¡No, señor! Tú lo sirves creyendo gobernarlo. Y venos diciendo, padre, ¿qué provecho sacas de hacer que la Hélade toda rinda sus tributos?

Filocleonte.—¡Grandísimo... y aquí están mis colegas que lo digan! Quiero que ellos lo juzguen.

Bdelicleonte.—Yo también. (A los esclavos.)—Sujétenlo ahora.

Filocleonte.—Denme también una espada. Si quedo vencido en este alegato, me atravesaré con la espada. (Le dan una espada.)

Bdelicleonte.—Dime, tal vez, ¿no aceptarás su resolución?

Filocleonte.—¡Nunca beba el vino puro en honor del dios benigno!

Coro: Estrofa.—¡Ahora tú, que eres de los nuestros, te toca decir lo justo no cosas nuevas al gusto...

Bdelicleonte.—Y todo lo que diga él lo voy a poner en letras para que sea un memorial. Vamos, pronto unas tabletas...

Coro.—...de este hombre jovenzuelo. Estás viendo: es un alegato en que todo se discute. ¡No vaya a ser que te venza y todos salimos raspados! ¡Eso que nunca suceda!

Filocleonte. (A su hijo.)—¿Qué casta de hombre eres tú, que tan bravo te me pones?

(Al Coro.)—¿Qué pasará, si éste vence? ¡Díganmelo, por favor!

Coro.—¡Ya no habrá grupo de viejos, ya serán del todo inútiles y burleta de los otros! Cuando vayamos por las ca-

lles nos llamarán carga-ramas, morrалeros, buscápleitos.

Corifeo.—¡Ahora, tú, que vas a defender la soberanía de nuestro cargo, hay que hacer uso completo de la lengua en esta hora!

Filocleonte.—Muy bien, desde el principio, voy a probar que nuestro cargo no es menor que el de los reyes. ¿Quién más feliz y dichoso puede haber que un juez? ¿Puede haber vida más regalada? y, ¿puede haber algo más temible que él, principalmente, si es viejo?

Ya, al salir de mi cama, me asedian hombres de gran estatura, de cuatro codos al menos, que me van escoltando hasta la entrada del tribunal. Y, cuando voy llegando, viene una mano suave a sostenerme, ladrona como ha sido de las públicas rentas. Se me echan a los pies los acusados y comienzan a implorar con dolientes voces: ¡Padre, ten piedad de mi miseria! Recuerda los robitos que hiciste al estar en el ejército, o cuando ibas a comprar los bastimentos para los soldados.

Y ese tal vez ni siquiera sabía de mi existencia, a no ser porque lo declaré inocente la primera vez.

Bdelicleonte.—¡Eso por los que te rogaban. Ya queda esta aquí en mi memorial!

Filocleonte.—Pues, ya entré al tribunal, ya me agobiaron con sus ruegos y ya aplacaron mis enojos. Ya dentro, de ninguna promesa me acuerdo. Sólo estoy oyendo a los acusados que ruegan y ruegan en todos los tonos. ¡Oh, qué palabras dulces oyen allí los jueces! Unos dicen que son muy pobres, y le aumentan cuanto pueden sobre la de todos. Otros nos cuentan historias, y hay quien se pone a recitarnos las fábulas de Esopo. Casos que hacen reír y me quitan en enojo. Y si eso no nos da lástima, llevan a sus chiquillos, lo mismo niños que niñas, todos en hilo estirando de su mano. Yo me pongo a atenderlos. Y ellos bajan la cabeza y se ponen a dar berridos. Y su padre angustiado me dice entre sollozos: ¿Te gusta la voz de los corderos? ¡Aquí tienes a mis niños. Compadécelos! Y si te gustan las puerquitas, aquí están mis chiquillas. Y con la voz chillona de sus niñas me hace doblar

el brazo.

Y en su favor entonces vamos dejando que se suelten las tuercas de la ira y gravedad... ¿Vale algo tanto como esto - la riqueza? Con este poder la desdeñamos toda.

Bdelicleonte.—Ya van dos puntos que voy anotando. Ahora es el desprecio de la riqueza. Pero trae a mi memoria cuáles son los provechos que te causan el creerte dueño de la Hélade.

Filocleonte.—Y cuando hacemos la revista de los jóvenes para ser inscritos en el *demós*, tenemos la ventaja de ver los desnuditos, con todo lo que tienen. Y si es acusado - Eagro, nada consigue, si no nos recita una gran parte de su Niobe y escoge siempre la más hermosa. Si vence en el juicio un flautista, luego se ata su correa a la cabeza y nos da todo un concierto delicioso cuando ya está para irse. Y si al morir un padre a su hija heredera única le señala un marido, hacemos a un lado el testamento y la concha que lo garantiza y le damos a la hija lo que ella pide con ruegos. Y eso todo lo hacemos sin dar cuenta a nadie, don que no tienen otros magistrados.

Bdelicleonte.—Eso que dijiste es lo único que tiene - algún privilegio. pero me parece injusto anular el testamento y romper su sello de garantía.

Filocleonte.—Y Cuando el Consejo y el pueblo no saben cómo salir del conflicto en cosa importante, hay un decreto que remite a los jueces a los acusados del hecho. Y es cuando se ve a Euatlo y al gran Cocalonimos -ese que suelta el escudo en el campo- decir a voz plena que nunca han de abandonar a su pueblo ni le harán traición, antes bien combatirán en favor nuestro.

Y nadie tiene fuerza de orador, si no dice que el juicio de los dicastas tiene que ser terminado con juzgar a una sola causa.

Allí está Cleonte, ese que con sus grandes gritos cree dominarlo todo, y todo piensa morderlo, con nosotros es diferente, pues nos lleva de la mano y está espantando las mos--

cas. ¡Nunca tal cosa has hecho tú con tu propio padre...! Pero Teoro, ¡ah, ése sí!, aunque se cree superior a Eufémides, corre a tomar una esponja que arrebató de la tinita y nos viene a limpiar el calzado.

¡Mira bien de qué ventajas tan grandes quieres defraudarme y alejarme! ¿Eso es ser esclavo? ¿Eso es estar sometido a otros? Eso piensas tú probar.

Bdelicleonte.—¡Replétate de palabras... de todos modos tendrás que rendirte y si no te parecerás a un trasero siempre sucio, por más que lo laven siempre!

Filocleonte.—Se me estaba olvidando lo más suave. Cuando llego a casa con mi paga bien ganada, todo es festejo y alegría, ¡claro, por el dinerito! Corre mi hija y me recibe, me lava y me perfuma los pies, y se hace arco para darme un beso. Y dando voces de mimo, ¡papacito, papacito!, con su lengua al darme el beso, me saca la monedita que yo llevaba en la boca. Y entonces mi mujercita muy halagüeña viene a sentarse junto a mí y me trae una tortita muy bien preparada y me dice muy labiosa: —Anda, pruébala y bebe esto.

Con esto feliz me siento y ya no tengo recelo de que tú o tus esclavos, esperan verte la cara y a mí verme de reojo para ver cuándo disponen que se me sirva la cena. Y están refunfuñando porque tienen que preparar una torta para mí. Y eso está el problema, remedador de los males todos. Es una dura que defiende de todos los infortunios.

Y si en la cena no me das vino, voy sacando yo mi garrafoncito, muy bien repleto, jarrito de dos orejas, como cualquier burrito. Y yo lo ladeo y me sirvo y comienza a rebullir, tanto por la nariz como por parte trasera, y es todo un clamor de guerra.

¿No es eso tener poder? ¿No es eso igualar a Zeus? Cuando yo voy por las calles todos los que van pasando dicen en burla: ¡Ah, qué truenos da el tribunal, oh gran Zeus! Y si lanzo el rayo de mis enojos, con solo chasquear los labios, se espantan ricos y pobres, y hasta se les suelta el vientro.

Tú mismo me tienes miedo. por Demeter, sí y sí! A mí que me den la muerte, si acaso te tengo miedo.

Coro: Antistrofa.—Nunca a nadie hemos oído hablar tan diestra y oportunamente.

Filocleonte.—¡No! Ese esperaba esquilmar una viña abandonada. ¡No se da cuenta de que yo soy el primero en estas lides!

Coro.—Y qué bien lo dijo todo, nada se pasó por alto. Al grado de que al oírlo, yo me sentía crecer y ya pensaba ser juez en las mismísimas Islas Afortunadas... ¡qué placer causa al oírlo!

Filocleonte.—Este se siente muy ancho, aunque nada tiene suyo.

(A su hijo.) Yo te juro que el día de hoy vas a sentir los golpes que te den en la parte trasera.

Coro. (A Bdelicleonte.)—¡Ahora es cuando hay que inventar muchas tretas, para resolver el caso! Es difícil que me aplaques si hablas en contra de mí.

Corifeo.—Y si nada decir sabes, busca una piedra que muela para que mate mi enojo.

Bdelicleonte.— Es pesada, es atrevida la intención de remediar esto. Más que la de los autores de comedias. Eso de curar una vieja enfermedad, que está impregnada en la ciudad entera... Vamos, pues, con todo: Papacito saturnino...

Filocleonte.—¡Alto: no me llames así, ni nada de papacito. Demuestra que soy esclavo y si no nada te escapará de morir. No le hace que yo no pueda probar las viandas del sacrificio.

Bdelicleonte.— Oyeme ahora, papacito, y un poquito de sarruga esa frente. Comienza por hacer cuentas, no con piedras, sino con tus mismos dedos. ¿Qué tanto rinde el tributo de las ciudades aliadas? Enumera luego los impuestos per-

sonales, el tanto por ciento, las consignaciones y minas, lo que los puertos y los mercados pagan, las partes deducidas del salario y las confiscaciones... ¡Todo da apenas unos dos mil talentos! Y pon ahora lo que se paga a los jueces: pasa de seis mil talentos —en este país no hay mayor ventaja— y es el resultado nada menos que ciento cincuenta talentos.

Filocleonte.— ¡Ah, entonces nuestra paga es sólo el diez por ciento!

Bdelicleonte.— ¡Ni más ni menos, por Zeus!

Filocleonte.— ¿Y con lo demás qué pasa?

Bdelicleonte.— ¿Qué? ¡Va a dar a aquellos que nunca dejan de estar diciendo: "Yo nunca voy a traicionar a Atenas; yo siempre estoy luchando por el pueblo"! Esos son, padre-mío, los que dejas que en ti ejerzan dominio como si fueras su esclavo. Te llenan sus palabras. Y éstos son los que extorsionan a su pueblo, pidiendo a las ciudades hasta cincuenta talentos. Y las amenazas que les dicen son como éstas:

"O me pagan lo que pido en tributo, o entre rayos y truenos yo acabo con su ciudad."

Y tú muy complacido de estar royendo los desechos de esa soberanía.

Y los aliados... ¡Ah, como ven que la población de Atenas está viviendo de lo que el pueblo da, como salario para ejercer el juicio, hacen tanto caso de ti como del voto de Conos! Y ellos sí, ¡qué tal! dones sin número reciben: tarros de pescado en conserva, vino, manteles, queso, miel, ajonjolí, cojines para recostarse, frascos, capitas de abrigo, coronas, cadenas para el cuello, copas..., en fin, cosas todas valiosas y ricas. Y a ti ¿qué te dan...? "Después de tanto bregar por la tierra y por el mar." ¡Ni siquiera una cabeza de ajos para que les des sazón a tus pescaditos.

Filocleonte.— Es cierto, por Zeus... que ayer tuve que mandar pedir a Eucárides tres dientes de ajo. Pero nada has demostrado de la pretendida esclavitud y con eso me estás

quemando la sangre.

Bdelicleonte.— ¿Quieres más esclavitud? Mira a esos hombres que tienen los altos cargos y a los que andan lambisconeándolos, con tan grandes emolumentos. Tú quedas contento con tus tres óbolos que te dan. Y tú te has matado luchando por mar y tierra para que éstos tuvieran la posición que tienen... ¡y te dan tres óbolos! Pero lo que me revienta es que te den órdenes. Viene un salaz muchacho, hijo de Kereas, un infeliz que anda con las piernas abiertas y contoneándose, — como muy bien afeminado que es, y te intima a que vayas muy temprano a juzgar, que si no, no tendrás tus tres miserables óbolos. Eso sí, él puede llegar a la hora que se le antoje, tarde y mal, y recibe su dracma. Pero él es abogado de los que han de ser juzgados. Y si éstos le dan sus regalitos, — los comparte con sus colegas y allá entre ellos hacen su chanchullo y arreglan las cosas a su antojo en un dos por tres. ¡Habría que verlos, que parecen aserradores de madera: uno suelta y otro agarra, y tú vas muy humilde al pagador a que te dé la paga, sin atender a sus tretas!

Filocleonte.— ¿Conque eso me hacen? ¡Ay de mí! ¿qué estás diciendo? Me estás atormentando con eso. Mi alma se va muy lejos a tu palabra. Ya ni cuenta me doy de lo que haces conmigo.

Bdelicleonte.— Y vaya que tú, lo mismo que tus colegas, podrían llegar a ricos, si no estuvieran emborucados por esos perpetuos defensores del pueblo. Tú tienes mando en muchos pueblos, desde el Ponto hasta Cerdeña, y no tienes más que ese miserable sueldo... y todavía te lo están dando a pausas, como gotas que se van destilando de un mechón de lana, como el aceite que se va dando gota a gota. Apenas tienes para vivir. Ellos quieren que seas pobre y te voy a decir por qué. Para que estés atendido a tus supuestos bienhechores y para que nunca salgas a defender a sus contrarios, ni vayas a dar un salto en favor de éstos. ¡Qué fácil fuera darle vida al pueblo, si tuvieran voluntad de ello! Hay mil ciudades hoy que nos pagan tributo. Que se les imponga el deber de sustentar a veinte hombres, y veinte mil ciudadanos vivirán en la abundancia, comiendo carne de liebre y toda clase de golterías y calostros y leche bien cuajada y estarán en sus glorias, como toca a los habitantes de esta tierra y vencido-

res en Maratón. Ahora andan ustedes como recolectores de aceitunas atentos al pagador de salarios.

Filocleonte.— ¡Ay!, ¿qué me está pasando? Un súbito sopor se adueña de mi mano y ya no soy capaz de sostener la espada. (*La deja caer.*) Me siento desfallecer.

Bdelicleonte.— Y ellos cuando se espantan les prometen la Eubea y dar cincuenta medidas de trigo a cada uno. ¿Lo cumplen?

— ¡Nunca, nunca... cuando mucho dan cinco y eso con mil remilgos, exigiendo que prueben que no son extranjeros y les dan una medida, sí pero de cebada!

¿Entiendes ya por qué te he tenido encerrado? No quiero que de ti se burlen y te digan palabrotas, cuando yo puedo sustentarte. Te daré cuanto gustes, menos leche de pájaro.

Corifeo.— A fe mía que sabio era el que dijo: Si no oyes las dos partes, no puedes dar la sentencia.

(*A Bdelicleonte.*)—Tengo ahora la convicción de que tienes tú justicia. De modo que refreno mi ira y echo por tierra estos palos. (*Arrojan sus bastones de madera.*)

(*A Filocleonte.*)— Pero a ti que eres de mi edad misma te digo ahora:

Semicoro. I: Estrofa.— Cede, cede a sus palabras, no te hagas el inflexible que no se doblega a ruegos.

¡Si yo tuviera un pariente que de este modo me amonestara!

Para ti, tenlo por cierto, uno de los dioses viene a darte ayuda y ser tu colaborador. No lo desdeñes.

Bdelicleonte.— ¡Claro: yo le daré todo su sustento, y cuanto un anciano necesita! Buena sopa a saborear, un blando y mullido manto para abrigarse, unas muy buenas cobijas... hasta una muchachona que le frote los lomos y también las

partes delanteras. Pero ven: no suelta prenda. Eso gustarme no puede.

Semicoro II: Antistrofa.— El mismo se está reprochando su pertinacia. Ya deja sus caprichitos y su tenacidad de año. Ya reconoce su culpa de no ceder a tus instancias.

Ya veo que quiere rendirse a tus razonamientos y se va a volver discreto atendiendo a tus indicaciones.

Filocleonte.— ¡Ay, infeliz de mí!

Bdelicleonte.— Y ahora ¿qué? ¿por qué gritas?

Filocleonte.— Nada de eso prometas. Mis anhelos están allá donde el heraldo proclama y en donde se halla en fuerza. El que no haya dado su voto, póngase en pie y acérquese. Yo ¿por qué no he de llegar a las urnas, aunque sea el último de todos, para depositar mi voto?

"Apresúrate, alma mía..." pero, ¿dónde está mi alma?

"Bosques llenos de sombra, abrid paso a mi pie."

Por Heraclés que no. ¡Hoy voy a sentarme en el tribunal y a acusar a Cleonte de robo!

Bdelicleonte.— Mira, padre, por los dioses, tenme confianza.

Filocleonte.— ¿Tener confianza en ti? Dime tú cuanto quieras, menos una cosa.

Bdelicleonte.— ¿Qué cosa? ¡Que yo lo vea!

Filocleonte.— Que no vaya yo a juicio. Que si eso fuere:

"Ha de decretar el Hades antes que yo obedezca."

Bdelicleonte.— Eso es lo que te encanta. Bien. Quédate en casa y ponte a juzgar a los que en ella habitan.

Filocleonte.— Y juzgarlos, ¿de qué? Estás hablando fuera de sentido.

Bdelicleonte.—No, señor: es lo mismo que hacen por allá. Que si una esclava abrió la puerta sin dar cuenta... le impones una multa. Es lo que hacen en los tribunales. Eso lo harás cada vez que quieras. Y con buen sentido y comodidad. Cuando sale el sol y brilla, estarás como un juez en su tribunal. Si está cayendo nieve, te sentarás cercano al fuego. Si está lloviendo, te meterás a casa. Y si te da la gana de no levantarte sino hasta el medio día, no vendrá ningún jefe de tribunal a cerrarte la puerta.

Filocleonte.—Eso me va gustando.

Bdelicleonte.—Y esto más. Si un defensor de la causa habla por largo tiempo, no tendrás que esperar a que acabe su interminable discurso cuando te aflige el hambre, y estés rabiando contra ti mismo y contra el defensor.

Filocleonte.—¡Ah, tendré facultad acaso, como se usaba antes, de estar moviendo las quijadas, mientras acaba de exponerse la causa?

Bdelicleonte.—Y mucho mejor, ¿no dicen por ahí que los jueces fallan mejor en el asunto, cuando lo han masticado largamente?

Filocleonte.— Pues me estás convenciendo... Pero una cosa no has dicho. En tanto que hablas, ¿quién me va a pagar mi salario?

Bdelicleonte.— Pues yo mismo.

Filocleonte.—Perfecto. Yo lo recibiré solo y no en compañía de otro. Mira lo que me pasó: Ese payaso de Lisistrato me hizo un topillo como nunca se vio. Recibió el otro día un dracma para que lo partiera conmigo. Lo fue a cambiar al mercado de los pescados. Luego me mandó tres escamas de mujil, y yo, creyendo que eran tres óbolos, me los eché a la boca. El olor me provocó náuseas y los escupí al momento. Después lo acusé en el tribunal.

Bdelicleonte.—¿Qué dijo él?

Filocleonte.—¿Qué? Dijo que yo tenía panza de gallo. Muy pronto digieres el dinero, agregó.

Bdelicleonte.—Ya ves qué provecho sacas de todo eso.

Filocleonte.— Un poquito de eso. Pero haz lo que te propones.

Bdelicleonte.—Quédate ahora aquí. Voy a preparar todo. (Se va.)

Filocleonte. (Habla en monólogo)—Lo estás viendo. Se cumplen los oráculos. Ya había oído decir que llegaría un día en que cada ateniense fuera juez en su propia casa. Que en el vestíbulo de ella había de construir un tribunal. Tribunal pequeño, como los nichos que le ponen a Hécate en las puertas.

Bdelicleonte. (Regresa.)—¿Qué tal? ¿Ahora qué dices? Te traigo todo lo prometido y aun mucho más. Aquí está esta bacínica, por si te dan ganas de orinar. Te la van a poner cerca colgada de un clavo.

Filocleonte.—¿Qué sabiamente obras... qué gran ventaja para un viejo. Eso es una gran ayuda para la retención de la orina!

Bdelicleonte. (Con un anafre con carbón y una marmita.)—Y aquí tienes este braserito con una ollita de lentejas, por si tienes apetencia de comer algo.

Filocleonte.—Qué bien pensado eso. Aunque yo tenga calentura podré cobrar mi salario. Y muy reposado aquí, me comeré mis lentejas. Y, ese gallo, ¿para qué es?

Bdelicleonte.—Para que, si te duermes en la causa, te despierte cantando sobre tu cabeza.

Filocleonte.—Una cosa hay que anhelo. Lo demás está bien.

Bdelicleonte.—¿Qué pues?

Filocleonte.—¡Que me trajeran la estatua de Licos!

Bdelicleonte.—Está presente, tal cual todo un señor.

Filocleonte.— Señor y héroe, qué fea catadura.

Bdelicleonte.—Es tal cual nos parece Cleónimo.

Filocleonte.— Sí, porque aun siendo héroe, no tiene armas.

Bdelicleonte.—Siéntate ya y te traigo una causa para que la juzgues.

Filocleonte. (*Se sienta.*) — Vamos, llámala luego, que tengo largo tiempo de estar sentado.

Bdelicleonte.— Dígame ahora... ¿qué causa le traigo? ¿hay algún desliz hecho por la servidumbre? — ¡Vamos, sí, trata de dejar quemar el puchero el otro día...!

Filocleonte.— ¡Espera, espera, tú... estoy que me muero... ¿dónde está la cerca del tribunal? ¿puede haber juicio sin ella? Es lo primero y lo más sagrado que resalta a la vista.

Bdelicleonte.— ¡Por Zeus, no hay, pero corro a traerla!

Filocleonte.— Mejor voy yo. La hallaré adentro.

Se levanta y se va.

Bdelicleonte.— ¡Ah lo que es la rutina!

Salen los esclavos de dentro.

Xantias.— ¡Vete al diablo! ¿Estar dando de tragar a este perro?

Bdelicleonte.—¿Qué pasa, por favor?

Xantias.— ¡Nada... este perro se metió a la cocina, este Labes maldito, y allí se robó un queso de Sicilia y se lo tragó todo...!

Bdelicleonte.— ¡Vaya, el primer delito para darlo a mi padre que lo juzgue! Tú harás de acusador.

Xantias.— ¡No, yo no, por Zeus, porque hay otro perro que dice que él será el acusador, con tal de que lo admitan a denuncia!

Bdelicleonte.— Vengan los dos acá

Xantias.— Así lo haré.

Se mete. Regresa Filocleonte. Trae el cercado de la zahurda.

Bdelicleonte.— ¿Y eso, qué es?

Filocleonte.— Es un cercado para guardar los santos cerdos de Vesta.

Bdelicleonte.— ¡Y tras haberle robado, aún tienes el atrevimiento de traerlo acá!

Filocleonte.— No, no es sacrilegio. Hay que comenzar con Vesta, desde luego, para darle en la mollera a alguno. (*Se sienta lentamente.*) Y ahora, a traer acusados, que yo no tengo nada que hacer sino fijar su pena.

Bdelicleonte.— Ahora vuelvo. Voy a traer las tabletas y el estilo.

Se mete.

Filocleonte. (*Removiéndose en su asiento.*) — ¡Ay, cómo tarda este hombre! ¡Me vas a matar con tus tardanzas... me basta un suelo en que trazar con la uña!

Bdelicleonte. (Regresa con sus útiles de escribir.)—
Aquí tienes.

Filocleonte.—Ahora llama.

Bdelicleonte.—Ahí te va. (Comienza a leer en las tablitas.) ¿Quién es el primero que está aquí?

Filocleonte. (Se levanta de improviso.) — ¡Qué diablo... Estoy amolado... se me olvidó traer las urnas...! (Hace ademán de entrar.)

Bdelicleonte.—¡Epa, tú! ¿dónde corres?

Filocleonte.—Voy a buscar las urnas.

Bdelicleonte. — Nada de eso. Hay algo que las suple. Aquí tengo estos jarritos. (Los coloca en la mesa).

Filocleonte.—Muy bien ahora. Tenemos todo lo necesario... pero, el reloj...

Bdelicleonte. (Señala la bacínica colgada.)—Y, qué, ¿esto no es una clepsidra?

Filocleonte.—Bien sabes salir al paso de todo, al fin hombre de esta tierra.

Bdelicleonte. — Ahora, pronto... traigan lumbre y ramas de mirto en incienso. Tenemos que invocar a los dioses, antes que todo.

Salen los esclavos a buscar lo pedido.

Corifeo.—También nosotros ante estas libaciones y ante estas plegarias haremos votos en favor vuestro. Es que tras guerra y discusión ardiente estáis en acuerdo ya. Pero ahora silencio y santa atención.

Semicoro I: Estrofa. — ¡Febo, Apolo de Pitia... que buena suerte tenga este asunto que ante su propia puerta este hombre trata... Sea para dicha universal, nos libre de nuestros errores. Peán, Pean!

Bdelicleonte.—¡Apolo Ageo, señor y dueño, guardián de mi vestíbulo, acoge esta nueva ofrenda, yo la doy, oh señor, en favor de mi padre. Apacigua en él el genio tan acerbo y tan duro como el roble. Un poco de miel de Ancira pon en su almita: sea de hoy en adelante más amable a los otros, más inclinado a la piedad para con el acusado que con el acusador; que sepa compadecer a los dolientes y refrene su espíritu iracundo, arrancando las ortigas de su cólera!

Semicoro II: Antistrofa.—Unimos con las tuyas nuestras súplicas y acordes contigo elevamos el canto en favor de cuanto has dicho.

Bien dispuestos estamos de alma, desde que oímos que hay en ti un amigo de su pueblo, cual nadie entre los jóvenes.

Entra el esclavo con dos personas disfrazadas de perros. Uno de éstos lleva la figura de Laques y el otro de Cleonte.

Bdelicleonte.—¿Hay algún juez afuera? Entre, que después ya no habrá medio, cuando se hayan comenzado los debates.

Filocleonte.—¿Quién es el acusado?

Bdelicleonte.—Este.

Filocleonte.—¡Bien que lo voy a condenar!

Bdelicleonte.—Favor de oír primero el acta de acusación:

La escribe un perro de Cidatenas contra otro perro, Laques de Exonia y lo culpa de haberse tragado él solo un queso de Sicilia.

La pena que merece es una argolla de palo de higuera.

Filocleonte.—Muerte de perro, sin duda, si queda convicto.

Bdelicleonte.—Ahora bien, el acusador es Labes aquí presente.

Filocleonte. — ¡Ah, picarón, buena cara de ladrón tiene! *(Ríe el disfrazado enseñando los dientes.)* ¿Qué, con mostrarme los dientes piensas que vas a engatuzarme? Y el quejoso, ¿dónde está, ese perro de Cidatenas?

El perro.—¡Ahua, ahua! ¡huy, huy!

Bdelicleonte.—Está presente, lo ves.

Filocleonte.—Y el otro es éste, o sea Labes.

Bdelicleonte.—¡Bueno, pero no me ladren...!

Filocleonte.—...ni se pongan a lamer las ollas.

Bdelicleonte.—¡Silencio; sentados! *(Al acusador.)*—Trepá y haz tu acusación.

El perro sube en un banco.

Filocleonte. — Adelante. Pero ahora al mismo tiempo voy a mi olla y me como mis lentejas. *(Se pone a comer, oyendo el debate.)*

El perro.—¡Señores jueces: han oído ustedes la queja que yo traigo escrita contra este acusado! Ha cometido una mala acción contra mí y contra los señores del "jala, jala". Se colocó en un rincón y se *silició* un preciosos queso... y luego se fue a meter en la parte oscura.

Filocleonte.—¡Basta, por Zeus, está claro... yo mismo acabo de percibir un eructo que huele a purito queso! ¡Fuchi fuchi!

El perro.—Cuando le pedí mi parte, me la negó. Y ahora ¿será capaz de hacerles a ustedes algún buen servicio, el que se negó a darme a mí una piltrafa, siendo el perro consentido

Filocleonte.—Cierto; tampoco a mí me dio nada, siendo como soy de la comunidad. Se lo engulló todo, tal como mis lentejas, el muy atrevido.

Bdelicleonte.—Por los dioses, padre mío, no sentencies antes de oír a las dos partes.

El acusado comienza a aullar.

Filocleonte.—Mi buen amigo, el asunto es claro: está dando gritos por sí solo.

El perro.—¡Nunca lo absuelvan, por favor: es el más glotón de cuanto perro hay! Un hombre tragón es éste: navegando en torno de la quesera, se tragó todas las ciudades de la orilla.

Filocleonte.—Ni me dejó para tapar los agujeros de mi olla.

Coro.—¡Por favor, castíguenmelo —que nunca una sola torta podrá bastar a dos... bandidos. No puedo ladrar en vano y habré de sacar ventaja. De otro modo, no vuelvo a ladrar en mi vida!

Filocleonte.—¡Ay, ay, ay...! ¡qué cantidad de maldades ha acusado! Ese hombre es el robo mismo. ¿Qué te parece, mi gallo? ¡Por Zeus que dice que sí, al inclinar su cabeza! ¿Está allí el convocador? ¡Páseme la bacínica!

Bdelicleonte.—Tómala tú mismo. Yo voy a llamar a los testigos. Esos son: un platón, un morterillo, el raspador del queso, las parrillas, una olla y todos los demás utensilios de la cocina.

(Van llegando en su orden esclavos disfrazados de tales instrumentos.)

¡Orale, tú! ¿Nunca acabas de hacer aguas? Siéntate ya en el tribunal.

Filocleonte. *(Se sienta.)*—Vaya. Creo que a este hombre le va a ir muy mal hoy.

Bdelicleonte.—¡No se te quita lo duro. Siempre en plan de represalias! ¡Te los quisieras comer! *(Al reo)*: Súbete y defiéndete.

El perro Labes sube al banco y se queda callado.

¿Eres mudo? ¿por qué no hablas?

Filocleonte.—Creo que no tiene nada que decir en su favor.

Bdelicleonte.—¡Claro que tiene! Pero pienso que le ha sucedido lo que cierto día a Tucídides, que se le apretaron las quijadas. *(Al perro)*: Hazte a un lado, yo voy a hacer tu defensa.

Señores, es cosa difícil defender la causa de un perro calumniado.

Sin embargo, hablaré. Es muy bueno para perseguir a los lobos

Filocleonte.—Pero éste es un ladrón y un conspirador.

Bdelicleonte.—¡Por Zeus, que no! Este es el mejor de los perros de hoy en día, al grado de que está a la guarda de muchas ovejas.

Filocleonte.—¡Eso de nada sirve: se roba el queso!

Bdelicleonte.—¿Qué? ¡Está luchando para defender tu puerta y en todo es de lo más fino! ¡Que hizo un robito: hay que perdonarlo! No ha aprendido a tocar la cítara.

Filocleonte.— ¡Ya quisiera yo que siquiera se hubiera alfabetizado, para que no me saliera con esas cosas en su defensa!

Bdelicleonte.—Oyeme, juez, demonio, pon atención a los testigos. *(Grita con fuerza)*: ¡Vamos, la raspadera del queso comparezca!

Un esclavo disfrazado de raspadera se aparece.

Dime con prudencia, ¿no es verdad que raspaste el queso que se destina a los soldados? *(El esclavo hace una señal de afirmación.)*

¿Lo ves? Dice que sí, que hizo la raspa.

Filocleonte.—¡Por Zeus que está mintiendo!

Bdelicleonte.—¡Ah hombre infernal... ten compasión del que sufre! Este pobre Labes lo que come es, a lo sumo, cabezas de pescado y acaso alguna costilla perdida. Está siempre en actividad sin descansar un punto.

El otro... ¡ese sí! Poltrón que se vive en casa y es todo. Eso sí, sin trabajar, a todo tiene acceso y de lo que se trae siempre pide su parte para clavar el diente.

Filocleonte.—¡Ay, ay! ¿Qué me está pasando? Me siento reblandecer... me está dominando un mal que me deja sucumbir a tus razonamientos.

Bdelicleonte.—Padre mío, yo te lo ruego: tenle compasión y no vayas a darle una pena condenatoria... ¡Bah, los niños! ¿dónde están?

Salen niños disfrazados de perritos llorando y aullando.

¡Ahora, arriba; súbanse y pidan compasión!

Filocleonte.—No, bajen, bajen, bajen!

Bdelicleonte.—El que baja seré yo... Eso de bajar engaña a muchos... Pero con todo, yo bajo.

Filocleonte.— ¡Vete al diablo! No es bueno atragantarse. Mírenme que estoy llorando, yo, por haber comido esa pas

ta de lentejas y haberme repletado. (Comienza a eructar y hace ademán de vómitos.)

Bdelicleonte.—¿Ahora qué? ¿Se absuelve o no?

Filocleonte.—Es difícil de saberlo.

Bdelicleonte.—¡Anda, papi, un momento de dulzura! Toma el signo del voto y date una vueltecita hasta la segunda urna con los ojos bien cerrados. Con eso lo habrás absuelto.

Filocleonte. (Se levanta con gran trabajo.)—¡No y no: no sé yo tocar la cítara!

Bdelicleonte.—Deja que yo mismo te lleve dando la vuelta por el lugar más derecho.

Lo toma de la mano y lo va llevando hasta ponerlo frente a la urna absolutoria, que es la segunda.

Filocleonte.—¿Esta es la primera?

Bdelicleonte.—Esa.

Filocleonte. (Echa el voto.)—Vamos, ahí va mi voto.

Bdelicleonte.—Ya cayó, y sin quererlo, le dio voto absolutorio.

Filocleonte. — Vaya... ¿cuál fue el resultado?

Bdelicleonte. — Se va a ver abiertamente. (Vuelca la urna y cuenta los votos.)

Absuelto quedaste, Labes.

Filocleonte se desmaya.

¡Padre, padre, ¿qué te pasa? ¡Ay de mí! ¿No hay aquí agua?

Un esclavo viene con agua y Bdelicleonte intenta rean-

mar a su padre.

¡Restáurate, anda!

Filocleonte. (Abre los ojos.)—Dime una cosa solo: ¿ése quedó absuelto?

Bdelicleonte.—Por Zeus que sí.

Filocleonte. (Vuelve a su desmayo.)—¡Yo me muero, yo me muero!

Bdelicleonte.—¡Con un diablo, no te aturdas y ponte en pie otra vez!

Filocleonte.—¿Cómo voy a tolerar ese cargo en mi conciencia? ¡Yo, absolver a un criminal! ¡Dioses santos, perdón! ¡Lo hice contra mi voluntad: no es ésa mi costumbre!

Bdelicleonte.—No te angusties por eso. Yo, padre, mío, te daré espléndida comida, te llevaré conmigo por todas partes a las comidas, a los festines de la noche, a los espectáculos. Y habrás de seguir el curso de tu vida en gozo y paz, sin que se mofe de ti Hipérbolo.

Pero, vamos pasando.

Se meten y los esclavos llevan todos los objetos que se usaron.

Corifeo.—¡Vayan gozosos a donde gusten!

Se vuelve a los espectadores.

Y ahora vosotros, multitud sin número, poned atención a lo que se os diga. No hagáis que se queden perdidas las cosas que se os dirán. Eso se queda para los que sólo están mirando, y son gente sin fondo de comprensión.

Y ahora, mis señores, los que lo recto amáis, favor de oírme.

Es el poeta mismo el que os hace cargos.

Dice que se siente bajo la ingratitud. Y eso que él dio servicios al público que nadie le había dado. Bien es que se encubrió bajo el manto de Euriclés cuando por vez primera hizo conocer sus obras. E hizo otro tanto con algunos más poetas. Se metió en su interior para dejar a conocer muchas bellas cosas cómicas. Dejó la encubridora y se mostró en sí mismo. El llevaba el freno a su propia musa y ya no hubo de tener encubridores.

Subió de la gloria a la cumbre y nadie fue tan celebrado como él entre vosotros. Lleno de orgullo entonces, no anduvo por las palestras conquistando jovencitos. Hubo alguno que vino a pedirle que su musa dedicara sus cantos al amado y en una farsa de invertidos hiciera salir a los suyos, él se resistió constante y afirmó siempre que su musa no tiene oficio de zurcidora de voluntades.

Cuando por primera vez comenzó a enseñar en la escena no se lanzó contra gente de baja estofa, sino que con un brío digno de Hércules, atacó a los magnates. ¡Con qué furia se abalanzó contra la bestia de los dientes de acero, aunque llameaba con sus miradas propias de Cina, de verdaderos ojos de perro! Y contra las mil cabezas que en círculo estaban lagando al monstruo y lamiéndole la cabeza. Monstruo de hedor insoportable y mortífero, que hedía tanto como una foca y en sus partes bajas era tan sucio que excedía a la Lamia y llevaba el fétido olor de las del camello.

¿Ante tal monstruo, qué hizo él? No tuvo ni temor ni interés: desdeñó todo don para defender a su pueblo y no se dejó corromper, sino estuvo siempre en pie de lucha.

Y tras esto lanzó su combate contra los que entre fiebres frías y fiebres ardientes por la noche matan a los padres y ahorcan a los abuelos, y se arrebuja en las mismas camas de ustedes para acumular contra los ciudadanos, por muy pacíficos que sean, procesos, citas a los tribunales y mil testimonios. Y eso que muchos se escabullen para ir a buscar al polemarca.

Y ustedes habían hallado un defensor de esta calidad contra sus males todos y un hombre que purifica la región de sus calamidades, el año pasado lo abandonaron y le hicieron traición al mismo tiempo que él daba a conocer invenciones novedosas que impidieron ustedes, sin haberlas entendido siquiera.

El, con todo eso, mientras hace libaciones frecuentes a Dióniso asegura que no ha habido aun nadie que diera al público mejores versos de comedia que los suyos.

Vergüenza ha de darles a ustedes no haberlo comprendido desde luego. El poeta, por su parte, como ha sido aprobado por los inteligentes, no quiebra su esperanza, aunque lo hayan vencido sus rivales.

Y en lo que sigue del tiempo, gente procaz y sin cordura, a los poetas que buscan nuevas sendas en que decir su pensamiento, ténganles mayor cariño y salgan en su cuidado y defensa. Y sus pensamientos conserven en sus cofres juntamente con odoríferas manzanas... Y esto hará en algún tiempo que vuestras ropas despidan perfumes de destreza y cordura.

Semicoro I: Estrofa.—¡Ay, en pasados tiempos nosotros éramos briosos en los bailes, briosos en las guerras, y sin decir más, hombres de todo valor y fuerza! ¡Eso antes fue, eso antes todo, pero ahora todo eso llegó al fin! Hoy nuestros cabellos vencen la blancura del cisne.

Pero fuerza es ahora rehacer aquellos bríos de juvenil entereza. Aunque pienso que mi vejez vale más que los bucles enrizados de tantos jovenzuelos y que sus adornos superfluos y sus amaneradas formas de afeminados.

(Se vuelve al público): Y si alguno de ustedes, espectadores, está admirado de esta forma de avispa que traemos y qué contiene este aguijón que portamos, me va a ser cosa fácil hacerle comprender el por qué y para qué.

Los que llevamos el aguijón por el trasero somos la verdadera gente de Atica. Los de raza pura y nativos de este suelo, gente netamente varonil, la cual en un momento de peligro, cuando el bárbaro vino y trató de arruinar la ciudad, se puso a la defensa con la lucha. Avido venía aquél de acabar -

con los enjambres a fuerza de fuego y humo y, con el escudo bien embarazado y con la lanza en ristre, nosotros salvamos la ciudad en luchas valientes. Estábamos plenos de santa ira y resistimos hombre a hombre. Ardía el furor en nuestras almas y una lluvia de dardos ensombrecía el cielo. Con ayuda de los dioses, pudimos rechazarlos, cayendo ya la tarde. Una glauca lechuza había cruzado el cielo arriba de la armada, antes de que comenzáramos la batalla.

Seguimos acosándolos en su retirada, lanzando el aguijón como quien pesca atunes, a clavarlo en sus flancos. Y ellos huían, huían, con mejillas y cejas llenas de picaduras. Esa es la razón de que los bárbaros, de cualquier región que sean hoy nada tan viril tienen como una avispa de Atica.

Semicoro II: Antistrofa.—¡Qué tremendo era yo entonces sin temor al miedo, y acababa con los invasores desde mis trirremes!

Es que entonces no pensábamos en andar de parlanchines a modo de sicofantes para halagar a otros. Nuestro pensamiento era ser sólo un buen remero a la barca de la ciudad.

Así que le quitaron al Medo muchas ciudades, y nosotros somos los que en verdad alcanzamos el derecho al tributo que se nos rinde aquí y los jóvenes despilfararán.

Si nos miran ustedes con detenimiento, podrán advertir que en mañas y en conducta somos como las avispas. Por principio, si se las irrita, no hay animal en el mundo que tanto se enoje y muestre tan agrio genio. Y en todo obramos como ellas obran. Pues congregadas en enjambres, unas van ante el Arconte, las otras al tribunal de los once y otras van al Odeón. Y allí junto a las murallas, muy bien apeñuscadas, con la vista puesta en tierra, están como están las larvas, sin hacer movimiento alguno. Eso mismo hacemos nosotros.

Para buscarnos el pan somos también muy astutas: picamos a todo el mundo ganamos nuestro sustento. Desgraciadamente hay también entre nosotros zánganos que sin usar de sus dardos, sino muy en su reposo, se tragan todo el tributo, si que les haya costado. Y lo que nos duele más es que cierto sujetillo que nunca entró en el combate, que no se ampolló

las manos con el manejo de los remos, ni con el uso de la lanza, se trague nuestros salarios.

Y mi parecer es éste, en consecuencia: todo ciudadano que no tenga aguijón no perciba salario, no reciba sus tres óbolos.

Va saliendo Filocleonte muy fastidiado, huyendo de su hijo que lo viene siguiendo y, un esclavo que lleva la túnica y las sandalias del padre.

Filocleonte.—¡Que no, en tanto yo viva! ¡No dejaré ese manto! ¡El solo me salvó estando en el frente contra el enemigo, cuando un gran viento Norte se me echó encima para destruirme!

Bdelicleonte. *(Le ofrece la túnica de lana.)*— Pero, ¿no quieres ser tratado con buena ropa?

Filocleonte. — ¡Por Zeus que no... nada cómodo es llevar eso! El otro día me llenó de manchas cuando comía mi fritura y me costó mis tres óbolos que di al que lava los trajes.

Bdelicleonte.—Vamos a hacer la prueba: ya estás puesto en mis manos para que vea por tu bienestar.

Filocleonte.—Y ¿qué dispones ahora que haga yo?

Bdelicleonte. *(Le vuelve a ofrecer la túnica.)*—Echa fuera ese manto, ponte esta túnica de lana y cúbrete bien, como quien sabe usarla.

Filocleonte.—¡Engendre y críe usted hijos...! ¡Me voy a asfixiar con esto...!

Bdelicleonte.—¡Anda, tómalala y pónstela y no estés rezagando!

Filocleonte. — ¡Por todos los dioses...! ¿qué porquería es esto?

Bdelicleonte.—Unos la llaman pérsida, otros, la nombran pelliza.

Filocleonte.—Yo pensé que era una pelliza de esas que fabrican en Timetis.

Bdelicleonte.— ¡Es natural, si nunca has ido a Sardes! Si eso fuera, ya lo hubieras reconocido. ¿Pero ya la vas conociendo, o no?

Filocleonte.—Ni ahora tampoco, por Zeus. Más bien se parece a la capota de pellejo que usa Morico.

Bdelicleonte.—No. Estas se tejen en Ecbatana.

Filocleonte.—¿En Ecbatana se tejen estas tripas de lana?

Bdelicleonte.— ¡No, señor, son los bárbaros los que las hacen tejer y bien que les cuesta la obra! Esta túnica les ha de haber costado todo un talento de lana.

Filocleonte.— ¡Ajá!, entonces la llamaremos pierde lana más bien que pelliza, ¿no crees?

Bdelicleonte.— ¡Quieto ahora: voy a intentar ponerte esta túnica!

La pone con gran trabajo, ante la renuencia de su padre.

Filocleonte.— ¡Ajá, qué calor; me está quemando esta túnica!

Bdelicleonte.—¿Te la has de poner o no?

Filocleonte.— ¡No, no por Zeus...!

Bdelicleonte.— ¡Pero, señor...!

Filocleonte.—Si me la has de poner a fuerza, mejor méteme en un horno.

Bdelicleonte.—Si tú no, yo te la pongo. (Al esclavo): Vete tú.

Le pone la túnica a su padre.

Filocleonte.—Pon siquiera cerca un gancho.

Bdelicleonte.—¿Y eso para qué?

Filocleonte.—Para que me saques antes de que quede yo hecho caldo.

Bdelicleonte.— Y ahora ven acá: Quítate esos horrosos zapatotes y ponte estas sandalias de Lacaonia.

Filocleonte.— ¡Nunca jamás! No las pondré a mis pies. "Ay, de enemiga gente las sandalias hostiles."

Bdelicleonte.— Anda, papito, mete el pie y pisa el suelo lacedemonio.

Filocleonte.—Me estás haciendo ofensa cuando quieres que yo huelle tierra de enemigos.

Bdelicleonte.— Una ya está, ahora la otra.

Filocleonte.—Eso sí que no: uno de sus dedos tiene odio a los de esa tierra.

Bdelicleonte.—No queda más que hacer.

Filocleonte.— ¡Ay, infeliz de mí! Ya en mi vejez puede que me salgan sabañones.

Bdelicleonte.—Déjate de cosas. Acaba de ponerte las sandalias. Y aprende a caminar como los ricos; todos en vaivén y zarandeándose como afeminados.

Filocleonte.— Mírame. Pon atención a mi modo y dime a quien de los ricos me parezco.

Bdelicleonte.— ¿A quién? ¿A quién será? A un encordio cubierto vestido con dientes de ajo.

Filocleonte.—Bah, ahora sí me deseo ir por esos caminos ondulando las caderas.

Bdelicleonte.—Y ahora, a otra cosa: ¿serás capaz de decir un discurso delante de personas bien formadas y con letras en el alma?

Filocleonte.—¡Claro que sí!

Bdelicleonte.—¿Y de qué puedes hablar?

Filocleonte.—¡Ay, ay, de cuántas cosas! Primeramente, de cómo Lamia sorprendida, hizo resonar un ruido sospechoso. Y luego como Cardopión, cuando hablaba de su madre...

Bdelicleonte.—¡Nada de cuentos... Cosas que toquen al hombre. Algo que toque a la vida de todos los días!

Filocleonte.—Eso claro que lo sé. Lo que toca a la vida de casa. Estoy recordando aquello de que "En cierto tiempo había una rata y una comadreja..."

Bdelicleonte.—¡Ay, qué hombre. No tienes nada de cultura! Bien lo decía ya Teógenes: ¿Quién puede hablar entre gente culta de ratones y comadreas?

Filocleonte.—Pues, entonces, ¿de qué hablo?

Bdelicleonte.—¿Ehé? De cosas grandes. De cuando fuiste como enviado con Androclés y Clístenes.

Filocleonte.—¡Nunca he ido en embajadas! Sola una vez fui a Paros, y me dieron dos óbolos.

Bdelicleonte.—Siquiera será preciso decir la forma que Eufodión luchó en el pancracio contra Ascondas. Y ganó, aunque era muy viejo, ya con los cabellos canos, pero tenía buenos lomos, y buenos brazos y piernas y un pecho, que era coraza dada por naturaleza.

Filocleonte.—¡Calla, calla...! Dices nada. ¿Cuándo se lucha al pancracio con coraza?

Bdelicleonte.—Pues eso solían contar los que se creen entendidos. Pero vamos a otro punto. Si alguna vez te hallas en un festín con extranjeros, ¿qué hecho de tu vida pudieras narrarles, en especial de cuando eras un joven en toda fuerza varonil?

Filocleonte.—Algo, algo muy famoso... cuando le robé a Ergasión sus palos de sostén de vides.

Bdelicleonte.—¡Ay, me estás matando! ¿Qué palos, ni qué palos? Cuenta mejor en qué forma acosaste a un jabalí, o a una liebre, o pudiste llegar a la meta, sin que se apagara tu antorcha, con lo cual demostrarás tu vigor de joven.

Filocleonte.—Ahora me estoy acordando que cuando era un jovencuelo fui de los más atrevidos. Tuve cuentas con -- Faulo, un corredor de profesión, lo acusé por haberme injuriado y le gané por dos votos.

Bdelicleonte.—Está bien. Ahora, recuéstate, y ve aprendiendo cómo se comporta uno en un banquete de sociedad.

Filocleonte.—¿En qué forma me recuesto? Vémelo diciendo.

Bdelicleonte.—Con mucha decencia.

Filocleonte. (Se acuesta en la tierra.)—¿Así quieres que me recueste?

Bdelicleonte.—¡No, señor!

Filocleonte.—¿Cómo, pues?

Bdelicleonte.—Alarga bien las rodillas, y como si fueras un gimnasta, échate bajo las mantas. En seguida ponte a alabar los vasos de bronce que veas por ahí, mira bien el panel de la pared, admira las tapicerías del cuarto. Ya te -- traerán aguamanos, te lavas y comenzamos a comer cuando pongan bien las mesas. Luego vienen las libaciones.

Filocleonte.—¡Por los dioses!: ¿eso es sueño o es realidad?

Bdelicleonte.—Ya comienza la flautista su canción. Los que están en el convite son Teoro, Esquines, Fanos, Cleonte y un desconocido a la cabecera, o que yo no sé quién es. Está también el hijo del Acestor. Ahora con ellos intenta seguir el canto.

Filocleonte.—Bien.

Bdelicleonte.—¿Verdad?

Filocleonte.— ¡Mejor que un ranchero, bah!

Bdelicleonte.—Veremos. Supón que yo soy Cleonte y voy a cantar el Armodio, y tú tienes que continuar.

(Cantando): — "Nunca hubo un hombre en Atenas...

Filocleonte.—Tan ladrón y tan bandido...

Bdelicleonte.—¿Eso vas a cantar? Te hará pedazos, te destruirá, te echará de la ciudad...

Filocleonte.—Y a mí ¿qué? Por Zeus que le canto otra.

"Hartado el hombre de totalitarismo, hará de la ciudad un supremo abismo.

Pero su fortuna está en el contrafiel."

Bdelicleonte. — Pero, ¿no ves que Teoro, recostado junto a los pies de Cleonte, va a cantar, mientras le aprieta la mano:

"Tú conoces muy bien la historia de Admeto, y de todos los valientes eres amigo..."?

¿Qué le respondes tú?

Filocleonte.—Así como quiera yo le respondería:

"No está el tiempo para ser zorro y ser amigo de los dos partidos."

Bdelicleonte.—Pero después Esquines, el hijo de Selo ha de responder —como que es hombre listo y músico también— y cantará así:

"Riqueza y vida a Clitágoras como a mí con Tesalia..."

Filocleonte. (Cantando.)—"Ah, cuánto has tú derrochado y yo lo mismo que tú..."

Bdelicleonte.—Vaya, no lo entiendes mal, al menos en esta parte. Supón que vamos ahora a cenar con Filoctemo. (Alza la voz): ¡Vamos, criados, Croiso, pon en una canastita lo que tenemos que comer! Un día del año que nos emborrachemos.

Filocleonte.—¡Eso sí que no: es muy malo beber mucho! El resultado es puertas que se rompen, golpes que se dan, pedradas que se arrojan y al día siguiente, cuando pasó el efecto del vino, pagar el costo de tales tropelías.

Bdelicleonte.—Eso sí que no. Si te hallas entre gente de pro. Ellos te ayudarán a dar excusas tras los estropicios y tú mismo podrás calmar a todos con un cuentecillo, al estilo de Esopo, o de los de Síbaris, de esos que se cuentan en sobremesa y tú has aprendido bien. De esta manera todo queda en paz. Se reirán los que reclaman y se irán por su camino.

Filocleonte.—Voy a tener que aprender muchos cuentecitos para poderme librar de estas pagas, si alguna vez hago algo de mal.

Bdelicleonte.— Andale, pues, adelante y que nadie nos detenga.

Van saliendo con un esclavo que lleva la comida en una cesta.

Coro.—Muchas veces he pensado que yo soy persona lista y que nada tengo de tonto. Pero más listo es Aminias, el hijo de Selo, y de la casta de Crobildo. Ese que yo vi una vez que iba a cenar con Leágoras, y que llevaba en las manos una manzana y una granada, y vamos que es más tragón que Antifón. Y eso que fue embajador que iba a Farsalia misma y vivía entre los penestas, siendo él también pobretón.

Y tú, infeliz Automenes, cuánto envidiamos tu dicha, por haber dado esos hijos tan peritos en el arte.

— laguna en el texto —

Ese primero, tan diestro en el toque de la cítara, con tan graciosa manera para acompañar su canto. Y el otro, que es un actor al que todos felicitan, y al fin viene Arifrades, el que mejor tiene dones, y su padre declaraba que todo lo aprendió él solo, con usar mucho la lengua cuando andaba por los burdeles.

Y hay personas que ahora piensan que ya me reconcilié con Cleonte porque éste me daba guerra y me estaba mortificando. Pero la verdad es otra. El me estaba fregando, pero yo le daba batería con gritos, para hacerlo irritar más y de tiempo en tiempo le hacía sus versos. Ahí va uno: Se le fue la liebre de las manos. A la vid le falta un apoyo.

Xantias. *(Llega dando gritos y frotándose los costados.)* Ay, ay, quién fuera tortuga... tienen su caparazón... Lisistratas y bien entendidas, cuando tal defensa tuvieron. Pero yo vengo molido a fuerza de bastonazos.

Coro.—¿Qué te pasó, mi chiquito? porque un hombre es un chiquito, cuando se deja pegar. Y no importa que sea viejo.

Xantias.—¡Vaya que el viejo éste es lo peor de lo peor! Entre los que estaban en el banquete es el que más cae bajo el peso del vino. Estaba allí Hipilo, Antifonte, Licón, Lisistrato, Teofrasto y la pandilla de Frínico. A todos estos superó en su exaltación desaforada y con mucho. Ya que se hubo repletado de muy buenas cosas, se puso a dar saltos, a bailar, a dar eructos, a burlarse de todos, a grandes carcajadas y a hacer mil tonteras, como un burro bien hartado de comida. Luego vino a darme golpes como si fuera él un joven. Decía a grandes voces: "Muchacho, muchacho".

Cuando lo vio Lisistrato le dijo estas palabras: Te pareces a frigio recién elevado a la riqueza, o a un burro que

corre ansioso a la paja.

Y él por su parte dando grandes gritos le respondió: Y tú te pareces a un chapulín que tiene un manto tan ralo que se le cuentan los hilos, o bien a Estenelo, que andaba siempre en pelota.

Todos lo aplaudían, menos Teofrasto que le hacía un gesto como hombre de educación.

Pero el viejo no paró. Se encaró con Teofrasto y le dijo: Dime, ¿por qué te haces el grandioso y bien nacido, si eres un puro payaso que vives a costa de los que se elevan por su maña?

Y en esta forma siguió diciendo necedades injuriosas a todos los comensales y contando cuentecitos que no venían al caso, por lo rústicos y tontos.

Ya que estaba bien bebido se metió para la casa dando golpes a todo el mundo, si se le ponía delante.

¡Ahí les viene haciendo esos! Yo me escurro, no sea que me repita los golpes.

Entra Filocleonte con una antorcha en la mano y totalmente ebrio. Viene con él una flautista enteramente desnuda y algunas personas a quienes él golpeó.

Filocleonte.—¡Alza la antorcha, deja pasar...! *(Se vuelven a los que lo siguen.)*

¡Fuera el que siga mis pasos! Si no se me largan luego, los quemó con esta antorcha, ¡ay, malditos!

Uno de los convidados.—¡Será, pero mañana nos vas a pagar todo, a pesar de tus fierezas! Ya vendremos todos juntos a consignarte al tribunal.

Filocleonte.—¡Ja, ja, ja! ¡A consignarme! ¡Que cosas viejas me dicen! Ya no tengo yo que ver con procesos...

¡Fuchi, fuchi! Miren la que ahora me gusta (*Señala a la flautista*). ¡Ya las urnas se acabaron! ¿hay alguno que tenga ganas de juicio? ¿en dónde estará el juez? ¡Vaya al diablo!

(*Se vuelve a la flautista.*)—Vente, pimpollito de oro, agarra bien esta cuerda para que puedas subir. No te vayas a caer. Ya está vieja la cuerda, pero aún le gusta que la froten. Viste bien cómo te cuidé cuando los convidados intentaban propasarse contigo en cosas sucias. Lo tienes que agradecer a esta cosita. Ya lo sé que no harás muy buen uso y me dejarás frustrado como dejaste a otros, ¡y en qué forma! Pero si ahora no eres malita como mujer, yo te prometo que, cuando muera mi hijo, pagaré tu rescate en el burdel y he de hacererte mi compañera, ¿verdad, chulita? Ahora no puedo disponer de mis bienes. Estoy muy joven y me tienen muy en guarda. Mi hijito me cuida mucho y es muy fastidioso y tan tacaño que se pone a partir un comino y a quitarle a los berros la pelusa. Siempre está con temor de que yo me pierda, porque no tiene otro papá.

Pero ahí viene; viene acá a donde estamos los dos. Quédate allí de una pieza y toma bien tu antorcha. Yo le voy a hacer una treta como me las hacía él a mí antes de darme luces del misterio

Bdelicleonte.—¡Tal por cual, tal por cual, viejo verde ya estoy viendo que te gusta comer truchas...! ¿Enamorado a tu edad? Creo que mejor te caería un féretro bien labrado. ¡Por Apolo, sí que no harás eso sin castigo!

Filocleonte.—¿Qué no te gustaría comerte un proceso a la vinagreta?

Bdelicleonte.— Ya es mucho. Después que les escamoteaste la falutista a los convidados, te me pones a hacer chistes.

Filocleonte.— ¿Qué flautista? Estás chiflado, y me hablas como el que dejó de ser burro.

Bdelicleonte.— ¿Qué flautista? ¡Por Zeus, mírala: está ante ti y es de Dárdanos!

Filocleonte.—No, señor, era una antorcha que lucía en el ágora ante los dioses.

Bdelicleonte.—¿Conque una antorcha? ¿No?

Filocleonte.—Una antorcha, sí señor. ¿No ves qué bien distribuida?

Bdelicleonte.—¿Y lo negro que tiene en medio?

Filocleonte.—¡Vaya, eso sólo es la brea que se la va derritiendo!

Bdelicleonte.—Y, ¿por qué está por detrás más gordita que por enfrente?

Filocleonte.—Es un nudo de la antorcha que le sobresale.

Bdelicleonte.—¿Conque un nudo, no? (*A la flautista.*)—¿Te vienes conmigo o no?—(*La toma de la mano.*)

Filocleonte.— ¡Qué hubo, qué hubo!... ¿qué dijiste? ¿Qué es lo que intentas hacer?

Bdelicleonte.—Te la quito y me la llevo. Tú ya no sirves para eso.

Toma a la flautista para llevarla al interior.

Filocleonte. (*Al público.*)—Favor de oírme ahora. En la Olimpiada yo fui uno de los que iban delante. Vi cómo Eufodión luchó contra Ascondas y con gran resultado, a pesar de ser viejo. Le bastó un puñetazo para echar por tierra al joven. Conque... cuidado de tener los ojos rotos.

Bdelicleonte.—¡Vaya, qué bien aprendiste las lecciones de la Olimpiada.

Llega una panadera con su canastón vacío con Querefonte como testigo. Habla con éste:

Panadera.—Ahora, haz tu oficio y ayúdame. Te lo pido por los dioses. Este es el hombre que me echó a perder mi negocio. Soltó su antorcha, la dejó caer y dejó vacío mi canastón. ¡Panes de a diez óbolos y panes de a cuatro... y todo rodó por las calles, por haber agitado su antorcha!

Bdelicleonte. (A su padre.) — ¿Lo estás mirando? ¿Ves lo que has hecho? Tu vinito nos está llenando la casa de conflictos judiciales.

Filocleonte.—Nada de eso. Esos conflictos se arreglan, y ella se me queda a mí.

Panadera.—¡No por las dos diosas; te vas a reír como quiera de Mirta, hija de Anquilión y Sosastre! Es que me ha echado a perder todita mi mercancía.

Filocleonte.—Oyeme, mujer. Te quiero decir algo. De gran contenido es.

Panadera. — ¡Por Zeus, no me vengas con cuentos, resbaloso!

Filocleonte.—Una noche volvía Esopo de un banquete y una perra impúdica y borracha se puso a ladrarle. Lo que él dijo fue esto:

—Perra, perra, si en vez de mover tu maldita lengua fueras capaz de comprar un poco de trigo, por Zeus que serías discreta.

Panadera.—¿Todavía te estás burlando de mí? Seas quien seas, yo te cito al tribunal para que me pagues la mercancía perdida. Aquí tienes a Querefonte que es mi testigo.

Filocleonte.—Por Zeus que no. Pero óyeme lo que te voy a decir. Lasos discutía una vez con Simonides el precio de un premio. Y Lasos dijo: A mí poco me importa.

Panadera. (Al testigo.)—Verdad es, amigo mío.

Filocleonte. (Al mismo testigo.) Buena cara tienes Querefonte, ¿y te pones a ser testigo de ésta tan paliducha como un muerto; de esta Ino que se arroja a los pies de Eurípides?

Salen la panadera y su testigo. Llega un hombre bien maltratado con su testigo también.

El hombre.—¡Ay, infeliz de mí. Te acuso, oh anciano, por ofensa!

Bdelicleonte.—Aquí tienes otro acusador. También mueve querrela contra ti, y trae su testigo.

Filocleonte. (A esto queda callado.)

Bdelicleonte. — ¿Conque por ofensas? No lo demandes, por los dioses. Yo te pagaré en su lugar la reparación que tú exijas y te quedaré muy agradecido.

Filocleonte.—Déjame a mí. Yo arreglaré las cosas. Ciertamente di golpes y eché por allí piedras. (Al quejoso): Pero, vamos a ver: ¿Fijo yo, o fijas tú la cantidad que he de darte? Si lo primero, seguiremos muy amigos. Si lo otro, tú sabes...

El hombre.—Di tú, pues. Yo de pleitos y procesos no quiero saber nada.

Filocleonte.—Cierta hombre de Síbaris se cayó del carro y se rompió la cabeza. Y de modo muy grave. No sabía manejar. Vino un amigo suyo y le dijo muy cuerdo: "Cada uno obre en lo que sabe hacer." Eso te digo, vete a que te cure Pítalo.

Bdelicleonte.—¡Eres el mismo, obras como en otros casos!

El hombre. (A su testigo.)—Ten presente la respuesta que me ha dado.

Se dispone a salir.

Filocleonte.—¡Oyeme, no te escurras!: También en Síbaris un día cierta mujer rompió una grande urna bocona...

El hombre. (A su testigo.)—Cuidado, guarda este testimonio...

Filocleonte.—... y la olla tomó su testigo, pero aquella mujer le dijo: Nada de pruebas; mejor hubiera sido que te pusieras una venda en la herida.

El hombre. — Te estás burlando... Ya verás cuando venga el arconte por ti para que comparezcas a juicio.

Sale junto con su testigo.

Bdelicleonte.—¡Eso sí que no, por Koré!: ya no te quedas un momento más aquí, si es posible, te llevo en peso y te... (Lo toma y quiere cargarlo.)

Filocleonte.—¿Qué es lo que haces?

Bdelicleonte.—¿Qué es lo que hago? Te llevo por delante. Si no lo hago, muy pronto no habrá suficientes testigos para apoyar las demandas que se hacen.

Filocleonte.—A Esopo un día los de Delfos...

Bdelicleonte.—¡Poco me importa a mí...!

Filocleonte.—... lo acusaron de haber robado un vaso que pertenecía al dios. Pero dijo que un día el escarabajo...

Bdelicleonte.—¡No me revientes con tus escarabajos!

Se lo lleva para el interior.

Coro: Estrofa.—¡Me da envidia tu ventura, oh anciano, liberado de tristes peripecias y de una agitada vida!

Vas a saborear otras cosas ahora, mudado por buen acuerdo, de dulzura y suavidad.

Tal vez no halle gusto pronto, pues es, duro dejar modos que de tendencia natural proceden.

Muchos, empero, pudieron siguiendo normas de otros, y mudaron sus costumbres.

Antistrofa.—Según pienso yo y los cuerdos tendrá grandes alabanzas por el amor que al hijo tuvo y por la discrección de este hijo de Filocleonte. Nunca he tratado con otro de tan buena condición y de tan rectas costumbres, al grado de que me siento lleno de placer y gozo. En cuanto a su padre dijo logró vencer con razones al autor de su vida, a llevar vida mejor ajustado a nuevas normas.

Sale Xantias espantado.

Xantias.—¡Ah, por Diónisio, favor! ¡Qué trifulca hemos tenido: es seguro que algún numen nos ha hecho bola la casa!

Cuando el viejo hubo oído por largo tiempo la flauta, se puso tan alegre, pues había bebido mucho, que se puso a bailar las danzas de su tiempo, las que fueron más famosas, y eso sin descansar un momento. Eran las que conoció a Téspis el gran bailarín.

Y ahora viene diciendo que los trágicos de ahora son una punta de bobos y los desafía a bailar con él, aunque sea un poquito.

Salen Filocleonte y su hijo. Aquél viene disfrazado de Polifemo, para parodiar el personaje de Eurípides en El Cíclope.

Filocleonte. — ¿Quién está allí sentado al frente de las puertas?

Xantias. (Al público.)—Ya está aquí esta desgracia y viene para acá!

Filocleonte.—Rómpanse las barreras, va a comenzar el baile.

Xantias.—Hay que decir que empieza ahora la locura.

Filocleonte.—Bajo el impulso de ella se elevan mis lomos. Mis narices resuellan fuertemente, y mis mismas coyunturas se estremecen.

Xantias.—Bebe un poco de eléboro.

Filocleonte.—(Ensayo un paso de danza encorvándose.)—Frinico se encogía, era cual si fuera un gallo...

Xantias.— ¡Pronto habrá piedras...!

Filocleonte.— ... y alzaba la pierna al cielo... (Intenta hacer lo mismo).

Xantias.— ¡Se te está mirando el trasero!

Filocleonte.—Ten cuidado de ti mismo. Ahora sí que mis piernitas juegan con agilidad. ¿Qué, no estoy bailando bien?

Xantias.— ¡No, por Zeus, son cosas de loco!

Filocleonte.—Deja un poquito y voy a retar a mis rivales.

Vamos, señores: ¿hay alguno de bailarín de tragedia que quiera contender conmigo? Venga, vamos a probarnos. ¿Nadie hay?

Entra un chico vestido de cangrejo.

Xantias.— ¡Este solo, ya lo vez!

Filocleonte.— Y, este infeliz, ¿quién es?

Xantias.—Un hijo de Cangrino, es el de en medio.

Filocleonte.— Pues ése habrá que tragarlo. Con un bailecito lo mato. Y eso a punta de zoquetes, que de baile, nada sabe.

Llega otro chico de igual vestido.

Xantias.— ¡Ay señor, tienes aquí a otro de la misma prole de Cangrino!

Filocleonte.— ¡Bah, tendremos cangrejos que comer -- hoy!

Xantias.—Eso, sólo eso: cangrejos. Ahora viene otro -- allí, otro hijo de Cangrino.

Llega el tercer danzarín con igual forma de vestido.

Filocleonte.—Y, eso, ¿qué es? ¿Es araña o pinacate?

Xantias.— ¡No, señor, es el postrero de toda la descendencia! Es el xocoyote, pero sabe hacer tragedias.

Filocleonte.—Ay, Cangrino, noble padre; son preciosos tus vástagos, vienen como chupamirtos a bailotear sobre mí.

Dice a su hijo que está oyendo todo:

Por favor, una salsita, si es que salgo vencedor.

Sale al frente.

Corifeo.—Ahora, señores, demos lugar por chico que sea, para que él pueda con facilidad hacer sus charradas.

El coro se coloca a dos lados en semicoros y canta: En el centro baila Filocleonte con tres chicos.

Estrofa.— ¡Vaya, langostinos, hijos del mar, a bailar sobre la arena, al borde del mar estéril, hermanos de las langostas!

Antistrofa. — ¡Brincos, brincos y más brincos, torciendo las patas, que es el modo con que se baila el famoso Frenico. Cuando miren vuestras piernas al aire, los espectadores habrán de exclamar: Oh, Oh!

Coro general. — ¡Vuelta y vuelta y otra vuelta, haz la ronda y alza la pierna, si puedes llegar al cielo, conviérte te en remolino!

Va por delante el rey del mar, vuestro padre, lleno de orgullo por sus hijos, los tres monitos que bailan.

Si queréis seguir bailando, dejad que nos retiremos, que hasta hoy no se había visto despedir una comedia en baile de danzarines.

CERVANTES SAAVEDRA, MIGUEL DE.

Cuarto hijo de un médico cirujano, Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616), nació en Alcalá de Henares y estudió en Sevilla y Madrid, aunque la primera parte de su vida, resulta problemática para la crítica. Camarero del cardenal Julio Acquaviva (1569) en Italia, asistió a la batalla de Lepanto a bordo de la galera La Marquesa (7 de octubre de 1571) siendo herido en el pecho y la mano izquierda que se le quedó inútil. Sentó plaza en Flandes (1572) participando en la expedición a Túnez. De regreso a España, fue apresado por los turcos y conducido como esclavo a Argel: tras cuatro intentos de evasión, fue rescatado, instalándose el glorioso Manco de Lepanto en Madrid donde comenzó su obra literaria. Casó con doña Catalina de Salazar y Palacios y obtuvo el cargo de comisario para proveer la Armada Invencible (1587), para lo cual se trasladó a Sevilla. Ciertas irregularidades en las cuentas, unidas a la quiebra de un banquero sevillano, su fiador, le llevaron a la cárcel por tres meses. Ya en la corte, Valladolid, publica la primera parte del *Quijote* (1605). En ese mismo año, a la vera de su casa fue acuchillado un caballero navarro que murió sin querer declarar el nombre de su asesino: durante el proceso, se vieron complicadas las hermanas del novelista así como su hija natural, Isabel de Saavedra: once personas fueron encarceladas a consecuencia del proceso: entre ellas toda la familia Cervantes. En 1610 acompaña al conde de Lemos a Nápoles; al regreso se dedicó íntegramente a su trabajo literario, muriendo el 23 de abril de 1616 en Madrid.

Antistrofa. — ¡Brincos, brincos y más brincos, torciendo las patas, que es el modo con que se baila el famoso Frenico. Cuando miren vuestras piernas al aire, los espectadores habrán de exclamar: Oh, Oh!

Coro general. — ¡Vuelta y vuelta y otra vuelta, haz la ronda y alza la pierna, si puedes llegar al cielo, conviérte te en remolino!

Va por delante el rey del mar, vuestro padre, lleno de orgullo por sus hijos, los tres monitos que bailan.

Si queréis seguir bailando, dejad que nos retiremos, que hasta hoy no se había visto despedir una comedia en baile de danzarines.

CERVANTES SAAVEDRA, MIGUEL DE.

Cuarto hijo de un médico cirujano, Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616), nació en Alcalá de Henares y estudió en Sevilla y Madrid, aunque la primera parte de su vida, resulta problemática para la crítica. Camarero del cardenal Julio Acquaviva (1569) en Italia, asistió a la batalla de Lepanto a bordo de la galera La Marquesa (7 de octubre de 1571) siendo herido en el pecho y la mano izquierda que se le quedó inútil. Sentó plaza en Flandes (1572) participando en la expedición a Túnez. De regreso a España, fue apresado por los turcos y conducido como esclavo a Argel: tras cuatro intentos de evasión, fue rescatado, instalándose el glorioso Manco de Lepanto en Madrid donde comenzó su obra literaria. Casó con doña Catalina de Salazar y Palacios y obtuvo el cargo de comisario para proveer la Armada Invencible (1587), para lo cual se trasladó a Sevilla. Ciertas irregularidades en las cuentas, unidas a la quiebra de un banquero sevillano, su fiador, le llevaron a la cárcel por tres meses. Ya en la corte, Valladolid, publica la primera parte del *Quijote* (1605). En ese mismo año, a la vera de su casa fue acuchillado un caballero navarro que murió sin querer declarar el nombre de su asesino: durante el proceso, se vieron complicadas las hermanas del novelista así como su hija natural, Isabel de Saavedra: once personas fueron encarceladas a consecuencia del proceso: entre ellas toda la familia Cervantes. En 1610 acompaña al conde de Lemos a Nápoles; al regreso se dedicó íntegramente a su trabajo literario, muriendo el 23 de abril de 1616 en Madrid.

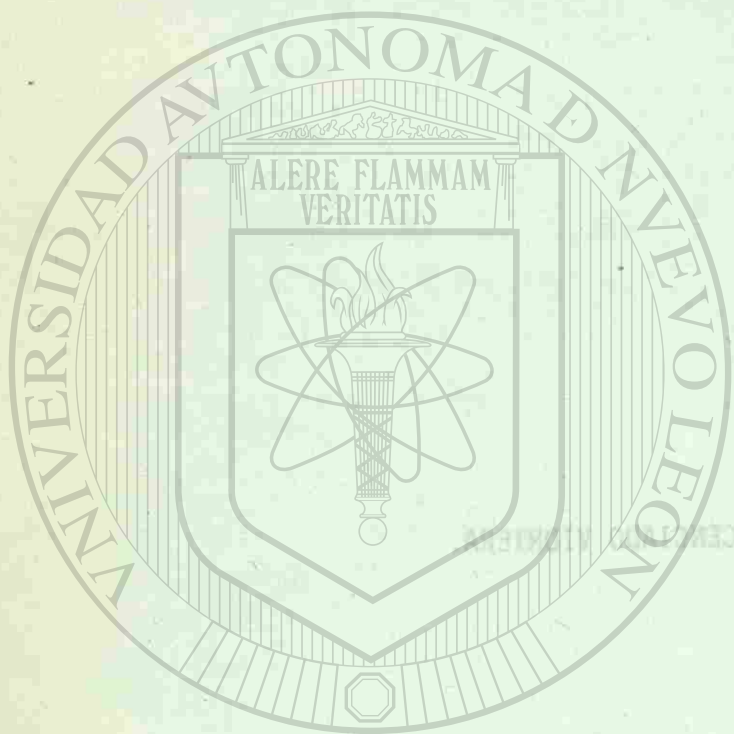


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL LICENCIADO VIDRIERA.

Miguel de Cervantes Saavedra.



Paseándose dos caballeros estudiantes por las riberas del Tormes, hallaron en ellas, debajo de un árbol, durmiendo, a un muchacho de hasta edad de once años, vestido como labrador. Mandaron a un criado que le despertase. Despertó, y preguntáronle de dónde era y qué hacía durmiendo en aquella soledad. A lo cual el muchacho respondió que el nombre de su tierra se le había olvidado, y que iba a la ciudad de Salamanca a buscar un amo a quien servir por sólo que le diese estudio. Preguntáronle si sabía leer; respondió que sí, y escribir también.

—De esa manera -dijo uno de los caballeros- no es por falta de memoria habésete olvidado el nombre de tu patria.

—Sea por lo que fuere -respondió el muchacho-, que ni el de ella ni el de mis padres sabrá ninguno hasta que yo pueda honrarlos a ellos y a ella.

—Pues ¿de qué suerte los piensas honrar? -preguntó el caballero.

—Con mis estudios -respondió el muchacho; siendo famoso por ellos. Porque yo he oído decir que de los hombres se hacen los obispos.

Esta respuesta movió a los dos caballeros a que le recibiesen y llevasen consigo, como lo hicieron, dándole estudio de la manera que se usa dar en aquella universidad a los criados que sirven.

Dijo el muchacho que se llamaba Tomás Rodaja, de donde infirieron sus amos, por el nombre y por el vestido, que debía ser hijo de algún labrador pobre. A pocos días le vistieron de negro, y a pocas semanas dio Tomás muestras de tener raro ingenio, sirviendo a sus amos con tanta fidelidad, pun-

tualidad y diligencia que, con no fallar un punto a sus estudios, parecía que sólo se ocupaba en servirlos; y como el buen servir del siervo mueve la voluntad del señor a tratarle bien, ya Tomás no era criado de sus amos, sino su compañero. Finalmente, en ocho años que estuvo con ellos se hizo tan famoso en la universidad por su buen ingenio y notable habilidad, que de todo género de gentes era estimado y querido. Su principal estudio fue de leyes; pero en lo que más se mostraba era en letras humanas. Y tenía tan felice memoria que era cosa de espanto, e ilustrábala tanto con su buen entendimiento, que no era menos famoso por él que por ella.

Sucedió que se llegó el tiempo que sus amos acabaron sus estudios y se fueron a su lugar, que era una de las mejores ciudades de Andalucía. Lleváronse consigo a Tomás y estuvo con ellos algunos días; pero como le fatigasen los deseos de volver a sus estudios y a Salamanca -que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado-, pidió a sus amos licencia para volverse. Ellos, corteses y liberales, se la dieron, acomodándole de suerte que con lo que le dieron se pudiera sustentar tres años.

Despidióse de ellos mostrando en sus palabras su agradecimiento, y salió de Málaga -que ésta era la patria de sus señores-, y al bajar de la cuesta de la Zambra, camino de Antequera, se topó con un gentil hombre a caballo, vestido bizarramente de camino, con dos criados, también a caballo. Juntóse con él y supo cómo llevaba su mismo viaje. Hicieron camarada, departieron de diversas cosas, y apocos lances dio Tomás muestras de su raro ingenio y el caballero las dio de su bizarría y cortesano trato. Y dijo que era capitán de infantería por Su Majestad, y que su alférez estaba haciendo la compañía en tierra de Salamanca. Alabó la vida de la soldadesca, pintóle muy al vivo la belleza de la ciudad de Nápoles, las holguras de Palermo, la abundancia de Milán, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías. Dibujóle dulce y puntualmente el «aconcha patrón», «pasa acá manigoldo», «venga la matarela», «lipolastri» e «li macarroni». Puso las alabanzas en el cielo de la vida libre del soldado y de la libertad de Italia. Pero no le di-

jo nada del frío de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, del hambre de los cercos, de la ruina de las minas, con otras cosas de este jaez, que algunos las toman y tienen por añadiduras del peso de la soldadesca y son la carga principal de ella. En resolución, tantas cosas le dijo y tan bien dichas, que la discreción de nuestro Tomás Rodaja comenzó a titubear y la voluntad a aficionarse a aquella vida que tan cerca tiene la muerte.

El capitán, que don Diego de Valdivia se llamaba, contentísimo de la buena presencia, ingenio y desenvoltura de Tomás, le rogó que se fuese con él a Italia, si quería por curiosidad de verla, que él le ofrecía su mesa, y aun si fuese necesario su bandera, porque su alférez la había de dejar presto.

Poco fue merced para que Tomás aceptase el envite, haciendo consigo en un instante un breve discurso de que sería bueno ver a Italia y Flandes y otras diversas tierras y países, pues las luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos, y que en esto, a lo más largo, podía gastar tres o cuatro años, que, añadidos a los pocos que él tenía, no serían tantos que impidiesen volver a sus estudios. Y como si todo hubiera de suceder a la medida de su gusto, dijo al capitán que era contento de irse con él a Italia; pero había de ser condición que no se había de servir debajo de bandera ni poner en lista de soldado, por no obligarse a seguir su bandera. Y aunque el capitán le dijo que no importaba ponerse en lista, que así gozaría de los socorros y pagas que a la compañía se diesen, porque él le daría licencia todas las veces que se la pidiese.

-Eso sería -dijo Tomás- ir contra mi conciencia y contra la del señor capitán, y así más quiero ir suelto que obligado.

-Conciencia tan escrupulosa -dijo don Diego- más es de religioso que de soldado; pero, como quiera que sea, ya somos camaradas.

Llegaron aquella noche a Antequera, y en pocos días y grandes jornadas se pusieron donde estaba la compañía, ya acobada de hacer, y que comenzaba a marchar la vuelta de Cartagena, alojándose, ella y otras cuatro, por los lugares que les venían a mano. Allí notó Tomás la autoridad de los comisarios, la comodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los bisonos, las pendencias de los huéspedes, el pedir bagajes más de los necesarios y, finalmente, la necesidad casi precisa de hacer todo aquello que notaba y mal le recía.

Habíase vestido Tomás de papagayo, renunciando los hábitos de estudiante, y púsose a lo de Dios es Cristo, como se suele decir. Los muchos libros que tenía los redujo a unas Horas de Nuestra Señora y un Garcilaso sin comento, que en las dos faltriqueras llevaba. Llegaron más presto de lo que quisieran a Cartagena, porque la vida de los alojamientos es ancha y varia, y cada día se topan cosas nuevas y gustosas.

Allí se embarcaron en cuatro galeras de Nápoles, y allí notó también Tomás Rodaja la extraña vida de aquellas marítimas casas, adonde lo más del tiempo maltratan las chinches, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones y fatigan las maretas. Pusiéronle temor las grandes borrascas y tormentas, especialmente en el golfo de León, que tuvieron dos: que la una los echó en Córcega y la otra los volvió a Tolón, en Francia. En fin, transnochados, mojados y con ojeras llegaron a la hermosa y bellísima ciudad de Génova, y desembarcándose en su recogido mandrache, después de haber visitado una iglesia, dio el capitán con todos sus camaradas en una hostería, donde pusieron en olvido todas las borrascas pasadas con el presente gaudeamus. Allí conocieron la suavidad del Treviano, el valor del Montefrascón, la fuerza del Asperino, la generosidad de los dos griegos Candía y Soma, la grandeza del de las cinco viñas, la dulzura y apacibilidad de la señora Garnacha, la rusticidad de la Chéntola, sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del Romanesco. Y habiendo hecho el huésped la reseña de tantos y tan diferentes vinos, se ofreció de hacer parecer allí,

usar de tropelía ni como pintados en mapa, sino real y verdaderamente, a Madrigal, Coca, Alaejos y a la imperial más que real ciudad, recámara del dios de la risa. Ofreció a Esquivias, a Alanís, a Cazalla, Guadalcanal y la Membrilla, sin que se olvidase de Ribadavia y Descargamaría. Finalmente, más vinos nombró el huésped, y más les dio, que pudo tener en sus bodegas el mismo Baco. Admiráronle también al buen Tomás los rubios cabellos de las genovesas y la gentileza y gallarda disposición de los hombres, la admirable belleza de la ciudad, que en aquellas peñas parece que tiene las casas engastadas como diamantes en oro.

Otro día se desembarcaron todas las compañías que habían de ir al Piamonte, pero no quiso Tomás hacer este viaje, sino irse desde allí por tierra a Roma y a Nápoles, como lo hizo quedando de volver por la gran Venecia y por Loreto a Milán y al Piamonte, donde dijo don Diego de Valdivia que le hallaría, si ya no les hubiesen llevado a Flandes, según se decía.

Despidióse Tomás del capitán de allí a dos días, y en cinco llegó a Florencia, habiendo visto primero a Luca, ciudad pequeña, pero muy bien hecha, y en la que mejor que en otras partes de Italia son bien vistos y agasajados los españoles. Contentóle Florencia en extremo, así por su agradable asiento como por su limpieza, suntuosos edificios, fresco río y apacibles calles. Estuvo en ella cuatro días, y luego se partió a Roma, reina de las ciudades y señora del mundo. Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza. Y así como por las uñas del león se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, así él sacó la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes, por su famoso y santo río, que siempre llena sus márgenes de agua y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuvieron sepultura por sus puentes, que parece que se están mirando unos a otros, y por sus calles, que con sólo el nombre cobran autoridad sobre todas las de las otras ciudades del mundo: la Vía Apia, la Flaminia, la Julia, con otras de este jaez. Pues no le admiraba menos la división de sus montes dentro de sí misma:

el Celio, el Quirinal y el Vaticano, con los otros cuatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza y majestad romana. Notó también la autoridad del Colegio de los Cardenales, la majestad del Sumo Pontífice, el concurso y variedad de gentes y naciones. Todo lo miró y notó, y puso en su punto. Y habiendo andado la Estación de las Siete Iglesias y confesándose con un penitenciario y besado el pie a Su Santidad, lleno de <<agnus dei>> y cuentas, determinó irse a Nápoles, y por ese tiempo de mutación, malo y dañoso para todos los que en él entran o salen de Roma como hayan caminado por tierra, se fue por mar a Nápoles, donde, a la admiración que traía de haber visto a Roma, añadió la que le causó ver a Nápoles, ciudad, a su parecer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa y aun de todo el mundo. Desde allí se fue a Sicilia, y vio a Palermo, y después a Mesina. De Palermo le pareció bien el asiento y belleza, y de Mesina el puerto, y de toda la isla la abundancia, por quien propiamente y con verdad es llamada granero de Italia. Volvióse a Nápoles y a Roma, y allí fue a Nuestra Señora de Loreto, en cuyo santo templo vio paredes ni murallas, porque todas están cubiertas de mortajas, de cadenas, de grillos, de esposas, de candeleros, de medios bultos de cera y de pinturas y retablos que daban manifiesto indicio de las innumerables mercedes que muchos habían recibido de la mano de Dios por intercesión de su divina Madre: que aquella sacrosanta imagen suya quiso engrandecer y autorizar con muchedumbre de milagros, en recompensa de la devoción que le tienen aquellos que con semejantes doseles tienen adornados los muros de su casa. Vio el mismo aposento y estancia donde se relató la más alta embajada y de más importancia que vieron y no entendieron todos los cielos, y todos los ángeles, y todos los moradores de las gradas sempiternas.

Desde allí, embarcándose en Ancona, fue a Venecia, ciudad que a no haber nacido Colón en el mundo, no tuviera en el mundo semejante; merced al cielo y al gran Hernando Cortés, que conquistó la gran Méjico para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa, admiración del mundo antiguo; la de América, espanto del

mundo nuevo. Parecióle que su riqueza era infinita, su gobierno prudente, su sitio inexpugnable, su abundancia mucha, sus contornos alegres, y finalmente toda ella en sí, y en sus partes, digna de la fama que de su valor por todas las partes del orbe se extiende dando causa de acreditar más esta verdad la máquina de su famoso arsenal, que es el lugar donde se fabrican las galeras, con otros bajeles que no tienen número. Por poco fueran los de Calipso, los regalos y pasatiempos que halló nuestro curioso en Venecia, pues casi le hacían olvidar de su primer intento pero habiendo estado un mes en ella, por Ferrara. Parma y Plasencia, volvió a Milán, oficina de Vulcano, ojeriza del reino de Francia, ciudad, en fin, de quien se dice que puede decir y hacer, haciéndola magnífica, la grandeza suya y de su templo, y su maravillosa abundancia de todas las cosas a la vida humana necesarias. Desde allí se fue a Aste, y llegó a tiempo que otro día marchaba el tercio a Flandes.

Fue muy bien recibido de su amigo el capitán, y en su compañía y camarada pasó a Flandes y llegó a Amberes, ciudad no menos para maravillar que las que había visto en Italia. Vio a Gante y a Bruselas, y vio que todo el país se disponía a tomar las armas para salir en campaña el verano siguiente.

Y habiendo cumplido con el deseo que le movió a ver lo que había visto, determinó volverse a España y a Salamanca a acabar sus estudios. Y como lo pensó lo puso luego por obra, con pesar grandísimo de su camarada, que le rogó al tiempo de despedirse le avisase de su salud, llegada y suceso. Prometiéndoselo así como lo pedía, y por Francia volvió a España sin haber visto a París, por estar puesta en armas. En fin, llegó a Salamanca, donde fue bien recibido de sus amigos, y con la comodidad que ellos le hicieron, prosiguió sus estudios hasta graduarse de licenciado en leyes.

Sucedió que en este tiempo llegó a aquella ciudad una dama de todo rumbo y manejo. Acudieron luego a la añagaza y reclamo todos los pájaros del lugar, sin quedar <<vademécum>> que no la visitase. Dijéronle a Tomás que aquella dama decía que había estado en Italia y en Flandes, y por ver si la conocía fue a visitarla, de cuya visita y vista quedó ella enamorada

de Tomás. Y él, sin echar de ver en ello, si no era, por fuerza y llevado de otros, no quería entrar en su casa. Finalmente, ella le descubrió su voluntad y le ofreció su hacienda. Pero como él atendía más a sus libros que a otros satiempos, en ninguna manera respondía al gusto de la señora, la cual viéndose desdeñada y, a su parecer, aborrecida, y por medios ordinarios y comunes no podía conquistar la voluntad de Tomás, acordó de buscar otros modos a su parecer más eficaces y bastantes para salir con el cumplimiento de sus deseos. Y así, aconsejada de una morisca, en un membrillo toledano dio a Tomás uno de estos que llaman hechizo, creyendo que le daba cosa que le forzase la voluntad a quererla, como si hubiese en el mundo hierbas, encantos ni palabras suficientes a forzar el libre albedrío, y así, las que dan en las bebidas o comidas amatorias, se llaman *venéficas*, porque no es otra cosa lo que hacen sino dar veneno a quien las toma, como lo tiene mostrado la experiencia en muchas y diversas ocasiones.

Comió en tal mal punto Tomás el membrillo, que al momento comenzó a herir de pie y de mano como si tuviera alfileres y sin volver en sí estuvo muchas horas, al cabo de las cuales volvió como atontado y dijo, con lengua turbada y tartamudeando, que un membrillo que había comido le había muerto, y declaró quién se lo había dado. La justicia, que tuvo noticia del suceso, fue a buscar a la malhechora; pero ya ella, viendo el mal suceso se había puesto en cobro, y no pareció jamás.

Seis meses estuvo en la cama Tomás, en los cuales se sacó de los huesos, y mostraba tener turbados todos los sentidos. Y aunque le hicieron los remedios posibles, sólo le sanaron la enfermedad del cuerpo, pero no la del entendimiento, porque quedó sano, y loco de una más extraña locura que, entre las locuras, hasta entonces se había visto. Imaginóse el desdichado que era todo hecho de vidrio, y con esta imaginación, cuando alguno se llegaba a él, daba terribles voces pidiendo y suplicando con palabras y razones concertadas que no se le acercasen porque le quebraría; que real y verdaderamente él no era como los otros hombres, que todo era de vidrio de pies a cabeza. Para sacarle de esta extraña imaginación, muchos, sin atender a sus voces y

rogativas, arremetieron a él y le abrazaron, diciéndole que advirtiese y mirase cómo no se quebraba. Pero lo que se granjeaba en esto era que el pobre se echaba en el suelo, dando mil gritos, y luego le tomaba un desmayo, del cual no volvía en sí en cuatro horas, y cuando volvía era renovando las plegarias y rogativas de que otra vez no llegasen. Decía que le hablasen desde lejos y le preguntasen lo que quisiesen, porque a todos les respondería con más entendimiento por ser hombre de vidrio y no de carne; que el vidrio, por ser de materia sutil y delicada, obraba por ella el alma con más prontitud y eficacia que no por la del cuerpo, pesada y terrestre.

Quisieron algunos experimentar si era verdad lo que decía, y así le preguntaron muchas y difíciles cosas, a las cuales respondió espontáneamente con grandísima agudeza de ingenio, cosa que causó admiración a los más letrados de la universidad y a los profesores de la medicina y filosofía, viendo que en un sujeto donde se contenía tan extraordinaria locura como el pensar fuese de vidrio, se encerrase tan grande entendimiento que respondiese a toda pregunta con propiedad y agudeza. Pidió Tomás le diesen alguna funda donde pusiese aquel vaso quebradizo de su cuerpo, porque al vestirse algún vestido estrecho no se quebrase; y así le dieron una ropa parada y una camisa muy ancha, que él se vistió con mucho tiento y se ciñó con una cuerda de algodón. No quiso zapatos en ninguna manera, y el orden que tuvo para que le diesen de comer sin que a él llegasen, fue poner en la punta de una vara una vasera de orinal, en la cual le ponían alguna cosa de fruta de las que la sazón del tiempo ofrecía; carne ni pescado no lo quería; no bebía sino en fuente o en río, y esto con las manos; cuando andaba por las calles, iba por la mitad de ellas mirando a los tejados, temeroso no le cayese alguna teja encima y le quebrase; los veranos dormía en el campo a cielo abierto, y los inviernos se metía en algún mesón, y en el pajaro se enterraba hasta la garganta, diciendo que aquella era la más propia y más segura cama que podían tener los hombres de vidrio; cuando tronaba, temblaba como un azogado, y se salía al campo y no entraba en poblado hasta haber pasado la tempestad.

Tuviéronle encerrado sus amigos mucho tiempo; pero viendo que su desgracia pasaba adelante, determinaron de condescender con lo que él les pedía, que era le dejasen andar libre. Y así le dejaron, y él salió por la ciudad, causando admiración y lástima a todos los que le conocían. Cercáronle luego los muchachos; pero él con la vara los detenía y les rogaba le hablasen apartados, porque no se quebrase que por ser hombre de vidrio era muy tierno y quebradizo. Los muchachos que son la más traviesa generación del mundo, a despecho de sus ruegos y voces le comenzaron a tirar trapos y aun piedras por ver si era de vidrio como él decía; pero él daba tantas voces y hacía tales extremos, que movía a los hombres a que riñesen y castigasen a los muchachos porque no le tirasen.

Mas un día que le fatigaron mucho se volvió a ellos diciéndoles:

—¿Qué me queréis, muchachos, porfiados como moscas, sucios como chinches, atrevidos como pulgas? ¿Soy yo, por ventura el monte Testacho de Roma para que me tiréis tantos trastos y tejas?

Por oírle reñir y responder a todos, le seguían siempre muchos, y los muchachos tomaron y tuvieron por mejor partido antes oírle que tirarle. Pasando, pues, una vez por la ropera de Salamanca, le dijo una ropera:

—En mi ánima, señor licenciado, que me pesa de su desgracia. Pero ¿qué haré que no puedo llorar?

El se volvió a ella y, muy mesurado, le dijo:

—«Filiae Hierusalem, plorate super vos, et super filios vestros.»

Entendió el marido de la ropera la malicia del dicho, díjole:

—Hermano licenciado Vidriera -que así decía él que se llamaba-, más tenéis de bellaco que de loco.

—No se me da un ardite -respondió él-, como no tenga nada de necio.

Pasando un día por la casa llana y venta común, vio que estaban a la puerta de ella muchas de sus moradoras, y dijo que eran bagajes del ejército de Satanás, que estaban alojados en el mesón del infierno.

Preguntóle una que qué consejo o consuelo daría a un amigo suyo que estaba muy triste porque su mujer se le había ido con otro.

A lo cual respondió:

—Dile que dé gracias a Dios por haber permitido le llevasen de casa a su enemigo.

—Luego ¿no irá a buscarla? -dijo el otro.

—Ni por pienso -replicó Vidriera-, porque sería el hallarla hallar un perpetuo y verdadero testigo de su deshonra.

—Ya que eso sea así -dijo el mismo-, ¿qué haré yo para tener paz con mi mujer?

Respondióle:

—Dale lo que hubiere menester. Déjala que mande a todos los de su casa, pero no sufras que ella te mande a ti.

Díjole un muchacho:

—Señor licenciado Vidriera, yo me quiero desgarrar de mi padre, porque me azota muchas veces.

Y respondióle:

—Advierte, niño, que los azotes que los padres dan a los hijos honran, y los del verdugo afrentan.

Estando a la puerta de una iglesia, vio que entraba en ella un labrador de los que siempre blasonan de cristianos viejos, y detrás de él venía uno que no estaba en tan buena opinión como el primero y el licenciado dio grandes voces al labrador, diciendo:

—Esperad, Domingo, a que pase el sábado.

De los maestros de escuela decía que eran dichosos, que trataban siempre con ángeles, y que fueran dichosísimos, si los angelitos no fueran mocosos. Otro le preguntó que qué parecía de las alcahuetas. Respondió que no lo eran las alcahuetas, sino las vecinas.

Las nuevas de su locura y de sus respuestas y dichos se extendieron por toda Castilla, y llegando a noticia de un príncipe o señor que estaba en la Corte, quiso enviar por él y encargóselo a un caballero amigo suyo, que estaba en Salamanca, que se lo enviase.

Y topándole el caballero un día, le dijo:

—Sepa el señor licenciado Vidriera, que un gran personaje de la Corte le quiere ver y envía por él.

A lo cual respondió:

—Vuesa merced me excuse con ese señor, que yo no soy bueno para palacio, porque tengo vergüenza y no sé lisonjear.

Con todo esto, el caballero le envió a la Corte, y para traerle usaron con él de esta invención: pusieronle en unas árqueñas de paja, como aquellas donde llevan el vidrio, igualando los tercios con piedras, y entre paja puestos algunos vidrios, porque se diese a entender como vaso de vidrio le llevaban.

Llegó a Valladolid, entró de noche, y desembanastáronle en la casa del señor que había enviado por él de quien fue muy bien recibido, diciéndole:

—Sea muy bien venido el señor licenciado Vidriera. ¿Cómo ha ido en el camino? ¿Cómo va de salud?

A lo cual respondió:

—Ningún camino hay malo como se acabe, si no es el que va a la horca. De salud estoy neutral, porque están encontrados mis pulsos con mi cerebro.

Otro día, habiendo visto en muchas alcándaras muchos neblíes y azores y otros pájaros de volatería, dijo que la caza de altanería era digna de príncipes y grandes señores; pero que advirtiesen que con ella echaba el gusto censo sobre el provecho a más de dos mil por uno. La caza de liebres dijo que era muy gustosa, y más cuando se cazaba con galgos prestados. El caballero gustó de su locura, y dejóle salir por la ciudad debajo del amparo y guarda de un hombre que tuviese cuenta que los muchachos no le hiciesen mal, de los cuales y de toda la Corte fue conocido en seis días, y a cada paso, en cada calle, y en cualquiera esquina, respondía a todas las preguntas que le hacían, entre las cuales le preguntó un estudiante si era poeta, porque le parecía que tenía ingenio para todo.

A lo cual respondió:

—Hasta ahora no he sido tan necio, ni tan venturoso.

—No entiendo eso de necio y venturoso -dijo el estudiante.

Y respondió Vidriera:

—No he sido tan necio que diese en poeta malo, ni tan venturoso que haya merecido serlo bueno.

Preguntóle otro estudiante que en qué estimación tenía a los poetas. Respondió que a la ciencia en mucha, pero que a los poetas en ninguna. Replicáronle que por qué decía aquello. Respondió que del infinito número de poetas que habían,

eran tan pocos los buenos, que casi no hacían número. Y así como si no hubiese poetas, no los estimaba; pero que admiraba y reverenciaba la ciencia de la poesía, porque encerraba en sí todas las demás ciencias, porque de todas se sirve, de todas se adorna y pule, y saca a luz sus maravillosas obras, con que llena el mundo de provecho, de deleite y de maravilla.

Añadió más:

—Yo bien sé en lo que se debe estimar un buen poeta, porque se me acuerda de aquellos versos de Ovidio, que dicen:

*Cura ducum fuerunt olim regumque poetae:
Praemiaque antiqui magna tulere chori
Sancta que majestas, el erat venerabile nomen
Vatibus, et largae saepe dabantur opes.*

Y menos se me olvida la alta calidad de los poetas, pues los llama Platón intérpretes de los dioses, y de ellos dice Ovidio:

Est Deus in nobis, agitante calescimus illo.

Y también dice:

At sacri vates, et Divum cura vocamur.

Esto se dice de los buenos poetas; que de los malos, de los churrulleros, ¿qué se ha de decir sino que son la idiotez y la arrogancia del mundo?

Y añadió más:

—¿Qué es ver a un poeta de estos de la primera impresión, cuando quiere decir un soneto a otros que le rodean, las salvas que les hace, diciendo: «Vuestas mercedes escuchad un sonetillo, que anoche a cierta ocasión hice, que a mi parecer, aunque no vale nada, tiene un no sé qué de bonito»? en esto tuerce los labios, pone en arco las cejas, y se rasca la faltriquera, y entre otros mil papeles mugrientos y medio rotos, donde queda otro millar de sonetos, saca el que quiere

relatar, y al fin le dice con tono melifluo y alfeñicado. Si acaso los que le escuchan, de socarrones o de ignorantes no se le alaban, dice: «O vuestas mercedes no han entendido el soneto, o yo no le he sabido decir, y así será bien recitarle otra vez, y que vuestas mercedes le presten más atención, porque en verdad, en verdad, que el soneto lo merece.» Y vuelve, como primero, a recitarle con nuevos ademanes y nuevas pausas. Pues, ¿qué, es verlos censurar los unos a los otros? ¿Qué diré del ladrar que hacen los cachorros modernos a los mastinazos antiguos y graves? Y ¿qué de los que murmuran de algunos ilustres y excelentes sujetos, donde resplandece la verdadera luz de la poesía, que tomándolo por alivio y entretenimiento de sus muchas y graves ocupaciones, muestran la divinidad de sus ingenios y la alteza de sus conceptos, a despecho y pesar del circunspecto ignorante, que juzga de lo que no sabe y aborrece lo que no entiende? ¿Y del que quiere que se estime y tenga en precio la necesidad que se sienta debajo de doseles, y la ignorancia que se arrima a los sitios?

Otra vez le preguntaron qué era la causa de que los poetas por la mayor parte eran pobres. Respondió que porque ellos querían, pues estaba en su mano ser ricos, si se sabían aprovechar de la ocasión que por momentos traían entre las manos, que eran las de sus damas, que todas eran riquísimas en extremo, pues tenían los cabellos de oro, la frente de plata bruñida, los ojos de verdes esmeraldas, los dientes de marfil, los labios de coral y la garganta de cristal transparente, y que lo que lloraban eran líquidas perlas. Y más, que lo que sus plantas pisaban, por dura y estéril tierra que fuese, al momento producía jazmines y rosas, que su aliento era de puro ámbar, almizcle y algalia; y que todas estas cosas eran señal y muestras de su mucha riqueza.

Estas y otras cosas decía de los malos poetas, que de los buenos siempre dijo bien, y los levantó sobre el cuerno de la luna.

Vio un día, en la acera de San Francisco, unas figuras pintadas de mala mano, y dijo que los buenos pintores imitaban la Naturaleza, pero que los malos la vomitaban.

Arrimóse un día, con grandísimo tiento porque no se que-
brase, a la tienda de un librero, y díjole:

—Este oficio me contentara mucho, si no fuera por una
falta que tiene.

Preguntóle el librero se la dijese.

Respondióle:

—Los melindres que hacen cuando compran el privilegio
de un libro, y la burla que hacen a su autor si acaso le in-
prime a su costa; pues en lugar de mil y quinientos, imprimen
tres millibros, y cuando el autor piensa que se venden los
suyos, se despachan los ajenos.

Acaeció este mismo día que pasaron por la plaza seis
tados, y diciendo el pregón. «Al primero por ladrón», daban
grandes voces a los que estaban delante dél, diciéndoles:

—Apartaos, hermanos, no comience aquella cuenta por
guro de vosotros.

Y cuando el pregonero llegó a decir: «Al trasero»,
dijo:

—Aquél debe ser el fiador de los muchachos.

Un muchacho le dijo:

—Hermano Vidriera, mañana sacan a azotar a una alcahueta.

Respondiéndole:

—Si dijeras que sacaban a azotar a un alcahuete, entienda
diera que sacaban a azotar un coche.

Hallóle allí uno de éstos que llevan sillas de manos,
díjole:

—De nosotros, licenciado, ¿no tenéis que decir?

—No -respondió Vidriera-, sino que sabe cada uno de vo-
sotros más pecados que un confesor. Mas es con esta diferen-
cia: que el confesor los sabe para tenerlos secretos, y voso-
tros para publicarlos por las tabernas.

Oyó esto un mozo de mulas, porque de todo género de gen-
te le estaba escuchando continuo, y díjole:

—De nosotros, señor Redoma, poco o nada hay que decir,
porque somos gente de bien y necesaria en la república.

A lo cual respondió Vidriera:

—La honra del amo descubre la del criado. Según esto,
mira a quien sirves y verás cuán honrado eres. Mozos sois vo-
sotros de la más ruin canalla que sustenta la Tierra. Una
vez, cuando no era de vidrio, caminé una jornada en una mula
de alquiler, tal, que le conté ciento y veintiuna tachas, to-
das capitales y enemigas del género humano. Todos los mozos
de mulas tienen su punta de rufianes, su punto de cacos y su
es no es de truhanes. Si sus amos -que así llaman ellos a
los que llevan en sus mulas- son boquimuelles, hacen más suer-
tes en ellos que las que echaron en esta ciudad los años pasa-
dos. Si son extranjeros, los roban; si estudiantes, los mal-
dicen; si religiosos, los reniegan, y si soldados, los tiem-
blan. Estos, y los marineros, y carreteros, y arrieros, tie-
nen un modo de vivir extraordinario, y sólo para ellos. El
carretero pasa lo más de la vida en espacio de vara y media
de lugar; que poco más debe de haber del yugo de las mulas a
la boca del carro. Canta la mitad del tiempo, y la otra mi-
tad reniega. Y en decir: «Háganse a zaga», se les pasa
otra muy gran parte. Y si acaso les queda por sacar alguna
rueda de algún atolladero, más se ayudan de dos pésetes que
de tres mulas. Los marineros son gente gentil, inurbana, que
no sabe otro lenguaje que el que se usa en los navíos: en la
bonanza son diligentes y en la borrasca perezosos; en la tor-
menta mandan muchos y obedecen pocos; su Dios es su arca y su
rancho; y su pasatiempo, ver mareados a los pasajeros. Los
arrieros son gente que ha hecho divorcio con las sábanas y se

ha casado con las enjalmas; son tan diligentes y presurosos que a trueco de no perder la jornada, perderán el alma; su sica es la del mortero; su salsa, el hambre; sus maitines, levantarse a dar sus piensos, y sus misas, no oír ninguna.

Cuando esto decía estaba a la puerta de un boticario, volviéndose al dueño, le dijo:

—Vuestra merced tiene un saludable oficio, si no fuese tan enemigo de sus candiles.

—¿En qué modo soy enemigo de mis candiles? —preguntó el boticario.

Y respondió Vidriera:

—Esto digo, porque en faltando cualquier aceite, lo sale el del candil que está más a mano. Y aun tiene otra cosa en este oficio, bastante a quitar el crédito al más acertado médico del mundo.

Preguntándole por qué, respondió que había boticario que por no atreverse, ni osar decir, que faltaba en su botica lo que recetaba el médico, por las cosas que le faltaban, ponía otras que, a su parecer, tenían la misma virtud y calidad, siendo así; y con esto, la medicina, mal compuesta, obraba al revés de lo que había de obrar la bien ordenada.

Preguntóle entonces uno que qué sentía de los médicos, y respondió:

—*Honora medicum propter necessitatem, etenim creavit eum Altissimus: a Deo enim est omnis medela, et a rege accipiet donationem: disciplina medici exaltavit caput illum, et in conspectu magnatum collaudabitur: Altissimus de tota creavit medicinam, et vir prudens non abhorrebit illum.* Esto dice —dijo— el Eclesiástico de la medicina y de los médicos; y de los malos, se podría decir todo al revés, porque que no hay gente más dañosa a la república que ellos. El juez nos puede torcer o dilatar la justicia; el letrado, sustentar por su interés nuestra injusta demanda; el mercader

chuparnos la hacienda; finalmente, todas las personas con quien de necesidad tratamos, nos pueden hacer algún daño pero, quitarnos la vida, sin quedar sujetos al temor del castigo, ninguno. Sólo los médicos nos pueden matar, y nos matan, sin temor y a pie quedo, sin desenvainar otra espada que la de un récipe. Y no hay descubrirse sus delitos, porque al momento los meten debajo de la tierra. Acuérdate que cuando yo era hombre de carne, y no de vidrio como ahora soy, que a un médico de estos de segunda clase le despidió un enfermo por curarse con otro, y el primero de allí a cuatro días acertó a pasar por la botica donde recetaba el segundo y preguntó al boticario que cómo le iba al enfermo que él había dejado, y que si le había recetado alguna purga el otro médico. El boticario le respondió que allí tenía una receta de purga que el día siguiente había de tomar el enfermo. Dijo que se la mostrase, y vio que al fin de ella estaba escrito: <<sumat dilúculo>>. Y dijo: <<Todo lo que lleva esta purga me contenta, sino es este <<dilúculo>>, porque es humedo demasiado.>>

Por estas y otras cosas que decía de todos los oficios, se andaban tras él sin hacerle mal y sin dejarle sosegar. Pero, con todo esto, no se pudiera defender de los muchachos, si su guardián no le defendiera.

Preguntóle uno qué haría para no tener envidia a nadie.

Respondióle:

—Duerme, que todo el tiempo que durmieres serás igual al que envidias.

Otro le preguntó qué remedio tendría para salir con una comisión que hacía dos años que la pretendía.

Y díjole:

—Parte a caballo y a la mira de quien la lleva, y acompaña hasta salir de la ciudad, y así saldrás con ella.

Pasó acaso una vez por delante donde él estaba, un juez de comisión, que iba de camino a una causa criminal, y llevaba mucha gente consigo y dos alguaciles. Preguntó quién era, y como se lo dijeron, dijo:

—Yo apostaré que lleva aquel juez víboras en el seno, pistoletas en la cinta y rayos en las manos, para destruir todo lo que alcanzare su comisión. Yo me acuerdo de haber tenido un amigo que en una comisión criminal que tuvo dio una sentencia tan exorbitante, que excedía en muchos quilates a la culpa de los delincuentes. Preguntéle por qué había dado aquella tan cruel sentencia y hecho tan manifiesta injusticia. Respondióme que pensaba otorgar la apelación, y que con esto dejaba campo abierto a los señores del consejo para mostrar su misericordia, moderando y poniendo aquella su rigurosa sentencia en su punto y debida proporción. Yo le respondí que mejor fuera haberla dado de manera que les quitara de debajo, pues con esto, le tuvieran a él por juez recto y acertado.

En la rueda de la mucha gente que, como se ha dicho, siempre le estaba oyendo estaba un conocido suyo en hábito de letrado, al cual otro le llamó señor licenciado, y sabiendo Vidriera que el tal a quien llamaron licenciado no tenía ni aun título de bachiller, le dijo:

—Guardaos, compadre, no encuentren con vuestro título los frailes de la redención de cautivos, que os le llevarán por mostrenco.

A lo cual dijo el amigo:

—Tratémonos bien, señor Vidriera, pues ya sabéis vos que soy hombre de altas y de profundas letras.

Respondióle Vidriera:

—Ya yo sé que sois un Tántalo en ellas, porque se os van por altas, y no las alcanzáis de profundas.

Estando una vez arrimado a la tienda de un sastre, vióle que estaba mano sobre mano, y díjole:

—Sin duda, señor maese, que estáis en camino de salvación.

—¿En qué lo veis? —Preguntó el sastre.

—¿En qué lo veo? —respondió Vidriera—. Véolo en que pues no tenéis qué hacer, no tendréis ocasión de mentir.

Y añadió:

—Désdichado del sastre que no miente, y cose las fiestas. Cosa maravillosa es, que casi en todos los de este oficio apenas se hallará uno que haga un vestido justo, habiendo tantos que los hagan pecadores.

De los zapateros decía que jamás hacían, conforme a su parecer, zapato malo porque si al que se le calzaba venía estrecho y apretado, le decían que así había de ser por ser de galanes calzar justo, y que en trayéndoles dos horas, vendrían más anchos que alpargates; y si le venían anchos decían que así habían de venir por amor de la gota.

Un muchacho agudo, que escribía en un oficio de provincia, le apretaba mucho con preguntas y demandas, y le traía nuevas de lo que en la ciudad pasaba, porque sobre todo discutaba, y a todo respondía. Éste le dijo una vez:

—Vidriera, esta noche se murió en la cárcel un banco que estaba condenado a ahorcar.

A lo cual respondió:

—Él hizo bien a darse prisa a morir antes que el verdugo se sentara sobre él.

En la Acera de San Francisco estaba un corro de genoveses, y, pasando por allí, uno de ellos le llamó diciéndole:

—Lléguese acá el señor Vidriera y cuéntenos un cuento.

El respondió:

—No quiero, porque no me lo paséis a Génova.

Topó una vez a una tendera que llevaba delante de sí a una hija suya, muy fea, pero muy llena de dijes, de galas y de perlas, y díjole a la madre:

—Muy bien habéis hecho en empedrarla, porque se pueda pasear.

De los pasteleros dijo que había muchos años que jugaba a la dobladilla, sin que les llevasen la pena, porque había hecho el pastel de a dos, de a cuatro; el de a cuatro, de a ocho, y el de a ocho, de medio real, por sólo su albedrío y beneplácito. De los titereros decía mil males: decía que era gente vagabunda y que trataba con indecencia de las cosas divinas, porque con las figuras que mostraban en sus retablos volvían la devoción en risa, y que les acontecía envasar en su costal todas o las más figuras del Testamento viejo y nuevo, y sentarse sobre él y comer y beber en los bodegones y tabernas. En resolución, decía que se maravillaba de cómo quien podía no les ponía perpetuo silencio en sus retablos, los desterraba del reino.

Acertó a pasar una vez por donde él estaba un comediante vestido como un príncipe. Y, en viéndole, dijo:

—Yo me acuerdo haber visto a éste salir al teatro, en harinado el rostro y vestido un zamarro del revés, y, con todo esto, a cada paso, fuera del tablado, jura a fe de hijo de puta.

—Débelo de ser -respondió uno-, porque hay muchos comediantes que son muy bien nacidos e hijosdalgos.

—Así será verdad -replicó Vidriera-; pero lo que me ha menester la farsa es personas bien nacidas. Galanes y gentileshombres y de expeditas lenguas. También sé decir

ellos que en sudor de su cara ganan su pan con inllevable trabajo, tomando continuo de memoria hechos perpetuos gitanos de lugar en lugar y de mesón en venta, desvelándose en contentar a otros, porque en el gusto ajeno consiste su bien propio. Tienen más, que con su oficio no engañan a nadie, pues por momentos sacan su mercadería a pública plaza, al juicio y a la vista de todos. El trabajo de los autores es increíble, y su cuidado extraordinario, y han de ganar mucho para que al cabo del año no salgan tan empeñados que les sea forzoso hacer pleito de acreedores. Y con todo esto son necesarios en la república, como lo son las florestas, las alamedas y las vistas de recreación, y como lo son las cosas que honestamente recrean. Decía que había sido opinión de un amigo suyo que el que servía a una comedianta, en sólo una servía a muchas damas juntas; como era, a una reina, a una ninfa, a una diosa, a una fregona, a una pastora, y muchas veces caía la suerte en que sirviese en ella a un paje y a un lacayo, que todas éstas y más figuras suele hacer una farsanta.

Preguntóle uno que cuál había sido el más dichoso del mundo. Respondió que *nemo*. Porque *nemo novit patrem; nemo sine crimine vivit; nemo sua sorte contentus; nemo ascendit in coelum*.

De los diestros dijo una vez que eran maestros de una ciencia o arte que cuando la habían menester no la sabían, y que tocaban algo en presuntuosos, pues querían reducir a demostraciones matemáticas, que son infalibles, los movimientos y pensamientos coléricos de sus contrarios. Con los que se teñían las barbas tenía particular enemistad. Y riñendo una vez delante dél dos hombres, que el uno era portugués, éste dijo al castellano, asiéndose de las barbas, que tenía muy teñidas:

—Por istas barbas que teño no rostro.

A lo cual acudió Vidriera, y dijo:

—Olhay, homén, naon digáis teño, sino tiño.

Otro traía las barbas jaspeadas y de muchos colores, como la pa de la mala tinta, a quien dijo Vidriera que tenía las barbas de muladar overo. A otro que traía las barbas por mitades blancas y negras por haberse descuidado, y los cañones crecidos, le dijo que procurase de no porfiar ni reñir con nadie, porque estaba aparejado a que le dijese que mentía por la verdad de la barba. Una vez contó que una doncella discreta y bien entendida, por acudir a la voluntad de sus padres, dio << sí >> de casarse con un viejo todo cano, el cual la noche antes del día del desposorio se fue, no al río Jordán, como dicen las viejas, sino a la redomilla del aguafuerte y plata, con que renovó de manera su barba, que la acostó de nieve y levantó de pez. Llegóse la hora de darse las manos, y la doncella conoció por la pinta y por la tinta la figura, y dijo a sus padres que le diesen el mismo esposo que ellos le habían mostrado, que no quería otro. Ellos le dijeron que aquel que tenía delante era el mismo que le habían mostrado y dado por esposo. Ella replicó que no era, y trajo testigos como el que sus padres le dieron era un hombre grave y lleno de canas, que pues el presente no las tenía, no era él, y se llamaba engaño. Atúvose a esto, corrióse el teñido y deshízose el samiento.

Con las dueñas tenía la misma ojeriza que con los escudados. Decía maravillas de su <<permafoy>>, de las mortajas de sus tocas, de sus muchos melindres, de sus escrúpulos y su extraordinaria miseria. Amohinábanle sus flaquezas de estomago, sus vaguidos de cabeza, su modo de hablar con más repeticiones que sus tocas, y finalmente, su inutilidad y sus vainillas.

Uno le dijo:

—¿Qué es esto, señor licenciado, que os he oído decir mal de muchos oficios, y jamás lo habéis dicho de los escribanos, habiendo tanto que decir?

A lo cual respondió:

—Aunque de vidrio, no soy tan frágil que me deje ir a la corriente del vulgo, las más veces engañado. Parece a mí que la gramática de los murmuradores, y el la, la, la,

los que cantan, son los escribanos, porque así como no se puede pasar a otras ciencias si no es por la puerta de la gramática, y como el músico primero murmura que canta, así los maldicientes por donde comienzan a demostrar la malignidad de sus lenguas es por decir mal de los escribanos y alguaciles, y de los otros ministros de la justicia, siendo un oficio el de escribano sin el cual andaría la verdad por el mundo a sombra de tejados, corrida y maltratada. Así dice el *Eclesiástico*: *In manum Dei potestas hominis est, et super faciem scribae imponent honorem.* Es el escribano persona pública, y el oficio del juez no se puede ejercitar cómodamente sin el suyo. Los escribanos han de ser libres, y no esclavos, ni hijos de esclavos. Legítimos, no bastardos, ni de ninguna mala raza nacidos. Juran secreto, fidelidad, y que no harán escritura usuraria; que ni amistad ni enemistad, provecho o daño les moverá a no hacer su oficio con buena y cristiana conciencia. Pues si este oficio tantas buenas partes quiere, ¿por qué se ha de pensar que de más de veinte mil escribanos que hay en España, se lleve el diablo la cosecha como si fuesen cepas de su majuelo? No lo quiero creer, ni es bien que ninguno lo crea. Porque finalmente digo que es la gente más necesaria que había en las repúblicas bien ordenadas; y que si llevaban demasiados derechos, también hacían demasiados tuertos, y que de estos dos extremos, podía resultar un medio que les hiciese mirar por el virote.

De los alguaciles dijo que no era mucho que tuviesen algunos enemigos, siendo su oficio, o prenderte, o sacarte la hacienda de casa, o tenerte en la suya en guarda, y comer a tu costa. Tachaba la negligencia e ignorancia de los procuradores y solicitadores, comparándolos a los médicos, los cuales, que sane o no sane el enfermo, ellos llevan su propina; y los procuradores y solicitadores lo mismo, salgan o no salgan con el pleito que ayudan.

Preguntóle uno cuál era la mejor tierra.

Respondió que la temprana y agradecida.

Replicó el otro:

—No pregunto eso, sino que cuál es mejor lugar, Valladolid o Madrid.

Y respondió:

—De Madrid, los extremos; de Valladolid los medios.

—No lo entiendo -repitió el que se lo preguntaba.

Y dijo:

—De Madrid, cielo y suelo; de Valladolid, los entresue-

los.
Oyó Vidriera que dijo un hombre a otro, que así como había entrado en Valladolid, había caído su mujer muy enferma, porque la había probado la tierra.

A lo cual dijo Vidriera:

—Mejor fuera que se la hubiere comido, si acaso es celosa.

De los músicos y de los correos de a pie decía que tenían las esperanzas y las suertes limitadas: porque los unos la acaban con llegar a serlo de a caballo, y los otros con cansar a ser músicos del rey. De las damas que llaman cortesanas, decía que todas, o las más, tenían más de cortesanas que de sanos.

Estando un día en una iglesia vio que traían a enterrar a un viejo, a bautizar a un niño y a velar a una mujer, todo a un mismo tiempo. Y dijo que los templos eran campos de batalla, donde los viejos acaban, los niños vencen y las mujeres triunfan.

Picábale una vez una avispa en el cuello, y no se la osaba sacudir por no quebrarse; pero, con todo eso, se quejaba. Preguntóle uno que cómo sentía aquella avispa si era su cuerpo de vidrio. Y respondió que aquella avispa debía de ser murmuradora, y que las lenguas y picos de los murmuradores

eran bastantes a desmoronar cuerpos de bronce, no que de vidrio.

Pasando acaso un religioso muy gordo por donde él estaba, dijo uno de sus oyentes:

—De hético no se puede mover el padre.

Enojóse Vidriera, y dijo:

—Nadie se olvide de lo que dice el Espíritu Santo: *Noli te tangere christos meos.*

Y subiéndose más en cólera, dijo que mirasen en ello, y verían que de muchos santos, que de pocos años a esta parte había canonizado la Iglesia y puesto en el número de bienaventurados, ninguno se llamaba capitán don Fulano, ni el secretario don Tal de don Tales, ni el conde, marqués o duque de tal parte; sino fray Diego, fray Jacinto, fray Raimundo, todos frailes y religiosos; porque las religiones son los aranjueces del cielo, cuyos frutos de ordinario se ponen en la mesa de Dios.

Decía que las lenguas de los murmuradores eran como las plumas del águila, que roen y menoscaban todas las de las otras aves que a ellas se juntan. De los gariteros y tahúres decía milagros; decía que los gariteros eran públicos prevaricadores, porque en sacando el barato del que iba haciendo suertes, deseaban que perdiese y pagase el naípe adelante, porque el contrario las hiciese, y él cobrase sus derechos. Alababa mucho la paciencia de un tahúr, que estaba toda una noche jugando y perdiendo, y con ser de condición colérico y endemoniado, a truco de que su contrario no se alzase, no descosía la boca, y sufría lo que un mártir de Barrabás. Alababa también las conciencias de algunos honrados gariteros, que ni por imaginación consentían que en su casa se jugase otros juegos que polla y cientos; y con esto, a fuego lento, sin temor y nota de malsines, sacaban al cabo del mes más barato, que los que consentían los juegos de estocada, de repáralo, siete y llevar, y pinta en la del punto.

En resolución, él decía tales cosas, que si no fuera por los grandes gritos que daba cuando le tocaban o a él se le arrimaban, por el hábito que traía, por la estrechez de su comida, por el modo con que bebía, por el no querer dormir sino al cielo abierto en el verano, y el invierno en los patios, como queda dicho, con que daba tan claras señales de su locura, ninguno pudiera creer sino que era uno de los más cuerdos del mundo.

Dos años o poco más duró esta enfermedad, porque un religioso de la orden de San Jerónimo, que tenía gracia y ciencia particular en hacer que los mudos entendiesen y en cierta manera hablasen, y en curar locos, tomó a su cargo de curar a Vidriera movido de caridad, le curó y sanó, y volvió a su primer juicio, entendimiento y discurso. Y así como le vio sanar le vistió como a letrado y le hizo volver a la Corte, adonde con dar tantas muestras de cuerdo como las había dado de loco podría usar su oficio, y hacerse famoso por él. Hízolo así, y llamándose el licenciado Rueda, no Rodaja, volvió a la Corte, donde apenas hubo entrado cuando fue conocido de los muchachos. Mas cuando le vieron en tan diferente hábito del que solía, no le osaron dar grita ni hacer preguntas; pero seguíanle, y decían unos a otros:

—¿Este no es el loco Vidriera? ¡A fe que es él! ¡Ya viene cuerdo! Pero también puede ser loco bien vestido como mal vestido. Preguntémosle algo, y salgamos de esta confusión.

Todo esto oía el licenciado, y callaba, e iba más confiado y más corrido que cuando estaba sin juicio. Pasó el conocimiento de los muchachos a los hombres, y antes que el licenciado llegase al patio de los Consejos, llevaba tras de sí más de doscientas personas de todas suertes. Con este acompañamiento, que era más que el de un catedrático, llegó al patio, donde le acabaron de circundar cuantos en él estaban.

El, viéndose con tanta turba a la redonda, alzó la voz y dijo:

—Señores, yo soy el licenciado Vidriera; pero no el que solía. Soy ahora el licenciado Rueda. Sucesos y desgracias que acontecen en el mundo por permisión del cielo me quitaron el juicio, y las misericordias de Dios me lo han vuelto. Por las cosas que dicen que dije cuando loco, podéis considerar las que diré cuando cuerdo. Yo soy graduado en leyes por Salamanca, adonde estudié con pobreza y adonde llevé segundo en licencias, de donde se puede inferir que más la virtud que el favor, me dio el grado que tengo. Aquí he venido a este gran mar de la Corte para abogar y ganar la vida; pero si no me dejáis, habré venido a bogar y granjear la muerte. Por amor de Dios, que no hagáis que el seguirme sea perseguirme, y que lo que alcancé por loco, que es el sustento, lo pierda por cuerdo. Lo que solíades preguntarme en las plazas, preguntádmelo ahora en mi casa, y veréis que el que os respondía bien, según dicen, de improviso, os responderá mejor de pensado.

Escucháronle todos y dejáronle algunos. Volvióse a su posada con poco menos acompañamiento que había llevado. Salió otro día, y fue lo mismo; hizo otro sermón, y no sirvió de nada. Perdía mucho, y no ganaba cosa, y viéndose morir de hambre, determinó dejar la Corte y volverse a Flandes, donde pensaba valerse de las fuerzas de su brazo, pues no se podía valer de las de su ingenio.

Y poniéndolo en efecto, dijo al salir de la Corte.

—¡Oh Corte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes y acortas las de los virtuosos encogidos! ¡Sustentas abundantemente a los truhanes desvergonzados, y matas de hambre a los discretos vergonzosos!

Esto dijo, y se fue a Flandes, donde la vida que había comenzado a eternizar por las letras, la acabó de eternizar por las armas, en compañía de su buen amigo, el capitán Valdivia, dejando fama, en su muerte, de prudente y valentísimo soldado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SHAKESPEARE, WILLIAM.

William Shakespeare (1564-1616), nació en -- Stratford-on-Avon (Inglaterra), hijo de un agricultor comerciante en situación próspera. Sus primeros trabajos literarios consistieron en restaurar viejas piezas de teatro para ser representadas. En 1593 se publicó su primera obra, Venus y Adonis. Pese a su gran reputación, las referencias personales a Shakespeare son bastante vagas y poco numerosas. El "corpus" shakespeariano consta de un grupo pequeño de poesías no dramáticas, de ciento cincuenta y cuatro sonetos, y de treinta y siete piezas dramáticas, entre las que se hallan las mundialmente célebres: Trabajos de amor perdidos, Los dos caballeros de Verona, La comedia de las equivocaciones, Sueño de una noche de verano, Las alegres comadres de Windsor, Mucho ruido para nada, Hamlet, Medida por medida, Otelo, Macbeth, El rey Lear, La tempestad, Cuento de Invierno, Enrique VIII, Romeo y Julieta, etc.

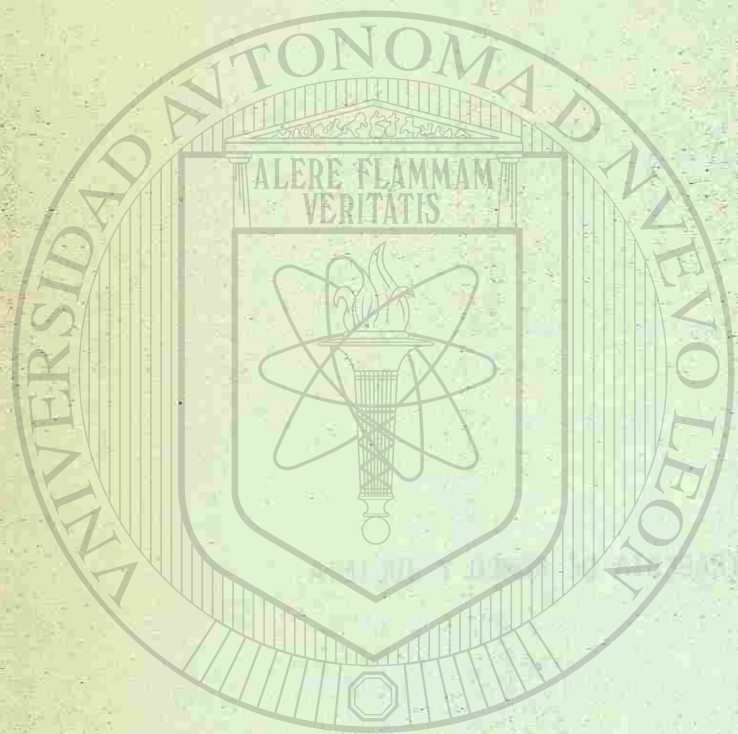


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA TRAGEDIA DE ROMEO Y JULIETA.

William Shakespeare.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PERSONAJES.

ESCALO.	Príncipe de Verona.
PARIS.	Joven noble, pariente del Príncipe.
MONTESCO	Jefes de dos casas enemistadas entre sí.
CAPULETO	
UN ANCIANO.	De la familia de Capuleto.
ROMEO.	Hijo de Montesco.
MERCUCIO.	Pariente del Príncipe y amigo de Romeo.
BENVOLIO.	Sobrino de Montesco y Amigo de Romeo.
TECBALDO.	Sobrino de Lady Capuleto.
FRAY JUAN.	Franciscanos.
FRAY LORENZO.	
BALTASAR.	Criado de Romeo.
GREGORIO.	Criados de Capuleto.
SANSON.	
PEDRO.	Criado de la nodriza de Julieta.
ABRAHÁN.	Criado de Montesco.
UN BOTICARIO.	
Tres MÚSICOS.	
EL PAJE DE MERCUCIO.	
EL PAJE DE PARIS.	
OTRO PAJE.	
UN CABO DE RONDA.	
LADY MONTESCO.	Esposa de Montesco.

LADY CAPULETO.

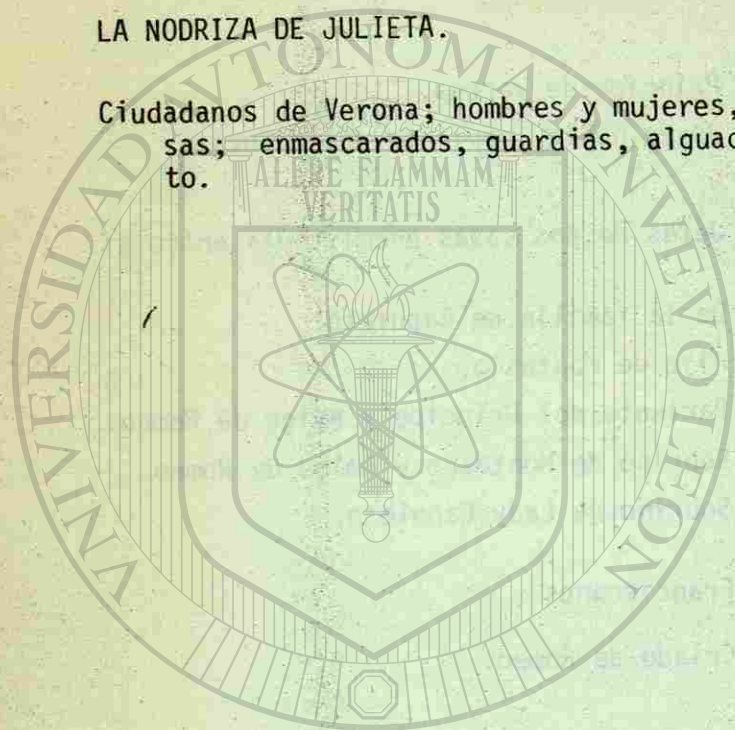
Esposa de Capuleto.

JULIETA.

Hija de Capuleto.

LA NODRIZA DE JULIETA.

Ciudadanos de Verona; hombres y mujeres, deudos de ambas casas; enmascarados, guardias, alguaciles y acompañamiento.



Entran varios individuos de ambas casas, que toman parte en la refriega; y después, ciudadanos con garrotes y partesanas.

CIUDADANOS.- ¡Garrotes, picas y partesanas! ¡Duro! ¡Dad en tierra con ellos! ¡Abajo los Capuletos! ¡Abajo los Montescos.

Entran CAPULETO, vestido con su bata, y LADY CAPULETO.

CAPULETO.- ¿Qué ruido es este? ¡A ver, mi espada de combate! ¡Venga!

LADY CAPULETO.- ¡Una muleta, una muleta! ¿Para qué pedís una espada?

CAPULETO.- ¡Mi espada digo! ¡El viejo Montesco llega y blande su hoja a despecho mío!

Entran MONTESCO y LADY MONTESCO.

MONTESCO.- ¡Tú, villano Capuleto!... ¡No me detengáis, dejadme!

LADY MONTESCO.- ¡No darás un paso para ir en busca de un enemigo!

Entra el PRÍNCIPE con su séquito.

PRÍNCIPE.- ¡Vasallos revoltosos, enemigos de la paz, profanadores de esos aceros, que mancháis con la sangre de vuestros vecinos!... ¿No escucharán? ¡Cómo! ¡Vaya! ¡Hombres, fieras, que apagáis el fuego de vuestro furor insensato con purpúreos torrentes que brotan de vuestras venas, bajo pena de

tormento, arrojad al suelo, de esas manos sangrientas, vuestras mal templadas armas, y oíd la sentencia de vuestro enojado Príncipe! Tres reyertas intestinadas, nacidas de una variada palabra, por ti, viejo Capuleto, y por ti, Montesco, han turbado tres veces la quietud de nuestras calles; y los ancianos habitantes de Verona se han visto obligados a despojarse de sus graves y decentes prendas para manejar viejas partezanas, con manos igualmente viejas y corroídas por la paz, con el fin de atajar vuestro corroído odio. Si en lo sucesivo promovéis nuevos desórdenes en nuestras calles, vuestras vidas pagarán el quebrantamiento de la paz. Por esta vez retiraos todos. Vos, Capuleto, vendréis conmigo, y vos, Montesco, id esta tarde para saber nuestra ulterior resolución en este asunto, a la antigua Villafranca, nuestro habitual punto de justicia. ¡Yo repito: bajo pena de muerte, retírese todo el mundo! (Salen todos, menos MONTESCO, LADY MONTESCO y BENVOLIO.)

MONTESCO.- ¿Quién ha vuelto a despertar esta antigua discordia? Hablad, sobrino. ¿Os hallabais presente cuando comenzó?

BENVOLIO.- Estaban aquí riñendo cuerpo a cuerpo vuestros criados y los de vuestro enemigo, antes de yo llegar. Desesperado vainé, con intención de separarlos, cuando en aquel momento acude Teobaldo con su espada dispuesta, quien, lanzando provocaciones a mis oídos, la agitaba sobre mi cabeza, hendiendo los aires, que, sin recibir daño alguno, silbaban haciéndome burla. En tanto nos devolvíamos tajos y reveses, venía más gente y peleaba a favor de una y otra parte, hasta que llegó el Príncipe, que departió las dos partes.

LADY MONTESCO.- ¡Oh! ¿Dónde está Romeo? ¿Le habéis visto hoy? Celebro infinito que no se encontrara en esta refriega.

BENVOLIO.- Señora, una hora antes que el sol idolatrado asomara por los áureos balcones del Oriente, una intranquilidad de ánimo me impulsó a pasear por las afueras, donde, bajo el vergel de sicómoros que crece al poniente de la ciudad, distinguí a vuestro hijo paseando en hora tan temprana. Me encaminé hacia él; pero esquivó mi vista y se internó en la

espesura de la arboleda. Yo, midiendo sus afecciones por las mías, que nunca son más activas que en medio de la mayor soledad, seguí mi capricho sin perseguir el suyo, y gustoso evité a quien gustoso huía de mí.

MONTESCO.- Allí le han visto más de una mañana, aumentando con sus lágrimas el fresco rocío de la aurora y añadiendo a las nuevas nubes con sus hondos suspiros; pero apenas el sol, que a todo alegra y anima, allá, en los confines del Oriente comienza a descorrer las densas cortinas del lecho del alba, mi triste hijo vuelve al hogar, huyendo de la luz, y se aprisiona en su estancia, cierra las ventanas, echa cerrojos a la hermosa luz del día y se forja a sí propio una noche artificial. Deplorable y fatal será este humor extraño, a menos que un buen consejo pueda remediar la causa.

BENVOLIO.- ¿Sabéis la causa, noble tío?

MONTESCO.- Ni la sé, ni logro conseguir que la descubra.

BENVOLIO.- ¿Le habéis tanteado de alguna manera?

MONTESCO.- Así yo como otros muchos amigos; pero él, consejero de sus propias afecciones, es para sus adentros, no diré tan fiel, pero sí tan impenetrable y cerrado, tan inasequible a la indagación y al sondeo, como el capullo roído por envidioso gusano antes que pueda desplegar al aire sus delicados pétalos o dedicar al sol su belleza. Si averiguáramos siquiera el origen de su pesar tan gustosos seríamos en remediarlo como en conocerlo.

BENVOLIO.- Miradle dónde viene. Retiraos, os ruego. Sabré la causa de su aflicción, o muy reservado se mostrará conmigo.

MONTESCO.- ¡Ojalá a solas con él tengas la suerte de oírle una confesión sincera! Vamos, señora, retirémonos. (Salen MONTESCO y LADY MONTESCO.)

Entra ROMEO.

BENVOLIO.- ¡Feliz madrugada, primo!

ROMEO.- ¿Es tan joven el día?

BENVOLIO.- Acaban de dar las nueve.

ROMEO.- ¡Ay de mí! ¡Qué largas parecen las horas tristes! ¿Era mi padre el que se alejaba de aquí tan aprisa?

BENVOLIO.- Lo era. ¿Qué pesadumbre alarga las horas de Romeo?

ROMEO.- El no poseer lo que, poseído, las abrevia.

BENVOLIO.- ¿En amor?

ROMEO.- Privado...

BENVOLIO.- ¿De amor?

ROMEO.- Privado de los favores de aquella a quien adora.

BENVOLIO.- ¡Ay! ¡Que el amor, tan gentil en la apariencia, haya de ser tan cruel y tirano en la prueba!

ROMEO.- ¡Ay! ¡Que el amor, que lleva siempre vendada la vista, halle sin los ojos camino franco a su voluntad! ¿De qué de comeremos? ¡Miserio de mí! ¿Qué reyerta ha habido aquí? Mas no me lo digas, pues todo lo he oído. Mucho da que hacer aquí el odio, pero más el amor. Por tanto, pues, ¡oh amor pendenciero! ¡Oh odio amoroso! ¡Oh suma de todo, primer engendro de la nada! ¡Oh pesada ligereza, grave frivolidad! ¡Informe caos de seductoras formas! ¡Pluma de plomo, humo resplandeciente, fuego helado, robustez enferma, sueño en perpetua vigilia, que no es lo que es! Tal es el amor que se trata sin sentir en tal amor alguno. ¿No te ríes?

BENVOLIO.- No, primo; más bien lloro.

ROMEO.- Buen corazón, ¿de qué?

BENVOLIO.- Del agobio de tu buen corazón.

ROMEO.- ¡Qué quieres, achaques son de amor! Mis propios pesares abruman mi pecho, que se acrecientan más con los tuyos. Ese efecto que me has mostrado añade nuevo pesar al cansancio del mío. El amor es humo engendrado por el hálito de los suspiros. Si lo alientan, es chispeante fuego en los ojos de los enamorados. Si lo contrarían, un mar nutrido de lágrimas de amantes. ¿Qué otra cosa más? Cuerdísima locura

huel que endulza y almíbar que amarga. ¡Adiós, primo mío!

BENVOLIO.- ¡Aguardad! Quiero acompañaros. Si así me dejáis, me ofendéis.

ROMEO.- ¡Calla! Yo me he perdido, yo no estoy aquí. Este no es Romeo. ¡Romeo está en otra parte!

BENVOLIO.- Dime en serio: ¿de quién estás enamorado?

ROMEO.- ¡Cómo! ¿Tendré que decírtelo sollozando?

BENVOLIO.- ¡Sollozando! ¿Por qué? No; sino que me digas seriamente de quién es.

ROMEO.- Pídele a un enfermo que haga en serio su testamento. ¡Ah, qué consejo de tan mal efecto para uno que tan mal está! En serio, primo: adoro a una mujer.

BENVOLIO.- Bien cerca apuntaba cuando te supuse enamorado.

ROMEO.- ¡Certero y buen tirador! ¡Y que es gentil la que adoro!

BENVOLIO.- Un certero y gentil tirador, gentil primero, hace blanco en seguida.

ROMEO.- Bien; pues en ese blanco erraste, porque no hay modo de que haga, en ella blanco la saeta de Cupido. Tiene el espíritu de Diana, y bien armada, a prueba de su resistente castidad, vive fuera del alcance del infantil y endeble arco del amor. No se dejará asediar de propuestas amorosas, ni sufrirá el encuentro de asaltadores ojos, ni abrirá su seno al oro, seductor de santos. ¡Oh! Es rica en belleza, y solo pobre porque, cuando muera, con su hermosura morirá su tesoro.

BENVOLIO.- ¿Ha hecho, entonces, voto de perpetua castidad?

ROMEO.- Lo ha hecho, y esa avaricia de su belleza implica un copioso derroche, pues su hermosura, marchitada a tal extremo, priva de hermosura a toda la posteridad. Es demasiado hermosa, demasiado discreta, demasiado discretamente hermosa, para merecer la felicidad a cambio de mi desesperación.

He abjurado del amor, y con este voto vivo yo muerto, que solo vivo para contártelo ahora.

BENVOLIO.- Guíate por mí; deja de pensar en ella.

ROMEO.- ¡Oh! ¡Enséñame cómo pueda dejar de pensar!

BENVOLIO.- Dando libertad a tus ojos. Mira otras hermosuras.

ROMEO.- He ahí el medio de proclamar la suya más exquisita. Esos afortunados antifaces que besan el rostro de las más bellas nos hacen adivinar, por ser negros, la radiante blancura que esconden. El que ciega de repente no puede olvidar el inestimable tesoro de su vista perdida. Presénteme una dama de extremada belleza. ¿De qué me servirá su belleza sino de escrito en que pueda leer quien aventajó a esa aventajada belleza? ¡Adiós, tú no sabes enseñarme a olvidar!

BENVOLIO.- Yo te daré esa enseñanza, o de lo contrario, he de morir en deuda. (Salen.)

ESCENA II.

El mismo lugar.- Una calle.

Entran CAPULETO, PARIS y un CRIADO.

CAPULETO.- Pero Montesco queda obligado bajo igual obligación que yo, y no será difícil, según pienso, en hombres tan viejos como nosotros, guardar la paz.

PARIS.- Ambos gozáis de honrosa consideración, y es lamentable que hayáis vivido enemistados tanto tiempo. Y ahora, señor, ¿qué contestáis a mi demanda?

CAPULETO.- No haré sino repetir lo que otras veces dije. Mi niña es todavía una extraña en el mundo. Aún no ha cumplido catorce años. Dejad que otros dos estíos se extingan en

su esplendor antes que podamos juzgarla en sazón para desposarla.

PARIS.- Otras más jóvenes que ella son ya madres felices.

CAPULETO.- Y demasiado pronto se marchitan las que tan prematuramente se desposan. El mundo se me llevó todas mis esperanzas, menos ella. Ella es la dueña y esperanza de mi mundo. Pero cortejadla, gentil Paris, interesad su corazón. Mi voluntad es solo una parte de su sentimiento. Una acogida suya, como objeto de su elección, envuelve mi conformidad y voto favorable. Esta noche, según tradicional costumbre, doy una fiesta, a la cual he invitado a varias personas de mi estimación. Aumentad el número y seréis el bienvenido entre la concurrencia. En mi humilde morada disponeos esta noche a contemplar estrellas que pisan la tierra eclipsando la luz del cielo. Deleite semejante al que experimenta el robusto doncel cuando el florido abril pisa los talones del perezoso invierno, lo sentiréis esta noche en mi casa entre frescos capullos femeninos. Oíd a todas esas hermosuras, miradlas todas y conferid la preferencia a aquella cuyo mérito sea mayor. Bien visto, mi hija es una más que puede figurar en el número, sin entrar en la cuenta. Venid, acompañadme. (Al CRIADO, entregándole un papel.) Marcha tú, pícaro; recorre la hermosa Verona, busca las personas cuyos nombres están aquí escritos y díles que mi casa y bienvenida esperan su favor. (Salen CAPULETO y PARIS.)

CRIADO.- ¡Busca a aquellos cuyos nombres están aquí escritos! Escrito está que el zapatero se entienda con su yarda, y el sastre con su horma; el pescador con sus pinceles, y con sus redes, el pintor; mas a mí me envían a buscar aquellas personas cuyos nombres están aquí escritos, y jamás podré hallar qué nombres ha escrito aquí el escribiente. Tendré que acudir a los entendidos. En buena ocasión.

Entran BENVOLIO y ROMEO.

BENVOLIO.- ¡Calla, hombre! Un fuego apaga otro fuego. Una pena se calma con el sufrimiento de otra. Da vueltas has

ta que te acometa el vértigo, y te serenarás girando en dirección contraria. Un dolor desesperado, con la aflicción de otro se remedia. Coge en tus ojos alguna nueva infección y desaparecerá el violento veneno del mal antiguo.

ROMEO.- Vuestras hojas de plátano son excelentes para eso.

BENVOLIO.- ¿Para qué? Habla.

ROMEO.- Para la fractura de vuestra espinilla.

BENVOLIO.- Qué, Romeo, ¿estás loco?

ROMEO.- Loco, no; pero más atado que un loco, aprisionado, falto de mi sustento, azotado y atormentado y... Buenas tardes, buen hombre.

CRIADO.- Buenas nos las dé Dios. Por favor, señor, ¿sabéis leer?

ROMEO.- Sí, mi propio destino en mi desventura.

CRIADO.- Eso tal vez lo aprendisteis sin libro; pero, por favor, ¿sabéis leer cualquier cosa que veáis?

ROMEO.- Sí, con tal que conozca las letras y el lenguaje.

CRIADO.- ¡No os explicáis mal! ¡Que os divirtáis! (Intentando marcharse.)

ROMEO.- Esperad, hombre; sé leer. (Lee.) <<El signior Martino, su esposa e hijas; el conde Anselmo y sus lindas hermanas; la señora viuda de Vitruvio; el señor Placencio y sus adorables sobrinas; Mercucio y su hermano Valentín; mi tío Capuleto, su esposa e hijas, mi encantadora sobrina Rosalina; Livia; el Signior Valencio y su primo Teobaldo; Lucio y la varacha Elena.>> ¡Brillante reunión! ¿Y adónde van?

CRIADO.- Arriba.

ROMEO.- ¿Adónde?

CRIADO.- A cenar a nuestra casa.

ROMEO.- ¿A casa de quién?

CRIADO.- A la de mi amo.

ROMEO.- Verdaderamente, es lo que debía haberte preguntado antes.

CRIADO.- Ahora os lo diré, sin que me lo preguntéis: mi amo es el riquísimo Capuleto; y si no sois vos de la casa de los Montescos, os ruego vengáis y vaciéis una copa de vino. ¡Que os divirtáis! (Sale.)

BENVOLIO.- En esa misma antigua fiesta de los Capuletos cena la encantadora Rosalina, a quien tanto amas, en unión de las más admiradas hermosuras de Verona. Ven allá, y, con ojos desapasionados, compara su rostro con algunos que yo te mostraré, y convendrás conmigo en que tu cisne es un cuervo.

ROMEO.- ¡Cuando la sacrosanta religión de mis ojos mantenga semejante falsedad, truéquense al punto mis lágrimas en llamas; y estos claros herejes, tantas veces inundados sin poder morir jamás, sean quemados como impostores! ¡Una mujer más bella que mi amada! ¡El sol que todo lo ve, no vio nunca su igual desde la aurora de los tiempos!

BENVOLIO.- ¡Calla! La visteis hermosa porque, no teniendo con quién compararla, se equilibró ella sola en cada uno de vuestros ojos; pero contrapesad en esas balanzas cristalinas la imagen de vuestra adorada con alguna otra doncella que yo os mostraré resplandeciente en ese festín, y apenas os parecerá bien la que juzgáis ahora superior.

ROMEO.- Iré; no para presenciar el espectáculo de tales hermosuras, sino para recrearme en el esplendor de la mía. (Salen.)

ESCENA III.

Salón en casa de Capuleto.

Entran LADY CAPULETO y la NODRIZA.

LADY CAPULETO.- Nodriza, ¿dónde está mi hija? Llámala que venga.

NODRIZA.- ¡Pues por mi doncellez a los doce años, que he mandado venir! ¡Eh, cordera!... ¡Eh, pimpollo!... ¡No quiera Dios!... ¿Dónde está esa muchacha? ¡Eh, Julieta!

Entra JULIETA.

JULIETA.- ¡Ya, ya! ¿Quién me llama?

NODRIZA.- Vuestra madre.

JULIETA.- Aquí me tenéis, señora. ¿Qué deseáis?

LADY CAPULETO.- El asunto es este... Déjanos solas un momento, nodriza; tenemos que hablar en secreto... ¡Vuelve a nodriza! Lo he pensado mejor; debes oír nuestra plática. sabes que mi hija está en una edad razonable.

NODRIZA.- ¡Por mi fe! Puedo decir su edad sin equivocarme una hora.

LADY CAPULETO.- Todavía no ha cumplido los catorce.

NODRIZA.- Apostaría catorce de mis dientes (aunque, con sentimiento lo digo, no tengo sino cuatro) a que, en efecto, no ha cumplido los catorce. ¿Cuánto falta para la fiesta de Pan?

LADY CAPULETO.- Poco más de dos semanas.

NODRIZA.- Pues, pares o nones, de todos los días del año la víspera de la fiesta, por la noche, cumplirá los catorce. Susana y ella (¡Dios ampare las almas de todos los cristianos!) tenían una misma edad. Bien. Susana está con Dios; era demasiado buena para mí... Pero, como digo, la víspera de la fiesta, por la noche, cumplirá los catorce. A fe que sí. Lo recuerdo bien. Del terremoto hace ahora once años, y entonces fue destetada... Nunca lo olvidaré... De todos los días del año, fue justamente aquel. Porque yo me había untado antes los pezones con ajeno, y me hallaba sentada al suelo bajo la pared del palomar. Mi señor y vos estabais a la se-

zón en Mantua. ¡Que si tengo yo un cerebro!... Pues, como decía, cuando probó el ajeno del pezón de mi pecho y lo encontró amargo, ¡preciosa tontuela!, era de ver su enojo y cómo se enfadó con él. A todo esto, comenzó a crujir el palomar. No fue preciso, os aseguro, rogarme que me pusiera en salvo. Y desde aquel tiempo hace once años, porque entonces podía tenerse solita en pie; ¡qué digo!, por mi palabra, podía ya correr y tropezar por todas partes, pues precisamente el día anterior se hirió en la frente. Y entonces mi marido (¡que en gloria esté!), que era hombre jovial, levantó a la chiquilla y le dijo: «Vaya, ¿te caes de bruces? Cuando tengas más juicio, te caerás de espaldas. ¿No es verdad, Julia? » Y, por Nuestra Señora, la linda picaruela dejó de llorar inmediatamente y exclamó: «Sí.» ¡A ver ahora si una broma va a llegar a veras! Mil años que yo viviese, os aseguro que no lo olvidaría. ¿No es verdad, Julia? », dijo él; y la linda chiquela se reprimió, y dijo: «Sí.»

LADY CAPULETO.- Basta de eso. Por favor, cállate.

NODRIZA.- Sí, señora; pero no puedo menos que reírme al pensar que cesó de llorar, y dijo: «Sí», y en que, os lo garantizo, tenía un chichón en la frente tan grueso como un huevo de gallipollo; un golpe formidable; y ella lloraba desoladamente. «Vaya -dijo mi marido-, ¿te caes de bruces? Cuando seas mayor te caerás de espladas. ¿No es verdad, Julia? » Y ella se reprimió, y dijo: «Sí.»

JULIETA.- Y reprímeme tú también, por favor nodriza, te digo.

NODRIZA.- Silencio; he dado fin. ¡Que Dios te favorezca con su gracia! Eres la criatura más bonita que yo he criado. Si pudiera vivir un día por verte desposada, se habrían cumplido mis deseos.

LADY CAPULETO.- A fe que de desposorio era el tema de que iba a hablar. Dime, Julieta, hija mía: ¿sientes inclinación a casarte?

JULIETA.- Es un honor en que nunca he soñado.

NODRIZA.- ¡Un honor! De no ser yo tu única nodriza, diría que habías extraído la sabiduría de los pechos a que te

crié.

LADY CAPULETO.- Bien; tiempo es ya de pensar en el matrimonio. Otras más jóvenes que vos hay aquí en Verona, damas de gran estimación, que ya son madres. Si no recuerdo mal, yo misma era vuestra madre mucho antes de esa edad en que vos sois todavía una doncella. Así, pues, en breves palabras: el animoso Paris os solicita por esposa.

NODRIZA.- ¡Qué hombre, señorita! Señora, es un hombre como el mundo entero. ¡Qué! ¡Una figura de cera!

LADY CAPULETO.- El estío de Verona no tiene una flor semejante.

NODRIZA.- Ya lo creo que es una flor, y, por mi fe, una flor excelentísima.

LADY CAPULETO.- ¿Qué decís? ¿Podréis amar a ese hidalgo? Esta noche le veréis en nuestra fiesta. Leed en el libro del rostro de Paris y descubrid allí el encanto escrito con la pluma de la gentileza. Reparad en la armonía de cada una de sus facciones y ved cómo una a otra se prestan realce, y si algo oscuro encontraréis en este bello libro, lo hallaréis dilucidado en el margen de sus ojos. A este precioso libro de amor, a este amante en rústica, para completar su hermosura, solo le falta la cubierta. El pez vive en el agua, y es gran honor para la belleza exterior cubrir la interior belleza. El libro que contiene una áurea leyenda está adornado con broches de oro que participa de la gloria de ellos a los ojos de la multitud. De igual modo, vos, teniéndole a él, participaréis de cuanto posee, sin disminución alguna.

NODRIZA.- ¡Disminución! ¡Quia! ¡Aumento! Las mujeres engruesan junto a los hombres.

LADY CAPULETO.- Decidlo brevemente. ¿Veréis con agrado el amor de Paris?

JULIETA.- Veré de amarle, si el ver mueve el amor; pero las flechas de mis ojos no irán lejos de lo que permita el impulso que preste a su vuelo vuestro permiso.

Entra un CRIADO.

CRIADO.- Señora, ya han venido los convidados; la cena está dispuesta; os llaman; preguntan por la señorita; en el oficio reniegan de la nodriza, y todo anda revuelto. Tengo que irme a servir. Os suplico que me sigáis inmediatamente.

LADY CAPULETO.- Te seguimos. (Sale el CRIADO.) Julieta, el conde espera.

NODRIZA.- ¡Anda, muchacha, busca felices noches a los felices días! (Salen.)

ESCENA IV.

Una calle.

Entran ROMEO, MERCUCIO, BENVOLIO, con cinco o seis enmascarados, portadores de antorchas y otros.

ROMEO.- ¡Qué! ¿Recitamos este discurso en excusa nuestra, o penetramos sin apología?

BENVOLIO.- ¡La época rechaza ya esos circunloquios! No vamos ahora a llevar a Cupido cubierto con una venda y en la mano un arco tártaro, hecho de un listón de madera pintada, asustando a las amas como un espantapájaros, ni tampoco a anunciar nuestra entrada con un prólogo sin libro, pronunciado desmayadamente por el apuntador. ¡Que nos midan como quieren! Nosotros les mediremos una medida, y nos vamos.

ROMEO.- ¡Dadme una antorcha! No estoy para contoneos; y, pues me encuentro tenebroso, debo llevar la luz.

MERCUCIO.- ¡Cómo, gentil Romeo! ¡Queremos que bailéis!

ROMEO.- ¡No, creedme! Vosotros lleváis zapatos de baile con suelas ligeras. Yo tengo el alma de plomo, que me deja clavado en el suelo sin poder moverme.

MERCUCIO.- ¡Sois un enamorado! ¡Pedidle a Cupido os preste sus alas, y remontaos con ellas hasta las cumbres!

ROMEO.- ¡Demasiado cruelmente herido estoy por su flecha para que pueda remontarme con sus leves alas; y tan postrado me tiene, que no puedo elevarme más allá de la negra pesadumbre! ¡Caigo agobiado bajo la carga abrumadora del amor!

MERCUCIO.- ¡Pues como caigáis encima, aplastaréis el amor con vuestro peso! Es mucha opresión para tan tierno ser.

ROMEO.- ¿Tierno ser el amor? ¡Demasiado áspero, demasiado rudo, demasiado violento, y pincha como el abrojo!

MERCUCIO.- Si el amor es áspero con vos, sed vos áspero con él; si os pincha, pinchadle, y acabad por rendirle. ¡Dadme un estuche donde poner mi rostro! (Colocándose un antifaz.) ¡Una careta para otra careta! ¿Qué me importa que algún ojo curioso adivierta ahora mis deformidades? ¡He aquí estas mejillas postizas, que se ruborizarán por mí!

BENVOLIO.- ¡Vamos, llamad, y adelante! Y tan pronto como entremos, que cada cual se cuide solo de sus piernas.

ROMEO.- ¡Una antorcha para mí! ¡Los livianos de corazón risueño hagan cosquillas con sus talones a los insensibles juncos! Por mi parte, me atengo al refrán del abuelo: «Yo seré portacandela y miraré.» «La partida no se presenta nunca tan bella, y yo la abandono».

MERCUCIO.- ¡Bah! «El caballo bayo es ratón», que dijo el corchete. Si eres caballo bayo, te sacaremos de ese barrizal de tu reverendísimo amor en que te hallas hundido hasta las orejas. ¡Vamos, que estamos alumbrando a la luz del día, eh!

ROMEO.- No, eso no es así.

MERCUCIO.- Quiero decir, señor que con estas dilaciones consumimos en vano nuestras luces como lámparas en pleno día. Advierte nuestra intención, pues nuestro juicio está cinco veces en ella antes que una sola en nuestras potencias.

ROMEO.- Y nuestra intención de concurrir a esa mascarada es también buena; pero constituye una falta de juicio.

MERCUCIO.- ¿Por qué? ¿Puede saberse?

ROMEO.- Tuve un sueño anoche...

MERCUCIO.- Y yo otro.

ROMEO.- Bien; ¿y qué soñasteis?

MERCUCIO.- Que los soñadores suelen mentir.

ROMEO.- Dormidos en su cama en tanto sueñan cosas verdaderas.

MERCUCIO.- ¡Oh! Ya veo, pues, que ha estado con vos la reina Mab. Es la partera de las ilusiones, y llega, bajo un tamaño no más grueso que el ágata que brilla en el dedo índice de un regidor, arrastrada por un tronco de atomísticos corceles, a pasearse por las narices de los hombres mientras están dormidos. Los radios de las ruedas de su carroza están fabricados de largas patas de araña; la cubierta, de alas de saltamontes; las riendas, de finísima telaraña; los arneses, de húmedos rayos de luna; su látigo, de un hueso de grillo; la tralla, de una hebra sutil. Su cochero, un pequeño mosquito de librea gris, ni la mitad grande como el redondo gusanillo que se extrae con la punta de un alfiler del perezoso dedo de una doncella. Su carroza es una cáscara de avellana, la brada por la carpintera ardilla o el viejo gorgojo, desde antiguos tiempos artifices de carruajes de hadas. Y en ese tren galopa noche tras noche, por los cerebros de los enamorados, que en seguida sueñan con amores; sobre las rodillas de los cortesanos, que al punto sueñan con reverencias; por los dedos de los abogados, que al instante sueñan con minutas; sobre los labios de las damas, que acto seguido sueñan con besos, labios que Mab, enfurecida infecta a menudo, atormentándose con ampollas, por haber viciado el aliento con golosinas aromáticas. Algunas veces cabalga sobre la nariz de un palaciego, y entonces sueña que ventea una promoción; y otras, con el rabo de un lechón del diezmo, cosquillea en la nariz de un párroco mientras está dormido, e instantáneamente sueña en la prebenda inmediata. También se la ve pasear por el cuello de un soldado, y al momento sueña con degüellos de enemigos, brechas, emboscadas, hojas españolas, brindis y tragos de cinco codos. Y entonces suena de repente el tambor en sus oídos, con lo cual él da un salto y se levanta, y con semejan-

te susto reniega una oración o dos y se duerme de nuevo. Esta Mab es la misma que trenza las crines de los caballos en la noche y conglutina las greñas de los duendes en sucios y feos nudos, que una vez desenmarañados pronostican grandes desventuras. Esta es la bruja que, cuando las doncellas duermen de espaldas, las oprime y las enseña a resistir por primera vez, haciendo de ellas mujeres de buen llevar. Esta es la...

ROMEO.- ¡Silencio! ¡Silencio, Mercucio, silencio! Estás hablando de nada.

MERCUCIO.- Es verdad, hablo de sueños, que son los vapores de una mente ociosa, engendrados únicamente por la vanidad y fantasía, tan insustancial como el aire y más mudable que el viento que ahora acaricia el seno helado del Norte, y que, después de irritado, brama desde allí, volviendo la cara al Sur, destilador de rocío...

BENVOLIO.- Este viento de que habláis nos aleja de nosotros mismos. La cena habrá acabado, y llegaremos demasiado tarde.

ROMEO.- Temo que demasiado temprano, pues mi corazón siente que alguna fatalidad, todavía suspendida en las estrellas, comenzará amargamente su temible curso con los regocijos de esta noche y pondrá fin a la despreciable vida que encierra mi pecho por algún golpe vil de prematura muerte. ¡Que Aquél que gobierna el timón de mi existencia guíe mi nave! ¡Adelante, alegres caballeros!

BENVOLIO.- ¡Bate, tambor! (Salen.)

ESCENA V.

Salón en casa de Capuleto.

Músicos esperando. Entran Criados con servilletas.

CRIADO 1º - ¿Dónde está Cacerola, que no ayuda a servir? ¡Quitar él un plato! ¡Fregar él un plato!

CRIADO 2º.- Cuando los buenos modales están en las manos de uno o dos solamente, y aun ellas sin lavar, la cosa es un asco...

CRIADO 1º.- ¡Fuera las banquetas plegadizas! ¡Apartad el aparador! ¡Cuidado con la vajilla de plata!... Escucha, tú: resérvame un pedazo de mazapán, y puesto que me aprecias, deja que el portero permita entrar a Susana la Molinera y a Leonor. ¡Antonio!... ¡Cacerola!

CRIADO 3º.- ¡Ya vamos, muchachos!

CRIADO 1º.- ¡Os necesitan, os llaman, preguntan por vosotros y os buscan en el salón grande!

CRIADO 3º.- ¡No podemos estar aquí y allá a la vez! ¡Vivo, muchachos! ¡Despachad, y el que se quede el último cargue con todo! (Se retiran hacia el foro.)

Entran CAPULETO, JULIETA y otras personas de su familia con los convidados y máscaras.

CAPULETO.- ¡Bien venidos, caballeros! Las damas a quienes no aprieten los zapatos darán una vuelta con vosotros. ¡Ajá, señoras mías! ¿Cuál de todas vosotras se negará ahora a bailar? La que se muestre remilgada, juraré que le aprieten los zapatos. ¿Ando cerca de lo cierto? ¡Bien venidos, caballeros! En mis buenos tiempos también yo gastaba anafaz y sabía susurrar algún cuentecillo en los oídos de una bella dama, que solía deleitarme... Todo pasó, todo pasó, todo pasó... ¡Sed bien venidos, caballeros! ¡Vaya, músicos, a tocar!... ¡Sitio, sitio! ¡Despejad un poco y pies ligeros, niñas! (Suena la música y bailan.) ¡Más luz, muchachos! Retirad las mesas y apagad el fuego, que hace demasiado calor en la sala! ¡Hola, compadre! Esta fiesta inesperada nos viene a las mil maravillas. ¡Vaya, sentaos, pues, querido primo Capuleto! Para vos y para mí pasó el tiempo de bailar.

¿Cuánto hará desde la última vez que estuvimos en un baile de máscaras?

CAPULETO 2º.- ¡Virgen santa! ¡Treinta años!

CAPULETO.- ¡Qué decís, hombre! ¡No tanto! ¡No tanto, no tanto! Desde la boda de Luciano acá, venga Pentecostés tan aprisa como quiera, hace veintiocho años, y entonces nos disfrazamos.

CAPULETO 2º.- Hace más; su hijo tiene más edad, señor. Ha cumplido ya los treinta.

CAPULETO.- ¿Me lo diréis a mí? Mi hijo no hace más de dos años que salió de tutela.

ROMEO.- (A un CRIADO.) ¿Quién es aquella dama que empuja la mano de aquel galán?

CRIADO.- No la conozco, señor.

ROMEO.- ¡Oh!... ¡De ella debe aprender a brillar la luz de las antorchas! ¡Su hermosura parece que pende del rostro de la noche como una joya inestimable en la oreja de un etíope! ¡Belleza demasiado rica para gozarla, demasiado preciosa para la tierra! ¡Como nivea paloma entre cuervos se distingue esa dama entre sus compañeros! Acabado el baile, observaré dónde se coloque, y con el contacto de su mano hará dichosa mi ruda diestra. ¿Por ventura amó hasta ahora mi corazón? ¡Ojos, desmentidlo! ¡Porque hasta la noche presente jamás conocí la verdadera hermosura!

TEOBALDO.- Ese, por su voz, es un Montesco. ¡Tráeme mi estoque, muchacho! ¿Cómo el miserable se atreve a venir hasta aquí, cubierto con un grotesco antifaz, para hacer burla y escarnio de nuestra brillante fiesta? Pues ¡por la estirpe y honor de mi familia que le mataré a estocadas sin ningún mordimiento.

CAPULETO.- ¿Qué hay, qué pasa, sobrino? ¿Por qué os alteráis así?

TEOBALDO.- ¡Tío, ese es un Montesco, un enemigo nuestro un villano, que, por despecho, ha venido hasta aquí para burlarse esta noche de nuestra fiesta!

CAPULETO.- ¿Es el joven Romeo?

TEOBALDO.- ¡El mismo, ese villano Romeo!

CAPULETO.- Cálmate, gentil sobrino; déjale en paz, pues se porta como un noble hidalgo. Y, a decir verdad, Verona es tan orgullosa de un joven tan virtuoso y de tan intachable conducta. Ni a cambio de todos los tesoros de esta villa quisiera yo inferirle en mi casa el menor ultraje. Por tanto, repórtate y no te ocupes de él. Este es mi deseo, que, si respetas, debes mostrar un aspecto jovial y desarrugar ese ceño, fiero talante que cuadra mal en una fiesta.

TEOBALDO.- ¡Es la mejor actitud cuando entre los invitados hay un canalla semejante! ¡No lo sufriré!

CAPULETO.- ¡Lo sufriréis! ¡Caramba con el caballerito! ¡Lo sufriréis, os digo! ¡Vaya! ¿Soy yo aquí quien manda, o vos? ¡Vaya! ¡Que no lo sufriréis! ¡Dios me perdone!... ¿Vais a armar un motín entre mis convidados? ¡Queréis levantar mucho el gallo! ¡Queréis ser el bravo!

TEOBALDO.- Pero tío, ¡eso es una vergüenza!

CAPULETO.- ¡Andad, andad! ¡Sois un muchacho impertinente! ¿Conque una vergüenza, además? ¡Esa broma puede costarnos caro; sé lo que me digo! A mí contrariarme! ¡Pues, sí, en buena ocasión! ¡Bravo, hijos míos! ¡Sois un mequetrefe, andad! Estaos quieto, o... ¡Más luz, más luz! ¡Conque una vergüenza! ¡Yo haré que os aquietéis! ¡Vaya, animaos, hijos míos!

TEOBALDO.- ¡La paciencia impuesta, en unión con mi cólera tenaz, hace temblar mis carnes en sus diversos choques! ¡Me retiraré; pero esta intrusión, que ahora parece dulce, se convertirá en amarguísima hiel! (Sale.)

ROMEO.- (A JULIETA.) Si con mi mano, por demás indigna, profano este santo relicario, he aquí la gentil expiación: mis labios, como dos ruborosos peregrinos, están prontos a suavizar con un tierno beso tan rudo contacto.

JULIETA.- Buen peregrino, injusto hasta el exceso sois con vuestra mano, que en esto solo muestra respetuosa devoción; pues los santos tienen manos a las que tocan las manos de los peregrinos, y enlazar palma es el ósculo de los piadosos palmeros.

ROMEO.- ¿Y no tienen labios los santos, y labios también los piadosos palmeros?

JULIETA.- Sí, peregrino; labios que deben usar en la oración.

ROMEO.- ¡Oh! Entonces, santa adorada, deja que hagan los labios lo que las manos hacen. ¡Ellos te rezan, accede tú para que la fe no se cambie en desesperación!

JULIETA.- Los santos no se mueven, aunque accedan a las plegarias.

ROMEO.- Pues no os mováis mientras recojo el fruto de mis preces. *(Besándola.)* ¡Así, mediante tus labios, quedan los míos libres de pecado!

JULIETA.- De este modo pasó a mis labios el pecado que los vuestros han contraído.

ROMEO.- ¿Pecado de mis labios? ¡Culpa deliciosamente prochada! ¡Devolvedme mi pecado!

JULIETA.- Besáis según el ritual.

NODRIZA.- Señorita, vuestra madre desea desiros una palabra.

ROMEO.- ¿Quién es su madre?

NODRIZA.- ¡Pardiez, mancebo! Su madre es la señora de la casa, y una buena señora, prudente y virtuosa. Yo he criado a su hija, esa con quien hablabais, y os juro que el que logre conseguirla se llevará un tesoro.

ROMEO.- ¿Es un Capuleto? ¡Oh, cara cuenta! Soy deudor de mi vida a mi adversario.

BENVOLIO.- ¡Fuera! ¡Vámonos! La fiesta llegó a todo lo más.

ROMEO.- ¡Sí, tal lo temo y mayor es mi inquietud!

CAPULETO.- ¡Eh, caballeros, no os dispongáis a salir! Nos aguarda un modesto e insignificante banquete. ¡Insistid! Pues, entonces, gracias a todos. ¡Gracias, respetables caballeros! ¡Buenas noches! ¡Más antorchas aquí! ¡Adelante, pues! ¡Vamos al lecho! ¡Hola, compadre! Por mi fe, va ha-

ciéndose tarde. ¡A descansar! *(Salen todos, menos JULIETA y la NODRIZA.)*

JULIETA.- Ven acá, nodriza. ¿Quién es aquel caballero?

NODRIZA.- El hijo y heredero del viejo Tiberio.

JULIETA.- ¿Quién es aquel que ahora transpone la puerta?

NODRIZA.- ¡Pardiez! Ese creo que es el joven Petruchio.

JULIETA.- ¿Y el que le sigue, el que no quería bailar?

NODRIZA.- No le conozco.

JULIETA.- Anda a preguntar su nombre. ¡Si es casado, mi tumba se me figura mi lecho nupcial!

NODRIZA.- Se llama Romeo y es un Montesco. El único hijo de vuestro mayor enemigo.

JULIETA.- ¡Mi único amor, nacido de mi único odio! ¡Demasiado pronto le vi, sin conocerle, y demasiado tarde le he conocido! ¡Prodigioso principio de amor que tenga que amar a un aborrecido adversario!

NODRIZA.- ¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

JULIETA.- Unos versos que aprendí ahora de de uno con quien bailaba. *(Una voz dentro: <<¡Julieta!>>)*

NODRIZA.- ¡En seguida, en seguida! Venid, salgamos. Todos los invitados se fueron ya. *(Salen.)*

ACTO SEGUNDO.

PRÓLOGO.

Entra el CORO.

CORO.- Ahora yace el antiguo deseo en su lecho de muerte, y una nueva pasión aspira a ser heredera. La hermosura por quien suspiraba el amante y quería morir ha perdido su encanto, comparada con la tierna Julieta. Ahora Romeo es amado, y

ama a su vez, igualmente embrujado por el hechizo de las miradas. Pero él debe expresar sus querellas a su supuesta enemiga, y ella preservar de terribles anzuelos el cebo del amor. Como sea adversario, no puede tener acceso para alentarla con aquellas promesas que se estilan entre amantes. Y ella, del mismo modo enamorada, cuenta aún con menos medios para verse en alguna parte con su recién amado. Pero la pasión les presta fuerza y medios el tiempo para hallarse compensando su extremada desgracia con extremada dulzura. (Sale.)

ESCENA PRIMERA.

Una callejuela, junto a las tapias del jardín de Capuleto.

Entra ROMEO.

ROMEO.- ¿Puedo ir más lejos, cuando mi corazón está aquí? ¡Vuelve atrás, tosco barro, y halla tu centro! (Se encarama en la tapia y salta adentro.)

Entra BENVOLIO y MERCUCIO.

BENVOLIO.- ¡Romeo, primo Romeo!

MERCUCIO.- Es un muchacho de talento, y, por mi vida, que se ha ido a su casa a acostar.

BENVOLIO.- Seguía esta dirección, y ha saltado las tapias de este jardín. ¡Lámale, buen Mercucio!

MERCUCIO.- ¡Bah! Y le conjuraré también. ¡Romeo!... ¡Caprichos!... ¡Locura!... ¡Pasión!... ¡Amante!... ¡Apartete en forma de suspiro! Recita un verso siquiera, y me dejaré por satisfecho. Exclama tan solo: ¡Ay de mí! Rima únicamente <<amor>> con <<dolor>>. Suelta un piropo a mi comadre Venus y pon un apodo a su hijo y ciego heredero, el viejo Aram Cupido, el que disparó tan acertadamente cuando el rey

Cofetúa se enamoró de la doncella mendiga... No oye, no se agita, no se mueve. ¡El pobre está muerto y debemos conjurar lo!... ¡Te conjuro por los brillantes ojos de Rosalina, por su altiva frente y sus labios de escarlata, por su fino pie, esbelta pierna y trémulo muslo, y los parajes allí adyacentes, para que te nos aparezcas en tu propia figura!

BENVOLIO.- Si te oye, le vas a enojar.

MERCUCIO.- Esto no puede enojarle. Lo que le enojaría sería evocar un espíritu de extraña naturaleza en el círculo de su dama, dejándole allí erguido hasta que ella lo abatiera y lo conjurara. Esto le causaría algún despecho; pero mi invocación es razonable y honesta, y solo le conjuro en nombre de su amada para hacerle a él sufrir.

BENVOLIO.- Vamos, se habrá ocultado entre estos árboles, para estar en consorcio con la vaporosa noche. Su amor es ciego, y le conviene más la oscuridad.

MERCUCIO.- ¡Si tu amor es ciego, no puede dar en el blanco! ¡Ahora estará sentado bajo un níspero, y deseando que su dama sea esa especie de fruta a que se refieren las doncellas nísperas cuando ríen a solas! ¡Oh Romeo, si ella fuese, ¡oh!, si ella fuese un etcétera, abierto y tú una pera poperina. ¡Romeo, buenas noches! ¡Me voy a mi cama de ruedas! ¡Este lecho de césped es demasiado frío para dormirme! Vaya, ¿nos vamos?

BENVOLIO.- Vámonos, pues. Porque es inútil buscar aquí a quien no quiere que le encuentren. (Salen.)

ESCENA II.

El jardín de Capuleto.

Entra ROMEO.

ROMEO.- ¡Se burla de las llagas el que nunca recibió una herida!

JULIETA aparece arriba, en una ventana.

Pero, ¡silencio!, ¿qué resplandor se abre paso a través de aquella ventana? ¡Es el Oriente, y Julieta, el sol! ¡Surge esplendente sol, y mata a la envidiosa luna, lánguida y pálida de sentimiento porque tú, su doncella, la has aventajado en hermosura! ¡No la sirvas, que es envidiosa! Su tocado vestal es enfermizo y amarillento y no son sino bufones los que usan. Deséchalo! ¡Es mi dueño! ¡Oh, es mi amor! ¡Oh, si ella lo supiera!... Habla...; mas nada se escucha; pero ¿qué importa? ¡Hablan sus ojos; les responderé!... Soy demasiado atrevido. No es a mí a quien habla. Dos de las más resplandecientes estrellas de todo el cielo, teniendo algún quehacer ruegan a sus ojos que brillen en sus esferas hasta su retorno. ¿Y si los ojos de ella estuvieran en el firmamento y las estrellas en su rostro? ¡El fulgor de sus mejillas avergonzaría a esos astros, como la luz del día a la de una lámpara! ¡Sus ojos lanzarían desde la bóveda celeste unos rayos tan claros a través de la región etérea, que cantarían las aves creyendo llegada la aurora!... ¡Mirad cómo apoya su mano la mejilla! ¡Oh! ¡Quién fuera guante de esa mano para poder tocar esa mejilla!

JULIETA.- ¡Ay de mí!

ROMEO.- Habla. ¡Oh! ¡Habla otra vez ángel resplandeciente!... Porque esta noche apareces tan esplendorosa sobre mi cabeza como un alado mensajero celeste ante los ojos extáticos y maravillados de los mortales, que se inclinan hacia atrás para verle, cuando él cabalga sobre las tardes peregrinas y navega en el seno del aire.

JULIETA.- ¡Oh, Romeo, Romeo! ¿Por qué eres tú Romeo? ¡Llega a tu padre y rehúsa tu nombre; o, si no quieres, júrame solo que me amas, y dejaré yo de ser una Capuleto.

ROMEO.- (Aparte.) ¿Continuaré oyéndola, o le hablo a ella?

JULIETA.- ¡Solo tu nombre es mi enemigo! ¡Porque tú eres tu mismo, seas o no Montesco! ¿Que es Montesco? No tiene ni mano, ni pie, ni brazo, ni rostro, ni parte alguna que le dé firmeza a un hombre. ¡Oh, sea otro tu nombre! ¿Qué hay en

tu nombre? ¡Lo que llamamos rosa exhalaría el mismo grato perfume con cualquiera otra denominación! De igual modo Romeo, aunque Romeo no se llamara, conservaría sin este título las raras perfecciones que atesora. ¡Romeo, rechaza tu nombre; y, a cambio de ese nombre, que no forma parte de ti, tómame a mí toda entera!

ROMEO.- Te cojo tu palabra. Llámame solo <<amor mío>>, y seré nuevamente bautizado. ¡Desde ahora mismo dejaré de ser Romeo!

JULIETA.- ¿Quién eres tú, que así, envuelto en la noche, sorprendes de tal modo mis secretos?

ROMEO.- ¡No sé cómo expresarte con un nombre quién soy! Mi nombre, santa adorada, me es odioso, por ser para ti un enemigo. De tenerla escrita, rasgaría esa palabra.

JULIETA.- Todavía no han librado mis oídos cien palabras de esa lengua, y conozco ya el acento. ¿No eres tú Romeo y Montesco?

ROMEO.- Ni uno ni otro, hermosa doncella, si los dos te desagradan.

JULIETA.- Y dime: ¿cómo has llegado hasta aquí, y para qué? Las tapias del jardín son altas y difíciles de escalar, y el sitio, de muerte, considerando quién eres, si alguno de mis parientes te descubriera.

ROMEO.- Con ligeras alas de amor franquéé estos muros, pues no hay cerca de piedra capaz de atajar el amor; y lo que el amor puede hacer, aquello el amor se atreve a intentar. Por tanto, tus parientes no me importan.

JULIETA.- ¡Te asesinarán si te encuentran!

ROMEO.- ¡Ay! ¡Más peligro hallo en tus ojos que en veinte espadas de ellos! Mírame tan solo con agrado, y quedo a prueba contra su enemistad.

JULIETA.- ¡Por cuanto vale el mundo, no quisiera que te vieses aquí!

ROMEO.- El manto de la noche me oculta a sus miradas; pero, si no me quieres, déjalos que me hallen aquí. ¡Es mejor

que termine mi vida víctima de su odio, que se retrase mi muerte falto de tu amor!

JULIETA.- ¿Quién fue tu guía para descubrir este sitio?

ROMEO.- Amor, que fue el primero que me incitó a indagar; él me prestó consejo y yo le presté mis ojos. No soy piloto; sin embargo, aunque te hallaras tan lejos como la más extensa ribera que baña el más lejano mar, me aventuraría por mercancía semejante.

JULIETA.- Tú sabes que el velo de la noche cubre mi rostro; si así no fuera, un rubor virginal verías teñir mis mejillas por lo que me oíste pronunciar esta noche. Gustosa quisiera guardar las formas, gustosa y gustosa negar y cuanto he hablado; pero ¡adiós cumplimientos! ¿Me amas? Sé que dirás: sí, y yo te creeré bajo tu palabra. Con todo, si lo jurases, podría resultar falso, y de los perjuros de los amantes dicen que se ríe Júpiter. ¡Oh gentil Romeo! Si de veras me quieres, decláralo con sinceridad; o, si piensas que soy demasiado ligera, me pondré desdeñosa y esquiva, y tanto mayor será tu empeño en galantearme; pero, de otro modo, ni por todo el mundo. En verdad, arrogante Montesco, soy demasiado apasionada, y por ello tal vez tildes de liviana mi conducta; pero, créeme, hidalgo, daré pruebas de ser más sincera que las que tienen más destreza en disimular. Yo hubiera sido más reservada, lo confieso, de no haber tú sorprendido, sin que yo me aperciese, mi verdadera pasión amorosa. ¡Perdóname, por tanto, y no atribuyas a liviano amor esta flaqueza mía, que de tal modo ha descubierto la oscura noche!

ROMEO.- Señora, juro por esa luna bendita, que corona de plata las copas de estos árboles frutales...

JULIETA.- ¡Oh! No jures por la luna, por la inconstante luna, que cada mes cambia al girar en su órbita, no sea que tu amor resulte tan variable.

ROMEO.- ¿Por qué jurar, entonces?

JULIETA.- ¡No jures en modo alguno; o si quieres, jura por tu graciosa persona, que es el dios de mi idolatría, y te creeré!

ROMEO.- Si el profundo amor de mi pecho...

JULIETA.- Bien; no jures. Aunque eres mi alegría, no me alegra el pacto de esta noche: es demasiado brusco, demasiado temerario, demasiado repentino, demasiado semejante al relámpago que se extingue antes que podamos decir: «¡El relámpago!...» ¡Cariño, buenas noches! Este capullo de amor, madurado por el hálito ardiente del estío, tal vez se haya convertido en flor galana cuando volvamos a vernos. ¡Buenas noches! ¡Buenas noches! ¡Tan dulce reposo y sosiego alcance tu corazón, como el que alienta dentro de mi pecho!

ROMEO.- ¡Oh! ¿Quieres dejarme así, tan poco satisfecho?

JULIETA.- ¿Qué satisfacción puedes lograr esta noche?

ROMEO.- El cambio con el mío de tu fiel juramento de amor.

JULIETA.- Te lo entregué antes de tú pedírmelo, y aún quisiera dártelo de nuevo.

ROMEO.- ¿Me lo querrías quitar? ¿Con qué objeto, amor mío?

JULIETA.- No sino para mostrarme generosa y dártelo otra vez. Mi liberalidad es tan ilimitada como el mar, y profundo como este es mi amor. Cuanto más te entrego, tanto más me queda, pues uno y otro son infinitos. ¡Oigo ruido dentro! ¡Amor querido, adiós! (La NODRIZA llama dentro.) ¡Al instante, buena nodriza! ¡Dulce Montesco, séme fiel! ¡Espera un momento, solo un momento! Vuelvo otra vez. (Sale.)

ROMEO.- ¡Oh bendita, bendita noche! ¡Cuánto temo, por ser ahora de noche, que todo esto no sea sino un sueño, demasiado encantador y dulce para que tenga realidad.

Vuelve a entrar JULIETA arriba.

JULIETA.- ¡Tres palabras, querido Romeo, y buenas noches, por tanto! Si tus pensamientos amorosos son honestos y tu fin el matrimonio, comunícamelo mañana por conducto de una persona que yo procuraré enviarte, señalándole dónde y a qué

hora quieres que se verifique la ceremonia, y pondré mi sue-
te a tus pies y te seguiré por el mundo como a mi dueño y se-
ñor.

NODRIZA.- (*Dentro.*) ¡Julieta!

JULIETA.- Voy en seguida... Pero si son perversas tus
tenciones, te suplico...

NODRIZA.- (*Dentro.*) ¡Julieta!

JULIETA.- Al momento voy... "Te suplico cesen tus gale-
teos y me dejes abandonada a mi dolor. Mañana mandaré.

ROMEO.- ¡Ojalá sea tan feliz mi alma!

JULIETA.- ¡Mil veces buenas noches! (*Sale.*)

ROMEO.- ¡Malditas mil veces, faltando la luz tuya!...
amor corre hacia el amor, como los escolares huyen de sus
bros; pero el amor se aleja del amor, como los niños se dir-
gen a la escuela, con ojos entristecidos. (*Se retira lenta-
mente.*)

Vuelve a entrar JULIETA arriba.

JULIETA.- ¡Chis!... ¡Romeo, chis! ... ¡Oh! ¡Quién tuvi-
ra la voz del halconero para atraer aquí de nuevo a este ga-
til azor! La esclavitud ha enronquecido y no puede hablar
voz alta. ¡De otro modo estremecería ya la caverna donde
bita Eco y pondría su aérea lengua más ronca que la mía con
la repetición del nombre de mi Romeo! ¡Romeo!...

ROMEO.- ¡Es mi alma, que me llama por mi nombre! ¡Que
dulce y argentina suena en medio de la noche la voz de los
amantes! ¡Como suavísima música a los absortos oídos!

JULIETA.- ¡Romeo!...

ROMEO.- ¡Julieta mía!...

JULIETA.- ¿A qué hora te enviaré recado mañana?

ROMEO.- A las nueve.

JULIETA.- ¡No faltaré! ¡Un siglo hay hasta entonces!...
No recuerdo para qué te he llamado.

ROMEO.- Déjame estar aquí hasta que lo recuerdes.

JULIETA.- Lo olvidaría para tenerte siempre ahí, recor-
dando cuán grata me es tu compañía.

ROMEO.- Y yo esperaré siempre para que sigas en tu olvi-
do, no acordándome de otro sitio sino de este.

JULIETA.- Casi amanece ya. Quisiera que te marchases,
aunque no más lejos que el pajarillo de una niña juguetona,
que lo suelta, dejando que brinque un poco, como pobre priso-
nero amarrado a sus grillos; y con un hilo de seda le atrae
hacia sí otra vez, amorosamente celosa de su libertad.

ROMEO.- Quisiera ser tu pajarillo.

JULIETA.- Mi vida, también yo lo quisiera; aunque te ma-
taría por exceso de halagos. ¡Buenas noches! ¡Buenas noches!
¡La despedida es un dolor tan dulce, que estaría diciendo
<<Buenas noches>> hasta llegar el día! (*Sale.*)

ROMEO.- ¡Descienda el sueño sobre tus ojos y el descanso
sobre tu pecho! ¡Quien fuera sueño y descanso para reposar
tan deliciosamente!... Iré desde aquí a la celda de mi padre
espiritual para pedirle ayuda y referirle mi buena suerte.
(*Sale.*)

ESCENA III,

Celda de Fray Lorenzo.

Entra FRAY LORENZO con una cesta.

FRAY LORENZO.- La aurora de ojos grises sonrío a la tor-
va noche, jaspeando las nubes orientales con franjas de luz,

y la moteada oscuridad se tambalea como un beodo ante el sendero del día y las ruedas del fuego del Titán. Ahora antes que el sol avance su ojo abrasador para animar el día y secar el húmedo rocío de la noche, debo henchir esta cesta de minibre de nocivas hierbas y flores de precioso jugo. La tierra, que es madre de la Naturaleza, es también su tumba. Lo que es su fosa sepulcral, es su materno seno; y nacidos de él y criados a sus pechos naturales, hallamos seres de especies diversas, excelentes muchos por sus muchas virtudes, ninguno sin alguno, y todos, no obstante, distintos. ¡Oh! Inmensa es la gracia poderosa que reside en hierbas, plantas, piedras y sus raras cualidades, porque no existe en la tierra nada tan vil que no rinda a la tierra algún beneficio especial; ni hay cosa tan buena que, desviada de su bello uso, no trastorne su verdadero origen, cayendo en el abuso. La virtud misma convierte en vicio, mal aplicada, y en ocasiones el vicio se dignifica por la acción. Dentro del tierno cáliz de esta débil flor residen el veneno y el poder medicinal. Por ello, oliéndola, deleita a todas y cada una de las partes del cuerpo; pero, gustándola, mata el corazón y los sentidos. De igual modo acampan siempre en el hombre y en las plantas dos potencias enemigas: la benignidad y la malignidad; y cuando predomina la peor, muy pronto la gangrena de la muerte devora aquella planta.

Entra ROMEO.

ROMEO.- ¡Feliz madrugada, padre!

FRAY LORENZO.- *Benedicite!* ¿Qué voz matinal tan dulcemente me saluda? Hijito mío, despedirse tan pronto del lecho arguye un ánimo intranquilo. El cuidado vela constantemente en los ojos del anciano, y allí donde el cuidado asienta nunca yacerá el sueño; pero donde la juventud ilesa, con el cerebro libre de zozobras, se tiende para proporcionar reposo a los miembros, allí reina el sueño dorado. Por tanto, tu madrugador me denuncia que te ha despertado alguna inquietud, o a no ser así, y creo que lo acierto, es que nuestro Romeo no se acostó anoche.

ROMEO.- Eso último es la verdad. Mi reposo ha sido más dulce.

FRAY LORENZO.- ¡Perdone Dios el pecado! ¿Estuviste con Rosalina?

ROMEO.- ¿Con Rosalina, reverendo padre? No; he olvidado ese nombre y la amargura de ese nombre.

FRAY LORENZO.- Eso es ser un buen hijo. Pero, entonces, ¿Dónde estuviste?

ROMEO.- Te lo diré, antes que vuelvas a preguntármelo. Estuve en un festín con mi enemigo, donde, de repente, me hirió una persona, a quien yo, a mi vez, herí. El remedio de ambos depende de tu amparo y santa medicina. Ningún otro abrigo, santo varón, pues, ya lo ves, mi intercesión favorece por igual a mi adversario.

FRAY LORENZO.- Sé llano y explícito, hijo mío en lo que hayas de decir. Una confesión equívoca solo encuentra una equívoca absolución.

ROMEO.- Pues sabe, entonces, que el amor de mi corazón radica en la bella hija del rico Capuleto, y de igual modo que la amo, así soy de ella amado. Sólo, pues, falta para nuestra completa unión que tú nos unas en santo matrimonio. Dónde, cómo y cuándo nos vimos, nos enamoramos y cambiamos nuestros votos de amor, te lo referiré por el camino. Ahora lo que te ruego es que consientas en casarnos hoy mismo.

FRAY LORENZO.- ¡Por San Francisco bendito! ¿Qué cambio es ese? ¿Has olvidado tan pronto a Rosalina, a quien querías tan apasionadamente. Luego el amor de los jóvenes no está, de seguro, en el corazón, sino en los ojos. ¡Jesús, María! ¿Qué copioso llanto ha inundado tus mejillas por Rosalina! ¡Cuánta agua salobre vertida en vano para sazonar un amor que no tiene ni gusto de ella! ¡Todavía no ha disipado el sol en el cielo las nubes de tus suspiros! ¡En mis viejos oídos resuenan aún tus viejos lamentos! ¡Mira aquí, sobre tu mejilla, aparece la huella de una antigua lágrima por borrar! Si algún día fuiste tú mismo y eran tuyas esas cuitas, tus cuitas y tú eran todo para Rosalina. ¿Y has cambiado? Pronuncia esta sentencia entonces: <<Bien pueden caer las mujeres si no

hay firmeza en los hombres.>>

ROMEO.- Varias veces me has reprendido por amar a Rosalina.

FRAY LORENZO.- Por idolatrarla, no por amarla, hijo mío.

ROMEO.- Y me aconsejaste que enterrara ese amor.

FRAY LORENZO.- Pero no en una tumba de la que hicieses surgir otro.

ROMEO.- ¡No me reprendas, te lo suplico! La que ahora amo paga firmeza con firmeza, amor con amor. No se portaba así la otra.

FRAY LORENZO.- ¡Oh! Ella sabía bien que tu amor recitaba de memoria sin haber aprendido a deletrear. Pero, vamos, mozo inconstante, ven conmigo. Te ayudaré por una razón: porque esta alianza puede ser provechosa, cambiando en puro afecto el rencor de vuestras familias.

ROMEO.- ¡Oh! ¡Partamos! Me importa proceder con toda celeridad.

FRAY LORENZO.- Despacio y con tiempo; que los que mucho corren se exponen a tropezar y a caer. *(Salen.)*

ESCENA IV.

Una calle.

Entran BENVOLIO y MERCUCIO.

MERCUCIO.- ¿Dónde diablos estará ese Romeo? ¿No fue a casa?

BENVOLIO.- A la de su padre, no. He hablado con su criado.

MERCUCIO.- ¡Ah! Esa pálida mozuela de corazón empedernido,

do, esa Rosalina, le atormenta de un modo que acabará por entorpecerlo.

BENVOLIO.- Teobaldo, el pariente del viejo Capuleto, le ha enviado una carta a casa de su padre.

MERCUCIO.- ¡Por mi vida, cartel de desafío!

BENVOLIO.- Romeo le contestará.

MERCUCIO.- Cualquiera que sepa escribir puede contestar a una carta.

BENVOLIO.- No; a quien contestará es a su dueño, y de la atrevida manera que gasta con quien se le atreve.

MERCUCIO.- ¡Ay, pobre Romeo! ¡Dale ya por muerto! Apunhalado por los ojos negros de una blanca mozuela, atravesado de parte a parte su oído por canciones amorosas, dividido el propio centro de su corazón por la certera flecha del ciego arquero, ¿es hombre él para hacer frente a Teobaldo?

BENVOLIO.- ¡Bah! Pues ¿qué es Teobaldo?

MERCUCIO.- ¡Más que el príncipe de los gatos, os lo aseguro! ¡Oh! ¡Es el más valeroso capitán de los cumplimientos! ¡Se bate como cantarías tú una pieza a compás! Guarda tiempo, distancia y medida. Te da por descanso el silencio de una mínima: una, dos, y la tercera en el pecho. El verdadero carnero de botones de seda, un duelista, un caballero de alta prosapia, de la primera y segunda causa. ¡Ah! ¡El inmortal pasado! ¡El punto reverso! El hai!

BENVOLIO.- ¿El qué?

MERCUCIO.- ¡La peste de tales estúpidos, pintureros y fantásticos petimetres! Esos nuevos afinadores de palabras: «¡Por Jesús, qué excelente espada! ¡Qué tío! ¡Vaya una pautita de postín!» ¡Qué! ¿No es cosa lamentable, abuelo, que hayamos de vernos molestados por esos extranjerizantes moscoses, esos figurines de moda, esos *pardonnez moi*, tan apegados a las nuevas formas que no pueden sentarse con comodidad en un banco viejo? ¡Oh sus *bons*! ¡Sus huesos!

Entra ROMEO.

BENVOLIO.- ¡Aquí viene Romeo, aquí viene Romeo!

MERCUCIO.- ¡Que viene más roído que una sardina arenque! ¡Oh carne, carne, cómo te has vuelto pecado! Ahora está por la lira del Petrarca. Laura, ante su dama, no era sino una ninfa fregatriz, aunque, por cierto, tuvo un amante más hábil para cantarla en sus rimas; Dido, una destrozona; Cleopatra, una gitana; Helena y Hero, busconas y meretrices; Tisbe, una muchacha de ojos garzós o cosa así, pero sin nada de particular. *Signior Romeo, bonjour!* Ahí va un saludo en francés para la gregüescos a la francesa; por cierto, que te despediste anoche de nosotros también a la francesa.

ROMEO.- ¡Buenos días, señores! ¿Qué dices de a la francesa?

MERCUCIO.- Nada, que te escurriste como las monedas falsas, señor; que te escapaste. ¿No caes?

ROMEO.- ¡Perdóname, buen Mercucio! Tenía un negocio de importancia, y en semejantes casos bien puede un hombre violar la cortesía.

MERCUCIO.- Esto es, que un caso como el tuyo obliga a un hombre a doblarse por las corvas.

ROMEO.- Me refiero a la cortesía.

MERCUCIO.- ¡No te has cortado!

ROMEO.- Era corto el floreo.

MERCUCIO.- Te advierto que soy la flor de lo cortés.

ROMEO.- ¡Clavel para una flor!

MERCUCIO.- Florido estás.

ROMEO.- Es una flor para mis calzas.

MERCUCIO.- ¡No mates la broma en flor! Síguela hasta que desfloren tus calzas y tengas que echar calza a tu ingenio.

ROMEO.- Yo entonces te ataré con calzadera.

MERCUCIO.- ¡Ayúdame, Benvolio, o tendré que apelar al calzado!

ROMEO.- No, a las calzas de Villadiego.

MERCUCIO.- ¡La verdad, si te das a la gansada con tus cinco sentidos, prueba que tienes el sentido de ganso!

ROMEO.- ¡Siento que tengas tan poco sentido!

MERCUCIO.- ¡Te daré qué sentir, porque pico más alto!

ROMEO.- Cuando vas de picos pardos.

MERCUCIO.- ¡Picante estás!

ROMEO.- ¡No te piques!

MERCUCIO.- ¡Oh, ese es un ingenio gomoso que alarga la frase desde una pulgada a una vara ancha!

ROMEO.- Alargo la frase para hacerte más largo.

MERCUCIO.- ¡Bien dicho! ¿No vale más esto que gemir de amores? Ahora eres sociable, ahora eres Romeo; ahora eres tú el que eres, así por tu educación como por tus dones naturales; que andaban con ese amor estúpido arriba y abajo, como un idiota que corre de acá para allá para esconder su chisme en un agujero.

BENVOLIO.- ¡Para ya, para ya!

MERCUCIO.- No paro; queda aún la cola de mi cuento.

BENVOLIO.- No alargues la cola.

MERCUCIO.- Yo la hubiera acortado, pues tocaba el fondo mismo de la cosa y no pensaba estirla más.

ROMEO.- ¡Aquí hay tela cortada!

Entran la NODRIZA y PEDRO.

MERCUCIO.- ¡Una vela, una vela!

BENVOLIO.- ¡Dos, dos! ¡Camisa y camisón!

NODRIZA.- ¡Pedro!

PEDRO.- ¿Qué?

NODRIZA.- Mi abanico, Pedro.

MERCUCIO.- Dáselo, Pedro amigo, para que se tape el rostro, que es más bello que su cara.

NODRIZA.- Buenos días os dé Dios, caballeros.

MERCUCIO.- Buenas tardes os dé Dios, hermosa dama.

NODRIZA.- ¿Son ya buenas tardes?

MERCUCIO.- No son menos, os lo aseguro, porque la libretina manecilla del reloj está ahora tocando las partes al mediodía.

NODRIZA.- ¡Fuera de mi presencia! ¡Vaya qué hombre!

ROMEO.- Señora mía, un hombre que Dios crió para echarse él mismo a perder.

NODRIZA.- ¡Bravo, muy bien dicho! <<Para echarse él mismo a perder>>, ¿no?... Caballero, ¿podría decirme alguno de vosotros dónde puedo hallar al joven Romeo?

ROMEO.- Yo puedo decíroslo; pero el joven Romeo será más viejo cuando le halléis que cuando le andabais buscando. Yo soy el más joven de ese nombre, a falta de otro peor.

NODRIZA.- ¡Bien dicho!

MERCUCIO.- ¡Sí? ¿Os parece bien o peor? ¡Muy bien disculpado, a fe mía! ¡Admirablemente, admirablemente!

NODRIZA.- Si sois vos él, señor, deseo hacer os una confidencia.

BENVOLIO.- ¡A alguna cena que le convida!

MERCUCIO.- ¡Tercera! ¡Tercera! ¡Tercera!... ¡Ea! ¡Sus!

ROMEO.- ¿Qué hay?

MERCUCIO.- Ninguna liebre, señor, a no ser una de esas que se sirven en empanada de Cuaresma y se pasan y ponen rancias antes de consumirse. (Canta.)

Una vieja liebre rancia
y una vieja liebre rancia,
en Cuaresma es buen manjar;
mas la liebre que está rancia
para veinte es demasiado
cuando enrancia al comenzar.

Romeo, ¿iréis a casa de vuestro padre? Allí comeremos.

ROMEO.- Luego os acompañaré.

MERCUCIO.- ¡Adiós, vieja señora!... ¡Adiós! (Canta.)

Señora,
señora,
señora.

(Salen MERCUCIO y BENVOLIO.)

NODRIZA.- ¡Vaya con Dios! Por favor, señor, ¿qué descomulgado truhán era ese, que tan pagado estaba de sus bellaquerías?

ROMEO.- Un caballero, nodriza, que gusta de escucharse a sí mismo y que hablará más en un minuto que no atenderá en un mes.

NODRIZA.- Pues como hable mal de mí, se las haré pagar, aunque fuera más mocetón de lo que es y veinte tunos de su casta; y si yo no puedo, buscaré quienes puedan. ¡Pícaro sin vergüenza! ¡Yo no soy ninguna de sus mancebas ni ninguno de sus compinches! (Volviéndose a PEDRO.) ¿Y tú te quedas así, como un papanatás, dejando que cualquier tunante me trate a placer?

PEDRO.- No he visto que hombre alguno os haya tratado a su placer, pues de otro modo en seguida hubiera desenvainado mi arma, os lo aseguro. ¡No hay quien me gane a desenvainar más pronto si veo ocasión para una honrosa contienda y está la ley de mi parte!

NODRIZA.- ¡Vive Dios, que estoy ahora tan corrida, que me tiemblan las carnes por todo el cuerpo! ¡Pícaro sinvergüenza!... Permitid, señor, una palabra. Pues, como iba diciendo, mi señorita me ha encargado que os buscara, y en cuanto a lo que me mandó deciros, eso me lo reservaré; pero, ante todo, es menester que os diga que si la condujeráis al paraiso de los bobos, como suele decirse, sería, como suele decirse, portarse de un modo indigno, porque la damita es joven y por tanto, si procedierais con ella con doblez, francamente sería una cosa fea, que no debe hacerse a una doncella, y una reprobable conducta.

ROMEO.- Nodriza, encomiéndome a tu señora y dueña. Protesto ante ti...

NODRIZA.- ¡Qué buen corazón! A fe mía que se lo diré todo. ¡Señor, Señor, qué gozosa se pondrá!

ROMEO.- ¿Qué le vais a decir, nodriza? No me entendéis.

NODRIZA.- Le diré, señor, que protestáis, lo cual, a mi entender, es gentilísima oferta.

ROMEO.- Dile que discurra algún pretexto para ir esta tarde a confesarse, y allí, en la celda de Fray Lorenzo, él nos confesará y desposará. Toma, por tus molestias.

NODRIZA.- ¡De ningún modo, señor! ¡Ni un penique!

ROMEO.- ¡Vamos, digo que lo tomes!

NODRIZA.- ¿Esta tarde, señor? Bien; allí estará.

ROMEO.- Y tú, querida nodriza, quédate tras las tapias de la abadía. De aquí a una hora mi criado se avistará contigo y te traerá unas cuerdas, dispuestas a modo de escala, que me conducirá a la alta cima de mi ventura durante la noche silenciosa. Adiós. Sé fiel, y yo recompensaré tus molestias. ¡Adiós! ¡Encomiéndame a tu señora!

NODRIZA.- Pues que Dios en los cielos os bendiga... Escuchad, señor.

ROMEO.- ¿Qué deseas, mi querida nodriza?

NODRIZA.- ¿Es callado vuestro criado? ¿No habéis oído

decir que secreto entre dos es malo de guardar?

ROMEO.- Yo te garantizo que mi criado es fiel como el acero.

NODRIZA.- Bien, señor... ¡Mi señorita es la criatura más linda!... ¡Señor, Señor! Cuando era una chicuela... ¡Oh! Hay aquí un noble caballero, un tal Paris, que de buena gana quisiera entrar al abordaje; pero ella, alma bendita, prefiere ver a un sapo, a un verdadero sapo, antes que a él. Algunas veces la hago rabiarse, diciéndole que Paris es el hombre adecuado; pues, podéis creerme, cuando se lo digo se pone más amarilla que el puñal más amarillo del universo mundo. ¿No comienzan romero y Romeo con una misma letra?

ROMEO.- Sí, nodriza; pero ¿a qué viene eso? Ambos empiezan con R.

NODRIZA.- ¡Ah, que burlón! Ese es el nombre del perro. La R es para él... No; sé yo que empieza con otra letra... Pues de esto, de vos y del romero ha sacado ella unas letrillas tan preciosas, que os diera gusto de oírlas.

ROMEO.- ¡Encomiéndame a tu señora!

NODRIZA.- Sí, mil veces. (Sale ROMEO.) ¡Pedro!

PEDRO.- ¡Al punto!

NODRIZA.- Pedro, toma mi abanico y marcha adelante y aprisa. (Sale.)

ESCENA V.

Jardín de Capuleto.

Entra JULIETA.

JULIETA.- El reloj daba las nueve cuando mandé a la nodriza. Me prometió estar de vuelta a la media hora. Quizá no haya podido hablar; pero no es eso. ¡Oh! ¡Es que es coja!

Los heraldos del amor debieran ser pensamientos, que corren con velocidad diez veces mayor que los rayos solares cuando ahuyentan las sombras que se ciernen sobre las hermosas colinas. Por ello tiran del carro del amor ligeras palomas, y por ello Cupido tiene raudas alas, como el viento. Ya está el sol sobre la altura suprema de la jornada del día, y tres horas interminables han transcurrido de nueve a doce. Aún no ha venido la nodriza. Si tuviese afecciones y ardiente sangre juvenil, se hubiera puesto rápidamente en movimiento, como una pelota. Mis palabras la hubieran lanzado mi dulce amor y las de él a mí. Pero la gente vieja dijérase muerta en su mayoría, torpe, tardía, pálida y pesada como el plomo.

Entra la NODRIZA con PEDRO.

¡Oh Dios, ya viene! ¡Ay nodriza de mi alma! ¿Qué noticias traes? ¿Le viste? Despide a tu escudero.

NODRIZA.- Pedro, quédate en la puerta. *(Sale PEDRO.)*

JULIETA.- Vamos, buena y dulce nodriza... ¡Oh Dios! ¿Por qué ese aire tan apesadumbrado? Aunque sean tristes las noticias, anúncialas alegremente; si son felices, estás afeando la música de las gratas nuevas, haciéndome escuchar con tan hosco semblante.

NODRIZA.- Estoy rendida. Déjame respirar un momento. ¡Ay, qué dolor de huesos! ¡Qué carrera la que he dado!

JULIETA.- ¡Ojalá tuvieras tú mis huesos y yo tus noticias! ¡Vaya, vamos, habla, te ruego! ¡Querida, querida nodriza, habla!

NODRIZA.- ¡Jesús, qué prisa! ¿No podéis aguardar un rato? ¿No veis que estoy sin aliento?

JULIETA.- ¿Cómo estás sin aliento, si tienes aliento para decirme que te hallas sin él? La excusa que alegas para esa tardanza es más larga que el relato que excusas hacer. ¿Son tus noticias buenas o malas? ¡Responde a esto! Dime son lo uno o lo otro, y luego aguardaré pacientemente los detalles. ¡Dame esa satisfacción! ¿Son buenas o malas?

NODRIZA.- ¡Vaya, que habéis hecho una desacertada elección! ¡No sabéis escoger marido! ¡Romeo! ¡Ahí nada! Aunque tenga mejor rostro que los demás, su pierna aventaja a la de todos. Y en cuanto a su mano, su pie y su postura, por más que no valga la pena decirlo, exceden a toda comparación. No es la flor de la cortesía; pero segura estoy de que es tierno como un cordero. ¡Anda, chiquilla sirve a Dios! ¿Qué, ¿habéis comido ya en casa?

JULIETA.- No, no. Pero ¡todo eso lo sabía yo ya! ¿Qué dice de nuestro casamiento? ¿Qué dice?

NODRIZA.- ¡Señor! ¡Cómo me duele la cabeza! ¡Qué cabeza tengo! ¡Siento unos latidos como si me fuera a estallar en veinte pedazos! Pues ¿y mis espaldas?... ¡Ay, mis espaldas, mis espaldas! ¡Mal haya vuestro corazón, por enviarme de una parte a otra para que reviente jadeando de aquí para allá!

JULIETA.- Te juro que lamento no te halles bien. Queridita, queridita nodriza, ¿qué dice mi amor?

NODRIZA.- Vuestro amor dice, como honrado caballero, cortés, amable y gallardo, y os lo aseguro, como virtuoso... ¿Dónde está vuestra madre?

JULIETA.- ¿Qué dónde está mi madre? ¡Pues estará ahí dentro! ¿Dónde habría de estar? ¡Qué extraño modo de responder! «Vuestro amor dice, como honrado caballero, ¿dónde está vuestra madre?»

NODRIZA.- ¡Oh, por la Virgen Santísima! ¿Tan ardiente estáis? ¡Idos, a fe! ¡Pues digo!... ¿Es esa la cataplasma para mis doloridos huesos? ¡Desde ahora llevaos los recados vos misma!...

JULIETA.- ¡Vaya un lío!... ¡Vamos! ¿Qué dice Romeo?

NODRIZA.- ¿Tenéis ya permiso para confesaros hoy?

JULIETA.- Sí.

NODRIZA.- Pues, entonces, corred al punto a la celda de Fray Lorenzo. Allí os aguarda un marido para haceros su esposa. ¡Ahora se os sube la pícara sangre a las mejillas! Pronto se os pondrán como la escarlata al escuchar ciertas nue-

vas! ¡Corred a la iglesia! Yo debo seguir otro camino, para ir en busca de una escala, trepando por la cual ha de alcanzar vuestro amante un nido de pájaro cuando oscurezca. Yo estoy dándome malos ratos y sufriendo, para vuestro deleite; pero en seguida seréis vos quien lleve el peso, no bien sea de noche. ¡Vaya, iré a comer! ¡Corred vos a la celda!

JULIETA.- ¡Corramos a la suprema felicidad! ¡Honrada driza, adiós! (Salen.)

ESCENA VI.

Celda de Fray Lorenzo.

Entran FRAY LORENZO y ROMEO.

FRAY LORENZO.- Sonrían los cielos a esta sagrada ceremonia, para que los tiempos futuros no nos la reprochen con pesar.

ROMEO.- ¡Amén, amén! Pero vengan como quieran las amargas, nunca podrán contrarrestar el gozo que siento un solo minuto en presencia de mi amada. ¡Junta nuestras manos con tantas palabras, y que luego la muerte, devoradora del amor, haga lo que quiera! ¡Me basta con poder llamarla mía!

FRAY LORENZO.- Esos transportes violentos tienen un fin igualmente violento y mueren en pleno triunfo, como el fuego y la pólvora, que al besarse, se consumen. La miel más dulce empalaga por su mismo excesivo dulzor, y, al gustarla embota el paladar. Ama, pues, con mesura, que así se conduce el verdadero amor. Tan tarde llega el que va demasiado aprisa como el que va demasiado despacio.

Entra JULIETA.

¡Aquí llega la dama! ¡Oh, jamás rozará un pie tan leve el sílex perdurable! ¡Un enamorado podría cabalgar, sin caerse, en los tenuísimos filamentos que flotan en el cefirillo juguetón del verano! ¡Tan ligera es la ilusión!

JULIETA.- ¡Buenas tardes a mi reverendo confesor!

FRAY LORENZO.- Romeo te dará las gracias por él y por mí, hija mía.

JULIETA.- Igual le deseo a él, para que sus gracias no sean excesivas.

ROMEO.- ¡Ah, Julieta! ¡Si la medida de tu ventura se halla colmada, como la mía, y tienes mayor arte para expresarla, perfuma con tu aliento el aire ambiente y deja que la melodiosa música de tu voz cante la soñada felicidad que cada uno experimentamos con motivo de este grato encuentro!

JULIETA.- El sentimiento, más rico en fondo que en palabras, enorgullece de su esencia, no de su ornato. Los que cuentan sus tesoros son simplemente unos pordioseros; de donde mi verdadero amor se acrecienta hasta un límite que no supo contar la mitad de mi riqueza.

FRAY LORENZO.- Venid, venid conmigo, y abreviaremos nuestra obra; porque, con vuestro consentimiento, no os permitiré estar solos hasta que la Santa Iglesia os haya incorporado a los dos en uno. (Salen.)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Una plaza pública.

Entran MERCUCIO, BENVOLIO, un PAJE y criados.

BENVOLIO.- ¡Por favor, buen Mercucio, retirémonos! El día es caluroso, los Capuletos andan de un lado para otro, si nos los encontramos, no escaparemos a una gresca, que en estos días de bochorno hierve la frenética sangre.

MERCUCIO.- Tú eres como uno de esos bravos que, cuando traspasan los umbrales de una taberna, sacuden su espada sobre la mesa, diciendo: «¡Quiera Dios que no te necesite!» y apenas les ha producido operación al segundo vaso, la espada cae men contra el mozo, cuando realmente no había necesidad de tal cosa.

BENVOLIO.- ¿Soy yo como esos bravos?

MERCUCIO.- ¡Anda, anda! Tú eres un Jack de un furor impetuoso como el que más en Italia, y tan pronto a encolerizarte por sentirte provocado.

BENVOLIO.- ¿Y qué más?

MERCUCIO.- Nada; sino que, de haber dos como tu, en seguida nos quedaríamos sin ninguno, pues se matarían el uno al otro. ¡Tú! ¡Vaya! ¡Tú buscarías contienda con un hombre porque tuviese un pelo más o menos que tú en la barba! Te pelearías con uno que cascara nueces, por la sola razón de que tus ojos son color de avellana. ¿Qué ojos sino los tuyos verían en eso motivo alguno de contienda? Tan repleta de cosas está tu cabeza como de sustancia un huevo; y, sin embargo, a fuerza de golpes y porrazos se te ha quedado tan hueco como un huevo duro. Una vez te batiste con un hombre que tosió en la calle porque despertó a tu perro, que dormía al sol. ¿Te peleaste con un sastre por llevar un jubón nuevo antes de Pascua, y con otro porque se ataba sus zapatos nuevos con cintas viejas? ¡Y aún quieres enseñarme a huir de pendencias!

BENVOLIO.- Si fuera yo tan quimerista como tú, cualquier día podría comprar la propiedad de mi vida simplemente por un cuarto.

MERCUCIO.- ¡Simplemente por hora y cuarto! ¡Oh simple!

BENVOLIO. ¡Por mi cabeza, aquí vienen los Capuletos!

MERCUCIO.- ¡Por mis talones, que me tienen sin cuidado!

Entran TEOBALDO y otros.

TEOBALDO.- Seguidme de cerca, pues quiero hablar con ellos. ¡Buenas tardes, señores! Una palabra con uno de vosotros.

MERCUCIO.- ¿Y solo una palabra con uno de nosotros? ¡Juntadla con algo, para que sean una palabra y un golpe!

TEOBALDO.- Bastante dispuesto me hallaréis a ello, señor, si me dais motivo.

MERCUCIO.- ¿Y no sabríais tomároslo sin que os lo dieran?

TEOBALDO.- ¡Mercucio, tú estás de concierto con Romeo!

...

MERCUCIO.- ¡De concierto!... ¡Qué!... ¿Nos has tomado por músicos? Pues si nos has tomado por músicos, no esperes oír más que disonancias. ¡Aquí está mi arco de violín! ¡Aquí está lo que os hará danzar! ¡Voto va, de concierto!

BENVOLIO.- Estamos hablando en un paraje público de mucha concurrencia. Busquemos un lugar más retirado y razonemos serenamente sobre vuestros agravios, o retirémonos, si no. Aquí todos los ojos nos miran.

MERCUCIO.- ¡Para mirar se hicieron los ojos! ¡Que nos miren! ¡Yo no me moveré para dar gusto a nadie!

Entra ROMEO.

TEOBALDO.- Bien; en paz con vos, señor. ¡Aquí llega mi mozo!

MERCUCIO.- ¡Pues que me ahorquen, señor, si lleva vuestra librea! ¡Por mi fe! Salíos al campo, que él os seguirá; vuestra señoría puede llamar mozo en ese sentido.

TEOBALDO.- ¡Romeo, el afecto que te guardo no me sugiere otra expresión mejor que esta: eres un villano!

ROMEO.- Teobaldo, las razones que tengo para apreciar excusan en gran manera el encono de semejante saludo. ¡No soy un villano! ¡Por tanto, adiós! ¡Veo que no me conoces!

TEOBALDO.- ¡Mozuelo, todo eso no excusa las injurias que me has inferido! ¡Conque vuélvete y desenvaina!

ROMEO.- Protesto que nunca te injurié, sino que te aprecio más de lo que puedas imaginarte, hasta que sepas la causa de mi afecto. Así, pues, buen Capuleto (cuyo nombre estimo tanto como el mío), date por satisfecho.

MERCUCIO.- ¡Oh paciente, deshonrosa y vil sumisión! *Alla stocata se acaba con eso!* (Desenvaina.) ¡Teobaldo, zarratas! ¿Queréis bailar?

TEOBALDO.- ¿Qué deseas de mí?

MERCUCIO.- Buen rey de los gatos, nada, sino una de vuestras nueve vidas, de la que haré lo que me parezca, y luego según la manera de conducirlos, sacudir de lo lindo las orejas restantes. ¿Queréis sacar vuestra espada por las orejas y arrancarla de su vaina? ¡Pronto, no sea que antes de sacar la vuestra zumbe la mía en vuestros oídos!

TEOBALDO.- ¡A vuestras órdenes! (Desenvainado.)

ROMEO.- ¡Gentil Mercucio, envaina tu espada!

MERCUCIO.- Veamos, señor, vuestro *passado!* (Riñen.)

ROMEO.- ¡Desenvaina, Benvolio; abatamos sus espadas! ¡Balleros, por dignidad, impedid tal oprobio! ¡Teobaldo, Mercucio! ¡El príncipe ha prohibido terminantemente armar en las calles de Verona! ¡Deteneos! ¡Teobaldo, Mercucio! (TEOBALDO hiere a MERCUCIO por debajo del brazo y huye con sus acompañantes.)

MERCUCIO.- ¡Estoy herido! ¡Mala peste a vuestras familias!... ¡Estoy ya despachado! Y el otro, ¿ha huido sin dar una puntada?

BENVOLIO.- ¡Cómo! ¿Estás herido?

MERCUCIO.- Sí, sí; un rasguño, un rasguño... Pero diez, lo bastante. ¿Dónde está mi paje?... ¡Anda, gran

corre a buscarme un cirujano! (Sale el PAJE.)

ROMEO.- ¡Valor, hombre! La herida no será de importancia!

MERCUCIO.- No; no es tan profunda como un pozo ni tan ancha como un portal de iglesia; pero basta; ya producirá su efecto... ¡Preguntad mañana por mí, y me hallaréis todo un hombre estirado! ¡Lo que es para este mundo, creedlo, estoy ya escabechado! ¡Mala peste a vuestras familias!... ¡Voto ya!... ¡Un perro, un ratón, una rata, un gato, matar así a un hombre de un arañazo! ¡Un fanfarrón, un pícaro, un canalla que se batía por las reglas de la aritmética! ¿Por qué el diablo os interpusisteis entre nosotros? ¡Me hirió por debajo de vuestro brazo!

ROMEO.- ¡Lo hice con la mejor intención!

MERCUCIO.- ¡Benvolio, ayúdame a entrar en alguna casa, o desfalleceré!... ¡Mala peste a vuestras familias!... ¡Han hecho de mí carne de gusanos! ¡Ya la cogí! ¡Buena!... ¡Vuestras familias! (Salen MERCUCIO y BENVOLIO.)

ROMEO.- ¡Este hidalgo, cercano pariente del príncipe, mi más caro amigo, ha recibido su mortal herida por defenderme! ¡Mi honra está manchada por el ultraje de Teobaldo! ¡Por Teobaldo, que no hace una hora es mi primo! ¡Oh dulce Julieta!... ¡Tus hechizos me han afeminado, ablandando en mi temple el acero del valor!

Vuelve a entrar BENVOLIO.

BENVOLIO.- ¡Oh Romeo! ¡Romeo!... ¡Ha muerto el bravo Mercucio! ¡Aquel galante espíritu que tan temprano se burlaba de la tierra ha ascendido a las nubes!

ROMEO.- ¡Qué día! ¡Su negra fatalidad está suspendida sobre nuevos días! ¡Este solo da principio a la desgracia! ¡Otros han de darle fin!

Vuelve a entrar TEOBALDO.

BENVOLIO.- ¡Aquí está otra vez el furioso Teobaldo!

ROMEO.- ¡Vivo y triunfante! ¡Y Mercucio muerto! ¡Váyase al cielo mi clemente blandura, y sírvame ahora de auxilio la furia de los ojos ardientes! ¡Teobaldo, te devuelvo el villano que antes me dirigiste! El alma de Mercucio se cierne muy próxima sobre nuestras cabezas, esperando que la tuya vaya a hacerle compañía. Forzoso es que tú o yo, o los dos, nos juntemos a él.

TEOBALDO.- ¡Tú, mozalbete estúpido, que aquí le acompañabas, irás con él!

ROMEO.- ¡Esto lo decidirá! *(Riñen. TEOBALDO cae muerto.)*

BENVOLIO.- ¡Romeo, vete, huye! Los ciudadanos se dirigen aquí y Teobaldo está muerto. ¡Sal de tu estupor! ¡El príncipe te condenará a muerte si te prenden! ¡Huye, vete de aquí! ¡Vamos!

ROMEO.- ¡Oh! ¡Soy juguete del Destino!

BENVOLIO.- ¿Qué haces ahí parado? *(Sale ROMEO.)*

Entran Ciudadanos, etc.

CIUDADANO 1º.- ¿Por dónde ha huido el matador de Mercucio? Teobaldo, ese asesino, ¿por dónde escapó?

BENVOLIO.- ¡Ved dónde yace ese Teobaldo!

CIUDADANO 1º.- ¡Ea, señor, seguidme! ¡En nombre del príncipe os mandó que obedezcáis!

Entran el PRÍNCIPE, con su acompañamiento; MONTESCO, CAPULETO, sus Esposas y otros.

PRÍNCIPE.- ¿Dónde están los viles iniciadores de este lance?

BENVOLIO.- ¡Oh noble príncipe! Yo puedo daros cuenta de todo el desastroso curso de esta reyerta fatal. Ahí yace, muerto por el joven Romeo, el que mató a su pariente el bravo Mercucio.

LADY CAPULETO.- ¡Teobaldo, mi sobrino! ¡Oh, el hijo de mi hermano! ¡Oh, se ha vertido la sangre de mi querido pariente! ¡Príncipe, pues eres justo, por nuestra sangre derrámese sangre de Montesco! ¡Oh, sobrino, sobrino!

PRÍNCIPE.- Benvolio, ¿quién promovió esta sangrienta refriega?

BENVOLIO.- El que yace aquí muerto, Teobaldo, a quien dio muerte la mano de Romeo. Con la debida cortesía le suplí a Romeo que reparase en lo fútil que era la contienda, exponiéndole, a la vez, vuestro alto enojo. Todo lo cual, dicho con acento afable, serena mirada y humilde actitud, no fue parte a mitigar la cólera irritada de Teobaldo; sino que, sordo este a la paz, arremete con penetrante acero el pecho de Mercucio, quien todo enfurecido, opone punta contra punta mortal y con marcial desdén aparta de su pecho con una mano la fría muerte en tanto que con la otra se la devuelve a Teobaldo que la repele con destreza. <<¡Conteneos amigos; amigos, separaos!>> Y más ligero que su lengua, su ágil brazo rinde al suelo sus puntas fatales, y entre los dos se interpone. Por debajo de su brazo, Teobaldo asesta una traidora estocada, que hurta la vida del intrépido Mercucio, y entonces Teobaldo huye; pero en seguida torna hacia Romeo, quien empezaba tan solo a acariciar sentimientos de venganza; y a ella se arrojan, semejantes al relámpago; pues antes que yo tuviera tiempo para desenvainar y despartirlos, sucumbía el animoso Teobaldo; y al caer, Romeo volvió las espaldas y emprendió la fuga. Esta es la verdad, o muera Benvolio.

LADY CAPULETO.- ¡Es pariente de Montesco! ¡El cariño le ha inducido a mentir! ¡No dice verdad! ¡Una veintena de ellos han peleado en esta negra refriega, y todos veinte no han conseguido quitar sino una vida!... ¡Demando justicia, que tú, príncipe, debes otorgarme! ¡Romeo mató a Teobaldo!

¡Romeo no debe vivir!

PRÍNCIPE.- Romeo le mató; pero él mató a Mercucio. ¿Quién ha de pagar el precio de su estimada sangre?

MONTESCO.- No será Romeo, Príncipe que era su amigo de Mercucio. Su delito no ha hecho sino anticiparse a lo que la ley debía poner fin.

PRÍNCIPE.- Pues por esa ofensa inmediatamente le desterramos de aquí. El proceso que siguen vuestros odios me interesa también a mí! ¡Mi sangre está corriendo a causa de vuestras feroces contiendas! Pero los impondré un castigo tan fuerte, que todos os arrepentiréis de la pérdida mía! Seré sordo a ruegos y disculpas; ni lágrimas ni quejas serán bastantes para reparar tales abusos; de modo que no las pongáis en práctica. ¡Salga de aquí Romeo a toda prisa, pues, de lo contrario, cuando se le encuentre, esa será su última hora! ¡Lleaos de aquí ese cuerpo, y respetad nuestra voluntad! ¡La clemencia asesinaría si perdonase a los que matan! (Salen.)

ESCENA II.

Jardín de Capuleto.

Entra JULIETA.

JULIETA.- ¡Galopad aprisa, corceles de flamígeros pies, hacia la morada de Febo! ¡Un auriga semejante a Faetón os fustigaría, lanzándoos al ocaso, y al punto traería la tenebrosa noche!... ¡Extiende tu velo tupido, noche protectora del amor!... ¡Apáguense los ojos que curiosean errantes, vuela Romeo a mis brazos, inadvertido y sin que se le vea!... Para celebrar sus ritos amorosos les basta a los amantes la luz de sus propios atractivos. Y como el amor es ciego, aviénesse mejor con la noche. ¡Ven, noche complaciente, plácida matrona, toda enlutada, y enséñame a perder un ganancial partido, jugado entre dos limpias virginidades! Reboza con

tu manto de tinieblas la indómita sangre que arde en mis mejillas, hasta que el tímido amor, ya más osado, estime como pura ofrenda el verdadero afecto. ¡Ven, noche! ¡Ven, Romeo! ¡Ven tú, día en la noche, pues sobre las alas de la noche parecerás más blanco que la nieve recién posada sobre un cuerpo!... ¡Ven noche gentil!... ¡Ven, amorosa noche morena!... ¡Dame mi Romeo!... Y cuando expire, cógelo y divídelo en pequeñas estrellitas. ¡Y hará él tan bella la cara de los cielos, que el mundo entero se prenderá de la noche y dejará de dar culto al sol deslumbrador!... ¡Oh! Una mansión de amor tengo comprada; pero aún está sin poseer, y, aunque vendida, todavía no he sido gozada. Tan tedioso es este día como la noche víspera de una fiesta para el impaciente niño que tiene vestidos nuevos y no los puede estrenar. ¡Oh, aquí llega la nodriza, que me trae nuevas! ¡Toda la lengua que pronuncie tan solo el nombre de Romeo habla con elocuencia celestial!

Entra la NODRIZA con unas cuerdas.

Hola, nodriza, ¿qué noticias hay? ¿Qué traes ahí? ¿Son las cuerdas que te mandó Romeo buscaras?

NODRIZA.- ¡Sí, sí, las cuerdas! (Tirándolas al suelo.)

JULIETA.- ¡Ay de mí! ¡Qué pasa? ¿Por qué te retuerces las manos?

NODRIZA.- ¡Oh, qué aciago día! ¡Ha muerto, ha muerto, ha muerto! ¡Estamos perdidas, señora! ¡Estamos perdidas! ¡Ay, qué día! ¡No existe, le han matado, está muerto!

JULIETA.- ¿Tan crueles pueden ser los cielos?

NODRIZA.- Romeo, sí; pero los cielos, no. ¡Oh Romeo, Romeo! ¿Quién lo hubiera imaginado nunca? ¡Romeo!

JULIETA.- ¿Qué demonios eres tú, que de tal modo me atormentas? ¡Tortura igual solo debiera expresarse con rugidos de espantoso infierno! ¿Se ha dado muerte Romeo? Di sencillamente sí, y esta sola sílaba sí tendrá más veneno que el ojo del mortífero basilisco. Yo no soy yo, si existe tal

¿Sí, o si están cerrados los ojos que te hacen contestar sí.
iSi es muerto, di sí, y si no, no; esos breves sonidos deter-
minen mi dicha o mi dolor!

NODRIZA.- iHe visto la herida! iLa he visto con mis pro-
pios ojos!... iDios nos libre! iAquí, en su pecho varonil!
iUn lastimoso cadáver, un lastimoso cadáver cubierto de san-
gre, pálido, pálido como la ceniza! iTodo él ensangrentado,
todo él cubierto de coágulos! iMe desmayé al verlo!

JULIETA.- iOh! Destrózate, corazón mío! iPobre destru-
zado, destrózate de una vez! iA la prisión, ojos! iNunca
penséis en la libertad! iMiseria tierra, torna a tierra! iPá-
rese todo movimiento, y a ti y a Romeo os oprima con su pesa-
da carga un mismo ataúd!

NODRIZA.- iOh! iTeobaldo!... iTeobaldo!... iEl mejor
amigo que yo tenía! iOh galante teobaldo! iLeal caballero!
iQue viva yo para verlo muerto!

JULIETA.- ¿Qué tempestad es esa, que sopla con tan con-
trarias direcciones? ¿Romeo ha sido asesinado y Teobaldo
muerto? ¿Mi amado primo y mi esposo aún más amado? iEnton-
ces, trompeta pavorosa, anuncia con tu sonido el Juicio fi-
nal! Pues ¿quién podrá vivir sin estos dos?

NODRIZA.- iTeobaldo ha muerto, y Romeo está desterrado!
iRomeo, que le dio muerte, está desterrado!

JULIETA.- iOh Dios!... ¿La mano de Romeo vertió la san-
gre de Teobaldo?

NODRIZA.- iAsí, así es! iAy, qué día! iAsí es!...

JULIETA.- iOh corazón de serpiente, oculto bajo un sem-
blante de flores! ¿habitó jamás un dragón tan seductora cá-
verna? iHermoso tirano! iDemonio angelical! iCuervo con
plumas de paloma! iCordero con entrañas de lobo! iHorrible
sustancia de la más celestial apariencia! iExactamente opues-
to a lo que exactamente semejas, santo maldito, honorable ma-
lechor! iOh Naturaleza! ¿Qué criatura tenía reservada para
el infierno, cuando alojaste el alma de un demonio en el pa-
raíso mortal de cuerpo tan agraciado? ¿Qué libro, con tal
primor encuadernado, contuvo nunca tan vil materia? iOh!
iQue se albergue la falsía en palacio tan suntuoso!

NODRIZA.- iNo hay firmeza, no hay fe, no hay honradez en
los hombres! iTodos son perjuros, todos falsos, todos inicuos,
todos hipócritas! iAy! ¿Dónde está mi escudero? Dadme un po-
co de *aqua vitae*. Estos disgustos, dolores y pesares me harán
envejecer. iCaiga la vergüenza sobre Romeo!

JULIETA.- iLa lengua se te llague por semejante deseo!
iRomeo no ha nacido para la vergüenza! iSobre su frente, la
vergüenza se avergonzaría de posarse! iPorque es un trono
donde el honor puede ser coronado rey, único de toda la Tie-
rra!... iOh, qué cruel he sido en reprocharle!

NODRIZA.- ¿Y defendéis al que mató a vuestro primo?

JULIETA.- ¿Y he de hablar mal de quien es mi esposo? iAy
pobre señor mío! ¿Qué lengua ensalzará tu nombre, cuando yo,
tres horas ha tu esposa, lo he injuriado? Pero, infame, ¿por
qué diste muerte a mi primo? Este infame primo seguramente
hubiera matado a mi esposo. iAtrás, lágrimas necias! Tornad
a vuestra fuente primitiva. Esas perlas, tributo que pertene-
ce al dolor, vosotras las consagrais equivocadamente al rego-
cijo. Mi esposo vive, contra cuya vida quiso atentar Teobaldo,
y ha muerto Teobaldo, que pretendía dar muerte a mi esposo.
Todo esto es consuelo. ¿Por qué llorar entonces? Cierta pala-
bra oí, peor que la muerte de Teobaldo, que me asesinó. Con
gusto quisiera olvidarla; pero, ¡ay, ella oprime mi memoria
como los horrendos crímenes la conciencia de los delincuentes!
<<Teobaldo ha muerto, y Romeo está... desterrado.>> Este
<<desterrado>>, esta sola palabra <<desterrado>>, ha matado
diez mil Teobaldos. La muerte de Teobaldo era suficiente des-
gracia, de haberse detenido aquí; o si la despiadada desventu-
ra goza en ir acompañada, y le es forzoso unirse a otros in-
fortunios, ¿por qué no dijo <<Teobaldo ha muerto>>, o <<tu pa-
dre>>, << o tu madre>>, o hasta <<los dos>>, lo cual me hu-
biera causado una angustia ordinaria? Pero anunciar tras la
muerte de Teobaldo, <<Romeo está desterrado>>, decirme esa pa-
labra, es lo mismo que decir: <<¡Mi padre, mi madre, Teobaldo,
Romeo, Julieta, todos asesinados, todos muertos!...>> <<¡Ro-
meo está desterrado!>> iNo hay fin, no hay límite, medida ni
término en la muerte que llevan en sí estas palabras! iNo
hay acentos que expresan la intensidad de este dolor!...
¿Dónde están mi padre y mi madre, nodriza?

NODRIZA.- Llorando y gimiendo junto al cadáver de Teobaldo. ¿Queréis ir con ellos? Os acompañaré hasta allí.

JULIETA.- Laven uno y otro con lágrimas las heridas de él; que, cuando se hallen secas, el destierro de Romeo hará verter las mías... ¡Recoge esas cuerdas!... ¡Pobre escala! Tú y yo hemos sido burladas, pues Romeo está desterrado. El te fabricó para que sirvieras de camino a mi lecho; más yo, virgen, muero en viudez virginal. Venid, cuerdas; ven, nodriza; iré a mi tálamo nupcial, y que la muerte, y no Romeo, desflöre mi doncelléz.

NODRIZA.- Corred a vuestra estancia. Yo buscaré a Romeo para que os consuele. ¡Bien sé dónde está! ¡Escuchad! ¡Romeo vendrá aquí esta noche! ¡Voy a verlo! Se halla oculto en la celda de fray Lorenzo.

JULIETA.- ¡Oh, encuéntrale! Entrega esta sortija a mi fiel caballero, y ruégale que venga a darme su último adiós. (Salen.)

ESCENA III.

Celda de Fray Lorenzo.

FRAY LORENZO.

FRAY LORENZO.- Romeo, ven acá; ven acá, hombre pavoroso. La desgracia se ha enamorado de tus prendas y te hallas despojado con la desdicha.

ROMEO.- ¿Qué noticias hay, padre? ¿Qué ha resuelto el príncipe? ¿Qué nuevo dolor, todavía desconocido, anhela conocerme?

FRAY LORENZO.- ¡Bastante familiarizado está mi querido hijo con tan hosca compañía! ¡Te traigo noticias del fallo del príncipe!

ROMEO.- ¿Qué menos puede ser que sentencia de muerte?

FRAY LORENZO.- De su boca salió un fallo más benigno; no la muerte del cuerpo, sino su destierro!

ROMEO.- ¡Ah! ¡Destierro! ¡Ten compasión! ¡Di que me ha condenado a muerte, porque, en realidad, el destierro es más aterrador, mucho más, que la muerte! ¡No digas «destierro»!

FRAY LORENZO.- Estás desterrado de Verona. Ten paciencia, que el mundo es vasto y espacioso.

ROMEO.- Fuera de los muros de Verona no existe mundo, sino purgatorio; tormentos y el infierno mismo! ¡Estar desterrado de aquí es estar desterrado del mundo, y el destierro del mundo es la muerte! ¡Luego el destierro es la muerte bajo un falso nombre! Llamando «destierro» a la muerte, cortas mi cuello con un hacha de oro, y sonríes al dar el golpe que me asesina.

FRAY LORENZO.- ¡Oh pecado mortal! ¡Oh negra ingratitud! Según nuestras leyes, deberías morir; pero el bondadoso príncipe, interesándose por tí y torciendo la ley, cambia en destierro esa negra palabra «muerte», y tú no agradeces el inmenso favor.

ROMEO.- ¡Es suplicio y no favor! El cielo está aquí, donde vive Julieta; y todo gato, perro y ratoncillo, cualquier cosa por indigna que sea, vive aquí en el cielo y puede contemplarla; ¡pero Romeo, no! ¡Más felices que Romeo, más honrosa situación, mayor cortesanía, alcanzan las moscas, que viven en la podredumbre! ¡Ellas pueden posarse en el blanco prodigio de la mano de mi amada Julieta y robar la dicha inmortal de sus labios, constantemente ruborosos por el puro y virginal pudor, como si tuvieran por pecado sus recíprocos besos! ¡Pero Romeo no puede llegar a tanto! ¡Está proscrito! Las moscas pueden hacerlo; pero a él se le prohíbe, ¡porque ellas son libres, mas yo desterrado!... «¿Y aún dices que el destierro no es la muerte? ¿No tenías un activo veneno, un agudo cuchillo, un medio rápido de muerte, cualquiera que fuese, sino matarme con «desterrado»? ¡Desterrado!... ¡Oh monje! ¡Esa palabra la profieren los condenados en el in-

fierno, acompañándola con alaridos! ¿Cómo tienes corazón, siendo un sacerdote, un santo confesor, revestido del don de perdonar los pecados, y amigo íntimo, para anonadarme con esa palabra; <<desterrado>>?

FRAY LORENZO.- ¡Eres un loco! Oye siquiera una palabra.

ROMEO.- ¡Oh! Vas a hablarme otra vez del destierro...

FRAY LORENZO.- Voy a darte el antídoto de esa palabra: la filosofía, dulce bálsamo de la adversidad. Ella te consolará, aunque te halles proscrito.

ROMEO.- ¿Todavía <<proscrito>>? ¡Mal haya tu filosofía! A no ser que la filosofía sea capaz de crear una Julieta, transportar de sitio una ciudad o revocar la sentencia de un príncipe, para nada sirve, nada vale. ¡No me hables más de eso!

FRAY LORENZO.- ¡Oh! ¡Ya veo que los locos no tienen oído!

ROMEO.- ¿Cómo han de tenerlo, cuando los cuerdos carecen de ojos?

FRAY LORENZO.- Déjame aconsejarte sobre tu estado.

ROMEO.- ¡Tú no puedes hablar de lo que no sientes! Si fueras joven, como yo, y el objeto de tu amor Julieta; si de hace una hora estuvieses casado y hubieras dado muerte a Teobaldo; si, como yo amaras con delirio, y si, como yo, te vieras extrañado, ¡entonces podrías hablar, entonces podrías mesarte los cabellos, y entonces arrojarte al suelo, como hago yo ahora, tomando por anticipado la medida de mi tumba! (Llaman dentro.)

FRAY LORENZO.- ¡Levántate! ¡Llaman! ¡Escóndete, buen Romeo!

ROMEO.- ¡No, a no ser que el aliento a mis dolorosos suspiros me envuelva a modo de niebla, sustrayéndome a escrutadoras miradas! (Llaman.)

FRAY LORENZO.- ¿No oyes cómo están llamando? ¿Quién es? ¡Levántate, Romeo, que van a prenderte!... ¡Esperad un momento!... ¡Alza del suelo! (Llaman.) ¡Corre a mi estudio!...

seguida!... ¡Poder de Dios! ¡Qué locura es esta!... ¡Voy, voy!... (Llaman.) ¿Quién llama tan fuerte? ¿De dónde venís? ¿Qué deseáis?

NODRIZA.- (Dentro.) Permitidme que pase y sabréis mi recado. Vengo de parte de la señora Julieta.

FRAY LORENZO.- ¡Bien venida, pues!

Entra la NODRIZA.

NODRIZA.- ¡Oh santo fraile! Decidme, santo fraile: ¿dónde está el esposo de mi señora? ¿Dónde está Romeo?

FRAY LORENZO.- Allí, en el suelo, embriagado con sus mismas lágrimas.

NODRIZA.- ¡Oh! ¡Igual que mi señorita, exactamente en igual caso que ella!

FRAY LORENZO.- ¡OH! ¡Dolorosa semejanza! ¡Lastimosa conformidad de situación!

NODRIZA.- Así yace ella: llorando y gimiendo, gimiendo y llorando. (A ROMEO) ¡Levantaos, levantaos; alzáos si sois hombre! ¡Por amor de Julieta, por su amor, levantaos y poned los pies en pie! ¿Por qué caer en un ¡oh! tan profundo?

ROMEO.- ¡Nodriza!...

NODRIZA.- ¡Ah señor! ¡Ah señor! ¿Qué hemos de hacerle? La muerte es el fin de todo.

ROMEO.- ¿Hablas de Julieta? ¿Cómo está? ¿No cree que soy un consumado asesino, que acaba de manchar con sangre de su familia la infancia de nuestra ventura? ¿Dónde está? ¿Cómo se halla? ¿Y qué dice mi truncada esposa de nuestro truncado amor?

NODRIZA.- ¡Oh! Nada dice, señor, sino llorar y más llorar. Y ahora se arroja en su lecho, luego se levanta sobre la cama y nombra a Teobaldo, y después llama a Romeo, y al momento vuelve a caer.

ROMEO.- ¡Dijérase que ese nombre, disparado por arma mortal, la ha matado, como la mano maldita que lleva tal nombre mató a su primo! ¡Oh! ¡Dime, monje, dime! ¿En qué parte de esta anatomía se encuentra mi nombre? ¡Dímelo, que devasté la odiosa mansión. (Desenvainando la espada.)

FRAY LORENZO.- ¡Detén tu airada mano! ¿Eres hombre? Tu figura pregona que lo eres, pero tus lágrimas son de mujer; tus actos frenéticos denotan la furia irreflexiva de una fiera. Deformada mujer en forma de hombre o mal formada fiera en forma de hombre y de mujer. ¡Pasmado me dejas! Por mi santa Orden, te creí en disposición más templada. Después de matar a Teobaldo, ¿quieres ahora matarte a ti mismo y juntamente a tu esposa, que vive en ti, creándote a ti propio un odio execrable? ¿Por qué ultrajas tu nacimiento, el cielo y la tierra, toda vez que nacimiento, cielo y tierra en ti se reúnen, y los quieres perder a la vez? ¡Cuidado, cuidado! ¡Tú estás envileciendo tu figura, tu amor y tu razón, y, semejante al usurero, en todo abundas, menos en utilizar en recto uso lo que verdaderamente daría realce a tu figura, a tu amor y a tu razón. Tu noble figura no es sino una imagen de cera desprovista de pujanza varonil. Tus votos de tierno amor, y las falsas palabras que matan aquel amor que juraste guardar en tu pecho. Tu razón, esa gala de tu figura y de tu amor, desviada del gobierno de una y otro, como la pólvora en el frasco del inexperto soldado, se inflama por tu ignorancia y te mutila con tu propio medio de defensa. ¡Vaya, ámate, hombre! Tu Julieta, por cuyo ardiente amor morías hace poco, vive; en esto eres afortunado. Teobaldo quería matarte, pero tú le mataste; en esto eres también afortunado. La ley, que amenazaba de muerte, se hace amiga tuya, conmutando la pena en destierro; en esto eres igualmente afortunado. Sobre tus hombros pesa suavemente una carga de bendiciones. La Fortuna te corteja, luciendo sus mejores atavíos. Y tú, sin embargo, como muchacha arisca y desenvuelta, regañas con tu fortuna por tu amor. ¡Cuidado, cuidado! ¡El suicidio es una muerte miserable!... Anda, ve a casa de tu amada, según estaba connotado; sube a su aposento y consuélala. Pero mira no detener te hasta estar montada la guardia, pues de lo contrario no podrías trasladarte a Mantua, donde permanecerás hasta que hallamos ocasión favorable de hacer público vuestro matrimonio.

reconciliar a vuestras familias, obtener el perdón del príncipe y llamarte para que te restituyas aquí, con mil y mil veces más alborozo que gemidos exhalas a tu partida. Adelántate, nodriza; ofrece mis respetos a tu señora y dile que dé prisa a toda la casa para que se retiren al lecho, a lo que se mostrarán propicios a causa de su intenso dolor. Romeo irá inmediatamente.

NODRIZA.- ¡Oh, señor! De buena gana me hubiera pasado aquí toda la noche oyendo tan buenos consejos. ¡Oh! ¡Lo que es el saber! Señor, diré a mi señora que vendréis.

ROMEO.- Sí, y no te olvides de decirle que se prepare a recibirme.

NODRIZA.- He aquí señor, una sortija que me entregó para vos, señor. No perdáis tiempo, daos prisa, que es tarde. (Sale.)

ROMEO.- ¡Cómo conforta esto mi espíritu!

FRAY LORENZO.- ¡Márchate ya, y buenas noches! De esto depende toda tu vida: o te pones en camino antes que se monte la guardia, o sales disfrazado al despuntar el día. Reside en Mantua. Yo sabré hallar a tu criado, y él te llevará con frecuencia noticias de todo lo que aquí suceda y te interese. Dame tu mano; se hace tarde. ¡Adiós! ¡Buenas noches!

ROMEO.- ¡Si una dicha superior a toda dicha no me llamara a otro sitio, sería un gran dolor separarme tan pronto de tu lado. ¡Adiós! (Salen.)

ROMEO Y JULIETA

ESCENA IV.

Una sala en casa de Capuleto.

DE BIBLIOTECAS

Entran CAPULETO, LADY CAPULETO y PARIS.

CAPULETO.- Han ocurrido cosas tan lamentables, señor, que no hemos tenido tiempo de convencer a nuestra hija. Consi

derad que profesaba gran afecto a su primo Teobaldo, y yo mismo. Bien; todos hemos nacido para morir. Es muy tarde. Ella no bajará esta noche. Os aseguro que, a no ser por vuestra compañía, hace una hora que estaría yo en la cama.

PARIS.- Estos instantes de dolor no dan lugar a galanteos. Buenas noches, señora. Encomendadme a vuestra hija.

LADY CAPULETO.- Lo haré, y mañana temprano sabré su modo de pensar. Esta noche está aprisionada a su pesadumbre.

CAPULETO.- Conde de Paris, me atrevo a responderos del amor de mi hija. Creo que en todo se dejará gobernar por mí. Más diré; no lo dudo. Esposa, id a verla antes de recogeros. Dale cuenta del amor de mi hijo Paris, y hacedle saber notadlo bien, que el próximo miércoles... Pero ¡calla! ¿Qué día es hoy?

PARIS.- Lunes, señor.

CAPULETO.- ¡Lunes! ¡Ya, ya! Bien. El miércoles es demasiado pronto; sea el jueves. Decidle que el jueves se desposará con este noble conde. ¿Estaréis vos dispuesto? ¿Os agrada esta premura? No habrá gran pompa. Un amigo o dos; pues, comprendedlo, estando tan reciente la muerte de Teobaldo, pudieran pensar que le honrábamos poco, siendo nuestro pariente, si nos regocijábamos mucho. De modo que invitaremos a media docena de amigos, y asunto terminado. Ahora, ¿qué decís vos al jueves?

PARIS.- ¡Señor, que quisiera que fuera jueves mañana!

CAPULETO.- Bien; podéis retiraros. Sea entonces el jueves. Id a ver a Julieta antes de acostaros, esposa, y preparadla para el día del casamiento. ¡Adiós, señor! ¡Luces a mi cuarto, eh! Por vida mía, es ya tan tarde, tan tarde, que muy pronto podremos decir que es temprano. ¡Buenas noches! (Salen.)

ESCENA V.

Jardín de Capuleto.

Entra ROMEO y JULIETA arriba, en la ventana.

JULIETA.- ¿Quieres marcharte ya?... Aún no ha despuntado el día... Era el ruiseñor, y no la alondra, lo que hirió el fondo temeroso de tu oído... Todas las noches trina en aquel granero. ¡Créeme, amor mío, era el ruiseñor!

ROMEO.- ¡Era la alondra la mensajera de la mañana, no el ruiseñor!... Mira..., amor mío, qué envidiosas franjas de luz ribetean las rasgadas nubes allá en el Oriente... Las candelas de la noche se han extinguido ya, y el día bullicioso asoma de puntillas en la brumosa cima de las montañas... ¡Es preciso que parta y viva, o que me quede y muera!

JULIETA.- Aquella claridad lejana no es la luz del día, lo sé, lo sé yo... Es algún meteoro que exhala el Sol para que te sirva de portaantorcha y te alumbre esta noche en tu camino a Mantua... ¡Quédate, por tanto, aún!... No tienes necesidad de marcharte.

ROMEO.- ¡Que me prendan!... ¡Que me hagan morir!... ¡Si tú lo quieres, estoy decidido! Diré que aquel resplandor grisáceo no es el semblante de la aurora, sino el pálido reflejo del rostro de Cintia, y que no son tampoco de la alondra esas notas vibrantes que rasgan la bóveda celeste tan alto por encima de nuestras cabezas. ¡Mi deseo de quedarme vence a mi voluntad de partir!... ¡Ven, muerte, y sé bienvenida! Julieta lo quiere. Pero ¿qué te pasa, alma mía? ¡Charlemos; aún no es de día!

JULIETA.- ¡Sí es, sí es; huye de aquí, vete, márchate! ¡Es la alondra, que canta de un modo desentonado, lanzando ásperas disonancias y desagradables chirridos! ¡Y dicen que la alondra produce al cantar una dulce armonía! ¡Cómo, si ella nos separa! ¡Y dicen que la alondra y el sapo inmundo cambian los ojos!... ¡Ay! ¡Ojalá hubieran ellos trocado ahora también la voz! ¡Porque esa voz nos llena de temor y te arranca de mis brazos, ahuyentándote de aquí con su canto de

alborada! ¡Oh, parte ahora mismo! ¡Cada vez clarea más!

ROMEO.- ¡Cada vez clarea más! ¡Cada vez se ennegrecen más nuestros infortunios!

Entra la NODRIZA al aposento.

NODRIZA.- ¡Señora!

JULIETA.- ¡Nodriza!

NODRIZA.- Vuestra señora madre se dirige a vuestro aposento. Ha despuntado el día. ¡Cuidado y alerta! *(Sale.)*

JULIETA.- ¡Entonces, balcón, haz entrar la luz del día, deja salir mi vida!

ROMEO.- ¡Adiós!... ¡Adiós! Un beso, y voy a descender. *(Desciende.)*

JULIETA.- ¿Y me dejas así, mi dueño, mi amor, mi amigo? ¡Necesito saber de ti cada día y cada hora!... ¡Porque en un minuto hay muchos días! ¡Oh! ¡Según esta cuenta, habré yo envejecido antes que vuelva a ver a mi Romeo!

ROMEO.- ¡Adiós!... ¡No perderé ocasión alguna para enviarte mis recuerdos, amor mío!

JULIETA.- ¡Oh! ¿Piensas que nos volveremos a ver algún día?

ROMEO.- ¡Sin duda! Y todos estos dolores serán temas de dulces pláticas en días futuros.

JULIETA.- ¡Oh Dios! ¡Qué negros presentimientos abrigo mi alma!... ¡Se me figura verte ahora, que estás abajo, semejante a un cadáver en el fondo de una tumba! ¡O mi vista me engaña, o tú estás muy pálido!

ROMEO.- Pues, créeme, amor mío: a mis ojos también tú lo estás. ¡Sufrimientos horribles beben nuestra sangre!... ¡Adiós! ¡Adiós!... *(Sale.)*

JULIETA.- ¡Ay!... ¡Fortuna! ¡Fortuna! Todos te llaman valedosa. Si lo eres, ¿qué tienes que ver con quien goza de renombre por su fidelidad? ¡Sé tornadiza, Fortuna, porque entonces, según espero, no lo retendrás largo tiempo, sino que lo restituirás pronto a mis brazos!

LADY CAPULETO.- *(Dentro.)* ¡Hola, hija mía! ¿Estás ya levantada?

JULIETA.- ¿Quién me llama? ¡Es mi señora madre! ¡Está de vela tan tarde, o es que madruga tan temprano! ¿Qué inusitada causa la trae aquí?

Entra LADY CAPULETO.

LADY CAPULETO.- ¡Cómo! ¿Qué es eso, Julieta?

JULIETA.- No me hallo bien, señora.

LADY CAPULETO.- ¿Siempre llorando por la muerte de tu primo? Qué, ¿pretendes quizá sacarlo de la tumba por medio de tus lágrimas? Aunque lo consiguieras, no podrías darle vida. Por tanto, cesa de llorar. Un sentimiento moderado revela amor profundo, en tanto que si es excesivo indica falta de sensatez.

JULIETA.- No obstante, permitidme que llore tan sensible pérdida.

LADY CAPULETO.- De ese modo sentirás la pérdida, pero no al amigo por quien lloras.

JULIETA.- Sintiendo así su pérdida, no puedo menos de llorar siempre al amigo.

LADY CAPULETO.- Ya comprendo, hija mía; lloras no solo por la muerte, sino porque vive todavía el infame que lo asesinó.

JULIETA.- ¿Qué infame, señora?

LADY CAPULETO.- Ese infame de Romeo.

JULIETA.- ¡Entre un infame y él hay muchas millas de distancia!... ¡Dios le perdone, como yo le perdono de todo corazón! ¡Y eso que ningún hombre me aflige tanto como él!

LADY CAPULETO.- Eso es porque vive el traidor asesino.

JULIETA.- Sí, señora. ¡Porque vive lejos del alcance de estas manos! ¡Quisiera que no vengara nadie sino yo la muerte de mi primo!

LADY CAPULETO.- ¡Tomaremos venganza de ella! ¡No temas! ¡Acaben tus lloros, por tanto! Voy a enviar a una persona a Mantua, donde vive ese desterrado vagabundo, a quien daré una extraña bebida, que pronto hará compañía a Teobaldo, y entonces juzgo que quedarás contenta.

JULIETA.- Verdaderamente, nunca quedaré satisfecha de Romeo hasta que no le vea... ¡muerto! Está mi pobre corazón tan torturado por el fallecimiento de un pariente... Señora, si vos no halláis un hombre para llevar el tósigo, yo mismo lo prepararé; de manera que, no bien lo haya tomado, duerma en paz Romeo. ¡Oh, cuánto sufre mi corazón al oírlo nombrar y no poder dirigirme a donde está, para hacer sentir el amor que profesaba a Teobaldo en el cuerpo de aquel que le arrebató la vida!

LADY CAPULETO.- Busca los medios, y yo buscaré a semejante hombre. Pero ahora vengo a comunicarte noticias alegres, muchacha.

JULIETA.- ¡Y que viene bien la alegría en ocasión que tan necesaria está de ella! ¿Qué es ello? Decidlo, os ruego.

LADY CAPULETO.- Vaya, vaya, tienes un padre que se interesa mucho por ti, muchacha, y que por sacarte de tu desolación ha ideado un imprevisto día de felicidad que ni tú aguardabas ni yo me prometía.

JULIETA.- Señora, me alegro mucho. ¿De qué se trata?

LADY CAPULETO.- Pues a fe, hija mía, que el próximo jueves, de madrugada, el galante joven y noble caballero el conde de Paris tendrá la ventura de hacer de ti una feliz esposa en la iglesia de San Pedro.

JULIETA.- ¡Pues por la iglesia de San Pedro, y aun por San Pedro mismo, él no hará de mi una feliz esposa! ¡Me exhorta su prisa y que me haya de casar con quien ni siquiera me ha hecho la corte Señora, os suplico digáis a mi padre y a mi señor que no quiero desposarme todavía, y que, de hacerlo, os juro que será con Romeo, a quien supondréis que odio, antes que con Paris... ¡Y eran esas las noticias!...

LADY CAPULETO.- ¡Aquí está vuestro padre! ¡Decídselo vos misma, y veréis ahora cómo va a tomarlo!

Entran CAPULETO y la NODRIZA.

CAPULETO.- Cuando se pone el sol, el aire destella rocío, pero por el ocaso del hijo de mi hermano llueva a mares. ¿Qué es eso? ¿Un caño, muchacha? Qué, ¿siempre de lágrimas y llorando a torrentes? En tu cuerpo diminuto semejas una barca, el océano y el huracán; porque tus ojos, que bien puedo denominar océano, a todas horas tienen flujo y reflujo de lágrimas. La barca es tu cuerpo que navega en ese salado piélago; los vientos, tus suspiros, que en lucha furiosa con tu llanto, y este con ellos, de no sobrevenir una repentina calma, harán zozobrar tu cuerpo, combatido por la tempestad. Qué esposa, ¿le habéis comunicado nuestra determinación?

LADY CAPULETO.- Sí, señor; pero no quiere; os da las gracias. ¡Ojalá se desposara con la tumba esa necia!

CAPULETO.- ¿Cómo? A ver, a ver, esposa. ¡Qué! ¿No quiere? ¿No nos lo agradece? ¿No se siente orgullosa? ¿No tiene a dicha, por muy indigna que sea de ello, el que le hayamos proporcionado para novio un caballero tan notable?

JULIETA.- Orgullosa, no; al contrario, estoy muy agradecida. Nunca puedo estar orgullosa de lo que aborrezco; pero sí agradecida, hasta por lo que odio, cuando se lleva a cabo con amorosa intención.

CAPULETO.- ¡Cómo, cómo! ¡Cómo, cómo! ¡Hilvanadora de retóricas! ¿Qué significa eso de «estoy orgullosa y os lo

agradezco>>, y <<no os lo agradezco>>, y, sin embargo, <<no estoy orgullosa>>? Lo que vais a hacer, señorita deslenguada, es dejaros de ese galimatías de agradecimientos y orgullitos y preparar vuestras finas piernas para el próximo jueves a fin de acompañar a Paris a la iglesia de San Pedro, o, de lo contrario, te llevaré hasta allí a la rastra en un zorzuelo. ¡Fuera de mi presencia, encarroñada clorótica! ¡Fuera, libertina! ¡Cara de sebo!

LADY CAPULETO.- ¡Callad, callad! Qué, ¿os habéis vuelto loco?

JULIETA.- ¡Buen padre, os lo pido de rodillas! Escuchadme con paciencia una palabra nada más.

CAPULETO.- ¡Ahórcate, joven libertina, criatura desobediente! Oye lo que te digo: ¡no vas a la iglesia el jueves, o jamás me mires a la cara! ¡No hables! ¡No repliques!... ¡No me contestes!... ¡Que tiembla mi mano!... ¡Esposa!... Apenas nos creímos felices por no habernos Dios concedido nada que esta hija, pero ahora veo que con esta hija única hay de sobra, y que con ella nos ha caído una maldición. Apártate de mi vista, mujerzuela!

NODRIZA.- ¡Dios la bendiga en el cielo! La reñís demasiado severamente, señor.

CAPULETO.- Y ¿por qué, señora entremetida? ¡Silencio, consejera oficiosa! ¡A cotorrear con vuestras comadres, andando!

NODRIZA.- No decía nada malo.

CAPULETO.- ¡Oh, buenas tardes os dé Dios!

NODRIZA.- ¡No puede una ni hablar!

CAPULETO.- ¡Silencio, estúpida gruñona! ¡Esa elocuencia la gastáis con vuestras iguales, que aquí no hace falta!

LADY CAPULETO.- ¡Os acaloráis demasiado!

CAPULETO.- ¡Por la Hostia Sagrada! ¡Si es para volver loco! De día, de noche, a todas horas en cualquier ocasión, a cada momento, trabajando, en diversión, solo, en compañía, fue siempre mi sueño verla desposada, y ahora que le habíamos

conseguido un caballero de familia de príncipes, lleno de riquezas, joven, educado con el mayor esmero, henchido, como dicen, de bellas cualidades; un hombre, en fin, como pudiera deseárselo, venirnos esta miserable y estúpida llorona, esta muñeca quejicosa, que, al sonreírle la fortuna, exclame por toda respuesta. <<No quiero casarme, no puedo amar, soy muy joven; os ruego que me perdonéis.>> ¿Sí? ¡Pues no os caséis! ¡Bueno será mi perdón! ¡Idos a vivir donde os plazca, que en mi casa no pondréis más los pies! ¡Miradlo bien, pensadlo bien; yo no acostumbro chancearme! El jueves se acerca: poned la mano en vuestro corazón y reflexionad. Si queréis ser mi hija obediente, os daré a mi amigo; si no lo queréis ser, ahorcaos, mendigad, consumíos de hambre y miseria, morid en medio de la calle. Pues, por mi alma, que nunca os reconoceré. ¡Tenedlo por seguro! ¡Meditadlo bien! ¡Yo no quebrantaré mi palabra! (Sale.)

JULIETA.- ¿No hay clemencia en los cielos que llegue hasta el fondo de mi dolor?... ¡Oh dulce madre mía! ¡No me reñáis! ¡Suspended esta boda un mes, una semana; o si no, preparad mi lecho de bodas en la tumba sombría donde yace Teobaldo.

LADY CAPULETO.- Nada me digas, pues no hablaré una palabra. Obra como quieras, porque todo ha terminado entre las dos. (Sale.)

JULIETA.- ¡Oh Dios!... ¡Oh nodriza! ¿Cómo se remediará esto? Mi esposo está en la tierra; en el cielo, mi fe. ¿Cómo tornará otra vez esta fe a la tierra, a no ser que mi esposo, dejando este mundo, me la envíe desde el cielo? ¡Consuélaosme, aconsejame, ¡Ay! ¡Ay! ¡Que haya de emplear el cielo astucias contra una criatura tan débil como yo! ¿Qué dices tú? ¿No tienes ni una palabra de alegría? ¡Dame algún consuelo, nodriza!

NODRIZA.- ¡Helo aquí a fe mía! Romeo está desterrado, y apostarí el mundo entero contra nada a que no se atreve a volver aquí para reclamaros, y de venir, será a escondidas. ¡Estando, pues, las cosas como están, creo que lo más conveniente es que os caséis con el conde. ¡Oh! ¡Es un arrogante caballero! ¡Romeo, para él, es una insignificancia! ¡El

águila, señorita, no tiene unos ojos tan verdes, tan vivos, como los de París! Padezca mi propio corazón, si no sois feliz con este segundo matrimonio, puesto que aventaja al primero; y aunque no lo fuera, de todos modos, vuestro primer marido ha muerto, o tanto da si lo tenéis aquí y no podéis servirnos de él.

JULIETA.- ¿Y eso lo dices de corazón?

NODRIZA.- ¡Y con toda mi alma! ¡Malditos, si no, el uno y la otra!

JULIETA.- ¡Amén!

NODRIZA.- ¿Qué?

JULIETA.- Nada, que me has consolado admirablemente. Ve y dile a mi madre que, afligida por haber contrariado a mi padre, voy a ir a la celda de Fray Lorenzo a confesarme y recibir su absolución.

NODRIZA.- ¡A fe que eso es ponerse en razón! (Sale.)

JULIETA.- ¡Vieja condenada! ¡Oh aborrecido demonio! ¿El mayor pecado incitarme así al perjurio, o vituperar a mi señor con esa misma lengua que tantos millares de veces la he ensalzado sobre toda alabanza? ¡Márchate, consejera! ¡Tú y mi corazón estaréis desde hoy divididos!... Iré a ver al monje, a saber qué remedio me da. ¡Si todos fracasan, yo mismo tengo arrestos para morir! (Sale.)

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Celda de Fray Lorenzo.

Entran FRAY LORENZO y PARÍS.

FRAY LORENZO.- ¿El jueves, señor? Me parece muy pronto.

PARÍS.- Tal es la voluntad de mi padre Capuleto, y no se yo tan tardo y perezoso que modere su prisa.

FRAY LORENZO.- Decís que aún ignoráis las intenciones de vuestra prometida. Procedéis de un modo irregular, que no me agrada.

PARÍS.- Julieta llora sin cesar desde la muerte de Teobaldo, y esta es la causa de que le hablara poco de amor, pues Venus no sonríe en una mansión de lágrimas. Ahora, señor, su padre juzga peligroso el que se abandone a tanto dolor, ha creído prudente acelerar nuestro matrimonio. Ese pesar, que absorbe demasiado su ánimo en la soledad, quizá se aparta de ella mediante la compañía. Ya sabéis la razón de esta prontitud.

FRAY LORENZO.- (Aparte.) Así no supiera por qué debe ello retardarse. Mirad, señor; que aquí viene la dama hacia mi celda.

Entra JULIETA.

PARÍS.- Grato encuentro, señora y esposa mía.

JULIETA.- Eso podrá ser, caballero, cuando sea yo esposa.

PARÍS.- Ese <<podrá ser>> ha de ser, amor mío, el jueves próximo.

JULIETA.- Lo que ha de ser, será.

FRAY LORENZO.- Verdad indiscutible.

PARÍS.- ¿Vais a confesaros con este buen padre?

JULIETA.- Contestar a eso sería confesarme con vos.

PARÍS.- No le neguéis que me amáis.

JULIETA.- Confesaré que amo.

PARÍS.- Así, pues, le confesaréis que me amáis; estoy seguro.

JULIETA.- Si eso hiciera, mi confesión sería de más valor hecha en vuestra ausencia que en vuestra cara.

PARIS.- ¡Pobrecilla! ¡Tu cara está siendo víctima de tus lágrimas!

JULIETA.- Insignificante victoria han logrado con ellas las lágrimas, pues se hallaba bastante marchita antes de sentir sus huellas.

PARIS.- Más injuria le haces con tus palabras que con llanto.

JULIETA.- Lo que es verdad no es calumnia, caballero. Lo que digo, lo digo a mi cara.

PARIS.- Mía es tu cara, y la has calumniado.

JULIETA.- Podría ser, pues no me pertenece... ¿Tenéis que hacer ahora, buen padre, o volveré a la hora de víspera?

FRAY LORENZO.- Tengo ahora tiempo disponible, hija mía. Os rogamus, caballero, que nos dejéis solos unos instantes.

PARIS.- ¡Dios me libre de turbar la devoción!... Julieta, el jueves, de madrugada, iré a despertaros. ¡Adiós hasta entonces, y recibid este santo beso! (Sale.)

JULIETA.- ¡Oh, cierra la puerta y disponte luego a llorar conmigo! ¡No hay remedio, esperanza ni socorro para mí!

FRAY LORENZO.- ¡Ah Julieta! ¡Comprendo tu dolor, que saca de tino! He sabido que el próximo jueves, y sin que nada pueda retardarlo, debes enlazarte con ese conde.

JULIETA.- ¡No me lo digas, padre, si no me dices cómo puedo evitarlo! ¡Si no hallas un remedio en tu sabiduría, aprueba, al menos mi determinación! ¡Y con esta daga acabaré inmediatamente con mi alma! Dios unió mi corazón al de Romeo cuando tú enlazaste nuestras manos; y antes que mi diestra, que tú sellaste para Romeo, sea el sello de otro contrato; antes que mi corazón sea desleal, este acero dará fin de una y otra vida. De modo que procúrame al momento un consejo nacido de tu larga experiencia, o, de lo contrario, entre mí y el rigor de mis penas decidirá la cuestión esta daga, sedienta de sangre, resolviendo lo que la autoridad de tus años y tu saber no

queden llevar a honroso término. ¡No seas tan tardo en hallar el remedio! ¡Tárdame el morir, si lo que vas a expresar no habla de remedio!

FRAY LORENZO.- Detente, hija mía; vislumbro cierta esperanza; pero su solución es tan desesperada como desesperado es el mal que intentamos prevenir. Si tienes la suficiente fuerza de voluntad para quitarte la vida antes que casarte con Paris, quizá te arriesgaras a un simulacro de muerte para evitar tal deshonra, tú, que, para huir de ella, te lanzas a la muerte misma. Si a ello te atreves, yo te daré el remedio.

JULIETA.- ¡Oh! ¡Antes que casarme con Paris, mándame que me arroje desde lo alto de las almenas de un torreón, que marche por caminos infestados de ladrones, que me abrace a las ponzoñosas serpientes, que me encadene con los rugientes osos! ¡Enciérrame de noche en un osario, todo cubierto de crujientes huesos de difuntos, de ennegrecidas tibias y de amarillentas calaveras descarnadas! ¡Entiérrame en una fosa recién cavada, o haz que me amortaje con un cadáver, cosas todas ellas que al oír las me aterrorizaban, y lo haré sin temor ni vacilación alguna, a cambio de vivir sin mancha como esposa de mi dulce amor!

FRAY LORENZO.- ¡Atiende, entonces! Marcha a tu casa; muéstrate alegre y consiente en casarte con Paris. Mañana, que es miércoles, te quedas por la noche sola en tu cuarto, procurando alejar a la nodriza. Cuando estés en el lecho, toma este pomito y bebe hasta la última gota de este destilado licor. Inmediatamente correrá por tus venas un humor frío y letárgico, que amortiguará tus alientos vitales. Cesará de latir tu pulso y quedará sin fuerza y sin calor. Tu vida parecerá acabada, y las rosas de tus labios y mejillas se marchitarán hasta quedar pálidas como la ceniza. Se cerrarán las ventanas de tus ojos, como cuando los cierra la muerte a la luz de la vida. Tus miembros, privados de toda flexibilidad, se mostrarán yertos y rígidos como los de un cadáver. Todo patentizará que has muerto. Y en tal apariencia permanecerás cuarenta y dos horas, despertando después como de un profundo sueño. En la mañana del día señalado para tu boda, al ir a levantarte, te hallarán muerta en tu lecho. Entonces, como es costumbre en nuestro país, ataviada con tus mejores

galas y descubierta en el féretro, te conducirán a la cripta donde reposa toda la familia de los Capuletos. Tanto, y antes que tú despiertes, Romeo se informará por las mías de nuestro plan y vendrá. El y yo velaremos juntos tu despertar hasta que vuelvas a la vida, y aquella misma noche Romeo te llevará a Mantua. Esto te librará de ese inminente deshonor, si algún capricho efímero no abate tu valor en el momento más crítico.

JULIETA.- ¡Venga, venga! ¡Oh, no me hables de temor!

FRAY LORENZO.- ¡Toma, márchate y sé dichosa en tu rescisión! Yo despacharé en seguida un monje a Mantua con carta para tu señor.

JULIETA.- ¡Amor, préstame fortaleza, y la fortaleza me dará remedio! ¡Adiós, querido padre! (Sale.)

ESCENA II.

Sala en casa de Capuleto.

Entran CAPULETO, LADY CAPULETO, la NODRIZA y dos CRIADOS.

CAPULETO.- Invitad a todos los convidados aquí inscritos. (Sale el CRIADO 1.º) Pícaro, ve a ajustarme veinte expertos cocineros.

CRIADO 2.º.- No habrá ninguno malo, señor; pues yo averiguaré si se chupan los dedos.

CAPULETO.- ¿Cómo puedes averiguarlo?

CRIADO 2.º.- A fe mía, señor, mal cocinero es aquel que no se chupa los dedos; de modo que el que no se chupe los dedos, no lo traigo.

CAPULETO.- Vete, márchate. (Sale el CRIADO 2.º) Esta vez nos va a pillar la fiesta muy desprevenidos. Que, ¿fue mi hija a ver a fray Lorenzo?

NODRIZA.- Sí, por cierto.

CAPULETO.- ¡Bien! Quizá él pueda hacer carrera de ella. ¡Qué discola y voluntariosa es la rapaza!

NODRIZA.- Miradla ahí, que llega de confesar con cara ri sueña.

Entra JULIETA.

CAPULETO.- ¡Vamos a ver, testarudilla! ¿A dónde fuiste a corretear?

JULIETA.- A donde me enseñaron a arrepentirme del pecado de desobediente oposición a vuestros mandatos; y acudo aconsejada por fray Lorenzo, a postrarme a vuestros pies y pedir os perdón. ¡Perdonadme, os suplico! De aquí en adelante me dejaré guiar por vos.

CAPULETO.- ¡Id en busca del conde, informadle de esto! ¡Mañana por la mañana tendré anunciado este lazo!

JULIETA.- Hallé al joven conde en la celda de fray Lorenzo y le ofrecí el afecto que buenamente podía ofrecerle sin rebasar los límites de la honestidad.

CAPULETO.- ¡Muy bien; me satisface! ¡Esto marcha admirablemente! ¡Levántate! ¡La cosa va en toda regla! ¡Quiero ver al conde! ¡Sí, a fe mía; id, digo, y traedlo acá! ¡Ahora, juro a Dios que toda nuestra ciudad queda muy obligada a este reverendo y santo monje!

JULIETA.- Nodriza, ¿quieres acompañarme a mi gabinete para ayudarme a elegir aquellos indispensables atavíos que creas convenientes para engalanarme mañana?

LADY CAPULETO.- No, no es hasta el jueves; hay tiempo bastante.

razón!... ¡Detente, Teobaldo, detente!... ¡Romeo, Romeo!...
¡Voy a reunirme contigo! ¡He aquí el licor! ¡Lo bebo a tu
salud!... (Cae sobre su lecho detrás de las cortinas.)

ESCENA IV.

Salón en casa de Capuleto.

Entran LADY CAPULETO y la NODRIZA.

LADY CAPULETO.- Oye: toma estas llaves y tráete más es-
cias, nodriza.

NODRIZA.- En la pastelería piden dátiles y membrillos.

Entra CAPULETO.

CAPULETO.- ¡Vamos, avivad, avivad, avivad! El gallo
cantado ya por segunda vez y ha sonado la campana de la
Son las tres. ¡Cuida de los pasteles, buena Angélica, y
repara en gastos!

NODRIZA.- ¡Idos, idos, señor cocinero! Si pasáis la
che en vela, de seguro que os sentiréis mal mañana.

CAPULETO.- ¡No, no, ni pizca! ¡Qué! Otras veces, sin
causa alguna, he pasado en vela toda la noche, y nunca me
tí enfermo.

LADY CAPULETO.- ¡Sí; no erais mal cazador de aves noct-
nas en vuestro tiempo! Pero ya os vigilaré yo para que no
gáis ahora semejantes velas. (Salen LADY CAPULETO y la
DRIZA.)

CAPULETO.- ¡Celos, celos! ¡Eh! ¿Qué traes ahí, muche-
cho?

Entran tres o cuatro Criados, con asadores, leños y
canastos.

CRIADO 1º.- ¡Cosas para la cocina, señor; pero no sé qué
cosas son! (Sale el CRIADO 1º)

CAPULETO.- ¡Pues vivo, vivo; no te detengas!... ¡A ver,
tú, picarón; anda a buscar troncos más secos! ¡Llama a Pedro,
y él te dirá donde los hay!

CRIADO 2º.- Tengo yo una cabeza, señor, que sabré encon-
trar los troncos sin necesidad de molestar a Pedro. (Sale.)

CAPULETO.- ¡Por la misa, y que está bien dicho! ¡Un
hídeputa gracioso, eh! ¡Te crecerán troncos en la cabeza! ¡A
te ma, que apunta ya el alba y no tardará en llegar el conde
con la música, según me prometió! (Música dentro.) ¡Oigo
que se acerca! ¡Nodriza! ¡Esposa! ¿No oís? ¡Eh! ¡Qué! ¡No
driza, digo!

Vuelve a entrar la NODRIZA.

¡Id a despertar a Julieta! ¡Id y engalanadla bien! Yo iré,
entre tanto, a charlar con Paris. ¡Despachad, daos prisa,
daos prisa, que ya está aquí el novio! ¡Daos prisa, digo!
(Salen.)

ESCENA V.

Alcoba de Julieta.- Julieta, en su lecho.

Entra la NODRIZA.

NODRIZA.- ¡Señorita!... ¡Vamos, señorita!... ¡Julieta!...
¡Duerme como un tronco, no hay duda!... ¡Eh, corderita!...
¡Eh, señora!... ¡Vamos, perezosilla!... ¡Ea, prenda!... ¡Va-

ya, digo!... ¡Señora!... ¡Corazón mío!... ¡Vamos, señora no-
via!... ¿Ni por esas?... ¿Ni una palabra?... Ahora está
aprovechando un poco el sueño. ¡Dormid, dormid una semana se-
guida, que la noche que viene no os dejará descansar mucho
el conde de Paris!... Os lo aseguro. ¡Dios me perdone!
sí; amén!... Pero ¡qué sueño más pesado!... ¡Nada, tendré
que despertarla yo. ¡Señorita!... ¡Señorita!... ¡Señorita!
Sí; dejad que el conde os coja en la cama. ¡Menudo susto os
va a dar! ¡A fe! ¿No es cierto? (*Descorriendo las corti-
nas.*) ¡Cómo! ¡Engañada y con el vestido puesto! ¡Vaya,
vaya, os despertaré! (*Sacudiendo a JULIETA y después tomán-
dola en brazos.*) ¡Señorita!... ¡Señorita!... ¡Señorita!...
¡Ay!... ¡Ay!... ¡Socorro! ¡Socorro! ¡La señorita está muerta!
¡Oh funesto día!... ¡Que haya yo nacido! ¡Ay! ¡Dame un
poco de agua vitae! ¡Eh! ¡Señor! ¡Señora!

Entra LADY CAPULETO.

LADY CAPULETO.- ¿Qué ruido es ese?

NODRIZA.- ¡Oh día lamentable!

LADY CAPULETO.- Pero ¿qué pasa?

NODRIZA.- ¡Mirad, mirad! ¡Oh día aciago!

LADY CAPULETO.- ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Niña mía! ¡Mi
única vida! ¡Revive, abre los ojos, o moriré contigo! ¡So-
corro! ¡Socorro! ¡Pedid auxilio!

Entra CAPULETO.

CAPULETO.- ¡Qué vergüenza! ¡Qué salga Julieta! ¡Ha lle-
gado su esposo!

NODRIZA.- ¡Ha muerto! ¡Está difunta! ¡Ha muerto! ¡Ay,
qué día!

LADY CAPULETO.- ¡Ay, qué día! ¡Ha muerto! ¡Ha muerto!
¡Ha muerto!

CAPULETO.- ¡Ah, dejadme verla! ¡Ay! ¡Desdichado de mí!
¡Está fría! ¡No circula su sangre! ¡Sus miembros están rígi-
dos! ¡La vida huyó hace tiempo de sus labios!... ¡La muerte
ha caído sobre ella como intempestiva escarcha sobre la flor
más galana de toda la pradera!

NODRIZA.- ¡Oh día lamentable!

LADY CAPULETO.- ¡Oh aciaga hora!

CAPULETO.- ¡La muerte, que me robó mi hija para hacerme
gemir, ata mi lengua y no me deja hablar!

Entran FRAY LORENZO y PARIS, con Músicos.

FRAY LORENZO.- Vamos, ¿está ya dispuesta la novia para
ir a la iglesia?

CAPULETO.- ¡Dispuesta para ir, pero jamás para volver!
¡Oh hijo! ¡En la víspera de tus bodas, el fantasma de la muer-
te ha dormido con tu esposa! ¡Mírala, ahí tendida, flor como
era, por él desflorada! ¡Ese horrible fantasma es mi yerno,
es mi heredero; con él se ha desposado mi hija! ¡Quiero morir
y dejárselo todo; vida, hacienda, todo es de la muerte!

PARIS.- ¡Tan largo tiempo he esperado ver la cara de es-
te día, para semejante espectáculo!...

LADY CAPULETO.- ¡Día maldito, cruel, luctuoso, execra-
ble! ¡Hora la más fatal que viera el tiempo en el constante y
sufrido trabajo de su peregrinación! ¡No tenía yo más que una
niña, una niña tan solo, tan solo una amada niña, una criatu-
ra que era mi alegría y mi consuelo, y la muerte despiadada
se la ha llevado de mi vista!

NODRIZA.- ¡Oh dolor! ¡Oh día doloroso, doloroso, doloro-
so! ¡El día más lamentable, el más doloroso que nunca, nunca
presencié! ¡Oh día! ¡Oh día! ¡Oh día! ¡Oh odiado día! Jamás se
vio un día tan negro como este. ¡Oh día de dolor! ¡Oh día de
dolor!

PARIS.- ¡Destrozado, burlado, divorciado, abandonado, asesinado! ¡Oh muerte, mil veces detestable! ¡Burlado por ti! ¡Cruel! ¡Cruel! ¡Por ti aniquilado!... ¡Oh amor!... ¡Oh vida!... ¡No ya vida, sino amor en la muerte!...

CAPULETO.- ¡Mofado, angustiado, aborrecido, martirizado, muerto! ¡Tremendo instante! ¿Por qué viniste ahora a asesinar, a destrozar nuestra solemne fiesta? ¡Ah hija mía! ¡Oh hija mía! ¡Alma mía, y no hija mía! ¡Está muerta! ¡Ay! ¡Mi hija ha muerto, y con mi hija han fenecido todas mis alegrías!

FRAY LORENZO.- ¡Silencio, vaya! ¡Qué vergüenza! El remedio de este dolor no está en esos dolores. El Cielo tenía tanta parte como nosotros en esta hermosa doncella. La parte que os correspondía no pudisteis preservarla de la muerte, en tanto que el Cielo guarda la suya para la vida eterna. Vuestra ansia era su encumbramiento, pues hubiera constituido vuestra gloria el verla enaltecida. ¿Y ahora lloráis, viéndola exaltada sobre las nubes y encubrada hasta el mismo Cielo? ¡Oh! En esto amáis tan mal a vuestra hija, que os enloquece el verla la dichosa. La mejor esposa no es aquella que vive largo tiempo desposada, sino la desposada que muere siendo joven y en posesión de su bello cadáver; y, como es costumbre, conducirlo después a la iglesia, adornado con las mejores galas; que si la apasionada Naturaleza nos fuerza a lamentarnos, las lágrimas de la Naturaleza son escarnio de la razón.

CAPULETO.- ¡Todo aquello que dispusimos para la fiesta, desviándose de su oficio, sirva para el negro funeral! ¡Nuestros instrumentos, para melancólicas campanas; nuestro festín de bodas, para luctuoso banquete funerario; nuestros epitafios, para lúgubres endechas; nuestras flores nupciales, para guirnalda sobre la tumba, y todas las cosas se cambian en sus contrarias!

FRAY LORENZO.- Señor, retiraos, y vos señora marchad con él; e igualmente vos, sir Paris. Cada cual dispóngase a acompañar a su sepulcro a este bello cuerpo. Los cielos se os muestran ceñudos por alguna ofensa; no los irritéis más, contrariando sus altos designios. (Salen CAPULETO, LADY CAPULETO, PARIS y FRAY LORENZO, luego de echar romero sobre JULIETA y cerrar las cortinas.)

MUSICO 1.º- A fe que que podemos recoger nuestros instrumentos y largarnos con la música a otra parte.

NODRIZA.- ¡Ah, sí, sí! Recogedlos, buena gente; pues ya lo veis, este es un caso triste. (Salen.)

MUSICO 1.º- Por mi vida, que el caso no admite arreglo.

Entra PEDRO.

PEDRO.- ¡Músicos! ¡Oh músicos! «La paz del corazón», «La paz del corazón». ¡Si no queréis que muera, tocad «La paz del corazón»!

MUSICO 1.º- ¿Por qué «La paz del corazón»?

PEDRO.- ¡Oh músicos! Porque mi corazón toca por su parte: «Mi corazón está lleno de dolor.» ¡Oh! ¡Tocadme una endecha festiva para consolarme!

MUSICO 1.º- ¡Nada de endechas! ¡No es ahora ocasión de tocar!

PEDRO.- ¿Que no queréis?

MUSICO 1.º- ¡No!

PEDRO.- Pues, entonces, os la solfearé yo, y que será bien sonada.

MUSICO 1.º- ¿Qué nos vais a hacer sonar?

PEDRO.- ¡No será dinero, por mi fe, sino las costillas! ¡Yo os marcaré la trova!

MUSICO 2.º- Entonces nos daréis la entrada.

PEDRO.- ¡Con mi daga, que servirá de batuta. ¡A mí corcheas!... ¡Veréis modo de quedaros re-la-mí-dos y resobados! ¿Os dais cuenta?

MUSICO 1.º- Si nos lleváis el compás con la daga, seréis vos quien dará cuenta de nosotros.

MÚSICO 2º.- Por favor, envainad vuestra daga y desenvainad vuestra agudeza.

PEDRO.- ¡Entonces tened cuidado con mi agudeza! Pues os zurcirá mi ingenio, que es más agudo que mi daga. Contestadme como hombres:

Cuando el corazón manda dolores al Destino y pesares sin fin da a nuestro pensamiento, pues entonces la música, con su son argentino...

¿Por qué <<son argentino>>? ¿Por qué <<la música, con su son argentino>>? ¿Qué decís vos, Simón Bordón?

MÚSICO 1º.- Pues claro está, señor; porque la lata tiene un dulce sonido.

PEDRO.- ¡Muy bonito! ¿Qué decís vos, Hugo Rabel?

MÚSICO 2º.- Dice <<son argentino>> porque los músicos tan can por la plata.

PEDRO.- ¡Muy bonito también! ¡Y vos qué decís, Santiago Clavija?

MÚSICO 3º.- ¡Por vida de..., no sé qué decir!

PEDRO.- ¡Oh, perdonadme; sois el cantor! Yo lo diré por vos. Dice <<música, con su son argentino, porque los músicos no hacen sonar el oro:

Pues entonces la música, con su son argentino, pone eficaz ayuda calmando el sufrimiento.

(Sale.)

MÚSICO 1º.- ¡Vaya un truhán más sinvergüenza!

MÚSICO 2º.- ¡Mal rayo te parta, Jack! Venid entraremos por aquí, aguardaremos el fúnebre cortejo y nos quedamos a comer. (Salen.)

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Mantua. Una calle.

Entra ROMEO.

ROMEO.- De creer en la adulatora visión del sueño, mis sueños presagian próximas y alegres noticias. El señor de mi pecho se halla plácidamente sentado en su trono, y durante todo el día una desusada animación me eleva por encima de la tierra con pensamientos acariciadores. Recuerdo que soñé que me había muerto (¡extraño sueño que concede a un muerto la facultad de pensar!) y que venía mi esposa e infundía con sus besos en mis labios una vida tan potente y deliciosa, que yo resucitaba y era emperador. ¡Ay de mí!... ¡Qué dulce no será la posesión del ser amado, cuando la sola sombra del amor es tan rica en los deleites!...

Entra BALTASAR con botas de montar.

Noticias de Verona! ¿Qué hay, Baltasar? ¿Traes alguna carta del fraile? ¿Está buena mi señora? ¿Sigue bien mi padre? ¿Cómo lo pasa mi Julieta? Te lo pregunto de nuevo, pues nada puede ir mal si ella está bien.

BALTASAR.- Ella no puede estar mejor; luego nada puede ir mal... ¡Su cuerpo descansa en el panteón de los Capuletos, y su parte inmortal mora con los ángeles! Yo mismo la he visto enterrar en la cripta de sus antepasados, y al punto tomé la posta para decíroslo. ¡Oh, perdonadme si os traigo noticias tan dolorosas, pues tal misión me confiasteis, señor!

ROMEO.- ¿Es posible?... ¡Entonces, estrellas, no creo en vuestro poder! ¡Ya sabes mi alojamiento! ¡Procúrame papel y tinta, y alquila caballos de posta! ¡Parto esta misma noche!

BALTASAR.- ¡Por Dios, señor, calmaos! Vuestro semblante, desenchajado y pálido, anuncia alguna desgracia.

ROMEO.- ¡Bah! ¡Te engañas! Déjame y haz lo que te mando... ¿No traes para mí cartas del fraile?

BALTASAR.- Ninguna, mi querido señor.

ROMEO.- ¡No importa! Vete y alquila esos caballos, que en seguida te sigo. (Sale BALTASAR.) ¡Bien, Julieta, esta noche descansaré contigo!... Tracemos los medios... ¡Oh mal, que pronto te adentras en el corazón de los hombres desesperados! Recuerdo un boticario, y muy cerca de este sitio vive, a quien vi hace poco cubierto de harapos, de tétrica mirada, cogiendo hierbas medicinales. Tenía el rostro demacrado, una miseria espantosa le había consumido hasta los huesos, y del techo de su sórdida tienda colgaban una tortuga, un caimán disecado y otras pieles de peces diformes. Sobre sus estantes distinguíase un pobre surtido de cajas viejas, tarros de tierra verdosa, vejigas y mohosas simientes, retazos de bramante y viejos panes de rosas, todo ello en orden desigual, para que hiciera más ostentación. Notando esta penuria, dije para mí: «Si en este instante precisara un hombre un veneno, cuya venta se castiga en Mantua con la muerte inmediata, he aquí un infeliz miserable que se lo expendería.» ¡Oh! ¡Aquella misma reflexión no hacía sino adelantarse a mi necesidad, y este mismo hombre necesitado es quien me lo ha de vender! Si no recuerdo mal, esta debe de ser la casa. Como es día festivo, el pordiosero ha cerrado la tienda... ¡Hola! ¡Eh! ¡Boticario!

Entra el BOTICARIO.

BOTICARIO.- ¿Quién llama tan fuerte?

ROMEO.- ¡Ven acá, hombre! ¡Veo que eres muy pobre! ¡Toma: ahí van cuarenta ducados; despáchame una dosis de veneno, una sustancia tan fuerte, que al defundirse por todas las ver-

nas caiga muerto aquel que, hastiado de la vida, la beba, y haga salir su alma del cuerpo con la misma violencia que la impetuosa pólvora encendida estalla en las entrañas fatales del cañón!

BOTICARIO.- Tengo esos fatales venenos: pero las leyes de Mantua castigan con la muerte a quien los expendan.

ROMEO.- ¿Estás tan lleno de harapos y de miseria y todavía temes morir? ¡Llevas el hambre retratada en tus mejillas! ¡La indigencia y la opresión se asoman hambrientas a tus ojos! ¡La pobreza y el desprecio pesan sobre tus espaldas! ¡El mundo no es amigo tuyo, ni las leyes del mundo! ¡El mundo no estatuye ninguna ley para que te enriquezcas! ¡Luego no seas pobre, sino, por el contrario, quebrántala, y toma esto!

BOTICARIO.- Mi pobreza consiente, pero no mi voluntad.

ROMEO.- No es tu voluntad la que pago, sino tu pobreza.

BOTICARIO.- Disolved esto en un líquido cualquiera y bebédlo hasta la última gota, que así tengáis la fuerza de veinte hombres, caeréis muerto al instante.

ROMEO.- ¡He aquí tu oro, veneno más funesto para el alma de los hombres y causante de más muertes en este mundo abominable que esas pobres mixturas que no te dejan despachar! ¡Yo soy quien te vende a ti el tósigo; no tú el que me lo vendes a mí! ¡Adiós! Compra alimentos y repón tus carnes... ¡Ven, cordial, y no veneno; ven conmigo a la tumba de Julieta, que allí debo usarte! (Salen.)

ESCENA II.

Celda de Fray Lorenzo.

Entra FRAY JUAN.

FRAY JUAN.- ¡Santo fraile franciscano! ¡Hermano, eh!

Entra FRAY LORENZO.

FRAY LORENZO.- Esa voz debe de ser la del fraile Juan. ¡Bien venido de Mantua! ¿Qué dice Romeo? O si viene por escrito su pensamiento, dame la carta.

FRAY JUAN.- Yendo en busca de un hermano descalzo de nuestra Orden, que se hallaba en esta ciudad visitando los enfermos, para que me acompañara, y al dar con él los celadores de la población, por sospechas de que ambos habíamos estado en una casa donde reinaba la peste, sellaron las puertas y no nos dejaron salir. De suerte que aquí tuve que suspender mi diligencia para ir a Mantua.

FRAY LORENZO.- ¿Quién llevó, entonces, mi carta a Romeo?

FRAY JUAN.- No la pude mandar, aquí está de nuevo, ni pude hallar mensajero alguno para traerla: tal temor tenían todos a contagiarse.

FRAY LORENZO.- ¡Suerte fatal! Por mi santa Orden, que no era insignificante la misiva, sino que encerraba un mensaje de gran importancia, y cuyo descuido puede acarrear graves consecuencias. Fray Juan, ve a buscarme una palanca de hierro y tráemela a mi celda sin tardanza.

FRAY JUAN.- Voy por ella, hermano. *(Sale FRAY JUAN.)*

FRAY LORENZO.- Fuerza es que yo solo vaya ahora al panteón. La hermosa Julieta despertará dentro de tres horas. ¡Cómo va a maldecirme por no haber tenido noticias de Romeo de estos sucesos! Pero escribiré otra vez a Mantua y ocultaré a ella en mi celda hasta que llegue Romeo. ¡Pobre cadáver viviente, encerrado en la tumba de un muerto!

ESCENA III.

Un cementerio, en el que se levanta el mausoleo de los Capuletos.

Entran PARIS y su PAJE, llevando flores y una antorcha.

PARIS.- Dame esa antorcha, muchacho... Retírate y permanece a distancia. Pero no; apaga la luz, no quiero que me vean. Tiéndete al pie de aquellos tejos y aplica el oído al suelo sonoro. La tierra está blanda y hueca, por removerla constantemente la azada; de modo que nadie pisará el cementerio sin que tú lo sientas. Si algo sucede, da un silbido en señal de que alguien se acerca... Trae esas flores. Máchate y haz lo que te mando.

PAJE.- *(Aparte.)* Me causa cierto espanto quedarme solo aquí, en el cementerio. Sin embargo, me aventuraré. *(Se retira.)*

PARIS.- ¡Dulce flor, tu lecho nupcial riego de flores! ¡Tumba adorada, que en tu recinto encierras el modelo más perfecto de la eternidad! ¡Hermosa Julieta, que vives con los ángeles, acepta el último homenaje de quien supo honrarte en vida y, muerta, viene a venerar tu tumba con tributos funerarios! ¡Oh dolor! Polvo y mármoles son tu dosel, que con agua olorosa acudiré a regar de noche, o, a falta de ella, con lágrimas destiladas por mis quejidos. Las exequias nocturnas que he de celebrar por ti consistirán en llorar y esparcir flores sobre tu fosa... *(El PAJE silba.)* ¡El paje avisa! ¡Alguien se acerca! ¿Qué planta maldita vaga en la noche por este sitio, interrumpiendo el culto y rito del verdadero amor? ¡Qué! ¡Con una antorcha! ¡Noche, encúbreme con tu velo por un instante! *(Se retira.)*

Entran ROMEO y BALTASAR, con una antorcha, un azadón, etc.

ROMEO.- ¡Dame ese azadón y la palanca de hierro! Toma; mañana temprano cuida de entregar esta carta a mi padre y señor... Dame la luz. ¡Te advierto, por tu vida, que, veas lo que veas u oigas lo que oigas, permanezcas fuera de aquí y no me interrumpas! El porqué desciendo a este antro de muerte,

en parte es para contemplar el rostro de mi adorada; pero principalmente para quitar de su dedo difunto una sortija preciosa que necesito para mi grato empleo. De modo que imárchate pronto! Pero si tú, receloso, vuelves a este sitio para espiar mis actos, ¡te juro por los cielos que voy a descuartizarte, miembro por miembro, y a esparcir tus restos por este hambriento campo santo! ¡La hora y mis instintos tienen una crueldad salvaje! ¡Son mucho más feroces e implacables que los tigres hambrientos y el Océano bramador!

BALTASAR.- Me marchó, señor, y no os incomodaré.

ROMEO.- Así me probarás tu afecto. Toma esto. Vive y sé feliz. ¡Y adiós, buen compañero!

BALTASAR.- (Aparte.) ¡Voy a ocultarme, por eso mismo, cerca de aquí! Me asustan sus miradas, y recelo de sus intenciones. (Se retira.)

ROMEO.- ¡Tú, buche abominable, seno de muerte, repleto del bocado más exquisito de la tierra, así fuerzo yo a que se abran tus quijadas podridas, y en compensación he de atiborrarte de nuevo pasto! (Abre la tumba.)

PARIS.- (Aparte.) Ese es aquel desterrado e infame Montesco que asesinó al primo de mi amada, y de cuyo dolor se cree que sucumbió esa bella criatura. ¡Y viene ahora a cometer alguna torpe profanación con los difuntos!... Voy a prenderle... (Adelantándose.) ¡Sacrilego Montesco! ¡Suspende tus viles intenciones! ¿Puede llevarse la venganza más allá de la muerte? ¡Miserable villano! ¡Date preso! ¡Obedéceme y sígueme, pues debes morir!

ROMEO.- ¡Debo morir, verdaderamente, y a morir he venido!... Apreciable y gentil mancebo, no tienes a un hombre desesperado. ¡Huye de aquí y déjame! Piensa en estos que partieron: que ellos te infundan temor. Te lo ruego, doncella, no añadas un pecado más a mis culpas, desesperándome hasta el furor. ¡Oh, vete! Te lo juro por el Cielo que te apreciaré más que a mí mismo, porque armado contra mí solo he venido hasta aquí. ¡No te detengas! ¡Huye en seguida! ¡Vive, y dile luego que la clemencia de un loco te obligó a que salieras aquí!

PARIS.- ¡Desprecio tus conjuros, y te prendo aquí, por criminal!

ROMEO.- ¿Pretendes provocarme? ¡Defiéndete entonces, muchacho! (Riñen.)

PAJE.- ¡Oh Dios, pelean! Llamaré a la ronda. (Sale.)

PARIS.- ¡Oh! ¡Muerto soy! (Cae.) ¡Si tienes compasión, abre la tumba y colócame con Julieta! (Muere.)

ROMEO.- ¡Lo haré, por mi fe!... Veamos de cerca esa cara... ¡El pariente de Mercucio! ¡El noble conde de Paris!... ¿Qué me decía mi criado durante el viaje, cuando mi alma, en medio de sus tempestades, no le atendía? Creo que me contaba que Paris se iba a casar con Julieta... ¿No era eso lo que dije, o lo he soñado? ¡O es que estoy tan loco que oyéndote hablar de Julieta, imaginé tal cosa?... ¡Oh! ¡Dame la mano, tú que, como yo, has sido inscrito en el libro funesto de la desgracia! ¡Yo te enterraré en una tumba triunfal! ¿Una tumba? ¡Oh, no! ¡Una linterna, joven víctima! Porque aquí descansa Julieta, y su hermosura transforma esta cripta en un regio salón de fiesta, radiante de luz. (Colocando a PARIS en el mausoleo.) ¡Muerte, un muerto te entierra!... ¡Cuántas veces, cuando los hombres están a punto de expirar, experimentan un instante de alegría, a la que llaman sus enfermeros el relámpago precursor de la muerte! ¡Oh! ¿Cómo puedo llamar a esto un relámpago? ¡Oh! ¡Amor mío! ¡Esposa mía! ¡La muerte, que ha saboreado el néctar de tu aliento, ningún poder ha tenido aún sobre tu belleza! ¡Tú no has sido vencida! ¡La enseña de la hermosura ostenta todavía su caracén en tus labios y mejillas, y el pálido estandarte de la muerte no ha sido enarbolado aquí!... Teobaldo, ¿eres tú quien yace en esa sangrienta mortaja? ¡Oh! ¿Qué mayor favor puedo hacer por ti que, con la mano que segó en flor tu juventud, tronchar la del que fue tu adversario? ¡Perdóname primo mío! ¡Ah! ¡Julieta querida! ¿Por qué eres aún tan bella? ¡Habré de creer que el fantasma incorpóreo de la muerte se ha prendado de ti y que ese aborrecido monstruo descarnado te guarda en esas tinieblas, reservándote para manceba suya? ¡Así lo temo, y por ello permaneceré siempre a tu lado, sin salir jamás de este palacio de noche sombría! ¡Aquí, aquí quiero quedarme con los gusanos, doncellas de tu servidumbre! ¡Oh!

¡Aquí fijaré mi eterna morada, para librar a esta carne, hastiada del mundo, del yugo del mal influjo de las estrellas! ... ¡Ojos míos, lanzad vuestra última mirada! ¡Brazo, dad vuestro último abrazo! Y vosotros, ¡oh labios!, puertas del aliento, sellad con un legítimo beso el pacto sin fin con la acaparadora muerte. (Cogiendo el frasco de veneno.) ¡Ven, amargo conductor! ¡Ven, guía fatal! ¡Tú, desesperado piloto, lanza ahora de golpe, para que vaya a estrellarse contra las duras rocas, tu maltrecho bajel, harto de navegar. (Bebiendo.) ¡Brindo por mi amada! ¡Oh sincero boticario! ¡Tus drogas son activas!... Así muero... ¡con un beso!... (Muere.)

Entra por el otro extremo del cementerio FRAY LORENZO,
con una linterna, una antorcha y un azadón.

FRAY LORENZO.- ¡San Francisco me valga! ¡Cuántas veces han tropezado esta noche con las tumbas mis viejos pies! ¿Quién va?...

BALTASAR.- Aquí un amigo que os conoce bien.

FRAY LORENZO.- ¡Dios te bendiga! Dime, mi buen amigo: ¿aquella antorcha que en vano presta luz a los gusanos y vacías calaveras no arde en el panteón de los Capuletos?

BALTASAR.- Así es, venerable señor, y allí está mi amo, quien apreciáis.

FRAY LORENZO.- ¿Quién?

BALTASAR.- Romeo.

FRAY LORENZO.- ¿Hace mucho que está aquí?

BALTASAR.- Una media hora.

FRAY LORENZO.- Venid conmigo a la cripta.

BALTASAR.- No me atrevo, señor. Mi amo no sabe que estoy aquí, y me ha amenazado terriblemente de muerte si me quedaba para acechar sus intentos.

FRAY LORENZO.- Quedaos, entonces. Iré yo solo. El mie-

do se apodera de mí. ¡Oh, mucho me temo un funesto desenla-

BALTASAR.- Estando yo durmiendo al pie de aquel tejo, soñé que mi amo y otro se batían, y que mi amo lo mataba.

FRAY LORENZO.- ¡Romeo! (Avanzando.) ¡Ay, ¡Ay! ¿Qué sangre es esta que mancha los umbrales de piedra de este sepulcro? ¿Qué significan estas espadas enrojecidas, abandonadas y sangrientas, en esta mansión de paz? (Entrando en el panteón.) ¡Romeo! ¡Oh, pálido!... ¿Quién más?... ¡Cómo! ¡Paris también? ¿Y bañado en sangre? ¡Ah!... ¿Qué hora terrible ha sido culpable de este lance desastroso?... La señora rebulle... (JULIETA despierta.)

JULIETA.- ¡Oh fraile consolador! ¿Dónde está mi esposo? Recuerdo bien dónde debía hallarme, y aquí estoy. ¿Dónde está mi Romeo? (Ruido dentro.)

FRAY LORENZO.- ¡Oigo cierto rumor! ¡Señora, abandonemos este antro de muerte, contagio y sueño contranatural! ¡Un poder superior a nuestras fuerzas ha frustrado nuestros planes! ¡Vámonos, vámonos de aquí. Tu esposo yace ahí muerto en tu seno; y Paris también. Ven; yo te haré ingresar en una comunidad de santas religiosas. ¡No me interroques, pues la ronda se acerca! ¡Vamos, ven buena Julieta! ¡No me atrevo a permanecer más tiempo!

JULIETA.- ¡Vete, márchate de aquí, pues yo no me moveré! (Sale FRAY LORENZO.) ¿Qué veo? ¿Una copa apretada en la mano de mi fiel amor? ¡El veneno, por lo visto, ha sido la causa de su prematuro fin!... ¡Oh ingrato! ¿Todo lo apuraste, sin dejar una gota amiga que me ayude a seguirte! ¡Besaré tus labios!... ¡Quizá quede en ellos un resto de ponzoña para hacerme morir con un reconfortante! (Besándole.) ¡Tus labios están calientes todavía!

GUARDIA 1.º.- (Dentro.) ¡Guíanos, muchacho! ¿Por dónde?

JULIETA.- ¿Qué? ¿Rumor? ¡Seamos breves entonces! (Cogiendo la daga de ROMEO.) ¡Oh daga bienhechora! ¡Esta es tu vaina! (Hiriéndose.) ¡Enmohécete aquí y dame la muerte! (Cae sobre el cadáver de ROMEO y muere.)

Entra la ronda con el PAJE de PARIS.

PAJE.- Este es el sitio; allí donde arde la antorcha.

GUARDIA 1º.- Está el suelo ensangrentado. Recorred el cementerio. Id alguno de vosotros y prended a quienquiera que halléis. ¡Qué desolador espectáculo! ¡Aquí yace asesinado el conde, y Julieta sangrando, caliente y recién fallecida, tras haber estado aquí dos días sepultada! Id en busca del príncipe; corred a casa de los Capuletos; despertad a los Montescos; que algunos otros practiquen indagaciones. Veamos el lugar donde han ocurrido esos desastres; pero cómo se han originado, no podemos saberlo sin conocer las circunstancias.

Vuelven a entrar algunos GUARDIAS con BALTASAR.

GUARDIA 2º.- ¡Aquí está el criado de Romeo! Lo hemos hallado en el cementerio.

GUARDIA 1º.- Custodiadle bien, hasta que llegue el príncipe.

Vuelve a entrar FRAY LORENZO y otros GUARDIAS.

GUARDIA 3º.- Aquí hay un fraile que tiembla, suspira y llora. Le hemos quitado este azadón y esta piqueta cuando venía de este lado del cementerio.

GUARDIA 1º.- ¡Sospecha grave! Detened al fraile también.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
Entra el PRÍNCIPE con su séquito.

PRÍNCIPE.- ¿Qué desventura tan madrugadora viene a robarnos el sueño matinal?

Entran CAPULETO, LADY CAPULETO y otros.

CAPULETO.- ¿Qué es eso, que grita la gente en todas partes?

LADY CAPULETO.- El pueblo exclama por las calles, unos «Romeo», otros «Julieta» y otros «Paris», y todos corren con grandes clamores hacia nuestro panteón.

PRÍNCIPE.- ¿Qué terror es ese que causa sobresalto en nuestros oídos?

GUARDIA 1º.- Soberano, aquí yace el conde de Paris asesinado, y Romeo muerto, y Julieta muerta también, caliente y recién matada.

PRÍNCIPE.- ¡Buscad, indagad y descubrid cómo ha ocurrido esta horrenda matanza!

GUARDIA 1º.- Aquí están un fraile y un criado del difunto Romeo, con varias herramientas que llevaban, propias para abrir las tumbas de esos muertos.

CAPULETO.- ¡Oh cielos! ¡Ay esposa! ¡Ved cómo sangra nuestra hija! ¡Esta daga herró su camino, pues, mirad, su vaina está vacía en el cinto de Montesco, y se ha envainado equivocadamente en el pecho de nuestra hija!

LADY CAPULETO.- ¡Ay de mí! ¡Este espectáculo de muerte es como una campana que llama a mi vejez al sepulcro!

Entran MONTESCO y otros.

PRÍNCIPE.- Acércate, Montesco, pues temprano te levantas para ver caído más tempranamente todavía a tu hijo y heredero.

MONTESCO.- ¡Ay monseñor! ¡Mi esposa ha expirado esta noche. La pena producida por el destierro de mi hijo cortó su aliento. ¿Qué otros dolores conspiran contra mi ancianidad?

PRÍNCIPE.- Mira y verás!

MONTESCO.- ¡Oh tú, descomedido! ¿Qué maneras son esas de precipitarte a la tumba antes que tu padre?

PRINCIPE.- Sella por un momento el ultraje, en tanto aclaremos estas ambigüedades, y sepamos su origen, su causa, su verdadera sucesión, y entonces yo seré caudillo de vuestros dolores y os guiaré hasta la muerte. Calma mientras, y que la desventura sea esclava de la resignación. Que comparezcan ante mí las partes sospechosas.

FRAY LORENZO.- Yo soy la principal, si bien la menos culpable de llevar a cabo semejantes actos. Sin embargo, soy sospechoso en gran manera, toda vez que la hora y el lugar designados para el crimen son contra mí en esa horrible carnicería. Y heme aquí dispuesto a acusarme y defenderme, siendo yo mismo quien se disculpa y condena.

PRINCIPE.- Entonces di en seguida lo que sepas del asunto.

FRAY LORENZO.- Seré breve, pues el corto plazo que me queda de vida no es tan largo como el enojoso relato del suceso. Romeo, aquí muerto, era esposo de Julieta, y ella, ahí difunta, era fiel consorte de dicho Romeo. Yo los casé y el día de su secreto matrimonio fue el último de Teobaldo, cuya muerte temprana fue causa de que el novel esposo saliera desterrado de esta ciudad, por el cual, y no por Teobaldo, padecía Julieta. Vos (A CAPULETO), con objeto de alejar de ella aquel asalto de dolor, la prometisteis al conde de Paris, empeñándoos en casarla con él, contra su voluntad. Entonces vino ella a mí, y con el semblante turbado me rogó que trazara algún medio para librarla de este segundo matrimonio, o, de lo contrario, allí mismo, en mi celda, se daría muerte. Aleccionado entonces por mi experiencia, le di un brebaje letárgico que obró como yo esperaba, pues produjo en ella la apariencia de la muerte. Mientras tanto, yo escribí a Romeo para que viniera aquí esta misma desgraciada noche, con intención de que me ayudara a sacar a Julieta de su falsa tumba, por ser el tiempo en que debería terminar la fuerza del narcótico. Mas el portador de mi carta, fray Juan, se vio detenido por accidente fortuito, y ayer por la noche me devolvió la misiva. Entonces yo solo, a la hora prevista para despertar a Julieta, he acudido a sacarla de la cripta de sus antepasados, con

de guardarla secretamente en mi celda hasta que hallara yo ocasión de mandar aviso a Romeo. Pero cuando he llegado, breves minutos antes del instante en que despertara ella, yacían aquí muertos prematuramente el noble Paris y el fiel Romeo. Se despertó ella; comencé a instarla para que saliera de aquí y soportase con paciencia este golpe de los cielos; pero en aquel momento se oyó un rumor que me hizo huir sobresaltado del mausoleo. Ella, desesperada en demasía, resistióse a seguirme, y, según todas las apariencias, ha atentado violentamente contra su propia persona. He aquí cuanto sé; y en lo que respecta al casamiento, la nodriza se halla al corriente. De modo que, si en este suceso ha salido mal alguna cosa por culpa mía, sacrificad mi vida, ya caduca, breves horas antes de su fin, bajo el peso de la ley más severa.

PRINCIPE.- Siempre te tuvimos por un santo varón. ¿Dónde está el criado de Romeo? ¿Qué puede manifestar acerca del caso?

BALTASAR.- Llevé a mi amo la noticia de la muerte de Julieta, y al punto, corriendo la posta, vino de Mantua a este mismo sitio, a este mismo mausoleo. Me encargó que de madrugada entregase esta carta a su padre, y en el instante de penetrar en la cripta me amenazó de muerte si no me marchaba y le dejaba allí solo.

PRINCIPE.- Dame la carta; quiero verla. ¿Dónde está el paje del conde, el que llamó a la ronda? Muchacho, dí: ¿qué hacía en este lugar tu amo?

PAJE.- Vino con flores para esparcirlas sobre la tumba de su dama. Me mandó que permaneciese algo distante, lo que hice acto seguido. Inmediatamente llegó un hombre con una luz a abrir el panteón, y un momento después mi amo le acometió con el acero desnudo y entonces salí corriendo a llamar a la ronda.

PRINCIPE.- Esta carta prueba las palabras del monje. Narráronse en ella los incidentes de tales amores, la noticia de la muerte de Julieta, y aquí escribe Romeo que adquirió de un pobre boticario un veneno, con el que vino a este cripta decidido a morir y reposar al lado de su amada. ¿Dónde están esos enemigos? ¡Capuleto! ¡Montesco! ¡Mirad qué castigo ha caído sobre vuestros odios! ¡Los cielos han hallado modo de

destruir vuestras alegrías por medio del amor! ¡Y yo, por haber tolerado vuestras discordias, perdí también a dos de mis parientes! ¡Todos hemos sido castigados!

CAPULETO.- ¡Oh hermano Montesco! Dame tu mano. Esta es la viudedad de mi hija, pues nada más puedo pedir.

MONTESCO.- Pero yo puedo ofrecerte más. Porque erigiré una estatua de oro puro, para que, en tanto Verona se llame así, ninguna efigie sea tenida en tan alto precio como la de la fiel y constante Julieta.

CAPULETO.- Tan rica como la suya tendrá otra Romeo, junto a su esposa. ¡Pobres víctimas de nuestra enemistad!

PRINCIPE.- Una paz lúgubre trae esta alborada. El sol no mostrará su rostro, a causa de su duelo. Salgamos de aquí para hablar más extensamente sobre estos sucesos lamentables. Unos obtendrán perdón y otros castigo, pues nunca hubo historia más dolorosa que esta de Julieta y su Romeo. (Salen.)

BECQUER, GUSTAVO ADOLFO.

Breve la vida de Gustavo Adolfo Domínguez Bastida, nombre real de Bécquer, oriundo de Sevilla (1836-1870). Huérfano desde los nueve años es recogido, junto con su hermano el pintor Valeriano, por un tío y luego por su adinerada madrina. En 1854 se traslada a Madrid en busca de la gloria literaria; allí lleva una vida dura, de agobiadores trabajos y sin resultados positivos. Una hemoptisis, que lo llevará a la tumba se declara en 1857. Logra el puesto de censor "de novelas" cuando ya han surgido las desavenencias en el seno de su hogar: Casta, hija del médico que le atiende, su esposa, se separa de él, retorna al hogar y vuelve a marcharse poco antes de la muerte del poeta. Frente a Zorrilla, Núñez de Arce, etc., la vida de Bécquer contrasta por su oscuridad y anonimato. Mientras aquéllos asistieron a su propia apoteosis, el inmortal autor de las Rimas vivió retraído en la oscuridad más desesperante.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

destruir vuestras alegrías por medio del amor! ¡Y yo, por haber tolerado vuestras discordias, perdí también a dos de mis parientes! ¡Todos hemos sido castigados!

CAPULETO.- ¡Oh hermano Montesco! Dame tu mano. Esta es la viudedad de mi hija, pues nada más puedo pedir.

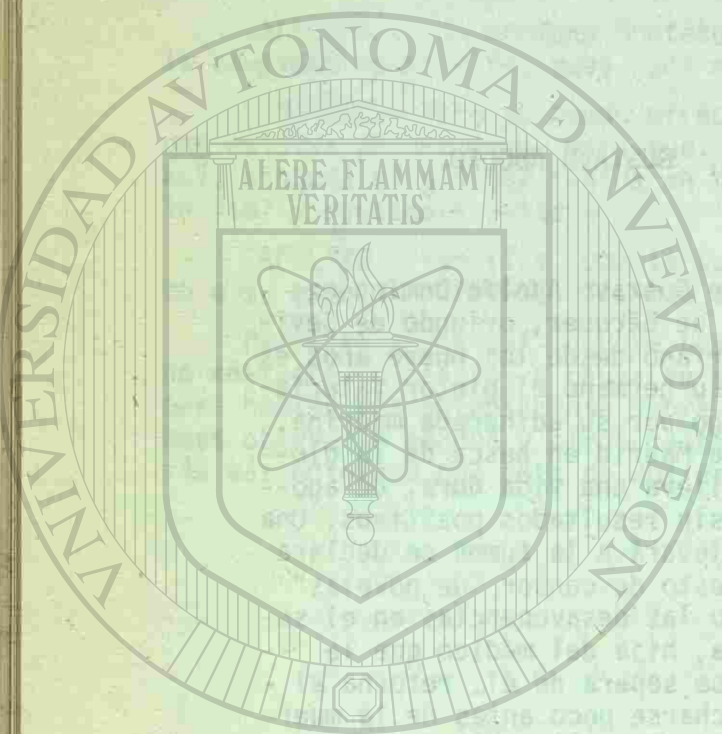
MONTESCO.- Pero yo puedo ofrecerte más. Porque erigiré una estatua de oro puro, para que, en tanto Verona se llame así, ninguna efigie sea tenida en tan alto precio como la de la fiel y constante Julieta.

CAPULETO.- Tan rica como la suya tendrá otra Romeo, junto a su esposa. ¡Pobres víctimas de nuestra enemistad!

PRINCIPE.- Una paz lúgubre trae esta alborada. El sol no mostrará su rostro, a causa de su duelo. Salgamos de aquí para hablar más extensamente sobre estos sucesos lamentables. Unos obtendrán perdón y otros castigo, pues nunca hubo historia más dolorosa que esta de Julieta y su Romeo. (Salen.)

BECQUER, GUSTAVO ADOLFO.

Breve la vida de Gustavo Adolfo Domínguez - Bastida, nombre real de Bécquer, oriundo de Sevilla (1836-1870). Huérfano desde los nueve años es recogido, junto con su hermano el pintor Valeriano, por un tío y luego por su adinerada madrina. En 1854 se traslada a Madrid en busca de la gloria literaria; allí lleva una vida dura, de agobiadores trabajos y sin resultados positivos. Una hemoptisis, que lo llevará a la tumba se declara en 1857. Logra el puesto de censor "de novelas" cuando ya han surgido las desavenencias en el seno de su hogar: Casta, hija del médico que le atiende, su esposa, se separa de él, retorna al hogar y vuelve a marcharse poco antes de la muerte del poeta. Frente a Zorrilla, Núñez de Arce, etc., la vida de Bécquer contrasta por su oscuridad y anonimato. Mientras aquéllos asistieron a su propia apoteosis, el inmortal autor de las Rimas vivió retraído en la oscuridad más desesperante.



IV. "EL MONTE DE LAS ANIMAS".

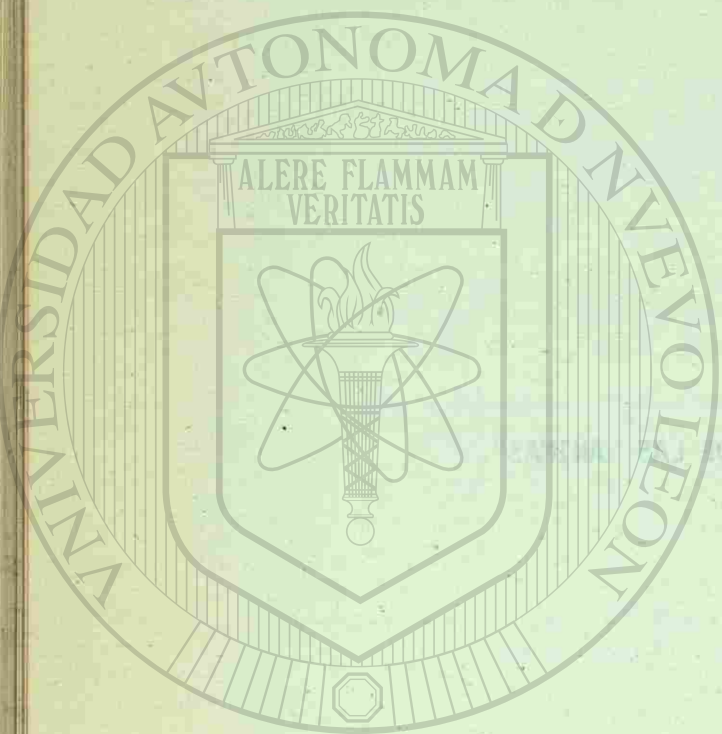
UNANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Gustavo A. Bécquer.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La noche de Difuntos, me despertó a no sé qué hora el doble de las campanas. Su tañido monótono y eterno me trajo a las mentes esta tradición que oí hace poco en Soria.

Intenté dormir de nuevo. ¡Imposible! Una vez agujijonea la imaginación, es un caballo que se desboca y al que no sirve tirarlo de la rienda. Por pasar el rato, me decidí a escribirla, como en efecto lo hice.

A las doce de la mañana, después de almorzar bien, y con un cigarro en la boca, no le hará mucho efecto a los lectores de *El Contemporáneo*. Yo la oí en el mismo lugar en que acae-ció, y la he escrito volviendo algunas veces la cabeza con trémulo cuando sentía crujir los cristales de mi balcón, estrechados por el aire frío de la noche.

Sea de ello lo que quiera, allá va, como el caballo de copas.

I

—Atad los perros, haced la señal con las trompas para que se reúnan los cazadores y demos la vuelta a la ciudad. La noche se acerca, es día de Todos los Santos y estamos en el Monte de las Animas.

—¡Tan pronto!

—Al ser otro día, no dejara yo de concluir con ese rebaño de lobos que las nieves del Moncayo han arrojado de sus mandrigueras; pero hoy es imposible. Dentro de poco sonará la coronación en los Templarios, y las ánimas de los difuntos comen-zarán a tañer su campana en la capilla del monte.

—¡En esa capilla ruinoso! ¡Bah! ¿Quieres asustarme?

—No, hermosa prima. Tu ignoras cuanto sucede en este país, porque aún no hace un año que has venido a él desde muy lejos. Refrena tu yegua, yo también pondré la mía al paso, y mientras dure el camino te contaré esa historia.

Los pajes se reunieron en alegres y bulliciosos grupos. Los condes de Borges y de Alcudiel montaron en sus magníficos caballos, y todos siguieron a sus hijos Beatriz y Alonso, que precedían a la comitiva a bastante distancia.

Mientras duraba el camino, Alonso narró en estos términos la prometida historia:

—Ese monte que hoy llaman de las Animas pertenecía a los Templarios, cuyo convento ves allí, a la margen del río. Los templarios eran guerreros y religiosos a la vez. Conquistada Soria a los árabes, el rey los hizo venir de lejanas tierras para defender la ciudad por la parte del puente, haciendo en ello notable agravio a sus nobles de Castilla, que así hubieran solos sabido defenderla como solos la conquistaron. Entre los caballeros de la nueva y poderosa Orden y los hidalgos de la ciudad fermentó por algunos años, y estalló al fin, un odio profundo. Los primeros tenían acotados ese monte, donde reservaban caza abundante para satisfacer sus necesidades y contribuir a sus placeres. Los segundos determinaron organizar una gran batida en el coto, a pesar de las severas prohibiciones de los *clérigos con espuelas*, como llamaban a sus enemigos. Cundió la voz del reto, y nada fue parte a detener a los unos en su manía de cazar y a los otros en su empeño de estorbarlo. La proyectada expedición se llevó a cabo. No se acordaron de ella las fieras. Antes la tendrían presente tantas madres como arrastraron sendos lutos por sus hijos. Aquello no fue una cacería. Fue una batalla espantosa: el monte quedó sembrado de cadáveres. Los lobos, a quienes se quiso exterminar, tuvieron un sangriento festín. Por último, intervino la autoridad del rey: el monte, maldita ocasión de tantas desgracias, se declaró abandonado, y la capilla de los religiosos, situada en el mismo monte, y en cuyo atrio se enterraron juntos amigos y enemigos, comenzó a arruinarse. Desde entonces dicen que cuando llega la noche de difuntos se oye doblar sola la campana de la capilla, y que las ánimas de los muertos, envueltas en jirones de sus sudarios, corren como en una cacería fantástica por entre las breñas y los zarzales. Los ciervos bramando espantados, los lobos aúllan, las culebras dan horrorosos silbidos, y al otro día se han visto impresas en la nieve las huellas de los descarnados pies de los esqueletos. Por eso

Soria lo llamamos el Monte de las Animas, y por eso he querido salir de él antes que cierre la noche.

La relación de Alonso concluyó justamente cuando los dos jóvenes llegaban al extremo del puente que da paso a la ciudad por aquel lado. Allí esperaron al resto de la comitiva, a la cual, después de incorporárseles los dos jinetes, se perdió por entre las estrechas y oscuras calles de Soria.

II

Los servidores acababan de levantar los manteles; la alta chimenea gótica del palacio de los condes de Alcudiel despedía un vivo resplandor, iluminando algunos grupos de damas y caballeros que alrededor de la lumbre conversaban familiarmente, y el viento azotaba los emplomados vidrios de las ventanas del salón.

Solas, dos personas, parecían ajenas a la conversación general: Beatriz y Alonso. Beatriz seguía con los ojos, y abierta en un vago pensamiento, los caprichos de la llama. Alonso miraba el reflejo de la hoguera chispear en las azules pupilas de Beatriz.

Ambos guardaban hacía rato un profundo silencio.

Las dueñas referían, a propósito de la noche de Difuntos, cuentos temerosos, en que los espectros y los aparecidos representaban el principal papel; y las campanas de las iglesias de Soria doblaban a lo lejos con un tañido monótono y triste.

—Hermosa prima —exclamó, al fin, Alonso, rompiendo el largo silencio en que se encontraban—, pronto vamos a separarnos, tal vez para siempre; las áridas llanuras de Castilla, sus costumbres toscas y guerreras, sus hábitos sencillos y patriarcales, sé que no te gustan; te he oído suspirar varias veces, acaso por algún galán de tu lejano señorío.

Beatriz hizo un gesto de fría indiferencia: todo un carácter de mujer se reveló en aquella desdeñosa contracción de sus delgados labios.

—Tal vez por la pompa de la Corte Francesa, donde hasta aquí has vivido —se apresuró a añadir el joven—. De un modo o de otro, presiento que no tardaré en perderte... Al separarnos, quisiera que llevases una memoria mía... ¿Te acuerdas cuando fuimos al templo a dar gracias a Dios por haberte devuelto la salud que viniste a buscar a esta tierra? El joyel que sujetaba la pluma de mi gorra cautivó tu atención. ¡Qué hermoso estaría sujetando un velo sobre tu oscura cabellera! Ya ha prendido el de una desposada; mi padre se lo regaló a la que me dió el ser, y ella lo llevó al altar... ¿Lo quieres?

—No sé en el tuyo —contestó la hermosa—; pero en mi país una prenda recibida compromete una voluntad. Sólo en un día de ceremonia debe aceptarse un presente de manos de un deudo..., que aún puede ir a Roma sin volver con las manos vacías.

El acento helado con que Beatriz pronunció estas palabras turbó un momento al joven, que, después de serenarse, dijo con tristeza:

—Lo sé, prima; pero hoy se celebran Todos los Santos, y el tuyo entre todos; hoy es día de ceremonias y presentes. ¿Quieres aceptar el mío?

Beatriz se mordió ligeramente los labios y extendió la mano para tomar la joya, sin añadir una palabra.

Los dos jóvenes volvieron a quedarse en silencio, y viéndose a oír la cascada voz de las viejas que hablaban de brujas y de trasgos, y el zumbido del aire que hacía crujir los vidrios de las ojivas, y el triste y monótono doblar de las campanas.

Al cabo de algunos minutos, el interrumpido diálogo terminó a reanudarse de este modo:

—Y antes que concluya el día de Todos los Santos, en que así como el tuyo se celebra el mío, y puedes, sin atar tu voluntad, dejarme un recuerdo, ¿no lo harás? —dijo él, clavando una mirada en la de su prima, que brilló como un relámpago, iluminada por un pensamiento diabólico.

—¿Por qué no? —exclamó ésta, llevándose la mano al hombro derecho como para buscar alguna cosa entre los pliegues de su ancha manga de terciopelo bordado de oro, y después, con una infantil expresión de sentimiento, añadió—: ¿Te acuerdas de la banda azul que llevé hoy a la cacería, y que por no sé qué emblema de su color me dijiste que era la divisa de tu alma?

—Sí.

—¡Pues... se ha perdido! Se ha perdido, y pensaba dejártela como un recuerdo.

—¡Se ha perdido! ¿Y dónde? —preguntó Alonso, incorporándose de su asiento y con una indescriptible expresión de temor y esperanza.

—No sé... En el monte, acaso.

—¡En el Monte de las Animas! —murmuró, palideciendo y dejándose caer sobre el sitio—. ¡En el Monte de las Animas!

—luego prosiguió, con voz entrecortada y sorda—: Tú lo sabes, porque lo habrás oído mil veces. En la ciudad, en toda Castilla, me llaman el rey de los cazadores. No habiendo aún podido probar mis fuerzas en los combates, como mis ascendientes, he llevado a esta diversión, imagen de la guerra, todos los bríos de mi juventud, todo el ardor hereditario de mi raza. La alfombra que pisan tus pies son despojos de fieras que he muerto por mi mano. Yo conozco sus guaridas y sus costumbres, y he combatido con ellas de día y de noche, a pie y a caballo, solo y en batida, y nadie dirá que me ha visto huir del peligro en ninguna ocasión. Otra noche volaría por esa banda, y volaría gozoso como a una fiesta; y, sin embargo, esta noche..., esta noche, ¿a qué ocultártelo?, tengo miedo. ¿Por qué? Las campanas doblan, la oración ha sonado en San Juan

del Duero, las ánimas del monte comenzarán ahora a levantar sus amarillentos cráneos de entre las malezas que cubren sus fosas... ¡Las ánimas!, cuya sola vista puede helar de horror la sangre del más valiente, tornar sus cabellos blancos o arrebatarlo en el torbellino de su fantástica carrera como una hoja que arrastra el viento sin que se sepa adónde.

Mientras el joven hablaba, una sonrisa imperceptible se dibujó en los labios de Beatriz, que, cuando hubo concluido, exclamó en un tono indiferente y mientras atizaba el fuego del hogar, donde saltaba y crujía la leña, arrojando chispas de mil colores:

—¡Oh! Eso, de ningún modo. ¡Qué locura! ¡Ir ahora al monte por semejante friolera! ¡Una noche tan oscura, noche de Difuntos y cuajado el camino de lobos!

Al decir esta última frase la recargó de un modo tan especial que Alonso no pudo menos de comprender toda su amarga ironía; movido como por un resorte se puso en pie, se pasó la mano por la frente, como para arrancarse el miedo que estaba en su cabeza y no en su corazón, y con voz firme, dirigiéndose a la hermosa, que estaba aún inclinada sobre el hogar, entreteniéndose en revolver el fuego:

—Adiós, Beatriz, adiós. Hasta pronto.

—¡Alonso, Alonso! —dijo ésta, volviéndose con rapidez; pero cuando quiso o aparentó querer detenerlo, el joven había desaparecido.

A los pocos minutos se oyó el rumor de un caballo que se alejaba al galope. La hermosa, con una radiante expresión de orgullo satisfecho que coloreó sus mejillas, prestó atento oído a aquel rumor que se debilitaba, que se perdía, que se desvaneció por último.

Las viejas, en tanto, continuaban en sus cuentos de ánimas aparecidas; el aire zumbaba en los vidrios del balcón, y las campanas de la ciudad doblaban a lo lejos.

III

Había pasado una hora, dos, tres; la medianoche estaba a punto de sonar, cuando Beatriz se retiró a su oratorio. Alonso no volvía, no volvía, y, a querer, en menos de una hora pudiera haberlo hecho.

—¡Habrás tenido miedo! —exclamó la joven, cerrando su libro de oraciones y encaminándose a su lecho, después de haber intentado inútilmente murmurar algunos de los rezos que la iglesia consagra en el día de Difuntos a los que ya no existen.

Después de haber apagado la lámpara y cruzado las dobles cortinas de seda, se durmió; se durmió con un sueño inquieto, ligero, nervioso.

Las doce sonaron en el reloj del Postigo. Beatriz oyó entre sueños las vibraciones de las campanas, lentas, sordas, cristisimas, y entreabrió los ojos. Creía haber oído, a pesar de ellas, pronunciar su nombre; pero lejos, muy lejos, y por una voz ahogada y doliente. El viento gemía en los vidrios de la ventana.

—Será el viento —dijo, y poniéndose la mano sobre su corazón procuró tranquilizarse.

Pero su corazón latía cada vez con más violencia, las cortinas de alerce del oratorio habían crujido sobre sus goznes con un chirrido agudo, prolongado y estridente.

Primero unas y luego las otras más cercanas, todas las cortinas que daban paso a su habitación iban sonando por su oratorio; éstas con un ruido sordo y grave, y aquéllas con un latido largo y crispador. Después, silencio; un silencio lleno de rumores extraños, el silencio de la medianoche; lejanos chirridos de perros, voces confusas, palabras ininteligibles; ruidos de pasos que van y vienen, crujir de ropas que se arrastran, suspiros que se ahogan, respiraciones fatigosas que casi se sienten, estremecimientos involuntarios que anuncian la

presencia de algo que no se ve y cuya aproximación se nota, no obstante, en la oscuridad.

Beatriz, inmóvil, temblorosa, adelantó la cabeza fuera de las cortinas y escuchó un momento. Oía mil ruidos diversos; se pasaba la mano por la frente, tornaba a escuchar; nada, silencio.

Veía, con esa fosforescencia de la pupila en las crisis nerviosas, como bultos que se movían en todas las direcciones, y cuando dilatándolas las fijaba en un punto, nada; oscuridad, las sombras impenetrables.

—¡Bah! —exclamó, volviendo a recostar su hermosa cabeza sobre la almohada de raso azul del lecho—. ¿Soy yo tan miedosa como esas pobres gentes cuyo corazón palpita de terror bajo una armadura al oír una conseja de aparecidos?

Y cerrando los ojos, intentó dormir...; pero en vano había hecho un esfuerzo sobre sí misma. Pronto volvió a incorporarse, más pálida, más inquieta, más aterrada. Ya no era una ilusión: las colgaduras de brocado de la puerta habían rozado al separarse, y unas pisadas lentas sonaban sobre la alfombra; el rumor de aquellas pisadas era sordo, casi imperceptible, pero continuado, y a su compás se oía crujir una cosa como madera o hueso. Y se acercaban, se acercaban, y se movió el reclinatorio que estaba a la orilla de su lecho. Beatriz lanzó un grito agudo, y rebujándose en la ropa que la cubría escondió la cabeza y contuvo el aliento.

El aire azotaba los vidrios del balcón; el agua de la fuente lejana caía y caía con un rumor eterno y monótono; los ladridos de los perros se dilataban en las ráfagas de aire, y las campanas de la ciudad de Soria, unas cerca, otras distantes, doblaban tristemente por las ánimas de los difuntos.

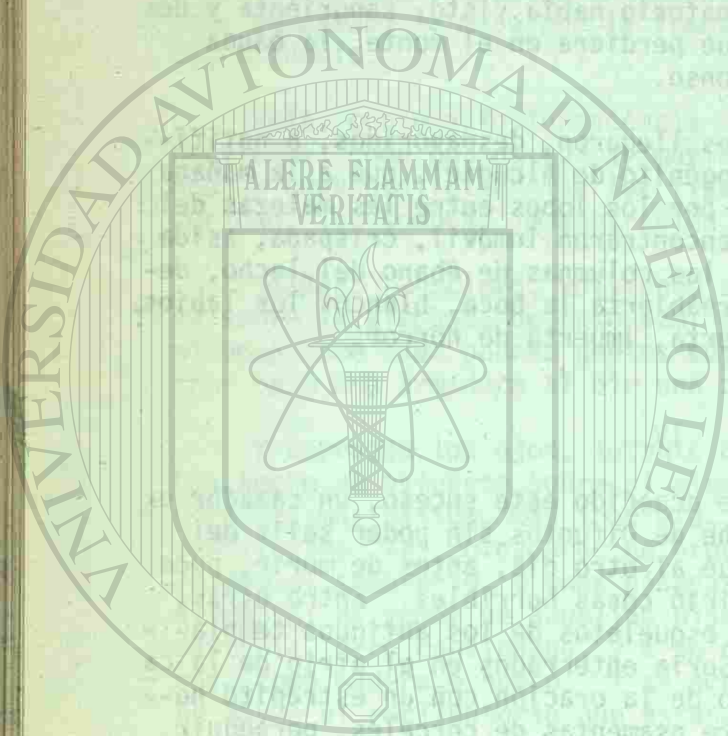
Así pasó una hora, dos, la noche, un siglo, porque la noche aquella pareció eterna a Beatriz. Al fin, despuntó la aurora. Vuelta de su temor entreabrió los ojos a los primeros rayos de la luz. Después de una noche de insomnio y de terrores, ¡es tan hermosa la luz clara y blanca del día!

Separó las cortinas de seda del lecho, tendió una mirada serena a su alrededor, y ya se disponía a reírse de sus temores pasados, cuando de repente un sudor frío cubrió su cuerpo, sus ojos se desencajaron y una palidez mortal descoloró sus mejillas: sobre el reclinatorio había visto, sangrienta y desgarrada, la banda azul que perdiera en el monte, la banda azul que fue a buscar Alonso.

Cuando sus servidores llegaron, despavoridos, a notificarle la muerte del primogénito de Alcudiel, que a la mañana había aparecido devorado por los lobos entre las malezas del Monte de las Animas, la encontraron inmóvil, crispada, asida con ambas manos a una de las columnas de ébano del lecho, desencajados los ojos, entreabierta la boca, blancos los labios, rígidos los miembros, muerta, imuerta de horror!

IV

Dicen que después de acaecido este suceso, un cazador extraviado que pasó la noche de Difuntos sin poder salir del Monte de las Animas, y que al otro día, antes de morir, pudo contar lo que viera, refirió cosas horribles. Entre otras, se asegura que vió a los esqueletos de los antiguos templarios y de los nobles de Soria enterrados en el atrio de la capilla levantarse al punto de la oración con un estrépito horrible y, caballeros sobre osamentas de corceles, perseguir como a una fiera a una mujer hermosa, pálida y desmelenada que, con los pies desnudos y sangrientos, y arrojando gritos de horror, daba vueltas alrededor de la tumba de Alonso.



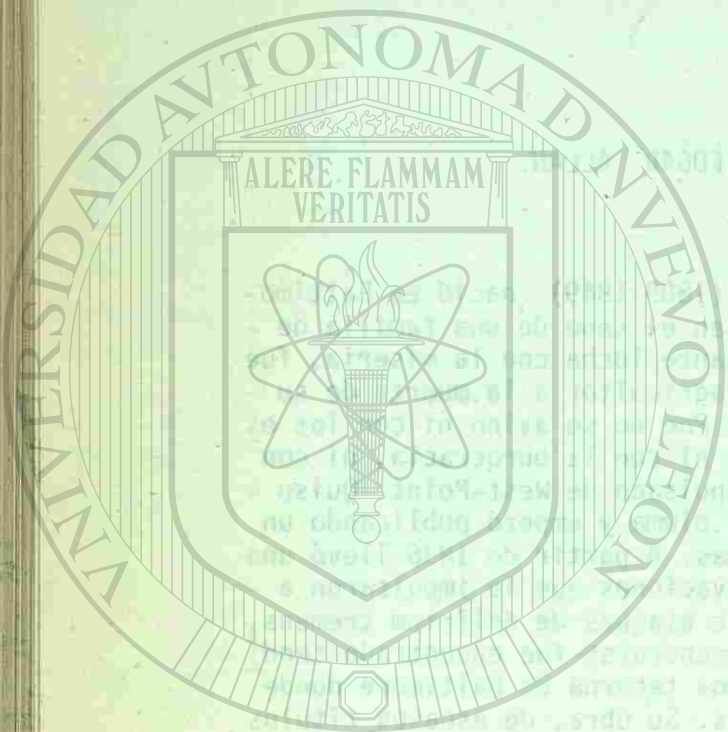
POE, EDGAR ALLAN.

Edgar Allan Poe (1809-1849) nació en Baltimore (Estados Unidos), en el seno de una familia de comediantes; en constante lucha con la miseria, fue recogido por un rico agricultor a la muerte de su padre. El carácter de Poe no se avino ni con los estudios universitarios ni con la burocracia, ni con la milicia, siendo expulsado de West-Point. Quiso probar fortuna con la pluma y empezó publicando un pequeño libro de poemas. A partir de 1836 llevó una vida de trabajo y privaciones que le impulsaron a la bebida. Víctima de ataques de delirium tremens, cuando comenzaba a regenerarse fue encontrado tendido a las puertas de una taberna de Baltimore donde murió a los pocos días. Su obra, de escasos títulos aunque voluminosa se concentra en las: Historias - extraordinarias, Aventuras de Arthur Gordon Pym, Poemas, y algunos ensayos de crítica.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





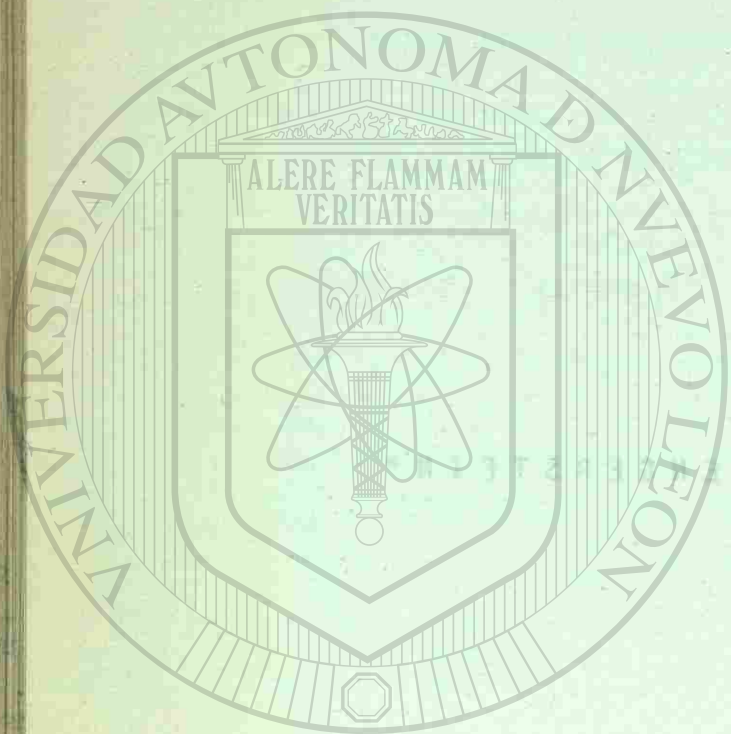
JUAN "METZENGERSTEIN"

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

EDGAR ALLAN POE.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*Pestis eram vivus, moriens tuum
mors ero.*

Martín Lutero.

En todas las épocas han reinado el horror y la fatalidad. ¿Para qué poner fecha a esta historia? Bastará decir que en aquellos tiempos había en Hungría una creencia oculta, aunque arraigada, en las doctrinas de la metempsícosis. No me referiré aquí a su falsedad o probabilidad; afirmaré, solamente, que gran parte de nuestra incredulidad (según dice La Bruyère, que achaca nuestra desgracia a esa causa) *vient de ne pouvoir être seuls.*

Pero en las creencias húngaras había algunos puntos francamente absurdos, ya que diferían fundamentalmente de las auto-ridades orientales en tal materia. Por ejemplo (según las palabras de un parisiense inteligente y muy sagaz) el alma *ne demeure qu'une seule fois dans un corps sensible: au reste, un cheval, un chien, un homme même, n'est que la ressemblance peu tangible de ces animaux.*

Durante varios siglos las familias de Berlifitzing y de Metzengerstein se profesaron la más profunda enemistad. Nunca hubo dos casas tan ilustres que se odiaran tan a fondo. Quizá este odio profundo nació de una antigua profecía: "Un gran nombre caerá con terrible caída cuando, igual que el caballero en su caballo, la mortalidad de Metzengerstein triunfe de la inmortalidad de Berlifitzing."

Esas palabras oscuras tenían en verdad poco sentido, pero causas más nimias han dado lugar a consecuencias igualmente memorables, sin que para ello tengamos que remontarnos en la historia. Además ambos estados eran vecinos y siempre rivaliza--

ron en influir en los asuntos de un gobierno agitado. Añadiré que rara vez hay amistad entre vecinos muy próximos y hay que tener en cuenta que los moradores del castillo de Berlifitzing podrían contemplar desde lo alto de sus sólidos torreones, las ventanas del palacio de Metzengerstein. En fin, la ostentación de una magnificencia más que feudal no era lo más apropiado para calmar la irritabilidad de los Berlifitzing, cuyo nombre era menos antiguo y que, además, no eran tan ricos. Así pues, ¿cabe extrañarse de que las necias palabras de aquella vieja profecía crearan y mantuvieran la discordia entre dos casas ilustres, predispuestas como estaban por su envidia hereditaria? Aquellas oscuras palabras proféticas parecían implicar (si es que algo implicaban) que finalmente triunfaría la casa más rica y ello, como es natural, mantenía vivo el odio de la más débil y acrecentaba su animosidad.

Wilhelm, conde de Berlifitzing, hombre de elevada estirpe, no era por entonces más que un anciano achacoso que sólo se distinguía por el odio inveterado y sin límite que profesaba a la familia rival y por su loca afición a los caballos y a la caza, pasión ésta última de la que no podían apartarle ni su edad, ni sus achaques, ni su chochez, por lo que diariamente se exponía a los riesgos propios de la monotonía.

Federico, barón de Metzengerstein, todavía no alcanzaba la mayoría de edad. Su padre, el ministro G., murió muy joven y su madre, lady María, falleció poco después. Por entonces el joven contaba dieciocho años, que en la ciudad no pesan mucho pero que si se amasan en soledad, y más en la augusta soledad de aquel viejo señorío, hacen que el péndulo vibre con honda significación.

El joven barón entró en posesión de sus vastos dominios a la muerte de su padre; rara vez se vio en Hungría un noble dueño de tan extenso patrimonio. Poseía innumerables castillos, pero el de Metzengerstein era tenido por el más suntuoso. Jamás llegó a determinarse la línea divisoria de sus posesiones, pero el parque principal abarcaba más de cincuenta millas a la redonda.

Por ser tan joven, de carácter bien conocido y dueño de tal riqueza se adivinaba cuál sería su conducta y, en efecto, en menos de tres días su proceder dejó atrás la fama de

Herodes y superó todos los vaticinios.

Sus atemorizados vasallos comprendieron muy pronto, ante sus orgías y libertinajes vergonzosos, que ni la más abyecta sumisión por su parte ni los escrúpulos de conciencia de su señor podrían salvarlos de las crueles garras de aquel nuevo Calígula.

A eso de la medianoche del cuarto día se observó un incendio en las cuadras del vecino castillo de Berlifitzing y nadie dudó en achacar ese nuevo crimen a la ya larga lista de atrocidades cometidas por el noble.

Sin embargo, mientras bullía el desorden ocasionado por aquel suceso, el joven se hallaba enfrascado en sus meditaciones en una gran sala solitaria del piso más alto del castillo ancestral. De sus muros colgaban ricos y ajados tapices en donde aparecían las majestuosas figuras de mil antepasados ilustres. Vefanse altos prelados vistiendo ropajes guarnecidos de armiño; grandes dignatarios de la Iglesia al lado del autócrata soberano, oponiendo su veto a los caprichos del rey o conteniendo con el *fiat* de la supremacía papal el cetro rebelde del Príncipe de las Tinieblas. En otro tapiz se vefan las figuras sombrías de los grandes príncipes de Metzengerstein, jineteando sus briosos corceles de guerra entre cuyas patas yacían los enemigos caídos y, más allá, voluptuosas y blancas como cisnes, las damas de antaño flotaban a los lejos tejendo una danza fantástica al son de melodías imaginarias.

Mas cuando el joven barón escuchaba, o aparentaba escuchar, el creciente alboroto en las cuadras de Berlifitzing, meditando quizá en algún nuevo acto de crueldad o de temeridad, sus ojos se fijaron, sin querer, en la figura de un corcel de gran tamaño y extraño color que aparecía en el tapiz como perteneciente a un sarraceno, antepasado de la familia de su rival. El noble bruto se vefía en primer término y algo más lejos, su jinete caído moría a manos de un Metzengerstein.

Los labios de Federico dibujaron una sonrisa diabólica, como si se percatara entonces de la dirección que tomó su mirada, pero no la apartó del caballo. Y poco a poco, mientras lo contemplaba, una opresión, una ansiedad extraña le envolvió como un sudario, entumeciendo sus sentidos. Apenas podía conciliar sus extrañas sensaciones incoherentes, como las de

los sueños, con la certeza de estar despierto. Cuanto más contemplaba el caballo más denso era el hechizo y más imposible le parecía apartar la vista del fascinante tapiz. Pero afuera, el tumulto arreciaba y el barón, haciendo un esfuerzo, se fijó en una luz rojiza que el incendio de las cuabras proyectaba a través de las ventanas de la estancia.

Mas aquel desvío duró solamente unos instantes y, en seguida, las miradas del joven volvieron a posarse maquinalmente en el tapiz. Entonces observó, con asombro teñido de terror, que la cabeza del gigantesco caballo había cambiado de posición durante aquel breve intervalo. El cuello del animal, antes inclinado compasivamente hacia su caído dueño, se tendía ahora hacia el barón; los ojos, que hasta entonces no podían verse, tenían ahora una expresión decidida y humana y despedían un fulgor rojizo inusitado. Los belfos separados de corcel, evidentemente furioso, dejaban ver sus dientes enormes y repulsivos.

Presa del terror, el joven barón se dirigió a la puerta con paso vacilante, mas al abrirla un vivísimo resplandor sangriento iluminó la estancia y el tapiz, envolviéndolo en un fulgor rojizo y como el heredero titubeara en el umbral, creyó desfallecer al observar que ese fulgor se ceñía exactamente a la figura del vencedor implacable que segaba la vida del sarraceno.

El barón de Metzengerstein salió apresuradamente al aire libre para aliviar sus temores, mas en la puerta principal de su palacio vio a tres caballerizos que con muchos trabajos y exponiendo la vida contenían los saltos de un corcel gigante de color de fuego.

—¿De quién es este caballo? ¿Dónde le habéis hallado? —preguntó el joven con mucho enojo, pues al punto reconoció en aquel animal al misterioso corcel del tapiz.

—Os pertenece, señor —contestó uno de los caballerizos— pues nadie lo ha reclamado. Le hemos cogido cuando escapaba, humeante y lleno de espuma, de las cuabras incendiadas de Berlifitzing. Pensamos que pertenecía al viejo conde, pero sus criados no le reconocen, lo que es extraño pues muestra a las claras que ha escapado del fuejo por milagro.

—Además —añadió otro de los mozos— las iniciales W.B. están marcadas en su frente con mucha claridad; eso es lo que nos hizo pensar que pertenecía al conde Wilhelm von Berlifitzing pero en su castillo todos aseguran que no conocen al animal.

—¡Es muy extraño! —murmuró el barón con aire pensativo sin fijarse, al parecer, en lo que estaba diciendo.— Es, en verdad, un animal notable y prodigioso aunque, decís bien al afirmar que es nervioso e indomable. ¡Está bien! Consiento en quedármelo —añadió después de una pausa.— Quizá un jinete como Federico de Metzengerstein podrá domar al propio demonio de las cuabras de Berlifitzing.

—Estáis en un error, señor, pues ese caballo no pertenece a las cuabras del conde. De no haber sido así, no hubiéramos osado traerlo a vuestra presencia.

—Es verdad —repuso el barón con voz áspera.

En aquel momento llegó un servidor del palacio, sofocado por la carrera emprendida, y en voz muy baja informó a su señor que había desaparecido un trozo de un tapiz, en una de las habitaciones. Luego se extendió en toda clase de detalles, pero como hablaba muy quedo al oído del barón, los caballerizos no lograron satisfacer su excitada curiosidad.

Durante aquella conversación el joven noble parecía presa de las emociones más contradictorias. Sin embargo, no tardó en recobrar su talante habitual y en su rostro apareció una expresión maligna al ordenar que la estancia en cuestión fuera condenada y que le entregaran las llaves en mano.

—¿Os habéis enterado del lamentable deceso de Berlifitzing, el viejo cazador? —preguntó al barón uno de sus vasallos cuando el servidor se marchó y mientras el gigantesco caballo se alejaba, caracoleando con inusitado furor, camino de las cuabras de Metzengerstein.

—No —contestó el noble volviéndose bruscamente hacia el que hablaba.— ¿Ha muerto, dices?

—Así es, señor y supongo que no lamentará mucho esta noticia.

Una sonrisa se dibujó en los labios del joven barón.

—¿Y cómo murió?

—Peció miserablemente entre las llamas cuando se esforzaba en salvar lo mejor de sus caballos.

—¿Ver...da...de...ramente murió así? —preguntó el noble muy despacio, como si en su mente se abriera paso una idea sobrecogedora.

—Así fue —contestó el vasallo.

—¡Eso es horrible! —dijo el barón calmadamente y volvió a entrar en su palacio.

Desde ese día la conducta del joven libertino que ostentaba el título de barón de Metzengerstein sufrió un cambio radical y bien puede decirse que defraudó las esperanzas y aun las intrigas de más de una madre.

Cada vez se apartó más de la aristocracia de los alrededores. Jamás se le veía fuera de sus dominios y no se le conocía compañero a no ser que se tuviera por tal al enorme caballo de color de fuego, al corcel misterioso que montó a raíz del incendio.

No obstante, al castillo llegaban periódicamente invitaciones de sus vecinos a fiestas, bailes, cacerías y reuniones pero la respuesta era invariable: "Metzengerstein no acudirá."

La orgullosa nobleza de la comarca no podía tolerar tan frecuentes desaires; las invitaciones escasearon hasta que, al fin, cesaron por completo.

Hubo quien oyó decir a la viuda del infortunado conde de Berlitzing que su más ardiente deseo era "que el barón se viera obligado a permanecer en su casa cuando no tuviera ganas de estar en ella, puesto que despreciaba la compañía de sus iguales y que se viera a caballo cuando no deseara montar puesto que prefería la compañía de un cuadrúpedo a la de sus semejantes". Sin duda esto no era más que una manifestación de aquel viejo odio hereditario y demostraba que muchas veces nuestras palabras carecen de sentido cuando deseamos que parezcan definitivas.

Pero las personas de buen corazón atribuyeron el cambio de conducta del joven al pesar natural en quien, como él, pertenecía a sus padres tan pronto; olvidaban, así, el odioso proceder que mostró precisamente en los días que siguieron a tan sensible pérdida. No faltó quien creyera que el barón estaba imbuido de una idea exagerada de su importancia y dignidad mientras que otros (entre los que se contaba seguramente el médico de la familia) hablaban de una melancolía morbosa, de una enfermedad hereditaria. Entre el vulgo corrían versiones más siniestras y equívocas.

En verdad, el cariño anormal que el barón mostraba por el caballo recién adquirido, inclinación que parecía exacerbarse ante las muestras de ferocidad diabólica del animal, empezó a ser visto por todas las personas razonables como una pasión detestable y contraria a la naturaleza. En pleno día, en las horas calladas de la noche, enfermo o sano, con calma o con tormenta, el barón parecía clavado a la silla del colorado caballo cuya indomable fiereza armonizaba tan bien con su propio carácter.

Y, además, había toda una serie de circunstancias relacionadas con los recientes sucesos que prestaban un carácter portentoso y sobrenatural a la manía del jinete y a las facultades de su montura. El espacio que aquel caballo de color de fuego lograba salvar de un salto era muy superior a los cálculos más fantásticos. El barón no dio ningún nombre a aquel corcel, pese a que todos los demás caballos de sus cuadras tenían el suyo propio. Aquel extraño animal tenía su cuadra particular, bien aparte de las otras y solamente su amo le atendía pues nadie se hubiera atrevido a tocarle ni a entrar en el recinto que le estaba destinado. Se reparó, entonces, en que los tres mozos que le capturaron la noche del incendio, con ayuda de un lazo y una cadena, no podían afirmar con certeza que hubieran puesto las manos sobre él. Esas pruebas de inteligencia extraordinaria de aquel brioso corcel no hubieron bastado a despertar la curiosidad de la gente pero había algunas circunstancias capaces de desarmar a los espíritus más escépticos: corría la voz de que, a veces, cuando el colorado cuadrúpedo hacía retroceder a la gente, espantada ante su fiereza, el joven Metzengerstein palidecía bajo la mirada penetrante y casi humana del animal.

Pero en el séquito del barón nadie dudaba del afecto morboso que el señor sentía ante las fogosas cualidades de su corcel, salvo un pajecillo insignificante y deforme cuyas opiniones nadie consideraba. Este miserable afirmaba con el mayor descaro que su señor jamás saltaba sobre la silla sin experimentar un leve estremecimiento, un sobresalto inexplicable y que al regresar de sus largos paseos había en su rostro una maligna expresión de triunfo.

Una noche de tormenta Metzengerstein despertó de su profundo sueño, bajó de sus habitaciones como un poseso y montado a caballo se lanzó por el intrincado bosque.

Este hecho tan frecuente no llamó la atención. En cambio, todos los moradores del palacio aguardaron ansiosamente el regreso de su señor pues, pocas horas después de su partida un incendio devorador hizo presa en el edificio y sus muros crujieron y temblaron hasta los cimientos. Pero como el incendio sólo se descubrió cuando ya el fuego había hecho tantos progresos, que eran inútiles los esfuerzos por salvar cualquier parte del edificio, el vecindario contemplaba la escena con estupefacción ociosa.

Mas algo terrible llamó muy pronto la atención de la multitud, demostrando hasta qué punto es más intenso el interés que despierta una agonía humana que el más aterrador espectáculo de destrucción de la materia inerte.

En la larga avenida de robles vetustos que, partiendo del bosque, iba a dar en la entrada principal del palacio de Metzengerstein un corcel, cuyo jinete iba destocado y con las ropas en desorden, galopaba con un ímpetu mayor si cabe que el del propio Demonio de la Tempestad.

Saltaba a la vista que el caballero no dominaba la montura y que le era imposible frenar aquella loca carrera; la expresión angustiada de su rostro, los convulsivos esfuerzos por dominar al bruto daban fe de aquella lucha sobrehumana. De sus labios sólo escapó un grito ronco, un grito ahogado de terror. El ruido de los cascos del caballo resonó, agudo y penetrante, por encima del estruendo del incendio y del aullido del viento. Luego, franqueando de un salto la gran puerta y el foso del castillo, el corcel se lanzó por las escaleras calcinadas del palacio y desapareció con su jinete en una tromba

PEREZ GALDOS, BENITO.

Benito Pérez Galdós (1843-1920), nació en las Palmas, estudió Derecho y colaboró en diversos periódicos de la época; comenzó su carrera literaria en el teatro, para desembocar en la novela de la que es el mejor representante español de su siglo. Diputado republicano en distintas legislaturas, dirigió la "Revista de España". Sus obras más conocidas son: la serie de los Episodios nacionales, Doña Perfecta, Gloria, Marianela, La desheredada, Las novelas de Torquemada, Nazarín, Halma, Misericordia, El abuelo, Angel Guerra... y en el teatro, las adaptaciones escénicas de varias narraciones y Electra, Santa Juana de Castilla, etc.

Pero en el séquito del barón nadie dudaba del afecto morboso que el señor sentía ante las fogosas cualidades de su corcel, salvo un pajecillo insignificante y deforme cuyas opiniones nadie consideraba. Este miserable afirmaba con el mayor descaro que su señor jamás saltaba sobre la silla sin experimentar un leve estremecimiento, un sobresalto inexplicable y que al regresar de sus largos paseos había en su rostro una maligna expresión de triunfo.

Una noche de tormenta Metzengerstein despertó de su profundo sueño, bajó de sus habitaciones como un poseso y montado a caballo se lanzó por el intrincado bosque.

Este hecho tan frecuente no llamó la atención. En cambio, todos los moradores del palacio aguardaron ansiosamente el regreso de su señor pues, pocas horas después de su partida un incendio devorador hizo presa en el edificio y sus muros crujieron y temblaron hasta los cimientos. Pero como el incendio sólo se descubrió cuando ya el fuego había hecho tantos progresos, que eran inútiles los esfuerzos por salvar cualquier parte del edificio, el vecindario contemplaba la escena con estupefacción ociosa.

Mas algo terrible llamó muy pronto la atención de la multitud, demostrando hasta qué punto es más intenso el interés que despierta una agonía humana que el más aterrador espectáculo de destrucción de la materia inerte.

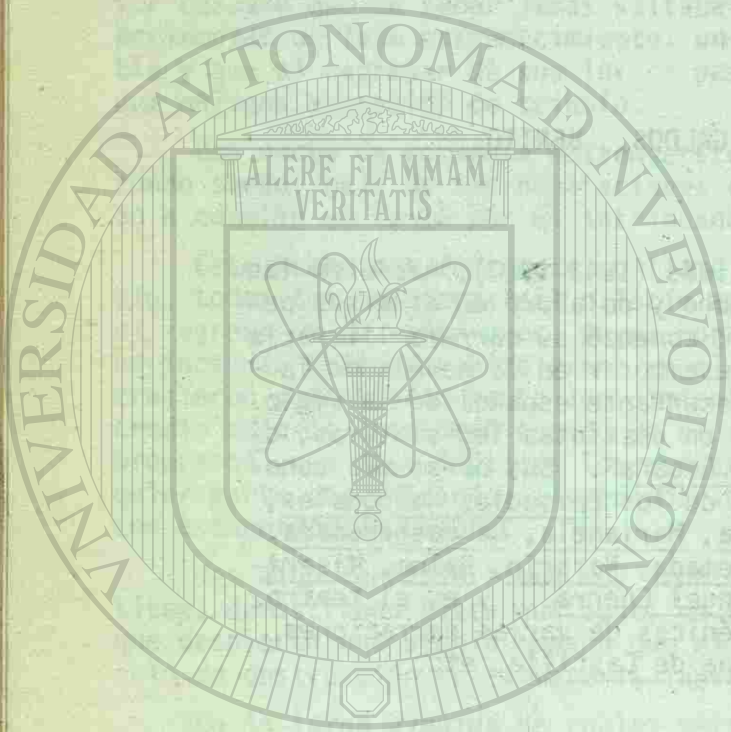
En la larga avenida de robles vetustos que, partiendo del bosque, iba a dar en la entrada principal del palacio de Metzengerstein un corcel, cuyo jinete iba destocado y con las ropas en desorden, galopaba con un ímpetu mayor si cabe que el del propio Demonio de la Tempestad.

Saltaba a la vista que el caballero no dominaba la montura y que le era imposible frenar aquella loca carrera; la expresión angustiada de su rostro, los convulsivos esfuerzos por dominar al bruto daban fe de aquella lucha sobrehumana. De sus labios sólo escapó un grito ronco, un grito ahogado de terror. El ruido de los cascos del caballo resonó, agudo y penetrante, por encima del estruendo del incendio y del aullido del viento. Luego, franqueando de un salto la gran puerta y el foso del castillo, el corcel se lanzó por las escaleras calcinadas del palacio y desapareció con su jinete en una tromba

PEREZ GALDOS, BENITO.

Benito Pérez Galdós (1843-1920), nació en las Palmas, estudió Derecho y colaboró en diversos periódicos de la época; comenzó su carrera literaria en el teatro, para desembocar en la novela de la que es el mejor representante español de su siglo. Diputado republicano en distintas legislaturas, dirigió la "Revista de España". Sus obras más conocidas son: la serie de los Episodios nacionales, Doña Perfecta, Gloria, Marianela, La desheredada, Las novelas de Torquemada, Nazarín, Halma, Misericordia, El abuelo, Angel Guerra... y en el teatro, las adaptaciones escénicas de varias narraciones y Electra, Santa Juana de Castilla, etc.

LIBRERIA ALFONSO



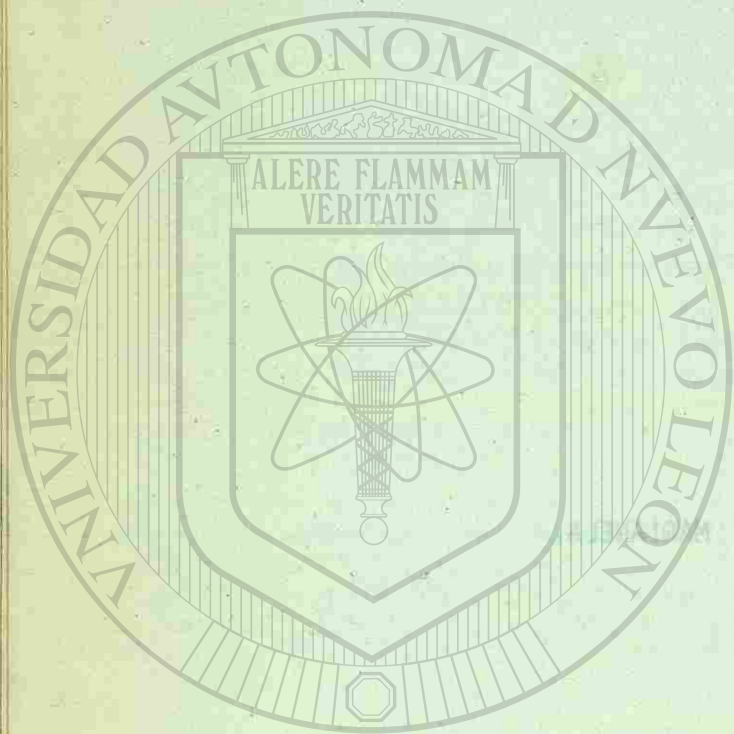
U A N L

MARIANELA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BENITO PÉREZ GALDÓS. ®



PERDIDO

Se puso el sol. Tras el breve crepúsculo vino tranquila y oscura la noche, en cuyo negro seno murieron poco a poco los últimos rumores de la tierra soñolienta, y el viajero siguió adelante en su camino, apresurando su paso a medida que avanzaba el de la noche. Iba por angosta vereda, de esas que sobre el césped traza el constante pisar de hombres y brutos, y subía sin cansancio por un cerro, en cuyas vertientes se alzaban pintorescos grupos de guinderos, hayas y robles. (Ya ve que estamos en el Norte de España.)

Era un hombre de mediana edad, de complexión recia, de buena talla, ancho de espaldas, resuelto de ademanes, firme de andadura, basto de facciones, de mirar osado y vivo, ligero a pesar de su regular obesidad, y (dígase de una vez aunque sea prematuro) excelente persona por doquiera que se le mirara. Vestía el traje propio de los señores acomodados que viajan en verano, con el redondo sombrerete, que desde a su fealdad el nombre de hongo, gemelos de campo pendientes de una correa, y grueso bastón que, entre paso y paso, servía para apalear a las zarzas cuando extendían sus ramas llenas de afiladas uñas para atraparle la ropa.

Detúvose, y mirando a todo el círculo del horizonte, parecía impaciente y desasosegado. Sin duda no tenía gran confianza en la exactitud de su itinerario y aguardaba el paso de algún aldeano que le diese buenos informes topográficos para llegar pronto y derechamente a su destino.

—No puedo equivocarme —murmuró—. Me dijeron que -- --
travesara el río por la pasadera... así lo hice. Después --
que marchara adelante, siempre adelante. En efecto, allá, --
detrás de mí, queda esa apreciable villa, a quien yo llama--
Villafangosa por el buen surtido de lodos que hay en --
sus calles y caminos... De modo que por aquí, adelante, siem--
pre adelante... (me gusta esta frase, y si yo tuviera escudo

no le pondría otra divisa), he de llegar a las famosas minas de Socartes.

Después de andar largo trecho, añadió:

—Me he perdido, no hay duda de que me he perdido... Aquí tienes, Teodoro Golfín, el resultado de tu *adelante siempre adelante*. Estos palurdos no conocen el valor de las palabras. O han querido burlarse de ti o ellos mismos ignoran dónde están las minas de Socartes. Un gran establecimiento minero ha de anunciarse con edificios, chimeneas, ruido de arrastres, resoplido de hornos, relincho de caballo, trepidación de máquinas, y yo no veo, ni huelo, ni oigo nada... Parece que estoy en un desierto... ¡qué soledad! Si yo creyera en brujas, pensaría que mi destino me proporcionaba esta noche el honor de ser presentado a ellas. ¡Demonio! ¿Pero no hay gentes en estos lugares?... Aún falta media hora para la salida de la luna. ¡Ah, bribona, tú tienes la culpa de mi extravío!... Si al menos pudiera conocer el sitio donde me encuentro... ¡Pero qué más da! (Al decir esto hizo un gesto propio del hombre esforzado que desprecia los peligros.) Golfín, tú que has dado la vuelta al mundo, ¿te acordarás ahora?... ¡Ah! Los aldeanos tenían razón: *adelante, siempre adelante*. La ley universal de la emoción no puede fallar en este momento.

Y puesta denodadamente en ejecución aquella osada ley, recorrió un kilómetro, siguiendo a capricho las veredas que le salían al paso y se cruzaban y quebraban en ángulos mil, cual si quisiesen engañarle y confundirle más.

Por grande que fuera su resolución e intrepidez, al fin tuvo que pararse. Los veredas, que al principio subían, luego empezaron a bajar, enlazándose; y al fin bajaron tanto, que nuestro viajero hallóse en un talud, por el cual sólo habría podido descender, echándose a rodar.

—¡Bonita situación! —exclamó sonriendo y buscando en su buen humor lenitivo a la enojosa contrariedad—. ¿En dónde estás, querido Golfín? Esto parece un abismo. ¿Ves algo allá abajo? Nada, absolutamente nada... pero el césped desaparecido, el terreno está removido. Todo es aquí pedruscos y tierra sin vegetación, teñida por el óxido de hierro...

sin duda estoy en las minas... pero ni alma viviente, ni chimeneas humeantes, ni ruido, ni un tren que murmure a lo lejos, ni siquiera un perro que ladre... ¿Qué haré? Hay por aquí una vereda que vuelve a subir. ¿Seguiréla? ¿Desandaré lo andado?... ¡Retroceder! ¡Qué absurdo! O yo dejo de ser quien soy, o llegaré esta noche a las famosas minas de Socartes y abrazaré a mi querido hermano. Adelante, siempre adelante.

Dio un paso y hundióse en la frágil tierra movediza.

—¿Esas tenemos, señor planeta?... ¿Con que quiere usted tragarme?... Si ese holgazán satélite quisiera alumbrar un poco, ya nos veríamos las caras usted y yo... Y a fe que por aquí abajo no hemos de ir a ningún paraíso. Parece esto el cráter de un volcán apagado... Hay que andar suavemente por tan delicioso precipicio. ¿Qué es esto? ¡Ah! Una piedra; magnífico asiento para echar un cigarro, esperando a que salga la luna.

El discreto Golfín se sentó tan tranquilamente como podría haberlo hecho en el banco de un paseo; y ya se disponía a fumar, cuando sintió una voz... sí, indudablemente era una voz humana que lejos sonaba, un quejido patético, mejor dicho, melancólico canto, formado de una sola frase, cuya última cadencia se prolongaba apenándose en la forma que los músicos llaman *morendo*, y que se apagaba al fin en el plácido silencio de la noche, sin que el oído pudiera apreciar su vibración postrera.

—Vamos —dijo el viajero lleno de gozo—, humanidad tenemos. Ese es el canto de una muchacha; sí, es voz de mujer, voz preciosísima. Me gusta la música popular de este país. Ahora calla... Oígame, que pronto ha de volver a empezar... Ya, ya suena otra vez. ¡Qué voz tan bella, qué melodía tan conmovedora! Creerfase que sale de las profundidades de la tierra, y que el señor de Golfín, el hombre más serio y menos supersticioso del mundo, va a andar en tratos ahora con los silfos, ondinas, gnomos, hadas y toda la chusma emparentada con la loca de la casa... Pero si no engaña el oído, la voz se aleja... La graciosa cantora se va. ¡Eh, muchacha, aguarda, detén el paso!

La voz, que durante breve rato habían regalado con encantadora música el oído del hombre extraviado, se iba perdiendo en la inmensidad tenebrosa, y a los gritos de Golfín, el canto extinguióse por completo. Sin duda la misteriosa entidad gnómica, que entretenía su soledad subterránea cantando tristes amores, se había asustado de la brusca interrupción del hombre, huyendo a las más hondas entrañas de la tierra, donde moran, avaras de sus propios fulgores, las piedras preciosas.

—Esta es una situación divina —murmuró Golfín, considerando que no podía hacer mejor cosa que dar lumbre a su cigarro—. No hay mal que cien años dure. Aguardemos fumando. Me he lucido con querer venir solo y a pie a las minas de Socartes. Mi equipaje habrá llegado primero, lo que prueba de un modo irrefutable las ventajas del *adelante, siempre adelante*.

Movióse entonces ligero vientecillo, y Teodoro creyó sentir pasos lejanos en el fondo de aquel desconocido o supuesto abismo que ante sí tenía. Puso atención, y no tardó en adquirir la certeza de que alguien andaba por allí. Levantándose, gritó:

—Muchacha, hombre, o quien quiera que seas, ¿se puede ir por aquí a las minas de Socartes?

No había concluido, cuando oyóse el violento ladrar de un perro, y después una voz de hombre, que dijo: ¡Choto, Choto, ven aquí!

—¡Eh! —gritó el viajero—. Buen amigo, muchacho de todos los demonios, o lo que quiera que seas, sujeta pronto ese perro, que yo soy hombre de paz.

—¡Choto, Choto!

Golfín vió que se le acercaba un perro negro y grande; mas el animal, después de gruñir junto a él, retrocedió llamado por su amo. En tal punto y momento, el viajero pudo distinguir una figura, un hombre que, inmóvil y sin expresión, cual muñeco de piedra, estaba en pie a distancia como de

diez varas más abajo de él, en una vereda transversal que aparecía irregularmente trazada por todo lo largo del talud. Este sendero y la humana figura, detenida en él, llamaron vivamente la atención de Golfín, que dirigiendo gozosa mirada al cielo, exclamó:

—¡Gracias a Dios! Al fin salió esa loca. Ya podemos saber dónde estamos. No sospechaba yo que tan cerca de mí existiera esta senda. Pero si es un camino... ¡Hola!, amiguito, ¿puede usted decirme si estoy en las minas de Socartes?

—Sí, señor: estas son las minas de Socartes, aunque estamos un poco lejos del establecimiento.

La voz que esto decía era juvenil y agradable, y resonaba con las simpáticas inflexiones que indican una disposición a prestar servicios con buena voluntad y cortesía. Mucho gustó al doctor oírlo, y más al observar la dulce claridad que, difundiendo por los espacios antes oscuros, habían revivido cielo y tierra, cual si se los sacara de la nada.

—*Fiat lux* —dijo descendiendo—. Me parece que acabo de salir del caos primitivo. Ya estamos en la realidad... Bien, amiguito, doy a usted las gracias por las noticias que me ha dado y las que aún ha de darme... Salí de Villamojada al ponerse el sol. Dijéronme que adelante, siempre adelante.

—¿Va usted al establecimiento? —preguntó el misterioso joven, permaneciendo inmóvil, sin mirar al doctor, que ya estaba cerca.

—Sí, señor; pero sin duda equivoqué el camino.

—Esta no es la entrada de las minas. La entrada es por la pasadera de Rabagones, donde está el camino y el ferrocarril en construcción. Por allá hubiera usted llegado en diez minutos al establecimiento. Por aquí tardaremos más, porque hay bastante distancia y muy mal camino. Estamos en la última zona de explotación y hemos de atravesar algunas galerías y túneles, bajar escaleras, pasar trincheras, remontan taludes, descender el plano inclinado, en fin, recorrer

todas las minas de Socartes desde un extremo, que es este, hasta el otro extremo, donde están los talleres, los hornos, las máquinas, el laboratorio y las oficinas.

—Pues a fe mía que ha sido floja mi equivocación —dijo Golfín riendo.

—Yo le guiaré a usted con mucho gusto, porque conozco estos sitios perfectamente.

Golfín, hundiendo sus pies en la tierra, resbalando aquí y bailoteando más allá, tocó al fin el benéfico suelo de la vereda, y su primera acción fue examinar al bondadoso joven. Breve rato estuvo el doctor dominado por la sorpresa.

—Usted... —murmuró.

—Soy ciego, sí, señor —añadió el joven—; pero sin vista sé recorrer de un cabo a otro las minas de Socartes. El palo que uso me impide tropezar, y Choto me acompaña, cuando no lo hace la Nela, que es mi lazarillo. Con que sígame usted y déjese llevar.

2

GUIADO.

—¿Ciego de nacimiento? —dijo Golfín con vivo interés que no era sólo inspirado por la compasión.

—Sí, señor, de nacimiento —repuso el ciego con naturalidad—. No conozco el mundo más que por el pensamiento, el tacto y el oído. He podido comprender que la parte más maravillosa del universo es esa que me está vedada. Yo sé que los ojos de los demás no son como estos míos, sino que por sí conocen las cosas; pero este don me parece tan extraordinario, que ni siquiera comprendo la posibilidad de poseerlo.

—Quién sabe... —manifestó Teodoro—, ¿pero que es esto que veo, amigo mío, qué sorprendente espectáculo es este?

El viajero que había andado algunos pasos junto a su guía, se detuvo asombrado de la fantástica perspectiva que se ofrecía ante sus ojos. Hallábase en un lugar hondo, semejante al cráter de un volcán, de suelo irregular, de paredes más irregulares aún. En los bordes y en el centro de la enorme caldera, cuya magnitud era aumentada por el engañoso claro oscuro de la noche, se elevaban figuras colosales, hombres deformes, monstruos volcados y patas arriba, brazos inmensos desmenuzándose, pies truncados, desparramadas figuras semejantes a las que forma el caprichoso andar de las nubes en el cielo; pero quietas, inmóviles, endurecidas. Era su color el de las momias, un color terroso tirando a rojo; su actitud la del movimiento febril sorprendido y atajado por la muerte. Parecía la petrificación de una orgía de gigantescos demonios; y sus manotadas, los burlones movimientos de sus desproporcionadas cabezas habían quedado fijos como inalterables actitudes de la escultura. El silencio que llenaba el ámbito del su puesto cráter era un silencio que daba miedo. Creeríase que

mil voces y aullidos habían quedado también hechos piedra, y piedra eran desde siglos de siglos.

—¿En dónde estamos, buen amigo? — dijo Golfín—. Esto es una pesadilla.

—Esta zona de la mina se llama la Terrible, repuso el ciego indiferente al estupor de su compañero de camino—. Ha estado en explotación hasta que hace dos años se agotó el mineral de calamina. Hoy los trabajos se hacen en otras zonas que hay más arriba. Lo que usted le maravilla es los bloques de piedra que llaman cretácea y de arcilla ferruginosa endurecida que han quedado después de sacado el mineral. Dicen que esto presenta un golpe de vista sublime, sobre todo a la luz de la luna. Yo de nada de eso entiendo.

—Espectáculo asombroso, sí —dijo el forastero deteniéndose en contemplarlo—, pero que a mí antes me causa espanto que placer, porque lo asocio al recuerdo de mis neuralgias. ¿Sabe, usted lo que me parece? Me parece que estoy viajando por el interior de un cerebro atacado de violentísima jaqueca. Estas figuras son como las formas perceptibles que afecta el dolor cefalálgico, confundiéndose con los terribles bultos y sombreros que engendra la fiebre.

—¡Choto, Choto, aquí! —dijo el ciego—. Caballero, mucho cuidado ahora, que vamos a entrar en una galería.

En efecto, Golfín vio que el ciego, tocando el suelo con su palo, se dirigía hacia una puertecilla estrecha, cuyo marco eran tres gruesas vigas.

El perro entró primero olfateando la negra cavidad. Siguió el ciego con la impavidez de quien vive en perpetuas tinieblas. Teodoro fue detrás, no sin experimentar cierta repugnancia instintiva hacia la importuna excursión bajo tierra.

—Es pasmoso —dijo—, que usted entre y salga por aquí sin tropiezo.

—Me he criado en estos sitios —contestó el joven— y

conozco como mi propia casa. Aquí se siente frío; abrigue usted si tiene con qué. No tardaremos mucho en salir.

Iba palpando con su mano derecha la pared, formada de vigas perpendiculares. Después dijo:

—Cuide usted de no tropezar en los carriles que hay en el suelo. Por aquí se arrastra el mineral de las pertenencias de arriba. ¿Tiene usted frío?

—Diga usted, buen amigo —interrogó el doctor festivamente—. ¿Está usted seguro de que no nos ha tragado la tierra? Este pasadizo es un esófago. Somos pobres bichos que hemos caído en el estómago de un gran insectívoro. ¿Y usted, señor, se pasea mucho por estas amenidades?

—Mucho paseo por aquí a todas horas, y me agrada extraordinariamente. Ya hemos entrado en la parte más seca. Esto es arena pura... Ahora vuelve la piedra... Aquí hay filtraciones de agua sulfurosa; por aquí hay una capa de tierra, en que se encuentran conchitas de piedra... También hay capas de pizarra; esto llaman esquistos... ¿Oye usted cómo canta el sapo? Estamos cerca de la boca. Allí se pone ese holgazán todas las noches. Le conozco; tiene una voz ronca y pausada.

—¿Quién, el sapo?

—Sí, señor. Ya nos acercamos al fin.

—En efecto; allá veo como un ojo que nos mira. Es la oscuridad de la boca.

Cuando salieron, el primer accidente que hirió los sentidos del doctor, fue el canto melancólico que había oído antes. También el ciego; volvióse bruscamente y dijo sonriendo con placer y orgullo:

—¿La oye usted?

—Antes oí esa voz y me agradó sobremanera.

¿Quién es la que canta?

En vez de contestar, el ciego se detuvo, y dando al viento la voz con toda la fuerza de sus pulmones, gritó:

—¡Nela!... ¡Nela!

Eclos sonoros, próximos los unos, lejanos otros, repitieron aquel nombre.

El ciego, poniéndose las manos en la boca en forma de bocina, gritó:

—No vengas, que voy allá. ¡Espérame en la herrería... en la herrería!

Después, volviéndose al doctor, le dijo:

—La Nela es una muchacha que me acompaña; es mi lazareto. Al anoecer volvíamos juntos del prado grande... hacía un poco de fresco. Como mi padre me ha prohibido que ande de noche sin abrigo, metíme en la cabaña de Remolinos, y la Nela corrió a mi casa a buscarme el gabán. Al poco rato de estar en la cabaña, acordéme de que un amigo había quedado en esperarme en casa; no tuve paciencia para aguardar a la Nela, y salí con Choto. Pasaba por la Terrible, cuando encontré a usted... Pronto llegaremos a la herrería. Allí nos separaremos, porque mi padre se enoja cuando entro tarde en casa y ella le acompañará a usted hasta las oficinas.

—Muchas gracias amigo mío.

El túnel les había conducido a un segundo espacio más singular que el anterior. Era una profunda grieta abierta en el terreno, a semejanza de las que resultan de un cataclismo; pero no había sido abierta por las palpitaciones fogosas del planeta, sino por el laborioso azadón del minero. Parecía el interior de un gran buque naufrago, tendido sobre la playa, y a quien las olas hubieran quebrado por la mitad, doblándole en un ángulo obtuso. Hasta se podían ver sus descarnados costillajes, cuyas puntas coronaban en desigual fila una de las alturas. En la concavidad panzuda dis-

tinguíanse grandes piedras, como restos de carga maltratados por las olas; y era tal la fuerza pictórica del claroscuro de la luna, que Golfín creyó ver, entre mil despojos de cosas autóctonas, cadáveres medio devorados por los peces, momias, esqueletos, todo muerto, dormido, semidescompuesto y profundamente tranquilo, cual si por mucho tiempo morara en la inmensa superficie del mar.

La ilusión fue completa cuando sintió rumor de agua, un susurro semejante al de las olas mansas cuando juegan en los huecos de una peña o azotan el esqueleto de un buque naufrago.

—Por aquí hay agua —dijo a su compañero.

—Ese ruido que usted siente —replicó el ciego deteniéndose—, y que parece... ¿cómo lo diré? ¿No es verdad que parece ruido de gárgaras, como el que hacemos cuando nos curamos la garganta?

—Exactamente. ¿Y dónde está ese buche de agua? ¿Es al lado de un arroyo que pasa?

—No, señor. Aquí, a la izquierda, hay una loma. Detrás de ella se abre una gran boca, una sima, un abismo cuyo fin no se sabe. Se llama la Trascava. Algunos creen que va a parar al mar por junto a Ficóbriga. Otros dicen que por el fondo de él corre un río que está siempre dando vueltas y más vueltas, como una rueda, sin salir nunca fuera. Yo me figuro que será como un remolino. Algunos dicen que hay allá abajo un resoplido de aire que sale de las entrañas de la tierra, como cuando silbamos, el cual resoplido de aire choca contra un chorro de agua, se ponen a reñir, se engrescan, se enfurecen y producen ese hervidero que oímos de fuera.

—¿Y nadie ha bajado a esa sima?

—No se puede bajar sino de una manera.

—¿Cómo?

—Arrojándose a ella. Los que han entrado no han vuelto a salir, y es lástima, porque nos hubieran dicho qué pasaba allá dentro. La boca de esa caverna hállase a bastante distancia de nosotros, pero hace dos años los mineros, cavando en este sitio, descubrieron una hendidura en la peña, por la cual se oye el mismo hervor de agua que por la boca principal. Esta hendidura debe comunicar con las galerías de allá dentro, donde está el resoplido que sube y el chorro que baja. De día podrá usted verla perfectamente, pues basta trepar un poco por las piedras del lado izquierdo para llegar hasta ella. Hay un cómodo asiento. Algunas personas tienen miedo de acercarse; pero la Nela y yo nos sentamos allí muy a menudo a oír como resuena la voz del abismo. Y efectivamente, señor, parece que nos hablan al oído. La Nela dice y jura que oye palabras, que las distingue claramente. Yo, la verdad, nunca he oído palabras, pero sí un murmullo como soliloquio o meditación, que a veces parece triste, a veces alegre, a veces colérico, a veces burlón.

—Pues yo no oigo sino ruido de gárgaras —dijo el doctor riendo.

—Así parece desde aquí... Pero no nos retardemos, que es tarde. Prepárese usted a pasar otra galería.

—¿Otra?

—Sí, señor. Y ésta, al llegar a la mitad, se divide en dos. Hay después un laberinto de vueltas y revueltas, porque se hicieron galerías que después quedaron abandonadas, y aquello está como Dios quiere. Choto, adelante.

Choto se metió por un agujero como hurón que persigue al conejo, y siguiéronle el doctor y su guía, que tentaba con su palo el torturoso, estrecho y lóbrego camino. Nunca el sentido del tacto había tenido más delicadeza y finura, prolongándose desde la epidermis humana hasta un pedazo de madera insensible. Avanzaron, describiendo primero una curva, después ángulos y más ángulos, siempre entre las dos redes de tablonés húmedos y medio podridos.

—¿Sabe usted a lo que se me parece esto? —dijo el doctor, conociendo que los símiles agradaban a su guía.

Pues se me parece a los pensamientos del hombre perverso. Parece que somos la intuición del malo, cuando penetra en su conciencia para verse en toda su fealdad.

Creyó Golfín que se había expresado en lenguaje poco inteligible para el ciego; más éste probóle lo contrario, dicién-

—Para el que posee ese reino desconocido de la luz, esas galerías deben de ser tristes; pero yo, que vivo en tinieblas, hallo aquí cierta conformidad de la tierra con mi propósito. Yo ando por aquí como usted por la calle más ancha. No fuera porque a veces es escaso el aire y otras la humedad excesiva, preferiría estos lugares subterráneos a todos los demás lugares que conozco.

—Esto es la idea de la meditación.

—Yo siento en mi cerebro un paso, un agujero lo mismo que éste por donde voy, y por él corren mis ideas desarrollándose magníficamente.

—¡Oh, cuán lamentable cosa es no haber visto nunca la bóveda azul del cielo en pleno día! —exclamó el doctor con espontaneidad suma. —Dígame usted, ¿este conducto donde sus ideas de usted se desarrollan magníficamente, no se acaba nunca?

—Ya, ya pronto estaremos fuera. ¿Dice usted que la bóveda del cielo?... ¡Ah! Ya me figuro que será una concavidad armoniosa, a la cual parece que podremos alcanzar con las manos, sin poder hacerlo realmente.

Al decir esto salieron; Golfín, respirando con placer y fuerza, como el que acaba de soltar un gran peso, exclamó mirando al cielo:

—¡Gracias a Dios que os vuelvo a ver, estrellitas del firmamento! Nunca me habéis parecido más lindas que en este instante.

—Al pasar —dijo el ciego alargando su mano que muestra-

ba una piedra—, he cogido este pedazo de caliza cristalizada; ¿sostendrá usted que estos cristalitas que mi tacto halla tan bien cortados, tan finos y tan bien pegados los unos a los otros no son una cosa muy bella? Al menos a mí me lo parece.

Diciéndolo, desmenuzaba los cristales.

—Amigo querido —dijo Golfín con emoción y lástima—, es verdaderamente triste que usted no pueda conocer que ese pedruzco no merece la atención del hombre mientras esté suspendido sobre nuestras cabezas el infinito rebaño de maravillosas luces que llenan la bóveda del cielo.

El ciego volvió su rostro hacia arriba, y dijo con profunda tristeza:

—¿Es verdad que existís, estrellas?

—Dios es inmensamente grande y misericordioso —observó Golfín, poniendo su mano sobre el hombro de su acompañante—. Quién sabe, quién sabe, amigo mío... Se han visto, se ven todos los días casos muy raros.

Mientras esto decía le miraba de cerca, tratando de examinar a la escasa claridad de la noche las pupilas del joven. Fijo y sin mirada, el ciego volvía sonriendo su rostro hacia donde sonaba la voz del doctor.

—No tengo esperanza —murmuró.

Habían salido a un sitio despejado. La luna, más clara a cada rato, iluminaba praderas ondulantes y largos taludes, que parecían las escarpas de inmensas fortificaciones. A la izquierda, y a regular altura, vio el doctor un grupo de blancas casas en el mismo borde de la vertiente.

—Aquí, a la izquierda —dijo el ciego—, está mi casa. Allá arriba... ¿sabe usted? Aquellas tres casas es lo que queda del lugar de Aldeacorba de Suso; lo demás ha sido expropiado en diversos años para beneficiar el terreno; todo aquí debajo es calamina. Nuestros padres vivían sobre miles

de millones sin saberlo.

Esto decía, cuando se vino corriendo hacia ellos una muchacha, una niña, una chicuela, de ligerísimos pies y menguata estatura.

—Nela, Nela —dijo el ciego—. ¿Me traes el abrigo?

—Aquí está —repuso la muchacha poniéndole un capote sobre los hombros.

—¿Esta es la que cantaba?... ¿Sabes que tienes una preciosa voz?

—¡Oh! —exclamó el ciego con candoroso acento de encanto—, canta admirablemente. Ahora, Mariquilla, vas a acompañar a este caballero hasta las oficinas. Yo me quedo en casa. Ya siento la voz de mi padre que baja a buscarme. Me retiraré de seguro... ¡Allá voy, allá voy!

—Retírese usted pronto, amigo —dijo Golfín estrechándole la mano—. El aire es fresco y puede hacerle daño. Muchas gracias por la compañía. Espero que seremos amigos, porque estaré aquí algún tiempo... Yo soy hermano de Carlos Golfín, el ingeniero de estas minas.

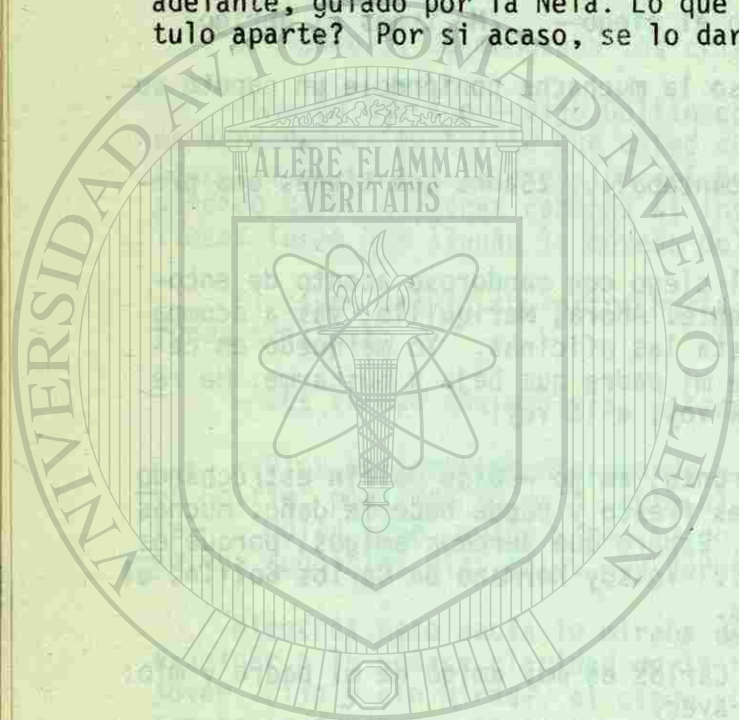
—¡Ah!... ya... D. Carlos es muy amigo de mi padre y mío: le espera a usted desde ayer.

—Llegué esta tarde a la estación de Villamojada... dije como que Sócrates estaba cerca y que podía venirme a pie. Como me gusta ver el paisaje y hacer ejercicio, y como me dijeron que adelante, siempre adelante, eché a andar, mandando mi equipaje en un carro. Ya ve usted como me perdí... pero no hay mal que por bien no venga... le he conocido a usted y seremos amigos, quizás muy amigos... Vaya, adiós; a casa pronto, que el fresco de septiembre no es bueno. Esta señora Nela tendrá la bondad de acompañarme.

—De aquí a las oficinas no hay más que un cuarto de hora de camino... poca cosa... Cuidado no tropiece usted en los trails; cuidado al bajar el plano inclinado. Suelen dejar los

vagonetes sobre la vía... y con la humedad, la tierra está como jabón... Adiós, caballero y amigo mío. Buenas noches.

Subió por una empinada escalera abierta en la tierra, y cuyos peldaños estaban reforzados con vigas. Golfín siguió adelante, guiado por la Nela. Lo que hablaron ¿merecerá capítulo aparte? Por si acaso, se lo daremos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

UN DIALOGO QUE SERVIRA DE EXPOSICION.

—Aguarda, hija, no vayas tan a prisa —dijo Golfín deteniéndose—, déjame encender un cigarro.

Estaba tan serena la noche, que no necesitó emplear las precauciones que generalmente adoptan contra el viento los fumadores. Encendido el cigarro, acercó la cerilla al rostro de la Nela, diciendo con bondad:

—A ver, enséñame tu cara.

Mirábale asombrada la muchacha, y sus negros ojuelos brillaron con un punto rojizo, como chispa, en el breve instante que duró la luz del fósforo. Era como una niña, pues su estatura debía contarse entre las más pequeñas, correspondiendo a su tallo delgadísimo y a su busto mezquinamente constituido. Era como una jovencuela, pues sus ojos no tenían el mirar propio de la infancia, y su cara revelaba la madurez de un organismo en que ha entrado o debido entrar el juicio. A pesar de esta desconformidad, era admirablemente proporcionada, y su pequeña cabeza remataba con cierta gallardía el miserable cuerpo. Alguien decía que era una mujer mirada con vidrio de disminución; alguno que era una niña con ojos y expresión de adolescente. No conociéndola, se dudaba si era un asombroso progreso o un deplorable atraso.

—¿Qué edad tienes tú? —preguntó Golfín sacudiendo los dedos para arrojar el fósforo, que empezaba a quemarle.

—Dicen que tengo dieciséis años —replicó la Nela, examinando a su vez al doctor.

—¡Dieciséis años! Atrasadilla estás, hija. Tu cuerpo es de doce a lo sumo.

—¡Madre de Dios! Si dicen que yo soy como un fenómeno —manifestó ella en tono de lástima de sí misma.

—¡Un fenómeno! —repitió Golfín poniendo su mano sobre los cabellos de la chica—. Podrá ser. Vamos, guíame.

La Nela comenzó a andar resueltamente sin adelantarse mucho, antes bien, cuidando de ir siempre al lado del viajero, como si apreciara en todo su valor la honra de tan noble compañía. Iba descalza: sus pies, ágiles y pequeños denotaban familiaridad consuetudinaria con el suelo, con las piedras, con los charcos, con los abrojos. Vestía una falda sencilla y no muy larga, denotando en su rudimentario atavío, así como en la libertad de sus cabellos sueltos y cortos, rizados con nativa elegancia, cierta independencia más propia del salvaje que del mendigo. Sus palabras, al contrario, sorprendieron a Golfín por lo recatadas y humildes, dando indicios de un carácter formal y reflexivo. Resonaba su voz con un simpático acento de cortesía, que no podía ser hijo de la educación, y sus miradas eran fugaces y momentáneas, como no fueran dirigidas al suelo o al cielo.

—Dime —le preguntó Golfín—, ¿tú vives en las minas? ¿Eres hija de algún empleado de esta posesión?

—Dicen que no tengo madre ni padre.

—¡Pobrecita! Tú trabajarás en las minas...

—No, señor. Yo no sirvo para nada —replicó sin alzar del suelo los ojos.

—Pues a fe que tienes modestia.

Teodoro se inclinó para mirarle el rostro. Este era delgado, muy pecoso, todo salpicado de menudas manchitas parduzcas. Tenía pequeña la frente, picudilla y no falta de gracia la nariz, negros y vividores los ojos; pero comúnmente brillaba en ellos una luz de tristeza. Su cabello dorado oscuro había perdido el hermoso color nativo por la incuria y su

continua exposición al aire, al sol y al polvo. Sus labios apenas se veían de puro chicos, y siempre estaban sonriendo; pero aquella sonrisa era semejante a la imperceptible de algunos muertos cuando han dejado de vivir pensando en el cielo. La boca de la Nela, estéticamente hablando, era desabrida, fea; pero quizás podía merecer elogios, aplicándole el verso de Polo de Medina: *es tan linda su boca que no pide*. En efecto; ni hablando, ni mirando, ni sonriendo revelaba aquella miserable el hábito degradante de la mendicidad callejera.

Golfín le acarició el rostro con su mano, tomándolo por la barba y abarcándolo casi todo entre sus gruesos dedos.

—¡Pobrecita! —exclamó—. Dios no ha sido generoso contigo. ¿Con quién vives?

—Con el señor Centeno, capataz de ganado en las minas.

—Me parece que tú no habrás nacido en la abundancia. ¿De quién eres hija?

—Dicen que mi madre vendía pimientos en el mercado de Villamojada. Era soltera. *Me tuvo* un día de Difuntos, y después se fue a criar a Madrid.

—¡Vaya con la buena señora! —murmuró Teodoro con malicia—. Quizás no tenga nadie noticia de quién fue tu papá.

—Sí, señor —replicó la Nela con cierto orgullo—. Mi padre fue el primero que encendió las luces en Villamojada.

—¡Cáspita!

—Quiero decir que cuando el Ayuntamiento puso por primera vez faroles en las calles —dijo la muchacha, dando a su relato la gravedad de la historia—, mi padre era el encargado de encenderlos y limpiarlos. Yo estaba ya criada por una hermana de mi madre, que era también soltera, según dicen. Mi padre había reñido con ella... Dicen que vivían juntos... todos vivían juntos... y cuando iba a farolear me llevaba en el cesto junto con los tubos de vidrio, las mechas, la aceitera... Un día dicen que subió a limpiar el farol que hay en el puente,

puso el cesto sobre el antepecho, yo me salí fuera y caíme al río.

—¡Y te ahogaste!

—No, señor, porque caí sobre piedras. ¡Divina madre de Dios! Dicen que antes de eso era yo muy bonita.

—Sí; indudablemente eras muy bonita —afirmó el forastero con el alma inundada de bondad—. Y todavía lo eres... Pero dime: ¿He mucho que vives en las minas?

—Dicen que hace trece años. Dicen que mi madre me recogió después de la caída. Mi padre cayó enfermo, y como mi madre no le quiso asistir, porque era malo, él fue al hospital, donde dicen que se murió. Entonces vino mi madre a trabajar a las minas. Dicen que un día le despidió el jefe porque había bebido mucho aguardiente...

—Y tu madre se fue... Vamos, ya me interesa esa señora. Se fue...

—Se fue a un agujero muy grande que hay allá arriba —dijo la Nela, deteniéndose ante el doctor y dando a su voz el tono más patético—, y se metió dentro.

—¡Canario! ¡Vaya un fin lamentable! Supongo que no habrá vuelto a salir.

—No, señor —replicó la Nela con naturalidad—. Allí dentro está.

—Después de esa catástrofe, pobre criatura —dijo Gólfín con cariño—, has quedado trabajando aquí. Es un trabajo muy penoso el de la minería. Tú estás teñida del color del mineral; estás raquítica y mal alimentada. Esta vida destruye las naturalezas más robustas.

—No, señor, yo no trabajo. Dicen que yo no sirvo, ni puedo servir para nada.

—Quita allá, tonta, tú eres una alhaja.

—Que no, señor —dijo la Nela, insistiendo con energía—. Si no puedo trabajar. En cuanto cargo un peso pequeño caigo al suelo. Si me pongo a hacer una cosa difícil en seguida me desmayo.

—Todo sea por Dios... Vamos, que si cayeras tú en manos de personas que te supieran manejar, ya trabajarías bien.

—No, señor —repitió la Nela con tanto énfasis como si elogiara—; si yo no sirvo más que de estorbo.

—¿De modo que eres una vagabunda?

—No, señor, porque acompaño a Pablo.

—¿Y quien es Pablo?

—Ese señorito ciego, a quien usted encontró en la Terrible. Yo soy su lazarillo desde hace año y medio. Le llevo a todas partes; nos vamos por esos campos paseando.

—Parece buen muchacho ese Pablo.

La Nela se detuvo otra vez mirando al doctor. Con el rostro resplandeciente de entusiasmo, exclamó:

—¡Madre de Dios! Es lo mejor que hay en el mundo. ¡Ponle un amo mío! Sin vista tiene él más talento que todos los que ven.

—Me gusta tu amo. ¿Es de este país?

—Sí, señor; es hijo único de D. Francisco Penáguilas, un caballero muy bueno y muy rico que vive en las casas de Ideacorba.

—Dime: ¿y a ti por qué te llaman la Nela? ¿Qué quiere decir eso?

La muchacha alzó los hombros. Después de una pausa, re-
puso:

—Mi madre se llamaba la seña María Canela, pero la de-
cían Nela. Dicen que este es nombre de perra. Yo me llamo
María.

—Mariquita.

—María Nela me llaman y también La Hija de la Canela.
Unos me dicen Marianela, y otros nada más que la Nela.

—¿Y tu amo, te quiere mucho?

—Sí, señor, es muy bueno. El dice que ve con mis ojos,
porque como yo le llevo a todas partes, y le digo cómo son
todas las cosas...

—Todas las cosas que no puede ver.

El forastero parecía muy gustoso de aquel coloquio.

—Sí, señor, yo le digo todo. El me pregunta cómo es
una estrella, y yo se la pinto de tal modo hablando, que pa-
ra él es lo mismito que si la viera. Yo le explico todo, cómo
son las yerbas, y las nubes, el cielo, el agua y los re-
lámpagos, las veletas, las mariposas, el humo, los caracoles,
el cuerpo y la cara de las personas y de los animales. Yo le
digo lo que es feo y lo que es bonito, y así se va enterando
de todo.

—Veo que no es flojo tu trabajo. ¡Lo feo y lo bonito!
Ahí es nada... ¿Te ocupas de eso?... Dime, ¿sabes leer?

—No, señor. Si yo no sirvo para nada.

Decía esto en el tono más convincente, y el gesto de
que acompañaba su firme protesta, parecía añadir: "Es us-
ted un majadero en suponer que yo sirvo para algo."

—¿No verías con gusto que tu amito recibiera de Dios
el don de la vista?

La muchacha no contestó nada, después de una pausa, di-

—¡Divino Dios! Eso es imposible.

—Imposible no, aunque difícil.

—El ingeniero director de las minas ha dado esperanzas
padre de mi amo.

—¿Don Carlos Golfín?

—Sí, señor; D. Carlos tiene un hermano médico que cura
los ojos, y, según dicen, da vista a los ciegos, arregla a
los tuertos y les endereza los ojos a los bizcos.

—¡Qué hombre más hábil!

—Sí, señor; y como ahora el médico anunció a su hermano
que iba a venir, su hermano le escribió diciéndole que trajera
las herramientas para ver si le podía dar vista a Pablo.

—¿Y ha venido ya ese buen hombre?

—No, señor; como anda siempre allá por las Américas y
las Inglaterras, parece que tardará en venir. Pero Pablo se
afie de esto y dice que no le dará ese hombre lo que la Virgen
Antísima le negó desde el nacer.

—Quizás tenga razón... Pero dime: ¿estamos ya cerca?...
porque veo chimeneas que arrojan un humo más negro que el del
infierno, y veo también una claridad que parece de fragua.

—Sí, señor, ya llegamos. Aquellos son los hornos de la
calcinación, que arden día y noche. Aquí enfrente están las
cámaras de lavado, que no trabajan sino de día; a mano dere-
cha está el taller de composturas, y allá abajo, a lo último
de todo, las oficinas.

En efecto, el lugar aparecía a los ojos de Golfín como
lo describía Marianela. Esparciéndose el humo por falta de
aire, envolvía en una como gasa oscura y sucia todos los edi-

ficios, cuyas masas negras señalábanse confusa y fantásticamente sobre el cielo iluminado por la luna.

—Más hermoso es esto para verlo una vez que para vivir aquí —indicó Golfín apresurando el paso—. La nube de humo lo envuelve todo, y las luces forman un disco borroso, como el de la luna en noches de bochorno. ¿En dónde están las oficinas?

—Allá; ya pronto llegamos.

Después de pasar por delante de los hornos, cuyo calor obligó a apretar el paso, el doctor vio un edificio tan negro y ahumado como todos los demás. Verlo y sentir los gratos sonidos de un piano teclado con verdadero frenesí musical, fue todo uno.

—Música tenemos. Conozco las manos de mi cuñada.

—Es la señorita Sofía que toca —afirmó María.

Claridad de alegres habitaciones lucía en los huecos, y el balcón principal estaba abierto. Veíase en él una pequeña ascua; era la lumbre de un cigarro. Antes que el doctor llegase, aquella ascua cayó, describiendo una perpendicular, y dividiéndose en menudas y saltonas chispas; era que el fumador había arrojado la colilla.

—Allí está el fumador sempiterno —gritó el doctor con acento del más vivo cariño—. ¡Carlos, Carlos!

—¡Teodoro! —contestó una voz en el balcón.

Calló el piano, como un ave cantora que se asusta del ruido. Sonaron pasos en la casa. El doctor dio una moneda de plata a su guía y corrió hacia la puerta.

LA FAMILIA DE PIEDRA

Menudeando el paso y saltando sobre los obstáculos que se hallaba en su camino, la Nela se dirigió a la casa que está detrás de los talleres de maquinaria y junto a las cuadras donde rumiaban pausada y gravemente las sesenta mulas del establecimiento. Era la morada del señor Centeno de moderna construcción, si bien nada elegante ni aun cómoda. Baja del techo, una pequeña casa para albergar en sus tres piezas a los esposos Centeno, a los cuatro hijos de los esposos Centeno, al gato de los esposos Centeno, y por añadidura, a la Nela, la casa, no obstante, figuraba en los planos de vitela de aquel gran establecimiento ostentando orgullosa, como otras muchas, este letrero: *Vivienda de capataces.*

En lo interior el edificio servía para probar prácticamente un aforismo que ya conocemos, por haberlo visto enunciado por la misma Marianela; es, a saber, que ella, Marianela, servía más que de estorbo. En efecto; allí había sitio para todo: para los esposos Centeno; para las herramientas de los hijos; para mil cachivaches de cuya utilidad no hay pruebas inconcusas; para el gato; para el plato en que comía el gato; para la guitarra de Tanasio; para los materiales que el mismo empleaba en componer *garrotes* (cestas); para media docena de colleras viejas de mulas; para la jaula del mirlo; para dos peroles inútiles; para un altar en que la de Centeno ofrecía a la Divinidad ofrenda de flores de trapo y unas velas singulares, colonizadas por las moscas; para todo absolutamente menos para la hija de la Canela. Frecuentemente se oía:

—¡Que no he de dar un paso sin tropezar con esta condeada de Nela!...

También se oía esto:

—Vete a tu rincón... ¡Qué criatura! Ni hace ni deja hacer a los demás.

La casa constaba de tres piezas y un desván. Era la primera, además de corredor y sala, alcoba de los Centenos mayores. En la segunda dormían las dos señoritas, que eran ya mujeres, y se llamaban la Mariuca y la Pepina, Tanasio, el primogénito, se agasajaba en el desván, y Celipín, que era el más pequeño de la familia y frisaba en los doce años, tenía su dormitorio en la cocina, la pieza más interna, más remota, más crepuscular, más ahumada y más inhabitable de las tres que componían la morada centenil.

La Nela, durante los largos años de su residencia allí, había ocupado distintos rincones, pasando de uno a otro conforme lo exigía la instalación de mil objetos que no servían sino para robar a los seres vivos su último pedazo de suelo habitable. En cierta ocasión (no conocemos la fecha con exactitud), Tanasio, que era tan imposibilitado de piernas como de ingenio, y se había dedicado a la construcción de grandes cestas de avellano, puso en la cocina, formando pila, hasta media docena de aquellos ventrudos ejemplares de su industria. Entonces la de la Canela volvió tristemente sus ojos en derredor, sin hallar sitio donde albergarse; pero la misma contrariedad sugirióle repentina y felicísima idea, que al instante puso en ejecución. Metióse bonitamente en una cesta, y así pasó la noche en fácil y tranquilo sueño. Indudablemente aquello era bueno y cómodo: cuando tenía frío tapábase con otra cesta. Desde entonces, siempre que había garrotos grandes, no careció de estuche en qué encerrarse. Por eso decían en la casa: —"Duerme como una alhaja."

Durante la comida, y entre la algazara de una conversación animada sobre el trabajo de la mañana, oíase una voz que bruscamente decía: "Toma." La Nela recogía una escudilla de manos de cualquier Centeno grande o chico, y se sentaba contra el arca a comer sosegadamente. También solía oírse al fin de la comida la voz áspera y becerril del Sr. Centeno diciendo a su esposa en tono de reconvención: "Mujer, que no has dado nada a la pobre Nela." A veces acontecía que la Señana (este nombre se había formado de señora Ana) moviera

la cabeza para buscar con los ojos, por entre los cuerpos de sus hijos, algún objeto pequeño y lejano, y que al mismo tiempo dijera: "Pues qué, ¿estaba ahí? Yo pensé que también hoy se había quedado en Aldeacorba."

Por las noches, después de cenar, rezaban el rosario. Tambaleándose como sacerdotistas de Baco, y revolviendo sus apretados puños en el hueco de los ojos, la Mariuca y la Pepina se iban a sus lechos, que eran cómodos y confortantes, paramentados con abigarradas colchas.

Poco después oíase un roncante duo de contraltos aletargados que duraba sin interrupción hasta el amanecer.

Tanasio subía al alto aposento y Celipín se acurrucaba sobre haraposas mantas, no lejos de las cestas donde desaparecía la Nela.

Acomodados así los hijos, los padres permanecían un rato en la pieza principal, y mientras Centeno, sentándose estiradamente junto a la mesilla y tomando un periódico, hacía mil muecas y visajes que indicaban el atrevido intento de leerlo, la Señana sacaba del arca una media repleta de dinero, y después de contado y de añadir o quitar algunas piezas, lo volvía a poner cuidadosamente en su sitio. Sacaba después diferentes lfos de papel que contenían monedas de oro, y trasegaba algunas piezas de uno en otro apartadizo. Entonces solían oírse frases sueltas como estas:

—He tomado treinta y dos reales para el refajo de la Mariuca... A Tanasio le he puesto los seis reales que se le quitaron... Sólo nos faltan once duros para los quinientos...

O como estas:

—"Señores diputados que dijeron sí..." Ayer celebró una conferencia, etcétera."

Los dedos de Señana sumaban, y el de Sinforoso Centeno seguía tembloroso y vacilante los renglones, para poder guiar su espíritu por aquel laberinto de letras.

Aquellas frases iban poco a poco resolviéndose en palabras sueltas, después de monosílabos; oíase un bostezo, otro, y al fin todo quedaba en plácido silencio, después de extinguida la luz, a cuyo resplandor había enriquecido sus conocimientos el capataz de mulas.

Una noche, después que todo calló, dejóse oír ruido de cestas en la cocina. Como ahí había alguna claridad, porque jamás se cerraba la madera del ventanillo, Celipín Centeno, que no dormía aún, vio que las dos cestas más altas, colocadas una contra otra, se separaban, abriéndose como las conchas de un bivalvo. Por el hueco aparecieron la naricilla y los negros ojos de Nela.

—Celipín, Celipinillo —dijo ésta, sacando también su mano—. ¿Estás dormido?

—No, despierto estoy. Nela, pareces una almeja. ¿Qué quieres?

—Toma, toma esta peseta que me dio esta noche un caba-llero, hermano de don Carlos... ¿Cuánto has juntado ya?... Este sí que es un regalo. Nunca te había dado más que cuar-tos.

—Dame acá; muchas gracias, Nela —dijo el muchacho, incorporándose para tomar la moneda—. Cuarto a cuarto, ya me has dado al pie de treinta y dos reales... Aquí lo tengo en el seno, muy bien guardadito en el saco que me diste. ¡Eres una real moza!

—Yo no quiero para nada el dinero. Guárdalo bien, por-que si la Señana te lo descubre, creará que es para vicios y te pegará con el palo grande.

—No, no es para vicios, no es para vicios — dijo el chico con energía, oprimiéndose el seno con una mano, mien-tras sostenía su cabeza en la otra—, es para hacerme hombre de provecho, Nela, para hacerme hombre de pesquis, como mu-chos que conozco. El domingo, si me dejan ir a Villamojada, he de comprar una cartilla para aprender a leer, ya que aquí no quieren enseñarme. ¡Córcholis! Aprenderé solo. ¡Ah!

Nela, dicen que D. Carlos era hijo de uno que barría las ca-lles en Madrid. El solo, solito él, con la ayuda de Dios, -aprendió todo lo que sabe.

—Puede que pienses tú hacer lo mismo, bobo.

—¡Córcholis! Puesto que mis padres no quieren sacarme de estas condenadas minas, yo me buscaré otro camino; sí, ya verás quién es Celipín. Yo no sirvo para esto, Nela. Deja tú que tenga reunida una buena cantidad, y verás, verás como me planto en la villa, y allí, o tomo el tren para irme a Ma-drid, o un vapor que me lleve a las islas de allá lejos, o me meto a servir con tal que me dejen estudiar.

—¡Madre de Dios divino! ¡Qué calladas tenías esas pi-cardías! —dijo la Nela, abriendo más las conchas de su estu-che y echando fuera toda la cabeza.

—¿Pero tú me tienes por bobo?... ¡Ah! Nelilla, estoy -rabiando. Yo no puedo vivir así, yo me muero en las minas. ¡Córcholis! Paso las noches llorando, y me muerdo las manos, y... no te asustes, Nela, ni me creas malo por lo que voy a decirte: a ti sola te lo digo.

—¿Qué?

—Que no quiero a mi madre ni a mi padre como los debie-ra querer.

—Ea, pues si haces eso, no te vuelvo a dar un real. ¡Celipín, por amor de Dios, piensa bien lo que dices!

—No lo puedo remediar. Ya ves cómo nos tienen aquí. ¡Córcholis! No somos gente, sino animales. A veces se me po-ne en la cabeza que somos menos que las mulas, y yo me pre-gunto si me diferencio en algo de un borrico... Coger una cesta llena de mineral y echarla en un vagón; empujar el va-gón hasta los hornos; revolver con un palo el mineral que es-tá lavando. ¡Ay!... (al decir esto los sollozos cortaban la voz del infeliz muchacho.) ¡Cor... córcholis! El que pase muchos años en este trabajo, al fin se ha de volver malo, y sus sesos serán de calamina... No, Celipín no sirve para es-to... Les digo a mis padres que me saquen de aquí y me pon-

gan a estudiar, y responden que son pobres y que yo tengo mucha fantasía. Nada, nada, no somos más que bestias que ganamos un jornal... ¿Pero tú no me dices nada?

La Nela no respondió... Quizás comparaba la triste condición de su compañero con la suya propia, hallando ésta infinitamente más aflictiva.

—¿Qué quieres tú que yo te diga? —replicó al fin—. Como yo no puedo ser nunca nada, como yo no soy persona, nada te puedo decir... Pero no pienses esas cosas malas, no pienses eso de tus padres.

—Tú lo dices por consolarme; pero bien ves que tengo razón... y me parece que estás llorando.

—Yo no.

—Sí; tú estás llorando.

—Cada uno tiene sus cositas que llorar —repuso María con voz sofocada—. Pero es muy tarde, Celipe, y es preciso dormir.

—Todavía no... ¡icórcholis!

—Sí, hijito. Duérmete y no pienses en esas cosas malas. Buenas noches.

Cerráronse las conchas de almeja y todo quedó en silencio.

Se ha declamado mucho contra el positivismo de las ciudades, plaga que entre las galas y el esplendor de la cultura corroe los cimientos morales de la sociedad; pero hay una plaga más terrible, y es el positivismo de las aldeas, que petrifica millones de seres, matando en ellos toda ambición noble y encerrándoles en el círculo de una existencia mecánica, brutal y tenebrosa. Hay en nuestras sociedades enemigos muy espantosos, a saber: la especulación, el agio, la metalización del hombre culto, el negocio; pero sobre éstos descuella un monstruo que a la callada destroza más que ninguno: es la codicia del aldeano. Para el aldeano codicioso

no hay ley moral, ni religión, ni nociones claras del bien; todo esto se revuelve en su alma con supersticiones y cálculos groseros, formando un todo inexplicable. Bajo el hipócrita candor se esconde una aritmética parda que supera en agudeza y perspicacia a cuanto idearon los matemáticos más expertos. Un aldeano que toma el gusto a los ochavos y sueña con trocarlos en plata para convertir después la plata en oro, es la bestia más innoble que puede imaginarse; porque tiene todas las malicias y sutilezas del hombre y una sequedad de sentimientos que espanta. Su alma se va condensando hasta no ser más que un graduador de cantidades. La ignorancia, la rusticidad, la miseria en el vivir completan esta abominable pieza, quitándole todos los medios de disimular su descarnado interior. Contando por los dedos, es capaz de reducir a números todo el orden moral, y la conciencia y el alma toda.

La Señana y el Sr. Centeno, que habían hallado al fin, después de mil angustias, su pedazo de pan en las minas de So cartes, reunían, con el trabajo de sus cuatro hijos, un jornal que les habría parecido fortuna de príncipes en los tiempos en que andaban de feria en feria vendiendo pucheros. Debe decirse, tocante a las facultades intelectuales del Sr. Centeno, que su cabeza, en opinión de muchos, rivalizaba en dureza con el martillo pilón montado en los talleres; no así tocante a las de Señana, que parecía mujer de muchísimo caletre y trastienda y gobernaba toda la casa como gobernaría el más sabio príncipe sus Estados. Ella apandaba bonitamente el jornal de su marido y de sus hijos, que era una hermosa suma, y cada vez que había cobranza, parecía que entraba por las puertas de su casa el mismo Jesús Sacramentado; tal era el gusto que la vista de las monedas le producía.

La Señana daba muy pocas comodidades a sus hijos en cambio de la hacienda que con las manos de ellos iba formando; pero como no se quejaban de aquella atroz y degradante miseria en que vivían; como no mostraban nunca pujos de emancipación ni anhelo de otra vida mejor y más digna de seres inteligentes, la Señana dejaba correr los días. Muchos pasaron antes que sus hijas durmieran en camas; muchísimos antes que cubrieran sus lozanas carnes con vestidos decentes. Dábales de comer sobria y metódicamente haciéndose partidaria en esto de los preceptos higiénicos más en boga; pero la comida en su ca

sa era triste, como un pienso dado a seres humanos.

En cuanto al pasto intelectual, la Señana creía firmemente que con la erudición de su esposo el Sr. Centeno, adquirida en copiosas lecturas, tenía bastante la familia para merecer el dictado de sapientísima, por lo cual no trató de atiborrar el espíritu de sus hijos con las rancias enseñanzas que se dan en la escuela. Si los mayores asistieron a ella, el más pequeño viose libre de maestros, y engolfado vivía durante doce horas diarias en el embrutecedor trabajo de las minas, con lo cual toda la familia navegaba ancha y holgadamente por el inmenso piélago de la estupidez.

Las dos hembras, Mariuca y Pepina, no carecían de encantos, siendo los principales su juventud y su robustez. Una de ellas leía de corrido; la otra no, y en cuanto a conocimientos del mundo, fácilmente se comprende que no carecería de algunos rudimentos quien vivía entre risueño coro de niñas de distintas edades y procedencias, ocupadas en un trabajo mecánico y con boca libre Mariuca y Pepina eran muy apachugadas, muy derechas, fuertes y erguidas como amazonas. Vestían falda corta, mostrando media pantorrilla y el carnoso pie descalzo, y sus rudas cabezas habrían lucido mucho sosteniendo un aquitrabe como las mujeres de la Caría. El polvillo de la calamina, que las teñía de pies a cabeza como a los demás trabajadores de las minas, dábales aire de colosales figuras de barro crudo.

Tanasio era un hombre apático. Su falta de carácter y de ambición rayaban en el idiotismo. Encerrado en las cuerdas desde su infancia, ignorante de toda travesura, de toda contrariedad, de todo placer, de toda pena, aquel joven, que ya había nacido dispuesto a ser máquina, se convirtió poco a poco en la herramienta más grosera. El día en que se le mereciera ser tuviera una idea propia, se cambiaría el orden admirable de todas las cosas, por el cual ninguna piedra puede pensar.

Las relaciones de esta prole con su madre, que era la gobernadora de toda la familia, eran las de una docilidad absoluta por parte de los hijos y de un dominio soberano por parte de la Señana. El único que solía mostrar indicios

de rebelión era el chiquitín. La Señana, en sus cortos alcances, no comprendía aquella aspiración diabólica a dejar de ser piedra. ¿Por ventura había existencia más feliz y ejemplar que la de los peñascos? No admitía, no, que fuera cambiada, ni aun por la de canto rodado. Y Sañana amaba a sus hijos; ipero hay tantas maneras de amar! Ella les ponía por encima de todas las cosas, siempre que se avinieran a trabajar perpetuamente en las minas, a amasar en una sola artesa todos sus jornales, a obedecerla ciegamente y a no tener aspiraciones locas, ni afán de lucir galas, ni de casarse antes de tiempo, ni de aprender diabluras, ni de meterse en sabidurías, porque los pobres —decía—, siempre habían de ser pobres y como pobres portarse, y no querer parlanchar como los ricos y gente de la ciudad, que estaba toda comida de vicios y podrida de pecados.

Hemos descrito el trato que tenían en casa de Centeno los hijos para que se comprenda el que tendría la Nela, criatura abandonada, sola, inútil, incapaz de ganar jornal, sin pasado, sin porvenir, sin abolengo, sin esperanza, sin personalidad, sin derecho a nada más que al sustento. Señana se lo daba, creyendo firmemente que su generosidad rayaba en heroísmo. Repetidas veces dijo que sí al llenar la escudilla de la Nela: —¡Qué bien me ganó mi puestecico en el cielo!

Y lo creía como el Evangelio. En su cerrada mollera no entraban ni podían entrar otras luces sobre el santo ejercicio de la caridad; no comprendía que una palabra cariñosa, un halago, un trato delicado y amante que hicieran olvidar al pequeño su pequeñez, al miserable su miseria, son heroísmos de más precio que al bodrio sobrante de una mala comida. ¿Por ventura no se daba lo mismo al gato? Y éste al menos oía las voces más tiernas. Jamás oyó la Nela que se llamara *michita*, *monita*, ni que le dijeran *repreciosa*, ni otros vocablos melosos y conmovedores con que era obsequiado el gato.

Jamás se le dio a entender a la Nela que había nacido de criatura humana, como los demás habitantes de la casa. Nunca fue castigada; pero ella entendió que este privilegio se fundaba en la desdeñosa lástima que inspiraba su menguada constitución física, y de ningún modo en el aprecio de su persona.

Nunca se le dio a entender que tenía un alma pronta a dar ricos frutos si se cultivaba con esmero, ni que llevaba en sí, como los demás mortales, ese destello del eterno saber que se nombra inteligencia humana, y que de aquel destello podían salir infinitas luces y lumbre bienhechora. Nunca se le dio a entender que en su pequeñez fenomenal llevaba en sí el germen de todos los sentimientos nobles y delicados, y que aquellos menudos brotes podían ser flores hermosísimas y lozanas, sin más cultivo que una simple mirada de vez en cuando. Nunca se le dio a entender que tenía derecho, por el mismo rigor de la Naturaleza al criarla, a ciertas atenciones de que pueden estar exentos los robustos, los sanos, los que tienen padres y casa propia; pero que corresponden por jurisprudencia cristiana al inválido, al pobre, al huérfano y al desheredado.

Por el contrario, todo lo demostraba su semejanza con un canto rodado, el cual ni siquiera tiene forma propia, sino aquella que le dan las aguas que lo arrastran y el puntapié del hombre que lo desprecia. Todo le demostraba que su jerarquía dentro de la casa era inferior a la del gato, cuyo lomo recibía las más finas caricias, y a la del mirlo que saltaba en su jaula.

Al menos de éstos no se dijo nunca con cruel compasión: "Pobrecita, mejor cuenta le hubiera tenido morirse."

TRABAJO. PAISAJE. FIGURA

El humo de los hornos que durante toda la noche velaban respirando con bronco resoplido se plateó vagamente en sus espirales más remotas; apareció risueña claridad por los lejanos términos y detrás de los montes, y poco a poco fueron saliendo sucesivamente de la sombra los cerros que rodean a Socartes, los inmensos taludes de tierra rojiza, los negros edificios. La campana del establecimiento gritó con aguda voz: "al trabajo," y cien y cien hombres soñolientos salieron de las casas, cabañas, chozas y agujeros. Rechinaban los goznes de las puertas; de las cuadras salían pausadamente las mulas, dirigiéndose solas al abrevadero, y el establecimiento, que poco antes semejaba una mansión fúnebre alumbrada por la claridad infernal de los hornos, se animaba moviendo sus miles de brazos.

El vapor principió a zumbiar en las calderas de la gran - automóvil, que hacía funcionar a un tiempo los aparatos de - los talleres y el aparato de lavado. El agua, que tan principal papel desempeñaba en esta operación, comenzó a correr por las altas cañerías, de donde debía saltar sobre los cilindros. Risotadas de mujeres y ladridos de hombres que venían de tomar la mañana, precedieron a la faena; y al fin empezaron a girar las cribas cilíndricas con infernal chillido; el agua corría de una en otra, pulverizándose, y la tierra sucia se atormentaba con vertiginoso voltear, rodando y cayendo de rueda en rueda hasta convertirse en fino polvo achocolatado. Sonaba aquello como mil mandíbulas de dientes flojos que mascaran arena; parecía molino por el movimiento mareante; kaleidóscopo por los juegos de la luz, del agua y de la tierra; enorme sonajero, de innumerables cachivaches compuesto por el ruido. No se podía

fijar la atención, sin sentir vértigo, en aquel voltear incesante de una infinita madeja de hilos de agua, ora claros y transparentes, ora teñidos de rojo por la arcilla ferruginosa; ni cabeza humana que no estuviera hecha a tal espectáculo, podría presenciar el feroz combate de mil ruedas dentadas que sin cesar se mordían unas a otras, y de ganchos que se cruzaban royéndose, y de tornillos que, al girar, claman con lastimero quejido pidiendo aceite.

El lavado estaba al aire libre. Las correas de transmisión venían zumbando desde el departamento de la máquina. Otras correas se pusieron en movimiento, y entonces oyóse un estampido rítmico, un horrísono compás, a la manera de gigantes pasos o de un violento latido interior de la madre tierra. Era el gran martillo pilón del taller, que había empezado a funcionar. Su formidable golpe machacaba el hierro como blanda pasta. y esas formas de ruedas, ejes y raíles, que nos parecen eternas por lo duras, empezaban a desfigurarse, torciéndose y haciendo muecas, como rostro afligidos. El martillo, dando porrazos uniformes, creaba formas nuevas tan duras como las geológicas, que son obra laboriosa de los siglos. Se parecen mucho, sí, las obras de la fuerza a las de la paciencia.

Hombres negros, que parecían el carbón humanado, se reunían en torno a los objetos de fuego que salían de las fraguas y cogiéndolos con aquella prolongación incandescente de los dedos a quien llaman tenazas, los trabajaban. ¡Extraña escultura la que tiene por genio al fuego y por cincel al martillo! Las ruedas y los ejes de los millares de vagonetes, las piezas estropeadas del aparato de lavado, recibían allí compostura y eran contruidos los picos, alzadas y carretillas. En el fondo del taller las sierras hacían chillar la madera, y aquel mismo hierro, educado en el trabajo por el fuego, destrozaba las generosas fibras del árbol arrancado a la tierra.

También afuera las mulas habían sido enganchadas a los largos trenes de vagonetes. Véaselas pasar arrastrando tierra inútil para verterla en los taludes o mineral para conducirlo al lavadero. Cruzábanse unos con otros aquellos largos reptiles, sin chocar nunca. Entraban por la boca de

las galerías, siendo entonces perfecta su semejanza con los resbaladizos habitantes de las húmedas grietas, y cuando en las obscuridades del túnel rechinaba la indócil mula, creería se que los saurios disputaban chillando. Allá en lo último, en las más remotas cañadas, centenares de hombres golpeaban con picos la tierra para arrancarle, pedazo a pedazo, su tesoro. Eran los escultores de aquellas caprichosas e ingentes figuras que permanecían en pie, atentas, con gravedad silenciosa, a la invasión del hombre en las misteriosas esferas geológicas. Los mineros derrumbaban aquí, horadaban allá, cavaban más lejos, rasguñaban en otra parte, rompían lo roca cretácea, desbarataban las graciosas láminas de pizarra psamnita y esquistosa, despreciaban la caliza arcillosa, apartaban la limonita y el oligisto, destrozaban la preciosa dolomia, revolviendo incesantemente hasta dar con el silicato de zinc, esa plata de Europa que, no ser por la materia de que se hacen las cacerolas, deja de ser grandiosa fuente de bienestar y civilización. Sobre ella ha alzado Bélgica el estandarte de su grandeza moral y política. ¡Oh! La hojalata tiene también su epopeya.

El cielo estaba despejado; el sol derramaba libremente sus rayos, y la vasta pertenencia de Socartes resplandecía con súbito tono rojo. Rojas eran las peñas esculturales, rojo el mineral precioso, roja la tierra inútil acumulada en los largos taludes, semejantes a babilónicas murallas; rojo el suelo, rojos los carriles y los vagones, roja toda la maquinaria, roja el agua, rojos los hombres y las mujeres que trabajaban en toda la extensión de Socartes. El color subido de ladrillo era uniforme, con ligeros cambiantes, y general en todo; en la tierra y las casas, en el hierro y en los vestidos. La mujeres ocupadas en lavar parecían un pléyade de equívocas ninfas de barro ferruginoso crudo. Por la cañana abajo, en dirección al río, corría un arroyo de agua encarnada. Creeíase que era el sudor de aquel gran trabajo de hombres y máquinas, del hierro y de los músculos.

La Nela salió de su casa. También ella, a pesar de no trabajar en las minas, estaba teñida ligeramente de rojo, porque el polvo de la tierra calaminífera no perdona a nadie. Llevaba en la mano un mendrugo de pan que le había dado la Señana para desayunarse, y comiéndoselo marchaba aprisa, sin

distraerse con nada, formal y meditabunda. No tardó en pasar más allá de los edificios, y después de subir el plano inclinado, subió la escalera labrada en la tierra, hasta llegar a las casas de la barriada de Aldeacorba. La primera que se encontraba era una primorosa vivienda infanzona, grande, sólida, alegre, restaurada y pintada recientemente, con cortafuegos de piedra, aleros labrados y ancho escudo circundado de follaje granítico. Antes faltara en ella el escudo que la parra, cuyos sarmientos cargados de hoja parecían un bigote que aquella tenía en el lugar correspondiente de su cara, siendo las dos ventanas los ojos, el escudo la nariz y el largo balcón la boca, siempre riendo. Para que la personificación fuera completa, salía del balcón una viga destinada a sujetar la cuerda de tender ropa, y con tal accesorio la casa con rostro estaba fumándose un cigarro puro. Su tejado era en figura de gorra de cuartel y tenía una ventana de bohardilla que parecía una borla. La chimenea no podía ser más que una oreja. No era preciso ser fisonomista para comprender que aquella cara respiraba paz, bienestar y una conciencia tranquila.

Dábale acceso un patiecillo circundado de tapias y al costado derecho tenía una hermosa huerta. Cuando la Nela entró, salían las vacas que iban a la pradera. Después de cambiar algunas palabras con el gañán, que era un mocetón formidable... así como de tres cuartas de alto y de diez años de edad, dirigióse a un señor obeso, bigotudo, entrecano, encarnado, de simpático rostro y afable mirar, de aspecto entre soldadesco y campesino, el cual apareció en mangas de camisa, con tirantes, y mostrando hasta el codo los velludos fornidos brazos. Antes que la muchacha hablara, el señor de los tirantes volvióse adentro y dijo:

—Hijo mío, aquí tienes a la Nela.

Salió de la casa un joven, estatua del más excelso barro humano, grave, derecho, con la cabeza inmóvil y los ojos clavados y fijos en sus órbitas, como lentes expuestos en un muestrario. Su cara parecía de marfil, contorneada con exquisita finura; mas teniendo su tez la suavidad de la de una doncella, era varonil en gran manera, y no había en sus facciones parte alguna ni rasgo que no tuviese aquella perfec-

ción soberana con que fue expresado hace miles de años el pensamiento helénico. Aun sus ojos puramente escultóricos, por que carecían de vista, eran hermosísimos, grandes y rasgados. Desvirtuábalos su fijeza y la idea de que tras aquella fijeza estaba la noche. Falto del don que constituye el núcleo de la expresión humana, aquel rostro de Antinóo ciego poseía serenidad del mármol, convertido por el genio y el cincel en estatua y por la fuerza vital en persona. Un soplo, un rayo de luz, una sensación bastarían para animar la hermosa piedra, que teniendo ya todas las galas de la forma, carecía tan sólo de la conciencia de su propia belleza, la cual emana de la facultad de conocer la belleza exterior.

Parecía tener veinte años, y su cuerpo sólido y airoso, con admirables proporciones construido, era digno en todo de una sin igual cabeza que sustentaba. Jamás se vio incorrección más lastimosa de la Naturaleza, que la que tan acabado tipo de la humana forma representaba, recibiendo por una parte -- admirables dones y siendo privado por otro de la facultad que más comunica al hombre con sus semejantes y con el maravilloso conjunto de todo lo creado. Era tal la incorrección, que aquellos prodigiosos dones quedaban como inútiles, del mismo modo que si al ser creadas todas las cosas, hubiéralas dejado el Hacedor a obscuras, para que no pudieran recrearse en sus propios encantos. Para que la imperfección iira de Dios! fue más manifiesta, había recibido el joven portentosa luz interior, un entendimiento de primer orden. Esto y carecer de la facultad de percibir la idea visible, que es la forma, -- siendo al mismo tiempo divino como un ángel, hermoso como un hombre y ciego como un vegetal, era fuerte cosa ciertamente. -- comprendemos ¡ay!, el secreto de estas horrendas incorrecciones. Si lo comprendiéramos se abrirían para nosotros las puertas que ocultan primordiales misterios del orden moral y del orden físico; comprenderíamos el inmenso misterio de la desgracia, del mal, de la muerte, y podríamos medir la perpetua sombra que sin cesar sigue al bien y a la vida.

Don Francisco Penáguilas, padre del joven, era un hombre más que bueno, era inmejorable, superiormente discreto, bondadoso, afable, honrado y magnánimo, no falto de instrucción. Nadie le aborreció jamás; era el más respetado de todos los labradores ricos del país, y más de una cuestión se arregló --

por la mediación, siempre inteligente, del señor de Aldeacoba de Suso. La casa en que le hemos visto fue su cuna. Había estado de joven en América, y al regresar a España sin fortuna, había entrado a servir en la Guardia Civil. Retirado a su pueblo natal, donde se dedicaba a la labranza y a la ganadería, heredó regular hacienda, y en la época de nuestra historia acababa de heredar otra muy grande.

Su esposa, que era andaluza, había muerto en edad muy temprana, dejándole un solo hijo, que desde el nacer demostró hallarse privado en absoluto del más precioso de los sentidos. Esto fue la pena más aguda que amargó los días del buen padre. ¿Qué le importaba allegar riqueza y ver que la fortuna favorecía sus intereses y sonreía en su casa? ¿Para quién era esto? Para quién no podía ver ni las gordas vacas, ni las praderas risueñas, ni las repletas trojes, ni la huerta cargada de frutas. Don Francisco hubiera dado sus ojos a su hijo, quedándose él ciego el resto de sus días, si esta especie de generosidades fuesen practicables en el mundo que conocemos; pero como no lo son, no podía D. Francisco dar realidad al noble sentimiento de su corazón, sino proporcionando al desgraciado joven todo cuanto pudiera hacerle agradable la obscuridad en que vivía. Para él eran todos los cuidados y los infinitos mimos y delicadezas cuyo secreto pertenece a las madres, y algunas veces a los padres, cuando faltan aquéllas. Jamás contrariaba a su hijo en nada que fuera para su consuelo y entretenimiento en los límites de lo honesto y moral. Divertíale con cuentos y lecturas; tratábale con solfíto esmero, atendiendo a su salud, a sus goces legítimos, a su instrucción y a su educación cristiana, porque el señor de Penáguilas, que era un sí es no es severo de principios, decía: "No quiero que mi hijo sea ciego dos veces."

Viéndole salir, y que la Nela le acompañaba fuera, dijo les cariñosamente:

—No os alejáis hoy mucho. No corráis... Adiós.

Miróles desde la portalada hasta que dieron vuelta a la tapia de la huerta. Después entró, porque tenía que hacer varias cosas; escribir una esquila a su hermano Manuel, orde-

una vaca, podar un árbol y ver si había puesto la gallina

ANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

TONTERIAS

Pablo y Marianela salieron al campo, precedidos de Choto, que iba y volaba gozoso y saltón, moviendo la cola y repartiéndole por igual sus caricias entre su amo y el lazarillo de su amo.

—Nela —dijo Pablo—, hoy está el día muy hermoso. El aire que corre es suave y fresco, y el sol calienta sin quemar. ¿A dónde vamos?

—Echaremos por estos prados adelante —replicó la Nela, metiendo su mano en una de las faltriqueras de la americana del mancebo—. ¿A ver qué me has traído hoy?

—Busca bien y encontrarás algo —dijo Pablo riendo.

—¡Ah, Madre de Dios! Chocolate crudo... ¡y poco que me gusta el chocolate crudo!... nueces... una cosa envuelta en un papel...

—¿A dónde vamos hoy? —repitió el ciego.

—A donde quieras, niño de mi corazón —repuso la Nela, comiéndose el dulce y arrojando el papel que lo envolvía—. Pide por esa boca, rey del mundo. Los negros ojuelos de la Nela brillaban de contento, y su cara deavecilla graciosa y vivaracha multiplicaba sus medios de expresión, moviéndose sin cesar. Mirándola se creía ver un relampagueo de reflejos tenebrosos, como los que produce la luz sobre la superficie del agua agitada. Aquella débil criatura, en la cual parecía que el alma estaba como prensada y constreñida dentro de un

cuerpo miserable, se ensanchaba y crecía maravillosamente al hallarse sola con su amo y amigo. Junto a él tenía espontaneidad, agudeza, sensibilidad, gracia, donosura, fantasía. Al separarse, parece que se cerraban sobre ella las negras puertas de una prisión.

—Pues yo digo que iremos a donde tú quieras —observó el ciego—. Me gusta obedecerte. Si te parece bien, iremos al bosque que está más allá de Saldeoro. Esto, si te parece bien.

—Bueno, bueno, iremos al bosque —exclamó la Nela batiendo palmas—. Pero como no hay prisa, nos sentaremos cuando estemos cansados.

—Y que no es poco agradable aquel sitio donde está la fuente, ¿sabes, Nela? y donde hay unos troncos muy grandes, que parecen puestos allí para que nos sentemos nosotros, y donde se oyen cantar tantos, tantísimos pájaros, que es aquello la gloria.

—Pasaremos por donde está el molino de quien tú dices que habla mascullando las palabras como un borracho. ¡Ay, que hermoso día y qué contenta estoy!

—¿Brilla mucho el sol, Nela? Aunque me digas que sí, no lo entenderé, porque no sé lo que es brillar.

—Brilla mucho, sí, señorito mío. ¿Y a ti que te importa eso? El sol es muy feo. No se le puede mirar a la cara.

—¿Por qué?

—Porque duele.

—¿Qué duele?

—La vista. ¿Qué sientes tú cuando estás alegre?

—¿Cuando estoy libre, contigo, solos los dos en el campo?

—Sí.

—Pues siento que me nace dentro del pecho una frescura, una suavidad dulce...

—¡Ahí te quiero ver! ¡Madre de Dios! Pues ya sabes cómo brilla el sol.

—Con frescura.

—No, tonto.

—¿Pues con qué?

—Con eso.

—Con eso; ¿y qué es eso?

—Eso —afirmó nuevamente la Nela con acento de la más firme convicción

—Ya veo que esas cosas no se pueden explicar. Antes me formaba yo idea del día y de la noche. ¿Cómo? Verás: era de día, cuando hablaba la gente; era de noche, cuando la gente callaba y cantaban los gallos. Ahora no hago las mismas comparaciones. Es de día, cuando estamos juntos tú y yo; es de noche cuando nos separamos.

—¡Ay, divina Madre de Dios! —exclamó la Nela, echándose atrás las guedejas que le caían sobre la frente—. A mí, que tengo ojos, me parece lo mismo.

—Voy a pedirle a mi padre que te deje vivir en mi casa para que no te separes de mí.

—Bien, bien —dijo María batiendo palmas otra vez.

Y diciéndolo, se adelantó saltando algunos pasos, y recogiendo con extrema gracia sus faldas, empezó a bailar.

—¿Qué haces, Nela?

—¡Ah!, niño mío, estoy bailando. Mi contento es tan grande, que me han entrado ganas de bailar.

Pero fue preciso saltar una pequeña cerca, y la Nela ofreció su mano al ciego.

Después de pasar aquel obstáculo, siguieron por una calleja tapizada en sus dos rústicas paredes de lozanas hierbas y espinos. La Nela apartaba las ramas para que no picaran el rostro de su amigo, y al fin, después de bajar gran trecho, subieron una cuesta por entre frondosos castaños y nogales. Al llegar arriba, Pablo dijo a su compañera:

—Si no te parece mal, sentémonos aquí. Siento pasos de gente.

—Son los aldeanos que vuelven del mercado de Homedes. Hoy es miércoles. El camino real está delante de nosotros. Sentémonos aquí antes de entrar en el camino real.

—Es lo mejor que podemos hacer. Choto, ven aquí.

Los tres se sentaron.

—Si está esto lleno de flores... —dijo la Nela—. ¡Madre, qué guapas!

—Cógeme un ramo. Aunque no las veo, me gusta tenerlas en mi mano. Se me figura que las oigo.

—Eso sí que es gracioso.

—Paréceme que teniéndolas en mi mano me dan a entender... no puedo decirte cómo... que son bonitas. Dentro de mí hay una cosa, no puedo decirte qué, una cosa que responde a ellas. ¡Ay! Nela, se me figura que por dentro yo veo algo.

—¡Oh!, sí, lo entiendo... como que todos los tenemos dentro. El sol, las yerbas, la luna y el cielo grande y azul, lleno siempre de estrellas; todo, todo lo tenemos dentro; quiero decir que, además de las cosas divinas que hay fuera, nosotros llevamos otras dentro. Y nada más... Aquí tienes una flor, otra, otra, seis: todas son distintas. ¿A que no sabes tú lo que son las flores?

—Pues las flores —dijo el ciego algo confuso, acercándolas a su rostro—, son... unas como sonrisillas que echa la tierra... La verdad, no sé mucho del reino vegetal.

—¡Madre divinísima, qué poca ciencia! —exclamó María, acariciando las manos de su amigo—. Las flores son las estrellas de la tierra.

—Vaya un disparate. ¿Y las estrellas, qué son?

—Las estrellas son las miradas de los que se han ido al cielo.

—Entonces las flores...

—Son las miradas de los que se han muerto y no han ido todavía al cielo —afirmó la Nela, con la convicción y el aplomo de un doctor—. Los muertos son enterrados en la tierra. Como allá abajo no pueden estar sin echar una miradilla a la tierra, echan de sí una cosa que sube en forma de flor. Cuando en un prado hay muchas flores, es porque allá... en tiempos atrás, enterraron en él muchos difuntos.

—No, no —replicó Pablo con seriedad—. No creas desatinos. Nuestra religión nos enseña que el espíritu se separa de la carne y que la vida mortal se acaba. Lo que se entierra, Nela, no es más que un despojo, un barro inservible que no puede pensar, ni sentir, ni tampoco ver.

—Eso lo dirán los libros, que, según dice la Señana, están llenos de mentiras.

—Eso lo dicen la fe y la razón, querida Nela. Tu imaginación te hace creer mil errores. Poco a poco yo los iré destruyendo, y tendrás ideas buenas sobre todas las cosas de este mundo y del otro.

—¡Ay, ay, con el doctorcillo de tres por un cuarto!... Ya... cuando has querido hacerme creer que el sol está quieto y que la tierra da vueltas a la redonda... ¡Cómo se conoce que no lo ves! ¡Madre del Señor! Que me muera en este momento si la tierra no está más quieta que un peñón - - -

el sol va corre que corre. Señorito mío, no se la eche de -
tan sabio, que yo he pasado muchas horas de noche y de día mi
rando al cielo, y sé como está gobernada toda esa máquina...
la tierra está abajo, toda llena de islitas grandes y chicas.
El sol sale por allá y se esconde por allí. Es el palacio de
ojos.

—¡Qué tonta!

—¿Y por qué no ha de ser así? ¡Ay! Tú no has visto el
cielo en un día claro, hijito, parece que llueven bendicio--
nes... Yo no creo que pueda haber malos, no, no los puede
haber, si vuelven la cara hacia arriba y ven aquel ojazó que
nos está mirando.

—Tu religiosidad, Neli, está llena de supersticio--
nes. Yo te enseñaré ideas mejores.

—No me han enseñado nada —dijo María con inocencia—,
pero yo, cavila que cavilarás, he ido sacando de mi cabeza -
muchas cosas que me consuelan, y así cuando me ocurre una -
buena idea, digo: "esto debe ser así, y no de otra manera."
Por las noches, cuando me voy sola a mi casa, voy pensando en
lo que será de nosotros cuando nos muramos, y en lo mucho que
nos quiere a todos la Virgen Santísima.

—Nuestra madre amorosa.

—¡Nuestra madre querida! Yo miro al cielo, y la siento
encima de mí como cuando nos acercamos a una persona y senti-
mos el calorcillo de su respiración. Ella nos mira de noche
y de día por medio de... no te rías... por medio de todas las
cosas hermosas que hay en el mundo.

—¿Y esas cosas hermosas...?

—Son sus ojos, tonto. Bien lo comprenderías si tuvie--
ras los tuyos. Quien no ha visto una nube blanca, un árbol,
una flor, el agua corriendo, un niño, el rocío, un corderi--
to, la luna paseándose tan maja por los cielos, y las estre-
llas que son las miradas de los buenos que se han muerto...

—Mal podrán ir allá arriba si se quedan debajo de tierra echando flores.

—¡Miren al sabihondo! Abajo se están mientras se van limpiando de pecados; que después suben volando arriba. La Virgen les espera. Sí, créelo, tonto. Las estrellas, ¿qué pueden ser sino las almas de los que ya estén salvos? ¿Y no sabes tú que las estrellas bajan? Pues yo, yo misma las he visto caer así, así, haciendo una raya. Sí, señor, las estrellas bajan cuando tienen que decirnos alguna cosa.

—¡Ay, Nela! —exclamó Pablo vivamente—. Tus disparates, con serlo tan grandes, me cautivan y embelesan, porque revelan el candor de tu alma y la fuerza de tu fantasía. Todos esos errores responden a una disposición muy grande para conocer la verdad, a una poderosa facultad tuya, que sería primorosa si estuviera auxiliada por la razón y la educación... Es preciso que tú adquieras un don precioso de que yo estoy privado; es preciso que aprendas a leer.

—¡A leer!... ¿Y quién me ha de enseñar?

—Mi padre. Yo le rogaré a mi padre que te enseñe. Ya sabes que él no me niega nada. ¡Qué lástima tan grande que vivas así! Tu alma está llena de preciosos tesoros. Tienes bondad sin igual y fantasía seductora. De todo lo que Dios tiene en su esencia absoluta te dio a ti parte muy grande. Bien lo conozco; no veo lo de fuera, pero veo lo de dentro, y todas las maravillas de tu alma se me han revelado desde que eres mi lazarillo... ¡Hace año y medio! Parece que fue ayer cuando empezaron nuestros paseos... No, hace miles de años que te conozco. ¡Porque hay una relación tan grande entre lo que tú sientes y lo que yo siento!... Has dicho ahora mil disparates, y yo, que conozco algo de la verdad acerca del mundo y de la religión, me he sentido conmovido y entusiasmado al oírte. Se me antoja que hablas dentro de mí.

—¡Madre de Dios! —exclamó la Nela, cruzando las manos—. ¿Tendrá eso algo que ver con lo que yo siento?

—¿Qué?

—Que estoy en el mundo para ser tu lazarillo, y que mis ojos no servirían para nada si no sirvieran para guiarte y decirte cómo son todas las hermosuras de la tierra.

El ciego irguió su cuello repentina y vivísimamente y extendiendo sus manos hasta tocar el cuerpecillo de su amiga, exclamó con afán.

—Dime, Nela, ¿y cómo eres tú?

La Nela no dijo nada. Había recibido una puñalada.

MAS TONTERIAS

Habían descansado. Siguieron adelante, hasta llegar a la entrada del bosque que hay más allá de Saldeoro. Detuviéronse entre un grupo de viejos nogales, cuyos troncos y raíces formaban en el suelo una serie de escalones, con musgosos huecos y recortes tan apropiados para sentarse, que el arte no los hiciera mejor. Desde lo alto del bosque corría un hilo de agua, saltando de piedra en piedra, hasta dar con su fatigado cuerpo en un estanquillo que servía de depósito para alimentar el chorro de que se abastecían los vecinos. Enfrente el suelo se deprimía poco a poco, ofreciendo grandioso panorama de verdes colinas pobladas de bosques y caseríos, de praderas llanas donde pastaban con tranquilidad vagabunda centenares de reses. En el último término dos lejanos y orgullosos cerros que eran límite de la tierra, dejaban ver en un largo segmento el azul purísimo del mar. Era un paisaje cuya contemplación revelaba al alma sus excelsas relaciones con lo infinito.

Sentóse Pablo en el tronco de un nogal, apoyando su brazo izquierdo en el borde del estanque. Alzaba la derecha mano para coger las ramas que descendían hasta tocar su frente, por la cual pasaba a ratos, con el mover de las hojas, un rayo de sol.

—¿Qué haces, Nela? —dijo el muchacho después de una pausa, no sintiendo ni los pasos, ni la voz, ni la respiración de su compañera—. ¿Qué haces? ¿Dónde estás?

—Aquí —replicó la Nela, tocándole el hombro—. Estaba mirando el mar.

—¡Ah! ¿Está muy lejos?

—Allá se ve por los cerros de Ficóbriga.

—Grande, grandísimo, tan grande, que se estará mirando todo un día sin acabarlo de ver, ¿no es eso?

—No se ve sino un pedazo como el que coges dentro de la boca cuando le pegas una mordida a un pan.

—Ya, ya comprendo. Todos dicen que ninguna hermosura iguala a la del mar, por causa de la sencillez que hay en él... Oye, Nela, lo que voy a decirte... ¿Pero qué haces?

La Nela, agarrando con ambas manos la rama del nogal, se suspendía y balanceaba graciosamente.

—Aquí estoy, señorito mío. Estaba pensando que por qué no nos daría Dios a nosotras las personas alas para volar como los pájaros. ¡Qué cosa más bonita que hacer zás, y remontarnos y ponernos de un vuelo en aquel pico que está allá entre Ficóbriga y el mar!...

—Si Dios no nos ha dado alas, en cambio nos ha dado el pensamiento, que vuela más que todos los pájaros, porque llega hasta el mismo Dios... Dime tú, ¿para qué querría yo alas de pájaro, si Dios me hubiera negado el pensamiento?

—Pues a mí me gustaría tener las dos cosas. Y si tuviera alas, te cogería en mi piquito para llevarte por esos mundos y subirte a lo más alto de las nubes.

El ciego alargó su mano hasta tocar la cabeza de la Nela.

—Siéntate junto a mí. ¿No estás cansada?

—Un poquitín —replicó ella, sentándose y apoyando su cabeza con infantil confianza en el hombro de su amo.

—Respiras fuerte, Nelilla; tú estás muy cansada. Es de tanto volar... Pues lo que te iba a decir, es esto: hablando del mar me hiciste recordar una cosa que mi padre

me leyó anoche. Ya sabes que desde la edad en que tuve uso de razón, acostumbra mi padre leerme todas las noches distintos libros de ciencias y de historia, de artes y de entretenimiento. Esas lecturas y estos paseos se puede decir que son mi vida toda. Diome el Señor, para compensarme de la ceguera, una memoria feliz, y gracias a ella he sacado algún provecho de las lecturas; pues aunque éstas han sido sin método, yo al fin y al cabo he logrado poner algún orden en las ideas que iban entrando en mi entendimiento. ¡Qué delicias tan grandes las mías al entender el orden admirable del Universo, el concierto rodar de los astros, el giro de los átomos pequeñitos, y después las leyes, más admirables aún, que gobiernan nuestra alma! También me ha recreado mucho la historia, que es un cuento verdadero de todo lo que los hombres han hecho antes de ahora; resultando, hija mía, que siempre han hecho las mismas maldades y las mismas tonterías, aunque no han cesado de mejorarse, acercándose todo lo posible, más sin llegar nunca, a las perfecciones que sólo posee Dios. Por último, me ha leído mi padre cosas sutiles y un poco hondas para ser penetradas de pronto; pero que suspenden y enamoran cuando se medita en ellas. Es lectura que a él no le agrada, por no comprenderla, y que a mí me ha cansado también una vez, deleitándome en otras. Pero no hay duda que cuando se da con un autor que sepa hablar con claridad, esas materias son preciosas. Contienen ideas sobre las causas y los efectos, sobre la razón de todo lo que pensamos y el modo como lo pensamos, y enseñan la esencia de todas las cosas.

La Nela parecía no comprender ni una sola palabra de lo que su amigo decía; pero atendía profundamente abriendo la boca. Para apoderarse de aquellas esencias y causas de que su amo le hablaba, abría el pico como el pájaro que acecha el vuelo de la mosca que quiere cazar.

—Pues bien —añadió él—, anoche leyó mi padre unas páginas sobre la belleza. Hablaba el autor de la belleza, y decía que era el resplandor de la bondad y de la verdad, con otros muchos conceptos ingeniosos y tan bien traídos y pensados, que daba gusto oírlos.

—Ese libro —dijo la Nela queriendo demostrar suficiencia—, no será como uno que tiene padre Centeno, que llaman... mil y no sé cuantas noches.

—No es eso, tontuela; habla de la belleza en absoluto... ¿cómo entenderás esto de la belleza ideal?... tampoco lo entiendes... porque has de saber que hay una belleza que no se ve ni se toca, ni se percibe con ningún sentido.

—Como por ejemplo, la Virgen María —interrumpió la Nela—, a quien no vemos ni tocamos, porque las imágenes no son ella misma, sino su retrato.

—Estás en lo cierto: así es. Pensando en esto, mi padre cerró el libro, y él decía una cosa y yo otra. Hablamos de la forma y mi padre me dijo: "Desgraciadamente tú no puedes comprenderla." Yo sostuve que sí; dije que no había más que una sola belleza y que esa había de servir para todo.

La Nela, poco atenta a cosas tan sutiles, había cogido de las manos de su amigo las flores, y combinaba sus risueños colores.

—Yo tenía una idea sobre esto —añadió el ciego con mucha energía—, una idea con la cual estoy encariñado desde hace algunos meses. Sí, lo sostengo, lo sostengo... No, no me hacen falta los ojos para esto. Yo le dije a mi padre: "Concibo un tipo de belleza encantadora, un tipo que contiene todas las bellezas posibles; ese tipo es la Nela." Mi padre se echó a reír y me dijo que sí.

La Nela se puso como amapola y no supo responder nada. Durante un breve instante de terror y ansiedad, creyó que el ciego la estaba mirando.

—Sí, tú eres la belleza más acabada que puede imaginarse —añadió Pablo con calor—. ¿Cómo podría suceder que tu bondad, tu inocencia, tu candor, tu gracia, tu imaginación, tu alma celestial y cariñosa que ha sido capaz de alegrar mis tristes días; cómo podría suceder, cómo, que no estuviese representada en la misma hermosura... Nela, Nela —añadió balbuciente y con afán—. ¿No es verdad que eres muy bonita?

María corrió a arrojarse en los brazos de su amigo.

—Chiquilla bonita —exclamó éste, estrechándola de un modo delirante contra su pecho—, ¡te quiero con toda mi alma!

La Nela no dijo nada. En su corazón, lleno de casta ternura, se desbordaban los sentimientos más hermosos. El joven, palpitante y conturbado, la abrazó más fuerte, diciéndole al oído:

—Te quiero más que a mi vida. Ángel de Dios, quíereme o me muero.

María se soltó de los brazos de Pablo, y éste cayó en profunda meditación. A la fenomenal mujer una fuerza poderosa irresistible, la impulsaba a mirarse en el espejo del agua. Deslizándose suavemente llegó al borde, y vio allá sobre el fondo verdoso su imagen mezquina, con los ojuelos negros, la tez pecosa, la naricilla picuda, aunque no sin gracia, el cabello escaso y la movible fisonomía de pájaro. Alargó su cuerpo sobre el agua para verse el busto, y lo halló deplorablemente desairado. Las flores que tenía en la cabeza se cayeron al agua, haciendo temblar la superficie, y con la superficie, la imagen. La hija de la Canela sintió como si arrancaran su corazón de raíz, y cayó hacia atrás murmurando:

—¡Madre de Dios, qué feísima soy!

—¿Qué dices, Nela? Me parece que he oído tu voz.

—No decía nada, niño mío... Estaba pensando... sí pensaba que ya es hora de volver a tu casa. Pronto será hora de comer.

—Sí, vamos, comerás conmigo, y esta tarde saldremos otra vez. Dame la mano, no quiero que te separes de mí.

Cuando llegaron a la casa, Dn. Francisco Penáguilas estaba en el patio, acompañado de dos caballeros. Marianela reconoció al ingeniero de las minas y al individuo que se había extraviado en la Terrible la noche anterior.

—Aquí están —dijo—, el señor ingeniero y su hermano el caballero de anoche.

Miraban los tres hombres con visible interés al ciego que se acercaba.

—Hace un rato que te estamos esperando, hijo mío —dijo el padre tomando a su hijo de la mano y presentándole al doctor.

—Entremos —dijo el ingeniero.

—¡Benditos sean los hombres sabios y caritativos! —exclamó el padre, mirando a Teodoro—. Pasen ustedes, señores. Que sea bendito el instante en que ustedes entren en mi casa.

—Veamos este caso —murmuró Golfín.

Cuando Pablo y los dos hermanos entraron, D. Francisco se volvió hacia Mariquilla, que se había quedado en medio del patio inmóvil y asombrada, y le dijo con bondad:

—Mira, Nela, más vale que te vayas. Mi hijo no puede salir esta tarde.

Y luego, como viese que no se marchaba, añadió.

—Puedes pasar a la cocina. Dorotea te dará alguna chuchería.

PROSIGUEN LAS TONTERIAS

Al día siguiente, Pablo y su gufa salieron de la casa a la misma hora del anterior; más como estaba encapotado el cielo y soplaban un airecillo molesto que amenazaba convertirse en vendaval, decidieron que su paseo no fuera largo. Atravesando el prado comunal de Aldeacorba, siguieron el gran talud de las minas por Poniente con intención de bajar a las excavaciones.

—Nela, tengo que hablarte de una cosa que te hará saltar de alegría —dijo el ciego cuando estuvieron lejos de la casa—. ¡Nela, yo siento en mi corazón un alborozo!... Me parece que el Universo, las ciencias todas, la historia, la filosofía, la Naturaleza, todo eso que he aprendido, se me ha metido dentro y se está paseando por mí... es como una procesión. Ya viste aquellos caballeros que me esperaban ayer...

—Don Carlos y su hermano, el que encontramos anoche.

—El cual es un famoso sabio, que ha corrido por toda la América, haciendo maravillosas curas... Ha venido a visitar a su hermano... Como D. Carlos es tan buen amigo de mi padre, le ha rogado que me examine... ¡Qué cariñoso y qué bueno es! Primero estuvo hablando conmigo; preguntóme varias cosas, y me contó otras muy chuscas y divertidas. Después díjome que me estuviese quieto: sentí sus dedos en mis párpados... Al cabo de un rato dijo unas palabras que no entendí: eran palabras de medicina. Mi padre no me ha leído nunca nada de medicina. Acercáronme después a una ventana. Mientras me observaba con no se que instrumento, había en la sala un silencio!... El doctor dijo después a mi padre: "Lo intentaremos." Decían otras cosas en voz muy baja para que no pudiera yo entender-

las, y creo que también hablaban por señas. Cuando se retiraron, mi padre me dijo: "Hijo de mi alma, no puedo ocultarte la alegría que hay dentro de mí. Ese hombre, ese ángel de niños, me ha dado esperanza, muy poca esperanza; pero la esperanza parece que se agarra más, cuando más chica es. Quiero echarla de mí diciéndome que es imposible, no, no, casi imposible, y ella... pegada como una lapa." Así me habló mi padre. Por su voz conocí que lloraba... ¿Qué haces, Nela, estás bailando?

—No, estoy aquí a tu lado.

—Como otras veces te pones a bailar desde que te digo una cosa alegre... ¿Pero hacia dónde vamos hoy?

—El día está feo. Vámonos hacia la Trascava, que es sitio abrigado, y después bajaremos al Barco y a la Terriete.

—Bien, como tú quieras... ¡Ay! Nela, compañera mía, si fuese verdad, si Dios quisiera tener piedad de mí y me concediera el placer de verte... Aunque sólo durara un día mi vista, aunque volviera a cegar al día siguiente, ¡cuánto se lo agradecería!

La Nela no decía nada. Después de mostrar exaltada alegría, meditaba con los ojos fijos en el suelo.

—Se ven en el mundo cosas muy extrañas —añadió Pablo—, y la misericordia de Dios tiene así... ciertos exabruptos, lo mismo que los tiene su cólera. Vienen de improviso, después de largos tormentos y castigos, lo mismo que aparece la ira después de felicidades que parecían seguras y eternas, ¿no te parece?

—Sí, lo que tú esperas será —dijo la Nela con aplomo.

—¿Por qué lo sabes?

—Me lo dice mi corazón.

—Te lo dice tu corazón! ¿Y por qué no han de ser ciertos estos avisos? —manifestó Pablo con ardor—. Sí, las

almas escogidas pueden en casos dados presentir un suceso. Yo lo he observado en mí, pues como el ver no me distrae del examen de mí mismo, he notado que mi espíritu me susurraba cosas incomprensibles. Después ha venido un acontecimiento cualquiera, y he dicho con asombro: "Yo sabía algo de esto."

—A mí me sucede lo mismo —repuso la Nela—. Ayer me dijiste tú que me querías mucho. Cuando fui a mi casa, iba diciendo para mí: "Es cosa rara, pero yo sabía algo de esto."

—Es maravilloso, chiquilla mía, cómo están acordadas nuestras almas. Unidas por la voluntad, no les falta más que un lazo. Ese lazo lo tendrán si yo adquiero el precioso sentido que me falta. La idea de ver no se determina en mi pensamiento si antes no acaricio en él la idea de quererte más. La adquisición de este sentido no significa para mí otra cosa más que el don de admirar de un modo nuevo lo que ya me causa tanta admiración como amor... Pero se me figura que estás triste hoy.

—Sí que lo estoy... y si he de decirte la verdad, no se por qué... Estoy muy alegre y muy triste, las dos cosas a un tiempo. Hoy está tan feo el día... Valiera más que no hubiese día, y que fuera noche siempre.

—No, no, déjalo como está. Noche y día; si Dios quiere que yo sepa al fin diferenciarlos, ¡cuán feliz seré!... ¿Por qué nos detenemos?

—Estamos en un lugar peligroso. Apartémonos a un lado para tomar la vereda.

—¡Ah! la Trascava. Este césped resbaladizo va bajando hasta perderse en la gruta. El que cae en ella no puede volver a salir. Apartémonos, Nela; no me gusta este sitio.

—Tonto, de aquí a la entrada de la cueva hay mucho que andar. ¡Y qué bonita está hoy!

La Nela, deteniéndose y deteniendo a su compañero por el brazo, observaba la boca de la sima que se abría en el terreno en forma parecida a la de un embudo. Finísimo césped cu-

bría las vertientes de aquel pequeño cráter cóncavo y profundo. En lo más hondo, una gran peña oblonga se extendía sobre el césped entre malezas, hinojos, zarzas, juncos y cantidad inmensa de pintadas florecillas. Parecía una gran lengua. Junto a ella se adivinaba, más bien que se veía un hueco, un tragadero, oculto por espesas yerbas, como las que tuvo que cortar D. Quijote cuando se descolgó dentro de la cueva de Montesinos.

La Nela no se cansaba de mirar.

—¿Por qué dices que está bonita esa horrenda Trascava? —le preguntó su amigo.

—Porque hay en ella muchas flores. La semana pasada estaban todas secas; pero han vuelto a nacer, y está aquello que da gozo verlo. ¡Madre de Dios! Hay muchos pájaros posados allí y muchísimas mariposas que están cogiendo miel en las flores... Choto, Choto, ven aquí, no espantes a los pobres pajaritos.

El perro, que había bajado, volvió gozoso llamado por la Nela, y la pacífica república de pajarillos volvió a tomar posesión de sus estados.

—A mí me causa horror este sitio —dijo Pablo, tomando del brazo de la muchacha—. Y ahora, ¿vamos hacia las minas? Sí, ya conozco este camino. Estoy en mi terreno. Por aquí vamos derechos al Barco... Choto, anda adelante; no te enredes en mis piernas.

Descendían por una vereda escalonada.

Pronto llegaron a la concavidad formada por la explotación minera. Dejando la verde zona vegetal, habían entrado bruscamente en la zona geológica, zanja enorme, cuyas paredes, labradas por el barreno y el pico, mostraban una interesante estratificación, cuyas diversas capas ofrecían en el corte los más variados tonos y los materiales más diversos. Era aquel el sitio que a Teodoro Golfín le había parecido el interior de un gran buque naufrago, comido de las olas, y su nombre vulgar justificaba esta semejanza. Pero de día se ad-

miraban principalmente las superpuestas cortezas de la estratificación, con sus vetas sulfurosas y carbonatadas, sus sedimentos negros, sus lignitos, donde yace el negro azabache, sus capas de tierra ferruginosa que parece amasada con sangre, sus grandes y regulares láminas de roca, quebradas en mil puntos por el arte humano, y erizadas de picos, cortaduras y desgarrones. Era aquello como una herida abierta en el tejido orgánico y vista con microscopio. El arroyo de aguas saturadas de oxígeno de hierro, que corría por el centro, parecía un chorro de sangre.

—¿En dónde está nuestro asiento? —preguntó el señorito de Penáguilas—. Vamos a él. Allí no nos molestará el aire.

Desde el fondo de la gran zanja subieron un poco por ese cabroso sendero, abierto entre rotas piedras, tierra y matas de hinojo, y se sentaron a la sombra de enorme peña agrietada, que presentaba en su centro una gran hendidura. Más bien eran dos peñas, pegada la una a la otra, con irregulares bordes, como dos gastadas mandíbulas que se esfuerzan en morder.

—¡Qué bien se está aquí! —dijo Pablo—. A veces se suele salir una corriente de aire por esa gruta; pero hoy no siento nada. Lo que se siente es el gorgoteo del agua allá dentro en las entrañas de la Trascava.

—Calladita está hoy —observó la Nela—. ¿Quieres echarte?

—Pues mira que has tenido una buena idea. Anoche no he dormido, pensando en lo que mi padre me dijo, en el médico, en mis ojos... Toda la noche estuve sintiendo una mano que entraba en mis ojos y abría en ellos una puerta cerrada y mohosa.

Diciendo esto sentóse sobre la piedra, poniendo su cabeza sobre el regazo de la Nela.

—Aquella puerta —prosiguió—, que estaba allá en lo más íntimo de mi sentido, abrióse, como te he dicho, dando paso a una estancia donde estaba encerrada la idea que me persiste. ¡Ay, Nela de mi corazón, chiquilla idolatrada, si Dios

quisiera darme ese don que me falta!... Con él me creería el más feliz de los hombres, yo, que casi lo soy ya sólo con verte por amiga y compañera de mi vida. Para que los dos seamos uno solo, me falta muy poco; sólo me falta verte y recrearme en tu belleza, con ese placer de la vista que no puedo comprender aún, pero que concibo de una manera vaga. Tengo la curiosidad del espíritu, pero la de los ojos me falta. Supóngola como una nueva manera del amor que te tengo. Yo estoy lleno de tu belleza; pero hay algo en ella que no me pertenece todavía.

—¿No oyes? —dijo la Nela de improviso, demostrando interés por cosa muy distinta de lo que su amigo decía.

—¿Qué?

—Aquí dentro... ¡La Trascava!... está hablando. ¿Qué lenguaje ha de saber un chorro de agua? Sólo hay dos cosas que hablan, chiquilla mía; esas dos cosas son la lengua y la conciencia.

—Y la Trascava —observó la Nela palideciendo—. Es un murmullo, un sí, sí, sí... A ratos oigo la voz de mi madre, que dice clarito: "Hija mía, ¡que bien se está aquí".

—Es tu imaginación. También la imaginación habla; me olvidé de decirlo. La mía a veces se pone tan parlanchina, que tengo que mandarla callar. Su voz es chillona, atropellada, inaguantable; así como la de la conciencia es grave, reposada, convincente; y lo que dice no tiene refutación.

—Ahora parece que llora... Se va poquito a poco perdiendo la voz —dijo la Nela atenta a lo que oía.

De pronto salió por la gruta una ligera ráfaga de aire.

—¿No has notado que ha echado un gran suspiro?... Ahora se vuelve a oír la voz: habla bajo, y me dice al oído muy bajito, muy bajito...

—¿Qué te dice?

—Nada —replicó bruscamente María, después de una pausa—. Tú dices que son tonterías. Tendrás razón.

—Ya te quitaré yo de la cabeza esos pensamientos absurdos —dijo el ciego tomándole la mano—. Hemos de vivir juntos toda la vida. ¡Oh, Dios mío! Si no he de adquirir la facultad de que me privaste al nacer, ¿para qué me has dado esperanzas? ¡Infeliz de mí si no nazco de nuevo en manos del doctor Golfín. Porque esto será nacer otra vez. ¡Y qué nacimiento! ¡Qué nueva vida! Chiquilla mía, juro por la idea de Dios que tengo dentro de mí, clara, patente e inmutable, que tú y yo no nos separaremos jamás por mi voluntad. Yo tendré ojos, Nela, tendré ojos para poder recrearme en tu celestial hermosura, y entonces me casaré contigo. Serás mi esposa que vida... serás la vida de mi vida, el recreo y el orgullo de mi alma! ¿No dices nada a esto?

La Nela oprimió contra sí la hermosa cabeza del joven. Quiso hablar, pero su emoción no se lo permitía.

—Y si Dios no quiere otorgarme ese don —añadió el ciego—, tampoco te separarás de mí, también serás mi mujer, a no ser que te repugne enlazarte con un ciego. No, no, chiquilla mía, no quiero imponerte un yugo tan penoso. Encontrarás hombres de mérito que te amarán y que podrán hacerte feliz. Tu extraordinaria bondad, tus nobles prendas, tu seductora belleza, que ha de cautivar los corazones y encender el más puro amor en cuantos te traten, asegúrate un porvenir risueño. Yo te juro que te querré mientras viva, ciego o con vista, y que estoy dispuesto a jurarte delante de Dios un amor grande, insaciable, eterno. ¿No me dices nada?

—Sí; que te quiero mucho, muchísimo —dijo la Nela, acercando su rostro al de su amigo—. Pero no te afanes por verme. Quizás no sea yo tan guapa como tú crees.

Diciendo esto, la Nela había rebuscado en su faltriquera y sacado un pedazo de cristal azogado, resto inútil y borroso de un fementido espejo que se rompiera en casa de la Señana la semana anterior. Miróse en él; mas por causa de la pequeñez del vidrio, érale forzoso mirarse por partes, sucesiva y gradualmente, primero un ojo, después la frente. Alejándolo

pudo abarcar la mitad del conjunto. ¡Ay! ¡Cuán triste fue el resultado de sus investigaciones! Guardó el espejillo y gruesas lágrimas brotaron de sus ojos.

—Nela, sobre mi frente ha caído una gota. ¿Acaso llueve?

—Sí, niño mío, parece que llueve —dijo la Nela sollozando.

—No, es que lloras. Pues has de saber que me lo decía el corazón. Tú eres la misma bondad: tu alma y la mía están unidas por un lazo misterioso y divino: no se pueden separar, ¿verdad? Son dos partes de una misma cosa, ¿verdad?

—Verdad.

—Tus lágrimas me responden más claramente que cuanto pudieras decir. ¿No es verdad que me querrás mucho lo mismo si me dan vista que si continúo privado de ella?

—Lo mismo, sí, lo mismo —dijo la Nela con vehemencia y turbación.

—¿Y me acompañarás?...

—Siempre, siempre.

—Oye tú —exclamó el ciego con amoroso arranque—, si me dan a escoger entre no ver y perderte, prefiero...

—Prefiero no ver con los ojos tu hermosura, porque ya la veo dentro de mí clara como la verdad que proclamo interiormente. Aquí dentro estás, y tu persona me seduce y enamora más que todas las cosas.

—Sí, sí, sí —exclamó la Nela con desvarío—, yo soy hermosa, soy muy hermosa.

—Oye tú —exclamó el ciego con amoroso arranque—, tengo un presentimiento... sí, un presentimiento. Dentro de mí parece que está Dios hablándome y diciéndome que tendré

ojos, que te veré, que seremos felices... ¿No sientes tú lo mismo?

—Yo... El corazón me dice que me verás... pero me lo dice partiéndoseme.

—Veré tu hermosura, ¡qué felicidad! —exclamó el ciego con la expresión delirante que era propia de él en ciertos momentos—. Pero si ya la veo; si veo dentro de mí, clara como la verdad que proclamo y que me llena de todo.

—Sí, sí, sí... —Repitió la Nela con desvarío, espantados los ojos, trémulos los labios—. Yo soy hermosa, soy muy hermosa.

—Bendita seas tú...

—¡Y tú! —añadió ella besándole en la frente—. ¿Tienes sueño?

—Sí, principio a tener sueño. No he dormido anoche. Estoy tan bien aquí...

—Duerme, niño...

Principió a cantar como se canta a los niños para que se duerman. Poco después Pablo dormía. La Nela oyó de nuevo la voz de la Trascava, diciéndole:

—Hija mía... aquí, aquí.

LOS GOLFINES

Teodoro Golfín no se aburría en Socartes. El primer día después de su llegada pasó largas horas en el laboratorio con su hermano, y en los siguientes recorrió de un cabo a otro las minas, examinando y admirando las distintas cosas que allí había, que ya pasmaban por la grandeza de las fuerzas naturales, ya por el poder y brío del arte de los hombres. Por las noches, cuando todo callaba en el industrioso Socartes, quedando sólo en actividad los bullidores hornos, el buen doctor, que era muy entusiasta músico, se deleitaba oyendo tocar el piano a su cuñada Sofía, esposa de Carlos Golfín y madre de varios chiquillos que se habían muerto.

Los dos hermanos se profesaban el más vivo cariño. Nacidos en la clase más humilde, habían luchado solos en edad temprana por salir de la ignorancia y de la pobreza, viéndose a punto de sucumbir diferentes veces; mas tanto pudo en ellos el impulso de una voluntad heroica, que al fin llegaron jactantes a la ansiada orilla, dejando atrás las turbias olas que se agita en constante estado de naufragio el grosero mundo.

Teodoro, que era el mayor, fue médico antes que Carlos, éste ingeniero. Ayudó a éste con todas sus fuerzas mientras el joven lo necesitara, y cuando le vio en camino, tomó el camino que él quería, que era el que él necesitaba, y se fue a América. Allí trabajó juntamente con otros afamados médicos europeos, adquiriendo bien pronto fama y dinero. Hizo un viaje a España, pero cuando volvió al Nuevo Mundo, vino más tarde para regresar al poco tiempo. En cada una de estas excursiones daba la vuelta a Europa para apropiarse los progresos de la ciencia oftálmica que se cultivaba.

Era un hombre de facciones bastas, moreno, de fisonomía tan inteligente como sensual, labios gruesos, pelo negro y erizado, mirar centelleante, naturaleza incansable, constitución fuerte, si bien algo gastada por el clima americano. Su cara grande y redonda, su frente huesuda, su melena rebelde, aunque corta, el fuego de sus ojos, sus gruesas manos, habían sido motivo para que dijeran de él: "es un león negro." En efecto parecía un león, y como el rey de los animales, no dejaba de manifestar a cada momento la estimación en que a sí mismo se tenía. Pero la vanidad de aquel hombre insigne era la más disculpable de todas las vanidades, pues consistía en sacar a relucir dos títulos de gloria, a saber: su pasión por la cirugía y la humildad de su origen. Hablaba por lo general incorrectamente, por ser incapaz de construir con gracia y elegancia las oraciones. Eran sus frases rápidas y entrecortadas conforme a la emisión de su pensamiento, que era una especie de emisión eléctrica. Muchas veces Sofía al pedirle su opinión sobre cualquier cosa, decía: "A ver lo que piensa de esto la Agencia Havas."

—Nosotros —solía decir Teodoro—, aunque descendemos de las yerbas del campo, que es el más bajo linaje que se conoce, nos hemos hecho árboles corpulentos... ¡Viva el trabajo y la iniciativa del hombre!... Yo creo que los golfines, aunque aparentemente venimos de maragatos, tenemos sangre inglesa en nuestras venas... Hasta nuestro apellido parece que es de pura casta sajona. Yo lo descompondría de este modo: Gold, oro... to find, hallar... Es como si dijéramos, buscador de oro... He aquí que mientras mi hermano lo busca en las entrañas de la tierra, yo lo busco en el interior maravilloso de este universo en abreviatura que se llama el ojo humano.

En la época de esta veraz historia venía de América por la vía de New York-Liverpool, y según decía, su expatriación había cesado definitivamente; pero no le creían, por haber dicho lo mismo en otras ocasiones y haber hecho todo lo contrario.

Su hermano Carlos era un bendito, hombre muy pacífico, estudioso, esclavo de su deber, apasionado por la mineralogía y la metalurgia hasta poner a estas dos mancebas cien codos más altas que su mujer. Por lo demás, ambos cónyuges vivían en conformidad completa, o como decía Teodoro, en estado *isomórfico*, porque cristalizaban en un mismo sistema. En cuanto a él, siempre que se hablaba de matrimonio, decía riendo:

—El matrimonio sería para mí una *epigénesis* o cristal *pseudomórfico*; es decir, un sistema de cristalización que no me corresponde.

Sofía era una excelente señora de regular belleza, cada día reducida a menor expresión, por una tendencia lamentable a la obesidad. Le habían dicho que la atmósfera de carbón de piedra enflaquecía, y por eso había ido a vivir a las minas, con propósito de pasar en ellas todo el año. Por lo demás, aquella atmósfera saturada de polvo de calamina y de humo causábale no poco disgusto. No tenía hijos vivos, y su principal ocupación consistía en tocar el piano y en organizar asociaciones benéficas de señoras para socorros domiciliarios y sostenimiento de hospitales y escuelas. En Madrid, y durante buena porción de años, su actividad había hecho prodigios, ofreciendo ejemplos dignos de imitación a todas las almas aficionadas a la caridad. Ella, ayudada de dos o tres señoras de alto linaje igualmente amantes del prójimo, había logrado celebrar más de veinte funciones dramáticas, otros tantos bailes de máscaras, seis corridas de toros y dos de gallos, todo en beneficio de los pobres.

En el número de sus vehemencias, que solían ser pasajeras, contábase una que quizás no sea tan recomendable como aquella de socorrer a los menesterosos, y consistía en rodearse de perros y gatos, poniendo en estos animalejos un afecto que al mismo amor se parecía. Últimamente, y cuando residía en el establecimiento de Socartes, tenía un *toy terrier* que por encargo le había traído de Inglaterra Ulises Bull, jefe del taller de maquinaria. Era un galguito fino y elegante, delicado y mimoso como un niño. Se llamaba Lili, y había costado en Londres doscientos duros.

Los Golfines paseaban en los días buenos; en los malos tocaban el piano o cantaban, pues Sofía tenía cierto chillido que podía pasar por canto en Socartes. El ingeniero segundo tenía voz de bajo profundo. Teodoro también era bajo profundo. Carlos allá se iba; de modo que armaban una especie de coro de sacerdotes, en el cual descollaba la voz de Sofía como una sacerdotisa a quien van a llevar al sacrificio. Todas las piezas que se cantaban eran, o si no lo eran lo parecían, de sacerdotes sacrificadores y sacerdotisa sacrificada.

En los días de paseo solían merendar en el campo. Una tarde (a últimos de septiembre y seis días después de la llegada de Teodoro a las minas) volvían de su excursión en el orden siguiente: Lili, Sofía, Teodoro, Carlos. La estrechez del sendero no les permitía caminar de dos en dos. Lili llevaba su manta o gabancito azul con las iniciales de su ama. Sofía apoyaba en su hombro el palo de la sombrilla, y Teodoro llevaba en la misma postura su bastón, con el sombrero en la punta. Gustaba mucho de pasear con la deforme cabeza al aire. Pasaban al borde de la Trascava, cuando Lili, desviándose del sendero, con la elástica ligereza de sus patillas como alambres, echó a correr césped abajo por la vertiente del embudo. Primero corría, después resbalaba. Sofía dio un grito de terror. Su primer movimiento, dictado por un afecto que parecía materno, fue correr detrás del animal, tan cercano al peligro; pero su esposo la contuvo, diciendo:

—Deja que se lleve el demonio a Lili, mujer; él volverá. No se puede bajar, porque este césped es muy resbaladizo.

—¡Lili, Lili!... —gritaba Sofía, esperando que sus amantes ayes detendrían al animal en su camino de perdición, trayéndole al de la virtud.

Las voces más tiernas no hicieron efecto en el revoltoso ánimo de Lili, que seguía bajando. A veces miraba a su ama, y con sus expresivos ojuelos negros parecía decirle: "Señora, por el amor de Dios, no sea usted tan tonta."

Lili se detuvo en la gran peña blanquizca, agujereada, musgosa, que en la boca misma del abismo estaba, como encubriéndola. Fijáronse allí todos los ojos, y al punto observa-

ron que se movía un objeto. Creyeron de pronto ver un animal pequeño que se ocultaba detrás de la peña; pero Sofía lanzó un nuevo grito, el cual antes era de asombro que de terror, y dijo:

—Si es la Nela... Nela, ¿que haces ahí?

Al oír su nombre, la muchacha se mostró toda turbada y ruborosa.

—¿Qué haces ahí, loca —repitió la dama—. Coge a Lili y tráemelo... ¡Válgame Dios, lo que inventa esta criatura! ¡Miren dónde se ha ido a meter. Tú tienes la culpa de que Lili haya bajado... ¡Qué cosas le enseñas al animalito! Por tu culpa es tan malcriado y tan antojadizo.

—Esa muchacha es de la piel de Barrabás —dijo D. Carlos a su hermano—. Mira dónde se ha ido a poner.

Mientras esto se decía en el borde de la Trascava, la Nela había emprendido allá abajo la persecución de Lili, el cual, más travieso y calavera en aquel día que en ningún otro de su monótona existencia, huía de las manos de la chiquela. Gritábale la dama, exhortándole a ser juicioso y formal; pero él, poniendo en olvido las más vulgares nociones del deber, empezó a dar brincos y a mirar con descaro a su ama, como diciéndole: "Señora, ¿quiere usted irse a paseo y dejarme en paz?"

Al fin Lili dio con su elegante cuerpo en medio de las zarzas que cubrían la boca de la cueva, y allí la mantita de que iba vestido fuele de grandísimo estorbo. El animal, viéndose imposibilitado de salir de entre la maleza, empezó a ladrar pidiendo socorro.

—¡Que se me pierda, que se me mate! —exclamó gimiendo Sofía—. Nela, Nela, si me lo sacas, te doy un perro grande; ¡cácalo... ve con cuidado... Agárrate bien.

La Nela se deslizó intrépidamente, poniendo su pie sobre las zarzas y robustos hinojos que tapaban el abismo; y sosteniéndose con una mano en las asperezas de la peña, alar-

gó la otra hasta pillar el rabo de Lili, con lo cual le sacó del aprieto en que estaba. Acariciando al animal, subió triunfante a los bordes del embudo.

—Tú, tú, tú tienes la culpa —díjole Sofía de mal talante, aplicándole tres suaves coscorrónes—, porque si no te hubieras metido allí... Ya sabes que va tras de tí donde quiera que te encuentre... ¡Qué buena pieza!

Y luego, besando al descarriado animal y administrándole dos nalgadas, después de cerciorarse de que no había padecido nada de fundamento en su estimable persona, le arregló la mantita, que se le había puesto por montera, y lo entregó a la Nela, diciéndole:

—Toma, llévalo en brazos, porque estará cansado, y estas largas caminatas pueden hacerle daño. Cuidado... Anda de delante de nosotros... Cuidado, te repito... Mira que voy detrás observando lo que haces.

Púsose de nuevo en marcha la familia, precedida por la Nela. Lili miraba a su ama por encima del hombro de la Nela, y parecía decirle: "¡Ay, señora; pero qué boba es usted!"

Teodoro Golfín no había dicho nada durante el conmovedor peligro del hermoso Lili; pero cuando se pusieron en marcha por la gran pradera, donde los tres podían ir al lado uno de otro sin molestarse, el doctor dijo a la mujer de su hermano:

—Estoy pensando, querida Sofía, que ese animal te ocupa demasiado. Es verdad que un perro que cuesta doscientos duros no es un perro como otro cualquiera. Yo me pregunto por qué has empleado el tiempo y el dinero en hacerle un gabán a ese señorito canino, y no se te ha ocurrido comprarle unos zapatos a la Nela.

—¡Zapatos a la Nela! —exclamó Sofía riendo—. Y yo pregunto ¿para qué los quiere?... Tardaría dos días en romperlos. Podrás reírte de mí todo lo que quieras... bien, yo comprendo que cuidar mucho a Lili es una extravagancia... pero no podrás acusarme de falta de caridad... Alto ahí... eso sí que no te lo permito (al decir esto tomaba un tono muy serio con

evidente expresión de orgullo). Y en lo de saber practicar la caridad con prudencia y tino, tampoco creo que me eche el pie adelante persona alguna... No consiste, no, la caridad en dar sin ton ni son, cuando no existe la seguridad de que la limosna ha de ser bien empleada. ¡Si querrás darme lecciones!... Mira Teodoro, que en eso sé tanto como tú en el tratado de los ojos.

—Sí, ya sé, ya sé, querida, que has hecho maravillas. No me cuentes otra vez lo de las funciones dramáticas, bailes y corridas de toros, organizadas por tu ingenio para alivio de los pobres, ni lo de las rifas que poniendo en juego grandes sumas, han servido en primer lugar para dar de comer a unos cuantos holgazanes, quedando sólo para los enfermos un resto de poca monta. Todo eso sólo me prueba las singulares costumbres de una sociedad que no sabe ser caritativa sino bailando, toreando y jugando a la lotería... No hablemos de eso: ya conozco estas heroicidades y las admiro: también eso tiene su mérito, y no poco. Pero tú y tus amigas rara vez os acercáis a un pobre para saber de su misma boca la causa de su miseria... ni para observar qué clase de miseria le aqueja, pues hay algunas tan extraordinarias, que no se alivian con la limosna fácil del ochavo... ni tampoco con el mendrugo de pan.

—Ya tenemos a nuestro filósofo en campaña —dijo Sofía con mal humor—. ¿Qué sabes tú lo que yo he hecho ni lo que he dejado de hacer?

—No te enfades, querida —replicó Golfín—; todos mis argumentos van a parar a un punto, y es que debías haberle comprado zapatos a Nela.

—Pues mira, mañana mismo se los he de comprar.

—No, porque esta misma noche se los compraré yo. No se meta usted en mis dominios, señora.

—¡Eh!... Nela —gritó Sofía, viendo que la muchacha estaba a larga distancia—. No te alejes mucho; que te vea yo para saber lo que haces.

—¡Pobre criatura! —dijo Carlos—. ¡Quién ha de decir que eso tiene dieciséis años!

—Atrasadilla está. ¡Qué desgracia! —exclamó Sofía—. Y yo me pregunto: ¿para qué permite Dios que tales criaturas vivan?... Y me pregunto también: ¿qué es lo que se puede hacer por ella? Nada, nada más que darle de comer, vestirla hasta cierto punto... Ya se ve... rompe todo lo que le ponen encima. Ella no puede trabajar porque se desmaya; ella no tiene fuerzas para nada. Saltando de piedra en piedra, subiéndose a los árboles y jugando y enredando todo el día y cantando como los pájaros, cuando se le pone encima conviértese pronto en girones...

—Pues yo he observado en la Nela —dijo Carlos—, algo de inteligencia y agudeza de ingenio bajo aquella corteza de candor y salvaje rusticidad. No, señor; la Nela no es tonta ni mucho menos. Si alguien se hubiera tomado el trabajo de enseñarle alguna cosa, habría aprendido mejor quizás que la mayoría de los chicos. ¿Qué creen ustedes? La Nela tiene imaginación; por tenerla y carecer hasta de la enseñanza más rudimentaria, es sentimental y supersticiosa.

—Eso es, se halla en la situación de los pueblos primitivos —dijo Teodoro—. Está en la época del pastoreo.

—Ayer precisamente —añadió Carlos—, pasaba yo por la Trascava y la vi en el mismo sitio donde la hemos hallado hoy. La llamé, hícela salir, le pregunté qué hacía en aquel sitio, y con la mayor sencillez del mundo me contestó que estaba hablando con su madre... Tú no sabes que la madre de la Nela se arrojó por esa sima.

—Es decir, que se suicidó —dijo Sofía—. Era una mujer de mala vida y peores ideas, según he oído contar. Carlos no estaba aquí todavía, pero nos han dicho que se embriagaba como un fogonero. Y yo me pregunto: ¿Esos seres tan envilecidos que terminan una vida de crímenes con el mayor de todos, que es el suicidio, merecen la compasión del género humano? Hay cosas que horripilan; hay personas que no debieran haber nacido, no señor, y Teodoro podrá decir todas las sutilezas que quiera, pero yo me pregunto...

—No, no te preguntes nada, hermana querida —dijo vivamente Teodoro—. Yo te responderé que el suicida merece la más viva, la más cordial compasión. En cuanto a vituperio, échesele encima todo el que haya disponible, pero al mismo tiempo... bueno será indagar qué causas le llevaron a tan horrible extremo de desesperación... y observaría si la sociedad no le ha dejado abierta, desamparándole en absoluto, la puerta de ese abismo horrendo que le llama...

—¡Desamparado de la sociedad! Hay algunos que lo están... —dijo Sofía con impertinencia—. La sociedad no puede amparar a todos. Mira la estadística, Teodoro; mírala y verás la cifra de pobres... Pero si la sociedad desampara a alguien, ¿para qué sirve la religión?

¿Refiérome al miserable desesperado que reúne a todas las miserias la miseria mayor, que es la ignorancia... El ignorante envilecido y supersticioso sólo posee nociones vagas y absurdas de la divinidad... Lo desconocido, lejos de detenerle, le impulsa más a cometer su crimen... Rara vez hará beneficios la idea religiosa al que vegeta en estúpida ignorancia. A él no se acerca amigo inteligente, ni maestro, ni sacerdote. No se le acerca sino el juez que ha de mandarle a presidio... Es singular el rigor con que condenáis vuestra propia obra —añadió con vehemencia, enarbolando el palo en cuya punta tenía su sombrero—. Estáis viendo delante de vosotros, al pie mismo de vuestras cómodas casas, a una multitud de seres abandonados, faltos de todo lo que es necesario a la niñez, desde los padres hasta los juguetes... les estáis viendo, sí... nunca se os ocurre infundirles un poco de dignidad, haciéndoles saber que son seres humanos, dándoles las ideas de que carecen; no se os ocurre ennoblecerlas, haciéndoles pasar del bestial trabajo mecánico al trabajo de la inteligencia; les veis viviendo en habitaciones inmundas, mal alimentados, perfeccionándose cada día en su salvaje rusticidad, y no se os ocurre extender un poco hasta ellos las comodidades de que estáis rodeados... ¡Toda la energía la guardáis luego para declamar contra los homicidios, los robos y el suicidio, sin reparar que sostenéis escuela permanente de estos tres crímenes!

—No sé para qué están ahí los asilos de beneficencia -

—dijo agriamente Sofía—. Lee la estadística, Teodoro, --léela, y verás el número de desdichados... Lee la estadística...

—Yo no leo la estadística, querida hermana, ni me hace falta para nada tu estadística. Buenos son los asilos; pero no, no bastan para resolver el gran problema que ofrece la orfandad. El miserable huérfano, perdido en las calles y en los campos, desamparado de todo cariño personal y amparado sólo por las corporaciones, rara vez llena el vacío que forma en su alma la carencia de familia... ¡oh!, vacío donde debían estar, y rara vez están, la nobleza, la dignidad y la estimación de sí mismo. Sobre este tema tengo una idea, es una idea mía; quizás os parezca un disparate.

—Dínosla.

—El problema de la orfandad y de la miseria infantil no se resolverá nunca en absoluto, como no se resolverán --tampoco sus compañeros los demás problemas sociales; pero habrá un alivio a mal tan grande cuando las costumbres, apoyadas por las leyes... por las leyes, ya veis que esto no es cosa de juego, establezcan que todo huérfano, cualquiera que sea su origen... no reírse... tenga derecho a entrar en calidad de hijo adoptivo en la casa de un matrimonio acomodado -- que carezca de hijos. Ya se arreglarían las cosas de modo -- que no hubiera padres sin hijos, ni hijos sin padres.

—Con tu sistema —dijo Sofía—, ya se arreglarían las cosas de modo que nosotros fuésemos padres de la Nela.

—¿Por qué no? —repuso Teodoro—. Entonces no gastaríamos doscientos duros en comprar un perro, ni estaríamos todo el santo día haciendo mimos al señorito Lilí.

—¿Y por qué han de estar exentos de esa graciosa ley -- los solteros ricos? ¿Por qué no han de cargar ellos también con su huérfano como cada hijo de vecino?

—No me opongo —dijo el doctor mirando al suelo—. ¿Pe-ro qué es esto?... ¡sangre!

Todos miraron al suelo, donde se veían de trecho en trecho pequeñas manchas de sangre.

—¡Jesús! —exclamó Sofía, apretando los ojos—. Si es la Nela. Mira cómo se ha puesto los pies.

—Ya se ve... Como tuvo que meterse entre las zarzas para coger a tu dichoso Lilí. Nela, ven acá.

La Nela, cuyo pie derecho estaba ensangrentado se acercó cogeando.

—Dame al pobre Lilí —dijo Sofía, tomando el canino de manos de la vagabunda—. No vayas a hacerle daño. ¿Te duele mucho? ¡Pobrecita! Eso no es nada. ¡Oh!, cuánta sangre!... No puedo ver eso.

Sensible y nerviosa, Sofía se volvió de espaldas acariciando a Lilí.

—A ver, a ver qué es eso —dijo Teodoro, tomando a la Nela en sus brazos y sentándola en una piedra de la cerca inmediata.

Poniéndose sus lentes, le examinó el pie.

—Es poca cosa; dos o tres rasguños... Me parece que tienes una espina dentro... ¿Te duele? Sí, aquí está la pícara... Aguarda un momento. Sofía, echa a andar, si te molesta ver una operación quirúrgica.

Mientras Sofía daba algunos pasos para poner su precioso sistema nervioso a cubierto de toda alteración. Teodoro -- Golfín sacó su estuche, del estuche unas pinzas, y en un santiamén extrajo la espina.

—¡Bien por la mujer valiente! —dijo, observando la serenidad de la Nela—. Ahora vendemos el pie.

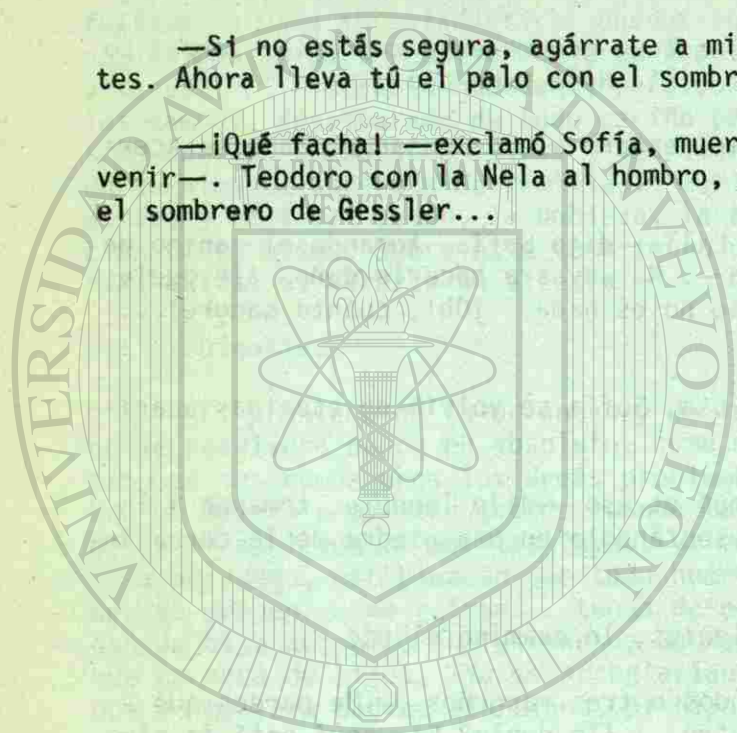
Con su pañuelo vendó el pie herido. Marianela trató de andar. Carlos le dio la mano.

—No, no, ven acá —dijo Teodoro, tomando a Marianela por los brazos.

Con un rápido movimiento levantóla en el aire y la sentó sobre su hombro derecho.

—Si no estás segura, agárrate a mis cabellos; son fuertes. Ahora lleva tú el palo con el sombrero.

—¡Qué facha! —exclamó Sofía, muerta de risa al verlos venir—. Teodoro con la Nela al hombro, y luego el palo con el sombrero de Gessler...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

HISTORIA DE DOS HIJOS DEL PUEBLO

—Aquí tienes, querida Sofía —dijo Teodoro—, un hombre que sirve para todo. Este es el resultado de nuestra educación, ¿verdad, Carlos? Como no hemos sido criados con mimos; como desde nuestra más tierna infancia nos acostumbramos a la idea de que no había nadie inferior a nosotros... Los hombres que se forman solos, como nosotros nos formamos; los que, sin ayuda de nadie, ni más amparo que su voluntad y noble ambición, han logrado salir triunfantes en la *lucha por la existencia*... sí, ¡demonio!, éstos son los únicos que saben cómo se ha de tratar a un menesteroso. No te cuento diversos hechos de mi vida, atañederos a esto del prójimo como a ti mismo, por no caer en el feo pecado de la propia alabanza y por temor de causar envidia a tus rifas y a tus bailoteos filantrópicos. Quédese esto aquí.

—Cuéntalos, cuéntalos otra vez, Teodoro.

—No, no... todo eso debe callarse, así lo manda la modestia. Confieso no poseo en alto grado esta virtud preciosa; yo no carezco de vanidades, y entre ellas tengo la vanidad de haber sido mendigo, de haber pedido limosna de puerta en puerta, de haber andado descalzo con mi hermanito Carlos y dormir con él en los huecos de las puertas, sin amparo, sin abrigo, sin familia. Yo no sé qué extraordinario rayo de energía y de voluntad vibró dentro de mí. Tuve una inspiración. Comprendí que delante de nuestros pasos se abrían dos sendas: la del presidio, la de la gloria. Cargué en mis hombros a mi pobre hermanito, lo mismo que hoy cargo a la Nela, y dije: "Padre nuestro que estás en los cielos, sálvanos..." Ello es que nos salvamos. Yo aprendí a leer y enseñé a leer a mi hermano. Yo serví a diversos amos, que

me daban de comer y me permitían ir a la escuela. Yo guardaba mis propinas; yo compré una hucha... Yo reuní para comprar libros... Yo no sé como entré en los Escolapios; pero ello es que entré, mientras mi hermano se ganaba su pan haciendo de mozo de recados en una tienda de ultramarinos...

—¡Qué cosas tienes! —exclamó Sofía muy desazonada, porque no gustaba de oír aquel tema—. Y yo me pregunto: ¿a qué viene el recordar tales niñerías? Además, tú las exageras mucho.

—No exagero nada —dijo Teodoro con brío—. Señora, oiga usted y calle... Voy a poner cátedra de esto... Oíganme todos los pobres, todos los desamparados, todos los niños perdidos... Yo entré en los Escolapios como Dios quiso; yo aprendí como Dios quiso... Un bendito padre diome buenos consejos y me ayudó con sus limosnas... Sentí afición a la medicina... ¿Cómo estudiarla sin dejar de trabajar para comer? ¡Problema terrible!... Querido Carlos, ¿te acuerdas de cuando entramos los dos a pedir trabajo en una barbería de la antigua calle de Cofreros?... Nunca habíamos cogido una navaja en la mano; pero era preciso ganarse el pan afeitando... Al principio ayudábamos... ¿te acuerdas. Carlos?... Después empuñamos aquellos nobles instrumentos... La flebotomía fue nuestra salvación. Yo empecé a estudiar la anatomía. ¡Ciencia admirable, divina! Tanto era el trabajo escolástico, que tuve que abandonar la barbería de aquel famoso maestro Cayetano... El día en que me despedí, él lloraba... Diome dos duros y su mujer me obsequió con unos pantalones viejos de su esposo... Entré a servir de ayuda de cámara. Dios me protegía dándome siempre buenos amos. Mi afición al estudio interesó a aquellos benditos señores, que me dejaban libre todo el tiempo que podían. Yo velaba estudiando. Yo estudiaba durmiendo. Yo deliraba, y limpiando la ropa repasaba en la memoria las piezas del esqueleto humano... Me acuerdo que el cepillar la ropa de mi amo me servía para estudiar la miología... Limpiando una manga, decía: "músculo deltoides, bíceps, gran supador, cubital," y en los pantalones: "músculos glúteos, psosas, gemelos, tibial, etc..." En aquella casa dábanme sobras de comida, que yo llevaba a mi hermano, habitante en casa de unos dignos ropavejeros. ¿Te acuerdas, Carlos?

—Me acuerdo —dijo Carlos con emoción—. Y gracias que encontré quien me diera casa por un pequeño servicio de llevar cuentas. Luego tuve la dicha de tropezar con aquel coronel retirado, que me enseñó las matemáticas elementales.

—Bueno: no hay guiñapo que no saquen ustedes hoy a la calle —observó Sofía.

—Mi hermano me pedía pan —añadió Teodoro—, y yo respondía: "¿Pan has dicho?, toma matemáticas..." Un día mi amo me dio entradas para el teatro de la Cruz; llevé a mi hermano y nos divertimos mucho; pero Carlos cogió una pulmonía... Obstáculo terrible, inmenso! Esto era recibir un balazo al principio de la acción... Pero no, ¿quién desmaya?, adelante... a curarle se ha dicho. Un profesor de la Facultad, que me había tomado gran cariño, se prestó a curarle.

—Fue milagro de Dios que me salvara en aquel cuchitril humilde, almacén de trapo viejo, de hierro viejo y de cuero viejo.

—Dios estaba con nosotros... bien claro se veía... se había puesto de nuestra parte... ¡Oh, bien sabía yo a quién me arrimaba! —prosiguió Teodoro, con aquella elocuencia nerviosa, rápida, ardiente, que era tan suya como las melenas negras y la cabeza de león—. Para que mi hermano tuviera medicina, fue preciso que yo me quedara sin ropa. No pueden andar juntas la farmacopea y la indumentaria. Receta tras receta, el enfermo consumió mi capa, después mi levita... mis calzones se convirtieron en píldoras... Pero mis amos no me abandonaban... volvía a tener ropa y mi hermano salió a la calle. El médico me dijo: "que vaya a convalecer al campo..." Yo medité... ¿Campo dijiste? Que vaya a la escuela de Minas. Mi hermano era gran matemático. Yo le enseñé la química... Pronto se aficionó a los pedruscos, y antes de entrar en la escuela, ya salía al campo de San Isidro a recoger guijarros. Yo seguía adelante en mi navegación por entre olas y huracanes... Cada día era más médico, un famoso operador me tomó por ayudante; dejé de ser criado... Empecé a servir a la ciencia... mi amo cayó enfermo; asistíle como una hermana de la Caridad... Murió, dejándome un legado... ¡Cosa graciosa! Consistía en un bastón, una máquina para hacer cigarrillos,

un cuerno de caza y cuatro mil reales en dinero. ¡Una fortuna!... Mi hermano tuvo libros, yo ropa, y cuando me vestí de gente, empecé a tener enfermos. Parece que la humanidad perdía la salud sólo por darme trabajo... ¡Adelante, siempre adelante!... Pasaron años, años... al fin vi desde lejos el puerto de refugio después de grandes tormentas... Mi hermano y yo bogábamos sin gran trabajo... ya no estábamos tristes... Dios sonreía dentro de nosotros. ¡Bien por los Golfines!... Dios les había dado la mano. Yo empecé a estudiar los ojos y en poco tiempo dominé la catarata; pero yo quería más... Gané algún dinero; pero mi hermano consumía bastante... Al fin Carlos salió de la escuela... ¡Vivan los hombres valientes!... Después de dejarle colocado en Riotinto con un buen suelo, me marché a América. Yo había sido una especie de Colón, el Colón del trabajo; y una especie de Hernán Cortés; yo había descubierto en mí un Nuevo Mundo, y después de descubrirlo, lo había conquistado.

—Alábate, pandero —dijo Sofía riendo.

—Si hay héroes en el mundo, tú eres uno de ellos —afirmó Carlos, demostrando gran admiración por su hermano.

—Prepárese usted ahora, señor semi-Dios —dijo Sofía—, a coronar todas sus hazañas haciendo un milagro, que milagro será dar la vista a un ciego de nacimiento... Mira, allí sale D. Francisco a recibirnos.

Avanzando por lo alto del cerro que limita las minas del lado del Poniente, habían llegado a Aldeacorba y a la casa del señor de Penáguilas, que echándose el chaquetón a toda prisa, salió al encuentro de sus amigos. Caía la tarde.

EL PATRIARCA DE ALDEACORBA

—Ya la están ordeñando —dijo antes de saludarles—. Pongo que todos tomarán leche. ¿Cómo va ese valor, doña Sofía?... ¿Y Ud. D. Teodoro?... ¡Buena carga se ha echado auestas! ¿Qué tiene María Canela?... una patita mala. ¿De cuándo acá gastamos esos mimos?

Entraron todos en el patio de la casa. Oíanse los graves mugidos de las vacas que acababan de entrar en el establo, y este rumor, unido al grato aroma campesino del heno que los brazos subían al pajar, recreaba dulcemente los sentidos y el ánimo.

El médico sentó a la Nela en un banco de piedra, y ella paralizada por el respeto, no se atrevía a hacer movimiento alguno, y miraba a su bienhechor con asombro.

—¿En dónde está Pablo? —preguntó el ingeniero.

—Acaba de bajar a la huerta —replicó el señor de Penáguilas, ofreciendo una rústica silla a Sofía—. Mira, Nela, y acompañaale. ®

—No, no quiero que ande todavía —objetó Teodoro deteniéndola—. Además, va a tomar leche con nosotros.

—¿No quiere usted ver a mi hijo esta tarde? —preguntó el señor de Penáguilas.

—Con el examen de ayer me basta —replicó Golfín—. Puede hacerse la operación.

—¿Con éxito?

—¡Ah! ¡Con éxito!... eso no se puede decir ¡Cuán gran placer sería para mí dar la vista a quien tanto la merece! Su hijo de usted posee una inteligencia de primer orden, una fantasía superior, una bondad exquisita. Su absoluto desconocimiento del mundo visible hace resaltar más aquellas grandiosas cualidades... se nos presentan solas, admirablemente sencillas, con todo el candor y el encanto de las grandes creaciones de la Naturaleza, donde no ha entrado el arte de los hombres. En él todo es idealismo, un idealismo grandioso, enormemente bello. Es como un yacimiento colosal, como el mármol en las canteras... No conoce la realidad... vive la vida interior, la vida de la ilusión pura... ¡Oh! ¡Si pudiéramos darle vista!... A veces me digo: "si al darle la vista le convertirémos de ángel en hombre..." Problema y duda tenemos aquí... Pero hagámosle hombre; ese es el deber de la ciencia; traigámosle del mundo de las ilusiones a la esfera de la realidad, y entonces, dado su poderoso pensar, será verdaderamente inteligente y discreto; entonces sus ideas serán exactas y tendrá el don precioso de apreciar en su verdadero valor todas las cosas.

Sacaron los vasos de leche blanca, espumosa, tibia, rebosando de los bordes con hirviente oleada. Ofreció Penáguilas el primero a Sofía, y los caballeros se apoderaron de los otros dos. Golfín dio el suyo a la Nela, que, abrumada de vergüenza, se negaba a tomarlo.

—Vamos, mujer —dijo Sofía—, no seas mal criada; toma lo que te dan.

—Otro vaso para el señor D. Teodoro —Dijo D. Francisco al criado.

Oyóse en seguida el rumorcillo de los chorros que salían de la estrujada ubre.

—Y tendrá la apreciación justa de todas las cosas —dijo D. Francisco, repitiendo esta frase del doctor, la cual

había hecho no poca impresión en su espíritu—. Ha dicho usted, señor D. Teodoro, una cosa admirable. Y ya que de esto hablamos, quiero confiarle las inquietudes que hace días tengo. Sentaréme también.

Acomódese D. Francisco en un banco que a la mano tenía. Teodoro, Carlos y Sofía se habían sentado en sillas traídas de la casa, y la Nela continuaba en el banco de piedra. La leche que acababa de tomar le había dejado un bigotillo blanco a su labio superior.

—Pues decía, señor D. Teodoro, que hace días me tiene inquieto el estado de exaltación en que se halla mi hijo: yo atribuyo a la esperanza que le hemos dado... Pero hay más, hay más. Ya sabe usted que acostumbro leerle diversos libros. Creo que se ha enardecido demasiado su pensamiento con mis lecturas, y que se ha desarrollado en él una cantidad de ideas superior a la capacidad del cerebro de un hombre que vive. No sé si me explico bien.

—Perfectamente.

—Sus cavilaciones no acaban nunca. Yo me asombro de su firmeza y del meollo y agudeza de sus discursos. Creo que su seguridad está llena de mil errores por la falta de método y por el desconocimiento del mundo visible.

—No puede ser de otra manera.

—Pero lo más raro es que, arrastrado por su imaginación potente, la cual es como un Hércules atado con cadenas dentro de un calabozo y que forcejea por romper hierros y muros...

—Muy bien, muy bien dicho.

—Su imaginación, digo, no puede contenerse en la obscuridad de sus sentidos, y viene a este nuestro mundo de luz y quiere suplir con sus atrevidas creaciones la falta del sentido de la vista. Pablo posee un espíritu de indagación asombroso; pero este espíritu de investigación es un valiente pájaro con las alas rotas. Hace días que está delirante, no duerme, y su afán de saber raya en locura. Quiere que a todas

horas le lea libros nuevos, y a cada pausa hace las observaciones más agudas con una mezcla de candor que me hace reír. Afirma y sostiene grandes absurdos, y vaya usted a contradecirle... Temo mucho que se me vuelva maniático; que se desquicie su cerebro... ¡Si viera usted cuán triste y caviloso se pone a veces!... Y coge un tema, y dale que le darás, no lo suelta en una semana. Hace días que no sale de un tema tan gracioso como original. Ha dado en sostener que la Nela es bonita.

Oyéronse risas, y la Nela se quedó como púrpura.

—¡Qué la Nela es bonita! —exclamó Teodoro Golfín cariñosamente—. Pues sí que lo es.

—Ya lo creo, y ahora que tiene su bigote blanco —dijo Sofía.

—Pues sí que es guapa —repitió Teodoro, tomándole la cara—. Sofía, dame tu pañuelo... Vamos, fuera ese bigote.

Teodoro devolvió a Sofía su pañuelo después de afeitarse a la Nela. Díjole a ésta D. Francisco que fuese a acompañar al ciego, y cojeando entró en la casa.

—Y cuando le contradigo —añadió el señor de Aldeacorba—, mi hijo me contesta que el don de la vista quizás altere en mí, ¡qué disparate más gracioso!, la verdad de las cosas.

—No le contradiga usted y suspenda por ahora absolutamente las lecturas. Durante algunos días ha de adoptar un régimen de tranquilidad absoluta. Hay que tratar al cerebro con grandes miramientos antes de emprender una operación de esta clase.

—Si Dios quiere que mi hijo vea —dijo el señor de Penáguilas con fervor—, le tendré a usted por el más grande, por el más benéfico de todos los hombres. La obscuridad de sus ojos es la obscuridad de mi vida: esa sombra negra ha hecho tristes mis días, entenebreciéndome el bienestar material que poseo. Soy rico: ¿de qué me sirven mis riquezas?

...da de lo que él no pueda ver es agradable para mí. Hace un mes he recibido la noticia de haber heredado una gran fortuna... ya sabe usted, señor D. Carlos, que mi primo Faustino ha muerto en Matamoros. No tiene hijos; le heredan mi hermano Manuel y yo... Esto es echar margaritas a los cerros, y no lo digo por mi hermano, que tiene una hija preciosa ya casadera; dígolo por este miserable que no puede hacer disfrutar a su único hijo las delicias honradas de una buena posición.

Siguió a estas palabras un largo silencio, sólo interrumpido por el cariñoso mugido de las vacas en el cercano establo.

—Para él —añadió el patriarca de Aldeacorba con profunda tristeza—, no existe el goce del trabajo, que es el primero de todos los goces. No conociendo las bellezas de la naturaleza, ¿qué significan para él la amenidad del campo ni las delicias de la agricultura? Yo no sé cómo Dios ha podido privar a un ser humano de admirar una res gorda, un árbol majado de peras, un prado verde, y de ver apilados los frutos de la tierra, y de repartir su jornal a los trabajadores, de leer en el cielo el tiempo que ha de venir. Para él no existe más vida que una cavilación febril. Su vida solitaria ni aun tendrá el consuelo de la familia, porque cuando yo muera ¿qué familia tendrá el pobre ciego? Ni él querrá casarse, ni habrá mujer de punto que con él se despose, a pesar de sus riquezas, ni yo le aconsejaré tampoco que tome estado. Así es que cuando el señor D. Teodoro me ha dado la esperanza... he visto el cielo abierto; he visto una especie de paraíso en la tierra... he visto un joven y alegre y sencillo matrimonio; he visto ángeles, nietecillos alrededor de mí; he visto mi sepultura embellecida y perfumada con las flores de mi infancia, con las tiernas caricias que aun después de mi última hora subsistirán acompañándome debajo de la tierra... Ustedes no comprenden esto; no saben que mi hermano Manuel, que es más bueno que el buen pan, luego que ha tenido noticia de mis esperanzas, ha empezado a hacer cálculos y más cálculos... Vean ustedes que dice... (Sacó varias cartas que revolvió breve rato sin dar con la que buscaba.) En resumiendo cuentas, él está loco de contento, y me ha dicho: "Casate a mi Florentina con tu Pablito, y aquí tienes colocado a

interés compuesto el medio millón de pesos del primo Faustino..." Me parece que veo a Manolo frotándose las manos y dando zancajos, como es su costumbre cuando tiene una idea feliz. Les espero a él y a su hija de un momento a otro: vienen a pasar conmigo el 4 de octubre y a ver en qué para esta tentativa de dar luz a mi hijo...

Iba avanzando mansamente la noche, y los cuatro personajes rodeábanse de una sombra apacible. La casa empezaba a humear, anunciando la grata cena de aldea. El patriarca, que parecía la expresión humana de aquella tranquilidad melancólica, volvió a tomar la palabra, diciendo:

—La felicidad de mi hermano y la mía dependen de que yo tenga un hijo que ofrecer por esposo a Florentina, que es tan guapa como la madre de Dios, como la Virgen María inmaculada, según la pintan cuando viene el ángel a decirle: "el Señor es contigo..." Mi ciego no servirá para el caso... pero mi hijo Pablo con vista será la realidad de todos mis sueños y la bendición de Dios entrando en mi casa.

Callaron todos, hondamente impresionados por la relación tan patética como sencilla del bondadoso padre. Este llevó a sus ojos la mano basta y ruda, endurecida por el arado, y se limpió una lágrima.

—¿Qué dices tú a eso, Teodoro? —preguntó Carlos a su hermano.

—No digo más sino que he examinado a conciencia este caso, y que no encuentro motivos suficientes para decir: "no tiene cura," como han dicho los médicos famosos a quienes he consultado nuestro amigo. Yo no aseguro la curación; pero no la creo imposible. El examen catóptrico que hice ayer no me indica lesión retiniana ni alteración de los nervios de la visión. Si la retina está bien, todo se reduce a quitar de en medio un tabique importuno... El cristalino, volviéndose se opaco y a veces duro como piedra, es el que nos hace estas picardías... Si todos los órganos desempeñaran su papel como les está mandado... Pero allí, en esa república del ojo, hay muchos holgazanes que se atrofian...

—De modo que todo queda reducido a una simple catarata congénita —dijo el patriarca con afán.

—¡Oh, no, señor; si fuera eso sólo, seríamos felices! Bastaba decretar la cesantía de ese funcionario que tan mal cumple su obligación... Le mandan que dé paso a la luz, y en vez de hacerlo, se congestiona, se altera, se endurece, se vuelve opaco como una pared. Hoy algo más, señor D. Francisco. El iris tiene fisura. La pupila necesita que pongamos la mano en ella. Pero de todo eso me río yo, si cuando me poseo de ese ojo, por tanto tiempo dormido, entro en él y encuentro la coroides y la retina en buen estado. Si por el contrario, después que aparte el cristalino, entro con la luz de mi nuevo palacio recién conquistado, y me encuentro con una amaurosis total... Si fuera incompleta, habríamos ganado mucho; pero si es general... Contra la muerte del aparato nervioso de la visión no podemos nada. Nos está prohibido eternos en las honduras de la vida... ¿Qué hemos de hacer? Ineficiencia. El caso presente ha llamado extraordinariamente mi atención: hay síntomas de que los aposentos interiores no están mal. Su Majestad la retina se halla quizás dispuesta a recibir los rayos lumínicos que se le quieran presentar. Su alteza el humor vítreo probablemente no tendrá novedad. Si la larguísima falta de ejercicio en sus funciones le ha producido algo de glaucoma... una especie de tristeza... ya tratamos de arreglarle. Todo estará muy bien allá en la cámara regia... Pero pienso otra cosa. La fisura y la catarata permiten comúnmente que entre un poco de claridad, y nuestro ciego percibe claridad alguna. Esto me ha hecho cavilar... Verdaderamente que las capas corticales están muy opacas... los obstáculos que halla la luz son muy fuertes... Allá veremos, D. Francisco. ¿Tiene usted valor?

—¿Valor? ¡Que si tengo valor! —exclamó D. Francisco con cierto énfasis.

—Se necesita mucho valor para afrontar el caso siguiente...

—¿Cuál?

—Que su hijo de usted sufra una operación dolorosa y después se quede tan ciego como antes... Yo dije a usted: "La imposibilidad no está demostrada, ¿hago la operación?"

—Y yo respondí, y ahora respondo: "Hágase la operación, y cúmplase la voluntad de Dios. Adelante."

—¡Adelante! Ha pronunciado usted mi palabra.

Levantóse D. Francisco y estrechó entre sus dos manos la de Teodoro, tan parecida a la zarpa de un león.

—En este clima la operación puede hacerse en los primeros días de octubre —dijo Golfín—. Mañana fijaremos el tratamiento a que debe sujetarse el paciente... Y nos vamos, que se siente fresco en estas alturas.

Penáguilas ofreció a sus amigos casa y cena, mas no quisieron éstos aceptar. Salieron todos, juntamente con la Nela, a quien Teodoro quiso llevar consigo, y también salió D. Francisco para hacerles compañía hasta el establecimiento.

Convidados del silencio y belleza de la noche, fueron departiendo sobre cosas agradables; unas relativas al rendimiento de las minas, otras a las cosechas del país. Cuando los Golfines entraron en su casa, volvióse a la suya D. Francisco solo y triste, andando despacio y con la vista fija en el suelo. Pensaba en los terribles días de ansiedad y de esperanza, de sobresalto y dudas que iban a venir. Por el camino encontró a Choto, y ambos subieron lentamente la escalera de palo. La luna alumbraba bastante, y la sombra del patriarca subía delante de él, quebrándose en los peldaños y haciendo como unos dobles que saltaban de escalón en escalón. El perro iba a su lado. No teniendo D. Francisco otro ser a quien fiar los pensamientos que abrumaban su cerebro, dijo así:

—Choto, ¿que sucederá?

EL DOCTOR CELIPÍN

El señor Centeno, después de recrear su espíritu en las porrosas columnas del *Diario*, y la Señana, después de gustar el más embriagador deleite sopesando lo contenido en el caldín, se acostaron. Habían marchado también los hijos a reposar sobre sus respectivos colchones. Oyóse en la sala una retahíla que parecía oración o romance de ciego; oyéronse hostezos, sobre los cuales trazaba cruces el perezoso dedo... la familia de piedra dormía.

Cuando la casa fue el mismo Limbo, oyóse en la cocina el rumorcillo como de alimañas que salen de sus agujeros para buscarse la vida. Las cestas se abrieron y Celipín oyó esas palabras:

—Celipín, esta noche sí que te traigo un buen regalo:

Celipín no podía distinguir nada; pero alargando su mano como de la María dos duros como dos soles, de cuya autenticidad se cercioró por el tacto, ya que por la vista difícilmente podía hacerlo, quedándose pasmado y mudo.

Me los dio D. Teodoro —añadió la Nela—, para que comprara unos zapatos. Como yo para nada necesito zapatos, te los doy, y así pronto juntarás aquéllo.

—¡Córcholis! ¡Que eres más buena que María Santísima!... Ya poco me falta, Nela, y en cuanto apande media doce-

na de reales... ya verán quién es Celipín.

—Mira, hijito, el que me ha dado ese dinero andaba por las calles pidiendo limosna cuando era niño, y después...

—¡Córcholis! ¡Quién lo había de decir!... D. Teodoro... ¡Y ahora tiene más dinero!... Dicen que lo que tiene no lo cargan seis mulas.

—Y dormía en las calles y servía de criado y no tenía calzones... en fin, que era más pobre que las ratas. Su hermano D. Carlos vivía en una casa de trapo viejo.

—¡Jesús! ¡Córcholis! Y qué cosas se ven por esas tierras... Yo también me buscaré una casa de trapo viejo.

—Y después tuvo que ser barbero para ganarse la vida y poder estudiar.

—Mía tú... yo tengo pensado irme derecho a una barbería... Yo me pinto solo para rapar... ¡Pues soy yo poco listo en gracia de Dios! Desde que yo llegue a Madrid, por un lado rapando y por otro estudiando, he de aprender en dos meses toda la ciencia. Mía tú, ahora se me ha ocurrido que debo tirar para Médico... Sí, médico, que echando una mano a ese te pulso, otra mano al otro, se llena de dinero el bolsillo.

—Don Teodoro —dijo la Nela—, tenía menos que tú, porque tú vas a tener cinco duros, y con cinco duros parece que todo se ha de venir a la mano. Aquí de los hombres guapos. D. Teodoro y D. Carlos eran como los pájaros que andan solos por el mundo. Ellos con su buen gobierno se volvieron sabios. D. Teodoro leía en los muertos y don Carlos leía en las piedras, y así los dos aprendieron el modo de hacerse personas cabales. Por eso es D. Teodoro tan amigo de los pobres, si me hubieras visto esta tarde cuando me llevaba al hombro... Después me dio un vaso de leche y me echaba unas miradas como las que se echan a las señoras.

—Todos los hombres listos somos de ese modo— observó Celipín con petulancia—. Verás tú qué fino y galán voy a ser yo cuando me ponga mi levita y mi sombrero de una terciada de alto. Y también me calzaré las manos con eso que llaman

guantes, que no pienso quitarme nunca como no sea sino para tomar el pulso... Tendré un bastón con una porra dorada y me vestiré... eso sí, en mis carnes no se pone sino paño fino... ¡Córcholis! Te vas a reír cuando me veas.

—No pienses todavía en esas cosas de remontarte mucho, que eres más pelado que un huevo —le dijo ella—. Vete poquito a poquito; hoy me aprendo esto, mañana lo otro. Yo te aconsejo que antes de aprender eso de curar a los enfermos, debes aprender a escribir para que pongas una carta a tu madre pidiéndole perdón y diciéndole que te has ido de tu casa para afinarte, hacerte como D. Teodoro y ser un médico muy cabal.

—Calla, mujer... ¿Pues qué creías la escritura no es lo primero?... Deja tú que yo coja una pluma en la mano y verás que rasgueos de letras y qué perfiles finos para arriba y para abajo, como la firma de D. Francisco Penáguilas... ¡Escribir! A mí con esas... a los cuatro días verás qué cartas pon... Ya las oirás leer y verás qué *conclitos* los míos y qué modo aquél de echar *retólicas* que os dejen bobos a todos. ¡Córcholis! Nela, tú no sabes que yo tengo mucho talento. Lo siento aquí dentro de mi cabeza, haciéndome *burumbum*, *burumbum*, como el agua de la caldera de vapor... Como que no me deja dormir, y pienso que es que todas las ciencias se me entran aquí, y andan dentro volando a tientas como los murciélagos y diciéndome que las estudie. Todas, todas las ciencias las he de aprender, y ni una sola se me ha de quedar... verás tú...

—Pues debe de haber muchas. Pablo Penáguilas que las sabe todas, me ha dicho que son muchas y que la vida entera de un hombre no basta para una sola.

—Ríete tú de eso... Ya me verás a mí...

—Y la más bonita de todas es la de don Carlos... Porque mira tú que eso de coger una piedra y hacer con ella la... Otros dicen que hace plata y también oro. Aplícate a eso, Celipillo.

—Desengáñate, no hay saber como ese de cogerle a uno la muñeca y mirarle la lengua, y decir al momento en qué hueco del cuerpo tiene aposentado el maleficio... Dicen que D. Teodoro le saca un ojo a un hombre y le pone otro nuevo, con el cual ve como si fuera ojo nacido... *Mía* tú que eso de ver un hombre que se está muriendo, y con mandarle tomar, -- pongo el caso, media docena de mosquitos guisados un lunes -- con palos de mimbre cogidos por una doncella que se llame -- Juana, dejarle bueno y sano, es mucho aquel... Ya verás, ya verás cómo se porta D. Celipín el de Socartes. Te digo que se ha de hablar de mí hasta en La Habana.

—Bien, bien —dijo la Nela con alegría—; pero mira -- que has de ser buen hijo, pues si tus padres no quieren enseñarte, es porque ellos no tienen talento, y pues tú lo tienes, pídele por ellos a la Santísima Virgen y no dejes de -- mandarles algo de lo mucho que vas a ganar.

—Eso si lo haré. *Mía* tú, aunque me voy de la casa no es que quiera mal a mis padres, y ya verás cómo dentro de poco tiempo ves venir un mozo de la estación cargado que se re -- vienta con unos grandes paquetes; y ¿qué será? Pues refajos para mi madre y mis hermanas y un sombrero alto para mi padre. A tí puede que te mande también un par de pendientes.

—Muy pronto regalas —dijo la Nela sofocando la risa— -- ¡Pendientes para mí!...

—Pero ahora se me está ocurriendo una cosa. ¿Quieres -- que te la diga? Pues es que tú debías venir conmigo, y -- siendo dos, nos ayudaríamos a ganar y a aprender. Tú también tienes talento, que eso del pesquis a mí no se me escapa, y -- bien podías llegar a ser señora, como yo caballero. ¡Que me -- había de reír si te viera tocando el piano como doña Sofía!

—¡Qué bobo eres! Yo no sirvo para nada. Si fuera conti -- go sería un estorbo para ti.

—Ahora dicen que van a dar vista a don Pablo, y cuando -- él tenga vista nada tienes tú que hacer en Socartes. ¿Qué te -- parece mi idea?... ¿No respondes?

Pasó algún tiempo sin que la Nela contestara nada. Pre -- guntó de nuevo Celipín, sin obtener respuesta.

—Duérmete, Celipín —dijo al fin la de las cestas— -- ¡tengo mucho sueño.

—Como mi talento me deje dormir, a la buena de Dios.

Un minuto después se veía a sí mismo en figura semejan -- te a la de D. Teodoro Golfín, poniendo ojos nuevos en órbitas -- viejas, claveteando piernas rotas y arrancando criaturas a la -- muerte, mediante copiosas tomas de mosquitos guisados un lu -- nes con palos de mimbre, cogidos por una doncella. Viose cu -- bierto de riquísimos paños, con las manos aprisionadas en -- guantes olorosos y arrastrado en coche, del cual tiraban cis -- nes, que no caballos, y llamado por reyes, o solicitado de -- reina, por honestas damas requerido, alabado de magnates y -- llevado en triunfo por los pueblos todos de la tierra.

ENTRE DOS CESTAS

La Nela cerró sus conchas para estar más sola. Sigámosla; penetremos en su pensamiento. Pero antes conviene hacer algo de historia.

Habiendo carecido absolutamente de instrucción en su edad primera; habiendo carecido también de las sugerencias cariñosas que enderezan el espíritu de un modo seguro al conocimiento de ciertas verdades; habíase formado Marianela en su imaginación poderosa un orden de ideas muy singular, una teogonía extravagante y un modo rarísimo de apreciar las causas y los efectos de las cosas. La idea de Teodoro Golfín era exacta al comparar el espíritu de la Nela con los pueblos primitivos. Como en éstos, dominaba en ella el sentimiento y la fascinación de lo maravilloso; creía en poderes sobrenaturales, distintos del único y grandioso Dios, y veía en los objetos de la Naturaleza personalidades vagas que no carecían de modos de comunicación con los hombres.

A pesar de esto, la Nela no ignoraba completamente el Evangelio. Jamás le fue bien enseñado, pero había oído hablar de él. Veía que la gente iba a una ceremonia que llamaban misa, tenía idea de un sacrificio sublime, mas sus nociones no pasaban de aquí. Habíase acostumbrado a respetar, en virtud de un sentimentalismo contagioso, al Dios crucificado; sabía que aquello debía besarse; sabía además algunas oraciones aprendidas de rutina; sabía que todo aquello que no se poseía debía pedirse a Dios, pero nada más. El horrible abandono en que había estado su inteligencia hasta el tiempo de su amistad con el señorito de Penáguilas era causa de esto. Y

la amistad con aquel ser extraordinario, que desde su obscuridad exploraba con el valiente ojo de su pensamiento infatigable los problemas de la vida, había llegado tarde. En el espíritu de la Nela estaba ya petrificado lo que podremos llamar su filosofía, hechura de ella misma, un no sé qué de paganismo y de sentimentalismo, mezclados y confundidos. Debemos añadir que María, a pesar de vivir tan fuera del elemento común en que todos vivimos, mostraba casi siempre buen sentido y sabía apreciar sesudamente las cosas de la vida, como se ha visto en los consejos que daba a Celipín. La grandísima valía de su alma explica esto.

La más notable tendencia de su espíritu era la que la impulsaba con secreta pasión a amar la hermosura física, donde quiera que se encontrase. No hay nada más natural, tratándose de un ser criado en soledad profunda bajo el punto de vista de la sociedad y de la ciencia, y en comunicación abierta y constante, en trato familiar, digámoslo con la Naturaleza, poblada de bellezas imponentes o graciosas, llena de luz y colores, murmullos elocuentes y de formas diversas. Pero Marianela había mezclado con su admiración el culto, y siguiendo una ley, propia también del estado primitivo, había personificado todas las bellezas que adoraba en una sola, ideal y con forma humana. Esta belleza era la Virgen María, adquisición hecha por ella en los dominios del Evangelio, que tan imperfectamente poseía. La Virgen María no habría sido para ella el ideal más querido, si a sus perfecciones morales no reuniera todas las hermosuras, guapezas y donaires del orden físico, si no tuviera una cara noblemente hechicera y seductora, un semblante humano y divino al mismo tiempo, que a ella le parecía resumen y cifra de toda la luz del mundo, de toda la melancolía y paz sabrosa de la noche, de la música de los arroyos, de la gracia y elegancia de todas las flores, de la frescura del rocío, de los suaves quejidos del viento, de la inmaculada nieve de las montañas, del cariñoso mirar de las estrellas y de la pomposa majestad de las nubes cuando gravemente discurren por la inmensidad del cielo.

La persona de Dios representábasele terrible y ceñuda, más propia para infundir respeto que cariño. Todo lo bueno venía de la Virgen María, y a la Virgen debía pedirse todo lo que han menester las criaturas. Dios reñía y ella sonreía. Dios castigaba y ella perdonaba. No es esta última idea

tan rara para que llame la atención. Casi rigen en absoluto a las clases menesterosas y rurales de nuestro país.

También es común en éstas, cuando se junta un gran aban- dono a una gran fantasía, la fusión que hacía la Nela entre las bellezas de la Naturaleza y aquella figura encantadora - que resume en sí casi todos los elementos estéticos de la idea cristiana. Si a la soledad en que vivía la Nela hubie- ran llegado menos nociones cristianas de las que llegaron; si su apartamiento del foco de ideas hubiera sido absoluto, su paganismo habría sido entonces completo y habría adorado la luna, los bosques, el fuego, los arroyos, el sol.

Esta era la Nela que se crio en Socartes, y así llegó a los quince años. Desde esta fecha su amistad con Pablo y sus frecuentes coloquios con quien poseía tantas y tan buenas no- ciones, modificaron algo su modo de pensar; pero la base de sus ideas no sufrió alteración. Continuaba dando a la hermosu- ra física cierta soberanía augusta; seguía llena de supersti- ciones y adorando en la Santísima Virgen como un compendio de todas las bellezas naturales; haciendo de esta persona la ley moral, y rematando su sistema con las más extrañas ideas respecto a la muerte y la vida futura.

Encerrándose en sus conchas, Marianela habló así;

—Madre de Dios y mía, ¿por qué no me hiciste hermosa? ¿Por qué cuando mi madre me tuvo no me miraste desde arriba?... Mientras más me miro más fea me encuentro. ¿Para qué estoy yo en el mundo? ¿Para qué sirvo? ¿A quién puedo interesar? A uno solo, Señora y madre mía, a uno solo que me quiere porque no me ve. ¿Qué será de mí cuando me vea y deje de quererme?... porque, ¿cómo es posible que me quiera viendo este cuerpo chi- co, figurilla de pájaro, esta tez pecosa, esta boca sin gra- cia, esta nariz picuda, este pelo descolorido, esta persona - mía que no sirve sino para que todo el mundo le dé con el -- pie? ¿Quién es la Nela? Nadie. La Nela sólo es algo para - el ciego. Si sus ojos nacen ahora y los vuelve a mí y me ve, caigo muerta... El es el único para quien la Nela no es menos que los gatos y los perros. Me quiere como quieren los novios a sus novias, como Dios manda que se quieran las personas... Señora madre mía, ya que vas a hacer el milagro de darle vis- ta, hazme hermosa a mí o mátame, porque para nada estoy en el

mundo. Yo no soy nada ni nadie más que para uno solo... ¿Siento yo que recobre la vista? No, eso no, eso no. Yo quie- ro que me vea. Daré mis ojos porque él vea con los suyos; - daré mi vida toda. Yo quiero que D. Teodoro haga el milagro que dicen. ¡Benditos sean los hombres sabios! Lo que no - quiero es que mi amo me vea, no. Antes que consentir que me vea, ¡Madre mía! me enterraré viva; me arrojaré al río... Sí, sí; que se trague la tierra mi fealdad. Yo no debía haber - nacido...

Y luego, dando una vuelta en la cesta, proseguía:

—Mi corazón es todo para él. Este ciegucecito que ha te- nido el antojo de quererme mucho, es para mí lo primero del - mundo después de la Virgen María. ¡Oh! ¡Si yo fuese grande y hermosa; si tuviera el talle, la cara y el tamaño... sobre -- todo el tamaño de otras mujeres; si yo pudiese llegar a ser - señora y componerme!... ¡Ay!, entonces mi mayor delicia sería que sus ojos se recrearan en mí... Si yo fuera como las demás, cualquiera como Mariuca... ¡qué pronto buscaría el modo de ins- truirme, de afinarme, de ser una señora!... ¡Oh! ¡Madre y rei- na mía, lo único que tengo me lo vas a quitar!... ¿Para qué - permitiste que le quisiera yo y que él me quisiera a mí? Esto no debió ser así.

Y derramando lágrimas y cruzando los brazos, añadió me- dio vencida por el sueño:

—¡Ay! ¡Cuánto te quiero, niño de mi alma! Quiéreme mu- cho, a la Nela, a la pobre Nela que no es nada... Quiéreme - mucho... Déjame darte un beso en tu preciosísima cabeza... pero no abras los ojos, no me mires... ciérralos, así, así.

DE COMO LA VIRGEN MARIA SE APARECIO A LA NELA

Los pensamientos que huyen cuando somos vencidos por el sueño, suelen quedarse en acecho para volver a ocuparnos -- bruscamente cuando despertamos. Así ocurrió a Mariquilla, que habiéndose quedado dormida con los pensamientos más raros -- acerca de la Virgen María, del ciego, y de su propia fealdad, que ella deseaba ser trocada en pasmosa hermosura, con ellos mismos despertó cuando los gritos de la Señana le arrancaron de entre sus cestas. Desde que abrió los ojos, la Nela hizo su oración de costumbre a la Virgen María; pero aquel día la oración fue una retahila compuesta de la retahila ordinaria de las oraciones y de algunas piezas de su propia invención, resultando un discurso que si se escribiera habría de ser curioso. Entre otras cosas, la Nela dijo:

—Anoche te me has aparecido en sueños, Señora, y me prometiste que hoy me consolarías. Estoy despierta y me parece que todavía te estoy mirando, y que tengo delante tu cara, más linda que todas las cosas guapas y hermosas que hay en el mundo.

Al decir esto, la Nela revolvía sus ojos con desvarío -- en derredor de sí... Observándose a sí misma de la manera va ga que podía hacerlo, pensó de este modo: —A mí me pasa -- algo.

—¿Qué tienes, Nela? ¿Qué te pasa chiquilla? —le dijo la Señana, notando que la muchacha miraba con atónitos ojos a un punto fijo del espacio—. ¿Estás viendo visiones, marmota?

La Nela no respondió, porque estaba su espíritu ocupado en platicar consigo mismo, diciéndose:

—¿Qué es lo que yo tengo?... No puedo ser maleficio, porque lo que tengo dentro de mí no es la figura feísima y -- negra del demonio malo, sino una cosa celestial, una cara, -- una sonrisa y un modo de mirar que, o yo estoy tonta, o son de la misma Virgen María en persona. Señora y madre mía, ¿será verdad que hoy me vas a consolar?... ¿Y cómo me vas a consolar? ¿Qué te he pedido anoche?

—¡Eh!... chiquilla —gritó la Señana con voz desapacible, como el más destemplado sonido que puede oírse en el mundo—. Ven a lavarte esa cara de perro.

La Nela corrió. Había sentido en su espíritu un sacudimiento como el que produce la repentina invasión de una gran esperanza. Miróse en la trémula superficie del agua, y al -- instante sintió que su corazón se oprimía.

—Nada... murmuró—, tan feita como siempre. La misma -- figura de niña con alma y años de mujer.

Después de lavarse, sobrecogieronla las mismas extrañas sensaciones que había experimentado antes, al modo de congojas placenteras. Marianela, a pesar de su escasa experiencia, tuvo tino para clasificar aquellas sensaciones en el orden -- de los presentimientos.

—Pablo y yo —pensó—, hemos hablado de lo que se siente cuando va a venir una cosa alegre o triste. Pablo me ha -- dicho también que poco antes de los temblores de tierra se -- siente una cosa particular, y las personas sienten una cosa particular... y los animales sienten también una cosa parti -- cular... ¿Irá a temblar la tierra?

Arrodillándose tentó el suelo.

—No sé... pero algo va a pasar. Que es una cosa buena no puedo dudarlo. La Virgen me dijo anoche que hoy me consolaría... ¿Qué es lo que tengo?... ¿Esa señora celestial -- anda alrededor de mí? No la veo, pero la siento, está detrás, está delante.

Pasó por junto a las máquinas de lavado, en dirección al plano inclinado, y miraba con despavoridos ojos a todas partes. No veía más que las figuras de barro crudo que se agitaban con gresca infernal en medio del áspero bullicio de las cribas cilíndricas pulverizando el agua y humedeciendo el polvo. Más adelante, cuando se vio sola, se detuvo, y poniéndose el dedo en la frente y clavando los ojos en el suelo con la vaguedad que imprime a aquel sentido la duda, se hizo esta pregunta:

—¿Pero yo estoy alegre o estoy triste?

Miró después al cielo, admirándose de hallarlo lo mismo que todos los días (y era aquél de los más hermosos), y avivó el paso para llegar pronto a Aldeacorba de Suso. En vez de seguir la cañada de las minas para subir por la escalera de palo, se apartó de la hondonada por el regato que hay junto al plano inclinado, con objeto de subir a las praderas y marchar después derecha y por camino llano a Aldeacorba. Este camino era más bonito, y por eso lo prefería casi siempre. Había callejas pobladas de graciosas y aromáticas flores, en cuya multitud pastaban rebaños de abejas y mariposas; había grandes zarzales llenos del negro fruto que tanto apetecen los chicos; había grupos de guinderos, en cuyos troncos se columpiaban las madreselvas, y había también corpulentas encinas, grandes, anchas, redondas, hermosas, oscuras, que parece se recreaban contemplando su propia sombra.

La Nela seguía andando despacio, inquieta de lo que en sí misma pasaba y de la angustia deliciosa que la embargaba. Su imaginación fecunda supo al fin hallar la fórmula más propia para expresar aquella obsesión, y recordando haber oído decir *Fulano o Zutano tienen los demonios en el cuerpo*, ella dijo: "Yo tengo los ángeles en el cuerpo... Virgen María, tú estás hoy conmigo. Esto que siento son las carcajadas de tus ángeles que juegan dentro de mí. Tú no estás lejos, te veo y no te veo, como cuando vemos con los ojos cerrados".

La Nela cerraba los ojos y los volvía a abrir. Habiendo pasado junto a un bosque, dobló en ángulo del camino para llegar a un sitio donde se extendía un gran bordo de zarzas, las más frondosas, las más bonitas y crecidas de todo aquel

país. También se veían lozanos helechos, madreselvas, parras vírgenes y otras plantas de arimo, que se sostenían unas a otras por no haber allí grandes troncos. La Nela sintió que las ramas se agitaban a su derecha; miró... ¡Cielos divinos! Allí estaba dentro de un marco de verdura la Virgen María Inmaculada, con su propia cara, sus propios ojos, que al mirar ponían en sí mismos toda la hermosura del cielo. La Nela se quedó muda, petrificada, y con una sensación que era al mismo tiempo el fervor y el espanto. No pudo dar un paso, ni gritar, ni moverse, ni respirar, ni apartar sus ojos de aquella aparición maravillosa.

Había aparecido entre el follaje, mostrando completamente todo su busto y cara. Era, sí, la auténtica imagen de aquella escogida doncella de Nazareth, cuya perfección moral han tratado de expresar por medio de la forma pictórica los artistas de dieciocho siglos, desde San Lucas hasta los contemporáneos. La humanidad ha visto esta sacra persona con distintos ojos, ora con los de Alberto Dürer, ora con los de Rafael Sanzio, o bien con los de VanDick o Bartolomé Murillo. Aquella que a la Nela se apareció era según el modo rafaelesco, que es el más sobresaliente de todos, si se atiende a que la perfección de la belleza humana se acerca más que ningún otro recurso artístico a la expresión de la divinidad. El óvalo de su cara era menos angosto que el del tipo sevillano, ofreciendo la graciosa redondez del tipo itálico. Sus ojos, de admirables proporciones, eran la misma serenidad unida a la gracia, a la armonía, con un mirar tan distinto de la frialdad como del extremado relampagueo de los ojos andaluces. Sus cejas eran delicada hechura del más fino pincel, y trazaban un arco sutil y delicioso. En su frente no se concebían el ceño del enfado ni las sombras de la tristeza, y sus labios un poco gruesos, dejaban ver al sonreír, los más preciosos dientes que han mordido manzana del paraíso. Sin querer hemos ido a parar a nuestra madre Eva, cuando tan lejos está la que dio el triunfo a la serpiente de la que aplastó su cabeza; pero la consideración de las distintas maneras de la belleza humana conduce a estos y a otros más lamentables contrastes. Para concluir el imperfecto retrato de aquella visión divina que dejó desconcertada y como muerta a la pobre Nela. Diremos que su tez era de ese color de rosa tostado, o más bien moreno encendido, que forma como un rubor de-

licioso en el rostro de aquellas divinas imágenes, ante las cuales se extasían lo mismo los siglos devotos que los im-
píos.

Pasado el primer instante de estupor, lo que primero fue observado por Marianela, causándole gran confusión, fue que la bella Virgen tenía una corbata azul en su garganta, adorno que ella no había visto jamás en las Vírgenes soñadas ni en las pintadas. Inmediatamente observó también que los hombros y el pecho de la divina mujer se cubrían con un vestido, en el cual todo era semejante a los que usan las mujeres del día. Pero lo que más turbó y desconcertó a la pobre muchacha fue ver que la gentil imagen estaba cogiendo moras de zarza... y comiéndoselas.

Empezaba a hacer los juicios a que daba ocasión esta extraña conducta de la Virgen, cuando oyó una voz varonil y chillona que decía:

—¡Florentina, Florentina!

—Aquí estoy, papá; aquí estoy comiendo moras silvestres.

—¡Dale!... ¿Y qué gusto le encuentras a las moras silvestres?... ¡Caprichosa!... ¿No te he dicho que eso es más propio de los chicuelos holgazanes del campo que de una señorita criada en la buena sociedad... criada en la buena sociedad?

La Nela vio acercarse con grave paso al que esto decía. Era un hombre de edad madura, mediano de cuerpo, algo rechoncho, de cara arrebolada y que parecía echar de sí rayos de satisfacción como el sol los echa de luz; pequeño de piernas, un poco largo de nariz, y magnificado con varios objetos decorativos, entre los cuales descollaba una gran cadena de reloj y un fino sombrero de fieltro de alas anchas.

—Vamos, mujer —dijo cariñosamente el señor D. Manuel Penáguilas, pues no era otro—, las personas decentes no comen moras silvestres, ni dan esos brincos. ¿Ves?, te has estropeado el vestido... no lo digo por el vestido, que así como se te compró ése, se te comprará otro... dígoles porque la

gente que te vea podrá creer que no tienes más ropa que la puesta.

La Nela, que comenzaba a ver claro, observó los vestidos de la señorita de Penáguilas. Eran buenos y ricos; pero su figura expresaba a maravilla la transición no muy lenta del estado de aldeana al de señorita rica. Todo su atavío, desde el calzado a la peineta, era de señorita de pueblo en día del santo patrono titular. Mas eran tales y tan supinos los encantos naturales de Florentina, que ningún accidente comprendido en las convencionales reglas de la elegancia podía obscurecerlos. No podía negarse, sin embargo, que su encantadora persona estaba pidiendo a gritos una rústica saya, un cabello en trenzas y al desgaire, con aderezo de amapolas, un talle en justillo, una sarta de corales, en suma, lo que el pudor y el instinto de presunción hubieran ideado por sí, sin mezcla de ninguna invención cortesana.

Cuando la señorita se apartaba del zarzal, D. Manuel acertó a ver a la Nela a punto que ésta había caído completamente de su burro, y dirigiéndose a ella, gritó:

—¡Oh!... ¿aquí estás tú?... Mira, Florentina, ésta es la Nela... recordarás que te hablé de ella. Es la que acompaña a tu primito... a tu primito. ¿Y que tal te va por estos barrios?...

—Bien, señor D. Manuel. ¿Y usted, cómo está? —repuso Mariquilla, sin apartar los ojos de Florentina.

—Yo tan campante, ya ves tú. Esta es mi hija. ¿Qué te parece?

Florentina corría detrás de una mariposa.

—Hija mía, ¿a dónde vas?, ¿qué es eso? —dijo el padre, visiblemente contrariado—. ¿Te parece bien que corras de ese modo detrás de un insecto como los chiquillos vagabundos?... Mucha formalidad, hija mía. Las señoritas criadas entre la buena sociedad no hacen eso... no hacen eso...

D. Manuel tenía la costumbre de repetir la última frase de sus párrafos o discursos.

—No se enfade usted, papá —repitió la joven, regresando después de su expedición infructuosa hasta ponerse al amparo de las alas del sombrero paterno—. Ya sabe usted que me gusta mucho el campo y que me vuelvo loca cuando veo árboles, flores, praderas. Como en aquella triste tierra de Campó -- donde vivimos no hay nada de esto...

—¡Oh! No hables mal de Santa Irene de Campó, una villa ilustrada, donde se encuentran hoy muchas comodidades y una sociedad distinguida. También han llegado allá los adelantos de la civilización... de la civilización. Andando a mi lado juiciosamente, puedes admirar la Naturaleza; yo también la admiro sin hacer cabriolas como los volatineros. A las personas educadas entre una sociedad escogida se las conoce sólo por el modo de andar y por el modo de contemplar los objetos todos. Eso de estar diciendo a cada instante "¡ah! ¡oh!... ¡qué bonito!... ¡Mire usted, papá!" señalando a un helecho, a un roble, a una piedra, a un espinillo, a un chorro de agua, no es cosa de muy buen gusto... Creerán que te has criado en algún desierto... Con que anda a mi lado... La Nela nos dirá por dónde volveremos a casa, porque a la verdad, yo no sé donde estamos.

Tirando a la izquierda por detrás de aquella casa vieja —dijo la Nela—, se llega muy pronto... Pero aquí viene el señor don Francisco.

En efecto, apareció D. Francisco gritando:

—Que se enfría el chocolate...

—Qué quieres, hombre... Mi hija estaba tan deseosa de retozar por el campo, que no ha querido esperar, y aquí nos tienes de mata en mata como cabritillos... de mata en mata como cabritillos.

—A casa, a casa. Ven tú también, Nela, para que tomes chocolate —dijo Penáguilas, poniendo su mano sobre la cabeza de la vagabunda—. ¿Qué te parece mi sobrina?... Vaya, que es guapa... Florentina, después que toméis chocolate, la Nela os llevará a pasear a entrambos, a Pablo y a ti, y verás todas las hermosuras del país, las minas, el bosque,

el río...

Florentina dirigió una mirada cariñosa a la infeliz criatura, que a su lado parecía hecha expresamente por la Naturaleza para hacer resaltar más la perfección y magistral belleza de algunas de sus obras.

Al llegar a la casa esperábalos la mesa con las jícaras, donde aún hervía el espeso licor guayaquileño y un montoncillo de rebanadas de pan. También estaba en expectativa la mantequilla, puesta entre hojas de helechos, sin que faltaran algunas pastas y golosinas. Los vasos de transparente y fresca agua reproducían en su convexo cristal estas bellezas gastronómicas, agrandándolas.

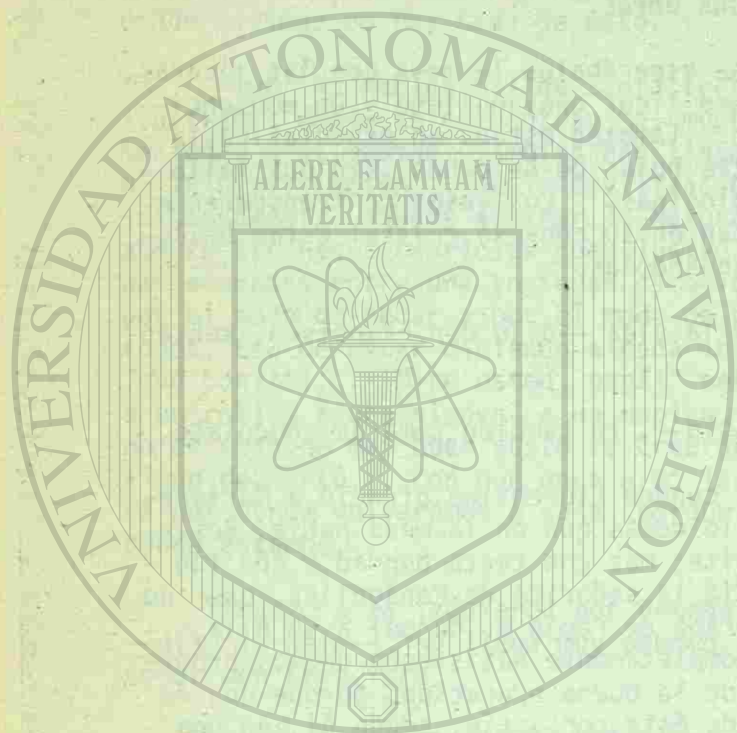
—Hagamos algo por la vida —dijo don Francisco, sentándose.

—Nela —indicó Pablo—, tú también tomarás chocolate.

No lo había dicho, cuando Florentina ofreció a Mariana el jicarón con todo lo demás que en la mesa había. Resistióse a aceptar el convite; mas con tanta bondad y con tan graciosa llaneza insistió la señorita de Penáguilas, que no hubo más que decir. Miraba de reojo D. Manuel a su hija, cual si no se hallara completamente satisfecho de los progresos de ella en el arte de la buena educación, porque una de las partes principales de ésta consistía, según él, en una fina apreciación de los distintos grados de urbanidad con que debía obsequiarse a las diferentes personas según su posición, no dando a ninguna ni más ni menos de lo que le correspondía con arreglo al fuero social; y de este modo quedaban todos en su lugar y la propia dignidad se sublimaba, conservándose en el justo medio de la cortesía, el cual estriba en no ensobrecerse demasiado delante de los ricos, ni humillarse demasiado delante de los pobres... Luego fue tomado el chocolate, don Francisco dijo:

—Váyase fuera toda la gente menuda. Hijo mío, hoy es el último día que D. Teodoro te permite salir fuera de casa. Los tres pueden ir a paseo, mientras mi hermano y yo vamos a echar un vistazo al ganado. Pájaros, a volar.

No necesitaron que se les rogara mucho. Convidados de la hermosura del día, volaron los jóvenes al campo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

LOS TRES

Estaba la señorita de pueblo muy gozosa en medio de las risueñas praderas sin la enojosa traba de las pragmáticas sociales de su señor padre, y así, en cuanto se vio a regular distancia de la casa, empezó a correr alegremente y a suspenderse de las ramas de los árboles que a su alcance estaban, para balancearse ligeramente en ellas. Tocaba con las yemas de sus dedos las moras silvestres, y cuando las hallaba maduras cogía tres, una para cada boca.

—Esta para ti, primito —decía, poniéndosela en la boca—, y esta para ti, Nela. Dejaré para mí la más chica.

Al ver cruzar los pájaros a su lado no podía resistir —movimientos semejantes a una graciosa pretensión de volar, y decía: "¿A dónde irán ahora esos bribones?" De todos los árboles cogía una rama, y abriendo la bellota para ver lo que había dentro, la mordía, y al sentir su amargor, arrojábala lejos. Un botánico atacado del delirio de las clasificaciones, no hubiera coleccionado con tanto afán como ella todas las flores bonitas que le salían al paso, dándole la bienvenida desde el suelo con sus carillas de fiesta. Con lo recolectado en media hora adornó todos los ojales de la americana de su primo, los cabellos de la Nela, y, por último, sus propios cabellos.

—A la primita —dijo Pablo—, le gustará ver las minas. Nela, ¿no te parece que bajemos?

—Sí, bajemos... Por aquí, señorita.

—Pero no me hagan pasar por túneles, que me da mucho miedo. Eso sí que no lo consiento —repuso Florentina, siguiéndoles—. Primo, ¿tú y la Nela paseáis mucho por aquí? Esto es precioso. Aquí viviría yo toda mi vida... ¡Bendito sea el hombre que te va a dar la facultad de gozar de todas estas preciosidades!

—¡Dios lo quiera! Mucho más hermosas me parecerán a mí, que jamás las he visto, que a vosotras, que estáis saciadas de verlas... No creas tú, Florentina, que yo no comprendo las bellezas; las siento en mí de tal modo, que casi, casi suplo con mi pensamiento la falta de vista.

—Eso sí que es admirable... Por más que digas —replicó Florentina—, siempre te resultarán algunos buenos chascos cuando abras los ojos.

—Podrá ser —dijo el ciego, que aquel día estaba muy lacónico.

La Nela no estaba lacónica, sino muda.

Cuando se acercaron a la concavidad de la Terrible, Florentina admiró el espectáculo sorprendente que ofrecían las rocas cretáceas, subsistentes en medio del terreno después de arrancado el mineral. Comparólo a grandes grupos de bollos, pegados unos a otros por el azúcar; después de mirarlo mucho por segunda vez, comparólo a una gran escultura de perros y gatos que se habían quedado convertidos en piedra en el momento más crítico de una encarnizada reyerta.

Sentémonos en esta ladera —dijo—, y veremos pasar los trenes con mineral, y además veremos esto que es muy curioso. Aquella piedra grande que está en medio tiene su gran boca, ¿no la ves, Nela? Y en la boca tiene un palillo de dientes; es una planta que se ha nacido sola. Parece que se ríe mirándonos, porque también tiene ojos; y más allá hay una con joroba, y otra que fuma en pipa, y dos que se están tirando de los pelos, y una que bosteza, y otra que duerme la mona, y otra que está boca abajo sosteniendo con los pies una cate-dral, y otra que empieza en guitarra y acaba en cabeza de perro con una cafetera por gorro.

—Todo eso que dices, Primita —observó el ciego—, me prueba que con los ojos se ven muchos disparates, lo cual indica que ese órgano tan precioso sirve a veces para presentar las cosas desfiguradas, cambiando los objetos de su natural forma en otra postiza y fingida; pues en lo que tienes delante de ti no hay confituras, ni gatos, ni hombres, ni palillos de dientes, ni catedrales, ni borrachos, ni cafeteras, sino simplemente rocas cretáceas y masas de tierra caliza, embadurnadas con óxido de hierro. De la cosa más sencilla hacen tus ojos un berenjenal.

—Tienes razón, primo. Por eso digo yo que nuestra imaginación es la que ve y no los ojos. Sin embargo, éstos sirven para enterarnos de algunas cositas que los pobres no tienen y que nosotros podemos darles.

Diciendo esto tocaba el vestido de la Nela.

—¿Por qué esta bendita Nela no tiene un traje mejor? —añadió la señorita de Penáguilas—. Yo tengo varios y le voy a dar uno, y además otro, que será nuevo.

Avergonzada y confusa, Marianela no alzaba los ojos.

—Es cosa que no comprendo... ¡que algunos tengan tanto y otros tan poco!... Me enfado con papá cuando le oigo decir palabrotas contra los que quieren que se reparta por igual todo lo que hay en el mundo. ¿Cómo se llaman esos tipos, Pablo?

—Esos serán los socialistas, los comunistas —replicó el joven sonriendo.

—Pues esa es mi gente. Soy partidaria de que haya reparto y de que los ricos den a los pobres todo lo que tengan de sobra... ¿Por qué esta pobre huérfana ha de estar descalza y yo no?... Ni aun se debe permitir que estén desamparados los malos, cuanto más los buenos... Yo sé que la Nela es muy buena; me lo has dicho tú anoche, me lo ha dicho también tu padre... No tiene familia, no tiene quien mire por ella. ¿Cómo se consiente que haya tanta y tanta desgracia? A mí me quema el pan la boca cuando pienso que hay muchos que no

lo prueban. ¡Pobre Mariquita, tan buena y tan abandonada!... ¡Es posible que hasta ahora no la haya querido nadie, ni nadie le haya dado un beso, ni nadie le haya hablado como se habla a las criaturas!... Se me parte el corazón de pensarlo.

Marianela estaba atónita y petrificada de asombro, lo mismo que en el primer instante de la aparición. Antes había visto a la Virgen Santísima, ahora la escuchaba.

—Mira tú, huerfanilla —añadió la Inmaculada—, y tú, Pablo, óyeme bien: yo quiero socorrer a la Nela, no como se socorre a los pobres que se encuentran en un camino, sino como se socorrería a un hermano que nos halláramos de manos a boca... ¿No dices tú que ella ha sido tu mejor compañera, tu lazarillo, tu guía en las tinieblas? ¿No dices que has visto con sus ojos y has andado con sus pasos? Pues la Nela me pertenece; yo me entiendo con ella. Yo me encargo de vestirla, de darle todo lo que una persona necesita para vivir decentemente, y le enseñaré mil cosas para que sea útil en una casa. Mi padre dice que quizás, quizás me tenga que quedar a vivir aquí para siempre. Si es así, la Nela vivirá conmigo; conmigo aprenderá a leer, a rezar, a coser, a guisar; aprenderá tantas cosas, que será como yo misma. ¿Qué pensáis? Pues sí, y entonces no será la Nela sino una señorita. En esto no me contrariará mi padre. Además, anoche me ha dicho: "Florentinilla, quizás, quizás dentro de poco, no mandaré yo en tí; obedecerás a otro dueño..." Sea lo que Dios quiera, tomo a la Nela por mi amiga. ¿Me querrás mucho?... Como has estado tan desamparada, como vives lo mismo que las flores de los campos, tal vez no sepas ni siquiera agradecer; pero yo te lo he de enseñar... ¡te he de enseñar tantas cosas!...

Marianela, que mientras oía tan nobles palabras había estado resistiendo con mucho trabajo los impulsos de llorar, no pudo al fin contenerlos, y después de hacer pucheros durante un minuto, rompió en lágrimas. El ciego, profundamente pensativo, callaba.

—Florentina —dijo al fin—, tu lenguaje no se parece al de la mayoría de las personas. Tu bondad es enorme y entusiasta como la que ha llenado de mártires la tierra y poblado

de santos el cielo.

—¡Qué exageración! —dijo Florentina, riendo.

Poco después de esto, la señorita se levantó para coger una flor que desde lejos había llamado su atención.

—¿Se fue? —preguntó Pablo.

—Sí —replicó la Nela, enjugando sus lágrimas.

—Sabes una cosa, Nela?... Se me figura que mi prima ha de ser algo bonita. Cuando llegó anoche a las diez... sentí hacia ella grande antipatía... No puedes figurarte cuánto me repugnaba. Ahora se me antoja, sí se me antoja que debe de ser algo bonita.

La Nela volvió a llorar.

—¡Es como los ángeles! —exclamó entre un mar de lágrimas—. Es como si acabara de bajar del cielo. En ella cuerpo y alma son como los de la Santísima Virgen María.

—¡Oh!, no exageres —dijo Pablo con inquietud—. No puede ser tan hermosa como dices... ¿Crees que yo, sin ojos, no comprendo dónde está la hermosura y dónde no?

—No, no; no lo puedes comprender... ¡que equivocado estás!

—Sí, sí... no puede ser tan hermosa —manifestó el ciego, poniéndose pálido y revelando la mayor angustia—. Nela, amiga de mi corazón; ¿no sabes lo que mi padre me ha dicho anoche?... Que si recobro la vista me casaré con Florentina.

La Nela no respondió nada. Sus lágrimas silenciosas corrían sin cesar, resbalando por su tostado rostro y goteando sobre sus manos. Pero ni aun por su amargo llanto podían conocerse las dimensiones de su dolor. Sólo ella sabía que era infinito.

—Ya sé por qué lloras tanto —dijo el ciego estrechando las manos de su compañera—. Mi padre no se empeñará en imponerme lo que es contrario a mi voluntad. Para mí no hay más mujer que tú en el mundo. Cuando mis ojos vean, si ven, no habrá para ellos otra hermosura más que la tuya celestial; todo lo demás será sombras y cosas lejanas que no fijarán mi atención. ¿Cómo es el semblante humano, Dios mío? ¿De qué modo se retrata el alma en las caras? Si la luz no sirve para enseñarnos un nuevo lado de nuestro pensamiento, ¿para qué sirve? Lo que es y lo que se siente, ¿no son una misma cosa? La forma y la idea, ¿no son como el calor y el fuego? ¿Pueden separarse? ¿Puedes dejar tú de ser para mí el más hermoso, el más amado de todos los seres de la tierra cuando yo me haga dueño de los inmensos dominios de la forma?

Florentina volvió. Hablaron algo más; pero después de lo que hemos escrito, nada de cuanto dijeron es digno de ser transmitido al lector.

16

LA PROMESA

En los siguientes días no pasó nada; mas vino uno en el cual ocurrió un hecho asombroso, capital, culminante, Teodoro Golfín, aquel artífice sublime en cuyas manos el cuchillo del cirujano parecía el cincel del genio, había emprendido la corrección de una delicada hechura de la Naturaleza. Intrépido y sereno, había entrado con su ciencia y su experiencia en el maravilloso recinto cuya construcción es compendio y abreviado resumen de la inmensa arquitectura del Universo. Era preciso hacer frente a los más grandes misterios de la vida, interrogarlos y explorar las causas que impedían a los ojos de un hombre el conocimiento de la realidad visible.

Para esto era preciso trabajar con ánimo resuelto, rompiendo uno de los más delicados organismos, la córnea; apoderarse del cristalino y echarlo fuera, respetando al humor vítreo; ensanchar por medio de un corte las dimensiones de la pupila, y examinar por inducción o por medio de la catóptrica el estado de la cámara posterior.

Pocas palabras siguieron a esta atrevida expedición por el interior de un mundo microscópico, empresa no menos colosal que la medida de la distancia de los astros en las infinitas magnitudes del espacio. Mudos y espantados estaban los individuos de la familia que el caso presenciaban, cuando se espera la resurrección de un muerto o la creación de un mundo no se está de otro modo. Pero Golfín no decía nada concreto;

sus palabras eran:

—Contractibilidad de la pupila... retina sensible... algo de estado pigmentario... nervios llenos de vida.

Pero el fenómeno sublime, el hecho, el hecho irrecusable, la visión, ¿dónde estaba?

—A su tiempo se sabrá —dijo Teodoro, empezando la delicada operación del vendaje—. Paciencia.

Y su fisonomía de león no expresaba desaliento ni triunfo; no daba esperanza, ni la quitaba. La ciencia había hecho todo lo que sabía. Aquí era un simulacro de creación, como otros muchos que son gloria y orgullo del siglo XIX. En presencia de tanta audacia, la Naturaleza, que no permite sean sorprendidos sus secretos, continuaba muda y reservada.

El paciente fue incomunicado con absoluto rigor. Sólo su padre le asistía. Ninguno de la familia podía verle.

Iba la Nela a preguntar por el enfermo cuatro o cinco veces; pero no pasaba de la portalada, aguardando allí hasta que salieron el señor D. Manuel, su hija o cualquier otra persona de la casa. La señorita, después de darle prolijas noticias y de pintar la ansiedad en que estaba toda la familia, solía pasear un poco con ella. Un día quiso Florentina que Marianela le enseñara su casa, y bajaron a la morada de Centeno, cuyo interior causó no poco disgusto y repugnancia a la señorita, mayormente cuando vio las cestas que a la huérfana servían de cama.

—Pronto ha de venir la Nela a vivir conmigo —dijo Florentina, saliendo a toda prisa de aquella caverna—, y entonces tendrá una cama como la mía y vestirá y comerá lo mismo que yo.

Absorta se quedó al oír estas palabras la señora de Centeno, así como la Mariuca y la Pepina, y no les ocurrió sino que a la miserable huérfana abandonada le había salido algún padre rey o príncipe, como se contaba en los cuentos y roman-

ces.

Cuando estuvieron solas, Florentina dijo a María:

—Ruégale a Dios de día y de noche que conceda a mi querido primo ese don que nosotros poseemos y de que él ha carecido. ¡En qué ansiedad tan grande vivimos! Con su vista verán mil felicidades y se remediarán muchos males. Yo he hecho a la Virgen una promesa sagrada: he prometido que si da la vista a mi primo, he de recoger al pobre más pobre que encuentre, dándole todo lo necesario para que pueda olvidar completamente su pobreza, haciéndole enteramente igual a mí por las comodidades y el bienestar de la vida. Para esto no basta vestir a una persona, ni sentarla delante de una mesa donde haya sopa y carne. Es preciso ofrecerle también aquella limosna que vale más que todos los mendrugos y que todos los trapos imaginables, y es la consideración, la dignidad, el nombre. Yo daré a mi pobre estas cosas, infundiéndole el respeto y la estimación de sí mismo. Ya he escogido a mi pobre, María; mi pobre eres tú. Con todas las voces de mi alma le he dicho a la Santísima Virgen que si devuelve la vista a mi primo, haré de ti una hermana: serás en mi casa lo mismo que soy yo, serás mi hermana.

Diciendo esto, la Virgen estrecho con amor entre sus brazos la cabeza de la Nela y dióle un beso en la frente.

Es absolutamente imposible describir los sentimientos de la vagabunda en aquella culminante hora de su vida. Un horror con el cual se confundía la imagen de la señorita de Peñaguilas, como las figuras que se nos presentan en una pesadilla; y al mismo tiempo sentía nacer en su alma admiración y simpatía considerables hacia aquella misma persona... A veces creía con pueril inocencia que era la Virgen María en esencia y presencia. De tal modo comprendía su bondad, que creía estar viendo, como el interior de un hermoso paraíso abierto, el alma de Florentina, llena de pureza, de amor, de bondades, de pensamientos discretos y consoladores. La Nela tenía la rectitud suficiente para adoptar y asimilarse al punto la idea de que no podría aborrecer a su improvisada hermana. ¿Cómo aborrecerla, si se sentía impulsada espontáneamen-

te a amarla con todas las fuerzas de su alma? La aversión, la repulsión eran como un sedimento que al fin de la lucha debía quedar en el fondo para descomponerse al cabo y desaparecer, sirviendo sus elementos para alimentar la admiración y el respeto hacia la misma amiga bienhechora. Pero si desaparecía la aversión, no así el sentimiento que la había causado, el cual, no pudiendo florecer por sí ni manifestarse solo, con el exclusivismo avasallador que es condición propia de tales afectos, prodújole un aplanamiento moral que trajo consigo la más amarga tristeza. En casa de Centeno observaron que la Nela no comía, que parecía más parada que de costumbre, que permanecía en silencio y sin movimiento como una estatua larguísimos ratos, que hacía mucho tiempo que no cantaba de noche ni de día. Su incapacidad para todo había llegado a ser absoluta, y habiéndola mandado Tanasio por tabaco a la *Primera de Socartes*, sentóse en el camino y allí se estuvo todo el día.

Una mañana, cuando habían pasado ocho días después de la operación, fue a la casa del ingeniero jefe, y Sofía le dijo:

—¡Albricias, Nela! ¿No sabes las noticias que corren? Hoy han levantado la venda a Pablo. Dicen que ve algo, que ya tiene vista... Ulises, el jefe del taller, lo acaba de decir... Teodoro no ha venido aún, pero Carlos ha ido allá; muy pronto sabremos si es verdad.

Quedóse la Nela, al oír esto, más muerta que viva, y cruzando las manos, exclamó así:

—¡Bendita sea la Virgen Santísima que es quien lo ha hecho!... Ella, ella sola es quien lo ha hecho.

—¿Te alegras?... Ya lo creo; ahora la señorita Florentina cumplirá su promesa —dijo Sofía en tono de mofa—. Mil enhorabuenas a la señora doña Nela... Ahí tienes tú cómo, cuando menos se piensa, se acuerda Dios de los pobres. Esto es como una lotería... ¡qué premio gordo, Nelilla!... Y puede que no seas agradecida... no, no lo serás... No he conocido a ningún pobre que tenga agradecimiento. Son soberbios, y mientras más se les da, más quieren... Ya es cosa hecha que

Pablo se casará con su prima: es buena pareja; los dos son guapos chicos; y ella no parece tonta... y tiene una cara preciosa, ¡qué lástima de cara y de cuerpo con aquellos vestidos tan horribles! No, no, si necesito vestirme, no me traigan acá a la modista de Santa Irene de Campó.

Esto decía cuando entró Carlos. Su rostro resplandecía de júbilo.

—¡Triunfo completo! —gritó desde la puerta—. Después de Dios, mi hermano Teodoro.

—¿Es cierto?...

—Como la luz del día... Yo no lo creí... ¡Pero qué triunfo, Sofía, qué triunfo! No hay para mí gozo mayor que ser hermano de mi hermano... Es el rey de los hombres... Si es lo que digo: después de Dios, Teodoro.

Y mirando tras de la cerca de zarzas y helechos, dijo:

—Por allí se ha escapado.

Subió a las minas elevado del terreno para alcanzar a ver más lejos.

—Ni y VERITATIS como viendo el médico—. El señor D. Ma^{17a} me ha dicho que se dedica usted a la caza de mariposas. Efectivamente esas pisarás son muy ligeritas al no dejarse coger por usted.

—No es eso. Contaré a usted si va hacia Aldeacorba. La estupenda y gratísima nueva corrió por todo Socartes. No se hablaba de otra cosa en los hornos, en los talleres, en las máquinas de lavar, en el plano inclinado, en lo profundo de las excavaciones y en lo alto de los picos, al aire libre y en las entrañas de la tierra. Añadíanse interesantes comentarios: que en Aldeacorba se creyó por un momento que D. Francisco Penáguilas había perdido la razón; que D. Manuel Penáguilas pensaba celebrar el regocijado suceso dando un banquete a todos cuantos trabajan en las minas, y finalmente, que D. Teodoro era digno de que todos los ciegos habidos y por haber le pusieran en las niñas de sus ojos.

La Nela no se atrevía a ir a la casa de Aldeacorba. Una secreta fuerza poderosa la alejaba de ella. Anduvo vagando todo el día por los alrededores de la mina, contemplando desde lejos la casa de Penáguilas, que le parecía transformada. En su alma se juntaba a un gozo extraordinario una como vergüenza de sí misma; a la exaltación de un afecto noble la insoportable comezón, digámoslo así, del amor propio más susceptible.

Halló una tregua a las congojosas batallas de su alma en la madre soledad, que tanto había contribuido a la formación de su carácter, y en la contemplación de las hermosuras de la Naturaleza, que siempre le facilitaba extraordinariamente la comunicación de su pensamiento con la divinidad. Las nubes del cielo y las flores de la tierra hacían en su espíritu

efecto igual al que hacen en otros la pompa de los altares, la elocuencia de los oradores cristianos y las lecturas de sus tales conceptos místicos. En la soledad del campo pensaba ella y decía mentalmente mil cosas, sin sospechar que eran oraciones.

Mirando a Aldeacorba, decía:

—No volveré más allá... Ya acabó todo para mí... Ahora, ¿de qué sirvo yo?

En su rudeza pudo observar que el conflicto en que estaba su alma provenía de no poder aborrecer a nadie. Por el contrario, érale forzoso amar a todos, al amigo y al enemigo, y así como los abrojos se trocaban en flores bajo la mano milagrosa de una mártir cristiana, la Nela veía que sus celos y su despecho se convertían graciosamente en admiración y gratitud. Lo que no sufría metamorfosis era aquella pasioncilla que antes llamamos vergüenza de sí misma, y que la impulsaba a eliminar su persona de todo lo que pudiera ocurrir en lo sucesivo en Aldeacorba. Era aquello como un aspecto singular del mismo sentimiento que en los seres educados y civilizados se llama amor propio, por más que en ella revistiera los caracteres del desprecio de sí misma; pero la filiación de aquel sentimiento con el que tan grande parte tienen las acciones del hombre culto, se reconocía en que estaba basado como éste, en la dignidad más puntillosa. Si Marianela usara ciertas voces, habría dicho:

—Mi dignidad no me permite aceptar el atroz desaire que voy a recibir. Puesto que Dios quiere que sufra esta humillación, sea; pero no he de asistir a mi destronamiento. Dios bendiga a la que por ley natural va a ocupar mi puesto; pero no tengo valor para sentarla yo misma en él.

No pudiendo expresarse así, su rudeza expresaba la misma idea de este otro modo:

—No vuelvo más a Aldeacorba... No consentiré que me vea... Huiré con Celipín, o me iré con mi madre. Ahora yo no sirvo para nada.

Pero mientras esto decía, parecía muy desconsolador renunciar al divino amparo de aquella celestial Virgen que se le había aparecido en lo más negro de su vida extendiendo su manto para abrirla. ¡Ver realizado lo que tantas veces había visto en sueños palpitando de gozo, y tener que renunciar a ello!... ¡Sentirse llamada por una voz cariñosa, que le ofrecía amor fraternal, hermosa vivienda, consideración, nombre, bienestar, y no poder acudir a este llamamiento, inundada de gozo, de esperanza, de gratitud!... ¡Rechazar la mano celestial que la sacaba de aquella sentina de degradación y miseria para hacer de la vagabunda una persona, y elevarla de la jerarquía de los animales domésticos a la de los seres más respetados y queridos!...

—¡Ay! —exclamó clavándose los dedos como garras en el pecho—. No puedo, no puedo... Por nada del mundo me presentaré en Aldeacorba. ¡Virgen de mi alma, ampárame... Madre mía, ven por mí!...

Al anoecer marchó a su casa. Por el camino encontró a Celipín con un palito en la mano y en la punta del palo la gorrilla.

—Nelilla —le dijo el chico—, ¿no es verdad que así se pone el señor D. Teodoro? Ahora pasaba por la charca de Hinojales y me miré en el agua. ¡Córcholis!, me quedé pasmado, porque me vi con la misma figura que D. Teodoro Golfín... Cualquiera día de esta semanita nos vamos a ser médicos y hombres de provecho... Ya tengo juntado lo que quería. Verás como nadie se ríe del señor de Celipín.

Tres días más estuvo la Nela fugitiva, vagando por los alrededores de las minas, siguiendo el curso del río por sus escabrosas riberas o internándose en el sosegado apartamiento del bosque de Saldeoro. Las noches pasábalas entre sus cestas sin dormir. Una noche dijo tímidamente a su compañero de vivienda:

—¿Cuándo, Celipín?

Y Celipín contestó con la gravedad de un expedicionario formal:

—Mañana.

Los dos aventureros levantáronse al rayar el día y cada cual fue por su lado: Celipín a su trabajo, la Nela a llevar un recado que le dio Señana para la criada del ingeniero. Al volver encontró dentro de la casa a la señorita Florentina que la esperaba. Quedóse María al verla sobrecogida y temerosa, porque adivinó con su instintiva perspicacia, o más bien con lo que el vulgo llama corazonada, el objeto de aquella visita.

—Nela, querida hermana —dijo la señorita con elocuente cariño—. ¿Qué conducta es la tuya?... ¿Por qué no has parecido por allá en todos estos días?... Ven, Pablo desea verte... ¿No sabes que ya puede decir: "quiero ver tal cosa"? ¿No sabes que ya mi primo no es ciego?

—Ya lo sé —dijo la Nela tomando la mano que la señorita le ofrecía y cubriéndola de besos.

—Vamos allá, vamos al momento. No hace más que preguntar por la señora Nela. Hoy es preciso que estés allí cuando don Teodoro le levante la venda... Es la cuarta vez... El día de la primera prueba... ¡qué día! Cuando comprendimos que mi primo había nacido a la luz, casi nos morimos de gozo. La primer fisonomía que vio fue la mía... Vamos.

María soltó la mano de la Virgen Santísima.

—¿Te has olvidado de mi promesa sagrada —añadió ésta—, ¿creías que era broma? ¡Ay!, todo me parece poco para demostrar a la Madre de Dios el gran favor que nos ha hecho... Yo quisiera que en estos días nadie estuviera triste en todo lo que abarca el Universo; quisiera poder repartir mi alegría, echándola a todos lados, como echan los labradores el grano cuando siembran; quisiera poder entrar en todas las habitaciones miserables y decir: "ya se acabaron vuestras penas; aquí traigo yo remedio para todos." Esto no es posible, esto sólo

puede hacerlo Dios. Ya que mis fuerzas no pueden igualar a mi voluntad, hagamos bien lo poco que podemos hacer... y se acabaron las palabras, Nela. Ahora despídete de esta choza, di adiós a todas las cosas que han acompañado a tu miseria y a tu soledad. También se tiene cariño a la miseria, hija.

Marianela no dijo adiós a nada, y como en la casa no estaba a la sazón ninguno de sus simpáticos habitantes, no fue preciso detenerse por ellos. Florentina salió llevando de la mano a la que sus nobles sentimientos y su cristiano fervor habían puesto a su lado en el orden de la familia, y la Nela se dejaba llevar sintiéndose incapaz de oponer resistencia. Pensaba ella que una fuerza sobrenatural le tiraba de la mano y que iba fatal y necesariamente conducida, como las almas que los brazos de un ángel transportan al cielo.

Aquel día tomaron el camino de Hinojales, que es el mismo donde la vagabunda vio a Florentina por primera vez. Al entrar en la calleja la señorita dijo a su amiga:

—¿Por qué no has ido a casa? Mi tío decía que tienes modestia y una delicadeza natural que es lástima no haya sido cultivada. ¿Tu delicadeza te impedía venir a reclamar lo que por la misericordia de Dios habías ganado? No hay más sino que tiene razón mi tío... ¡Cómo estaba aquel día el pobre señor!... decía que ya no le importaba nada morir... ¿Ves tú?, todavía tengo los ojos encarnados de tanto llorar. Es que anoche mi tío, mi padre y yo no dormimos; estuvimos formando proyectos de familia y haciendo castillos en el aire toda la noche... ¿Por qué callas? ¿Por qué no dices nada?... ¿No estás tú también alegre como yo?

La Nela miró a la señorita, oponiendo débil resistencia a la dulce mano que la conducía.

—Sigue... ¿qué tienes? Me miras de un modo particular, Nela.

Así era, en efecto; los ojos de la abandonada, vagando con extravío de uno en otro objeto, tenían al fijarse en la Virgen Santísima el resplandor del espanto.

—¿Por qué tiembla tu mano? —preguntóle la señorita—, ¿estás enferma? Te has puesto más pálida que una muerta y das diente con diente. Si estás enferma yo te curaré, yo misma. Desde hoy tienes quien se interese por ti y te mime y te haga cariños... No seré yo sola, pues Pablo te estima... me lo ha dicho. Los dos te queremos mucho, porque él y yo seremos como uno solo... Desea verte. Figúrate si tendrá curiosidad quien nunca ha visto... pero no creas... como tiene tanto entendimiento y una imaginación que, según parece, le ha anticipado ciertas ideas que no poseen comúnmente los ciegos, desde el primer instante supo distinguir las cosas feas de las bonitas. Un pedazo de lacre encarnado le agradó mucho y un pedazo de carbón le pareció horrible. Admiró la hermosura del cielo y se estremeció con repugnancia al ver una rana. Todo lo que es bello le produce un entusiasmo que parece delirio: todo lo que es feo le causa horror y se pone a temblar como cuando tenemos mucho miedo. Yo no debí parecerle mal, porque exclamó al verme: "¡Ay, prima mía, qué hermosa eres! ¡Bendito sea Dios, que me ha dado esta luz con que ahora te siento!

La Nela tiró suavemente de la mano de Florentina y soltó la después, cayendo al suelo como un cuerpo que pierde súbitamente la vida. Inclínose sobre ella la señorita, y con cariñosa voz le dijo:

—¿Qué tienes?... ¿Por qué me miras así?

Clavaba la huérfana sus ojos con terrible fijeza en el rostro de la Virgen Santísima; pero no brillaban, no, con expresión de rencor, sino con una como congoja suplicante, a la manera de la postrer mirada del moribundo que con los ojos pide misericordia a la imagen de Dios creyéndola Dios mismo.

—Señora —murmuró la Nela—, yo no la aborrezco a usted, no... no la aborrezco... Al contrario, la quiero mucho, la adoro.

Diciéndolo, tomó el borde del vestido de Florentina, y llevándolo a sus secos labios, lo besó ardientemente.

—¿Y quién puede creer que me aborreces? —dijo la de Penáguilas llena de confusión—. Ya sé que me quieres mucho. Pero me das miedo... levántate.

—Yo la quiero a usted mucho, la adoro —repitió Mariane la, besando los pies de la señorita—; pero no puedo, no puedo...

—¿Qué no puedes?... Levántate, por amor de Dios.

Florentina extendió sus brazos para levantarla; pero sin necesidad de ser sostenida, la Nela levantóse de un salto, y poniéndose rápidamente a bastante distancia, exclamó bañada en lágrimas:

—¡No puedo, señorita mía, no puedo!

—¿Qué?... ¡por Dios y la Virgen!... ¿qué te pasa?

—No puedo ir allá.

—Y señaló la casa de Aldeacorba, cuyo tejado se veía a lo lejos entre árboles.

—¿Por qué?

—La Virgen Santísima lo sabe —replicó la Nela con cierta decisión—. Que la Virgen Santísima la bendiga a usted.

Haciendo una cruz con los dedos se los besó. Juraba. Florentina dio un paso hacia ella. María, comprendiendo aquel movimiento de cariño, corrió velozmente hacia la señorita, y apoyando su cabeza en el seno de ella, murmuró entre gemidos:

—¡Por Dios... deme usted un abrazo!

Florentina la abrazó tiernamente. Entonces, apartándose con un movimiento, o mejor dicho, con un salto ligero, flexible y repentino, la mujer o niña salvaje subió a un matorral cercano. La yerba parecía que se apartaba para darle paso.

—Nela, hermana mía —gritó con angustia Florentina.

—¡Adiós, niña de mis ojos! —dijo la Nela mirándola por última vez.

Y desapareció entre el ramaje. Florentina sintió el ruido de la yerba, atendiendo a él como atiende el cazador a los pasos de la presa que se le escapa; después todo quedó en silencio y no se oía sino el sordo monólogo de la naturaleza campestre en mitad del día, un rumor que parece el susurro de nuestras propias ideas al extenderse irradiando por lo que nos rodea. Florentina estaba absorta, paralizada, muda, afligidísima, como el que ve desvanecerse la más risueña ilusión de su vida. No sabía qué pensar de aquel suceso, ni su bondad inmensa, que incapacitaba frecuentemente su discernimiento, podía explicárselo.

Largo rato después hallábase en el mismo sitio, con la cabeza inclinada sobre el pecho, las mejillas encendidas y los celestiales ojos mojados de llanto, cuando acertó a pasar Teodoro Golfín, que de la casa de Aldeacorba con tranquilo paso venía. Grande fue el asombro del doctor al ver a la señorita sola y con aquel interesante aparato de pena y desconsuelo, que, lejos de mermar su belleza, la acrecentaba.

—¿Qué tiene la niña? —exclamó con interés muy vivo—. ¿Qué es eso, Florentina?

—Una cosa terrible, señor D. Teodoro —replicó la señorita de Penáguilas, secando sus lágrimas—. Estoy pensando, estoy considerando qué cosas tan malas hay en el mundo.

—¿Y cuáles son esas cosas malas, señorita?... Donde está usted, ¿puede haber alguna?

—Cosas perversas; pero entre todas hay una que es la más perversa de todas.

—¿Cuál?

—La ingratitud, señor Golfín.

Y mirando tras de la cerca de zarzas y helechos, dijo:

—Por allí se ha escapado.

Subió a lo más elevado del terreno para alcanzar a ver más lejos.

—No la distingo por ninguna parte.

—Ni yo —exclamó riendo el médico—. El señor D. Manuel me ha dicho que se dedica usted a la caza de mariposas. Efectivamente esas pícaras son muy ingratas al no dejarse coger por usted.

—No es eso... Contaré a usted si va hacia Aldeacorba.

—No voy, sino que vengo, preciosa señorita; pero porque usted me cuente alguna cosa, cualquiera que sea, volveré con mucho gusto. Volvamos a Aldeacorba, ya soy todo oídos.

18

LA NELA SE DECIDE A PARTIR

La Nela estuvo vagando sola todo el día, y por la noche rondó la casa de Aldeacorba, acercándose a ella todo lo que era posible sin peligro de ser descubierta. Cuando sentía rumor de pasos alejándose prontamente como un ladrón. Bajó a la hondonada de la Terrible, cuyo pavoroso aspecto de cráter le agradaba en aquella ocasión, y después de discurrir por el fondo contemplando los gigantes de piedra que en su recinto se elevaban como personajes congregados en un circo, trepó a uno de ellos para descubrir las luces de Aldeacorba. Allí estaban, brillando en el borde de la mina, sobre la obscuridad del cielo y de la tierra. Después de mirarlas como si nunca en su vida hubiera visto luces, salió de la Terrible y subió hacia la Trascava. Antes de llegar a ella sintió pasos, detúvose, y al poco rato vio que por el sendero adelante venía con resuelto andar el señor de Celipín. Traía un pequeño lio pendiente de un palo puesto al hombro, y su marcha como su ademán demostraban firme resolución de no parar hasta medir con sus piernas toda la anchura de la tierra.

—Celipe... ¿a dónde vas? —le preguntó la Nela, deteniéndole.

—Nela... ¿tú por estos barrios?... Creíamos que estabas en casa de la señorita Florentina, comiendo jamones, pavos y perdices a todas horas y bebiendo limonada con azucarillos. ¿Qué haces aquí?

—¿Y tú, a dónde vas?

—¿Ahora salimos con eso? ¿Para qué me lo preguntas si lo sabes? —replicó el chico, requiriendo el palo y el lio—. Bien sabes que voy a aprender mucho y a ganar dinero... ¿No te dije que esta noche?... pues aquí me tienes más contento que unas Pascuas, aunque algo triste, cuando pienso lo que padre y madre van a llorar... Mira, Nela, la Virgen Santísima nos ha favorecido esta noche, porque padre y madre empezaron a roncar más pronto que otras veces, y yo, que ya tenía hecho el lio, me subí al ventanillo, y por el ventanillo me eché fuera... ¿Vienes tú o no vienes?

—Yo también voy —dijo la Nela con un movimiento repentino, asiendo el brazo del intrépido viajero.

—Tomaremos el tren, y en el tren iremos hasta donde podamos —dijo Celipín con generoso entusiasmo—. Y después pediremos limosna hasta llegar a los Madriles del Rey de España, y una vez que estemos en los Madriles del Rey de España, tú te pondrás a servir en una casa de marqueses y condeses y yo en otra, y así mientras yo estudie tú podrás aprender muchas finuras. ¡Córcholis!, de todo lo que yo vaya aprendiendo te iré enseñando a ti un poquillo, un poquillo nada más, porque las mujeres no necesitan tantas sabidurías como nosotros los señores médicos.

Antes de que Celipín acabara de hablar, los dos se habían puesto en camino, andando tan aprisa cual si estuvieran viendo ya las torres de los Madriles del Rey de España.

—Salgámonos del sendero —dijo Celipín, dando pruebas en aquella ocasión de un gran talento práctico—, porque si nos ven nos echarán mano y nos darán un buen pie de paliza.

Pero la Nela soltó la mano de su compañero de aventuras, y sentándose en una piedra, murmuró tristemente:

—Yo no voy.

—Nela... ¡qué tonta eres! Tú no tienes como yo un corazón del tamaño de esas peñas de la Terrible —dijo Celipín con fanfarronería—. ¡Recórcholis! ¿A qué tienes miedo? ¿Por qué no vienes?

—Yo... ¿para qué?

—¿No sabes que dijo D. Teodoro que los que nos criamos aquí nos volvemos piedras?... Yo no quiero ser una piedra, yo no.

—Yo... ¿para qué voy? —dijo la Nela con amargo desconsuelo—. Para ti es tiempo, para mí es tarde.

La Nela dejó caer la cabeza sobre su pecho y por largo rato permaneció insensible a la seductora verbosidad del futuro Hipócrates. Al ver que iba a franquear el lindero de aquella tierra donde había vivido y donde dormía su madre el eterno sueño, se sintió arrancada de su suelo natural. La hermosura del país, con cuyos accidentes se sentía unida por una especie de parentesco; la escasa felicidad que había gustado en él; la miseria misma, el recuerdo de su amito y de las gratas horas de paseo por el bosque y hacia la fuente de Saldeoro, los sentimientos de admiración o de simpatía, de amor o de gratitud que había florecido en su alma en presencia de aquellas mismas flores, de aquellas mismas nubes, de aquellos árboles frondosos, de aquellas peñas rojas, y como asociados a la belleza, al desarrollo, a la marcha y a la constancia de aquellas mismas partes de la Naturaleza, eran otras tantas raíces morales, cuya violenta tirantez, al ser arrancadas, producía un vivísimo dolor.

—Yo no me voy —repitió.

—Y Celipín hablaba, hablaba, cual si ya, subiendo milagrosamente hasta el pináculo de su carrera, perteneciese a todas las Academias creadas y por crear.

—¿Entonces vuelves a casa? —preguntóle al ver que su elocuencia era tan inútil como la de aquellos centros oficiales del saber.

—No.

—¿Vas a la casa de Aldeacorba?

—Tampoco.

—Entonces ¿te vas al pueblo de la señorita Florentina?

—No, tampoco.

—Pues entonces, icórcholis, recórcholis! ¿a dónde vas?

La Nela no contestó nada: seguía mirando con espanto al suelo, como si en él estuvieran los pedazos de la cosa más bella y más rica del mundo, que se acababa de caer y romperse.

—Pues entonces, Nela —dijo Celipín fatigado de sus largos discursos—, yo te dejo y me voy, porque pueden descubrirme... ¿Quieres que te dé una peseta, por si te ofrece algo esta noche?

—No, Celipín, no quiero nada... Vete, tú serás hombre de provecho... Pórtate bien, y no te olvides de Socartes, ni de tus padres.

El viajero sintió una cosa impropia de varón tan formal y respetable, sintió que le venían ganas de llorar; mas sofocando aquella emoción importuna, dijo:

—¿Cómo me he de olvidar de Socartes?... Pues no faltaba más... No me olvidaré de mis padres ni de tí, que me has ayudado a esto... Adiós, Nelilla... Siento pasos.

Celipín enarboló su palo con una decisión que probaba cuan templada estaba su alma para afrontar los peligros del mundo; pero su intrepidez no tuvo objeto, porque era un perro el que venía.

—Es Choto —dijo Nela temblando.

—Agur —murmuró Celipín, poniéndose en marcha.

Desapareció entre las sombras de la noche.

La geología había perdido una piedra y la sociedad había ganado un hombre.

La Nela sintió escalofríos al verse acariciada por Choto. El generoso animal, después de saltar alrededor de ella, gruñendo con tanta expresión que faltaba muy poco para que sus gruñidos fuesen palabras, echó a correr con velocidad suya hacia Aldeacorba. Creeríase que corría tras una pieza de caza; pero al contrario de ciertos oradores, el buen choto la buscando hablaba.

A la misma hora Teodoro Golfín salía de la casa de Peñagüilas. Llegóse a él Choto y le dijo atropelladamente no sabemos qué. Era como una brusca interpelación, pronunciada entre los bufidos del cansancio y los ahogos del sentimiento. Golfín, que sabía muchas lenguas, era poco fuerte en la canina, y no hizo caso. Pero Choto dio unas cuarenta vueltas en torno de él, soltando de su espumante boca unos al modo de insultos, que después parecían voces cariñosas y después amenazas. Teodoro se detuvo entonces, prestando atención al cuadrúpedo. Viendo Choto que se había hecho entender un poco, echó a correr en dirección contraria a la que llevaba Golfín. Este le siguió murmurando: —Pues vamos allá.

Choto regresó corriendo como para cerciorarse de que era seguido, y después volvió a alejarse. Como a cien metros de Aldeacorba, Golfín creyó sentir una voz humana que dijo:

—¿Qué quieres, Choto?

Al punto sospechó que era la Nela quien hablaba. Detuvo el paso, prestó atención, colocándose a la sombra de una haya, no tardó en descubrir una figura que, apartándose de la pared de piedra, andaba despacio. La sombra de las zarzas no permitía descubrirla bien. Despacito siguióla a bastante distancia, apartándose de la senda y andando sobre el césped para no hacer ruido. Indudablemente era ella. Conocióla per--

fectamente cuando entró en terreno claro, donde no obscurecían el suelo árboles ni zarzas.

La Nela avanzó después más rápidamente. Al fin corría. Golfín corrió también. Después de un rato de esta desigual marcha, la Nela se sentó en una piedra. A sus pies se abría el cóncavo hueco de la Trascava, sombrío y espantoso en la obscuridad de la noche. Golfín esperó, y con paso muy quedo acercóse más. Choto estaba frente a la Nela, echado sobre los cuartos traseros, derechas las patas delanteras, y mirándola como una esfinge. La Nela miraba hacia abajo... De pronto empezó a descender rápidamente, más bien resbalando que corriendo. Como un león se abalanzó Teodoro a la sima, gritando con voz de gigante.

—¡Nela, Nela!

Miró y no vio nada en la negra boca. Oía, sí, los gruñidos de Choto, que corría por la vertiente en derredor, describiendo espirales, cual si le arrastrara un líquido tragado por la espantosa sima. Trató de bajar Teodoro y dio algunos pasos cautelosamente. Volvió a gritar, y una voz le contestó desde abajo: —Señor...

—Sube al momento.

No recibió contestación.

—Que subas.

Al poco rato dibujóse la figura de la vagabunda en lo más hondo que se podía ver del horrible embudo. Choto, después de husmear el tragadero de la Trascava, subía describiendo las mismas espirales. La Nela subía también, pero muy despacio. Detúvose, y entonces se oyó su voz que decía débilmente: —Señor...

—Que subas te digo... ¿Qué haces ahí?

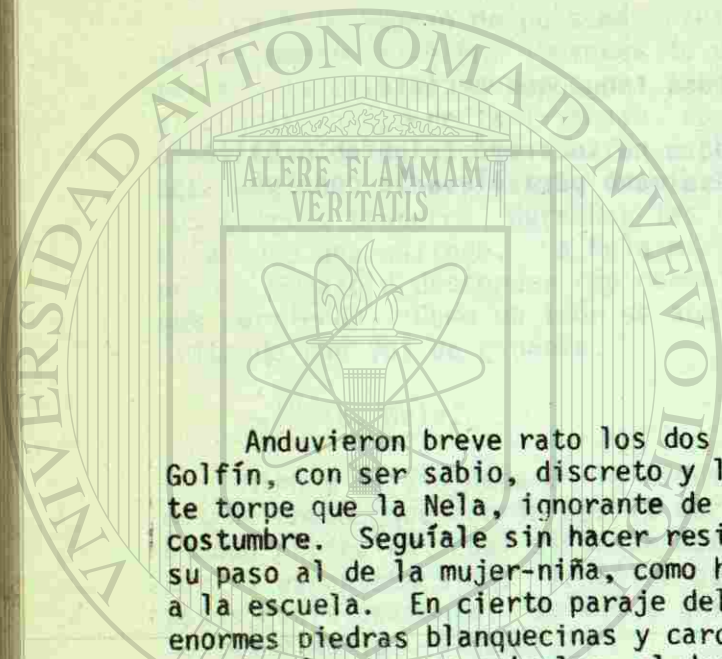
La Nela subió otro poco.

—Sube pronto... tengo que decirte una cosa.

—¿Una cosa?...

—Una cosa, sí, una cosa tengo que decirte.

La Nela subió, y Teodoro no se creyó triunfante hasta que pudo asir fuertemente su mano para llevarla consigo.



19

DOMESTICACIÓN

Anduvieron breve rato los dos sin decir nada. Teodoro Golfín, con ser sabio, discreto y locuaz, sentíase igualmente torpe que la Nela, ignorante de suyo y muy lacónica por costumbre. Seguía sin hacer resistencia, y él acomodaba su paso al de la mujer-niña, como hombre que lleva un chico a la escuela. En cierto paraje del camino donde había tres enormes piedras blanquecinas y carcomidas que parecían huesos de gigantescos animales, el doctor se sentó, y poniendo delante de sí en pie a la Nela, como quien va a pedir cuentas de travesuras graves, tomóle ambas manos y seriamente le dijo:

—¿Qué ibas a hacer allí?

—¿Yo... dónde?

—Allí. Bien comprendes lo que quiero decirte. Responde de claramente, como se responde a un confesor o a un padre.

—Yo no tengo padre —replicó la Nela con ligero acento de rebeldía.

—Es verdad; pero figúrate que lo soy yo, y responde. ¿Qué ibas a hacer allí?

—Allí está mi madre —le fue respondido de una manera brusca.

—Tu madre ha muerto. ¿Tú no sabes que los que han muerto están en el otro mundo o no están en ninguna parte?

—Está allí —afirmó la Nela con aplomo, volviendo tristemente los ojos al punto indicado.

—Y tú pensabas ir con ella, ¿no es cierto?, es decir, que pensabas quitarte la vida.

—Sí, señor, eso mismo.

—¿Y tú no sabes que tu madre cometió un gran crimen al hacerse la muerte y que tú cometerías otro igual imitándola? ¿A ti no te han enseñado esto?

—No me acuerdo de si me han enseñado tal cosa. Si yo quiero matar, ¿quién me lo puede impedir?

—Pero tú misma, sin auxilio de nadie, ¿no comprendes que a Dios no puede agradar que nos quitemos la vida?... ¡Pobre criatura abandonada a tus sentimientos naturales sin instrucción, ni religión, sin ninguna influencia afectuosa y desinteresada que te guíe! ¿Qué ideas tienes de Dios, de la otra vida, del morir?... ¿De dónde has sacado que tu madre es allí?... ¿A unos cuantos huesos sin vida, llamas tu madre?... ¿Crees que ella sigue viviendo, pensando y amándote dentro de esa caverna? ¿Nadie te ha dicho que las almas, una vez que sueltan su cuerpo, jamás vuelven a él? ¿Ignoras que las sepulturas, de cualquier forma que sean, no encierran más que polvo, descomposición y miseria?... ¿Cómo te figuras tú a Dios? ¿Como un señor muy serio que está allá arriba con los brazos cruzados, dispuesto a tolerar que juguemos con nuestra vida y a que en lugar suyo pongamos espíritus, duendes y fantasmas que nosotros mismos hacemos?... Tu amo, que es tan discreto, ¿no te ha dicho jamás estas cosas?

—Sí me las ha dicho; pero como ya no me las ha de decir...

—Pero como ya no te las ha de decir, ¿atentas a tu vida? Dime, tonta, arrojándote a ese agujero, ¿qué bien pensabas tú alcanzar? ¿Pensabas estar mejor?

—Sí, señor.

—¿Cómo?

—No sintiendo nada de lo que ahora siento, sino otras mejores, y juntándome con mi madre.

—Veo que eres más tonta que hecha de encargo —dijo Golfín riendo—. Ahora vas a ser franca conmigo. ¿Tú me quieres mal?

—No, señor, no, yo no quiero mal a nadie, y menos a usted que ha sido tan bueno conmigo y que ha dado la vista a mi amo.

—Bien, pero eso no basta: yo no sólo deseo que me quieras bien, sino que tengas confianza en mí, y me confíes tus cosillas. A ti te pasan cosillas muy curiosas, picarona, y todas me las vas a decir, todas. Verás como no te pesa; verás como soy un buen confesor.

La Nela sonrió con tristeza. Después bajó la cabeza, y doblándose sus piernas, cayó de rodillas.

—No, tonta, así estás mal. Siéntate junto a mí; ven acá —dijo Golfín cariñosamente sentándola a su lado—. Se me figura que estabas rabiando por encontrar una persona a quien poder decirle tus secretos. ¿No es verdad? ¡Y no hallabas ninguna! Efectivamente estás demasiado sola en el mundo... Vamos a ver, Nela, dime ante todo, ¿por qué?... pon mucha atención... ¿por qué se te puso en la cabeza quitarte la vida?

La Nela no contestó nada.

—Yo te conocí gozosa, y al parecer, satisfecha de la vida, hace algunos días. ¿Por qué de la noche a la mañana te

has vuelto loca?...

—Quería ir con mi madre —repuso la Nela, después de vacilar un instante—. No quería vivir más. Yo no sirvo para nada. ¿De qué sirvo yo? ¿No vale más que me muera? Si Dios no quiere que me muera, me moriré yo misma por mi misma voluntad.

—Esa idea de que no sirves para nada es causa de grandes desgracias para ti, infeliz criatura! ¡Maldito sea el que te la inoculó o los que te la inocularon, porque son muchos!... Todos son igualmente responsables del abandono, de la soledad y de la ignorancia en que has vivido. ¡Que no sirves para nada! ¡Sabe Dios lo que hubieras sido tú en otras manos! Eres una personilla delicada, muy delicada, quizás de inmenso valor; pero, ¡qué demonio!, pon un arpa en manos toscas... ¿qué harán?, romperla... porque tu constitución débil no te permita romper piedra y arrastrar tierra como esas bestias en forma humana que se llaman Mariuca y Pepina, ¿se ha de afirmar que no sirves para nada? ¿Acaso hemos nacido para trabajar como los animales?... ¿No tendrás tú inteligencia, no tendrás tú sensibilidad, no tendrás mil dotes preciosas que nadie ha sabido cultivar? No: tú sirves para algo, aún podrás servir para mucho si encuentras una mano hábil que te sepa manejar.

La Nela, profundamente impresionada con estas palabras, que entendió por intuición, fijaba sus ojos en el rostro duro, expresivo e inteligente de Teodoro Golfín. Asombro y reconocimiento llenaban su alma.

—Pero en ti no hay un misterio solo —añadió el león negro—. Ahora se te ha presentado la ocasión más preciosa para salir de tu miserable abandono, y la has rechazado. Florentina, que es un ángel de Dios, ha querido hacer de ti una amiga y una hermana; no conozco un ejemplo de virtud y de bondad como las tuyas... ¿y tú qué has hecho?... huir de ella como una salvaje... ¿Es eso ingratitud o algún otro sentimiento que no comprendemos?

—No, no, no —replicó la Nela con aflicción—, yo no soy ingrata. Yo adoro a la señorita Florentina... Me parece que no es de carne y hueso como nosotros y que no merezco ni siquiera mirarla...

—Pues, hija, eso podrá ser verdad, pero tu comportamiento no quiere decir sino que eres ingrata, muy ingrata.

—No, no soy ingrata —exclamó la Nela, ahogada por los sollozos—. Bien me lo temía yo... sí, me lo temía... yo sospechaba que me creerían ingrata y esto es lo único que me ponía triste cuando me iba a matar... Como soy tan bruta, no supe pedir perdón a la señorita por mi fuga, ni supe explicarle nada...

—Yo te reconciliaré con la señorita... yo, si tú no quieres verla más, me encargo de decirle y de probarle que no eres ingrata. Ahora descúbreme tu corazón y dime todo lo que sientes y la causa de tu desesperación. Por grande que sea el abandono en que una criatura viva, por grandes que sean su miseria y su soledad, no se arranca la vida sino cuando hay un motivo muy poderoso para aborrecerla.

—Sí, señor, eso mismo pienso yo.

—¿Y tú la aborreces?...

Nela estuvo callada un momento. Después, cruzando los brazos, dijo con vehemencia:

—No, señor, yo no la aborrezco, sino que la deseo.

—¡A buena parte ibas a buscarla!

—Yo creo que después que uno se muere tiene lo que aquí no puede conseguir... Si no, ¿por qué nos está llamando la muerte a todas horas? Yo tengo sueños, y soñando veo felices y contentos a todos los que han muerto.

—¿Tú crees en lo que sueñas?

—Sí, señor. Y miro los árboles y las peñas que estoy acostumbrada a ver desde que nací y en su cara...

—¡Hola, hola!... ¿también los árboles y las peñas tienen cara?...

—Sí, señor... Para mí todas las cosas hermosas ven y hablan... Por eso cuando todas me han dicho "ven con nosotros; muérete y vivirás sin pena"...

—¡Qué lastima de fantasía! —murmuró Golfín—. Alma enteramente pagana.

Y luego añadió en voz alta:

—Si deseas la vida, ¿por qué no aceptaste lo que Florentina te ofrecía? Vuelvo al mismo tema.

—Porque... porque... porque la señorita Florentina no me ofrecía sino la muerte —dijo la Nela con energía.

—¡Qué mal juzgas su caridad! Hay seres tan infelices que prefieren la vida vagabunda y miserable a la dignidad que poseen las personas de un orden superior. Tú te has acostumbrado a la vida salvaje en contacto directo con la Naturaleza, y prefieres esta libertad grosera a los afectos más dulces de una familia. ¿Has sido tú feliz en esta vida?

—Empezaba a serlo...

—¿Y cuándo dejaste de serlo?

Después de la larga pausa, la Nela contestó:

—Cuando usted vino.

—¡Yo! ... ¿Qué males he traído?

—Ninguno: no ha traído sino grandes bienes.

—Yo he devuelto la vista a tu amo —dijo Golfín, observando con atención de fisiólogo el semblante de la Nela—. ¿No me agradeces esto?

—Mucho, sí, señor, mucho —replicó ella, fijando en el doctor sus ojos llenos de lágrimas.

Golfín, sin dejar de observarla ni perder el más ligero síntoma facial que pudiera servir para conocer los sentimientos de la mujer niña, habló así:

—Tu amo me ha dicho que te quiere mucho. Cuando era ciego, lo mismo que después que tiene vista, no ha hecho más que preguntar por la Nela. Se conoce que para él todo el Universo está ocupado por una sola persona: la Nela; que la luz que se le ha permitido gozar no sirve para nada si no sirve para ver a la Nela.

—¡Para ver a la Nela! ¡Pues no verá a la Nela!... ¡la Nela no se dejará ver! —exclamó ella con brío.

—¿Y por qué?

—Porque es muy fea... Se puede querer a la hija de la Canela cuando se tienen los ojos cerrados; pero cuando se abren los ojos y se ve a la señorita Florentina, no se puede querer a la pobre y enana Marianela.

—Quién sabe...

—No puede ser... no puede ser —afirmó la vagabunda con la mayor energía.

—Eso es un capricho tuyo... No puedes decir si agradas o no a tu amo mientras no lo pruebes. Yo te llevaré a la casa...

—¡No quiero, que no quiero! —gritó ella, levantándose de un salto, y poniéndose frente a Teodoro, que se quedó absorto al ver su briosa apostura y el fulgor de sus ojuelos negros, señales ambas cosas de un carácter decidido.

—Tranquilízate, ven acá —le dijo con dulzura—. Hablaremos... Es verdad que no eres muy bonita... pero no es propio de una joven discreta apreciar tanto la hermosura exterior. Tienes un amor propio excesivo, mujer.

Y sin hacer caso de las observaciones del doctor, la Nela, firme en su puesto como lo estaba en su tema, pronunció solemnemente esta sentencia:

—No debe haber cosas feas... Ninguna cosa fea debe vivir.

—Pues mira, hijita, si todos los feos tuviéramos la obligación de quitarnos de en medio, ¡icuan despoblado se quedaría el mundo, pobre y desgraciada tontuela! Esa idea que me has dicho no es nueva. Tuviéronla personas que vivieron hace siglos, personas de fantasía como tú, que vivían en la Naturaleza como tú, y que, como tú, carecían de cierta luz que a ti te falta por tu ignorancia y abandono, y a ellas por que aún esa luz no había venido al mundo... Es preciso que te cures de esa manía; es preciso que te hagas cargo de que hay una porción de dones más estimables que el de la hermosura, dones del alma, que ni son ajados por el tiempo, ni están sujetos al capricho de los ojos. Búscalos en tu alma y los encontrarás. No te pasará lo que con tu hermosura, que por mucho que en el espejo la busques, jamás la hallarás. Busca aquellos dones preciosos, cultívalos, y cuando los veas bien grandes y florecidos, no temas; ese afán que sientes se calmará. Entonces te sobrepondrás fácilmente a la situación desahogada en que te ves, y elevándote tendrás una hermosura que no admirarán quizás los ojos, pero que a ti misma te servirá de recreo y orgullo.

Estas sensatas palabras, o no fueron entendidas o no fueron aceptadas por la Nela, que, ocultándose otra vez junto a Golfín le miraba atentamente. Sus ojos pequeños, que a los más hermosos ganaban en elocuencia, parecían decir: —¿Pero a qué vienen todas esas sabidurías, señor pedante?

—Aquí —continuó Golfín, gozando extremadamente con aquel asunto, y dándole, a pesar suyo, un tono de tesis psi--

cológica—, hay una cuestión principal y es...

La Nela le había adivinado, y se cubrió el rostro con las manos.

—No tiene nada de extraño; al contrario, es muy natural lo que te pasa. Tienes un temperamento sentimental, imaginación; has llevado con tu amo la vida libre y poética de la Naturaleza, siempre juntos, en inocente intimidad. El es discreto hasta no más, y guapo como una estatua... Parece la belleza ciega hecha para recreo de los que tienen vista. Además, su bondad y la grandeza de su corazón cautivan y enamoran. No es extraño que te haya cautivado a ti, que eres una niña, casi mujer, o una mujer que parece niña. ¿Le quieres mucho, le quieres más que a todas las cosas de este mundo?...

—Sí, sí, señor —repuso la chicuela sollozando.

—¿No puedes soportar la idea de que te deje de querer?

—No, no, señor.

—El te ha dicho palabras amorosas y te ha hecho juramentos...

—¡Oh! Sí, sí, señor. Me dijo que yo sería su compañera por toda la vida, y yo lo creí...

—¿Por qué no ha de ser verdad?...

—Me dijo que no podría vivir sin mí, y que aunque tuviera vista me querría siempre mucho. Yo estaba contenta, y mi fealdad, mi pequeñez y mi facha ridícula no me importaban, porque él no podía verme y allá en sus tinieblas me tenía por bonita. Pero después...

—Después... —murmuró Golfín traspasado de compasión—. Ya veo que yo tengo la culpa de todo.

—La culpa no... porque usted ha hecho una buena obra. Usted es muy bueno... Es un bien que él haya sanado de sus

ojos. Yo me digo a mí misma que es un bien... pero después de esto, yo debo quitarme de en medio... porque él verá a la señorita Florentina y la comparará conmigo... y la señorita Florentina es como los ángeles, y yo... compararme con ella es, es como si un pedazo de espejo roto se comparara con el sol... ¿Para qué sirvo yo? Yo soñé que no debía haber nacido. ¿Para qué nací?... ¡Dios se equivocó! Hízome una cara fea, un cuerpecillo chico y un corazón muy grande. ¿De qué me sirve este corazón muy grande? De tormento nada más. ¡Ay!, si yo no le sujetara, él se empeñaría en aborrecer mucho; pero el aborrecimiento no me gusta, yo no se aborrecer, y antes que llegara a saber lo que es eso, quiero enterrar mi corazón para que no me atormente más.

—Te atormenta con los celos, con el sentimiento de verte humillada. ¡Ay! Nela, tu soledad es grande. No puede salvarte ni el saber que no posees, ni la familia que te falta, ni el trabajo que desconoces. Dime, la protección de la señorita Florentina, ¿qué sentimientos ha despertado en ti?...

—¡Miedo!... ¡vergüenza! —exclamó la Nela con temor, abriendo mucho sus ojuelos—. ¡Vivir con ellos, viéndoles a todas horas... porque se casarán, el corazón me ha dicho que se casarán; yo he soñado que se casarán!...

—Pero Florentina es muy buena, te amará mucho...

—Yo la quiero mucho también; pero no en Aldeacorba —dijo la de la Canela con exaltación y desvarío—. Ha venido a quitarme lo que es mío... porque era mío, sí, señor... Florentina es como la Virgen María... yo le rezaría, sí señor, le rezaría; porque no quiero que me quite lo que es mío... y me lo quitará, ya me lo ha quitado... ¿A dónde voy yo ahora, qué soy, ni de qué valgo? Todo lo perdí; todo, y quiero irme con mi madre.

La Nela dio algunos pasos; pero Golfín, como fiera que echaba la zarpa, la detuvo fuertemente por la muñeca. Haciendo esto observó el agitado pulso de la vagabunda.

—Ven acá —le dijo—. Desde este momento, que quieras que no, te hago mi esclava. Eres mía, y no has de hacer sino lo que te mande yo. ¡Pobre criatura, formada de sensibilidad ardiente, de imaginación viva, de candidez y de superstición, eres una admirable persona nacida para todo lo bueno; pero desvirtuada por el abandono y la falta de instrucción, pues careces hasta de lo más elemental! ¡En qué donosa sociedad vivimos que hasta este punto se olvida de sus deberes y deja perder de este modo un ser preciosísimo!... Ven acá, que no te has de separar de mí; te tomo, te cazo, esa es la palabra, te cazo con trampa en medio de los bosques, fierecita silvestre, y voy a ensayar en ti un sistema de educación... Veremos si sé tallar este hermoso diamante. ¡Ah, cuántas cosas ignoras! Yo te descubriré un nuevo mundo en tu alma, te haré ver mil asombrosas maravillas que hasta ahora no has conocido, aunque de todas ellas has de tener tú una idea confusa, una idea vaga. ¿No sientes en tu pobre alma... ¿cómo te lo diré?, el brotecillo, el pimpollo de una virtud, que es la más preciosa y la madre de todas, la humildad, una virtud por la cual gozamos extraordinariamente, ¡mira tú qué cosa tan rara!, al vernos inferiores a los demás? Gozamos, sí, al ver que otros están por encima de nosotros. ¿No sientes también la abnegación, por la cual nos complacemos en sacrificarnos por los demás y hacernos pequeñitos para que los demás sean grandes? Tú aprenderás esto, aprenderás a poner tu fealdad a los pies de la hermosura, a contemplar con serenidad y alegría los triunfos ajenos, a cargar de cadenas ese gran corazón tuyo, sometiéndolo por completo, para que jamás vuelva a sentir envidia ni despecho, para que ame a todos por igual, poniendo por encima de todos a los que te han causado daño. Entonces serás lo que debes ser por tu natural condición y por las cualidades que posees desde el nacer. ¡Infeliz!, has nacido de una sociedad cristiana, y ni siquiera eres cristiana; vive tu alma en aquel estado de naturalismo poético, sí, esa es la palabra, y te la digo aunque no la entiendas... en aquel estado en que vivieron pueblos de que apenas queda memoria. Los sentidos y las pasiones te gobiernan, y la forma es uno de tus dioses más queridos. Para ti han pasado en vano dieciocho siglos, consagrados a la sublimación del espíritu. Y esta egoísta sociedad que ha permitido tal abandono, ¿qué nombre merece? Te ha dejado crecer en la soledad de unas minas, sin

enseñarte una letra, sin hacerte conocer las conquistas más preciosas de la inteligencia, las verdades más elementales que hoy gobiernan al mundo; ni siquiera te ha llevado a una de esas escuelas de primeras letras, donde no se aprende casi nada; ni siquiera te ha dado la imperfectísima instrucción religiosa de que ella se envanece. Apenas has visto una iglesia más que para presenciar ceremonias que no te han explicado; apenas sabes recitar una oración que no entiendes; no sabes nada del mundo, ni de Dios, ni del alma... Pero todo lo sabrás; tú serás otra, dejarás de ser la Nela, yo te lo prometo, para ser una señorita de mérito, una mujer de bien.

No puede afirmarse que la Nela entendiera el anterior discurso, pronunciado por Golfín con tal vehemencia y brío, que olvidó un instante la persona con quien hablaba. Pero la vagabunda sentía una fascinación extraña, y las ideas de aquel hombre penetraban dulcemente en su alma hallando fácil asiento en ella. Parece que se efectuaba sobre la tosca muchacha el potente y fatal dominio que la inteligencia superior ejerce sobre la inferior. Triste y silenciosa recostó su cabeza sobre el hombro de Teodoro.

—Vamos allá —dijo éste súbitamente.

La Nela tembló toda. Golfín observó el sudor de su frente, el glacial frío de sus manos, la violencia de su pulso; pero lejos de cejar en su idea por causa de esta dolencia física, afirmóse más en ella, repitiendo:

—Vamos, vamos; aquí hace frío.

Tomó de la mano a la Nela. El dominio que sobre ella ejercía era ya tan grande, que la muchacha se levantó tras él y dieron juntos algunos pasos. Después la Nela se detuvo y cayó de rodillas.

—¡Oh!, señor —exclamó con espanto—, no me lleve usted.

Estaba pálida y descompuesta, con señales de una espantosa alteración física y moral. Golfín le tiró del brazo. El cuerpo desmayado de la vagabunda no se elevaba del suelo por

su propia fuerza. Era preciso tirar de él como de un cuerpo muerto.

—Hace días —dijo Golfín—, que en este mismo sitio te llevé sobre mis hombros porque no podías andar. Esta noche será lo mismo.

Y la levantó en sus brazos. La ardiente respiración de la mujer niña le quemaba el rostro. Iba decadente, roja y marchita, como una planta que acaba de ser arrancada del suelo, dejando en él las raíces.

Al llegar a la casa de Aldeacorba, Golfín sintió que su carga se hacía menos pesada. La Nela erguía su cuello, elevaba las manos con ademán de desesperación, pero callaba.

Entró. Todo estaba en silencio. Una criada salió a recibirle, y a instancias de Teodoro condújole sin hacer ruido a la habitación de la señorita Florentina.

Hallábase ésta sola, alumbrada por una luz que ya agonizaba, de rodillas en el suelo y apoyando sus brazos en el asiento de una silla, en actitud de orar devota y recogidamente. Alarmóse al ver entrar a un hombre tan a deshora en su habitación, y a su fugaz alarma sucedió el asombro, observando la carga que Golfín sobre sus robustos hombros traía.

La sorpresa no permitió a la señorita de Penáguilas usar de la palabra cuando Teodoro, depositando cuidadosamente su carga sobre un sofá, le dijo:

—Aquí la traigo... ¿qué tal, soy buen cazador de mariposas?

Retrocedamos algunos días.

Cuando Teodoro Golfín levantó por primera vez el vendaje de Pablo Penáguilas, éste dio un grito de espanto. Sus movimientos todos eran de retroceso. Extendía las manos como para apoyarse en un punto y retroceder mejor. El espacio iluminado era para él como un inmenso abismo, en el cual se suponía próximo a caer. El instinto de conservación obligábale a cerrar los ojos. Excitado por Teodoro, por su padre y los demás de la casa, que sentían la ansiedad más honda, miró de nuevo; pero el temor no disminuía. Las imágenes entraban, digámoslo así, en su cerebro violenta y atropelladamente con una especie de brusca embestida, de tal modo, que él creía chocar contra los objetos; las montañas lejanas se le figuraban hallarse al alcance de su mano, y los objetos y personas que le rodeaban los veía cual si rápidamente cayeran sobre sus ojos.

Teodoro Golfín observaba estos fenómenos con la más viva curiosidad, porque era aquel el segundo caso de curación de ceguera congénita que había presenciado. Los demás no se atrevían a manifestar alegría de tal modo les confundía y asustaba la perturbada inauguración de las funciones ópticas en el afortunado paciente. Pablo experimentaba una alegría delirante. Sus nervios y su fantasía hallábanse horriblemente excitados, por lo cual Teodoro juzgó prudentemente obligar al reposo. Sonriendo le dijo:

—Por ahora ha visto usted bastante. No se pasa de la ceguera a la luz, no se entra en los soberanos dominios del sol como quien entra en un teatro. Es este un nacimiento en que hay también mucho dolor.

Más tarde el joven mostró deseos tan vehementes de volver a ejercer su nueva facultad preciosa, que Teodoro consintió en abrirle un resquicio del mundo visible.

—Mi interior —dijo Pablo, explicando su impresión primera—, está inundado de hermosura que antes no conocía. ¿Qué cosas fueron las que entraron en mí llenándome de terror? La idea del tamaño, que yo no concebía sino de una manera imperfecta, se me presentó clara y terrible, como si me arrojaran desde las cimas más altas a los abismos más profundos. Todo esto es bello y grandioso, aunque me hace estremecer. Quiero volver a experimentar esas sensaciones sublimes. Aquella extensión de hermosura que contemple me ha dejado anonadado; era una cosa serena y majestuosamente inclinada hacia mí como para recibirme. Yo veía el Universo entero corriendo hacia mí, y estaba sobrecogido y temeroso... El cielo era un gran vacío atento, no lo expreso bien... era el aspecto de una cosa extraordinariamente dotada de expresión. Todo aquel conjunto de cielo y montañas me observaba y hacia mí corría... pero todo era frío y severo en su gran majestad. Enséñenme una cosa delicada y cariñosa... la Nela, ¿en dónde está la Nela?

Al decir esto, Golfín, descubriendo nuevamente sus ojos a la luz y auxiliándoles con anteojos hábilmente graduados, le ponía en comunicación con la belleza visible.

—¡Oh, Dios mío!... ¿esto que veo es la Nela? —exclamó Pablo con entusiasta admiración.

—Es tu prima Florentina.

—¡Ah! —dijo el joven lleno de confusión. —Es mi prima... Yo no tenía idea de una hermosura semejante... ¡Bendito sea el sentido que permite gozar de esta luz divina! Prima mía, eres como una música deliciosa; eso que veo me parece

la expresión más clara de la armonía... ¿Y la Nela, dónde está?

—Tiempo tendrás de verla —dijo don Francisco lleno de gozo— Sosiégate ahora.

—¡Florentina, Florentina! —repitió el ciego con desvarío—. ¿Qué tienes en esa cara que parece la misma idea de Dios puesta en carnes? Estás en medio de una cosa que debe de ser el sol. De tu cara salen unos como rayos... al fin puedo tener idea de cómo son los ángeles... y tu cuerpo, tus manos, tus cabellos vibran mostrándome ideas preciosísimas... ¿qué es esto?

—Principia a hacerse cargo de los colores —murmuró Golfín—. Quizás vea los objetos rodeados con los colores del iris. Aún no posee bien la adaptación a las distancias.

—Te veo dentro de mis propios ojos —añadió Pablo—. Te fundes con todo lo que pienso, y tu persona visible es para mí como un recuerdo. ¿Un recuerdo de qué? Yo no he visto nada hasta ahora... ¿Habré vivido antes de esta vida? No lo sé pero yo tenía noticias de esos tus ojos... Y tú, padre, ¿dónde estas? ¡Ah!, ya te veo. Eres tú... se me presenta contigo el amor que te tengo... ¿Pues y mi tío?... Ambos os parecéis mucho... ¿En dónde está el bendito Golfín?

—Aquí... en la presencia de su enfermo —dijo Teodoro presentándose—. Aquí estoy más feo que Picio... Como usted no ha visto aún leones ni perros de Terranova, no tendrá idea de mi belleza... Dicen que me parezco a aquellos nobles animales.

—Todos son buenas personas —dijo Pablo con gran candor—, pero mi prima a todos les lleva inmensa ventaja... ¿Y la Nela?, por Dios, ¿no traen a la Nela?

Dijéronle que su lazarillo no parecía por la casa, ni podían ellos ocuparse en buscarla, lo que le causó profundísima pena. Procuraron calmarle, y como era de temer un acceso de fiebre, le acostaron, incitándole a dormir. Al día si...

guiente era grande su postración, pero de todo triunfó su naturaleza enérgica. Pidió que le enseñaran un vaso de agua, y al verlo dijo:

—Parece que estoy bebiendo el agua sólo con verla.

Del mismo modo se expresó con respecto a otros objetos, los cuales hacían la más viva impresión en su fantasía. Golfín, después de tratar de remediar la aberración de esfericidad por medio de lentes, que fue probando uno tras otro, principió a ejercitarle en la distinción y combinación de los colores; pero el vigoroso entendimiento del joven propendía siempre a distinguir la fealdad de la hermosura. Distinguía estas dos ideas en absoluto, sin que influyera nada en él ni la idea de utilidad, ni aun la de bondad. Parecióle encantadora una mariposa que extraviada entró en su cuarto. Un tintero le parecía horrible, a pesar de que su tío le demostró con ingeniosos aráugmentos que servía para poner la tinta de escribir... Entre la estampa del Crucificado y otra de Galatea navegando sobre una concha con escolta de tritones y ninfas, prefirió esta última, lo que hizo mal efecto en Florentina, que prometió enseñarle a poner las cosas sagradas cien codos por encima de las profanas. Observaba las caras con la más viva atención, y la maravillosa concordancia de los accidentes faciales con el lenguaje le pasmaba en extremo. Viendo a las criadas y a otras mujeres de Aldeacorba, manifestó el más vivo desagrado, porque eran o feas o insignificantes; y es que la hermosura de su prima convertía en adefesios a todas las demás mujeres. A pesar de esto, deseaba verlas a todas. Su curiosidad era una fiebre intensa que de ningún modo podía calmarse. Cada vez era mayor su desconsuelo por no ver a la Nela; pero en tanto rogaba a Florentina que no dejase de acompañarle un momento.

El tercer día le dijo Golfín:

—Ya se ha enterado usted de gran parte de las maravillas del mundo visible. Ahora es preciso que vea su propia persona.

Trajeron un espejo y Pablo se miró en él.

—Este soy yo... —dijo con loca admiración— Trabajo me cuesta el creerlo... ¿Y cómo estoy dentro de esta agua dura y quieta? ¡Qué cosa tan admirable es el vidrio! Parece mentira que los hombres hayan hecho esta atmósfera de piedra... Por vida mía, que no soy feo... ¿no es verdad, prima? ¿Y tú, cuando te miras aquí, sales tan guapa como eres? No puede ser. Mírate en el cielo transparente y allí verás tu imagen. Creerás que ves a los ángeles cuando te veas a tí misma.

A solas con Florentina, y cuando ésta le prodigaba a prima noche las atenciones y cuidados que exige un enfermo, Pablo le decía:

—Prima mía, mi padre me ha leído aquel pasaje de nuestra historia, cuando un hombre llamado Cristóbal Colón descubrió el Mundo Nuevo, jamás visto por hombre alguno de Europa. Aquel navegante abrió los ojos del mundo conocido para que viera otro más hermoso. No puedo figurármelo a él sino como a un Teodoro Golfín, y a la Europa como a un gran ciego para quien la América y sus maravillas fueron la luz. Yo también he descubierto un Nuevo Mundo. Tú eres mi América; tú eres aquella primera isla hermosa donde puso su pie el navegante. Fáltole ver el continente con sus inmensos bosques y ríos. A mí también me quedará por ver quizás lo más hermoso...

Después cayó en profunda meditación, y al cabo de ella preguntó:

—¿En dónde está la Nela?

—No sé qué le pasa a esta pobre muchacha —dijo Florentina—. No quiere verte sin duda.

—Es vergonzosa y muy modesta —replicó Pablo—. Teme molestar a los de casa. Florentina, con confianza te diré que la quiero mucho. Tú la querrás mucho. Deseo ardientemente ver a esa buena compañera y amiga mía.

—Yo misma iré a buscarla mañana.

—Sí, sí... pero no estés mucho tiempo fuera. Cuando no te veo, estoy muy solo... Me he acostumbrado a verte, y estos tres días me parecen siglos de felicidad. No me robes ni un minuto. Decíame anoche mi padre que después de verte a ti no debo tener curiosidad de ver a mujer ninguna.

—¡Qué tonterías! —dijo la señorita ruborizándose— Hay otras mucho más guapas que yo.

—No, no, todos dicen que no —afirmó Pablo con vehemencia, y dirigía su cara vendada hacia la primita, como si al través de tantos obstáculos quisiera verla aún—. Antes me decían eso y yo no lo quería creer; pero después que tengo conciencia del mundo visible y de la belleza real, lo creo, sí, lo creo. Eres un tipo perfecto de hermosura; no hay más allá, no puede haberlo... Dame tu mano.

El primo estrechó ardientemente entre sus manos la de la señorita.

—Ahora me río yo —añadió él—, de mi ridícula vanidad de ciego, de mi necio empeño de apreciar sin vista el aspecto de las cosas... Creo que toda la vida me durará el asombro que me produjo la realidad... ¡La realidad! El que no la posee es un idiota... Florentina, yo era un idiota.

—No, primo; siempre fuiste y eres muy discreto... Pero será hora de dormir. Don Teodoro ha mandado que no se te dé conversación a esta hora, porque te descelas... Si no te callas me voy.

—¿Es ya de noche?

—Sí, es de noche.

—Pues sea de noche o de día, yo quiero hablar —afirmó Pablo, inquieto en su lecho, sobre el cual reposaba vestido y muy excitado—. Con una condición me callo, y es que no te vayas de mi lado, y de tiempo en tiempo des una palmada en la cama, para saber yo que estás ahí.

—Bueno, así lo hare, y ahí va la primera fe de vida —dijo Florentina, dando una palmada en la cama.

—Cuando te siento reír, parece que respiro un ambiente fresco y perfumado, y todos mis sentidos antiguos ponen a reproducirme tu persona de distintos modos. El recuerdo de tu imagen subsiste en mí de tal manera, que vendado te estoy viendo lo mismo...

—¿Vuelve la charla?... Que llamo a don Teodoro —dijo la señorita jovialmente.

—No... estate quieta. Si no puedo callar... si callara, todo lo que pienso, todo lo que siento y lo que veo aquí dentro de mi cerebro me atromentaría más... ¿Y quieres tú que duerma? ¿Dormir! Si te tengo aquí dentro, Florentina, dándome vueltas en el cerebro y volviéndome loco. Padezco y gozo lo que no se puede decir porque no hay palabras para decirlo. Toda la noche la paso hablando contigo y con la Nela... ¡La pobre Nela!, tengo curiosidad de verla, una curiosidad muy grande.

—Yo misma iré a buscarla mañana... Vaya, se acabó la conversación. Calladito, o me marchó.

—Quédate... Hablaré conmigo mismo... Ahora voy a repetir las cosas que te dije anoche, cuando hablábamos solos los dos. Voy a recordar lo que tú me dijiste.

—¿Yo?

—Es decir, las cosas que yo me figuraba oír de tu boca... Silencio, señorita de Penáguilas... yo me entiendo solo con mi imaginación.

Al día siguiente, cuando Florentina se presentó delante de su primo, le dijo:

—Traía a Mariquilla y se me escapó. ¡Qué ingratitud!

—¿Y no la has buscado?

—¿Dónde... ¡Huyó de mí! Esta tarde saldré otra vez y la buscaré hasta que la encuentre.

—No, no salgas —dijo Pablo vivamente—. Ella aparecerá, ella vendrá sola.

—Parece loca.

—¿Sabe que tengo vista?

—Yo misma se lo he dicho. Pero sin duda ha perdido el juicio. Dice que yo soy la Santísima Virgen, y me besa el vestido.

—Es que le produces a ella el mismo efecto que a todos. La Nela es tan buena... ¡Pobre muchacha! Es preciso protegerla, Florentina, protegerla, ¿no te parece?

—Es una ingrata —dijo Florentina con tristeza.

—¡Ah!, no lo creas. La Nela no puede ser ingrata. Es muy buena... la aprecio mucho... Es preciso que la busquen y me la traigan aquí.

—Yo iré.

—No, no, tú no —dijo prontamente Pablo, tomando la mano de su prima—. La obligación de usted, señorita sin juicio, es acompañarme. Si no viene pronto el señor Golfín a lavarme me la venda y ponerme los vidrios, yo me la levantaré solo. Desde ayer no te veo, y esto no se puede sufrir, no, no se puede sufrir... ¿Ha venido D. Teodoro?

—Abajo está con tu padre y el mío. Pronto subirá. Ten paciencia; pareces un chiquillo de escuela.

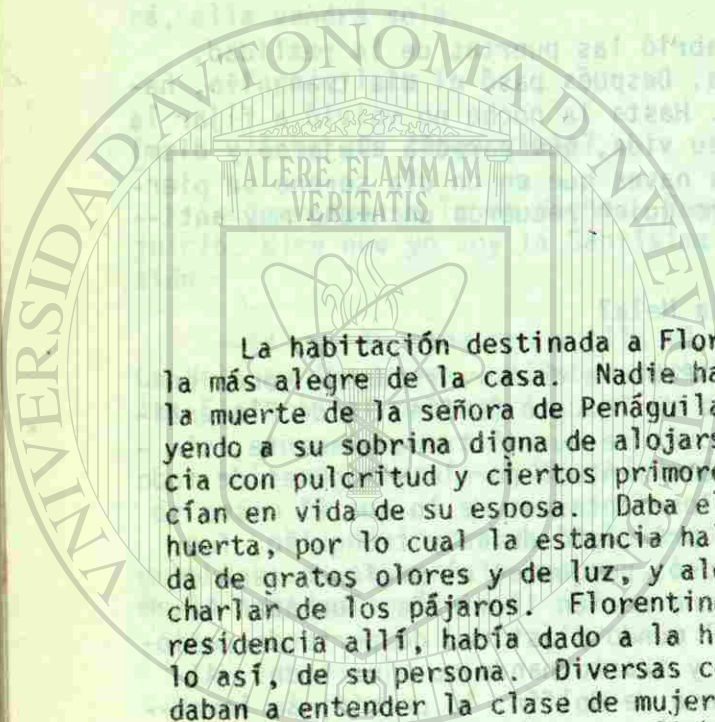
—¡Luz, luz!... Es una iniquidad que le tengan a uno tanto tiempo a obscuras. Así no se puede vivir... yo me muero. Necesito mi pan de cada día, necesito la función de mis ojos... Hoy no te he visto, prima, y estoy loco por verte. Tengo una sed rabiosa de verte. ¡Viva la realidad!... Bendito

sea Dios que te crió, mujer hechicera, compendio de todas las bellezas... Pero si después de criar la hermosura, no hubiera criado Dios los corazones, ¡cuán tonta sería su obra!... ¡Luz, luz!

Subió Teodoro y le abrió las puertas de la realidad, inundando de gozo su alma. Después pasó el día tranquilo, hablando de cosas diversas. Hasta la noche no volvió a fijar la atención en un punto de su vida, que parecía alejarse y disminuir y borrarse, como las naves que en un día sereno se pierden en el horizonte. Como quien recuerda un hecho muy antiguo, Pablo dijo:

—¿No ha aparecido la Nela?

Aquella noche sintió Pablo a deshora ruido de voces en la casa. Creyó oír la voz de Teodoro Golfín, la de Florentina y la de su padre. Después se durmió tranquilamente, siguiendo durante su sueño atormentado por las imágenes de todo lo que había visto y por los fantasmas de lo que él mismo se imaginaba. Su sueño, que principió dulce y tranquilo, fue después agitado y angustioso, porque en el profundo seno de su alma, como en una caverna recién iluminada, luchaban las hermosuras y fealdades del mundo plástico, despertando pasiones, enterrando recuerdos y trastornando su alma toda. Al día siguiente, según promesa de Golfín, le permitirán levantarse y andar por la casa.



LOS OJOS MATAN

La habitación destinada a Florentina en Aldeacorba era la más alegre de la casa. Nadie había vivido en ella desde la muerte de la señora de Penáguilas; pero D. Francisco, creyendo a su sobrina digna de alojarse allí, arregló la estancia con pulcritud y ciertos primores elegantes que no se conocían en vida de su esposa. Daba el balcón al Mediodía y a la huerta, por lo cual la estancia hallábase diariamente inundada de gratos olores y de luz, y alegrada por el armonioso charlar de los pájaros. Florentina, en los pocos días de su residencia allí, había dado a la habitación el molde, digámoslo así, de su persona. Diversas cosas y partes de aquélla daban a entender la clase de mujer que allí vivía, así como el nido da a conocer el ave. Si hay personas que de un palacio hacen un infierno, hay otras que para convertir una choza en palacio no tienen más que meterse en ella.

Era aquel día tempestuoso (y decimos aquel día, porque no sabemos qué día era: sólo sabemos que era un día). Había llovido toda la mañana. Después había aclarado el cielo, y por último, sobre la atmósfera húmeda y blanca apareció majestuoso un arco iris. El inmenso arco apoyaba uno de sus pies en los cerros de Ficóbriga, junto al mar, y el otro en el bos que de Saldeoro. Soberanamente hermoso en su sencillez, era tal que a nada puede compararse, como no sea a la representación absoluta y esencial de la forma. Es un arco iris como el resumen, o mejor dicho, principio y fin de todo lo visible.

En la habitación estaba Florentina, no ensartando perlas ni bordando rasos con menudos hilos de oro, sino cortando un vestido con patrones hechos de Imparciales y otros periódicos. Hallábase en el suelo, en postura semejante a la que toman los chicos más revoltosos cuando están jugando, y ora sentada sobre sus pies, ora de rodillas, no daba paz a las tijeras. A su lado había un montón de pedazos de lana, percal, madapolán y otras telas que aquella mañana había hecho traer a toda prisa de Villamojada, y corta por aquí, recorta por allá Florentina hacía mangas, faldas y cuerpos. No eran un modelo de corte, ni había que fiar mucho en la regularidad de los patrones, obra también de Florentina; pero ella, reconociendo los defectos de las piezas, pensaba que en aquel arte la buena intención salva el resultado. Su excelente padre le había dicho aquella mañana al comenzar la obra:

—Por Dios, Florentinilla, parece que ya no hay modistas en el mundo. No se qué me da de ver a una señorita de buena sociedad arrastrándose por esos suelos de Dios con tijeras en la mano... Eso no está bien. No me agrada que trabajes para vestirte a tí misma, ¿y me ha de agradar que trabajes para las demás? ¿Para qué sirven las modistas?... ¿para qué sirven las modistas, eh?

—Esto lo haría cualquier modista mejor que yo —repuso Florentina riendo—; pero entonces no lo haría yo, señor papá; y precisamente quiero hacerlo yo misma.

Después Florentina se quedó sola; no, no se quedó sola, porque en el testero principal de la alcoba, entre la cama y el ropero, había un sofá de forma antigua, y sobre el sofá dos mantas, una sobre otra. En uno de los extremos asomaba entre almohadas una cabeza reclinada con abandono. Era un semblante desencajado y anémico. Dormía. Su sueño era un letargo inquieto que se interrumpía a cada instante con violentas sacudidas y terrores. Sin embargo, parecía estar más sosegada cuando al medio día volvió a entrar en la pieza el padre de Florentina, acompañado de Teodoro Golfín.

Golfín se dirigió al sofá, y aproximando su cara, observó la de la Nela.

—Parece que su sueño es ahora más tranquilo —dijo—. No hagamos ruido.

—¿Qué le parece a usted mi hija? —dijo D. Manuel riendo—. ¿No ve usted las tareas que se da?... Sea usted imparcial, señor D. Teodoro, ¿no hay motivos para que me incomode? Francamente, cuando no hay necesidad de tomarse una molestia, ¿por qué se ha de tomar? Muy enhorabuena que mi hija dé al prójimo todo lo que yo le señalo para que lo gaste en alfileres; pero esto, esta manía de ocuparse ella misma en bajos menesteres... en bajos menesteres...

—Déjela usted —replicó Golfín, contemplando a la señorita de Penáguilas con cierto arrobamiento—. Cada uno, Sr. D. Manuel, tiene su modo especial de gastar alfileres.

—No me opongo yo a que en sus caridades llegue hasta el despilfarro, hasta la bancarrota —dijo D. Manuel, paseándose pomposamente por la habitación, con las manos en los bolsillos—. ¿Pero no hay otro medio mejor de hacer caridad? Ella ha querido dar gracias a Dios por la curación de mi sobrino... muy bueno es esto, muy evangélico... pero veamos... pero veamos...

Detúvose ante la Nela para obsequiarla con sus miradas.

—¿No habría sido más razonable —añadió—, que en vez de meterlos en la casa a esta pobre muchacha, hubiera organizado mi hijita una de esas útiles solemnidades que se estilan en la corte, y en las cuales sabe mostrar sus buenos sentimientos lo más selecto de la sociedad? ¿Por qué no se te ocurrió celebrar una rifa? Entre los amigos hubiéramos colocado todos los billetes, reuniendo una buena suma, que podrías destinar a los asilos de Beneficencia. Podías haber formado una sociedad con todo el señorío de Villamojada y su término, o con todo el señorío de Santa Irene de Campó, y celebrar juntas y reunir mucho dinero... ¿Qué tal? También pudiste idear una corrida de toretes. Yo me hubiera encargado de lo tocan-

te al ganado y lidiadores... o una función de aficionados... ¡Oh! Anochece hemos estado hablando acerca de esto la señora doña Sofía y yo... Aprende, aprende de esa señora. A ella deben los pobres qué sé yo cuántas cosas. ¿Pues y las muchas familias que viven de la administración de las rifas? ¿Pues y lo que ganan los cómicos con estas funciones? ¡Oh!, los que están en el Hospicio no son los únicos pobres. Me dijo Sofía que en los bailes de máscaras dados este invierno sacaron un dineral. Verdad que se llevaron gran parte la empresa del gas, el alquiler del teatro, los empleados... pero a los pobres les llegó su pedazo de pan... O si no, hija mía, lee la estadística... o si no, hija mía, lee la estadística.

Florentina se reía, y no hallando mejor contestación que repetir una frase de Teodoro Golfín, dijo a su padre:

—Cada uno tiene su modo de gastar alfileres.

—Señor D. Teodoro —indicó con desabrimiento D. Manuel—, convenga usted en que no hay otra como mi hija.

—Sí, en efecto —manifestó Teodoro con intención profunda, contemplando a la joven—, no hay otra como Florentina.

—Con todos sus defectos —dijo el padre acariciando a la señorita—, la quiero más que a mi vida. Esta pícara vale más oro que pesa... Vamos a ver, ¿qué te gusta más, Aldeacorba de Suso o Santa Irene de Campó?

—No me disgusta Aldeacorba.

—¡Ah, picarona!... ya veo el rumbo que tomas... Bien, te parece bien. ¿Saben ustedes que a estas horas mi hermano está echando un sermón a su hijo? Cosas de familia; de esto ha de salir algo bueno. Mire usted, D. Teodoro, cómo se pone mi hija; ya tiene en su cara todas las rosas de Mayo. Voy a ver lo que dice mi hermano... a ver lo que dice mi hermano.

Retiróse el buen hombre. Teodoro se acercó a la Nela para observarla de nuevo.

—¿Ha dormido anoche? —preguntó a Florentina.

—Poco. Toda la noche la oí suspirar y llorar. Esta noche tendrá una buena cama, que he mandado traer de Villamojada. La pondré en ese cuartito que está junto al mío.

—¡Pobre Nela! —exclamó el médico—. No puede Ud. figurarse el interés que siento por esta infeliz criatura. Alguien se reirá de esto; pero no somos de piedra. Lo que hagamos para enaltecer a este pobre ser y mejorar su condición, entiéndase hecho en pro de una parte no pequeña del género humano. Como la Nela hay muchos miles de seres en el mundo. ¿Quién los conoce? ¿Dónde están? Están perdidos en los desiertos sociales... que también hay desiertos sociales; están en lo más obscuro de las poblaciones, en lo más solitario de los campos, en las minas, en los talleres. Frecuentemente pasamos junto a ellos y no les vemos... Les damos limosna sin conocerles... No podemos fijar nuestra atención en esa miserable parte de la sociedad. Al principio creí que la Nela era un caso excepcional; pero no, he meditado, he recordado y he visto que es un caso de los más comunes. Este es un ejemplo del estado a que vienen los seres moralmente organizados para el bien, para el saber, para la virtud, y que por su abandono y apartamiento no pueden desarrollar las fuerzas de su alma. Viven ciegos del espíritu, como Pablo Penáguilas ha vivido ciego del cuerpo teniendo vista.

Florentina, vivamente impresionada, parecía haber comprendido las observaciones de Golfín.

—Aquí la tiene usted —añadió éste—. Posee una fantasía preciosa, sensibilidad viva, sabe amar con ternura y con pasión; tiene su alma aptitud maravillosa para todo aquello que del alma depende; pero al mismo tiempo está llena de las supersticiones más groseras; sus ideas religiosas son vagas, monstruosas, equivocadas; sus ideas morales no tienen más que el sentido natural. No tiene más educación que la que ella misma se ha dado, como planta que se fecunda con sus propias

hojas secas. Nada debe a los demás. Durante su niñez no ha oído ni una lección, ni un amoroso consejo, ni una santa norma. Se guía por ejemplos vagos que aplica a su antojo. Su criterio es suyo, propiamente suyo. Como tiene imaginación y sensibilidad, como su alma se ha inclinado desde el principio a adorar algo, ha adorado la Naturaleza lo mismo que los pueblos primitivos. Sus ideales son naturalistas, y si usted no me entiende bien, querida Florentina, se lo explicaré mejor en otra ocasión.

"Su espíritu da a la forma, a la belleza, una preferencia sistemática. Todo su ser, sus afectos todos giran en derredor de esta idea. Las preeminencias y las altas dotes del espíritu son para ella una región confusa, una tierra apenas descubierta, de la cual no se tienen sino noticias vagas por algún viajero náufrago. La gran conquista evangélica, que es una de las más gloriosas que ha hecho nuestro espíritu, apenas llega a sus oídos como un rumor... es como una sospecha semejante a la que los pueblos asiáticos tienen del saber europeo, y si no me entiende usted bien, querida Florentina, más adelante se lo explicaré mejor...

"Pero ella está hecha para realizar en poco tiempo grandes progresos y ponerse al nivel de nosotros. Alúmbresele un poco y recorrerá con paso gigantesco los siglos... está muy atrasada, ve poco; pero teniendo luz andará. Esa luz no se la ha dado nadie hasta ahora, porque Pablo Penáguilas, por su ignorancia de la realidad visible, contribuía sin quererlo a aumentar sus errores. Ese idealista exagerado y loco no es el mejor maestro para un espíritu de esta clase. Nosotros enseñaremos la verdad a esta pobre criatura, resucitado ejemplar de otros siglos; le haremos conocer las dotes del alma; le traeremos a nuestro siglo; daremos a su espíritu una fuerza que no tiene; sustituiremos su naturalismo y sus rudas supersticiones con una noble conciencia cristiana. Aquí tenemos un admirable campo, una naturaleza primitiva, en la cual ensayaremos la enseñanza de los siglos; haremos rodar el tiempo sobre ella con las múltiples verdades descubiertas; crearemos un nuevo ser, porque esto, querida Florentina (no lo interprete usted mal), es lo mismo que crear un nuevo ser, y si usted no lo entiende, en otra ocasión se lo explicaré mejor.

Florentina, a pesar de no ser sabihonda, algo creyó entender de lo que en su original estilo había dicho Golfín. También ella iba a hacer sus observaciones sobre aquel tema; pero en el mismo instante despertó la Nela. Sus ojos se revolviéron temerosos observando toda la estancia, después se fijaron alternativamente en las dos personas que la contemplaban.

—¿Nos tienes miedo? —le dijo Florentina dulcemente—

—No, señora, miedo no —balbució la Nela—. Usted es muy buena. El Sr. D. Teodoro también:

—¿No estás contenta aquí? ¿Qué temes?

Golfín le tomó una mano.

—Háblanos con franqueza —le dijo—, ¿a cuál de los dos quieres más, a Florentina o a mí?

La Nela no contestó. Florentina y Golfín sonreían; pero ella guardaba una seriedad taciturna.

—Oye una cosa, tontuela —prosiguió el médico—. Ahora has de vivir con uno de nosotros. Florentina se queda aquí, yo me marcho. Decídetes por uno de los dos. ¿A cuál escoges?

Marianela dirigió sus miradas de uno a otro semblante, sin dar contestación categórica. Por último, se detuvieron en el rostro de Golfín.

—Se me figura que soy yo el preferido... Es una injusticia, Nela; Florentina se va a enojar.

La pobre enferma sonrió entonces, y extendiendo una de sus débiles manos hacia la señorita de Penáguilas, murmuró:

—No quiero que se enoje.

Al decir esto, María se quedó lívida; alargó su cuello, sus ojos se desencajaron. Su oído prestaba atención a un ru-

mor terrible. Había sentido pasos.

—¡Viene! —exclamó Golfín, participando del terror de su enferma.

—Es él —dijo Florentina, apartándose del sofá y corriendo hacia la puerta.

Era él. Pablo había empujado la puerta y entraba despacio, marchando en dirección recta, por la costumbre adquirida durante su larga ceguera. Venía riendo, y sus ojos, libres de venda que él mismo se había levantado, miraban hacia adelante. No habiéndose familiarizado aún con los movimientos de rotación del ojo, apenas percibía las imágenes laterales. Podría decirse de él, como de muchos que nunca fueron ciegos de los ojos, que sólo veía lo que tenía delante.

—Primita —dijo avanzando hacia ella—. ¿Cómo no has ido a verme hoy? Yo vengo a buscarte. Tu papá me ha dicho que estás haciendo trajes para los pobres. Por eso te perdono.

Florentina no supo que contestar. Estaba contrariada. Pablo no había visto al doctor ni a la Nela. Florentina para alejarle del sofá, se había dirigido hacia el balcón y recogiendo algunos trozos de tela, se había sentado en ademán de ponerse a trabajar. Bañábala la risueña luz del sol, coloreando espléndidamente su costado izquierdo y dando a su hermosa tez moreno-rosa el realce más encantador. Brillaba entonces su belleza como personificación hechicera de la misma luz. Su cabello en desorden, su vestido suelto llevaban al último grado la elegancia natural de la gentil doncella, cuya actitud casta y noble superaba a las más perfectas concepciones del arte.

—Primito —dijo contrayendo ligeramente el hermoso entrecejo—, D. Teodoro no te ha dado todavía permiso para quitarte hoy la venda. Eso no está bien.

—Me lo dará después —replicó el mancebo riendo—. No me puede suceder nada. Me encuentro bien. Y si me sucede algo, no me importa. No, no me importa quedarme ciego otra

vez después de haberte visto.

—¡Qué bueno estaría eso!... —dijo Florentina en tono de reprensión.

—Estaba en mi cuarto solo; mi padre había salido, después de hablarme de ti... Tú ya sabes lo que me han dicho...

—No, no sé nada —replicó la joven, fijando los ojos en la costura.

—Pues yo sí lo sé... Mi padre es muy razonable. Nos quiere mucho a los dos... Cuando mi padre salió levantéme la venda y miré al campo... Vi el arco iris y me quedé asombrado, mudo de admiración y de fervor religioso... No sé por qué aquel sublime espectáculo, para mi desconocido hasta hoy, me dio la idea más perfecta de la armonía del mundo... No sé por qué, al mirar la perfecta unión de sus colores, pensaba en ti... No sé por qué, viendo el arco iris, dije: "yo he sentido antes esto en alguna parte..." Me produjo sensación igual a la que sentí al verte, Florentina de mi alma. El corazón no me cabía en el pecho: yo quería llorar... lloré mucho y las lágrimas cegaron por un instante mis ojos. Te llamé, no me respondiste... Cuando mis ojos pudieron ver de nuevo, el arco iris había desaparecido... Sali para buscarte, creí que estabas en la huerta... bajé, subí, y aquí estoy... Te encuentro tan maravillosamente hermosa que me parece que nunca te he visto bien hasta hoy... nunca hasta hoy, porque ya he tenido tiempo de comparar... He visto muchas mujeres... todas son horribles junto a ti... Si me cuesta trabajo creer que hayas existido durante mi ceguera... No, no, lo que me ocurre es que naciste en el momento en que se hizo la luz dentro de mí, que te creó mi pensamiento en el instante de ser dueño del mundo visible... Me han dicho que no hay ninguna que a ti se compare. Yo no lo quería creer, pero ya lo creo, lo creo como creo en la luz.

Diciendo esto puso una rodilla en tierra. Alarmada y ruborizada Florentina, dejó de prestar atención a la costura.

—Primo... por Dios!... —murmuró Florentina.

—¡Prima... por Dios!... —exclamó Pablo con entusiasmo candoroso—, ¿por qué eres tú tan bonita?... Mi padre es muy razonable... no se puede oponer nada a su lógica ni a su bondad... Florentina, yo creí que no podría quererte; yo creí posible querer a otra más que a ti... ¡Qué necedad! Gracias a Dios que hay lógica en mis afectos... Mi padre, a quien he confesado mis errores, me ha dicho que yo amaba a un monstruo... Ahora puedo decir que idolatro a un ángel. El estúpido ciego ha visto ya, y al fin presta homenaje a la verdadera hermosura... pero yo tiemblo... ¿no me ves temblar? Te estoy viendo, y no deseo más que poder cogerte y encerrarte dentro de mi corazón, abrazándote y apretándote contra mi pecho... fuerte, muy fuerte.

Pablo, que había puesto las dos rodillas en tierra, se abrazaba a sí mismo.

—Yo no sé lo que siento —añadió con turbación, torpe la lengua, pálido el rostro—. Cada día descubro un nuevo mundo, Florentina. Descubrí el de la luz, descubro hoy otro. ¿Es posible que tú, tan hermosa, tan divina, seas para mí? ¡Prima, prima mía, esposa de mi alma!

Parecía que iba a caer al suelo desvanecido. Florentina hizo ademán de levantarse. Pablo le tomó una mano; después, retirando él mismo la ancha manga que lo cubría, besóle el brazo con vehemente ardor, contando los besos.

—Uno, dos, tres, cuatro... ¡Yo me muero!...

—Quita, quita —dijo Florentina, poniéndose en pie, y haciendo levantar tras ella a su primo—. Señor doctor, ríñale usted.

Teodoro gritó:

—¡Pronto!... ¡esa venda en los ojos, y a su cuarto, joven!

Confuso volvió el joven su rostro hacia aquel lado. Tomando la visual recta vio al doctor junto al sofá de paja cubierto de mantas.

—¿Está usted ahí, Sr. Golfín? —dijo, acercándose en línea recta.

—Aquí estoy —repuso Golfín seriamente—. Creo que debe usted ponerse la venda y retirarse a su habitación. Yo le acompañaré.

—Me encuentro perfectamente... Sin embargo, obedeceré... Pero antes déjenme ver esto.

Observaba la manta, y entre las mantas una cabeza cadavérica y de aspecto muy desagradable. En efecto, parecía que la nariz de la Nela, se había hecho más picuda, sus ojos más chicos, su boca más insignificante, su tez más pecosa, sus cabellos más ralos, su frente más angosta. Con los ojos cerrados, el aliento fatigoso, entreabiertos los cárdenos labios, la infeliz parecía hallarse en la postrera agonía, síntoma inevitable de la muerte.

—¡Ah! —dijo Pablo—, mi tío me dijo que Florentina había recogido una pobre... ¡Qué admirable bondad!... Y tú, infeliz muchacha, alégrate, has caído en manos de un ángel... ¿Estás enferma? En mi casa no te faltará nada... Mi prima es la imagen más hermosa de Dios... Esta pobrecita está muy mala, ¿no es verdad, doctor?

—Sí —dijo Golfín—, le conviene estar sola y no oír hablar.

—Pues me voy.

Pablo alargó una mano hasta tocar aquella cabeza que le parecía la expresión más triste de la miseria y de la desgracia humana. Entonces la Nela movió los ojos y los fijó en su mano. Pablo se creyó mirado desde el fondo de un sepulcro; tanta era la tristeza y el dolor que en aquella mirada había. Después la Nela sacó de entre las mantas una mano flaca, tostada y áspera y tomó la mano del señorito de Penáguilas, quien, al sentir su contacto, se estremeció de pies a cabeza, y lanzó un grito en que toda su alma gritaba.

Hubo una pausa angustiosa, una de esas pausas que preceden a las catástrofes del espíritu, como para hacerlas más solemnes.

Con voz temblorosa, que en todos produjo trágica emoción, la Nela dijo:

—Sí, señorito mío, yo soy la Nela.

Lentamente, y como si moviera un objeto de mucho peso, llevó a sus secos labios la mano del señorito y le dio un beso... después un segundo beso... y al dar el tercero, sus labios resbalaron inertes sobre la piel del mancebo.

Después callaron todos. Callaban mirándola. El primero que rompió la palabra fue Pablo, que dijo:

—¡Eres tú... eres tú!...

Después le ocurrieron muchas cosas, pero no pudo decir ninguna. Era preciso para ello que hubiera descubierto un nuevo lenguaje, así como había descubierto dos nuevos mundos: el de la luz y el del amor por la forma. No hacía más que mirar, mirar y hacer memoria de aquel tenebroso mundo en que había vivido, allá donde quedaban perdidos entre la bruma sus pasiones, sus ideas y sus errores de ciego.

Florentina se acercó derramando lágrimas para examinar el rostro de la Nela, y Golfín, que la observaba como hombre y como sabio, pronunció estas lúgubres palabras:

—¡La mató! ¡Maldita vista suya!

Y después, mirando a Pablo con severidad, le dijo:

—Retírese usted.

—Morir... morir así sin causa alguna... Esto no puede ser —exclamó Florentina con angustia, poniendo la mano sobre la frente de la Nela—. ¡María!... ¡Marianela!

La llamó repetidas veces, inclinada sobre ella, mirándola como se mira y como se llama desde los bordes de un pozo a la persona que se ha caído en él y se sumerge en las hondísimas y negras aguas.

—No responde —dijo Pablo con terror.

Golfín tentaba aquella vida próxima a su extinción y observó que bajo su tacto aún latía la sangre.

Pablo se inclinó sobre ella, acercó sus labios al oído de la moribunda, y gritó:

—¡Nela, Nela, amiga querida!

Entonces ella se agitó, abrió los ojos, movió las manos. Parecía que había vuelto desde muy lejos. Al ver que las miradas de Pablo se clavaban en ella con observadora curiosidad, hizo un movimiento de vergüenza y terror, y quiso ocultar su pobre rostro como se oculta un crimen.

—¿Qué es lo que tiene? —exclamó Florentina con ardor—. D. Teodoro, no es usted hombre si no la salva... Si no la salva usted, es usted un charlatán.

La insigne joven parecía colérica en fuerza de ser caritativa.

—¡Nela! —repitió Pablo, traspasado de dolor y no re-
puesto con el asombro que le había producido la vista de su lazarillo—. Parece que me tienes miedo. ¿Qué te he hecho yo?

La enferma alargó entonces sus manos, tomó la de Florentina y la puso también sobre su pecho. Después las apretó allí desarrollando un poco de fuerza. Sus ojos hundidos les miraban; pero su mirada era lejana, venía de allá abajo, de algún hoyo profundo y oscuro. Hay que decir como antes que miraba desde el lóbrego hueco de un pozo que a cada instante era más hondo. Su respiración fue de pronto muy fatigosa. Suspiró varias veces, oprimiendo sobre su pecho con más fuer-

za las manos de los dos jóvenes.

Teodoro puso en movimiento toda la casa; llamó y gritó; hizo traer medicinas; poderosos revulsivos, y trató de suspender el rápido descenso de aquella vida.

—Difícil es —exclamó—, detener una gota de agua que resbala, que resbala ¡ay! por la pendiente abajo y está ya a dos pulgadas del Océano; pero lo intentaré.

Mandó retirar a todo el mundo. Sólo Florentina quedó en la estancia. ¡Ah! los revulsivos potentes, los excitantes nervios mordiendo el cuerpo desfallecido para irritar la vida, hicieron estremecer los músculos de la infeliz enferma; pero a pesar de esto se hundía más a cada instante.

—Es una crueldad —dijo Teodoro con desesperación arrojando la mostaza y los excitantes—, es una crueldad lo que estamos haciendo. Echamos perros al moribundo para que el dolor de las mordidas le haga vivir un poco más. Afuera todo eso.

—¿No hay remedio?

—El que mande Dios.

—¿Qué mal es éste?

—La muerte —vociferó con cierta inquietud delirante, impropia de un médico.

—¿Pero qué mal le ha traído la muerte?

—La muerte.

—No me explico bien. Quiero decir que de qué...

—¡De muerte! No sé si pensar que ha muerto de vergüenza, de celos, de despecho, de tristeza, de amor contrariado. ¡Singular patología! No, no sabemos nada... sólo sabemos cosas triviales.

—¡Oh!, ¡qué médicos!

—Nosotros no sabemos nada. Conocemos algo de la superficie.

—¿Esto qué es?

—Parece una meningitis fulminante.

—¿Y qué es eso?

—Cualquier cosa... ¡la muerte!

—¿Es posible que se muera una persona sin causa conocida, casi sin enfermedad?... Señor Golfín, ¿qué es esto?

—¿Lo sé yo acaso?

—¿No es usted médico?

—De los ojos, no de las pasiones.

—¡De las pasiones! —exclamó hablando con la moribunda—. Y a ti, pobre criatura, ¿qué pasiones te matan?

—Pregúntelo usted a su futuro esposo.

Florentina se quedó absorta, estupefacta.

—¡Infeliz! —exclamó con ahogado sollozo—. ¿Puede el dolor moral matar de esta manera?

—Cuando yo la recogí en la Trascava, estaba ya consumida por una fiebre espantosa.

—Pero eso no basta ¡ay! no basta.

—Usted dice que no basta. Dios, la Naturaleza dicen que sí.

—Si parece que ha recibido una puñalada.

—Recuerde usted lo que han visto hace poco estos ojos que se van a cerrar para siempre. Considere usted que la amaba un ciego, y que ese ciego ya no lo es y la ha visto... ¡la ha visto!... ¡la ha visto!, lo cual es como un asesinato...

—¡Oh!, ¡qué horroroso misterio!

—No, misterio no —gritó Teodoro con cierto espanto—, es el horrendo desplome de las ilusiones, es el brusco golpe de la realidad, de esa niveladora implacable que se ha interpuesto al fin entre esos dos nobles seres. ¡Yo he traído esa realidad, yo!

—¡Oh!, ¡qué misterio! —repitió Florentina, que no comprendía bien por el estado de su ánimo.

—Misterio no, no —volvió a decir Teodoro más agitado a cada instante—, es la realidad pura, la desaparición súbita de un mundo de ilusiones. La realidad ha sido para él nueva vida, para ella ha sido dolor y asfixia, ha sido la humillación, la tristeza, el desaire, el dolor, los celos... ¡la muerte!

—Y todo por...

—¡Todo por unos ojos que se abren a la luz... a la realidad!... No puedo apartar esta palabra de mi mente. Parece que la tengo escrita en mi cerebro con letras de fuego.

—Todo por unos ojos... ¿Pero el dolor puede matar tan pronto?... ¡casi sin dar tiempo a ensayar un remedio!

—No sé —replicó Teodoro inquieto, confundido, aterrado, contemplando aquel libro humano de caracteres oscuros, en los cuales la vista científica no podía descifrar la leyenda misteriosa de la muerte y la vida.

—¡No sabe! —dijo Florentina con desesperación—. Entonces, ¿para qué es médico?

—No sé, no sé, no sé —exclamó Teodoro, golpeándose el cráneo melenudo con su sarpa de león—. Sí, una cosa sé, y es que no sabemos más que fenómenos superficiales. Señora, yo soy un carpintero de los ojos nada más.

Después fijó los suyos con atención profunda en aquello que fluctuaba entre persona y cadáver, y con acento de amargura exclamó:

—¡Alma!, ¿qué pasa en tí?

Florentina se echó a llorar.

—¡El alma —murmuró, inclinando su cabeza sobre el pecho—, ya ha volado!

—No —dijo Teodoro, tocando a la Nela—. Aún hay aquí algo; pero es tan poco, que parece ha desaparecido ya su alma y han quedado sus suspiros.

—¡Dios mío!... —exclamó la de Penáguilas, empezando una oración.

—¡Oh!, idesgraciado espíritu! —dijo Golfín—. Es evidente que estaba muy mal alojado...

Los dos la observaron entonces muy de cerca.

—Sus labios se mueven —gritó Florentina.

—Habla.

Sí, los labios de la Nela se movieron. Había articulado una, dos, tres palabras.

—¿Qué ha dicho?

—¿Qué ha dicho?

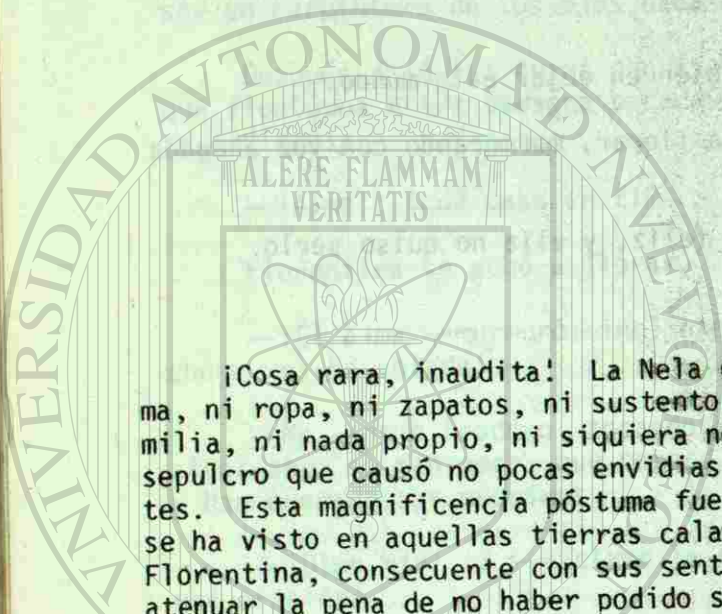
Ninguno de los dos pudo comprenderlo. Era sin duda el idioma con que se entienden los que viven la vida infinita.

Después sus labios no se movieron más. Estaban entreabiertos y se veía la fila de blancos dientecillos. Teodoro se inclinó, y besando la frente de la Nela, dijo así con firme acento:

—Mujer, has hecho bien en dejar este mundo.

Florentina se echó a llorar, murmurando con voz ahogada y temblorosa:

—Yo quería hacerla feliz, y ella no quiso serlo.



22

ADIOS

¡Cosa rara, inaudita! La Nela que nunca había tenido ca ma, ni ropa, ni zapatos, ni sustento, ni consideración, ni fa milia, ni nada propio, ni siquiera nombre, tuvo un magnífico sepulcro que causó no pocas envidias entre los vivos de Socar tes. Esta magnificencia póstuma fue la más grande ironía que se ha visto en aquellas tierras calaminíferas. La señorita Florentina, consecuente con sus sentimientos generosos, quiso atenuar la pena de no haber podido socorrer en vida a la Nela, con la satisfacción de honrar sus pobres despojos después de la muerte. Algún positivista empedernido criticóla por esto; pero nosotros vemos en tan desusado hecho una prueba más de la delicadeza de su alma.

Cuando la enterraron, los curiosos que fueron a verla iesto sí que es inaudito y raro!, la encontraron casi bonita; al menos así lo decían. Fue la única vez que recibió adula ciones.

Los funerales se celebraron con pompa, y los clérigos de Villamojada abrieron tamaña boca al ver que se les daba dinero por echar responsos a la hija de la Canela. Era estu pendo, fenomenal que un ser cuya importancia social había sido casi semejante a la de los insectos, fuera causa de encen der muchas luces, de tender muchos paños y de poner roncós a sochantres y sacristanes. Esto, a fuerza de ser extraño, ra yaba en lo chistoso. No se habló de otra cosa en seis meses.

La sorpresa y... dígase de una vez, la indignación de aquellas buenas muchedumbres llegaron a su colmo cuando vie ron que por el camino adelante venían dos carros cargados con enormes piezas de piedra blanca y fina. ¡Ah! En el en tendimiento de la Señana se verificaba una espantosa confu sión de ideas, un verdadero cataclismo intelectual, un caos, al considerar que aquellas piedras blancas y finas eran el se pulcro de la Nela. Si ante la Señana volara un buey o discu rriera su marido, ya no le llamaría la atención.

Revolvieron los libros parroquiales de Villamojada, por que era preciso que después de muerta tuviera un nombre fijo la que se había pasado sin él la vida, como lo prueba esta misma historia, donde se la nombra de distintos modos. Halla do aquel requisito indispensable para figurar en los archivos de la muerte, la magnífica piedra sepulcral que se ostentaba orgullosa en medio de las rústicas cruces del cementerio de Aldeacorba tenía grabados estos renglones:

R. I. P.

María Manuela Téllez
Reclamóla el cielo
en 12 de octubre de 186...

Una guirnalda de flores primorosamente tallada en el már mol coronaba esta inscripción. Algunos meses después, cuando ya Florentina y Pablo Penáguilas se habían casado y cuando (dígase la verdad, porque la verdad es antes que todo)... cuando nadie en Aldeacorba de Suso se acordaba ya de la Nela, fueron viajando por aquellos países unos extranjeros de esos que llaman *turistas*, y luego que vieron el soberbio túmulo de márbol alzado en el cementerio por la piedad religiosa y el afecto sublime de una ejemplar mujer, se quedaron embobados de admiración, y sin más averiguaciones escribieron en su car tera de apuntes estas observaciones, que con el título de *Sketches from Cantabria* publicó más tarde un periódico inglés:

Lo que más sorprende en Aldeacorba es el espléndido sepulcro erigido en el cementerio, sobre la tumba de una ilustre joven, célebre en aquel país por su hermosura. Doña Mariquita Manuela Téllez perteneció a una de las familias más nobles y acaudaladas de Cantabria: la familia de Téllez Girón y de Trastámara. De un carácter espiritual, político y algo caprichoso, tuvo el antojo (take a fancy) de andar por los caminos tocando la guitarra y cantando odas de Calderón, y se vestía de andrajos para confundirse con la turba de mendigos, buscones, trovadores, toreros, frailes, hidalgos, gitanos y muleteros, que en las hermesas forman esa abigarrada plebe española que subsiste y subsistirá siempre, independiente y pintoresca, a pesar de los rails y de los periódicos que han empezado a introducirse en la Península occidental. El abad de Villamojada lloraba hablándonos de los caprichos, de las virtudes y de la belleza de la aristocrática ricahembra, la cual sabía presentarse en los saraos, fiestas y cañas de Madrid con el porte (deportment) más aristocrático. Es incalculable el número de bellos romanceros, sonetos y madrigales compuestos en honor de esta gentil doncella por todos los poetas españoles.

Bastóme leer esto para comprender que los dignos reporters habían visto visiones. Traté de averiguar la verdad, y de la verdad que averigüé resultó este libro.

Despidámonos para siempre de esta tumba, de la cual se ha hablado en *El Times*. Volvamos los ojos hacia otro lado, busquemos a otro ser, rebusquémosle, porque es tan chico que apenas se ve, es un insecto imperceptible, más pequeño sobre la faz del mundo que el *phylloxera* en la breve extensión de la viña. Al fin le vemos; allí está, pequeño, mezquino atomístico. Pero tiene alientos y logrará ser grande. Oíd su historia, que es de las más interesantes.

Pues señor...

Pero no: este libro no le corresponde. Acoged bien el de Marianela, y a su debido tiempo se os dará el de Celipín.

REFERENCIA BIBLIOGRAFICA.

Aristófanes.

LAS ONCE COMEDIAS.

México: Ed. Porrúa, 1981.

Armiño, Mauro.

PARNASO. DICCIONARIO SOPENA DE LITERATURA.

Barcelona: Ed. Sopena, 1972.

Cervantes Saavedra, Miguel de.

NOVELAS EJEMPLARES.

México: Ed. Porrúa, 1982.

Homero.

LA ODISEA.

México: Ed. Porrúa, 1971.

LAS MEJORES HISTORIAS INSOLITAS.

Barcelona: Ed. Bruguera, 1972.

Montes de Oca, Francisco.

LA LITERATURA EN SUS FUENTES.

México: Ed. Porrúa, 1968.

Pérez Galdós, Benito.

MARIANELA.

México: Editores mexicanos unidos, 1983.

Poe, Edgar Allan.

CUENTOS.

México: Ed. Oasis, 1968.

Shakespeare, William.

OBRAS COMPLETAS.

Madrid: Ed. Aguilar, 1967.

Lo que más sorprende en Aldeacorba es el espléndido sepulcro erigido en el cementerio, sobre la tumba de una ilustre joven, célebre en aquel país por su hermosura. Doña Mariquita Manuela Téllez perteneció a una de las familias más nobles y acaudaladas de Cantabria: la familia de Téllez Girón y de Trastámara. De un carácter espiritual, político y algo caprichoso, tuvo el antojo (take a fancy) de andar por los caminos tocando la guitarra y cantando odas de Calderón, y se vestía de andrajos para confundirse con la turba de mendigos, buscones, trovadores, toreros, frailes, hidalgos, gitanos y muleteros, que en las hermesas formaban esa abigarrada plebe española que subsiste y subsistirá siempre, independiente y pintoresca, a pesar de los rails y de los periódicos que han empezado a introducirse en la Península occidental. El abad de Villamojada lloraba hablándonos de los caprichos, de las virtudes y de la belleza de la aristocrática ricahembra, la cual sabía presentarse en los saraos, fiestas y cañas de Madrid con el porte (deportment) más aristocrático. Es incalculable el número de bellos romanceros, sonetos y madrigales compuestos en honor de esta gentil doncella por todos los poetas españoles.

Bastóme leer esto para comprender que los dignos reporters habían visto visiones. Traté de averiguar la verdad, y de la verdad que averigüé resultó este libro.

Despidámonos para siempre de esta tumba, de la cual se ha hablado en *El Times*. Volvamos los ojos hacia otro lado, busquemos a otro ser, rebusquémosle, porque es tan chico que apenas se ve, es un insecto imperceptible, más pequeño sobre la faz del mundo que el *phylloxera* en la breve extensión de la viña. Al fin le vemos; allí está, pequeño, mezquino atomístico. Pero tiene alientos y logrará ser grande. Oíd su historia, que es de las más interesantes.

Pues señor...

Pero no: este libro no le corresponde. Acoged bien el de Marianela, y a su debido tiempo se os dará el de Celipín.

REFERENCIA BIBLIOGRAFICA.

Aristófanes.

LAS ONCE COMEDIAS.

México: Ed. Porrúa, 1981.

Armiño, Mauro.

PARNASO. DICCIONARIO SOPENA DE LITERATURA.

Barcelona: Ed. Sopena, 1972.

Cervantes Saavedra, Miguel de.

NOVELAS EJEMPLARES.

México: Ed. Porrúa, 1982.

Homero.

LA ODISEA.

México: Ed. Porrúa, 1971.

LAS MEJORES HISTORIAS INSOLITAS.

Barcelona: Ed. Bruguera, 1972.

Montes de Oca, Francisco.

LA LITERATURA EN SUS FUENTES.

México: Ed. Porrúa, 1968.

Pérez Galdós, Benito.

MARIANELA.

México: Editores mexicanos unidos, 1983.

Poe, Edgar Allan.

CUENTOS.

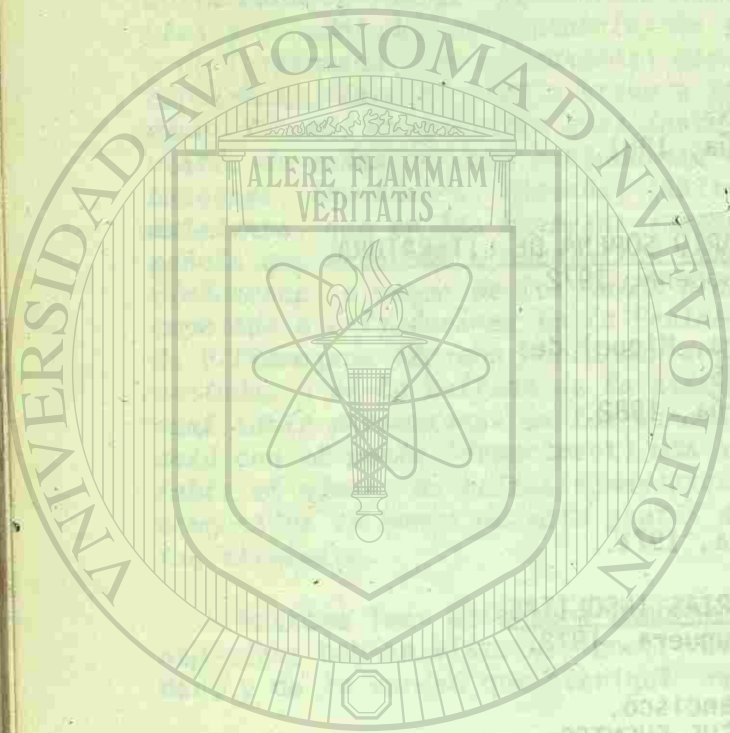
México: Ed. Oasis, 1968.

Shakespeare, William.

OBRAS COMPLETAS.

Madrid: Ed. Aguilar, 1967.

Sófocles.
LAS SIETE TRAGEDIAS.
México: Ed. Porrúa, 1972.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA